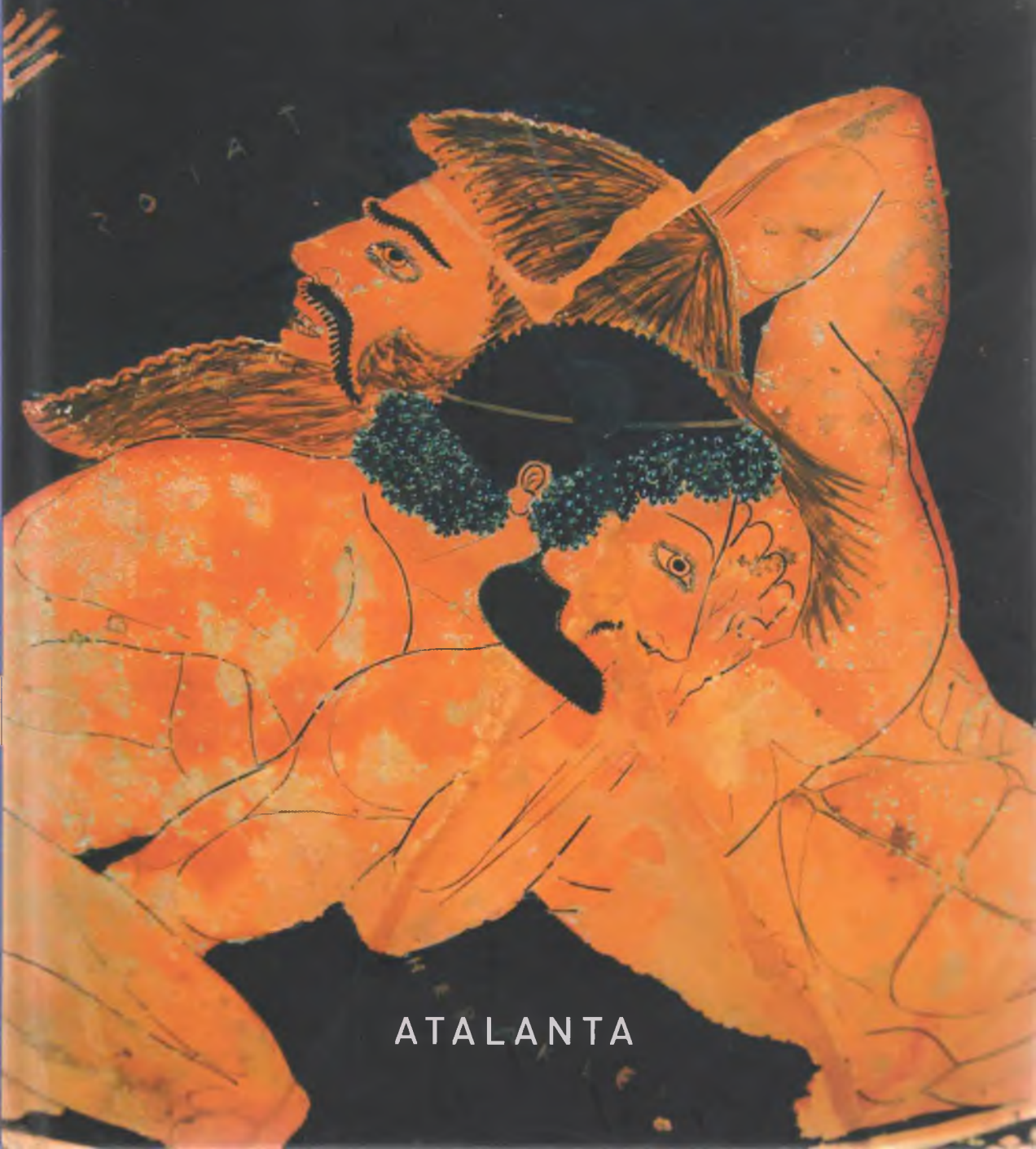
KARL KERÉNYI

LOS HÉROES GRIEGOS

PRÓLOGO JAUME PÒRTULAS



ATALANTA

KARL KERÉNYI
LOS HÉROES GRIEGOS

PRÓLOGO

JAUME PÒRTULAS

TRADUCCIÓN

CRISTINA SERNA

ATALANTA

2009

En cubierta: Heracles luchando con Anteo. Crátera atribuida a Euxiteo, 515-510 a.C. Museo del Louvre, París.
En guardas: Zeus separa a la diosa Atenea de Ares. Obra de Nicóstenes, Museo Británico de Londres.

Todos los derechos reservados.

Dirección y diseño: Jacobo Siruela.

Título original: *Die Mythologie der Griechen.*
Teil II: Die Heroengeschichten
The Heroes of the Greeks
© Karl Kerényi, 1958
© De la traducción: Cristina Serna
© Del prólogo: Jaume Pòrtulas
© EDICIONES ATALANTA, S. L.
Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España
Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34
atalantaweb.com

ISBN: 978-84-936510-6-0
Depósito Legal: B-13970-2009

ÍNDICE

Karl Kerényi y los héroes griegos
11
Los héroes griegos
Prefacio
31
Introducción
35
Libro primero
I Cadmo y Harmonía
59
II Los Dioscuros tebanos
68
III Dánao y sus hijas
73
IV Perseo
78
V Tántalo
90
VI Pélope e Hipodamía
95
VII Salmoneo, Melanipa y Tiro
101
VIII Sísifo y Belerofonte
107
IX Frixo y Hele
116
X Edipo
119

XI Los Dioscuros espartanos y sus primos
135
XII Meleagro y Atalanta
142
Libro segundo
Heracles
153
I Los relatos tebanos
156
Antepasados
156
El nacimiento del héroe
159
Los relatos de su juventud
163
II Los Doce Trabajos
167
El león de Nemea
167
La Hidra de Lerna
169
La cierva de Cerinia
172
El jabalí del Erimanto
175
Las aves del lago Estinfalo
176
Los establos de Augias
177
Las yeguas del tracio Diomedes
179

El toro de Minos
184
El cinturón de la reina de las Amazonas
184
Los bueyes de Gerión
188
Las manzanas de las Hespérides
195
El perro de Hades
200
III Hazañas y padecimientos posteriores a los Doce Trabajos
206
Kallinikos
206
El loco
208
El pecador
210
El sirviente de las mujeres
214
El salvador de Hera y Deyanira
219
El final de la vida terrenal de Heracles
222
Libro tercero
I Cécrope, Erecteo y Teseo
231
II Jasón y Medea
265

III Orfeo y Eurídice
293
IV Tereo, Eumolpo y Céfalo
301
V Anfiarao y los héroes de la Guerra de Tebas
307
VI Atreo y su dinastía
314
VII Antecedentes de la Guerra de Troya
319
VIII Los héroes de la Guerra de Troya
329
IX Ifigenia y su hermano y hermanas
340
X Télefo
345
XI Protesilao y Laodamía
350
XII Aquiles y las consecuencias de la Guerra de Troya
354
Tablas genealógicas
369
Notas
387
Índice de nombres y epítetos
415
Ilustraciones
Entre las páginas 288 y 289

Karl Kerényi y los héroes griegos

I

Los héroes griegos han sido objeto, como quien dice desde siempre, de una fascinación muy profunda, que no resulta sencillo analizar. Esta fascinación pervive incluso en nuestra época, a pesar de que ésta haya sido testimonio de un retroceso sin precedentes de los referentes clásicos. Aun así, los nombres de Heracles, Aquiles, Perseo, Edipo, Ulises, etc., suscitan resonancias múltiples, a veces muy sutiles, incluso en personas que no han disfrutado de formación clásica alguna. La mayoría de estas personas no reaccionarían con la misma vivacidad, probablemente, ante la mención de los nombres, menos familiares, de los poetas que celebraron a estos héroes; de los escultores y artistas que los inmortalizaron en el bronce, o en el mármol, o en la modesta y portentosa cerámica; o de los filósofos que analizaron y censuraron la moralidad heroica, tantas veces deleznable. Quiérese decir con ello que muchas personas que no sienten un interés especial por la compleja aventura (histórico-política, cultural, religiosa) de la antigua Grecia no son en modo alguno insensibles al hechizo de los protagonistas de la saga heroica, con sus aventuras portentosas y sus sufrimientos a menudo espeluznantes.

Semejante fenómeno reclama algunas explicaciones. Éstas no son, en realidad, ni difíciles ni complicadas; se hallan al alcance de la mano, y dependen, en definitiva, de algo tan enraizado en la condición humana, y tan fundamental, como el placer de escuchar (y de narrar) una buena historia, una historia interesante. El significado de la palabra griega *mythos* es éste, precisamente: *palabra*; palabra expresada, que puede adoptar la forma de un relato o un discurso; también la de un rumor o

un diálogo. En la actualidad, la situación de la palabra narrativa, del relato, resulta hasta cierto punto singular. Somos muchos los que sospechamos que la vigencia de la mitología clásica en cursos académicos y cursillos divulgativos, a todos los niveles –y también la proliferación de traducciones de autores grecolatinos, que tienen en la mitología la fuente universal de sus temas y argumentos–, son fenómenos que revelan una carencia, un cierto déficit. Me refiero al déficit de buenas historias, narradas de un modo competente. Despreciado por algunos escritores, sometido al lecho de Procusto de los narratólogos, prostituido tantas veces por las narraciones de los *media*, el placer de narrar regresa por la vía inesperada de unas antiguas narraciones que aciertan a ser sorprendentes y conmovedoras, a pesar de que todo el mundo las conozca de memoria, hasta cierto punto por lo menos.

Hay otros factores, más complejos de desentrañar, que ayudan también a comprender la vigencia de estos relatos entre nosotros. Los mitos producen en toda clase de lectores, tanto en los más ingenuos como en los más sofisticados, la sensación de significar *algo más* –mucho más, en realidad–. Al leer o al escuchar un mito, el hombre moderno no es capaz, habitualmente, de sustraerse a la sensación de que este relato tiene un segundo sentido, misterioso y profundo. Pese a enraizarse en unos lugares y en un tiempo ajenos a los nuestros, el relato nos interpela con una extraña familiaridad; ello estimula a la vez nuestra imaginación y nuestra reflexión. Esta impresión tenaz, persistente, de que los mitos poseen, más allá de su sentido obvio, un *segundo* significado, mucho más valioso, no constituye exclusivamente una reacción moderna, ni mucho menos. La interpretación alegórica de los mitos ya intentaba, a su manera, dar respuesta a esta sensación; y se trata de un fenómeno mucho más antiguo de lo que se suele pensar a veces. El primer alegorista conocido fue contemporáneo de los primeros pensadores griegos, los habitualmente denominados (con muy poca propiedad) presocráticos. Su nombre era Teágenes de Region (= Reggio di Calabria, en la Magna Grecia); y probablemente fue un rapsoda. Se ganaba el sustento recitando los poemas homéricos en los banquetes de los aristócratas y, sobre todo, en los festivales religiosos donde la comunidad entera se congregaba. En tales ocasiones, Teágenes solía elucidar los significados «ocultos» de los mitos homéricos, su sentido *secreto*, me-

diante alegorías relacionadas con los grandes temas de la reflexión física y ético-religiosa de su tiempo. Por la misma época (finales del siglo VI a.C.), el uso de la escritura, cada vez más difundido y generalizado, había ido fijando de modo progresivo los relatos antiguos, que hasta entonces habían gozado de una fluidez considerable. Las generaciones anteriores habían tejido y destejido estos mitos, sin descanso, en el telar de la oralidad; ahora, el antiguo fluir se remansaba y las viejas y variopintas narraciones, tan mudables y cambiantes hasta el momento, se convertían en *textos* estables.

Así pues, el deseo de rebuscar en los mitos algo que pudiera considerarse más «enjundioso» que la pura y simple narración de una vieja historia se remonta al período en que el extrañamiento con respecto al mundo que los había originado empezaba ya a hacerse patente. Los mitos se alejaban, devenían remotos y menos comprensibles; pero continuaban en el corazón del universo mental, religioso e ideológico de los griegos. Su importancia era demasiado grande como para relegarlos al cesto de las cosas obsoletas. Preservados, como decíamos hace un instante, por la nueva tecnología de la escritura, los relatos míticos se habían convertido en monumentos enigmáticos, que se ofrecían a la exégesis, cada vez más sofisticada, de las generaciones sucesivas. El campo inmenso, y por entonces casi virgen, de la interpretación secundaria comenzaba a abrirse. Como suele ocurrir, la exégesis, la interpretación, nacían del alejamiento.

El hecho de recordar que Teágenes y sus sucesores, los alegoristas de diversas escuelas (filósofos estoicos y neoplatónicos, sobre todo), fueron los directos predecesores de los grandes intérpretes románticos y positivistas del mito (Friedrich Creuzer, F. W. J. Schelling, J.-J. Bachofen...), y también, en tiempos más recientes, de Sigmund Freud, sir James G. Frazer o Claude Lévi-Strauss, no constituye ninguna pérdida de tiempo, por lo menos en mi opinión. Pero lo que resulta de veras importante es tener en cuenta que el impulso germinal de las interpretaciones del mito parece haber sido siempre el mismo. Unos relatos lejanos, producto de un mundo arcaico, y en todo caso muy distinto del nuestro, nos seducen y nos interpelan, no sólo por su indudable hechizo narrativo, sino también por su extrañeza y lejanía. Nos interpelan, también, porque intuimos que estos relatos extravagantes, y con fre-

cuencia crueles, conllevan un misterioso sentido de proximidad. Esta voz alucinada nos concierne, concierne a la condición humana. «*De te fabula narratur*», decía el viejo Horacio (*Sátiras* I, 1, 69): el relato va por ti. Y no resulta ocioso recordar que, en este caso, Horacio aludía nada menos que al suplicio de Tántalo, el padre de Sísifo.

Es verdad que algunos intérpretes modernos sostienen que, en realidad, los mitos no son alegóricos, sino *tautegóricos*; que no hablan en términos encubiertos de otros temas, de realidades distintas, sino que se limitan a decir siempre lo mismo acerca de lo mismo –a repetir, de modo incansable, una lección enigmática y siempre idéntica–. Estos severos exégetas insisten en que cualquier traducción a otra forma de lenguaje, sea la que fuere, sirve sólo para degradar y empobrecer el mito. Y, en efecto, no faltan argumentos a favor del carácter irreductible de la palabra mítica. En el trasfondo de tales tomas de posición, se ocultan a veces preocupaciones gnoseológicas interesantes, y también una voluntad esforzada de apertura a lo numinoso. Pero existe el riesgo de que semejantes posiciones, después de reducir al silencio a los analistas y exégetas, acaben acallando también a los mitos mismos, confinados en una tierra de nadie entre el misticismo y la redundancia.

II

Károly (o Karl, o Carl) Kerényi nació en enero de 1897 en Temesvár (la actual Timisoara, en Rumanía), entonces una pequeña ciudad del Imperio habsbúrgico, en el seno de la minoría húngara. Murió en abril de 1973 en Suiza, donde había pasado largos años de exilio. Especialista en lenguas clásicas, estudioso eminente de la mitología y la religión de los griegos, Kerényi es sobre todo conocido por su larga y fecunda colaboración con el Círculo Eranos (*Eranoskreis*), cuyo principal mentor e inspirador fue Carl Gustav Jung (1875-1961), el famoso pensador y psicólogo. Tras estudiar Filología clásica en Budapest y ampliar estudios en diversas universidades alemanas (sobre todo en Greifswald y Heidelberg), Kerényi empezó su carrera docente en 1927, como *Privatdozent*, en la Universidad de Budapest. Angelo Brelich (1913-1977), un italiano de origen húngaro, que fue su discípulo durante este perío-

do, y que llegaría a ser uno de los mayores especialistas en religión griega de la segunda mitad del siglo XX, ha dejado un testimonio singular de aquellas lecciones juveniles. Ofrezco a continuación una traducción de esta página, poco conocida fuera de Italia, porque su vivaz descripción del ambiente intelectual de la universidad se me antoja fascinante; y, sobre todo, porque documenta muy bien la admiración del futuro estudioso por su brillante profesor (la admiración se tiñe, quizás, de una rivalidad inconsciente; muchos años después, en 1956, ambos se enfrentaron con gran acritud, por cuestiones de metodología y de orientación científica):[1]

... un profesor ayudante de unos treinta y cinco años, K. Kerényi, que cada viernes por la tarde impartía dos horas seguidas de lección, sobre la religión griega. Aquellos viernes por la tarde contrastaban vivamente con todas las otras enseñanzas de la Facultad. El aula estaba llena, por lo común, y no sólo de estudiantes interesados en el mundo clásico; ni únicamente de estudiantes en general. Acudían también adultos, escritores conocidos, artistas. El joven profesor hablaba con un tono insólito, nada profesoral, frío o distante; sus lecciones eran, hasta cierto punto, representaciones, como las de un virtuoso o un actor; pero parecía, realmente, cautivo de su «papel». Era un entusiasta, en el mejor sentido del término, y transmitía su entusiasmo a su público. La religión griega, que parecía descubrir día a día, se convertía también en un descubrimiento para todos; la «religión» –un concepto al que yo estaba acostumbrado y que me repugnaba– revelaba dimensiones insospechadas. También impresionaba, en Kerényi, el hecho de mostrarse como un hombre vivo, con una cultura viva y vivida; incluso hablando de religión griega, podía citar autores como D. H. Lawrence, Thomas Mann y otros. Por otra parte, no mantenía distancia alguna con sus alumnos; tuteaba enseguida a los más fieles, que le llamaban por su nombre...

En los años sucesivos, Kerényi llegó a profesor ordinario, primero en Pécs y después en Szeged. En 1943 abandonó Hungría, en desacuerdo con la satelización del país por la Alemania nazi. Se instaló en la Suiza italiana, en el Ticino, donde residió durante el resto de su vida.

1. Angelo Brelich, «Scienza e verità: Una vita», in *Storia delle religioni: perchè?*, Liguori Editore, Nápoles, 1979.

No volvió a ocupar cátedra universitaria alguna, aunque impartió lecciones en Basilea, en Bonn y también en la Facultad de Teología de Zúrich. Su magisterio, durante estos años, se expresó fundamentalmente a través de los libros (llegó a publicar más de treinta, aparte de numerosísimos artículos en revistas académicas, con temáticas tan variadas como las literaturas clásicas y modernas, arqueología, psicología, historia de las religiones y mitología). Con los años, orientó progresivamente sus publicaciones hacia el público culto en general, dejando un poco de lado el restringido coto académico.

III

No me parece inadecuado traer a colación un breve pasaje, que entresaco de un documento particularmente autorizado: se trata de una especie de autorretrato intelectual que Kerényi redactó para presentar el epistolario cruzado, a lo largo de muchos años, con Thomas Mann. Desde su juventud, Kerényi admiraba profundamente al gran novelista; consideraba que la obra de éste constituía (sobre todo en razón de su esfuerzo por reconquistar una dimensión mítica para la narrativa) una de las encarnaciones más auténticas, en el mundo contemporáneo, de los ideales espirituales y humanos a los que también él quería consagrarse. El pasaje que más me interesa es el siguiente:[2]

Yo era un filólogo clásico, formado en Hungría, interesado sobre todo por el pensamiento griego, cuando, durante el invierno de 1929, en Grecia, me harté de la filología académica [...]. Sin ser un arqueólogo, había experimentado el impacto del contacto directo con la herencia material de la Antigüedad. Progresivamente, me di cuenta de que mi tarea [...] tenía que llevarse a cabo utilizando métodos todavía por descubrir. Entonces surgió en mí una convicción que en ningún momento se ha alterado: a saber, que consagrándome de todo corazón al legado escrito [de la Antigüedad] podría reinstalar en el lugar ade-

2. *Gespräch in Briefen*, Rhein-Verlag, Zúrich, 1960. [Traducción inglesa: *Mythology and Humanism: The Correspondence of Thomas Mann and Karl Kerényi*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1975.]

cuado, esto es, en el lugar *central*, un aspecto de la vida antigua siempre incomprendido, por culpa de los errores del Romanticismo y por otras muchas razones: el aspecto religioso [...]. Me parecía que todo aquello que abre los ojos de la humanidad a las grandes enseñanzas que se derivan del juego de lo humano y lo divino en la mitología servía también para un propósito purificador y humanizador...

A lo largo del prólogo mencionado, hallamos ideas, conceptos, incluso fórmulas y expresiones muy características de Kerényi. Por ejemplo, su interés constante por las raíces no científicas de la ciencia; o la afirmación de que su objetivo personal básico consistía en rastrear la vida más íntima, más secreta, de una cultura. Quienes resultan de veras capaces de rastrear esta vida secreta, y testimoniar acerca de ella, son, naturalmente, los poetas –afirma Kerényi, quien utiliza esta palabra, *Dichter*, en un sentido muy amplio, abarcando también a los grandes pensadores y creadores–. Thomas Mann, por ejemplo, es frecuentemente calificado por nuestro autor como uno de los más altos poetas del siglo XX. Los objetivos de Kerényi resultan, pues, de una gran ambición; su proyecto se podría sintetizar, quizás, como una arriesgada tentativa de construir una Antropología de la cultura occidental a partir del trabajo simbólico sobre la memoria social. Pero tampoco resulta difícil imaginar el gran número de etiquetas, más o menos descalificadoras, a las que un proyecto tan vasto y ambicioso ha tenido que hacer frente: irracionalismo, antihistoricismo, fenomenología sin método...

Como estudioso de la mitología griega, a Kerényi le interesaba –más que lanzarse a audaces interpretaciones personales, habitualmente tachables de arbitrariedad– *abrir* el ámbito del mito: hacerlo más accesible (en un sentido radical) para el hombre moderno, sometido a tantas y tan diversas formas de alienación. Según Kerényi, el hombre moderno habita un mundo drásticamente secularizado, carente de espiritualidad, daltónico a lo sagrado; nuestro autor pretende reaccionar frente a esta situación. Cuando, pongamos por caso, analiza los misterios de Eleusis (en alguna de sus obras más conocidas), lo hace partiendo de la hipótesis de que la búsqueda de Perséfone por parte de su madre Deméter constituye un reflejo de la necesaria búsqueda de todo ser humano, más allá de las apariencias, en pos de su identidad auténtica y

profunda. Al mismo tiempo, sabe valerse de los progresos de la arqueología, la historia del arte y la historia de las religiones, a fin de comprender y reconstruir mejor lo que pudo haber sido la experiencia eleusina para los devotos antiguos, los únicos que la vivieron de un modo directo. También demuestra su competencia y su brillantez en la movilización de una serie de paralelismos fecundos con elementos de otras mitologías.

El libro que ahora prologamos constituye un buen ejemplo de estos esfuerzos de Kerényi por llegar al destinatario contemporáneo evitando toda mediación que no sea imprescindible. Este texto, junto con un volumen paralelo, y ligeramente anterior, sobre los mitos de los dioses, fue escrito en alemán, la lengua científica habitual de Kerényi; pero ambos nacían de la propuesta de una casa editorial anglosajona, Thames and Hudson. Como se indicaba en el prólogo de la primera edición, estos trabajos respondían al deseo, –casi a la necesidad, se diría–, tanto del autor como de los editores, de componer una Mitología ya no para adolescentes, ni tampoco para profesores, sino simplemente para adultos. Tales adultos podían experimentar, o no, interés y curiosidad por una serie de vastos e importantes campos del saber: los estudios grecolatinos, la historia de las religiones, la etnología o la antropología. Pero no podían dejar de sentir interés por el hombre. Según Kerényi, en el mundo moderno, tal interés adopta forzosamente la forma de un interés por la psicología; y (añade, tomando la frase en préstamo a su admirado amigo y maestro Thomas Mann) «la psicología comporta un interés por el mito, del mismo modo que la creación literaria comporta interés por la psicología». Significativamente, Mann había escrito esta frase en un ensayo consagrado a la obra de Sigmund Freud.

Así pues, Kerényi dispuso deliberadamente su texto como una narración continua; de este modo, obvió los análisis y las explicaciones de carácter teórico, invirtiendo la tendencia de la mayoría de estudios actuales a privilegiar la discusión teórica en detrimento de la presentación pura y simple de los mitos. En el prólogo, nuestro autor indica que su propósito fue el de interrumpir lo menos posible la inmediatez del relato, y respetar el flujo narrativo, sin constreñirlo a las preocupaciones metodológicas de la erudición moderna. El hecho de que muchos de estos mitos no nos hayan llegado en una sola versión, sino a

través de un gran número de variantes, no es minimizado en modo alguno; pero tampoco da lugar a disquisiciones especiales. La narración suele yuxtaponer serenamente las distintas variantes, sin hacerlas chocar una contra otra; tampoco toma partido, en general, por ninguna de ellas en detrimento de las demás. Entre los diversos recursos de los que Kerényi echa mano, el más original y singular consiste en recurrir a la voz de un narrador omnisciente, una suerte de informante indígena, como aquellos con los que las monografías de los antropólogos nos han familiarizado un poco a todos. En el prólogo se caracteriza a este informante: nativo de alguna isla del Archipiélago, de época histórica indeterminada (pero no un griego antiguo, se especifica), ignorante del mundo moderno pero perfectamente familiarizado, «*desde dentro*», con la mitología de sus antepasados. Esta voz ficticia va narrando tranquilamente los viejos mitos a un extranjero (un europeo, insiste Kerényi) interesado y culto.

IV

No voy a ofrecer aquí un catálogo de la copiosa bibliografía de Kerényi. La tarea resultaría harto compleja, en parte porque nuestro autor aprovechó a veces la traducción de sus obras para rehacerlas y revisarlas, introduciendo en ellas modificaciones y ampliaciones importantes; también rehizo compilaciones de artículos anteriores, ubicándolos bajo perspectivas nuevas. Esta larga fatiga intelectual, inquieta, copiosa, fruto de una voluntad constante de innovación y revisión, ha sido vertida al español de manera un poco desordenada y aleatoria. Deseo mencionar, sin embargo, algunos de sus hitos fundamentales. Hay, por una parte, los trabajos sobre la esencia de la mitología y sobre el *trickster*, que citaremos dentro de un instante. También se debe tener muy en cuenta el tratado sobre *La religión antigua*, que fue traducido en su momento por las ediciones de la *Revista de Occidente*; y, sobre todo, las cuatro grandes monografías sobre Asclepio, Prometeo, Eleusis y Dioniso, cada uno de ellos analizado como una «imagen arquetípica», que son fácilmente consultables en versión inglesa, en las series «Bollingen» de Princeton. Además, merecen una mención especial las

recopilaciones de trabajos sobre temas relacionados con un mundo que solía denominarse, hace ya algunos años, «el mundo de la religiosidad mediterránea»: Helena, la Potnia, los misterios, Hermes ctónico, el laberinto... –trabajos que, en bastantes casos, han sido traducidos al italiano y publicados en buenas ediciones, a cargo de especialistas como Angelo Brelich, Furio Jesi o Corrado Bologna.

La parte más divulgada y accesible del *opus* kerényiano la constituye, por lo menos para el público no especializado en el Mundo antiguo, la que fue fruto de la colaboración más directa con el Círculo Eranos y con C. G. Jung. Es el caso de la muy traducida y reeditada *Introducción a la esencia de la mitología* (original alemán, 1941; traducción inglesa, 1949; francesa, 1953; española, 2004), donde el complejo mítico en torno a la Deméter de Eleusis es confrontado de modo brillante y original con los arquetipos jungianos; o el fascinante volumen de 1954 sobre el *Trickster* (traducción inglesa, 1956; francesa, 1958), en el que intervino también el gran antropólogo americano Paul Radin (1883-1959). En este trabajo, se analiza desde una triple perspectiva –antropológica, mitológica, psicoanalítica– un personaje que los antropólogos suelen denominar el «*trickster*» (o «*fripon*», o «*bufón*», etc.), protagonista de una serie de mitos de los orígenes correspondientes a comunidades muy alejadas entre sí, bajo los cielos más diversos. La colaboración con Jung ha permitido que la obra de Kerényi obtuviera más eco, alcanzara cotas de difusión mucho mayores; pero ha tendido a desnaturalizar, hasta cierto punto por lo menos, su pensamiento, a hacer que se confundiera demasiado con el del gran mistagogo del inconsciente. En la reflexión de Kerényi, Dioniso o Prometeo *no son* arquetipos jungianos, sino prototipos de maneras humanas de existir. Son, sobre todo, símbolos plenamente conscientes, forjados por un humanismo griego que no se mueve en modo alguno entre las nebulosas del subsconsciente. Recojo a continuación un pasaje de Furio Jesi que elucida este punto con toda la claridad necesaria:[3]

... A pesar de que Kerényi afirme enseguida que «la palabra "prototipo" tiene aquí un significado no idéntico, pero si afín, al de "arquetipo" en la psi-

3. F. Jesi, «Introduzione» a *Miti e misteri*, de K. Kerény, Bollati Boringhieri, Milán.

cología de C. G. Jung» [...], se trata del elemento de la doctrina jungiana del que Kerényi *se ha apropiado* más, pero en el sentido literal de la expresión, esto es, arrancando a los arquetipos de su contexto original jungiano, a fin de recolocarlos en la perspectiva de su propia doctrina. Los equívocos han surgido del hecho de que Kerényi, frecuentemente, continuaba utilizando la misma palabra [= arquetipo]; o bien se la podía reconocer a través de las variantes utilizadas por Kerényi. Pero el arquetipo de Jung no es nunca visible por sí mismo; solamente es susceptible de hipóstasis, como resultado de su función formativa. En cambio, el «arquetipo» de Kerényi puede ser visible, en sí y por sí, para cualquier hombre...

V

Decíamos, al principio de estas notas, que las reacciones del lector moderno frente a los mitos de los héroes griegos suelen oscilar entre la extrañeza, incluso un cierto estupor (provocado por el carácter excesivo, brutal, desmesurado, de muchas historias) y la íntima sospecha de que, en el trasfondo del relato, subyace un segundo sentido, un sentido que nos concierne directamente. Decíamos también que una dialéctica sutil entre lejanía y proximidad constituye uno de los elementos fundamentales en la recepción moderna de estos relatos. Las estrategias empleadas por los distintos investigadores para enfrentarse a la extrañeza y a la lejanía del mito son múltiples, y muy variadas, como es natural. Entre ellas, una de las más habituales (y más eficaces) consiste en enfatizar la *otredad* del tiempo del mito con respecto al tiempo de nuestra experiencia inmediata. Un aspecto sobremanera influyente, por ejemplo, en la obra de un estudioso tan conocido como el rumano Mircea Eliade (1907-1982), radica precisamente en su análisis del tiempo del mito –que Eliade también denomina tiempo de los orígenes, o de las génesis, tiempo fundacional, auroral, o tiempo del ensueño– como algo cualitativamente distinto del tiempo actual, en el que los hombres reales viven y luchan, sufren, gozan y trabajan. Otros estudiosos prefieren enfatizar más bien las similitudes y diferencias entre los diversos protagonistas de los mitos (dioses, semidioses, héroes, *démones*, etc.) y la humanidad actual. A menudo, el portentoso antropomorfismo de las

divinidades griegas nos induce a pensar que, si dejamos de lado la oposición entre su inmortalidad y nuestro carácter efímero, estos seres son «como nosotros». Es verdad que luchan, gozan sufren, desean, aman, odian como nosotros –hasta un cierto punto por lo menos–. Pero se trata de un *trompe-l'oeil* al que es mejor no abandonarse demasiado: los dioses y los héroes no son humanos *bigger than life*, aunque a veces pueda parecerlo. Estas figuras articulan experiencias religiosas fundamentales: reciben culto (si bien entre el culto divino y el culto heroico suele haber importantes diferencias); y son objeto de narraciones sacras. Son protagonistas de mitos; y, al decir «protagonistas de mitos»nos referimos a una categoría religiosa bien definida, puesto que narrar un mito (o ponerlo en escena, etc.) constituye un aspecto fundamental de la religión de la ciudad.[4]

Dado que los protagonistas del libro presente son los héroes, me gustaría consagrar las últimas páginas de esta introducción a caracterizar, de un modo rápido y sumario, la condición heroica como tal. La condición de los héroes constituye, por otra parte, un motivo de interés, a veces obsesivo, para cuantos se interesan por los mitos y la religión de los griegos, por su poesía, por su pensamiento y, hablando en términos genéricos, por los rasgos fundamentales de su *Weltanschauung*.

En el famoso arranque de su *Olímpica* II, Píndaro presenta con nitidez la división tripartita (dioses / héroes / mortales) del orden universal; ambas cosas, el orden universal y su división tripartita, son susceptibles de convertirse en argumento del canto:

Himnos, soberanos de la lira —
¿a qué dios, a cuál de los héroes, a quién, entre los mortales, debemos cantar?

El héroe, tal como recordábamos hace un instante, recibe un culto (de hecho, buena parte del culto se consagraba a los héroes); pero no es, en modo alguno, una divinidad. Tampoco es un ser humano, o, por decir mejor, *ya no es* un ser humano. Ha sido un hombre, o una mujer; tras haber vivido, ha sufrido una muerte heroizadora. La muerte le ha conferido un estatus como figura religiosa, activa tanto en el culto co-

4. Cf. D. Sabbatucci, *Sui protagonisti dei miti*, La Goliardica, Roma, 1981.

mo en el mito. Por esto los hombres actuales pueden solicitar su ayuda, o intentar conjurar su cólera; se dirigen a él, le invocan y, *last but not least*, cantan sus altas proezas, y también sus atroces sufrimientos. Es posible que, a muchas personas educadas en la tradición religiosa cristiana (y, más específicamente, en el seno del catolicismo), todo ello les traiga reminiscencias de santos, patronos, ángeles y otras figuras mediadoras entre el hombre y la divinidad. Tales similitudes existen, pero son vagas y genéricas; las diferencias resultan mucho más significativas. En una religión monoteísta, los santos y patronos se integran armónicamente en el plan divino; gracias a su esforzada sumisión a los designios de Dios, han sido constituidos como mediadores entre la divinidad y los otros mortales, aquellos que todavía no han alcanzado la bienaventuranza eterna. Nada de esto es aplicable a los héroes antiguos. Éstos suelen ser *teómacos*, apasionados enemigos de alguna de las numerosas divinidades del politeísmo; o, en casos extremos, de todas a la vez. Mientras los santos constituyen ejemplos paradigmáticos de virtud, la moral de los héroes resulta, en el mejor de los casos, indiferente. La mayoría de ellos incurre en horribles desmesuras (la desmesura es la falta heroica *par excellence*), tanto en el bien como en el mal; sobre todo, en el mal. Como contrapartida de su maravilloso valor, de su prodigiosa resistencia al sufrimiento, suelen entregarse, con desinhibición total, a pasiones, vicios y locuras. Los héroes se oponen a los designios de una divinidad, presentada habitualmente como envidiosa y hostil; tal divinidad acaba provocando, la mayor parte de las veces, la ruina de su antagonista. Pero esta muerte también resulta, por así decir, una promoción. Arrancados a su existencia humana, los héroes se integran en el orden divino del mundo, un orden concebido como algo estable, inmutable; el mismo orden –sin paradoja– al que se habían enfrentado, a lo largo de su existencia mortal, de un modo tan apasionado. Así, los héroes se convierten en objeto de una serie de relatos míticos, y también (en muchos casos, por lo menos) en destinatarios de un culto. También pueden convertirse en tema del canto de los poetas. A través de ambos medios –el canto de los poetas y el culto–, el héroe conquista su pervivencia *post mortem*.

En general, los héroes son percibidos como unos antepasados prestigiosos; y el culto de los antepasados constituyó, sin duda alguna, un

elemento muy importante en la génesis de la condición heroica. Pero la afirmación de que un héroe, desde un punto de vista genético, no es más que un antepasado difunto y heroizado resultaría inexacta; las cosas son mucho más complejas. Los cultos heroicos son –tal como ha recordado Walter Burkert, por ejemplo– cultos públicos, no privados; semejante distinción resulta fundamental. Si, en un principio, determinados cultos de origen funerario fueron algo exclusivo, o muy característico, de los linajes nobles, tales cultos resultaron, con la emergencia de la *polis*, parcialmente «colectivizados». A lo largo de este proceso, el antepasado noble se transformó en un héroe cívico. La colectivización de los cultos gentilicios constituyó un aspecto fundamental en la cristalización de la *polis*. De esta manera, en la categoría heroica se integraron figuras muy diversas, de muy distintas procedencias, pero que experimentaron un proceso profundo de homogeneización.

VI

En el contexto presente, sin embargo, la génesis y las peculiaridades de los cultos heroicos nos interesan más bien poco –a pesar de que, para los especialistas, constituyan un ámbito privilegiado para la investigación y la reflexión–. Lo que aquí importa son las narrativas heroicas en sí; y esto nos hace regresar, una vez más, a nuestro punto de partida. El hecho de contar una y otra vez los mitos de los héroes no constituía, para los griegos antiguos, un pasatiempo indiferente. Esta narrativa incesante, incansable, no respondía únicamente al placer de narrar, aunque lo fomentase y lo desarrollase a unos niveles extraordinarios. Tales *mythoi* (o «palabras explicadas») asumían diversos formatos; los modernos nos hemos acostumbrado a denominar «géneros literarios» –de un modo bastante inexacto– a estos formatos, y a las ocasiones que los acogían: las pausadas narrativas de la épica, las rápidas, fulgurantes, evocaciones de la lírica, la mímesis teatral. Contar los *mythoi* de los héroes en verso heroico o en verso lírico, o ponerlos miméticamente en escena, constituía (ya lo hemos indicado diversas veces a lo largo de este prólogo) un aspecto fundamental de la relación de los griegos con lo divino. Dado que la religión es, según la fórmula me-

morable de Émile Durkheim, «un hecho social total», los griegos, a través de los mitos heroicos y divinos, no sólo entraban en contacto con sus dioses y con sus héroes; también afirmaban un sistema de valores compartidos (aunque apasionadamente discutidos, muchas veces), un sistema de valores en el que enraizaba el entramado fundamental de su sociedad. Repitiendo estos relatos de modo regular, rememorándolos, los antiguos experimentaban sin duda un sentimiento intenso de pertenencia a su propio grupo. Algunos antropólogos y estudiosos contemporáneos de los rituales, como Victor Turner (óptimo conocedor de los rituales teatrales y parateatrales), han acuñado, para designar este sentimento, el término *communitas*. Con ello se refieren al sentido de integración, de pertenencia, que los rituales, sobre todo los rituales miméticos, potencian con una intensidad especial.

Los relatos míticos constituyen el aspecto quizá más ilustre, y sin duda el más vívido, del glorioso legado griego. A través de estos relatos, también nosotros entramos en contacto con los antiguos. Es posible –o por lo menos, la obra de Kerényi constituye un poderoso esfuerzo en esta dirección– que a través de ellos, a través de los *mythoi* y de su misterioso poder universalizador, consigamos también entrar un poco más en contacto con nosotros mismos.

Jaume Pòrtulas
Universitat de Barcelona

Héroes griegos

A LOS POETAS DEL FUTURO

Pues la Tierra volverá a engendrar
seres de este tipo como siempre hizo.

Fausto II, iii 3

El mito es una postulación universal de la existencia griega. Toda la civilización en su conjunto seguía siendo la antigua, la original, sólo que en vías de un gradual desarrollo. El hombre seguía reconociendo la fuente mítica y sagrada de muchísimas formas de vida y se sentía muy cercano a ella. Los griegos se consideraban los sucesores y legítimos herederos de la Edad de los Héroes; los crímenes cometidos en los tiempos primordiales seguían recibiendo su castigo; Heródoto comienza su historia de la gran lucha entre Occidente y Oriente con el rapto de Ío, y las Guerras Médicas no son sino una continuación de la Guerra de Troya.

Jacob Burckhardt

PREFACIO

El libro que ahora presento al público vuelve a estar colmado de material, más aún que el anterior, *Los dioses de los griegos*. De hecho, continúa la narración de aquel griego isleño y erudito de nuestro tiempo, en cuya boca fue puesta la historia de los dioses, y la complementa en todos los puntos en los que confluye con la historia de los héroes. Pero se podría tomar el camino opuesto, empezando con el duro destino de estos semidioses que, en cuanto hombres, a menudo sufrían más, para pasar después a la existencia bulliciosa de los dioses «de vida fácil». Aquí no se trata del mundo de los dioses, sino de un mundo entero que será revelado; unas veces nos parecerá familiar, otras extraño, y presentado quizá por primera vez de este modo. Es un mundo que se extiende entre la desembocadura del Guadalquivir y el Cáucaso, que abarca un espacio de tiempo que empieza en torno al 1500 a.C. y dura al menos dos mil años. Ese mundo transfirió la gloria de los grandes dioses y diosas a las figuras de sus hijos, que fueron venerados como héroes.

Es una parte de esa historia que podemos llamar nuestra, en el sentido de una herencia común que nos hace capaces de recordarla y asimilarla. Basándose en las experiencias de la psicología, dudo que sea posible prescindir por completo de tal periodo histórico, y como historiador consideraría una falsificación de la historia general de la humanidad el deseo de suprimir lo que sabemos de dicho periodo. Ni por un momento he creído haberla presentado en su forma definitiva. Ésa es la razón por la que se lo he dedicado a los poetas del futuro; a ellos les corresponde presentar lo que existió como realidad del espíritu, per-

teneciente a la historia de la literatura y la religión europeas, de una forma nueva más adecuada que cuanto pueda hacer una obra de filología clásica.

Este libro no trata de adornar su tema. Eso ya lo hizo Gustav Schwab en su obra *Las más bellas leyendas de la antigüedad clásica*, que, al igual que otras descripciones de ese tipo en otras lenguas y con títulos diversos –por ejemplo, los *Héroes* de Kingsley–, se ajustó durante largo tiempo a los sueños de la juventud. Pone sumo cuidado en no enmascarar la tradición antigua, tan brillante en su realismo. Se puede llegar a falsificar la tradición incluso procediendo con rigor científico, por un justificado deseo de saber que no reconoce los límites trazados por la propia tradición. El deseo de saber puede dirigirse hacia lo tradicional, tanto a sus particulares como a sus generalizaciones, susceptibles de seguir aumentando a diario gracias a los descubrimientos y descifra-mientos; puede intentar aclararlo y revivirlo todo intelectualmente, en cuyo caso tiene derecho a reclamar el título de «científico». Pero, al mismo tiempo, con demasiada frecuencia subyace la tentación de querer saber cómo surgió la tradición, y entonces entra en colisión con lo que no es posible saber, puesto que raras veces ha llegado hasta nosotros el proceso que dio origen a una tradición. Esto es válido en especial a propósito del material de las historias referidas a dioses y héroes.

La tradición se encuentra en los textos y en los monumentos artísticos. Resulta importante ocuparse de la historia de estas formas de la tradición para reconocer lo que de verdad es tradicional. Pero ello implica apartarse bastante de la propia tradición hacia hipótesis sobre orígenes y reconstrucciones de obras perdidas, hacia argumentos que en el fondo dependen de lo que no puede ser probado. Tales hipótesis e intentos de reconstrucción, incluso cuando no se convierten en un juego de la fantasía arrancado de una realidad concreta, pueden enmascarar con facilidad esta misma realidad.

Mi propósito ha sido ocuparme directamente del contenido de los mitos. Pude hacerlo, en la medida de lo posible, a base de vivir con los textos, sin olvidar las innumerables obras de los pintores de cerámica y arte sepulcral (puesto que las tumbas eran lugares en los que durante largo tiempo sobrevivió el culto a los héroes), no por la interpretación que sugieren, sino por la atmósfera que crean. Ello permitía tratar el

material tradicional con un grado de viveza y de independencia del que pudiesen emerger las formas de los héroes con sus rasgos originales. El desarrollo del arte de contar historias desde Virginia Woolf da ánimos a un escritor científico. Todo héroe, cuando se toma en consideración junto con su culto, es el Orlando de Virginia Woolf, y numerosas comparaciones entre héroes y deidades deben quedar sin resolver, al igual que las autoidentificaciones mitológicas del joven Joseph de Thomas Mann.

La narración no estratificada, contada desde un único punto de vista, ya no existe desde hace tiempo en la gran literatura. Una forma que permita hablar de una manera moderna a los antiguos narradores –aunque sean varios, uno junto a otro o bien uno tras otro– y a sus respectivos transmisores sucesivos debería desarrollarse también en la literatura científica sin ni siquiera querer aspirar al efecto de una obra narrativa original, simplemente confiando en la relevancia implícita en un material narrativo sumamente antiguo. Debo confesar que demostrar, en primer lugar a mí mismo y después a otros, esta relevancia durante años de trabajo y selección, editando y organizando el contenido humano concreto, me atrajo como experimento científico y al mismo tiempo me pareció un intento de humanismo vivo que en cierto modo siempre está conectado con los griegos. Deberíamos hallar también una actitud correcta con respecto a la mitología heroica griega, sobre la base de una representación que no resulte ni didácticamente simplificada ni literariamente embellecida, ni disfrazada ni velada en modo alguno.

La dedicatoria a los poetas del futuro no pretende suplantar las dedicatorias de capítulos particulares que fueron presentados en diversos volúmenes de homenaje –el «Cadmo y Harmonía» ofrecido a Walter F. Otto, el «Perseo» a C. G. Jung y el «Sísifo y Belerofonte» a Thomas Mann– a esos tres grandes mentores de mis trabajos en mitología en sus octogésimos aniversarios.

Karl Kérenyi
Ascona, Suiza

INTRODUCCIÓN

Si la mitología griega se limitase a los dioses o, como mucho, a los mitos sobre el origen de la raza humana, los héroes tendrían que quedarse al margen. Pero los dioses reclaman a los héroes, y éstos también pertenecen a la mitología. Desde allí pasaron a un tiempo que ya no trata de «historias» sino de «historia». Una diferencia esencial entre las leyendas de los héroes y la verdadera mitología, entre los mitos de los dioses y los de los héroes, que a menudo están interrelacionados o, por lo menos, limitan con ellos, estriba en el hecho de que la mitología de los héroes está más o menos entretejida con la historia, con los sucesos no de un tiempo primigenio que existe fuera del tiempo, sino de un tiempo histórico, y limitan con ella tan estrechamente como si fuesen ya historia de verdad y no mitología. No podemos negar por principio a los héroes su existencia factual, su historicidad. Aparecen ante nosotros como si hubiesen existido de verdad y sólo en casos excepcionales hubiesen alcanzado la condición de dioses, en el Olimpo en el caso de Heracles, o en el Más Allá otras veces. Pero incluso si alguna vez fueron personas históricas, existen en sus «leyendas» de un modo que los aparta de la «historia». Dejamos de hacerles justicia cuando tratamos de demostrar su «historicidad», pues pierden con ello su aspecto mitológico, que los conecta con los dioses y en virtud del cual, al igual que los dioses, actúan como Prototipos. Su existencia constituye un tipo especial de casi-existencia, que es a un tiempo menos y más que la existencia corriente de los seres humanos –más porque incluye también su vida póstuma en el culto.

No siempre y no sólo se distinguen, por ejemplo, por su heroísmo; ésta es la razón por la que «héroe» no constituye una traducción satisfactoria del griego *heros*, si bien debemos utilizarla a falta de un término mejor. Más que por una cualidad peculiar, los héroes son caracterizados en todas sus leyendas por su substancialidad, por una solidez extraordinaria, que comparten con las figuras divinas. Los dioses de algunas mitologías sin relación alguna con las civilizaciones del Oriente Próximo y el Mediterráneo ocupan ese lugar a medio camino entre dioses como los de los griegos y seres humanos. Esta solidez se ha preservado en las diversas representaciones poéticas, de las que los héroes eran tema habitual, hasta el extremo de que resultan más concebibles un Alejandro, un César o un Napoleón totalmente transformados por la imaginación arbitraria de algún autor, que un Perseo o un Edipo completamente modificados. En efecto, un Alejandro Magno transformado no lo es tanto, porque ya había pasado a las filas de los héroes desde la antigüedad. A los «héroes» de la historia les pertenece el tiempo histórico. Se insieren en un solo periodo de tiempo, que está condicionado por innumerables sucesos contemporáneos y no puede ser modificado. Incluso un César o un Napoleón totalmente «nuevos» mantendrían su fisonomía y serían reconocibles por su apariencia temporal. La parte inmutable de los héroes de la mitología, por otro lado, constituye un núcleo inalterable que se encuentra siempre en el mismo héroe. La sentencia de Ralph Waldo Emerson es cierta también en su sentido factual, perteneciente a la historia de las religiones: «El héroe es aquel que está inmutablemente centrado». Podría parecerse a otros héroes en uno o en varios rasgos; existen tipos heroicos, del mismo modo que existen tipos de hombres corrientes. Pero en el punto central de los rasgos que lo distinguen, el héroe es único. La reducción del héroe, sólido en su singularidad, a una potencialidad centrada en el hombre y en su mundo, la prueba y definición de su carácter arquetípico, debe ser una tarea objeto de un tratamiento especial, que tan sólo puede ser emprendida apropiadamente desde el punto de vista de la psicología y la filosofía, aunque sin prescindir del fundamento histórico, que proporciona una descripción de la tradición relativa a los héroes de los griegos consciente de sus limitaciones. No obstante, la terminología filosófica no podrá ser evitada por completo en esta introducción, y aparecerá un «mito del héroe».

No cabe duda de que el héroe, tal y como se nos muestra en sus «leyendas», expresa, aún más que los dioses de los griegos, una enseñanza sobre la humanidad. Su caracterización puramente humana es perfectamente posible, pero sobre él cae una gloria que, desde el punto de vista de la historia de las religiones, para la que lo divino le sirve de comienzo,[1] podríamos denominar la gloria de lo divino, entendiendo la palabra «gloria», «resplandor» o «esplendor» en sentido metafórico, por supuesto, pero de una manera tan justificada como cuando hablamos de la «gloria» de una obra de arte, y somos comprendidos por todos los que poseen –algo común a la humanidad pero distribuido en proporciones varias– una cierta sensibilidad. La gloria de lo divino que cae sobre la figura del héroe está extrañamente mezclada con la sombra de la mortalidad. Esto da como resultado un carácter mitológico, el carácter de un ser especial, al que pertenece como mínimo una historia, el relato que trata exclusivamente de ese héroe y no de otro. Si el personaje mitológico es reemplazado por una simple caracterización humana, las leyendas de los héroes se convierten en relatos de hombres belicosos, a quienes el epíteto de «héroe» se aplica solamente en el sentido no cultual en el que lo utiliza Homero, algo así como «noble caballero», y de este modo la mitología, incluso la mitología de los héroes, halla su límite.

Esto ocurre en los poemas épicos que narran los viajes y las campañas de grupos enteros de héroes, como la expedición de la nave Argo o la guerra de Troya. Todo esto, e indudablemente también la expedición de los Siete contra Tebas y numerosos poemas épicos pre-homéricos que se han perdido, se convirtió en poesía heroica, con una atmósfera propia, incluso cuando sus protagonistas pertenecen a los héroes de la mitología. Al igual que toda mitología, la de los héroes tiene su conexión con el culto. La poesía heroica es, hasta donde sabemos, independiente del culto. El héroe con su culto se diferencia más del héroe de la épica que del héroe de la tragedia, que, al fin y al cabo, representa un acto de culto. No existe una delimitación precisa en el tema, pero sí una distinción de atmósferas. La descripción de los héroes en la mitología griega también debe atenerse a esa limitación, pues de lo contrario podría acabar siendo una simple crónica del contenido de la poesía heroica, perdiendo así su atmósfera peculiar (puesto que no le toca a la

mitología despertar el interés por las descripciones de batallas), o confundiéndola con otra. El viaje de los Argonautas y la expedición de los Siete constituyen una etapa intermedia por el modo en el que han llegado hasta nosotros (el primero por obra del poeta erudito Apolonio de Rodas y la segunda por la tragedia) y no podemos excluirlos al hacer una nueva narración de la mitología heroica. Me parece posible, por no decir necesaria, aunque no en este libro, una nueva narración de poesía simplemente heroica, capaz de adecuar el contenido de los poemas relacionados con el nombre de Homero, la *Ilíada* y la *Odisea*, al hombre moderno.

Al héroe le pertenecía su culto, una forma especial de veneración, que no debe confundirse con la veneración de los héroes en el sentido utilizado por Carlyle. Se trataba de un verdadero culto, un acto ritual simple y estricto, un tributo perfectamente natural para el héroe, no un acto de exaltación. A pequeña escala, era la misma veneración que se les tributaba a los dioses del Más Allá, a los señores del mundo de los difuntos. Lo divino, cuyo esplendor lleva consigo el héroe, incluso entre los muertos, produce desde el reino de los muertos –mucho más que la figura de un mortal corriente que se ha reunido con los muertos– un profundo sobrecogimiento que, como afirmaba con razón W. F. Otto, describimos de un modo demasiado unilateral como miedo, mientras que se trata también de una disposición de ánimo más solemne y elevada.[2] El sacrificio a los dioses de los muertos y a los héroes se llamaba *enágisma* para distinguirlo de *thysía*, que era el sacrificio dedicado especialmente a las divinidades celestes. Se celebraba sobre altares que tenían una forma especial; eran más bajos que el altar corriente, *bōmós*, y su nombre era *eschára*, «hogar». La sangre de las víctimas, así como las libaciones, fluía a través de ellos hacia la fosa sacrificial. Por esa razón tenían forma de embudo y estaban abiertos por debajo. Porque esta clase de sacrificio no acababa con un banquete feliz en el que dioses y hombres tomaban parte. La víctima era sujetada sobre la fosa con la cabeza hacia abajo, y no, como ocurría en el caso de los dioses celestiales, con el cuello echado hacia atrás y la cabeza levantada; y se quemaba por completo. Tales eran los rasgos característicos de estos ritos, que, no obstante, no seguían un ceremonial rígido e inalterable; los sacrificios a Heracles, por ejemplo, combinaban en muchos lugares estos mé-

todos más sombríos con otros más alegres, y en el Ática los toros se le sacrificaban siguiendo el mismo ritual que para con los Olímpicos. Otros detalles menos lúgubres dan testimonio también de la alegría de los griegos incluso en este culto.

No cabe duda de que, aun si el culto a los héroes permanece en su representación completa, no hubiesen tenido ninguna importancia para nosotros en base tan sólo a él. Tampoco por sus tumbas, aunque resulten bastante impresionantes, como las que hay dentro y fuera de las murallas ciclópeas de Micenas o las que se han encontrado cerca de Eleusis, en el camino del Peloponeso a Tebas, que ofrecen una apariencia realmente «heroica» con su diseño amplio y tosco, y que se suponía que cubrían a seis de los famosos Siete. Ni siquiera los nombres que están relacionados con fundaciones de ciudades, familias gobernantes, linajes nobles y enteras dinastías habrían sido suficientes para conferirles una importancia más general, por no mencionar el gran número de héroes que son simples nombres para nosotros, o que incluso carecen de él. El interés científico se centraría en todos ellos, en la medida en que pertenecen a la imagen de conjunto de la cultura griega; pero su importancia humana radica en las historias tradicionales que tenían su culto como fondo.

A menudo parece como si tuviésemos que referirnos por igual a los relatos de dioses y héroes como «motivos de cuentos populares», como si se tratase de ulteriores desarrollos de algunos cuentos populares primitivos, a los que podrían ser fácilmente reducidos. Esta apariencia (aparte de resultar engañosa) se presta, más que ninguna otra cosa, a distraer la atención de su contenido humanamente atrayente. «Motivos» o «fórmulas narrativas», si son tomados en consideración por sí mismos, son simplemente el resultado de la abstracción y la reducción. No existen y no son activos de por sí, a no ser tan sólo en las «leyendas», que son algo más que motivos y fórmulas. Es cierto que los cuentos populares están llenos de motivos y fórmulas, y, aunque no totalmente, sí pueden ser reducidos en gran parte a ellos. En esto, como en otros aspectos traicionan su datación relativamente reciente. Los cuentos populares y las colecciones más antiguas de leyendas han llegado hasta nosotros en textos de épocas relativamente recientes. Aceptar los «cuentos populares» como las formas más antiguas de las leyendas de

dioses y héroes con base a la analogía de estos textos constituye una de las incongruencias de un método histórico que no ha sido suficientemente meditado. Pero precisamente estos textos nos proporcionan una base, la única que realmente poseemos, para reflexionar sobre el carácter de esta forma narrativa a la que se ha dado en llamar «cuentos populares» en español, «folktales» en inglés o «Märchen» en alemán. Quienquiera que lo haya hecho de un modo suficientemente concienzudo[3] ha tenido que reconocer la datación comparativamente tardía de los cuentos populares a partir de sus características. El narrador de tales relatos se rebela contra la trágica realidad de la existencia humana y las limitaciones que sufre, y les contrapone una antitragedia. Consciente o inconscientemente, el narrador de cuentos populares es un negador y un antitrágico, y su creación resulta secundaria con respecto a lo que niega, que no es otra cosa que el mito. Preferiblemente, el cuento popular termina con una boda o de alguna otra manera satisfactoria. Cuando esto ocurre, como por ejemplo en la historia de Perseo, la razón del sabor a cuento popular de este mito en particular reside en el hecho de que probablemente desde época micénica llegó, en una forma relativamente tardía, a los poetas que han sido para nosotros los primeros en dar cuenta de él. En la leyenda de Teseo o en la de Peleo (ambos nombres del mismo tipo), es posible observar todavía el proceso por el que el mito se convierte en un cuento popular, pues en el primer caso el final trágico, la muerte de Teseo a manos de Licomedes, carece por completo de motivo, pero ocurre a pesar de todo, mientras que en el segundo este final queda mitigado por el hecho de que la boda con una diosa se consideraba, tanto en el mito como en el cuento popular que deriva de él, un motivo de buena fortuna que servía de contrapeso a la conclusión trágica.

Las historias de los héroes en la mitología son semejantes a otra forma de narración que comparte características trágicas similares. Los antiguos pueblos escandinavos la llamaron «saga», término que fue adoptado también por nosotros. Podemos comprender la saga a partir de ejemplos concretos de la antigua literatura islandesa, que probablemente se remontan a las crónicas familiares orales acerca de los linajes nobles que emigraron a Islandia. De acuerdo con André Jolles, debemos definir la saga como una «forma simple», cosa que también es el cuento

popular, pero más verídica: como el principio formativo de ese mismo *género* que dio forma y conservó el mundo en la saga. El gran germanista caracteriza la saga de la siguiente manera:

> Surgida del propósito de ocupar la mente con las relaciones de familia, descendencia y consanguinidad, construyó a partir de una genealogía un mundo que se mantuvo igual a sí mismo en centenares de variantes, un mundo orgulloso de los antepasados y de la maldición paterna, un mundo de propiedades y peleas familiares, de raptos de mujeres y adulterio, de venganzas de sangre y de incesto, de lealtad y odio entre parientes, entre padres e hijos, hermanos y hermanas, un mundo de herencia.[4]

Esta definición nos trae a la mente diversas analogías, en especial con las leyendas de la dinastía de Atreo, pero también una serie de diferencias con las que tropezaremos en las leyendas griegas de los héroes. Parte de estas diferencias estriban en el hecho de que en Grecia no nos encontramos con una tradición tan sólida, ni independiente, acerca de los héroes, con ninguna tradición familiar legítima como las de las sagas islandesas. Debemos recopilar fragmentos, y son siempre de segunda mano. Es verdad que a menudo se trata de la mano de algún gran poeta, por encima de todos Homero. Es posible, no obstante, percibir un mundo original de mitología heroica anterior a las epopeyas de Homero. Por lo tanto, resulta justificado el que nos preguntemos si la tradición mitológica acerca de los héroes fue de verdad en suelo griego, al igual que las sagas en Islandia, en lugar de un fenómeno particular de la historia de la humanidad.

Al pasar a través de la famosa puerta de la fortaleza y sede real de Micenas, que tiene como ornamento y corona un pilar flanqueado por dos leones (un símbolo del culto a la gran diosa, Señora de las bestias, y posiblemente el lugar de su epifanía en forma de ave), lo primero que llama nuestra atención es una vasta necrópolis. Está rodeada por losas de piedra colocadas en paralelo. Con ellas circundaron en el siglo XIV a.C. las profundas tumbas de pozo de los primeros reyes, después de que la puerta y las impresionantes y poderosas fortificaciones ciclópeas de la fortaleza hubiesen sido construidas. Se trataba de un acto de ve-

neración hacia sus predecesores, que quizá ni siquiera eran los antepasados consanguíneos de los futuros gobernantes, por parte de las generaciones sucesivas, un acto de veneración hacia la Casa de Perseo, si es que podemos adoptar sin pruebas los nombres de la mitología de los héroes, por parte de la Casa de Atreo. Al excavar el círculo de tumbas, Schliemann encontró allí un altar que habría servido, en la manera descrita anteriormente, para el culto a los héroes. De la época en la que ningún reino pertenecía ya al castillo real, conocemos dos cultos heroicos relacionados con Micenas que seguían existiendo, ambos fuera de la ciudad: el del propio Perseo, pero no de los reyes que quizás eran considerados sus descendientes, los Perseidas, atestiguado por la tradición, y el del Atrida Agamenón, demostrado a partir del descubrimiento del lugar donde se le veneraba.

Schliemann, sin embargo, no encontró ninguna lápida sobre la que se pudiese leer el nombre de ninguno de los reyes difuntos a los que se honraba dentro del círculo amurallado. De hecho, en aquella época nadie esperaba encontrar pruebas escritas de una fecha tan antigua. Sin embargo, cuando no hace mucho tiempo un segundo círculo de tumbas similares fue descubierto y excavado fuera de los muros de la fortaleza, y se encontraron estelas funerarias en las que estaban esculpidas escenas de caza y combates con bestias feroces, pero ni una sola inscripción, el silencio de las piedras empezó a resultar significativo. Ningún descubrimiento hecho en otros lugares nos permite hasta ahora llegar a la conclusión de que este silencio sea un simple accidente; más bien, resulta característico. Ahora conocemos la escritura micénica; sus monumentos han sido encontrados en el palacio de Néstor en Pilos, en Micenas y, sólo por mencionar aquí este punto central de las leyendas de los héroes, en Tebas. Plutarco nos habla de esta escritura, que los griegos de tiempos históricos pensaban que se parecía más a los jeroglíficos egipcios que a sus propias letras. Los espartanos, que dominaron Beocia bajo Agesilao en torno al año 380 a.C., abrieron una tumba en Haliarto en la que se decía que yacía Alcmena, la madre de Heracles, y encontraron allí una tablilla de bronce con ese tipo de escritura, pero también un ajuar funerario bastante más modesto que los que han salido a la luz en las tumbas que se hallan dentro del círculo de piedra en Micenas.[5] En ninguna de las muchas tumbas de la época micénica

que han sido abiertas por los arqueólogos se ha encontrado una sola inscripción. Las tablillas inscritas descubiertas en palacios y casas son listas de propiedades, de sacrificios y tributos debidos a dioses y hombres. En lo que respecta a Creta y Micenas, parece que la observación que ya hice en otro lugar[6] y que ahora podría repetir en palabras de Oswald Spengler sigue siendo válida: «En ninguno de los hallazgos hechos en Creta hay indicación alguna de una conciencia histórica, política o siquiera biográfica semejante a la que existió entre los pueblos de cultura egipcia desde los primeros días del Antiguo Reino en adelante». En cualquier caso, no ha quedado ningún rastro de una tendencia a inmortalizar el recuerdo por escrito en las tumbas de Micenas, por más cuidado que pusiesen en organizarlas y protegerlas.

El deseo de inmortalizar, sin embargo, estaba ahí, si bien no por medio de la escritura. Las magníficas tumbas de colmena, fuera de la ciudad, fueron construidas entre los siglos XV y XIII a.C. Las tumbas de pozo, tan ricas en suntuosas ofrendas funerarias, dan prueba no sólo de un culto a los muertos en Micenas, precursor del culto a los héroes por parte de los griegos de época histórica, sino que también atestiguan en su propio mutismo un culto a la memoria, una confianza (si podemos decirlo en la lengua de los griegos de época histórica, que ya se hablaba en la fortaleza del círculo de tumbas) en la diosa Mnemósine. De acuerdo con pruebas mucho más tardías de una creencia que seguramente se basaba en un culto antiguo a los muertos, el propio difunto debía tener una confianza personal en ella, y esperaba beber de su fuente en el Más Allá. El que se recuerda a sí mismo corresponde al recuerdo gracias al que sobrevive; seguramente éste sería el don mayor de Mnemósine. En lo que respecta a las creencias de los micénicos acerca de la muerte, no tenemos ninguna evidencia semejante a esas pequeñas tablillas de oro en las que encontramos instrucciones para obtener este don mayor; pero no podemos dejar de conceder a Mnemósine un periodo de tiempo que no era exclusivamente de memorias familiares más o menos vagas, y en que las hijas de esta gran diosa tenían ya su parte. La excavación del palacio de Néstor en Pilos proporcionó, en mi opinión, la prueba de que una poesía épica muy humana, muy ligada a las cosas materiales, existió antes de Homero y se extendió a través de los tiempos confusos del cambio de milenio hasta llegar hasta él.[7]

No es posible, sin embargo, establecer con exactitud hasta qué punto la escritura respaldó tanto la memoria como el arte del poeta. Los documentos escritos no se hallaban en primer plano en esa época que he llamado la edad de Mnemósine. Y si en ese punto debemos señalar un parecido con las sagas islandesas, nos parece que la oscura historia familiar de los Atridas no resulta en absoluto característica de la mitología heroica griega en su conjunto. Algunas figuras de héroes y heroínas tienen un resplandor divino más brillante, que podría incluso pertenecer a antiguas deidades. No sabemos hasta qué punto los reyes de Micenas intentaron parecerse a los dioses, y hasta dónde su culto a los muertos era la expresión de este intento. Los descubrimientos arqueológicos hechos hasta la fecha nos indican de manera inequívoca que el culto griego a los héroes es la continuación no de un culto general a los muertos en época micénica, sino del culto micénico a los muertos de la realeza. El hecho de que conlleve un teomorfismo, cuya extensión desconocemos, choca con un antropomorfismo presente en los mitos de los dioses del que da testimonio un grupo de marfil de dos diosas y un muchacho divino, a la manera ya de la mitología griega.[8] Este choque podría haber tenido su origen en la mitología de los héroes. Lo divino pasó a lo humano, y lo humano fue elevado a la divinidad, y así surgió el mito del héroe. Tras originarse en el propio hombre, el mito fue alimentado por el doble reino de Mnemósine, el reino de los muertos, al que estaba dirigido el culto en las tumbas, y el pasado, que seguía estando presente a través de la memoria y alcanzaba una idealidad capaz de indicar tan sólo a hombres divinos.

Aquí sólo estoy expresando una suposición con respecto al origen del culto a los héroes entre los griegos. Si nos inclinamos por ver en el divino esplendor de los hombres a quienes corresponde este culto la realización en la muerte de una tendencia innata en la naturaleza del hombre, entonces la manera apropiada para expresarlo es hablar de una figura contradictoria que admitiría todas las variaciones de la mitología heroica, de la figura del dios-hombre en las incontables variaciones de sus incontables historias. En tal caso, el presupuesto de los relatos de los héroes sería esta característica humana, la capacidad humana de conocer, incluso en el vínculo de una tribu o de una familia, la singularidad que no se le adapta. El origen de la particularidad y la singularidad

de un ser traído al mundo por su madre como algo maravillosamente nuevo, que nunca existió antes, la inmediatez de la entrada en el mundo, que tiene como resultado una vida única, aparece en la mitología heroica como si fuese de origen divino. En el lenguaje filosófico podemos hablar de ello como de una revelación del ser en el hombre, y se podría añadir que todas las revelaciones de este ser han adoptado formas precisas allí donde aparecen, tanto en la historia como en la mitología, si bien nuestro presente examen se ocupa tan sólo de ésta última. He elegido la expresión «dios-hombre», independientemente de su significado cristiano, con base en los datos griegos; su sentido no es la redención del hombre, sino más bien una concepción más elevada de él, que busca en vano su semejante en toda la historia de las religiones. Para la concepción general del hombre a la que nos referimos aquí, y su expresión poscristiana, podemos citar a Carlyle:[9]

La esencia de nuestro ser, el misterio existente en nosotros, se llama Yo. ¿De qué palabras disponemos para expresarlo? Decimos que es un soplo del Cielo; que el Ser Supremo se revela en el hombre. ¿No son el cuerpo, las facultades, la vida, una vestidura para ese Innombrable? «Sólo hay un Templo en el Universo», dice el devoto Novalis, «y es el Cuerpo del Hombre. Nada es más sagrado que esa Forma. Al inclinarnos ante los hombres reverenciamos esta Revelación Encarnada. Cuando tocamos el cuerpo humano tocamos el Cielo.» Esto parece mera retórica, pero no lo es. Si meditamos, se transforma en hecho científico, expresión de una verdad real, mediante las palabras de que disponemos. Somos el milagro de los milagros, el misterio inescrutable de Dios.

De este modo puso Carlyle las bases de su exaltada veneración por los héroes, que para él constituían la base del cristianismo –un cristianismo arriano, es cierto, y por lo tanto no completamente lejano de la antigüedad en su concepto–; una veneración por los héroes que, es preciso decirlo con sus propias palabras, constituye una «admiración cordial, sumisa, ferviente, ilimitada, sentida por la más noble y divina Forma de Hombre». Y añade: «¿No es ése el germen del cristianismo? El más sublime de todos los Héroes es Uno, Uno que no nombramos aquí». Las leyendas de los héroes griegos, en comparación, resultan tan

poco elevadas como su culto heroico. Resultan asombrosamente realistas y cualquier cosa menos moralmente idealistas cuando describen las características humanas de sus héroes. Carlyle se halla justo en el polo opuesto. La mitología griega heroica se interesa por los orígenes de las ciudades, de las familias y de las tribus, y al mismo tiempo se ocupa del «dios-hombre»; de esta manera se determina su peculiar altura. Entre estos dos temas, las historias de los descubrimientos y de las conquistas, de los avances económicos y técnicos desempeñan un papel menor. El concepto del «héroe cultural» introducido por la etnología pertenece a mitologías diferentes a la de Grecia, de modo que resultaría muy forzado introducirlo en ella. Un «héroe cultural» sería un héroe reducido a una única función, y precisamente la humanidad de los héroes griegos se niega a tolerar una reducción tal. Heracles, si uno quisiera enfatizar el elemento «cultural» en él, se convertiría a lo sumo en un héroe cazador, un enemigo de los animales salvajes, un Orión, aunque también Orión era algo más que eso. El análisis de las gestas de Heracles nos demuestra algo diferente; es tan sólo la interpretación tardía de ellas la que ha llevado a esta simplificación. Dos de las grandes adquisiciones necesarias para la cultura humana, el trigo y el fuego, son atribuidas a dioses y Titanes, Deméter, Hermes, Prometeo; el trabajo de los metales, a dioses y seres primigenios surgidos de la tierra –Hefesto, los Dáctilos y los Cabiros–. Tan sólo el introductor del vino es un «dios-hombre», Dioniso, quien sin duda alguna es entre los dioses el dios-hombre por antonomasia.

La mitología de los héroes griegos, aunque se ocupa tanto de los dioses-hombres como de las fundaciones, se caracteriza por el hecho de que su énfasis, su peculiar tensión, recae sobre el ser humano y en absoluto sobre la importancia de una fundación. En la India, por ejemplo, lo divino es enfatizado y exaltado de una manera cruda cuando los héroes de este país permiten al dios que ha asumido forma humana manifestarse con un despliegue de poder ilimitado. Para la mitología heroica de los griegos, nada resulta más característico que el hecho de que el elemento divino se dé por descontado, y sus epifanías sean la cosa más natural del mundo. La importancia se le atribuye más al aspecto humano en todas sus manifestaciones que al destino inexorable y el sufri-

miento que soportan los héroes. Al enfatizar el elemento humano de esta manera, la mitología de los héroes toma una nueva dirección ya desde su origen, que conduce inevitablemente a la tragedia. Las leyendas heroicas nos conducen desde el culto de los héroes, solemne y autoexplicativo, a la escena trágica, al lugar que siempre suscita nuevo entusiasmo con argumentos viejos. Si tratamos de encontrar una expresión griega para este material concreto de la mitología (pues en griego no existe ninguna palabra que corresponda a la *saga* escandinava o a la *Sage* germánica), debemos recurrir al término utilizado por Asclepíades de Trógilo, quien, en la época en que la poesía trágica estaba declinando en Atenas, recopiló los argumentos de las tragedias en una obra en prosa a la que llamó *Tragoidoúmena*, o sea, «argumentos de tragedias». Todas estas historias, incluso aquellas que nunca fueron elaboradas por los poetas trágicos, merecen este título; eran siempre tragedias en potencia.

En este material no sólo encontramos pequeños dramas cuyo esquema arquetípico contiene, como en los relatos de los dioses, un grupo necesario de personas, sino que, en el fondo, se trata siempre de un drama determinado que trata del destino del «dios-hombre», un drama con innumerables variantes. A su lado están también preparados otros personajes que no siempre hacen su aparición, en especial la madre del «dios-hombre», que es fecundada por un dios; también el substituto del dios, el padre terrenal del héroe, y a menudo un hermano inferior, o incluso un gemelo. Pero no existe ninguna regla para las tareas o las etapas por las que debe pasar, o las hazañas que debe llevar a cabo para ser un héroe. El destino y su desarrollo no son iguales. Emerson formuló y Rilke confirmó la verdad sobre el héroe en la frase ya citada: «El héroe es aquel que está inmutablemente centrado». Debemos tenerla siempre presente cuando nos ocupemos de las leyendas de los héroes. El esplendor de lo divino radica en lo que resulta inmóvil en el héroe pero queda ensombrecido por su destino. Lleva a cabo las tareas que le han sido asignadas por el destino gracias a ese elemento inmóvil, que su culto atestigua incluso tras su muerte. Constituye una excepción rarísima (como en el caso de Heracles) el que no caiga víctima de la muerte; siempre está en contacto con ella, la muerte pertenece a su «figura», y el culto la atestigua como el último y predestinado acto de

la vida del héroe, porque, después de todo, se trata de un culto a los muertos.

El culto y el mito del héroe contienen el germen de la Tragedia, no sólo en lo que respecta a su material, su principio formativo y su significado, sino también a su tiempo. La Tragedia ática está ligada al culto y a la mitología de los héroes. No hay ninguna interrupción aquí, ningún abismo entre ellos. Existe una continuidad ininterrumpida de la actividad intelectual que, en lo que respecta a la mitología de los héroes, ese culto al héroe mediante el relato, puede ser definida como un acto de culto. La Tragedia constituye un acto de culto, tanto como puedan serlo los sagrados actos de veneración hacia los héroes. Se trata de un acto importante y solemne perteneciente al culto de Dioniso, lleno de los sufrimientos de los héroes. Queda, por lo tanto, solamente esta pregunta: ¿los héroes pertenecen a Dioniso y Dioniso a ellos? La estrecha conexión entre el culto y relato en honor de los héroes y la acción dramática a la que llamamos Tragedia, en honor de Dioniso, está ahí y atestigua por sí misma un aspecto del dios a través del cuál responde a nuestra pregunta. Porque él era el héroe entre los dioses. Las mujeres de la Élide lo invocaban con un «Ven, héroe Dioniso».[10] Aunque pudiésemos afirmar con toda certeza que, en este contexto, «héroe» significaba simplemente «señor», no podemos dejar de señalar el hecho de que el nombre distintivo que, en Homero, se aplica a los hombres que no tienen derecho a un culto se utiliza aquí para dirigirse a un dios en su culto, y además a un dios cuyas conexiones con el reino de los muertos y con la muerte misma resultan claras ya desde la historia de su nacimiento. Tanto si nació de Perséfone, diosa de los Infiernos, como de la princesa tebana Sémele mientras ardía por obra de los rayos de Zeus,[11] se trata de un nacimiento en el inframundo, o de un nacimiento en la muerte. Del mismo modo que Apolo sacó al dios sanador Asclepio de su madre Corónide sobre su pira funeraria, también Dioniso fue rescatado por Zeus de la pira mortal. Se trata de la historia de un nacimiento en el fuego, del nacimiento de un dios que viene de la muerte y está tocado por ella. Asclepio también debía morir; su nacimiento, sin embargo, era digno del dios de la curación. Y Sémele era también una *herois*, una heroína (de la cual toma su nombre la fiesta en Delfos en la que se la honraba con ritos secretos)[12] a quien bajó a buscar Dioniso a los Infiernos.[14] Pero también él murió.

El nacimiento de un dios en la tumba, incluso sin el motivo del fuego, debe de ser una historia muy antigua, puesto que también se contaba a propósito de Perseo, el héroe fundador de Micenas en su leyenda de nacimiento. Había nacido en una cámara subterránea, en una cámara de bronce en la que, como en un sepulcro, su madre había sido encarcelada para siempre. Desde allí la voz del bebé se hizo oír en la corte de palacio. La historia tiene lugar en Argos, en el castillo real que estaba frente a Micenas. Nos recuerda el círculo de piedra que rodea las tumbas en la necrópolis de Micenas, como si los narradores antiguos hubiesen pensado que la cámara de bronce había sido construida allí, en las profundidades de la tierra. Pero la muerte de Dioniso se atribuía a Perseo. Se decía que éste último le dio muerte para tratar de impedir su culto, al menos en la historia que surgió después.[14] Arrojó al dios a las profundas aguas del Lerna. Sin embargo, la historia de la enemistad entre Dioniso y Perseo por sí misma tenía por objeto suministrar un motivo para una creencia habitual en la región de Micenas y Argos, según la cual Dioniso tenía que ver con el inframundo, cuya entrada se suponía que estaba en Lerna, un pueblo prehistórico situado cerca de dichas ciudades. Al igual que en la Élide, también aquí se celebraba un festival en el que el dios era invocado desde el inframundo. En la Élide la canción de las mujeres invocaba al «*heros* Dioniso» para que se apresurase sobre su pie de toro hacia el interior de su templo. En Lerna se le invocaba como *Bougenés*, el hijo del Toro.[15] Lo llamaban con un sonido de trompeta, una ceremonia nada habitual en Grecia (todo esto nos trae ecos de un mundo anterior, seguramente el de Micenas), y arrojaban a las profundidades de las aguas un cordero para el *Pyláochos*, el «Guardián de la puerta». El señor de los Infiernos, por lo demás también conocido como Hades, era llamado «Guardián de la puerta» o «El que cierra la puerta» (*Pylártes*). De acuerdo con la leyenda acerca de cómo Sémele fue rescatada del inframundo, Dioniso habría descendido a los Infiernos desde Lerna para ir a buscar a su madre; en la historia de Perseo, lo habrían arrojado dentro. ¿Pero para quién era la llamada de trompeta, sino para alguien cuya casa estaba allí y esperaba la llamada para aparecer de nuevo entre los vivos?

El hecho de que fuera invocado como «*Heros*» indica también una conexión estrecha con el reino de los muertos, y esto es lo menos que

podemos decir. El filósofo Heráclito dijo algo de mayor enjundia. Por todos lados encontró ejemplos de ese Uno que se revela en sus contrarios. Él *toma* estos ejemplos, no los construye, porque, de otro modo, ¿cómo podrían ser ejemplos que demostrasen algo? Del mundo visible: «El mar es el agua más pura y más contaminada: para los peces es potable y saludable; para los hombres, impotable y mortífera». «El camino hacia arriba y hacia abajo es uno y el mismo.» Y del mundo invisible: «Hades y Dioniso son lo mismo».[16] Se trata de la misma lección (una lección para nosotros, no para sus contemporáneos) que nos enseñan los monumentos de arte, en especial toda la pintura sobre cerámica del maestro arcaico Jenocles, que nos explica a su manera cómo Dioniso, *kántharos* en mano, da la bienvenida, o se despide, de Perséfone.[17] Pero unas tumbas arcaicas halladas en los alrededores de Esparta nos desvelan el secreto más claramente;[18] recientemente también un hallazgo enorme de tablillas de arcilla[19] presenta la misma identidad ante nuestros ojos. El dios está sentado en un trono, con la misma copa de vino, el *kántharos*, en la mano, o, si no, una granada, que ofrece a Perséfone para que la coma; la Reina del Inframundo está a su lado. Otras señales, la serpiente, el perro, el caballo, en una ocasión también la cabeza de aspecto juvenil, el sacrificio que ofrecen a la pareja divina unas pequeñas figuras humanas, nos indican sin posibilidad de error que este Hades y Dioniso representan al «Héroe» en una sola persona. Es más: una de las estelas fúnebres lleva el nombre del sabio espartano Quilón, lo que demuestra que no se trata de la representación de *un* héroe en general, sino del muerto recientemente sepultado como un héroe y (lo que es más importante) heroizado como Dioniso.

Al parecer, Dioniso fue alguna vez en Grecia una meta suprema del teomorfismo. No se trataba de una apoteosis en general sin concretarla en una figura determinada, sino de la identidad con este dios, esposo de la reina del Inframundo y señor del reino de los muertos. Probablemente ésta era en su origen una aspiración de los reyes, no aceptada en absoluto por la poesía homérica, que ignora por completo a Dioniso. Debemos suponer antes que nada que esta aspiración existía en las regiones en las que Dioniso era considerado rey del Inframundo, especialmente en el Peloponeso, un territorio que había sido mucho menos penetrado por el espíritu de Homero que el mundo insular o Atenas.

Pero incluso los vestigios más modestos que esta aspiración ha dejado tras de sí revelan su significado, por ejemplo los sarmientos sobre los que los atenienses disponían en sus tumbas a los muertos.[20] La costumbre ha dejado atrás algunos rastros cuyo significado similar podría escapársenos con facilidad, en especial el hecho de enterrar copas de vino con los muertos. A ella debemos tesoros de pinturas sobre vasos y, en general, la mayor parte de nuestros conocimientos sobre este arte. Las sepulturas antiguas, esa forma limitada del culto del héroe, están llenas del elemento dionisíaco hasta los tiempos más recientes. Todo ello evoca y alude a la bendición que otorga el dios después de los inevitables sufrimientos de la vida, aumentados por las acciones guerreras: el dios Dioniso, que participa del dolor y de la muerte. Él era el Héroe entre los dioses, a quien una vez los reyes intentaron imitar. Existía también una canción para él, acerca del cabrito que, en cuanto víctima sacrificial, lo representaba en su pasión.[21] Esta canción fue llamada *tragodia*, la canción ocasionada por el macho cabrío, y en ella, en la tragedia, los sufrimientos de los héroes fueron introducidos por poetas cada vez más audaces.

Su mito, que originalmente incluía el destino de todas las cosas vivientes, plantas, animales y hombres, asumió, en la leyenda tebana de su nacimiento, los rasgos que caracterizan el mito del hombre-dios. Su epíteto *Bougenés* en Lerna indica su descendencia de divinidades bajo forma animal, y su madre tebana Sémele todavía lleva el nombre con el que se designaba a la diosa del Inframundo en Frigia.[22] Pero ahora se ha convertido simplemente en una princesa, en la novia elegida por el rey de los dioses. No le hacemos ningún mal cuando vemos en ella a una doncella terrenal; pertenece a la larga serie de madres de héroes, amadas por los dioses, que ocupan el lugar más importante en el Más Allá, como se nos dice en la *Odisea*.[23] La poesía genealógica enumera y glorifica a estas madres una tras otra. «O como aquella que...»; así comenzaba el encomio de cada una de ellas, y el encomio se convirtió en un género poético. Odiseo, aparte de explicar el encuentro con su propia madre, parece que deseaba sobre todo hablar de ellas. Si no dice nada acerca de Sémele, se trata de un silencio significativo, que admite dos explicaciones opuestas. O bien el poeta excluye a la madre del dios, como hizo con el propio dios, o bien demuestra con su silencio la vali-

dez de esa historia según la cual Dioniso no dejó a Sémele en el Inframundo por mucho tiempo. De acuerdo con la leyenda sagrada de Tebas, Sémele concibió y dio a luz al dios en la casa de su padre como una madre mortal que murió en el parto, y, por lo tanto, en el palacio de Cadmo el mito de los dioses pasa a ser un mito de héroe. Allí se mostró claramente por un momento, en Dioniso, hijo de una mujer mortal, la figura del hombre-dios que reúne en sí divinidad y mortalidad.

Pero así eran los nacimientos de los héroes en general. Un ser de ascendencia divina no siempre nacía en la muerte como el hijo de Sémele, pero a fin de cuentas nacía para la muerte, para el Inframundo, con el objeto de que más tarde siguiese actuando desde su tumba y fuese venerado en su tumba. El examen de las leyendas de los héroes griegos entendidas como una mitología relacionada con el culto al héroe nos conduce de un modo natural y lógico al origen de la tragedia griega. Nada tenía tanto que ver con Dioniso como el destino de un héroe que pasaba al culto a través del sufrimiento y la muerte. La solución del viejo problema se presenta como obvia desde el punto de vista expuesto aquí, y al mismo tiempo garantiza su corrección. Se llegó a este punto de vista a través de la tradición, que ahora expondremos en detalle a partir de la historia de Cadmo y Harmonía, puesto que el mito de los dioses pasa a ser el de los héroes en el palacio de Cadmo no sólo a través de la leyenda del nacimiento de Dioniso, sino también a través de la historia de esta pareja divina. Cadmo y Harmonía no tenían ningún culto heroico en Grecia, y su leyenda resulta bastante pobre en detalles humanos; empecemos pues por establecer quiénes podían ser.

Se les consideraba un héroe y una heroína que, sin embargo, no habían encontrado su lugar de descanso entre los griegos, sino en la distante Iliria. Resultaba bastante natural hablar de su viaje hasta la Isla de los Bienaventurados, aunque sólo sea porque sus tumbas no eran veneradas en ningún lugar de Grecia. Su metamorfosis en serpientes habría sido una forma natural de supervivencia en el culto para un héroe y una heroína, o bien –y ésta es la otra posibilidad– bajo esa forma mantenían una conexión aún más estrecha con el mundo subterráneo. Y es muy probable que ocurriese así. Aunque no recibieran ningún culto heroico, por lo menos se les rendía el culto de una pareja perteneciente al Inframundo de una forma aún más solemne. El punto culminante de su

celebración era su matrimonio. Éste se celebró en Samotracia durante los Misterios. El otro lugar con unos Misterios semejantes era Tebas, y no resulta fácil determinar hasta qué punto este culto en tierra tebana estaba influenciado por el de Samotracia y en qué medida los Misterios de la isla tracia, atestiguados tan sólo por construcciones relativamente tardías, tomaron su forma de Tebas. Tres de los nombres secretos de los dioses de los Misterios, Axíero, Axiókerso y Axiókersa, son griegos, mientras que el cuarto, Cadmilo o Casmilo, es un diminutivo de Cadmo. Uno de los dos testimonios a los que alude nuestra sucinta fuente[24] es el historiador Dionisodoro, muy probablemente el de Beocia, que podía tener información sobre los nombres divinos tebanos. En Tebas, aparentemente, la pareja divina de los Misterios era presentada como Axiókerso y Axiókersa, «los que son dignos del matrimonio»,[25] y de estos nombres se decía que representaban a Hades y Perséfone. Muchos vasos hallados en el santuario tebano de los Misterios se refieren a una celebración de matrimonio, y no debemos suponer que en ese Cabirio se hubiese celebrado el matrimonio de otras deidades que las de la isla de los Cabiros, Samotracia. El santuario se encontraba fuera de la ciudad; pero en las sagradas ruinas del palacio de Cadmo, en la ciudadela tebana, la Cadmea, había una estatua antiquísima de Dioniso Cadmo.[26] No había otro novio tan digno en Tebas como él; Dioniso y Hades en una misma persona, llamada Cadmo en las leyendas heroicas, Axiókerso en los Misterios; y no había otra novia tan respetable como Harmonía, llamada también Perséfone. La historia acerca de cómo se encontraron y celebraron su matrimonio nos ha sido transmitida, sin embargo, como una leyenda heroica.

Ni esta ni cualquier otra interpretación inevitable de lo que viene a continuación pretende ser un fin en sí misma, sino tan sólo una ayuda para que el lector conozca el material, que resulta evasivo, especialmente en las historias más antiguas, y fragmentario debido a esa misma antigüedad. Las tablas genealógicas que se incluyen en el apéndice sirven para dar una visión de conjunto. En ellas, al igual que en otros lugares, se encuentra una cierta selección entre los nombres tradicionales, pues con demasiada frecuencia éstos han sido inventados por los mitógrafos o bien tomados de insignificantes tradiciones locales. Las refe-

rencias a las fuentes han sido –como hice en mi libro anterior, *Los dioses de los griegos*– numeradas consecutivamente desde el principio hasta el fin. En el caso de los textos que ya han sido recogidos en *Los dioses de los griegos*, las referencias a las fuentes remiten a esa obra. Ninguna nota remite a una página en concreto de *Los héroes de los griegos*, ya que, con la ayuda del índice, todo lo que tiene que ver con una figura en varios pasajes puede ser fácilmente encontrado. Los especialistas verán que mi tratamiento del material incluye la crítica de la literatura filológica sobre los pasajes en cuestión (incluyendo la interferencia con el texto de Píndaro, Nem. 3. 22); el lector no especialista no se verá perturbado por ello.

En este recuento de la mitología de los héroes griegos, las imágenes han servido de nuevo como fuentes paralelas a la tradición escrita. Es importante recordar que aparecían aisladas en la cerámica, y que estaban relacionadas con el mito por un medio diferente al lenguaje y sin la ayuda de las palabras. No cabe duda de que se trata de variantes individuales; del mismo modo que el *ductus*, la «escritura» del pintor no puede carecer de su individualidad. Pero sería demasiado unilateral considerarlos «una invención propia» de los pintores, puesto que al ser tomadas en consideración desde un ángulo diferente, establecen la otra condición indispensable del material expresada en un soporte distinto. Concretar el lugar en el que esta condición ha producido nuevos rasgos relevantes, y si se encontraba ya, y hasta qué punto, en un «libro de imágenes» que habría existido con anterioridad a los vasos de cerámica, es una tarea que debemos dejar para un tratamiento de los pintores y sus obras, que va más allá del estado actual de nuestros conocimientos sobre los vasos, para la futura ciencia de la cerámica, en realidad.

Debemos el actual método de estudio de nuestra creciente colección de pinturas vasculares a las orientaciones recibidas en relación con la individualidad de los pintores, tal y como se desprende de sus estilos, y en relación con el estado actual de la tradición pictórica; y especialmente con estas tres obras clasificatorias: *Attic Black-Figure Vase-Painters* (1956) y *Attic Red-Figure Vase-Painters* (1942), de Sir John Beazley, y *Vasenlisten zur griechischen Heldensage* (1956), de Frank Brommer. Las fuentes de las ilustraciones aparecen en la lista de lámi-

nas al principio del libro y utilizan estas tres obras clasificatorias siempre que es pertinente. Tan sólo en el caso de ilustraciones que no se recogen en ellas se ofrece una fuente independiente. Junto a ellas aparecen también las páginas del texto donde se explica la historia a la que hacen referencia.*

* *N. del E.*: Las ilustraciones incluidas en el presente volumen no corresponden a las seleccionadas por Karl Kerényi en la edición original. Como los originales no tenían una calidad adecuada, hemos optado por buscar nuevas ilustraciones, según la temática del libro, que se han reproducido en color.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I

CADMO Y HARMONÍA

No hay ninguna ciudad en Grecia, aparte de Micenas, que haya reunido tantas leyendas de héroes en su suelo y en sus alrededores como Tebas, y ningún héroe fue tan honrado por dioses y hombres como Cadmo, a quien la ciudadela de Tebas debe su nombre de Cadmea. Pertenece a la quinta generación de los reyes primigenios, fundadores de países y ciudades, que descendían del matrimonio de Zeus bajo forma de toro con Ío en forma de novilla.[1] Se explicaban con admiración los numerosos vínculos que le conectaban con los dioses.[2] Su bisabuelo era Zeus; su abuelo, Posidón; Ares y Afrodita eran los padres de su esposa. Su hija Sémele se convirtió en la madre de Dioniso y subió al cielo con su hijo.[3] Otra de sus hijas, Ino, también se convirtió en diosa, transmutada en Leucotea, la «diosa blanca». Además de Dioniso, Cadmo tuvo otro nieto divino, Palamón, hijo de Ino, también llamado Melicertes. De ambos niños se habla en los relatos de los dioses.

Todo ello tejió en torno a Cadmo una complicada red de relatos genealógicos. Éstos fueron sin duda obra de los mitógrafos tebanos, que deseaban asegurarle un puesto prominente en el mundo de los dioses gobernado por Zeus. Se le consideraba descendiente de una estirpe en la que Zeus había celebrado dos veces su matrimonio bajo forma de toro, la primera de ellas con Ío. Ésta era, como sabemos a partir de las leyendas de los dioses, la hija de Ínaco, el dios fluvial de Argos. Por tanto, era originaria de la región en la que habrían de surgir Micenas y las demás fortalezas de la Argólida. Perseguida de un lugar a otro bajo forma de vaca, huyó del río paterno hacia el Nilo, y allí dio a luz a Épa-

fo para Zeus; Épafo se convirtió en el antepasado de esa estirpe a la que aludiremos en la historia de Dánao y sus hijas. Los mitógrafos también incluían a Cadmo en esta estirpe. Se decía que había llegado hasta Beocia siguiendo a una vaca y que allí fundó Tebas. Del mismo modo, también la hermosa Europa pertenecía a la misma estirpe; Zeus en forma de toro la raptó y se la llevó hasta Creta en la tradición más conocida, pero a Beocia en otra menos común.

Ya fuera siguiendo la pista de Europa, ya la de una vaca corriente, Cadmo aparece, vestido de pastor, en esta historia complicada de doble boda taurina, que no es sino la historia preliminar del nacimiento de Dioniso, el dios venerado bajo forma de toro y como hijo de toro. Así aparece Cadmo también en la historia de los titanes.[4] En aquellos tiempos, la soberanía de Zeus en el mundo de los dioses todavía no estaba asegurada en absoluto. El monstruo Tifón le había cortado los tendones y los había escondido en una gruta. En esta historia Cadmo aparece como un pastorcillo. Con su zampoña encantó al monstruo, y así pudo recuperar los tendones para devolvérselos a Zeus. Este suceso tuvo lugar en Cilicia, país oriental en el que, de acuerdo con la genealogía de Cadmo, se suponía que reinaba su hermano Cílix.

Como un pastor de primitivas épocas, siguiendo la pista de una vaca que no era una vaca corriente sino la esposa de un dios, y que lleva un emblema lunar, así emerge desde oriente la figura de Cadmo, en cuya casa de Tebas había de nacer Dioniso. No está claro –probablemente se mantenía en secreto– si fue él mismo quien engendró al niño divino. En el círculo de los Cabiros, que celebraban su culto secreto en la isla de Samotracia, pero también en Tebas, uno de los dioses era llamado Cadmilo, el «pequeño Cadmo». Éste no era otro que Hermes en la forma bajo la cual los atenienses lo representaban a menudo, de acuerdo con la leyenda sagrada de los Misterios de Samotracia, esto es, como un Hermes itifálico.[5] ¿Por qué este Hermes era llamado «pequeño Cadmo», si no era hijo divino de Cadmo? Incluso en tiempos más tardíos era conocida la estrecha relación que mantenía el mensajero de los dioses con el primer rey de Tebas, si bien es cierto que entonces se decía que la relación de Hermes con Cadmo era la misma que existía entre Apolo y Jacinto.[6]

La historia de las peregrinaciones de Cadmo abarcaba varios países.

Agenor, a quien se consideraba su padre, bisnieto de Ío y, de acuerdo con su nombre, «conductor de hombres», era el soberano de Fenicia.[7] Sus hijos se llamaban Cadmo, Fénix y Cílix, y su hija Europa. De acuerdo con los narradores más antiguos, ésta era más bien la hija de Fénix,[8] pero, incluso en este caso, quizá Cadmo era también su hermano. Después del rapto de Europa, su padre envió a sus hijos varones en busca de la hija raptada. No podrían regresar a casa hasta que hubiesen encontrado a su hermana. Así es como comenzaron las peregrinaciones de Cadmo. Él fue el único que se tomó la búsqueda de la muchacha en serio. De Cílix se nos dice que regresó para convertirse en rey de Cilicia, país vecino de Fenicia, al que dio nombre Fénix.

Cadmo continuó su viaje y alcanzó el país de los Tracios. La narración de esta parte de sus viajes es propio, especialmente de la isla de Samotracia, donde se hablaba la misma lengua que en Tracia. Según algunos, fue aquí donde renunció a la búsqueda de Europa; según otros, aquí encontró a otra Europa.[9] No se nos dice cómo debemos interpretarlo, pero en las narraciones tracias no se referían a Cadmo como un viajero solitario, ya que se supone que habría llevado consigo en su búsqueda a su madre. Ésta tenía el nombre lunar de Telefasa o Teléfae, «la que ilumina a lo lejos», o bien Argíope, «la de la cara blanca». Aquí aparece otro hermano de Cadmo, Tasos, a quien debe su nombre una isla situada cerca de Samotracia.[10] Es la imagen de una madre con dos hijos la que aparece en estas historias, como si sobrevolase la costa y las islas del mar tracio.

Los tres tenían otros nombres en Samotracia.[11] La madre era llamada Electra o Electriona; sus hijos llevaban los nombres de Dárdano y Eetión o Yasión. Entre estos hermanos, sin embargo, no sólo la madre aparecía como tercera figura; tenían una hermana, Electra, que a su vez tenía una hija, del mismo modo que Telefasa tenía a Europa. Esta hija era Harmonía, destinada a ser la esposa de Cadmo. De acuerdo con los habitantes de Samotracia, había sido engendrada por Zeus, y así como Zeus había raptado a Europa, Cadmo raptó a Harmonía. Puede que sea por esto por lo que se decía que había encontrado otra Europa en Samotracia. Electra buscó a su hija, del mismo modo que Deméter había buscado a Perséfone y que Telefasa, en compañía de Cadmo, había buscado a Europa. De modo que Cadmo, que había partido en busca de su hermana, encontró esposa en Samotracia.

Se decía también que la primera boda celebrada en la Tierra a la que asistieron los dioses y a la que llevaron sus regalos tuvo lugar aquí, en la isla de los Misterios.[12] Existía incluso un relato acerca de cómo había surgido el amor;[13] Cadmo se habría hecho iniciar en los Misterios y durante la celebración se fijó en Harmonía, que estaba entre las demás jóvenes. La historia es bonita, pero ciertamente no muy antigua, y se trata del modelo, si no de la imitación, de otra aun mejor conocida: Filipo de Macedonia habría visto por vez primera durante los Misterios de Samotracia a la joven Olimpia, la futura madre de Alejandro Magno. Sólo después de sus bodas con Harmonía en Samotracia recibió Cadmo el oráculo délfico que le enviaba a llevar a cabo en Beocia su tarea de fundador.[14]

Existía aun otro relato[15] (y con él pasamos a las historias en las que Tracia no juega ningún papel, o desempeña uno menor), de acuerdo con el cual, en su búsqueda, Cadmo no iba acompañado por su madre,[16] sino por un ejército armado.[17] Atravesó varios territorios con sus seguidores y durante el viaje se detuvo a consultar al oráculo de Delfos. La respuesta oracular nos ha sido transmitida en verso, y era aproximadamente así:[18]

> Cadmo, hijo de Agenor, presta atención a mis palabras.
> Levántate al amanecer y abandona la sede de la noble Pitón
> vestido de la forma habitual, armado con una lanza de cazador,
> atraviesa el país de los flegieos y la Fócide hasta llegar
> al pastor y los rebaños del mortal Pelagonte.
> Cuando llegues, escoge entre las vacas mugientes
> aquella que tiene a ambos lados una señal en forma de luna llena;
> haz que te guíe por el camino que habrás de recorrer.
> Voy a darte otra indicación que debes conocer;
> allí donde el cuerno de la vaca que habita los pastos se detenga,
> e incline su rodilla en el herboso prado,
> allí deberás sacrificarla de un modo limpio y puro
> a la tierra oscura por las hojas. Tras el sacrificio
> funda en la colina más alta una ciudad de calles amplias,
> y envía a los Infiernos al terrible guardián de Ares.
> De este modo tu nombre será conocido por los hombres venideros,
> Y tendrás por esposa a una diosa, bienaventurado Cadmo.

No se puede asegurar con total certeza que este oráculo sea muy antiguo, pero no cabe duda de que estos versos se compusieron basándolos en un relato antiguo. Cadmo encontró la vaca con el emblema lunar que iba buscando en el rebaño de un pastor hecho de arcilla (su nombre, Pelagonte, se entendía al parecer como equivalente a *pelógonos*, «surgido de la arcilla o el barro»),[19] y se la compró. El país hasta el que le condujo la vaca[20] recibió entonces el nombre de Beocia, «país de la vaca».[21] La vaca vagó por todo el país, y allí donde se dejó caer vencida por el cansancio se tendió sobre su lado derecho. También este hecho había sido predicho. Entonces Cadmo preparó su sacrificio. Envió a algunos de sus hombres a buscar una fuente, pues el agua era necesaria para hacer un sacrificio,[22] pero aquéllos no regresaron; los había matado el dragón que vigilaba la fuente vecina, conocida como Areia, «fuente de Ares». Esta enorme serpiente tenía su guarida en una cueva situada encima de la fuente. Era hija del dios de la guerra,[23] a quien pertenecía la colina sobre la que había de construirse la Cadmea, la acrópolis de la futura Tebas.

Por tanto, Cadmo debía enfrentarse a las acciones que tan sólo él podía llevar a cabo, ya fuese porque era de verdad un extranjero o bien, como afirmaban algunos,[24] porque era hijo de un hombre autóctono primigenio, Ógigo, hijo de la Tierra,[25] a quien más tarde los mitógrafos atribuyeron como padre al héroe del país, Beoto.[26] Cadmo se hallaba sobre una tierra en la que, antes de su acción fundadora, no había nacido ningún pueblo –como si se hallase en el principio del mundo, en una soledad primigenia–. Debía llevar a cabo su acción él solo. Como un dios sobre la tierra que aún estaba sin poblar, a no ser por unos cuantos hombres primigenios, fue a buscar al dragón. También Pelagonte, «nacido para morir», en cuyo rebaño había encontrado la vaca lunar, era un hombre primigenio, nacido de la arcilla, cuya existencia había atenuado la soledad de las condiciones primitivas, si bien no las había alterado en esencia. También el oráculo nos presenta a Cadmo como un viajero solitario, armado tan sólo con una lanza de cazador, no como un héroe acompañado por un ejército de héroes.

Sea como sea, Cadmo llevó a cabo su acción al estilo de los tiempos primordiales, cuando todavía no existían las armas; Cadmo mató al dragón con una piedra.[27] Hubo algunos narradores[28] y pintores vasculares

que no fueron capaces de imaginarlo sin su espada en la mano, pero Asteas de Pestum lo pintó desnudo, con una capa de caminante a la espalda y un pequeño sombrero puntiagudo. Sostiene dos lanzas de caza en la mano izquierda, pero no las utiliza; está arrojando la piedra contra la gigantesca serpiente con su mano derecha. Las piedras también desempeñarán un papel en la continuación de la historia. La mayoría de pintores y poetas, que no veían el elemento divino en el propio Cadmo, compartían la opinión de que algunos dioses y diosas lo habían ayudado a llevar a cabo su acción. Se nos dice que Atenea lo ayudó[29] y le aconsejó que utilizara los dientes del dragón como semillas; incluso llegó a sembrarlos por él.[30] Algunos creían que todo esto ocurrió por voluntad de Ares y de acuerdo con un plan concebido por el dios.[31]

El resultado de tan singular acción no contradice en absoluto la intención del dios de la guerra. De la semilla del dragón brotaron unos guerreros armados, cinco o más, un ejército amenazador para Cadmo, que los había llamado a la vida y estaba solo. Pero ellos no lo vieron, pues como acababan de nacer de la tierra apenas habían abierto los ojos. Entonces el héroe arrojó piedras contra ellos, y los guerreros creyeron que se atacaban los unos a los otros. Entablaron combate y se mataron entre sí. Sólo cinco quedaron con vida: Udeo, el «hombre del suelo»; Ctonio, el «hombre de la tierra»; Peloro, el «gigante»; Hiperénor, el «superhombre», y Equión, el «hombre serpiente». Colectivamente recibieron el nombre de Espartoi, es decir, los «hombres sembrados», y eran celebrados como las «semillas del yelmo de oro».[32] Sus descendientes, la estirpe reinante en Tebas, seguían designándose a sí mismos como nacidos de la tierra y tenían una lanza en el cuerpo como marca de nacimiento.[33]

De modo que un hombre desarmado creó el núcleo de un pueblo guerrero y armado. Pero su acción como fundador, la fundación de un mundo en la colina de Tebas donde ya no reinaba el dragón, se vio completada por su matrimonio con Harmonía, hija de Ares y Afrodita. Esto resulta claro no a partir del nombre Cadmo, en el que se podría ver un eco de la palabra *kósmos*, que en griego significa «orden del mundo», sino del nombre de su esposa, Harmonía, como también de la propia boda, que se celebró inmediatamente después. Tan sólo aquellos que querían ver la historia de la fundación de Tebas completamente bajo el

espíritu del dios de Delfos, se inventaron que como penitencia Cadmo tuvo que servir primero a Ares durante un «año grande» (ocho años normales), al igual que hizo Apolo cuando tuvo que expiar su culpa por haber matado a un dragón.[34] Harmonía era, como indica su nombre, la armonía misma, la «unificadora», una segunda Afrodita y al mismo tiempo la hija del dios de la guerra. Se unió a Cadmo como ninguna otra diosa, y ciertamente no la gran diosa del amor, se unió jamás a un héroe. Tan sólo el matrimonio de Dioniso, el héroe entre los dioses, con Ariadna, cuando ésta se llamaba ya Afrodita Ariadna, se le podría comparar. Es cierto que los habitantes de Samotracia citaban a Zeus y Electra como padres de Harmonía, y es posible que los tebanos fuesen de la misma opinión, puesto que llamaron Electra a una de las siete puertas de su ciudad.[35] Pero quién sabe si por Electra, hija de Atlas, no se referían a Afrodita, y por Harmonía a una Afrodita más joven. Los dos nombres y las dos tradiciones se fundieron de tal modo que se contaba[36] que Cadmo había traído consigo a Harmonía desde Samotracia, de la casa de Electra, puesto que ésta se había hecho cargo de la educación de la hija de Afrodita, fruto de sus conocidos amoríos con Ares.[37] Los tebanos también conocían una historia según la cual Harmonía sabía muchas cosas sucedidas entre los bárbaros, como si se tratase de una de las princesas llegadas a Grecia desde lugares lejanos, como Medea a Corinto.[38]

Todos los dioses asistieron a su boda,[39] abandonando su morada divina por amor a ella, y las Musas rindieron honores a la pareja de esposos con su canto.[40] Raras veces se celebró una ceremonia así en las leyendas de los héroes. Una boda semejante se celebró por segunda vez en la Tierra cuando Tetis se casó con Peleo, de nuevo una diosa con un héroe. Se dice que en esta ocasión Zeus se sentó a la mesa del banquete al lado del afortunado Cadmo.[41] Durante la procesión nupcial, tiraban del carro de la pareja unos animales extraordinarios, como puede apreciarse en una pintura antigua sobre cerámica; al carro iban uncidos un jabalí y un león. También el rey Pelias quiso más tarde el mismo tratamiento para su hija Alcestis, y Apolo ayudó a Admeto a uncir ambas bestias, que apenas se soportaban.[42] Esa combinación, sin embargo, era adecuada para la procesión nupcial de Harmonía, la Unificadora. Apolo, que era quien había logrado uncir los animales, caminaba junto

al carro. Y las Musas cantaron. Numerosas fuentes nos han transmitido lo que cantaron en aquella ocasión:[43] «Lo bello es grato siempre» –*A thing of beauty is a joy for ever*, como traduciría John Keats más de dos mil años después–. La victoria de Cadmo era bella, pero aún más bella era su esposa, la hermosa Harmonía de ojos de novilla.[44]

Se sabía también cuáles eran los regalos que les llevaron los dioses,[45] así como el regalo que Cadmo le hizo a su esposa,[46] que habría de resultar fatal para las generaciones posteriores. Uno de los presentes nupciales era un *péplos*, una especie de túnica; otro, un collar, regalo de Afrodita a Cadmo y fabricado por Hefesto,[47] una pieza equiparable al regalo de bodas que Europa había recibido de Zeus.[48] Éste era otro signo del rango incomparable de la boda, aun cuando no había de traer buena fortuna. Cuando Dioniso está cerca, también está cerca la tragedia. De Cadmo y Harmonía nacieron cuatro hijas y un hijo. De ellos, Sémele habría de ser fulminada por el rayo de Zeus;[49] Ágave, presa de un horrible ataque de locura, acabaría despedazando a su propio hijo;[50] Autónoe habría de recoger un día los huesos de su hijo Acteón,[51] e Ino acabaría arrojándose al mar con su hijo Palamón.[52] El palacio de Cadmo quedó destruido al arder Sémele, antes de que él mismo desapareciera con Harmonía. El reinado de Tebas recayó sobre su único hijo varón, Polidoro, «el de los muchos dones»,[53] y la dinastía continuó con la fatal sucesión de Lábdaco, Layo y Edipo.

Se contaba[54] que Cadmo y Harmonía abandonaron Tebas en un carro tirado por terneras, una pareja divina de la que se desconoce en qué momento se transmutaron en serpientes. ¿Esta transformación, digna de verdaderas divinidades del Inframundo, tuvo lugar en Tebas, antes de que emprendieran su viaje hacia el noroeste?[55] ¿O bien cuando ya se hallaban entre los ilirios, sobre los que reinaron y a quienes habían de conducir contra los griegos hasta Delfos? Mucho tiempo después, la tribu iliria de los enqueles todavía llevaba serpientes en sus estandartes, y esta costumbre podría estar relacionada con el relato del reinado de Cadmo y Harmonía sobre esas tribus del norte de la Península Balcánica. Se dice que con su carro tirado por terneras llegaron hasta el Adriático, probablemente hasta donde hoy en día se encuentra el pequeño puerto de Budva (llamado entonces Buthoe,[56] en conmemoración de las «vacas veloces» del rey y la reina tebanos). Aquí nació tam-

bién otro hijo suyo, Ilirio, que dio su nombre a los ilirios y de quien se explicaba que una serpiente lo había acunado en sus anillos y lo había hecho fuerte.[57]

También en Iliria se mostraban las tumbas de Cadmo y Harmonía, así como dos piedras con forma de serpiente[58] que servían al parecer para guardar su memoria. También se decía que habían abandonado la tierra. Zeus, o –de acuerdo con los que situaban al dios de la guerra, en cuanto marido de Afrodita, en primer lugar– Ares,[59] los transportó a la Isla de los Bienaventurados,[60] no sólo a Cadmo, sino también a Harmonía, ambos bajo forma de serpiente.[61] Al igual que la conocida pareja divina de las tumbas espartanas (una pareja compuesta por Dioniso, héroe y rey del Inframundo, y su consorte), sin duda alguna ellos se sentaban en su trono entre los muertos, pero para los vivos aparecían como una pareja de serpientes.

CAPÍTULO II

LOS DIOSCUROS TEBANOS

Los matrimonios de Zeus trajeron el reino de la belleza, el orden y la memoria a este mundo. Su unión con Eurínome, hija de Océano y Tetis, estableció el reino de la belleza, pues de ella nacieron las Cárites. Su boda con Temis, la gran diosa que personificaba la ley de la naturaleza, resultó en las tres Horas, señoras de la sazón y del tiempo justo, que reforzaron las reglas que forman el orden natural del mundo. Su unión con Mnemósine, quien le alumbró las nueve Musas, desarrolló la memoria gracias a las artes de sus nueve hijas. Desde los tiempos del matrimonio de Zeus con Hera existe una soberanía del cielo sobre nosotros los hombres, en la que un dios y una diosa participan en el gobierno como marido y mujer. El primer matrimonio celebrado en la tierra, que serviría de modelo para el resto, fue el de Cadmo y Harmonía. Los hijos del cielo asistieron a las bodas de Harmonía. El sonido de la lira de Anfión hizo surgir en primer lugar las murallas de Tebas, la ciudad entre los dos ríos.[1]

Los tebanos –y no son los únicos entre los griegos– conocían muchas leyendas acerca de gemelos divinos,[2] hermanos que eran diferentes o incluso hostiles entre sí. Antes de pasar al relato de la historia de los gemelos Anfión y Zeto, aludiré brevemente a la historia tebana de Melia y sus dos hermanos. Melia, como indica su nombre, era la ninfa de los fresnos de flor, al igual que las madres y esposas de los primeros hombres;[3] era un ser nacido de la tierra,[4] pero también la diosa de una fuente y, como tal, hija de Océano.[5] Tenía dos hermanos: Ismeno, que es el nombre de uno de los dos ríos de Tebas, y Caeto o Caanto, un

nombre muy antiguo del que los narradores desconocían ya la forma exacta. Ambos eran hijos de Océano. El fratricidio hizo su aparición en el mundo con ellos, pues se enzarzaron en una pelea por su hermana.[6] Al parecer, Ismeno era su favorito,[7] y por esa razón su hermano lo mató. La historia se contaba también de otra manera:[8] Apolo, uno de cuyos epítetos era Ismenio, raptó a Melia, y Caanto, al igual que Cadmo, fue enviado por su padre en busca de la hermana. Cuando la encontró en poder del dios, prendió fuego al santuario de Apolo, el Ismenion. Melia dio a luz al adivino Ténero, que dio nombre a la llanura en la que se erigía el templo tebano de los Cabiros.

Se trata de un trío semejante al que encontramos en Samotracia, la isla de los Cabiros: dos hermanos con una hermana, con la ninfa de los fresnos, mujer primigenia que ambos se disputan, que es raptada y buscada, y también la causa de un fratricidio o, en una forma más tardía de la leyenda, del incendio de un templo. Pero en la mitología de los héroes tebanos había otra pareja de hermanos, dos jóvenes héroes, con su madre. Antíope, hija de Asopo, uno de los dioses fluviales de Beocia, podía vanagloriarse de que había estado en los brazos de Zeus. Le dio dos hijos gemelos, Anfión y Zeto, que habrían de fundar la ciudad de las siete puertas, puesto que «sin murallas no habrían podido habitar la espaciosa Tebas, por muy fuertes que fueran».[9] De acuerdo con la historia a la que se alude en la *Odisea*, la ciudad debía ser un lugar sin fortificar en torno a la Cadmea, que antes había sido el palacio de Cadmo; también en Creta los lugares habitados estaban en torno a los palacios de Cnosos o Festos en tiempos del rey Minos.

La belleza de Antíope era célebre;[10] es la belleza de la luna cuando nos mira con su cara llena, pues esto es lo que significa su nombre. En Corinto también se llamaba así la esposa del dios Sol.[11] Si bien la historia habla de un padre mortal de Antíope, también es cierto que le da el nombre de Nicteo, el «nocturno». Según una historia más tardía, eminentemente humana, Zeus no era el amante que la había seducido bajo forma de sátiro,[12] sino un rey llamado Epopeo,[13] que significa el dios del cielo que nos mira desde lo alto; para los corintios, que llamaban Epope[14] a la ciudadela situada en alto, se trataba de Helios, pero en otros lugares se identificaba con Zeus. No fue una mujer mortal la que dio al Rey del Cielo los Dioscuros tebanos, los hijos de Zeus, como en

el caso de Leda en Esparta,[15] con Cástor y Polideuco, dos jinetes sobre corceles blancos.[16] Anfión y Zeto nacieron en una cueva del Citerón, en el lado ático de la montaña, entre dos lugares llamados Énoe y Eleúteras. Su madre los dejó allí.[17] Frente a la cueva surgió una fuente, y un pastor bañó allí a los gemelos divinos. No volvieron a ver a su madre hasta que ya se habían convertido en dos jóvenes. Ésta es la versión de la historia que puso en escena Eurípides, en una famosa tragedia titulada *Antíope*.[18]

La tragedia no ha llegado completa hasta nosotros, pero podemos deducir su contenido. Comenzaba con la narración del pastor al que Antíope había confiado a sus gemelos en el Citerón. En la tragedia, ella era la hija del rey Nicteo, que reinaba en Tebas después de la muerte de Penteo, el nieto de Cadmo, que había sido despedazado. Embarazada de Zeus, Antíope tuvo que huir de su padre. Vagó atravesando el Citerón hasta llegar a Sición, en la costa opuesta del golfo de Corinto. Allí reinaba Epopeo, y Antíope encontró en él a un marido protector. En su ira, Nicteo se quitó la vida, no sin antes encargar a su hermano y sucesor, Lico, el «lobo», la tarea de traer de vuelta a Antíope. Lico conquistó Sición, mató a Epopeo, y tomó prisionera a su sobrina. A través del Citerón, la montaña de las ménades cadmeas, donde es posible que encontrara a Zeus bajo forma de sátiro, Antíope tuvo que volver como esclava al país donde reinaba Lico. Por el camino, de noche, alumbró a sus hijos en la cueva y se los confió al pastor.

En la tragedia, el pastor explicaba esta historia justo frente a la cueva en la que los gemelos habían crecido. Todavía no se había atrevido a contárselo todo a los jóvenes, visto que guardaba los rebaños del rey, a las órdenes de cuya esposa, la imperiosa Dirce, Antíope vivía ahora una vida de esclava. Entonces hacía su entrada Anfión con la lira que Hermes, hijo de Maya y hermanastro de los gemelos divinos, había inventado y le había regalado. Empezaba a cantar al Cielo y a la Tierra, madre universal,[19] pues el joven vivía tan sólo para el canto. Zeto tenía un carácter distinto. Volvía de cazar y le reprochó al hermano su pereza. Cada uno ensalzaba entonces su estilo de vida: Zeto una vida guerrera y activa; Anfión, una de música y contemplación. Estos gemelos divinos eran muy diferentes, pero no enemigos como aquellos que lucharon entre sí por su hermana. El sabio y prudente Anfión volvió a ceder

una vez más y se avino a acompañar a su hermano a cazar.[20] Pero precisamente ese día Antíope había huido de la esclavitud, mientras su dueña Dirce había ido con las mujeres cadmeas a la montaña para honrar a Dioniso como ménade.

La fugitiva encontraba a los dos magníficos jóvenes frente a la cueva. Los reconocía como los hijos que había tenido de Zeus y les dirigía la palabra como su madre.[21] Era inútil, los gemelos no podían reconocer en aquella mujer sufriente a la esposa de Zeus, y Zeto la rechazó cuando quiso refugiarse en la cueva. En ese momento entraba Dirce con el cortejo de ménades,[22] muy probablemente a pedirle al pastor un toro para hacer un sacrificio a Dioniso. Entonces veía a la esclava fugitiva, y furiosa ordenaba a los jóvenes que atasen a Antíope al toro, mientras ella misma la arrastraba con sus propias manos hacia el lugar donde esperaba encontrar al animal. En ese momento llegaba corriendo el anciano pastor. Detenía a los gemelos, que dudaban, indecisos (muy probablemente, tan sólo Zeto había aparecido en la escena precedente), y declaraba que Antíope era de verdad su madre. Los jóvenes perseguían a las mujeres, liberaban a Antíope, capturaban a Dirce y la ataban al toro. De ese modo la reina era arrastrada hasta la muerte. También Lico era derrocado; con la ayuda del pastor, los jóvenes lograban encerrarlo en la cueva, y lo hubieran matado allí mismo si Hermes no los hubiese detenido. Traía órdenes del Padre; la soberanía les correspondía a los hijos de Zeus, y Lico tenía que entregársela de manera voluntaria, incinerar a Dirce y esparcir sus cenizas en la fuente de Ares. Desde entonces el manantial y la fuente, que proporcionaban más agua pura que cualquier otra a Tebas, fueron llamados Dirce.

Zeto sería el protector de la ciudad y Anfión cantaría himnos a los dioses. Con el tañido de su lira y su canción, puso las piedras en movimiento, y también los árboles, que abandonaron su lugar y se ofrecían a los carpinteros. Hermes lo había profetizado y se decía que así es como Tebas se convirtió en una ciudad fortificada; las piedras que habían sido puestas en movimiento fueron formando al ritmo de las notas de la lira un muro con siete puertas –probablemente porque la lira de Anfión ya tenía siete cuerdas–.[23] Fue tal la armonía de esta fundación que condujo también a la creación de un pequeño cosmos. Pero el destino posterior de Anfión no estuvo tan de acuerdo con ella.

Tomó por mujer a Níobe, la más bella de las esposas, una hija de Tántalo, rey de Lidia, como había profetizado Hermes; el infortunio que le acarreó a Anfión es de sobras conocido.[24] Las hijas que le había dado Níobe fueron muertas por Ártemis, y los hijos por Apolo. Una de sus hijas se llamaba también Melia,[25] y si Caanto se había granjeado la enemistad de Apolo a causa de aquella Melia de la que hemos hablado al principio, lo mismo ocurrió con Anfión. Presa de la ira y del deseo de vengar la muerte de sus hijos asesinados, intentó destruir el templo del dios y fue muerto por Apolo.[26] Él y Zeto fueron enterrados en la misma tumba,[27] aun cuando se creía que los dos hermanos eran divinos jinetes inmortales. Entre los tebanos se les dedicó un culto de héroes, pero no divino.

Antíope no permaneció en suelo tebano. Como era una diosa, gobernaba un territorio más vasto. Es posible que al principio fuese una mujer divina errante, al igual que Ío o Europa. Se decía que Dioniso la había hecho enloquecer y la había condenado a vagar errante, porque Dirce pretendía honrarlo cuando halló la muerte por culpa de Antíope. También se decía[28] que en la Fócide, el héroe Foco, a quien la región debía el nombre, encontró a la mujer errante, la curó de su locura y se casó con ella. La tumba común de Antíope y Foco se mostraba cerca de la ciudad de Titorea en la Fócide.[29] Cuando el Sol entraba en la constelación de Tauro, los habitantes de Titorea solían robar un poco de tierra de la tumba de los hijos de Antíope para esparcirla sobre la tumba de la madre, costumbre que probaba la conexión de Antíope con el toro divino, ya fuese Zeus o Dioniso, incluso después de su muerte. Los titoreos creían que si tenían suerte en su robo, ese año su país se vería bendecido con una abundancia mayor que la de la tierra de los tebanos.

CAPÍTULO III

DÁNAO Y SUS HIJAS

Los relatos de los héroes y las calamidades que se abatieron sobre Tebas y las regiones vecinas no se han acabado todavía, pero ha llegado el momento de empezar con historias que tienen lugar en otras ciudades y países, y en Argos en particular. También empiezan con Ío, y con nombres como Melia y Níobe. Melia, la ninfa de los fresnos de flor, aparece en Argos en conexión con el dios fluvial Ínaco, padre de Ío. De esta pareja nació el hombre primigenio Foroneo,[1] a quien siempre se asocia, de una manera u otra, una mujer primigenia, la propia Níobe. En la leyenda no se dice si Ío era también hija de Melia, y no sólo de Ínaco. Se la consideraba bisabuela de Agenor y Belo, hijos de Posidón y Libia, de la que tomó su nombre el país africano. Al inicio de estas historias, el narrador está con un pie en la llanura que se extiende a los pies de la ciudadela de Larisa, que domina la ciudad y la región de Argos, por la que fluye el río Ínaco, y con el otro muy lejos, allí donde el Nilo, al que anteriormente llamaban también Egipto, sube desde el sur para ir a desembocar en el Mediterráneo.

Una vez más, el tema de nuestra historia serán gemelos y hermanos distintos el uno del otro:[2] Dánao y Egipto, los hijos de Belo, cuyo nombre reproduce el fenicio Ba'al, el «Señor». Antiguamente, los griegos, o por lo menos una parte de ellos, eran llamados dánaos, plural de Dánao. Entre otras, Melia aparece nombrada en la lista de esposas de este Dánao. Era hija de Agenor.[3] Según una tradición, los gemelos Dánao y Egipto eran descendientes directos de Ío.[4] El dios fluvial Ínaco de Argos, la errante Ío, la ninfa de los fresnos de flor Melia, la mujer primi-

genia Níobe y los representantes de gentes y países diversos aparecen juntos en una misma genealogía. La diferencia entre Dánao y Egipto estribaba en el hecho de que uno sólo tenía hijas y el otro sólo hijos; Egipto cincuenta hijos y Dánao cincuenta hijas. Belo había dividido su reino de modo que, en principio, a Dánao le correspondía la mitad occidental, Libia, y a Egipto la mitad oriental, Arabia.[5] Sin embargo, los hermanos discutieron y se nos dice que Dánao y sus hijas tuvieron miedo de los hijos de Egipto. De modo que Dánao construyó la primera nave con cincuenta bancos de remeros[6] y huyó con todas sus hijas hacia la patria originaria común, situada a orillas del Ínaco.

Esas cincuenta muchachas no eran muchachas corrientes. En una ocasión se las describe[7] como seres cuyas voces no eran femeninas, que se ejercitaban con carros de guerra, y unas veces se iban a cazar por los bosques soleados y otras recogían dátiles, canela e incienso. Se habían armado para la guerra contra sus primos, los hijos de Egipto, que las pretendían como esposas.[8] ¿O quizá simplemente se limitaron a armar la nave de la que ellas serían las únicas remeras? Aparecen representadas como cincuenta Amazonas, si bien nunca se las denomina así, cincuenta mujeres guerreras, enemigas de los hombres como aquellas que llevaban el nombre de Amazonas y habrían de luchar contra Heracles y Teseo en su día. Su número reproduce los cincuenta meses de un ciclo festivo de cuatro años, la mitad de un «año grande». La segunda mitad de este año sólo tenía cuarenta y nueve meses, como también fueron cuarenta y nueve las hijas de Dánao que se comportaron como verdaderas Danaides. Su victoria sobre sus pretendientes y perseguidores provocó un suceso terrible tan sólo aquí en la tierra; en el cielo las sucesivas lunas triunfaron sobre la oscuridad de la noche sin derramamiento de sangre.

Las jóvenes llegaron por fin con su barco a Argos, cuyo nombre significa el «país brillante», huyendo de los hijos tenebrosos de Egipto. Su llegada y sus inmediatas consecuencias fueron llevadas a escena por Esquilo en su tragedia *Las suplicantes*. Según Esquilo,[9] en la llanura del Ínaco reinaba entonces Pelasgo, hijo de un ser nacido de la tierra, Palectón, el héroe de la «tierra antigua». Pelasgo y los habitantes de Argos se mostraron dispuestos a proteger a las Danaides y a su padre de sus perseguidores egipcios. Sin embargo, según otra tradición,[10] Dánao

pidió al rey Gelanor que le devolviese la soberanía de Argos, puesto que él mismo era descendiente de Ínaco, el río y rey primigenio. El día en que el pueblo tenía que decidir acerca de su demanda, un lobo atacó al toro que guiaba los rebaños de Argos, luchó con él y lo mató. El pueblo vio en el toro a su propio rey, y en el lobo al extranjero, y aceptaron la decisión de los dioses. Dánao recibió la soberanía y en agradecimiento fundó un templo a Apolo Licio, Apolo «del lobo». Aparentemente, no negó sus hijas a los hijos de Egipto que las pretendían, sino que distribuyó las cincuenta muchachas entre sus cincuenta primos. Así sucedía también en la obra de Esquilo, si bien al final las suplicantes siguen sin aceptar a los hijos de Egipto. Las Danaides tramaron con su padre un plan terrible. Dánao entregó un puñal[11] a cada muchacha y, llegada la noche de bodas, cuarenta y nueve esposas mataron a sus maridos. Cortaron las cabezas de los hombres asesinados y las arrojaron a las aguas profundas del Lerna, que desde entonces ha manado de esas tantas cabezas.

Hipermestra, la única que se había dejado ablandar por la proximidad de un joven, se enamoró de él y no lo asesinó, y de este modo se convirtió, gracias a su marido Linceo, en bisabuela de dos grandes héroes, Perseo y Heracles. Sin embargo, al actuar así había traicionado a su padre y a sus hermanas Danaides. A la mañana siguiente, Dánao la encerró y la llevó a juicio.[12] El argumento principal de las *Danaides* de Esquilo lo constituía este proceso. No se nos ha conservado de esta tragedia mucho más que de la titulada los *Egipcios*, la lúgubre segunda parte de la trilogía, en la que se cometía el terrible crimen. Así pues, en las *Danaides*, Hipermestra aparecía como culpable frente a sus hermanas y su padre, pero Afrodita en persona acudía al tribunal y anunciaba a los que la iban a juzgar su poder absoluto. El sagrado cielo anhela penetrar la tierra, dijo en sustancia,[13] y el anhelo de amor se apodera de la tierra. La lluvia cae del cielo y fecunda a la tierra: ella engendra las plantas y animales de los que se nutren los mortales. Éste era el eterno y gran ejemplo que la reina del amor aducía en defensa de Hipermestra. El joven al que había salvado ya se había refugiado en la ciudad vecina de Lircea antes del alba. Se llamaba en realidad Lirceo y no Linceo como el hijo de Afareo de aguda vista, a quien nos referiremos más adelante. Desde allí hizo Lirceo señales de fuego,[14] y su amada Hipermes-

tra, libre ahora, le respondió desde la alta ciudadela de Larisa. De ese modo Lirceo se convirtió en rey de Argos después de Dánao.

También se decía que, por orden de Zeus, Atenea y Hermes purificaron a las demás Danaides de su asesinato,[15] y que su propio padre Dánao celebró unos juegos y las ofreció a todas, o más exactamente a cuarenta y nueve de ellas, como premio para los vencedores.[16] Antes del mediodía ya tenía un marido para cada una. ¿O quizá murieron todas ellas, a excepción de Hipermestra y otra a la que nos referiremos brevemente a continuación, a manos del hermano superviviente?[17] También esto se decía, y sus figuras han entrado en el Reino de Hades en las obras de los pintores del mundo del Más Allá como ejemplo de lo eternamente interminable, de aquellos que nunca alcanzan el *télos*, el cumplimiento, ya se trate de la consumación del matrimonio o de la iniciación. En el Hades estaban eternamente condenadas a acarrear agua en jarros rotos, o bien a verterla en una jarra sin fondo. Las «jarras de las Danaides», que nunca se llenan, se hicieron proverbiales.[18]

Tan sólo queda la historia de aquella Danaide llamada Amimona, la «intachable», protagonista del drama satírico de Esquilo con el que concluye esta tetralogía que comienza con *Las suplicantes*. Al parecer, tal como se nos presenta la historia en esta obra de carácter cómico, el crimen sanguinario de las Danaides jamás se produjo, o por lo menos Amimona no tomó parte en él. Dánao había llegado con sus hijas a Lerna, en el golfo de Argos, al lugar que hoy se conoce como Myli por sus molinos de agua,[19] y envió a su hija Amimona a buscar agua para el sacrificio que se disponía a ofrecer. Por aquel entonces, Posidón seguía irritado con Ínaco, porque cuando él y Hera se disputaron la primacía sobre la Tierra, Ínaco había dictaminado que le fuese adjudicada a la reina de los dioses.[20] Después de todo, ella había sido la soberana del país desde los tiempos del hombre primigenio Foroneo, que fue el primero en venerarla, y no había dejado de gobernarlo desde su famoso templo situado en las cercanías de la ciudad de Argos, entre Tirinto y Micenas. Posidón tuvo que rendirse como le ocurrió también en el Ática cuando compitió con Palas Atenea. Como estaba irritado por ello, resultaba difícil encontrar una fuente. Amimona se quedó dormida del cansancio, o por lo menos así se explica la historia al estilo de las pinturas pompeyanas, y fue vista por un sátiro lascivo. Cuando se pre-

tendía mostrarla más parecida a las Amazonas, lanzaba su lanza de caza contra un ciervo y hería a un sátiro durmiente.[21] Al ser herido, él la atacaba. De modo que, ya porque lo hubiese herido o porque se hubiese visto sorprendida, la muchacha gritaba pidiendo ayuda, y Posidón acudía corriendo. Arrojaba su tridente contra el sátiro y se convertía en el auténtico y victorioso esposo de la Danaide. Ella le alumbró a Nauplio, el fundador del puerto de Nauplia, que todavía hoy existe justo enfrente de Lerna.[22] El dios le concedió un espléndido regalo nupcial a la joven esposa, futura ninfa de las aguas. Le permitió arrancar el tridente de la roca, y en el lugar nació la triple fuente Amimona, la más hermosa de las innumerables fuentes de Lerna. Un antiguo poema decía:[23] «Argos estaba sin agua; por obra de las hijas de Dánao, Argos se volvió rica en agua.»

CAPÍTULO IV

PERSEO

Había una historia muy antigua que hablaba de una muchacha de los dánaos y se refería a ella simplemente como Dánae. Al principio las hijas de Dánao también se llamaban Danaides, que es el plural de Dánae, o sea, «las hijas o esposas de Dánao». Pero ésta era la Danaide por excelencia, la elegida entre todas las Danaides, su representante más perfecta, tan perfecta que llegó a convertirse en esposa mortal de Zeus y en madre del héroe fundador de Micenas. La historia comienza hablando de su padre y de su hermano, los nietos de la Danaide Hipermestra y de Lirceo.

Se trata de la historia de dos hermanos gemelos que eran enemigos,[1] Acrisio y Preto. Hubiesen debido reinar conjuntamente en Argos, pero ya se peleaban incluso en el vientre materno. Apenas habían alcanzado la edad adulta cuando se disputaron la soberanía. En el camino que conduce de Argos a Epidauro había una pirámide adornada con escudos, una tumba gigantesca[2] en recuerdo de la famosa guerra entre los hermanos, durante la cual se decía que se había inventado el escudo redondo. Según una tradición, la batalla que tuvo lugar aquí concluyó sin un vencedor claro,[3] y por esa razón el reino fue dividido entre los dos hermanos. Acrisio reinó en Argos, y Preto en Tirinto, la fortaleza vecina, que había sido fortificada por los Cíclopes. Según otra tradición,[4] Preto fue derrotado y emigró a Asia Menor, donde se casó con la hija del rey de Licia –aquella Antea o Estenobea que habría de hacerse famosa por su amor por el héroe Belerofonte–, y con la ayuda de su suegro regresó a la patria. Es probable que de Asia Menor viniesen también

los siete Cíclopes que construyeron las murallas indestructibles.[5] La historia de las tres hijas de Preto, que no querían venerar a Dioniso y a las que por esa razón, el dios hizo enloquecer, ya se explicó en las historias de los dioses.[6] Su hijo Megapentes parece haber desempeñado un papel equivalente al de Penteo, el perseguidor tebano de Dioniso. La afirmación de que Preto era el padre del hijo de Dánae, es decir, que el tío habría seducido a su propia sobrina,[7] no merece ser tomada en consideración. En contra, tenemos el relato de los amores de Zeus y la única hija de Acrisio, Dánae.[8]

Acrisio, rey de Argos, sólo tenía esta hija; así pues, consultó al oráculo de Delfos cómo podría tener un hijo. El dios respondió que nunca tendría un hijo, pero que su hija sí, y que el hijo de esta hija sería su perdición. Al regresar de Delfos, Acrisio hizo construir en el patio de su palacio una cámara de bronce subterránea como una tumba. Allí encerró a su hija con su nodriza. Dánae tuvo que despedirse de la luz del cielo.[9] Fue enterrada para siempre en la oscuridad, para que no pudiese dar a luz a ningún hijo. En cambio, fue el rey de los dioses en persona quien deseó a la joven Danaide; Zeus, transformado en lluvia dorada, penetró a través del techo de la habitación subterránea. La muchacha recogió la lluvia en su vestido, y de la lluvia salió el Rey del Cielo. La tumba se convirtió en cámara nupcial, y nació un hijo de Zeus.

Éste es el relato de la concepción de Perseo. Dánae dio a luz a su hijo y lo crió en secreto con la ayuda de su nodriza. Con respecto a lo que sucedió después del parto, los narradores, los pintores vasculares y los autores dramáticos que continuaron la historia no se ponen de acuerdo. Según unos, Perseo tendría unos tres o cuatro años cuando el rey Acrisio oyó en su palacio, procedente de las profundidades, la voz de un niño que jugaba. El niño estaba jugando con una bola, como indica una pintura vascular que nos muestra al pequeño Perseo con el juguete en la mano. El niño gritaba porque la bola se le había escapado. El rey hizo que sacasen a Dánae de la tumba de bronce. Condenó a muerte a su nodriza, puesto que era ella quien se comunicaba con el mundo superior a fin de poder alimentar a la muchacha. En el patio del palacio había un altar consagrado a Zeus, como era costumbre. Sobre este altar, Acrisio obligó a su hija a decirle quién era el padre del niño. «Zeus», fue la respuesta, pero nadie la creyó. Acrisio encerró entonces

a la madre y a su hijo en un cofre, en un baúl cerrado, e hizo que lo arrojaran al mar. Así los dos, destinados a morir, flotaron a la deriva entre las olas.

De acuerdo con otros autores que narran la historia, esto habría sucedido antes, justo después del nacimiento del héroe. Nació en la oscuridad de la tumba de bronce e inmediatamente después fue encerrado en este cofre oscuro. Cuando el viento que soplaba y el mar agitado asustaron a Dánae, encerrada en el cofre repujado, abrazó tiernamente a su hijo; sus mejillas estaban húmedas de lágrimas mientras decía:[10]

> ¡Qué pena tengo,
> hijo! Pero tu sueño no se turba,
> y duermes, no pensando
> sino en mamar, en este leño triste
> claveteado de cobre, que en la noche
> reluce, y donde sólo
> la oscuridad azul
> te arropa. No te importan
> ni el agua que te pasa por encima
> sin tocarte el cabello, ni el bufido
> del viento: siempre apoyas
> la hermosa cabecita en la frazada.
> Si te espantara lo que causa espanto,
> ya habrías dado oído a mis palabras.
> Quiero que duermas, niño;
> y que se duerma el mar, que al fin se duerma
> esa aflicción inacabable. ¡Que haya
> un cambio, padre, Zeus,
> por tu merced! ¡Ay, si cualquier palabra
> injusta o temeraria hubiese dicho
> al suplicarte, perdónamelo!»
> (trad. J. Ferraté)

Así es como Simónides nos ha transmitido las palabras de la humilde plegaría que la amada del dios le dirige desde la oscura arca, y nos habla de la luz que resplandece en torno al niño divino. Otro poeta, Es-

quilo, nos muestra en escena en su drama satírico *Los arrastradores de redes* cómo el arca fue avistada desde la isla de Sérifos.[11] Un pescador llamado Dictis, el «hombre de la red», divisó desde la costa algo que flotaba. «¿Qué es eso? ¿Cómo debo llamarlo? ¿Será un monstruo marino, un delfín, un tiburón o una ballena lo que estoy viendo? ¡Oh soberano Posidón! ¡Oh Zeus del mar! ¡Qué regalo tan inesperado me habéis enviado desde las aguas! Sea lo que sea, no se acerca. Tendré que gritar para pedir ayuda.» Dictis se puso a gritar. Arrojaron una enorme red al mar y sacaron el arca del agua. En el drama satírico, cuando Dictis pedía ayuda, en lugar de campesinos, pastores y pescadores, eran los silenos –una caterva de inútiles, seres mitad divinos y mitad animales, que habitan en las colinas y en los campos, calvos, de nariz chata, con las caras pintadas de rojo– quienes acudían a su llamada y presenciaban la apertura del arca. El pequeño Perseo se rió de ellos desde el arca.[12] Esa risa era en sí misma una prueba de su origen divino. Al principio Dánae se asustaba por este cambio de situación y entre lamentos revelaba su secreto, es decir, quién era ella y de quién era hijo el niño. El pescador rendía honores a ambos, los acogía en su cabaña y los hacía pasar por parientes,[13] cosa que eran en realidad a través de las Danaides, pues Dictis era descendiente de Nauplio, el hijo de Posidón y Amimona, hija de Dánao.

Pero en Sérifos no reinaba Dictis, sino su hermano Polidectes. Una vez más, los hermanos eran diferentes, el uno pescador y el otro rey, y aunque no eran gemelos (en una versión tan sólo comparten la misma madre),[14] son una pareja. El «que acoge a muchos», es decir, Polidectes, que, al igual que Polidegmon, es uno de los muchos nombres del rey del Inframundo,[15] pertenecía al «hombre de la red». Lo que uno capturaba se convertía en la presa del otro. De modo que Dánae se convirtió en prisionera de Polidectes, y de esa manera llegó con su hijo al Inframundo por tercera vez. A partir de entonces vivió en la casa del rey como su esclava.[16] También se decía que se había casado con Polidectes,[17] mientras Perseo era criado en el templo de Atenea como protegido de la diosa en cuyo parto había ocurrido algo semejante a lo que pasó en el momento de la concepción de Perseo; una lluvia dorada había caído del cielo.[18]

Cuando el héroe hubo crecido lo suficiente como para poder liberar

a su madre, Polidectes organizó un *éranos*, un banquete al que cada uno de los invitados debía aportar un determinado regalo. Al parecer el propósito era reunir[19] un presente nupcial para Hipodamía, hija de Enómao; evidentemente, el rey se estaba postulando para pedir la mano de esa hermosa joven de la que todo el mundo hablaba, y a la que pronto nos referiremos. Al *éranos* de Polidectes cada invitado debía aportar un caballo. Perseo, el hijo de su esclava, no poseía ninguno, como es obvio. Y si, como sostienen otros autores,[20] Dánae seguía viviendo en la cabaña de Dictis, el héroe se habría criado en las míseras condiciones de un pescador, y ¿qué otra intención hubiese podido tener el rey, a no ser la de humillar profundamente a Perseo? Daba por hecho que el joven héroe que vivía en la cabaña de un pescador no podría aportar este regalo, y lo que es más, que dejaría la isla avergonzado y abandonaría a la madre a la que hasta entonces había protegido.

Es bien sabido que los pescadores no crían caballos, así que ¿cómo hubiese podido Perseo traer uno consigo? De modo que Perseo le dijo con todo el descaro al rey: «Te traeré la cabeza de la Gorgona», a lo que el rey respondió: «Traémela». La Gorgona Medusa tiene cuerpo de caballo en una representación muy antigua; de acuerdo con los relatos más antiguos, era una yegua, esposa de Posidón en uno de los matrimonios que éste contrajo bajo forma de semental.[21] De modo que Perseo no sólo prometió el regalo solicitado, un caballo, sino uno mucho más inusual y difícil de conseguir, por no decir imposible, pues la yegua que le ofrecía llevaba la cara de Gorgona, cuya mirada petrificaba hasta la muerte. Precisamente en eso debía pensar Polidectes cuando aceptó el ofrecimiento del héroe.

Perseo se arrepintió pronto de la promesa hecha; se retiró al punto más lejano de la isla y empezó a lamentarse, no sin razón. Si Dánae no se hallaba ya en poder del rey, el peligro estribaba ahora en lo que le ocurriría si su hijo no mantenía su palabra. Se trataba de liberar a su madre del poder del que «recibe a muchos». En ese momento Hermes se le apareció al héroe,[22] ¿o fue Atenea quien acudió primera en su ayuda? En las pinturas de los artistas antiguos, ella aparece a su lado frente a Hermes. Pero ¿quién hubiese podido prestarle las sandalias aladas (o por lo menos una, como leemos en Artemidoro, el intérprete de sueños)[23] de modo que pudiese abandonar la isla y llegar hasta las Gor-

gonas, de no ser Hermes? Probablemente en la tragedia titulada *Las hijas de Forcis* de Esquilo[24] sucedía de esta manera. El autor dramático simplificó el viaje de Perseo a través del reino de tres veces tres diosas y es posible que dejara a un lado a las tres primeras, las Ninfas de las fuentes.

Éstas, las Náyades, fueron sin embargo las primeras que ayudaron al héroe en su situación desesperada. Vivían en una cueva en la isla de Sérifos, aunque tenían otras moradas en las cuevas llenas de estalactitas de las montañas griegas, y poseían los medios que Perseo necesitaba para llevar a cabo su empresa. Más tarde pudo devolverles esos tres objetos de tan inestimable valor. Ya fuese porque ellas se acercaron al héroe o bien porque Perseo fue a visitarlas en compañía de Atenea, el caso es que fueron ellas sus salvadoras. En una antigua pintura sobre cerámica se ve cómo las Ninfas reciben al héroe, una le entrega las sandalias aladas, otra el casco de la invisibilidad, y la tercera el zurrón, la *kíbisis*, para guardar la cabeza de la Gorgona.

Equipado de este modo, Perseo se alejó caminando a paso rápido por los aires,[25] y pasó sobre el mar y Océano, como el Sol. Una tradición nos dice[26] que el propio Sol llevó una vez el nombre de Perseo. Al otro lado de Océano, cerca del Jardín de las Hespérides, allí donde empieza el reino de la Noche, se hallaba la morada de las Gorgonas.[27] Eran tres, o quizá tan sólo dos diosas de pelo gris, hijas del viejo del mar Forcis, y las Grayas hacían guardia ante ellas.[28] Ni el Sol ni la Luna las iluminaban nunca.[29] Allí comenzaba un paisaje boscoso y rocoso sin caminos,[30] llamado también Cistene, el país de las «rosas de roca», al que se podía llegar igual de bien desde el este.[31] Era el país de las Tinieblas, en el que desaparecían todas las luces del cielo y desde donde volvían a reaparecer, pues confinaba tanto con el este como con el oeste. Es posible que ni siquiera Palas Atenea conociese el camino a través de aquel reino hasta llegar a las Gorgonas, puesto que las divinidades más jóvenes no sabían todo lo que conocían las más ancianas, como las Moiras y las Grayas, de modo que Perseo tenía que acercarse hasta las diosas de cabellos grises si quería encontrar el camino que le conduciría hasta las Gorgonas.

Las Grayas hacían guardia por turnos,[32] pues sólo tenían un ojo y un solo diente a compartir entre las tres. ¿Hubiesen podido ver a su vi-

sitante con este ojo incluso a través de la oscuridad si éste no hubiese llevado puesto el «casco de Hades», el casco que le hacía invisible? Ahora estaba allí, a la entrada de su cueva, quizá la misma en la que se ocultaban las Gorgonas,[33] esperando a que las hijas de Forcis hiciesen el cambio de guardia. En el momento del relevo, una Graya tenía que pasarle el ojo a la otra, de modo que durante ese instante ambas se quedaban ciegas. Perseo aguardó ese momento; les arrebató el ojo de las manos y dijo que no se lo devolvería hasta que le mostrasen el camino hacia las Gorgonas. Bajo tan grave amenaza, las hermanas accedieron, pero ¿cuándo les devolvió el ojo el héroe? ¿Fue cuando descubrió que la entrada de la cueva conducía a las Gorgonas? ¿Se lo devolvió en el momento en que huía, o bien, como afirman algunos,[34] lo arrojó al lago Tritonis en su huida? ¡Menudo grito de dolor debieron de lanzar esas diosas primigenias! Pero esto ocurrió después; sin duda alguna, en *Las hijas de Forcis* de Esquilo resonaban sus lamentaciones, pero tan sólo se ha conservado un verso de la obra, que reza: «entró en la cueva como un jabalí».[35]

Las tres Gorgonas estaban durmiendo en la cueva. Tan sólo una de ellas era mortal, Medusa,[36] la soberana, como se podría traducir su nombre. Su buena fortuna, o quizás Atenea, debe guiar la mano de Perseo; el héroe tiene que buscar a tientas la cabeza de Medusa mientras mantiene su rostro vuelto hacia atrás,[37] para no ver su cara similar a una máscara. Se nos dice también[38] que la diosa le mostró la cabeza de la Gorgona en un escudo brillante que le había dado a Perseo o que ella misma sujetaba para él.[39] El héroe iba armado con una *hárpe*, una espada en forma de hoz que también era un regalo divino, y con esta antigua arma titánica cortó la cabeza de Medusa.

Medusa estaba embarazada de Posidón y llevaba en su vientre al héroe Crisaor y al caballo Pegaso, que salieron del cuello de la decapitada. El héroe guardó la cabeza en su *kíbisis*.[40] Tuvo que huir de inmediato, pues las dos hermanas inmortales de Medusa se despertaron y se pusieron a perseguirlo. El aire fue el escenario de la batalla entre Perseo y las Gorgonas; en varias pinturas vasculares antiguas las vemos volando en pos del héroe, e incluso en una de ellas Perseo aparece a lomos de Pegaso, por lo que fue el primero en hacerlo, antes que Belerofonte.[41] Resultaba imposible darle alcance, pues en sus pies llevaba las sandalias

aladas y su espada colgaba al hombro; así aparecía representado en el escudo de Heracles, tal y como lo describe un continuador de Hesíodo.[42] Huyó rápido como el pensamiento, con la espalda protegida por la horrible cabeza de Medusa. Llevaba la *kíbisis* colgada alrededor del cuerpo y sobre la frente el casco de Hades; la oscuridad de la noche se extendía alrededor del héroe.

Muy pronto Perseo se alejó de la región donde vivían las Gorgonas, la cual limitaba con los países de todos los pueblos que habitaban, según se decía, más allá de los países de los mortales comunes. Lo festejó con los hiperbóreos[43] en el norte, y por el sur voló sobre la tierra de los etíopes. Allí encontró en la escarpada costa (se dice[44] que fue en Palestina, cerca de Jaffa) a una hermosa muchacha. Estaba allí expuesta y encadenada. Este encuentro fue un hecho importante no sólo en la historia de Perseo, sino también en la historia de la poesía dramática griega. Eurípides representó la escena en su *Andrómeda*, pues ése era el nombre de la joven. Se decía que Dioniso, el dios en cuyo honor se representaba la tragedia, estaba tan encantado con la obra que no podía dejar de leerla, o por lo menos eso afirma en tono jocoso el comediógrafo Aristófanes.[45] Comenzaba con un largo monólogo de Perseo, que creía haber visto desde lo alto la figura de una joven, pero la obra de algún artista, no una muchacha de verdad.[46] El monólogo daba paso a un diálogo más animado entre el héroe y Andrómeda, que pronunciaba estas palabras:[47]

> Tómame, extranjero, tómame como sirviente,
> o como esposa, o como esclava, como tú quieras.

En Etiopía reinaba entonces Cefeo.[48] Su reina, la orgullosa Casiopea, había irritado a los dioses del mar por haber competido en belleza con las Nereidas y vanagloriarse de haber salido victoriosa. Tuvo su castigo, puesto que Posidón envió primero un diluvio sobre el país y después un monstruo ante el que debían dejar expuesta a su hija Andrómeda. Así lo había anunciado un oráculo y así se hizo. Perseo llegó volando y mató al monstruo. Una antigua pintura sobre cerámica nos muestra a Perseo luchando contra el monstruo con cabeza de jabalí que sale del mar, arrojándole piedras con ambas manos; Andrómeda es

quien le proporciona las piedras, pues el héroe la ha liberado ya de sus ataduras. Se la arrebata también a sus padres, que no acceden a dejarla marchar de buen grado, y a su novio, un personaje huraño de nombre Fineo a quien volveremos a encontrar en la historia de los Argonautas. Se decía que este Fineo era hermano de Cefeo y deseaba casarse con su sobrina. De modo que Perseo se enfrentaba de nuevo a un enemigo cuya apariencia, tal y como la describen los relatos de los Argonautas, recordaba a las Grayas. Aquí le ayudó la cabeza de la Gorgona; el héroe la sacó de su *kíbisis*[49] y Fineo y sus hombres se quedaron petrificados; Perseo se llevó entonces a Andrómeda por los aires hasta Sérifos. Los cuatro personajes de los que trata este relato etíope subieron finalmente al cielo como constelaciones, Casiopea y Cefeo, Andrómeda y Perseo.[50] Atenea lo prometía al final de la tragedia, pero el poeta no se hubiera atrevido a poner una profecía de ese tipo en la boca de la diosa si la gente no hubiese creído haber visto ya la figura de Perseo subiendo hacia el cielo.

Tras cortar la cabeza de Medusa y guardarla en su *kíbisis*, y después de haber liberado y ganado a Andrómeda, Perseo regresó a Sérifos. Según parece, en otra tragedia de Eurípides, *Dictis*, se describía cómo encontraba el héroe a su madre y a su protector, el pescador Dictis, como suplicantes ante un altar[51] en el que se habían visto obligados a refugiarse de la violencia de Polidectes. Pero ahora el joven héroe reaparecía antes de lo que ellos se hubiesen imaginado. Además, el *éranos* al que Perseo había prometido contribuir con la cabeza de la Gorgona en lugar de con un caballo no se había acabado todavía.[52] Los invitados, ninguno de los cuales había podido traer nada más que caballos normales, seguían reunidos cuando Perseo apareció con su regalo, volando por los aires con sus sandalias aladas y con la cabeza de Medusa colgando de sus hombros en su zurrón. Ninguno podía creer que el héroe hubiese cumplido su promesa, y menos que nadie el rey Polidectes. De modo que hizo reunir al pueblo,[53] aparentemente para acusar a Perseo de engaño, pues al parecer el joven no era muy popular en Sérifos. Perseo se presentó ante la asamblea de los habitantes de Sérifos, sacó la cabeza de la *kíbisis* y se la mostró al pueblo reunido como prueba. A partir de ese momento, Sérifos se convirtió en una de las islas más rocosas del archipiélago, pues todos se volvieron de piedra. El héroe dedicó la

cabeza de la Gorgona a la diosa Atenea, que desde entonces la llevó siempre sobre su pecho. La *kíbisis*, las sandalias aladas y el casco de Hades se los devolvió a las ninfas. Dictis se convirtió en rey de Sérifos, pero Perseo abandonó la isla y regresó a su hogar en Argos con Dánae y Andrómeda.

Acrisio ya no reinaba allí.[54] Temeroso de que su nieto lo matase, había abandonado su ciudad natal y se había ido a Tesalia, a otra fortaleza llamada también Larisa. Perseo lo siguió, lo encontró y quiso reconciliarse con él. Sófocles compuso una tragedia sobre este argumento, *Los habitantes de Larisa*. Se hizo una fiesta de reconciliación y Acrisio ya se disponía a regresar a Argos.[55] Durante la celebración de la paz, los jóvenes de Larisa estaban compitiendo con el disco, y Perseo no pudo resistirse; cogió con la mano el disco semejante al Sol, al igual que hiciera Apolo, y lo lanzó con idéntico resultado trágico. El disco voló por los aires y golpeó a Acrisio en el pie, pero se trataba de una herida mortal. De esa manera el abuelo murió a manos de su nieto, y la gloria del héroe dio paso a la oscuridad de la muerte. Si la oscuridad también sigue a los rayos del Sol en el cielo, ¡cómo no iba a seguir en la tierra a las acciones del hijo de un dios, aunque se trate de un hijo del Sol!

En aquellos días, el señor de la fortaleza de Tirinto, con sus murallas ciclópeas, era Megapentes, hijo único de Preto. Según una versión de la historia, vengó la muerte de su tío Acrisio y mató a Perseo a su regreso;[56] pero ese relato se ha perdido, y tan sólo su nombre Megapentes nos informa de que se trataba de un hombre «de grandes pesares» y quizás, al igual que sus tres hermanas, luchó contra Dioniso y al final, al igual que Penteo, el hombre tebano «de la desgracia», fue castigado por el dios. También se afirmaba que intercambió su reino con Perseo, puesto que éste último estaba avergonzado por haber matado a su abuelo y no quería regresar a Argos nunca más.[57] Así pues, a partir de entonces Megapentes gobernó en la sede de Larisa de Argos y Perseo en Tirinto. Desde allí fortificó las rocosas ciudadelas de Midea y Micenas. Más tarde los habitantes de Micenas le rindieron honores como su héroe fundador y olvidaron a la heroína Micena, una hija de Ínaco[58] que en su momento llegó a ser tan famosa como Tiro o Alcmena[59] y dio su nombre a la fortaleza más poderosa de la región. Pero ellos ya no sabían explicar ninguna historia interesante acerca del modo en que se había

llevado a cabo la fundación de Micenas por obra de Perseo. Unos decían que una vez cogió la vaina de su espada y al ver que el extremo, llamado en griego *mykes*, se había perdido, fundó *Mykénai*[60] en aquel lugar. Otros recordaban la famosa fuente que mana debajo de los muros ciclópeos de la fortaleza y afirmaban que Perseo, atormentado por la sed, había cogido una seta, que también se llama *mykes*, y de allí habría brotado la fuente en la que se pudo refrescar el héroe, quien en señal de alegría habría fundado la ciudad.[61] Se supone también que después habría conducido el agua desde el exterior, por debajo de las murallas, hacia la profunda fuente Persea.

Se le consideraba también el fundador de una gran estirpe de reyes famosos. Probablemente Andrómeda ya le había dado antes un hijo llamado Perses, el antepasado de los reyes persas, quienes más tarde, cuando reclamaron el país de los helenos, invocaron a Perseo como antepasado suyo.[62] En Micenas tuvo varios hijos y una hija; entre los hijos, Alceo y Electrión, que fueron los abuelos de Heracles; la hija era Gorgófone, abuela de los Dioscuros tebanos. Pero Perseo no alcanzó tanta fama como su bisnieto Heracles porque, según se decía,[63] también él se opuso a Dioniso y cometió actos de violencia contra él. ¿Fue él, con su oposición, quien relevó a Megapentes o fue Megapentes quien lo relevó a él?

En Argos se decía que Dioniso había llegado allí por mar con Ariadna y acompañado por las sirenas. Perseo luchó con ellos y mató a muchas de sus acompañantes femeninas. En Argos se mostraba el monumento funerario de Coria, la «bailarina», el nombre de una ménade,[64] y la tumba de las sirenas (Halias), que habían venido con el dios.[65] Algunas pinturas vasculares nos muestran a Perseo luchando contra el cortejo de Dioniso. Sostiene la cabeza de la Gorgona ante una multitud frenética. Otra historia afirmaba que había petrificado a Ariadna antes de que ella y su corona subiesen al cielo.[66] De acuerdo con este relato, los dos héroes, Dioniso y Perseo, ambos hijos de Zeus, acabaron haciendo las paces.[67] Un templo con un recinto sagrado en Argos estaba dedicado a Dioniso cretense, y se supone que allí estaba enterrada Ariadna.[68] Una antigua narración sostenía incluso[69] que Dioniso había muerto a manos de Perseo y fue arrojado a las aguas de Lerna, que formaban una de las entradas al Más Allá. El dios solía reaparecer desde

esas profundidades, ante la llamada del sonido de la trompeta.[70] ¿Pero no había recorrido el propio dios el camino al Más Allá en Lerna, cuando fue a liberar a Sémele?[71] Perseguidor y perseguido no eran tan diferentes entre sí, al menos en lo que atañe a la liberación de sus madres. Perseo tuvo una tumba de héroe delante de la ciudad de Micenas, en el camino hacia Argos,[72] donde se le rendían honores.

CAPÍTULO V

TÁNTALO

El nombre de Níobe aparece en más de una ocasión al principio de la historia de la humanidad.[1] En Argos aparece en relación con el hombre primigenio Foroneo, en Beocia con Alalcomeneo, que fue quien educó a Palas Atenea. En Tebas se la consideraba esposa de Anfión. Allí se decía que esta mujer presuntuosa, que fue horriblemente castigada, era hija de Tántalo, rey de Lidia, un país de Asia Menor hasta el que nos lleva nuestra historia.

Tántalo aparece desde el principio, casi como Alalcomeneo o Foroneo, o incluso los Dioscuros tebanos hasta cierto punto. Era el padre de Broteas, quien, a juzgar por su nombre, fue el primer antepasado de los mortales, *brotoí*, y fue el primero en esculpir una imagen de la Madre de los Dioses en piedra.[2] También era padre de Pélope, de quien tomó su nombre una gran parte de Grecia, el Peloponeso, «la isla de Pélope». Dos hijos de Pélope, Atreo y Tiestes, fundaron la segunda dinastía de Micenas, que llegaría a alcanzar mayor renombre como estirpe real que la primera, la familia de Perseo. De modo que una gesta importante tuvo su inicio en Lidia, el pequeño reino asiático de Tántalo, en las montañas del Sípilo, cuyas cimas dominan Esmirna y sobre las que más tarde Níobe aparecería transformada en piedra. Una pequeña laguna llevaba allí el nombre de Tántalo[3] y, según la leyenda,[4] la ciudad se habría hundido en otro lago. En el Sípilo se encontraba su tumba, que era digna de admiración,[5] si bien éste no era el único lugar donde se le rendían honores de héroe. También en Argos[6] creían estar en posesión de sus huesos, y la pequeña ciudad de Polión en Lesbos le había consagrado un *heróon*.[7]

Se dice que fundó en el monte Sípilo, junto a su hijo Pélope, la primera ciudad de esta región, si no la primera del mundo entero.[8]

Se le consideraba hijo de Zeus,[9] pero también se menciona el monte Tmolo en Lidia como su padre.[10] Su madre era Pluto, «la rica», hija de Crono,[11] y en su calidad de ninfa berecintia,[12] sin duda hija también de la Gran Madre Berecintia, si es que no se trataba de la diosa en persona, bajo un nombre apropiado para la que proporciona grandes riquezas. Desde tiempos muy antiguos, Lidia era famosa por su oro; el oro se escondía en sus montañas, sobre todo en el Tmolo, y los ríos llevaban oro en sus arenas. Ningún nombre podía resultar más apropiado que Pluto para la gran diosa de este país. La mujer de Tántalo recibía varios nombres, entre ellos Dione. Se suponía que era una Pléyade, una hija de Atlas, y llevaba el mismo nombre que una de las grandes consortes de Zeus.[13] A través de ella los antiguos mitógrafos relacionaban a Atlas, antiguo dios de la raza de los titanes, con el rey de Lidia.

El reino de Tántalo se extendía al parecer más allá de este país concreto; incluía también Frigia, la cordillera del monte Ida, y la llanura de Troya.[14] En la isla de Lesbos, donde se afirmaba que poseía un *heróon*, había un monte que también llevaba su nombre.[15] Este nombre era griego y significaba «audaz»,[16] alguien que podía atreverse a las aventuras más arriesgadas. La riqueza del hijo de Pluto llegó a ser proverbial,[17] y los poetas hacían juegos de palabras[18] con el parecido entre su nombre y el de la moneda de oro más pesada, el talento, de modo que hablaban de los «talentos de Tántalo». Al igual que el pecador Ixión,[19] se sentaba a la mesa de los dioses,[20] y aunque se le considerase un hombre,[21] no era mortal, como demuestra la eternidad de su castigo. Subió al cielo para asistir al banquete de los dioses,[22] y los invitó a su amada ciudad de Sípilo.[23] Pero la comida que había preparado para los dioses era tal que los poetas no querían creerlo ni querían hablar de ello,[24] al menos los poetas griegos. Más tarde, los romanos sí lo encontrarían adecuado a su gusto.[25] Pero debemos hablar de ello, porque esta audaz empresa de Tántalo hasta cierto punto retoma un aspecto de las historias de los dioses, en las que se afirmaba[26] que a Dioniso le ocurrió de niño lo mismo que le ocurriría a la víctima sacrificada en su lugar, ya fuese un cabrito o un ternero, pues también a él lo cortaron en pedazos y lo cocieron.

Tántalo invitó a los dioses a un banquete sacrificial similar. Se atre-

vió a presentar ante ellos algo infinitamente más transgresor que el engaño de Prometeo, que dio origen al gran ritual sacrificial de los griegos. El pecado de Tántalo consistió en que no preparó para el banquete de los dioses un animal sacrificado, sino lo mejor[27] que podía ofrecerles, su propio hijo, a quien sacrificó para ellos. Descuartizó al pequeño Pélope,[28] lo cortó en pedazos y coció su carne en un caldero.[29] Según creían las generaciones posteriores,[30] pretendía con ello poner a prueba la omnisciencia de sus invitados. Los dioses se dieron cuenta y se abstuvieron de comer. A los autores antiguos les parecía horrible que alguien pudiese ofrecer en serio un sacrificio así a los dioses celestes, en lugar de fingirlo sustituyéndolo por un animal, por ejemplo. Rea, la gran diosa, que también había reconstruido los miembros del niño Dioniso,[31] reconstruyó los pedazos e hizo que el muchacho saliese del caldero.[32] Por supuesto, Hermes lo trajo de nuevo a la vida,[33] o bien lo hizo Cloto, la Moira, que todavía no había decidido su muerte.[34]

Fue, por decirlo de alguna manera, un renacimiento. El caldero permaneció puro, sin mácula por el cruel acto, y el muchacho salió de allí más hermoso que antes.[35] Uno de sus hombros brillaba como el marfil.[36] Se decía que una diosa había probado la carne de la parte que ahora resplandecía. Muchos afirmaban que había sido Deméter, que estaba distraída por la pérdida de su hija.[37] Al mismo tiempo, se trataba también de una alusión al hecho de que Deméter, en su calidad de diosa de la Tierra, tenía cierto derecho al cuerpo. Por eso Pélope tuvo a partir de entonces un hombro de marfil, con el que los dioses habían sustituido la parte devorada, y por eso también sus descendientes llevaban una marca de nacimiento: o bien tenían un hombro particularmente blanco,[38] o una estrella en ese lugar.[39] Posidón se enamoró enseguida de Pélope y raptó al hermoso muchacho; se lo llevó en su carro tirado por caballos dorados hasta el palacio de Zeus. Supuestamente, esto ocurrió antes de la llegada de Ganímedes.[40] Sólo las malas lenguas se atrevían a sostener que, como el muchacho no había vuelto con su madre, debían de habérselo comido.[41] Pero más tarde los dioses enviaron al joven de regreso entre los humanos de vida breve;[42] como sucesor del pecador Tántalo, habría de convertirse en un rey famoso en la tierra.

A Tántalo se le imputaban varios pecados: pecados sin duda, pero quizá tan sólo relatos velados de su gran audacia, del cumplimiento de-

masiado exacto de una acción sacra, una acción terrible que habría de repetirse entre los descendientes del héroe. Se contaban de Tántalo pecados terribles, como, por ejemplo, que mientras era huésped de los dioses no había sido capaz de mantener la boca cerrada, sino que había revelado a los mortales lo que hubiese debido callar,[43] es decir, los secretos de los Inmortales.[44] En otra versión se decía incluso que había dado a probar[45] a sus amigos la comida de los dioses, su néctar y ambrosía,[46] y esto también era un robo, no muy diferente al de Prometeo.

Además, estaba también implicado en las malas acciones de otros. Entre las historias de Creta se narraba una acerca de un perro de oro de Zeus.[47] Pandáreo, hijo de Mérope, uno de los antepasados de la humanidad,[48] robó esta criatura maravillosa, la llevó a Sípilo y se la entregó a Tántalo para que la guardase.[49] Pero éste engañó al ladrón. Cuando le reclamaron a Tántalo el perro de oro, negó que estuviese en su poder y pronunció un juramento falso. Zeus los castigó a ambos; a Pandáreo lo convirtió en piedra y sepultó a Tántalo bajo el monte Sípilo. De acuerdo con otros autores, no fue Zeus sino Tántalo quien secuestró a Ganímedes,[50] o por lo menos tuvo algo que ver con la desaparición del muchacho,[51] pero no fue castigado por ello. Una antigua poesía también lo acusaba del siguiente crimen:[52] cuando Zeus accedió a satisfacer cualquier deseo que pudiese tener su huésped, pidió poder llevar la misma vida que los dioses. Irritado por ello, el Olímpico le concedió su deseo, pero hizo que una piedra pendiese sobre la cabeza de Tántalo, a fin de que no pudiese disfrutar de lo que tenía a su disposición.

El escenario de este castigo fue por supuesto el mundo entero, no sólo porque se contaba de él la misma historia que se narraba de Prometeo, en el sentido de que estaba colgado con las manos atadas a una roca,[53] o que tenía que sostener el cielo sobre sus hombros, al igual que Atlas.[54] Se decía bien claro que estaba suspendido entre el cielo y la tierra,[55] lo que le valió el epíteto de «caminante del aire».[56] En estas condiciones, tal y como lo entendió Eurípides, el Sol pendía sobre su cabeza como una piedra de fuego.[57] Pero otros muchos castigos antiguos que también tenían lugar en los espacios del universo fueron transferidos al Inframundo sólo en las versiones tardías; por ejemplo, el castigo de Ixión[58] o Ticio,[59] por no hablar de Prometeo, el único que fue liberado de sus tormentos. Tántalo era de aquellos cuyo castigo era eterno.

Poetas y pintores describieron su suerte al representar el Inframundo. Homero[60] explica que está en un lago, con el agua que le llega hasta el mentón. La sed le atormenta pero no puede beber, pues si el anciano se inclina para beber, el agua desaparece como si la absorbiesen, y a sus pies aparece la negra tierra. Sobre su cabeza penden los frutos de grandes árboles, pero cuando el anciano intenta asirlos con la mano, un golpe de viento se los lleva hacia las nubes. El pintor Polignoto añadió también una roca amenazante.[61] La representación del mundo subterráneo en un vaso de Tarento nos muestra al rey vestido con una larga túnica escapando de la piedra. Se trata de un ejemplo para la posteridad de aquellos que se atreven demasiado y desean demasiado.

CAPÍTULO VI

PÉLOPE E HIPODAMÍA

La parte del continente europeo y griego que tomó su nombre de Pélope, el hijo de Tántalo, está unida al resto de Grecia por un estrecho tramo de tierra, el Istmo. Puesto que partiendo de Corinto se podía rodear por mar el Peloponeso y llegar hasta la misma ciudad, sólo que a un puerto diferente, siempre dio la impresión de ser una isla grande, un país separado. Atravesado por numerosas cadenas montañosas, en la antigüedad estaba dividido entre tantas tribus que es lícito pensar que no pudo haber habido un héroe y gobernante común bajo cuyo nombre se hubiese podido unificar algo tan variado. Ha llegado hasta nosotros su fama, pero no el recuerdo de un solo pueblo del que pudiese haber sido el héroe epónimo. El cetro que el hábil Hefesto había fabricado con tanto arte para Zeus, y que más tarde Atreo, Tiestes y Agamenón, los reyes de la segunda dinastía de Micenas, empuñaban como marca de su soberanía en Argos y en muchas islas, le fue enviado por el Olímpico a Pélope a través de Hermes.[1] A Pélope se le consideraba el primer gobernante de aquel reino tan grande. También se creía que Hermes era su padre, y su madre Cálice, el «cáliz de la flor», una ninfa de la región de la Élide.[2]

¿Pero llevó a cabo alguna hazaña de fundador, comparable a la muerte del dragón por parte de Cadmo, o al sonido de la lira de Anfión, o incluso a la construcción de las murallas de Tirinto y Micenas? No se mostraba ninguna muralla que fuese obra suya; más bien se explicaba una historia acerca de una fundación que cada cuatro años habría de reunir en un festival a más pueblos griegos de cuantos contenía el Pe-

loponeso. El relato de esta fundación comienza con Enómao, rey de Pisa, soberano de una fértil región situada en el extremo occidental de la península, en la parte baja del valle del río Alfeo. A juzgar por su nombre, debió de ser un rey amable, como «rey del vino». El rey de Etolia, cuyo nombre era similar, Eneo, tenía un hermano muy diferente a él, Agrio, el «salvaje», mientras que el salvajismo de Enómao estaba en él mismo. También aquel Eneo o Enopión al que se mencionaba en la historia de los dioses[3] se mostró más cruel que amable con Orión. Enómao pasaba por ser hijo de Ares, el dios de la guerra.[4] En sus días la nieve caía abundante en la colina que los visitantes de Olimpia conocían como la colina de Crono. Heracles fue quien le puso ese nombre, pues mientras Enómao gobernó estuvo sin nombre.[5]

La historia decía[6] que el rey Enómao, hijo de Ares, tenía una hija llamada Hipodamía, «la domadora de caballos», a quien nadie lograba por esposa. De la relación contra natura entre padre e hija se daban dos interpretaciones. De acuerdo con una de ellas, el propio Enómao estaba enamorado de Hipodamía; según otra, un oráculo le había anunciado a Enómao que moriría a manos de su yerno. Ya fuese porque la pasión de Enómao seguía sin ser satisfecha o bien, como sostienen algunos,[7] porque ya estaba unido maritalmente con su hija, lo cierto es que mataba a todos sus pretendientes. Había recibido de Ares sus armas y sus caballos, dos yeguas llamadas Psila, «la pulga», y Harpina, «la depredadora», que era también el nombre de la madre de Enómao.[8] Ambas eran veloces como las Harpías,[9] más rápidas que el viento.[10] Fingía estar dispuesto a entregar a su hija a quien pudiese derrotarlo en una carrera de carros[11] cuya meta era el altar de Posidón en el Istmo.[12] Como recorrido se había fijado el país entero, cuya soberanía estaba tan en juego como la mano de Hipodamía. Al mismo tiempo, se trataba de un rapto de la esposa semejante al de Perséfone, sólo que en sentido inverso, puesto que Hipodamía debía ser liberada de su padre y esposo semejante a Hades. El pretendiente debía llevarla con él en el carro mientras Enómao perseguía a la pareja fugitiva. Si el pretendiente no era alcanzado, ganaba la mano de la joven; de lo contrario, perdía la vida a manos del padre perseguidor. De esta manera Enómao había dado muerte a numerosos pretendientes. Les cortaba la cabeza y la colgaba de su palacio; eran ya doce los pretendientes muertos. Un total no

menos significativo[13] de trece se menciona también (hay doce meses en un año, pero trece en un año bisiesto), y parece como si el tiempo de Enómao se hubiese cumplido ya. Muchos autores no se limitan a este número, sino que añaden aún más nombres a la lista de infortunados.[14]

A todo ello puso fin el hijo de Tántalo, el príncipe «de rostro oscuro», como podemos interpretar su nombre. Pélope acababa de llegar de entre los dioses y apenas empezaba a salirle una pelusa negra[15] en el mentón, cuando quiso tener a Hipodamía por esposa. Se dice que salió en la oscuridad, fue hasta la costa del mar gris y llamó a su divina amante.[16] Posidón apareció de inmediato y escuchó su plegaria: «Si los dones de Cipris, oh Posidón, te fueron queridos, frena a Enómao la broncínea lanza y a mí en velocísimo carro llévame hacia la Élide y acércame a la victoria, pues después de haber matado a trece valerosos pretendientes difiere las bodas de la hija. Pero este gran peligro no tiene enfrente a un hombre cobarde. Y puesto que es obligado morir, ¿quién querría consumir, viviendo oscuramente, una ignorada vejez, privado de todo lo noble? A mí me corresponde esta prueba, concédeme lo que deseo».

El dios le dio un carro dorado tirado por caballos alados y con él voló sobre el mar desde Sípilo, en el este, donde estaba su patria, hasta su futuro país, en el oeste.[17] Sus palabras probaban que se trataba de un héroe merecedor de la victoria, y la obtuvo, puesto que, como ya se ha dicho, el tiempo de Enómao se había cumplido. La propia Hipodamía estaba preparada para un verdadero viaje de bodas, y junto a ella estaba su ayudante. Las pinturas vasculares muestran joven al que, como indica su nombre, estaba destinado a favorecer las bodas. Se llamaba Mírtilo, de *myrtos*, el mirto, esa planta tan cara a Afrodita como odiada por las dioses vírgenes. Pélope, según la versión de la historia que se explicaba en su patria asiática,[18] había prometido a la diosa Afrodita una estatua tallada en madera de mirto si lograba obtener la mano de Hipodamía; y ahí tenemos a Mírtilo, un hijo de Hermes,[19] que servía a Enómao de auriga e hizo vencer al pretendiente.

La historia es digna de un hijo de Hermes, aunque ha llegado hasta nosotros con los tópicos añadidos acerca del criado infiel. De modo que se nos dice que Pélope prometió a Mírtilo, que estaba enamorado de Hipodamía, la noche de bodas a cambio de su ayuda,[20] mientras otros

ponen esa promesa en boca de la propia novia,[21] pues Hipodamía se enamoró de Pélope en cuanto lo vio y quería asegurarse de su victoria a cualquier precio. Se afirma también que prometió a Mírtilo la mitad del reino.[22] Pero él más bien parece el *daimon* del matrimonio, a quien pertenecía de un modo muy especial la primera noche y, al igual que su doble Himeneo,[23] que no sobrevivía a la boda, murió en el curso del viaje triunfante de la pareja, al parecer porque Pélope lo tiró del carro.[24]

Pero nos hemos adelantado demasiado. En una tragedia de Sófocles titulada *Enómao* se nos han conservado las palabras con las que Hipodamía describe la belleza de Pélope, la magia que emana de su persona y el esplendor abrasador de sus ojos.[25] En su *Enómao*, Eurípides representaba la llegada de Pélope como si éste, al ver las cabezas colgadas sobre la puerta del palacio real,[26] se arrepintiese de su propósito. A partir de aquí quienes mejor representan este momento son los pintores vasculares, que retoman aquí el hilo y nos muestran en sus pinturas el curso posterior que tomaron los acontecimientos.

Enómao hizo un pacto con el nuevo pretendiente como hacía siempre, con una libación ante el altar de Zeus Herceo en el patio del palacio. Las cabezas de los pretendientes muertos Pelargo y Perifante asistían desde lo alto al solemne ritual. El pacto incumbía también a Hipodamía, que sólo pertenecería a su esposo en el caso de que Enómao no lograse darles alcance. Entonces los dos subieron al carro: Enómao se quedó atrás para sacrificar un carnero, pues acostumbraba a conceder al pretendiente la ventaja del tiempo necesario para hacer el sacrificio.[27] Una pintura vascular nos muestra que el carnero de piel color claro no estaba destinado a Zeus, como creían algunos, sino a una diosa a la que le gustaba recibir sacrificios humanos, pues el ídolo rígido de Ártemis que supervisaba la acción también supervisaba el sacrificio del joven. Tras cumplir con el ritual, el rey subió al carro que Mírtilo le había preparado.

A lo mejor los caballos de Ares hubieran podido dar alcance incluso a los que Pélope había recibido de Posidón, pues la persecución abarcaba todo el país, pero la trampa de Mírtilo había decidido de antemano la victoria. No había introducido las clavijas en las ruedas del carro, o bien, si lo había hecho, había empleado unas de cera.[28] Entonces, cuando las ruedas empezaron a separarse del carro, Mírtilo saltó y Enómao,

que se enredó en las riendas, fue arrastrado hasta la muerte.[29] También se decía[30] que recibió el golpe de gracia de Pélope, acción sanguinaria y superflua a la que se le añadió algo peor, la muerte de Mírtilo, un crimen contra Hermes de fatales consecuencias para la casa de Pélope.[31] Como causa de esta muerte se aducía que Mírtilo reclamó con violencia el pago que le correspondía por su ayuda.[32] Tan sólo en una pintura se le ve caer del carro en el que Pélope e Hipodamía continúan su carrera, y los vasos atestiguan también que la pareja victoriosa, después de llegar a la meta en el Istmo, condujeron alrededor de toda la tierra de Pélope, hasta llegar al mar. Por esta razón se podía afirmar[33] que el mar de Mirto, que baña la costa este del Peloponeso, recibió su nombre del auriga que se precipitó en él.

Otra historia[34] explicaba que Zeus había destruido con su rayo el abominable palacio de Enómao. La única columna que había quedado en pie después del incendio, marcada con una tablilla de bronce, permaneció todavía por largo tiempo en el recinto sagrado, que desde entonces debía reunir a varias estirpes griegas para celebrar competiciones solemnes en el bosque del rey de los dioses, en el Altis de Olimpia. Se narraban también historias de competiciones más antiguas, las carreras de los cinco Dáctilos del monte Ida, el mayor de los cuales se llamaba Heracles e instituyó[35] los juegos; igualmente de la lucha entre Zeus y Crono por la soberanía, y de la victoria de Apolo sobre Hermes y Ares.[36] Pero no sin razón los poetas celebraron la «carrera de Pélope»[37] y *su* competición.[38] Pues después de la victoria de su carro sobre el de Enómao se convirtió en señor de Olimpia y fue honrado como un héroe en todos los santuarios que surgieron con posterioridad.

La tumba heroica erigida en su honor en medio del Altis[39] tras su muerte era tan sólo una «tumba simbólica», un cenotafio en el que poder venerarlo. Los huesos de Pélope quedaron guardados en las viñas del territorio de la desaparecida ciudad de Pisa, cerca del templo de Ártemis Cordaca.[40] En esta «tumba simbólica», sin embargo, cerca del templo de Hera, se sacrificaba cada año un carnero negro.[41] Quien comía la carne de aquel animal no podía entrar en el templo de Zeus;[42] pero antes de hacer un sacrificio a Zeus se recordaba también al héroe con un sacrificio del que no se consumía la carne.[43] Cuando más tarde fue edificado el templo de Zeus, cuyas columnas caídas todavía se pue-

den admirar hoy, en su frontón oriental había estatuas que inmortalizaban la escena precedente a la carrera de carros entre Pélope y Enómao. A un lado aparecía el rey con su reina, Estérope, Pélope e Hipodamía al otro, y el Olímpico en el centro. Los dos carros y sus aurigas, incluyendo a Mírtilo,[44] completan la escena de los preparativos para la hazaña fundacional.

Por su parte, Hipodamía, en gratitud a la reina de los dioses, instituyó un festival en honor de Hera, que también se celebraba cada cuatro años e incluía una carrera de mujeres. La primera vencedora fue Cloris,[45] hija de Anfión y Níobe, la única que sobrevivió y se convirtió en madre de Néstor, el de larga vida. Pero el nombre de Hipodamía nos revela que ella personalmente tenía mucho que ver con caballos y carros. Y este nombre al menos fue preservado en el frontón occidental del templo de Zeus, en una escena de la historia de una Hipodamía que probablemente era otra: la esposa del héroe tesalio Pirítoo, cuyas bodas fueron la causa de la lucha representada en el frontón entre los lapitas y los centauros. También en el vecino monte Folo había centauros y quizá también lapitas, si ése era el nombre de los habitantes del monte Lapito situado frente a Pisa. Pero si algo parecido ocurrió en las bodas de Pélope e Hipodamía, todo eso se había olvidado ya en la antigüedad tardía.

La historia nos habla de seis hijos de la pareja heroica,[46] entre los cuales figuran Atreo y Tiestes, que heredaron el cetro de Zeus. También se nombran dos hijas: Lisídice, futura madre de Anfitrión, y Nicipe, madre de Euristeo. Y nos habla de trece hijos,[47] que fundaron ciudades, países y estirpes reales en el Peloponeso y en el Istmo. Tan sólo uno murió sin descendencia, Crisipo, «el de los caballos de oro», que es lo que significa su nombre, un doble de Pélope. Su historia nos conducirá de nuevo a Tebas. Se decía que Hipodamía lo trató como un hijastro,[48] y que lo hizo matar por Atreo y Tiestes, y por eso se vio obligada[49] a huir de Pélope para refugiarse en la fortaleza de Midea. Desde allí sus huesos fueron llevados hasta Olimpia y enterrados en su santuario, en el que tan sólo las mujeres podían entrar y únicamente una vez al año. No resultaba fácil acercarse a ella para saber más sobre su figura augusta.

CAPÍTULO VII

SALMONEO, MELANIPA Y TIRO

Ya hemos hablado de Enómao y acabamos de hacerlo también de su mujer Estérope, cuyo nombre significa «relámpago», de modo que debemos hablar ahora de Salmoneo, el fundador de la ciudad de Salmona a orillas del río Alfeo, cerca de Pisa, que quiso utilizar el rayo de una manera transgresora. Salmoneo pertenecía a la misma serie de reyes tenebrosos de las historias de los héroes que Enómao, y forma parte también de los condenados cuyo castigo resulta ejemplar, como Tántalo y Sísifo, el hermano de Salmoneo, cuya historia referiremos brevemente. Su árbol genealógico se remonta a Deucalión, hijo de Prometeo, y a Pirra, hija de Epimeteo, los dos supervivientes del diluvio más famoso,[1] a menos que su abuelo Helén, que fue quien dio el nombre a los helenos, no fuese hijo de Deucalión, sino de Zeus y Pirra.[2] En ese caso Salmoneo también sería descendiente de Zeus.

Su padre llevaba el mismo nombre que el rey de los vientos, con la diferencia de que el otro Eolo era también llamado Hipótada,[3] mientras que a éste se le llamaba simplemente Eolo. Según se decía, la raza de los eolios debió de haber tomado su nombre de él. Pero su nieto tenía el mismo nombre, y de él tomó el nombre o bien Eolia, en la Propóntide, o bien las islas Eolias, en el occidente. Este Eolo más joven era sobrino de Salmoneo. La hermana de Salmoneo, que engendró de Posidón a éste y a su hermano gemelo Beoto, epónimo de los habitantes de Beocia, era Melanipa. Se hizo famosa gracias a dos tragedias de Eurípides, y debemos contar su historia antes que la de Salmoneo, por cuanto a su hija Tiro le ocurrió lo mismo que a Melanipa: la vieja his-

toria de los gemelos divinos abandonados, héroes fundadores, que es la misma que la de los Dioscuros tebanos.

Al igual que Bóreas, viento del norte y amante de las yeguas,[4] también Eolo, el viejo rey de Tesalia, fue amante de una yegua, hija del centauro Quirón. Su nombre era Hipo o Hipe, término que significa «yegua». Se decía que originariamente había tenido forma de muchacha y se llamaba de otra manera. Avergonzada por haberse quedado embarazada, Hipe huyó a la selva y, para que su padre no la viese dar a luz, los dioses la transformaron en yegua.[5] Esta hija de Quirón tenía el don de la profecía, pero dijo demasiado acerca de lo que preveía,[6] la muerte de Asclepio, que había sido educado por Quirón,[7] y hasta el destino de su propio padre.[8] Se decía que Zeus la había transformado en animal, en zorra concretamente, por tener la lengua tan suelta.[9]

Fue transformada, o así se afirmaba,[10] en el mismo momento en que acababa de dar a luz a una hija. La niña recibió el nombre de Melanipa, la «yegua negra», y ello da prueba de que en su familia el aspecto de caballo era más antiguo que el humano. Halló un amante en Posidón, a quien gustaba transformarse en caballo y celebrar bodas como semental.[11] Le alumbró a los gemelos Eolo y Beoto. En una de las dos tragedias de Eurípides, *Melanipa la sabia* (obra famosa en su momento, pero perdida ahora junto a la otra, *Melanipa cautiva*), se explicaba esta historia en detalle.[12] Eolo, a causa de un homicidio, se vio obligado a pasar un año de exilio voluntario y mientras tanto a su hija le ocurrió lo que acabamos de explicar. Cuando su padre regresó, Melanipa escondió a los gemelos en un establo, donde un toro los vigilaba y una vaca los amamantaba. Unos pastores vieron esta sorprendente escena e informaron al rey, pues creían que una vaca había parido seres humanos. Eolo se quedó horrorizado y preguntó a su anciano padre Helén qué debía hacer.

Helén le aconsejó quemar a esos seres nacidos contra natura. Así pues, Eolo ordenó a su hija que preparase a los recién nacidos para el sacrificio, dado que tenía reputación de ser sabia y de conocer todo el procedimiento sagrado. Entonces Melanipa la sabia se levantó contra los hombres y con un agudo discurso les explicó el origen de las cosas, tal y como se lo había enseñado su madre, la hija del centauro. Proclamó el origen común de las plantas, de los animales y de los hombres,

una doctrina que habían preservado los seguidores y devotos de Orfeo[13] y que aquí la hija del sabio centauro atribuía al propio Quirón. Según esta teoría, no podía existir un nacimiento contra natura. Y si por azar –Melanipa no omitió ni siquiera esta posibilidad– una joven seducida hubiese abandonado a sus hijos, incluso en ese caso condenarlos a las llamas sería un crimen y no un sacrificio.[14] Así o de manera parecida se expresaba en escena la sagacidad femenina personificada. Pero al parecer no fue ella quien salvó a los gemelos, sino su profética madre, que se presentó bajo forma de centaura y predijo que los niños llegarían a ser héroes fundadores.

En la otra tragedia, Melanipa llegaba prisionera a Metaponto, ciudad de la Italia meridional. Sus hijos estaban siendo criados allí para convertirlos en héroes. No podemos entretenernos en los detalles, pues nos llevarían lejos de Salmoneo, en cuya casa iba a suceder algo parecido. Esta historia fue llevada a escena por Sófocles, pero resultaba tan fiel a la vieja narración de los gemelos divinos abandonados que si los romanos hubiesen leído la tragedia hubiesen podido reconocer en ella la infancia de sus héroes fundadores, Rómulo y Remo. Quizás hubo también escritores que supieron reconocer el elemento común y lo subrayaron al explicar la leyenda de la fundación de Roma más aún de cuanto ya destacaba por sí mismo. El moderno narrador de la historia de Tiro, la hija de Salmoneo blanca como la leche, debe por el contrario detenerse junto al río Enipeo y resistir la tentación de llegar hasta el Tíber, que, según una tradición bien fundada,[15] era el amante marido de la fundadora de la raza romana.

Enipeo era el nombre del río de la región sobre la que reinaba Salmoneo, primero en Tesalia, en el país de su padre Eolo, y después en el Peloponeso, en la región de la Élide, donde fundó su propia ciudad. Enipeo significa el «rugiente», un nombre apropiado para cualquier río ruidoso o incluso para el mar. Era uno de los epítetos de Posidón.[16] Tiro estaba enamorada del río Enipeo, el río más bello de la tierra.[17] A menudo iba hasta la orilla de esa agua amada, que Posidón había elegido como forma de su epifanía, para amar a la muchacha. Una ola púrpura salió del río como un monte y cubrió a la joven y al dios. Él le desabrochó su cintura de virgen y derramó el sueño sobre ella. Después de cumplir el acto de amor, el dios le cogió la mano y le dijo: «Alégrate

de nuestro amor, mujer, pues antes de que acabe el año tendrás dos hijos gloriosos, ya que el amor de los Inmortales no carece de fruto. Cuídalos y críalos; pero ahora vete a casa y guarda el secreto, pues soy Posidón, el que sacude la tierra». Así habló y desapareció en las olas del mar.

Tiro dio a luz gemelos pero no se atrevió a quedarse con ellos, de modo que los metió en una caja de madera que servía tanto de cuna como de barca; era una especie de tronco hueco que se haría famoso.[18] Los niños fueron confiados en él a las aguas paternas, pues su madre no los cuidó, sino que se los entregó a Enipeo. Quedaron flotando en el agua, que los llevó a un lugar de la orilla donde estaba pastando una manada de caballos. Los animales rescataron a los niños. Uno de ellos, llamado Neleo, fue amamantado por una de las perras de los pastores,[19] y el otro por una yegua.[20] Como el animal le dio una coz a éste en la cara y le dejó una mancha oscura que no habría de desaparecer jamás, el niño recibió el nombre de Pelias, «el de cara lívida».[21] Al fin uno de los pastores encontró a ambos niños, los crió y guardó también el tronco con todos los objetos que la madre había dejado a los niños abandonados.

La cara de Tiro era blanca como si sólo se alimentase de leche.[22] Su propio nombre lo indica, pues es la misma palabra con la que todavía hoy en Grecia se conoce el queso, ese don blanco y suave de la oveja. El cuerpo de la princesa era suave,[23] y sus hermosos cabellos estaban llenos de encanto amoroso.[24] Sidero, la mujer de «hierro», como se llamaba la segunda esposa de Salmoneo, se comportaba con ella como una madrastra malvada. En la tragedia de Sófocles *Tiro*, la protagonista aparecía sufriendo por la crueldad de su madrastra. Veinte años habían pasado desde el abandono de los gemelos y ese rostro blanco como la leche llevaba ahora señales oscuras causadas por los golpes de la madrastra.[25] Le habían cortado el hermoso pelo, para que la desafortunada princesa se sintiese humillada como una potra a la que le hubiesen esquilado las crines.[26] Por la mañana temprano tenía que ir a buscar agua a la fuente. Allí encontró a dos jóvenes, y no lejos de allí estaba también el pastor, que llevaba consigo un saco con todo cuanto ellos poseían, así como un tronco hueco (éste aparecía tan sólo al final, para permitir el reconocimiento).[27] Sidero, la que maltrataba a su hijastra, aparecía por allí antes, pero tenía que correr a refugiarse en el santua-

rio de Hera para escapar de los dos jóvenes, que tomaban bajo su protección a la atormentada Tiro. Neleo apartó a Salmoneo, que había acudido en ayuda de su esposa, y Pelias mató a la malvada reina ante el altar de Hera.[28]

Si Pelias no fue castigado de inmediato a causa de ello por la Reina de los dioses fue gracias a su padre Posidón, que en el último momento puso su mano protectora sobre Tiro y sus hijos. El castigo caería más tarde sobre Pelias en el transcurso de la historia de los Argonautas. Sidero difícilmente pudo haber sido una favorita de Hera, si se comportó con la diosa como Salmoneo con Zeus. Algunos versos de la *Odisea* nos narran cómo eran y cómo actuaban los buenos reyes del tiempo de las leyendas heroicas. He aquí los versos en los que Odiseo compara la fama de Penélope con la de uno de estos reyes:[29]

> Tu gloria llega hasta el anchuroso cielo como la de un irreprochable rey que, temeroso de los dioses, impera sobre muchos y esforzados hombres, hace que triunfe la justicia y que al amparo de su buen gobierno la negra tierra produzca trigo y cebada, los árboles se carguen de fruta, las ovejas paran robustas, el mar produzca peces y el pueblo sea próspero bajo su cetro.

Estos reyes eran conscientes de la posición privilegiada que les habían concedido los dioses, pero también sabían que existía un poder superior por encima de ellos. Aunque también había otros que «intentaban ser Zeus»,[30] y uno de ellos fue Salmoneo.

Reclamaba éste que le hiciesen los sacrificios que correspondían al rey de los dioses,[31] e intentaba incluso hacer que tronase y relampaguease[32] mientras conducía su carro a orillas del Alfeo. Arrojaba antorchas entre la gente, que le odiaba[33] por ello, y éstas también caían en los campos.[34] Conducía su carro por encima de un puente de bronce para imitar el estruendo del trueno.[35] O bien ataba calderos de bronce a su carro y los arrastraba.[36] Al menos, esto se corresponde con el drama satírico que Sófocles llevó a escena. En una pintura vascular vemos al rey loco que es encadenado y se libera de sus cadenas. Al final Zeus lo fulminó con su rayo y Salmoneo se convirtió en uno de los condenados en las mansiones de Hades para la eternidad. Según la versión más conocida, en la descripción que Virgilio hace del Más Allá, parece que Sal-

moneo seguía corriendo como un loco en su carro con sus antorchas, sin poder parar, al igual que Heracles en el Hades tenía que apuntar con su arco continuamente.[37] Pero ése no era Heracles en persona, sino un fantasma, pues él logró acceder al Olimpo, mientras que de Salmoneo no ha quedado más que la imagen de su eterna carrera enloquecida.

Después de ser liberada, Tiro se casó con un tío suyo, Creteo, uno de los hijos de Eolo, y le alumbró tres hijos: Feres, Esón y Amitaón. Se convirtió así en la madre de cinco héroes fundadores y en la antepasada de grandes estirpes. Pero también es cierto que sus gemelos no se llevaban muy bien.[38] Pelias era rey de Yolco en Tesalia; Neleo fundó la ciudad de Pilos en el extremo suroeste del Peloponeso y tomó por esposa a Cloris, hija de Níobe y vencedora en el primer festival de Hera celebrado en Olimpia.[39] Así se convirtió en el padre de Néstor, el más anciano de los héroes que lucharon en la guerra de Troya. Un hijo de Feres era Admeto, en cuya casa tuvo que servir Apolo de pastor.[40] Esón era el padre de Jasón, quien lideró la expedición de los Argonautas desde la ciudad de Pelias en Yolco hasta la Cólquide. Los hijos de Amitaón incluían a Melampo, «pies negros», quien purificó a las hijas de Preto, el abuelo de Dánao, de su locura.[41] Pero la historia de Belerofonte nos llevará de vuelta a la fortaleza de Preto en Tirinto.

CAPÍTULO VIII

SÍSIFO Y BELEROFONTE

Como el linaje de las hojas, así el de los hombres.
De las hojas, unas tira a tierra el viento, y otras el bosque
hace brotar cuando, al llegar la sazón de la primavera, florece.
Así el linaje de los hombres, uno brota y otro perece.

En la *Ilíada* de Homero,[1] el joven Glauco comienza con estas palabras la historia de su estirpe. Descendía de Sísifo, hijo de Eolo, abuelo de Belerofonte, de quien él era nieto. De modo que conviene comenzar nuestra historia con Sísifo, quien nos conducirá rápidamente (pues no hay mucho que decir del viejo Glauco, su hijo) a la de Belerofonte, que, junto con Cadmo y Perseo, es el más grande héroe y exterminador de monstruos antes de Heracles. Había incluso una tragedia en la que se representaba a Sísifo como marido violento de Tiro.[2] Pero era más astuto que violento, el hombre más astuto de la humanidad.[3]

Era uno de los habitantes primigenios de la tierra, que todavía habían podido observar las primeras acciones de los dioses, como había hecho el viejo solitario que cultivaba una viña en Onquesto, Beocia, y espió al pequeño Hermes con su rebaño robado. Lo denunció a su hermano Apolo, como sabemos por la historia de los dioses.[4] Sísifo vivía en Éfira, en la parte del Istmo donde habría de surgir Corinto, ciudad de la que se le consideraba fundador.[5] Si alguien quería llegar al golfo Sarónico desde Fliunte, localidad oculta tras grandes montañas en el interior del país, podía ser fácilmente espiado desde las altas rocas llamadas Acrocorinto, y eso es precisamente lo que le sucedió a Zeus. En Fliunte raptó a Egina, hija del dios fluvial Asopo y futura madre de Éaco, por quien el Rey de los dioses habría de transformar en hombres las hormigas[6] de la isla de la que ella acabaría siendo epónima.[7] La isla estaba en el golfo Sarónico y se llamaba todavía Enone, «la isla del vino». Asopo estaba buscando a su hija y llegó a la rocosa atalaya de Sí-

sifo. Sísifo podía darle información, pero no le dijo nada hasta que el dios fluvial hizo brotar una fuente en la cima de la imponente roca.[8] Este profundo pozo con su pretil es la única fuente que se ha conservado hasta hoy desde la antigüedad. Ése fue el precio que Sísifo aceptó por traicionar al raptor.

De esa manera el espía desagradecido atrajo sobre sí la ira de los dioses.[9] Zeus envió contra él a Tánato, la Muerte. También a ella la había espiado. Sería interesante saber cómo logró Sísifo engañar a la Muerte, pero esa historia se ha perdido. Aun así, sabemos que logró atar con fuertes cadenas a la Muerte y a partir de ese momento nadie más murió en la tierra, hasta que Ares, el dios de la guerra, liberó a la Muerte y le entregó a Sísifo. Sin embargo, el muy astuto logró poner una condición antes de irse al otro mundo: poder hablar de nuevo con su esposa, la reina Mérope. Sísifo le ordenó en secreto que no ofreciese ningún sacrificio más al rey y la reina del reino de los muertos. Éstos se sorprendieron en el Más Allá cuando dejaron de recibir libaciones desde lo alto. Según esta historia, parece que Sísifo no fue tan sólo un hombre primigenio, sino también un rey primigenio y soberano de casi toda la tierra. Con palabras astutas logró persuadir a Perséfone, la reina del Inframundo,[10] de que lo dejase libre para que de nuevo pudiese hacer afluir en abundancia los dones sacrificiales, la carne y la sangre de los animales sacrificados. Y de ese modo Sísifo se despidió de la mansión de Hades, de Zagreo, hijo de Zeus Infernal y de Perséfone,[11] y de todos los secretos del mundo subterráneo. Se despidió de ellos para siempre con palabras que pudieron oírse en un drama satírico de Esquilo, el *Sísifo huido*.[12]

Ahora que ya había escapado de la muerte por segunda vez, podemos narrar la famosa leyenda que explica lo que sucedió cuando se encontraron Sísifo el astuto y Autólico el ladrón. Autólico era un hijo de Hermes. El dios de los ladrones lo había tenido con una amante de Apolo. Había ocupado el lugar de su hermano mayor de noche junto a Quíone, la «muchacha de nieve», en un escondite del monte Parnaso donde nieva a menudo.[13] Así nació «el propio lobo» (pues ése es el significado de Autólico), quien honraba a su padre Hermes por encima de todos los demás dioses. De él sacó su talento para el robo y la mentira astuta.[14] Todo lo que tocaba con su mano se volvía invisible.[15] Sabía

cómo transformar los animales blancos en negros y los negros en blancos; quitaba los cuernos a las bestias cornudas y se los ponía a las que carecían de ellos.[16]

En aquel tiempo, y debe de haber sido todavía el tiempo de los hombres primigenios, cuando la población era escasa, los rebaños de esos dos hombres astutos pastaban en el vasto territorio que se extiende entre el Parnaso y el Istmo. Autólico nunca era descubierto mientras robaba; Sísifo tan sólo veía que su rebaño mermaba mientras el del otro era cada vez mayor. Entonces le tendió una trampa. Era de los primeros que conocieron el arte de las letras, de modo que grabó las iniciales de su nombre en las pezuñas del ganado. Pero Autólico halló la manera de cambiar eso también,[17] porque sabía cambiar todo lo que tenía que ver con los animales. Entonces Sísifo echó plomo en las cavidades de las pezuñas en forma de letras, de modo que las huellas del ganado formaban la frase: «Autólico me ha robado».[18]

Sólo después de esta prueba el maestro de los ladrones se declaró vencido. Fue una lucha de inteligencia, y Autólico apreció de tal modo al ganador que inmediatamente estrechó lazos de amistad y hospitalidad con él. No se sabe a ciencia cierta cuál de los dos fue el culpable de lo que ocurrió en su hospitalaria casa. Una llamada «copa de Homero» muestra con bastante claridad a Sísifo en la habitación de la hija de su huésped: el hombre más astuto sentado en la cama y la muchacha en el telar. ¿Mantuvo relaciones secretas con la hermosa Anticlea? Hubiese sido digno de él. Pero también hubiese sido digna de Autólico la idea de ofrecerle la hija al vencedor, para que de esa unión naciese el hombre más inteligente de todos.[19] De ese modo Anticlea se convirtió en madre de Odiseo. De acuerdo con esta versión de la historia, no fue de Laertes, su padre en la *Odisea*, sino de Sísifo de quien concibió al que sobresale entre los hombres por su astucia; Laertes la habría tomado cuando ella esperaba ya un hijo.[20] Un pintor vascular de la Magna Grecia nos ha conservado la escena en la que el joven enamorado presenta la esposa embarazada a sus sorprendidos compañeros. Porque lo cierto es que no fue engañado; en esta pintura, Autólico le muestra el nombre de Sísifo escrito sobre una hoja un poco mayor que la del laurel. Era el testimonio dejado por el huésped amigo de las letras, responsable del embarazo. La victoria final correspondió de alguna manera a Afrodita,

a quien también se ve en la pintura en el momento en que deja a Odiseo al cuidado de su padre adoptivo, el todavía joven Laertes.

Sísifo también tuvo un hijo con la reina Mérope; se llamaba Glauco, el primero que llevó este nombre, que significa «el mar azul verdoso»; ese nombre se adecuaba a una divinidad marina, como también sus inclinaciones posidónicas, ya que el dios del mar tenía predilección por los caballos y la forma equina. Más o menos a mitad de camino desde el Istmo hasta la región del Parnaso, en Potnia, Glauco poseía unas caballerizas en las que criaba unas yeguas cuya raza era similar a la de las Harpías y las Gorgonas, pues tenían que ser alimentadas con carne humana y acabaron por devorar a su propio amo en los juegos funerarios de Pelias, rey de Yolco.[21] Esquilo contó la historia en su tragedia *Glauco de Potnia*.[22]

También Sísifo murió al fin, debilitado por la edad.[23] A esta muerte no podía escapar. Se decía[24] que su tumba estaba en el Istmo, pero muy pocos corintios sabían dónde. Era uno de los héroes venerados en el Istmo, y se decía que fundó[25] los Juegos Ístmicos en memoria del muerto Melicertes.[26] En este lugar fue erigida una estatua al héroe Sísifo, cuyo nombre se puede leer en el pedestal. Por otro lado, su famoso castigo representa el eterno e inútil deseo de alejar de sí mismo la suerte de todos los mortales. En el Inframundo empuja eternamente una piedra:

> Hacía fuerza apoyándose con manos y pies y empujaba la piedra hacia arriba, hacia la cumbre, pero cuando iba a trasponer la cresta, una poderosa fuerza la hacía recaer otra vez y, rápida, rodaba hacia la llanura la desvergonzada piedra.[27]

En algunas pinturas vasculares se representa la cima del monte como si fuese la roca del Acrocorinto. Sísifo reemprende continuamente su vano trabajo, mientras el sudor le corre por los miembros y el polvo le cubre la cabeza.

Belerofonte fue el único superviviente de esta rama de la familia, y es hijo del viejo Glauco y abuelo del más joven, quien se refiere a él en la *Ilíada*. Si esta genealogía, según la cual Sísifo era abuelo de Belerofonte, no hubiese sido inmortalizada por los hermosos versos de Homero, se le hubiese considerado simplemente el hijo de un dios marino,

ya se llamase Glauco o Posidón. Su madre lleva el nombre de una diosa marina,[28] Eurínome,[29] esposa de Zeus en los tiempos primordiales,[30] o quizás Eurimede,[31] forma femenina de Eurimedonte, «el que reina sobre un vasto territorio», nombre que se le da también al señor del mar.[32] Éste parece haber sido un niño heroico nacido del mar incluso como hijo de Glauco, «el mar azul verdoso».[33] Muy pronto dio muerte a un enemigo original llamado Bélero, de modo que fue llamado Belerofón o Belerofonte, que debe entenderse como «el matador de Bélero».

Lo único que podemos decir de este enemigo es que debía de haber existido desde el principio y debía de tener ese nombre, puesto que Belerofonte obtuvo su nombre universalmente conocido como consecuencia de la victoria lograda sobre él, del mismo modo que Hermes se ganó el epíteto de Argifonte después de matar a Argos el de múltiples ojos. Se afirmaba que antes de esta victoria el joven se llamaba de otra manera,[34] por ejemplo Hipónoo, un nombre que lo pone en relación con el noble caballo, *hippos*. También podía haber tenido el mismo nombre que llevaba el hermano de su famoso caballo Pegaso, un hijo de Posidón del que no existe ninguna historia aparte de su genealogía y la historia de su nacimiento. Ello no sorprende en absoluto, si el nombre originario había de dar paso de inmediato al de Belerofonte y el héroe, en su infancia y adolescencia, era llamado todavía Crisaor. Este nombre, que significa «el hombre de la espada de oro», aparece en una genealogía en el lugar que por regla general pertenece a Belerofonte,[35] pues este Crisaor era también hijo de Glauco, el hijo de Sísifo.

Conocemos la historia de su nacimiento. Cuando Perseo cortó la cabeza de Medusa, ésta estaba embarazada por obra de Posidón de un héroe y de un caballo alado, Crisaor y Pegaso. Ambos salieron del cuello de su madre cuando ésta fue decapitada. A partir de ese momento no vuelve a saberse nada de Crisaor, y el resto de la historia se ocupa tan sólo del caballo. Pegaso bebió de la fuente Pirene,[36] que era el nombre de la fuente doble de Corinto, pues manaba desde lo alto del Acrocorinto y también por debajo, al principio del camino que conducía a Lequeo, puerto del golfo de Corinto, y al santuario de Posidón. En el nombre mismo de Pegaso se expresa su relación con la fuente, *pegé* en griego. Se suponía que Hipocrene, «la fuente del caballo» en el Helicón, había brotado de debajo de sus pezuñas,[37] y una historia similar se ex-

plicaba a propósito de la misma Pirene.[38] Era fácil atribuir estas leyendas a quien era hijo de Posidón. Al parecer le gustaba visitar la fuente Pirene por su cercanía al santuario paterno, y quizá también por su hermano, por quien se dejó capturar al final, el caballo inmortal por el hermano mortal.

Belerofonte era tal hermano mortal, independientemente de que lo consideremos la misma persona que Crisaor o no, pues también era hijo de Posidón, uno de los muchos que el dios tuvo en la tierra. Le pidió a su padre un caballo alado, y Posidón se lo entregó a su hijo.[39] Pero no era fácil capturar al animal mientras bebía, pues todavía no se habían inventado el bocado y la brida. De modo que el héroe puso todo su empeño en capturarlo, hasta que la virginal Palas le trajo una brida dorada en un sueño que de inmediato se volvió real. Palas le dijo: «¿Duermes, príncipe de la casa de Eolo? Ven, coge este objeto mágico que doma los caballos y muéstraselo a tu padre Posidón, pero no olvides ofrecerle en sacrificio un toro blanco».[40] El joven se levantó. Había dormido junto al altar de la diosa para pedirle consejo acerca de sus problemas. Cogió con una mano el maravilloso objeto dorado que estaba allí. Fue corriendo con él a ver a Poliido, el adivino, el mismo que había encontrado el símil para el becerro maravilloso de los rebaños de Minos e hizo resucitar al niño cretense Glauco, que se había ahogado en una tinaja de miel.[41] Por orden suya, Belerofonte levantó un altar a Atenea Hipia, después de haber hecho su sacrificio a Posidón. De este modo Pegaso pasó a ser de su propiedad, pues Posidón se lo había dado, y Atenea se lo trajo ya embridado.[42] El héroe se subió al divino caballo y, armado, bailó con él una danza guerrera en honor de la diosa.[43]

Ciertamente, muy pronto después de esto se convirtió en Belerofonte, «el matador de Bélero», y este nombre hizo que el anterior cayera en el olvido. Del mismo modo que Apolo después de dar muerte al dragón Delfine,[44] también él tuvo que hacer penitencia y purificarse. No se nos ha preservado el relato de cómo cometió el asesinato y cómo contrajo la impureza, pero sabemos[45] que el héroe abandonó Corinto en penitencia y se dirigió a Tirinto. Allí reinaba el rey Preto, que lo purificó. En aquella época, Preto debía de ser un rey anciano, pues era tío abuelo de Perseo, el que mató a Medusa. Por esa razón muchos creían[46] que había existido otro Preto cuya esposa habría sido esa Antea de la

que hablaremos en breve. Pero las historias de los héroes raramente se preocupaban de la edad de sus personajes, y a las heroínas se les atribuía casi la eterna juventud. Este Preto era sin duda Preto de Argos, el mismo que ya discutía con su hermano Acrisio en el vientre materno y más tarde abandonó el reino en disputa para emigrar a Asia Menor. Desde allí, concretamente desde el país de Licia, regresó a su patria casado con una princesa y siete Cíclopes, para construir la fortaleza de Tirinto. Cuando Acrisio se retiró a Larisa, en Tesalia, Preto reinó como soberano en toda la región de Argos, de donde sus tres hijas y su hijo Megapentes intentarían más tarde alejar a Dioniso. Pero esta historia no llega tan lejos; Preto seguía reinando con todo su poder y fuerza.

En su calidad de rey supremo, purificó a Belerofonte del asesinato y mantuvo a su lado, en Tirinto, al heredero real de Corinto, pero no por mucho tiempo, pues su mujer Antea (o Estenebea, como la llaman los autores trágicos), la princesa de Asia Menor,[47] se enamoró del apuesto jinete de Pegaso. Se trata de la misma historia que ocurriría también en la familia de Teseo, y no sólo allí, para regocijo y fama eterna de un narrador de tiempos mucho más tardíos, quien, después de casi tres mil años, retomó el conocido argumento. La reina intentó seducir al joven, pero como no lo consiguió le dijo a su esposo: «Preto, tienes que morir o matar a Belerofonte, que ha querido seducirme contra mi voluntad». El rey se enfureció, pero no se atrevió a matar a su huésped él mismo; lo envió a Licia, a casa de su suegro, que según los autores trágicos se llamaba Yóbates, pero según otros, en particular los narradores más antiguos, se trataba del mismo Amisodoro,[48] que había criado a la Quimera.[49] Preto le envió a Belerofonte con unas letras fatales escritas en unas tablillas selladas.

El rey de Licia lo hospedó durante nueve días, y sacrificó nueve toros para la fiesta. Al décimo día el rey leyó la carta de su yerno y comprendió que debía hacer morir a Belerofonte. Entonces le confió la tarea de dar muerte al monstruo que tenía en su ganado. Es de suponer que esta bestia, al igual que el becerro maravilloso que cambiaba de color de los rebaños del rey Minos, con el que tuvo que ver el adivino Poliido,[50] era hija también de uno de los animales de su propio rebaño.[51] El animal era una cabra, una cabra joven que sólo había vivido un invierno y se llamaba *chímaira* en griego. Con este nombre se recordó

también al animal prodigioso de Licia, aunque sólo tenía la parte central del cuerpo y la cabeza de cabra, mientras que la parte delantera era de león y la trasera de serpiente, una criatura con tres cabezas que echaba fuego.[52] Belerofonte subió a lomos de su maravilloso caballo Pegaso, se levantó por los aires y disparó sus flechas contra la Quimera desde lo alto.[53] Algunas pinturas vasculares lo muestran, sin embargo, con una espada o bien con el tridente de Posidón en la mano.

Entonces el rey lo envió por segunda vez al encuentro de la muerte: contra un pueblo protegido por los dioses, los sólimos,[54] pero Belerofonte los derrotó. La tercera vez fue enviado contra las Amazonas, y cuando regresaba victorioso también de esta batalla, los mejores guerreros licios le tendieron una emboscada. Ninguno de ellos volvió a casa, pues todos fueron muertos por Belerofonte. Entonces el rey reconoció en él al hijo de los dioses, lo mantuvo a su lado, le entregó a su hija por esposa y le cedió la mitad de su reino. Belerofonte tuvo de esta hermana menor de Antea dos hijos y una hija; la hija se llamaba Laodamía, y habría de alumbrarle a Zeus a Sarpedón, si bien en otros lugares se afirma que Sarpedón, al igual que los cretenses Minos y Radamantis, era hijo de Zeus y Europa.[55] Del mismo modo que Licia estaba conectada con Creta y la persona de Pélope, el héroe de Olimpia, conectó Licia con el Peloponeso, también Belerofonte conectó otro país asiático, o quizá dos, Licia y Caria, con el reino de Argos, que incluía asimismo Corinto.

El jinete del caballo alado tenía su patria tanto en un lugar como en el otro. En la tragedia de Eurípides *Estenebea* se contaba que el héroe, después de matar a la Quimera, regresó volando a Tirinto para vengarse de la esposa de Preto. La encontró mientras ofrecía un sacrificio fúnebre a Belerofonte, pues seguía enamorada.[56] El héroe fingió rendirse a la pasión de la reina, la subió con él a lomos de Pegaso, como si quisiese volar con ella hasta su reino de Caria, y la arrojó al mar cerca de la isla de Melos.[57] ¿O acaso se había reconciliado de verdad con ella y tan sólo seguía enojado con el traidor Preto? En una pintura sobre cerámica que muestra la caída de Estenebea, Belerofonte se cubre la cara con la mano. Tanto si era culpable como si no de la caída de la mujer enamorada, esa caída semejante a la de Faetón, pero desde Pegaso, habría de marcar pronto su suerte.

De acuerdo con la historia,[58] quiso alcanzar con su caballo el cielo y meterse en el consejo de los dioses. En otra tragedia de Eurípides, titulada *Belerofonte*, se mostraba en escena cómo había llegado a concebir esta idea. Sus experiencias habían convencido al héroe de que el viejo dicho era cierto, que lo mejor de todo es no haber nacido.[59] ¿Existen de verdad los dioses?[60] Como tenía su caballo prodigioso se puso a investigar el asunto por sí mismo. En escena se podía ver a Belerofonte por los aires,[61] desilusionado y lleno de dudas, a lomos de Pegaso. ¿Pero de veras necesitaba Belerofonte la desilusión y la duda para atreverse a subir al cielo? ¿Fue su amargura o su prepotencia la que le hizo asaltar los cielos? El caballo divino descabalgó a su temerario jinete,[62] que cayó, como ya sabían los narradores más antiguos, en la llanura Aleya, la «llanura del errante», lejos, en Asia Menor, donde evitaba la compañía de los hombres.[63] Cojo, se lamentaba por la suerte de los mortales, mientras el inmortal Pegaso llevaba el rayo al rey de los dioses[64] o servía a Eos,[65] portadora de la mañana y raptora de jóvenes. Él sí fue acogido en el Olimpo, en los inmemoriales pesebres de los caballos divinos.[66]

CAPÍTULO IX

FRIXO Y HELE

Atamante también era hijo del gran antepasado que llevaba el nombre del dios del viento, Eolo. La historia de este hermano de Salmoneo y Sísifo pertenecía en parte a las leyendas relativas a Dioniso. Su segunda esposa fue una hija de Cadmo, Ino, nodriza del dios, de quien se decía[1] que había sido criado como una muchacha en la casa de Atamante. A través de estas narraciones se sabe cómo acabó la historia con la locura de Atamante y su reina, y cómo ella saltó al mar con su hijo pequeño Melicertes o Palemón y se convirtió en la diosa Leucotea. También sabemos que esta Ino con la que se casó en segundas nupcias Atamante se comportaba como una madrastra malvada con Frixo y Hele, los hijos que el rey había tenido con su anterior esposa. Nos detendremos a explicar esto con mayor detalle, ya que la imagen de los dos hermanos que cabalgan por los aires a lomos de un carnero, uno de los cuales salva la vida mientras el otro cae al mar, tiene mucho que ver con la historia del viaje de Pegaso.

Atamante, el epónimo de los atamantios, fundó la ciudad de Halo en Tesalia,[2] pero también se le consideraba rey de Beocia.[3] Del mismo modo, también Salmoneo tenía su patria en dos lugares, Tesalia y el Peloponeso. En Tesalia se contaba[4] que una diosa de nombre Néfele, la «nube», había ido a ver al rey Atamante y lo había elegido por marido. No se trataba de la misma nube con forma de Hera que, según se decía, había enviado Zeus a Ixión[5] y que le había alumbrado a Centauro, el padre de los centauros. Según esta historia, Néfele le dio dos hijos a Atamante: Frixo, el «de pelo rizado», y Hele, nombre que también se

le podría dar a una cierva o a una corza. Sin embargo, el rey se alejó de la diosa y tomó una esposa terrenal. Entonces Néfele volvió al cielo y castigó al país entero con una sequía. Atamante envió mensajeros al oráculo de Apolo para preguntar qué debía hacer. Pero la historia también se explicaba de otra manera,[6] en el sentido de que había sido la reina Ino quien impulsó a las mujeres del país a tostar en secreto las semillas de trigo, y por lo tanto era ella la responsable de la infertilidad de los campos. Según esta versión, también habría sobornado a los mensajeros que habían ido a Delfos para que dijesen que el oráculo había ordenado que los hijos de Néfele fuesen sacrificados.

Fue precisamente Eurípides quien llevó la historia a escena de esta manera, en su tragedia *Frixo*.[7] En cambio, la tradición original explicaba que el joven Frixo se ofreció como víctima para acabar con la sequía que asolaba el país.[8] En la ciudad de Halo se mantuvo por mucho tiempo la costumbre de sacrificar el hijo mayor de la familia de Atamante a Zeus Lafistio, si por casualidad entraba en un determinado edificio sagrado, el lugar de reunión de los jefes.[9] Pero sabemos por la historia de Pélope que el sacrificio humano se cumplía igualmente ofreciendo un carnero. Y he aquí que apareció un carnero, no uno de pelo claro simplemente, como en el caso de Pélope, sino un carnero con el vellón de oro. Del mismo modo que Pegaso era fruto de una de las uniones de Posidón bajo forma de caballo, también este ser maravilloso era hijo de la misma deidad, que había consumado sus bodas bajo forma de carnero.[10] Zeus lo envió para que salvase al hermano y a la hermana,[11] pues Hele iba a ser sacrificada con su hermano, probablemente por propia iniciativa, puesto que Frixo también se había ofrecido voluntariamente. ¿O acaso es que ninguno de los dos sospechaba nada cuando Atamante los mandó buscar con la intención de sacrificarlos? Vivían con los pastores del rey, y el rey ordenó que trajesen el mejor carnero con ellos como víctima.[12] Pero este carnero era el animal maravilloso, y, tras explicar a los dos hermanos las intenciones de Atamante, los rescató.

Otra historia decía[13] que su madre celestial Néfele había recibido el carnero con el vellón de oro como regalo de Hera, y lo envió para que ayudase a sus hijos. Ellos se subieron a lomos del inteligente animal, que voló con ellos por los aires en dirección al lejano país oriental de la Cólquide. El destino de la niña era llegar sólo hasta el estrecho que se-

para nuestro continente de Asia Menor, y que todavía hoy es conocido como el Helesponto, el mar de Hele, ya que la hermana de Frixo cayó en aquellas aguas. Se trataba de su boda con Posidón, o así lo representaban los pintores vasculares.

El carnero habló con su horrorizado hermano y lo tranquilizó.[14] Frixo llegó a la Cólquide, el país de Eetes, hijo de Helios, quien lo recibió con hospitalidad y le entregó a su hija Calcíope, la de «cara de bronce», por esposa. Pero el carnero estaba destinado al sacrificio desde el principio; Frixo se lo ofreció a Zeus Fixio, el que rescata a los fugitivos. Entregó el vellocino de oro al rey Eetes, hermano de Circe y Pasífae, a quienes ya nos referimos en la historia de los dioses en relación con la familia del dios del Sol. Otra hija suya era Medea, cuyo nombre llegaría a ser famoso y denostado: famoso por el vellocino de oro, denostado por sus actos criminales y sus artes de brujería. El vellocino quedó colgado de una encina en el santuario de Ares; por él Jasón y los Argonautas llegaron hasta la Cólquide en su arriesgado viaje.

Esto ocurrió después de la muerte de Frixo, quien falleció con avanzada edad en el palacio de Eetes.[15] Calcíope le dio cuatro hijos, uno de los cuales sucedió al padre en su casa, en Halo, después de que Atamante e Ino fueran castigados con la locura.

CAPÍTULO X

EDIPO

¿Qué quedó en Tebas después de que Cadmo y Harmonía entraran en el reino del Más Allá bajo forma de serpiente? Quedó la habitación carbonizada de Sémele, lo que había sido su palacio y que habría de convertirse en el santuario de Deméter.[1] En aquella cámara, Zeus había mostrado el poder de su rayo,[2] y había sacado a Dioniso del cuerpo calcinado de su madre. En aquel lugar había caído un trozo de madera del cielo que sustituyó al niño a ojos de los mortales.[3] Polidoro, hijo y sucesor de Cadmo, decoró aquel trozo de madera con un revestimiento de bronce y le dio el nombre de Dioniso Cadmo. Una viña rodeaba con sus pámpanos[4] el lugar al que nadie debía acercarse. La hiedra, la otra planta sagrada del dios, engalanaba al niño Dioniso[5] y a su sustituto. De acuerdo con su nombre, «el de los muchos dones», Polidoro también hubiese podido ser un pequeño Dioniso; pero también se le llamaba Pínaco,[6] el «hombre de las tablillas escritas», porque su padre Cadmo había traído las letras griegas de Fenicia. Su hijo Lábdaco[7] llevaba directamente el nombre de una letra, la lambda, que sigue a la *K* en el alfabeto. Pero no hay mucho que contar ni de él ni de su hijo, pues su época estaba ocupada en gran parte con la historia de los Dioscuros tebanos.

¿Y qué quedó después de ellos, después de Anfión y Zeto, los hijos de Zeus y Antíope, aparte de su tumba heroica, de la que los hombres de Titorea intentaban robar un puñado de tierra cada año? Níobe se había unido a Anfión y la historia de la madre infeliz y de sus hijos es de sobras conocida. No menos aciaga fue la historia de la familia de

Zeto; pero ésta pertenece a otro género de narración diverso, basado en la posesión común a hombres y aves de uno de los dones de las Musas, el canto. La figura de ave no era extraña a las propias Musas.[8] Se decía que también la mujer[9] de Zeto era hija de Pandáreo, como las dos que fueron raptadas por las Harpías.[10] Pero ella, cuyo nombre era Aedón, «el ruiseñor», mató por error a Ítilo, el hijo que había tenido con Zeto.[11] La pintura de un vaso ático nos muestra la escena en la que Aedón, en estado de enajenación mental, mata al niño en su cuna. Según otra historia, la mujer no quería matar a su propio hijo, sino a un sobrino pequeño, pues tenía envidia de su cuñada.[12] Después, desgarrada por el dolor, deseó abandonar el mundo de los hombres y fue transformada por los dioses en ruiseñor. Es ella quien se lamenta por Ítilo, que quizá se llamaba Itis y era hijo de Procne, de quien hablaremos en la historia de Tereo.

Zeto murió de dolor, y los tebanos llamaron a Layo, hijo de Lábdaco, para nombrarlo rey.[13] Layo, en forma abreviada, significa lo mismo que Laomedonte, es decir, «rey del pueblo». Tenía un año cuando murió Lábdaco, y sus dos hermanos oscuros, Nicteo y Lico, que habían tenido su parte en la historia de Antíope y sus hijos, se apoderaron del reino.[14] En la época de Anfión y Zeto, Layo todavía vivía con Pélope, y por lo tanto las historias tebanas guardan relación con los acontecimientos sucedidos en Pisa. Apareció entonces Crisipo, un hijo verdadero del sol, cuyo nombre significa «el de los caballos de oro», hijo de Pélope, pero su doble en realidad, que compartió la suerte del padre. También él, al igual que Pélope, fue raptado, y su raptor fue Layo.

Los dos fueron víctimas de intenciones asesinas: el príncipe lidio en la casa de su padre Tántalo, que lo sirvió como comida a los dioses; Crisipo por la crueldad de su madrastra Hipodamía y sus propios hermanos Atreo y Tiestes, de quienes se afirma que lo asesinaron.[15] Las leyendas se refieren a él como un niño que nunca vivió para casarse, sino que muy pronto fue raptado –por el propio Zeus, según una poetisa–,[16] como si se tratase de otro Ganímedes. Era más conocido su rapto a manos de Layo, gracias a una tragedia de Eurípides; el hijo de Lábdaco, como lo presenta el poeta en escena en su *Crisipo*, era el «inventor» de la pasión homoerótica.[17] En su calidad de amigo y huésped de Pélope,

Layo enseñaba al apuesto muchacho a conducir el carro.[18] Otra historia decía que no lo raptó en Olimpia, sino en Nemea, y que se lo llevó en su carro hasta Tebas.[19] Eso hubiese sido posible de no ser porque los Juegos Nemeos no fueron fundados hasta la época de los nietos de Layo. La historia sigue diciendo que Pélope recuperó a su hijo por la fuerza de las armas. Un pintor nos muestra la escena del rapto; Crisipo tiende los brazos hacia su padre desde el carro de Layo, tirado por cuatro caballos. Otro pintor representa también a Hipodamía en el fondo, pidiendo ayuda desesperadamente, como si no fuese la madrastra del joven. En este caso, el rapto se habría producido en la casa de Pélope. Otra leyenda[20] afirmaba que Layo había hecho un viaje de cinco días al extranjero durante el cual se había enamorado de Crisipo y lo había raptado; ésa era la distancia que separaba Pisa y el recinto sagrado de Olimpia de Tebas.

La maldición de Pélope acompañó al raptor; nunca podría tener un hijo, y si lo hacía sería asesinado por ese hijo.[21] También se decía[22] que Crisipo sintió tanta vergüenza que se quitó la vida. Pero existe otra versión de esta historia,[23] en virtud de la cual Atreo y Tiestes, los hermanos mayores, capturaron al raptor y lo trajeron de vuelta junto con el niño. Entonces Pélope se apiadó del amor de Layo por Crisipo; tan sólo Hipodamía intentó persuadir a sus hijos mayores para que matasen al más joven, que no era hijo suyo. Éstos no le hicieron caso, y entonces ella entró de noche en la habitación donde Layo dormía con Crisipo, cogió la espada del amante e hirió con ella al muchacho, dejando el arma en la herida. Crisipo alcanzó a vivir el tiempo necesario para salvar a Layo con su testimonio y para incriminar a su asesina. Pélope repudió entonces a Hipodamía y la envió al exilio. Es bien conocida la otra versión de la historia, según la cual Atreo y Tiestes cometieron el asesinato. La maldición de Pélope también los persiguió,[24] y su descendencia no fue mucho más afortunada que la de Layo.

Un poeta trágico sitúa el suicidio de Crisipo en Tebas,[25] en la época en que el hijo de Layo reinaba desde hacía tiempo. Como rey de Tebas, Layo había elegido por esposa a la hija de un bisnieto de Equión, el «hombre serpiente», descendiente de las semillas del dragón y nieto de Penteo, el hombre «de la desgracia», hijo a su vez de Ágave, «la Augusta». Su nombre era Epicasta o, como se la llama más comúnmente,

Yocasta. Con este nombre iba a adquirir una enorme notoriedad incluso en los siglos venideros, más de la que alcanzaron muchas reinas que habían sido madres y esposas de héroes. Se dice que reunía ambas relaciones, de madre y esposa, con un solo héroe. Gracias a ella, su hermano Creonte reinó en Tebas durante un tiempo. Aquí hay una tradición[26] que dice que Layo mató a su suegro Meneceo. El destino de Yocasta era convertirse en la fuente del poder real en Tebas.

Pero Layo no debía engendrar ningún hijo con ella. Por tres veces el oráculo de Delfos le había advertido[27] de que Tebas se salvaría tan sólo si moría sin descendencia. Layo fue incapaz de tomar una decisión en firme,[28] y al consumar el matrimonio la pareja nupcial estaba, por decirlo de alguna manera, como enloquecida.[29] Así es en la tragedia de Esquilo *Los siete contra Tebas*, a la que precedían en la trilogía dos obras perdidas, *Layo* y *Edipo*. Probablemente en la primera se explicaba la historia de cómo Layo, que no había seguido el consejo del oráculo y había tenido un hijo con Yocasta,[30] lo abandonaba, atrayendo sobre sí la ira de Hera e incluso la del dios de Delfos.[31] A quienes acudían a consultarlo, Apolo siempre les daba libertad para elegir entre lo mejor o lo peor de sus consejos. Era necesario mucho más para atraerse la ira del dios; la muerte violenta de Crisipo en la casa de Layo en Tebas pudo haber provocado ese odio, pues Apolo era el protector de niños y adolescentes. Bastaba para provocar la ira de Hera que el niño, que había sido raptado y retenido a la fuerza, sustituyese a la esposa legítima del rey. De modo que Hera envió a la Esfinge, el monstruo del que hablaremos a continuación, desde Etiopía contra los tebanos. Crisipo se quitó la vida, y entonces Layo decidió ir a consultar al dios de Delfos por cuarta vez; se trata de una versión de la historia[32] que probablemente esté relacionada con *Los siete contra Tebas*, de modo que resulta atribuible a Esquilo, al menos en parte. Para él, Layo no era el «inventor» de la pasión homoerótica, sino el amante malvado por culpa del cual el amado muchacho acabó mal. Tiresias, el prudente adivino tebano, que sabía que el dios odiaba al rey, le previno del viaje y le aconsejó que hiciese un sacrificio a Hera, la diosa del matrimonio. Layo no quiso escuchar al adivino y tomó el camino que conducía primero hacia el sur,[33] a través de un paso estrecho entre el Citerón y Potnia.[34]

La historia del oráculo y del viaje de Layo se explica también de otra

manera, en las palabras que Yocasta pronuncia al principio de las *Fenicias* de Eurípides, que era la obra que venía a continuación de su *Crisipo*. Hacía ya años que Layo vivía con Yocasta sin tener hijos,[35] cuando decidió interrogar al oráculo acerca de su descendencia. El dios le replicó:

> ¡No siembres de hijos el surco a despecho de los dioses!
> Porque si engendras un hijo, el que nazca te matará,
> y toda tu familia se cubrirá de sangre.[36]

Layo hubiera debido contentarse con esta respuesta y abandonar la idea de tener descendencia, pero más tarde, presa del deseo y del vino, engendró un hijo[37] y lo abandonó al nacer. Muchos años después, movido por sus malos presentimientos, emprendió de nuevo un viaje al oráculo para saber si el niño que había abandonado seguía con vida; tomó el camino más corto para ir a Delfos a través de la región de la Fócide,[38] y llegó a un cruce estrecho.

La tercera –y la más simple– versión del oráculo aparece en la tragedia más importante de todas las que la precedieron y la siguieron sobre este tema, el *Edipo rey* de Sófocles, que eclipsó a todas las demás. El rey y la reina de Tebas, Layo y Yocasta, habían recibido una advertencia de Delfos en el sentido de que el hijo mataría a su padre,[39] y por esa razón habían abandonado al niño. Más tarde algunos pretendían poder reproducir un oráculo con los versos mismos de la Pitia que, ciertamente, no sonaba tan simple y arcaico, pero resumía toda la historia anterior.[40] Sólo por esa razón debemos recogerlo aquí, antes de que nuestra historia nos lleve al destino del niño abandonado:

> Layo, hijo de Lábdaco, pides la dicha de tener un hijo.
> Un hijo te daré, pero está decretado
> que has de perder la vida a manos de él, porque así lo ha ordenado Zeus Cronida,
> movido por las terribles maldiciones de Pélope, cuyo amado hijo tú arrebataste.
> Él fue quien pidió para ti tales castigos.

Probablemente los narradores más antiguos prestaban mayor atención a la figura de Edipo que a la historia de su abandono. De acuerdo con su nombre, él era el héroe «de los pies hinchados», y los narradores se tomaban la molestia de explicar este nombre extraño y de hacer creíble que realmente tenía algo que ver con los pies del niño abandonado. De lo contrario hubiese sido fácil pensar en uno de los Dáctilos, uno de los hijos nacidos de la Tierra, la Gran Madre de los dioses. En los tiempos más antiguos se usaban nombres propios, sin recurrir a la perífrasis «de los pies hinchados», con los que se aludía a la característica de los Dáctilos, de modo que uno de ellos hubiera podido llamarse simplemente *Oidyphallos*.[41] Pero en la época a la que se remonta la historia de Edipo esa costumbre parece haber pasado de moda.

El niño fue abandonado en invierno, en un vaso de terracota; así se explicaba en el *Layo* de Esquilo.[42] Una pintura vascular nos lo muestra sentado desnudo en brazos de Euforbo, que fue quien lo encontró. Sólo más tarde se mencionan sus pañales,[43] y para aumentar su desamparo se representan sus pies atravesados ya sea con una aguja de oro[44] o bien con un pincho de hierro,[45] de modo que fue «el de los pies hinchados» para el resto de sus días. Una crueldad superflua por parte de los narradores oculta lo que ellos no hubiesen querido creer y que hemos apuntado antes: la naturaleza dactílica del hombre del pelo rojo,[46] de cuyos ataques de ira volveremos a hablar pronto.

Pero su historia comienza exactamente igual que la de los demás héroes y niños divinos abandonados. Se afirmaba incluso[47] que era hijo de Helio. Acerca de él se decían cosas parecidas a las que se decían de Perseo o, en una ocasión, del propio Dioniso:[48] que lo habían arrojado al agua en un arca,[49] o bien en el golfo de Corinto, o bien en el estrecho del Euripo, que separa Eubea de Beocia. El arca flotó por el mar y llegó tan lejos que la propia Hipodamía hubiese podido recoger y criar al recién nacido como si él hubiese sido, al igual que Crisipo, hijo de Pélope.[50] En esta versión, mataba a Layo para proteger o vengar a su supuesto hermano, y se apoderaba de Yocasta cuando ella iba a Pisa para asistir al funeral de su marido. Se le representa incluso como un rival de Layo, razón por la que lo habría matado. Pero éstas son ulteriores ramificaciones de la historia, en las que se mezcla lo nuevo y lo antiguo y el hilo primitivo se pierde.

Según una versión antigua, el arca con el niño no llegó muy lejos, sino sólo hasta la ciudad en la que reinaba Pólibo,[51] un hermano de Hermes. ¿Se trataba de Sición, Corinto o Antedón?[52] La reina Peribea estaba lavando su ropa en la orilla cuando el arca se acercó.[53] En una llamada «copa de Homero» puede verse a Hermes entregando el niño a la reina, que lo pone sobre las rodillas del rey. Edipo creció en la casa de Pólibo convencido de que él y Peribea, o Mérope, como también se la llama,[54] eran sus padres. Pero la historia más conocida afirma que no lo abandonaron en el mar, sino en el monte Citerón, donde pudieran encontrarlo los pastores de Tebas por un lado y los de Sición por el otro. Si los pastores de Layo abandonaron al niño, los de Pólibo pudieron encontrarlo, y según Eurípides[55] así ocurrió, en el prado de Hera.

Podría ser también que el niño nunca llegara a ser abandonado, como se nos dice en el *Edipo rey*;[56] en lugar de eso, el pastor tebano se lo entregó a uno de Corinto para que lo criase como si fuese su propio hijo, pero éste se lo entregó a su rey, que no tenía hijos.[57] El propio Edipo explica en esta tragedia[58] la historia de cómo, cuando ya se había convertido en el primer ciudadano de Corinto, un borracho le echó en cara durante un banquete que no era el hijo del rey, y que luego, cuando preguntó a sus padres adoptivos, ellos negaron la acusación y que por ello partió en secreto para ir a consultar al dios de Delfos. Explica también que el dios no respondió a su pregunta, sino que lo amenazó con un destino terrible en el que se convertiría en marido de su madre y en asesino de su padre. Por eso no se atrevió a volver a Corinto, sino que tomó otro camino que pasaba por la Fócide, a través de un paso estrecho, donde iba a matar a un desconocido.

De modo que la historia, tanto si la empezamos con Layo como si lo hacemos con Edipo, nos lleva hasta un estrecho cruce de caminos, esté donde esté: entre Tebas y Delfos, en la Fócide, o más al sur de Tebas, entre el Citerón y Potnia. Padre e hijo debían encontrarse allí, sin reconocerse, un padre infeliz y un hijo no menos desgraciado, que hubiesen tenido que evitarse el uno al otro y que habían hecho todo lo posible por esquivar el encuentro. No era necesario para el curso de la historia que conociesen de antemano el destino que les aguardaba; el hecho era concebible incluso sin la intervención de un oráculo. Los narradores que creían en los oráculos aceptaban lo que desde el principio

había formado el núcleo de la historia del parricidio involuntario. Edipo no podía saber en ninguna forma de la narración que el camino a través del paso estrecho le llevaría a una encrucijada donde se encontraría con su padre. Tampoco el miedo de Layo a ser destronado por su hijo requería ningún oráculo, pues el primer ejemplo de ello lo encontramos en las historias de los dioses, en el relato de Urano y Crono, según una tradición muy antigua, común a Grecia y Asia Menor desde época muy remota. Por medio de la profecía, los narradores daban forma a un miedo muy antiguo, y el abandono del niño era resultado del miedo, no de la predicción de Apolo, aunque sí con su conocimiento, pues ya era el dios del oráculo délfico. Con frecuencia el hombre corre hacia lo que es terrible por miedo a lo terrible.

Así sucedió este acontecimiento tan humano; el camino del hijo se cruzó con el del padre en un paso estrecho donde no era posible evitarse. «¡Caminante, deja paso al rey!», gritó el heraldo de Layo al extranjero,[59] mientras atravesaba el paso con su carro. A Edipo le invadió la ira; siguió adelante sin decir una sola palabra.[60] Uno de los caballos del rey le pisó en el pie,[61] y el anciano rey también le golpeó en la cabeza desde su carro con la pica de doble aguijón que usaba para arrearlos. Eso fue el colmo.[62] Ciego de ira y sin saber a quién golpeaba, como se nos dice de manera explícita,[63] golpeó a su padre hasta la muerte[64] con su bastón de peregrino,[65] y también al auriga.[66] Esquilo nos conservó otro detalle que demuestra el ataque de ira del que fue presa Edipo: mordió el cadáver de su víctima y escupió la sangre.[67]

Un narrador de época más tardía nos ha transmitido una versión muy antigua de la historia, en la que se nos informa[68] de que Edipo había ido a robar caballos cuando se encontró con Layo, que iba acompañado por su esposa Epicasta. Pero evita el punto crucial de la historia y afirma que después del asesinato Edipo se refugió en las montañas, cosa que es habitual aún hoy en día en Grecia, y que no tocó a Epicasta. Pero ¿cómo hubiese podido ella casarse voluntariamente con el asesino de su marido tras haber presenciado el asesinato, si no hubiese sido presa del asesino inmediatamente después? Todo ocurrió en el mismo ataque de ira, de acuerdo con esta antigua historia; el hijo mató al padre y se apoderó de la madre, la reina desconocida, y con ella obtuvo también el reino de Tebas.

No cabe duda de que el poeta de la *Odisea* también lo sabía, pues nos lo explica como sigue: «Epicasta se casó con su hijo, quien la tomó después de dar muerte a su padre (los dioses han divulgado esto rápidamente entre los hombres). Entonces reinaba él sobre los cadmeos sufriendo dolores por la funesta decisión de los dioses en la muy deseable Tebas, pero ella había descendido al Hades, el poderoso guardián de la puerta, después de atar una alta soga al elevado techo de su palacio, poseída de su furor. Al hacerlo dejó a Edipo numerosos dolores para el futuro, cuantos llevan a cumplimiento las Erinias de una madre».[69] También los hijos de Edipo debieron de descubrirlo; según los narradores más antiguos, no eran hijos de Epicasta, sino de una segunda esposa, que llevaba el hermoso nombre de Eurigania, «la que resplandece alegremente a lo lejos».[70] La tradición menciona asimismo otro nombre para la esposa de Edipo, Astimedusa,[71] que resultaría adecuado para cualquier reina. Es muy posible que ambos nombres hiciesen referencia a la misma mujer. En lo que respecta a Edipo, la *Ilíada* nos dice que cayó con honor en el campo de batalla.[72]

Homero no dice una palabra a propósito del enigma con cuya resolución Edipo obtuvo el trono de Tebas después de la muerte de Layo, según la tradición más conocida, y habla como si los cadmeos nunca hubiesen sufrido la plaga del monstruo del vecino monte Fición, la Fix o, en una forma más inteligible de su nombre, la Esfinge, «la estranguladora». Si Edipo, como pretendía el narrador tardío[73] que atribuía su salida a una expedición para robar caballos, había regresado a casa de su padre adoptivo Pólibo con los caballos o mulas robados y no había tomado posesión de la reina enseguida, y con ella del reino, tuvo que haber ido más tarde a Tebas, para liberar a la ciudad de la Esfinge. Después de la muerte de Layo, en Tebas gobernaba Creonte, el hermano de Yocasta. Éste y los ancianos de la ciudad vivían con mucho miedo desde que la leona alada, o la perra con cabeza de virgen, se había instalado a las afueras de la ciudad.

Como ya se ha dicho, ese flagelo podría haber asolado Tebas ya desde la época en que vivía Layo. Hera había enviado la Esfinge desde Etiopía contra los cadmeos porque toleraban la pasión de su rey por Crisipo. También Dioniso hubiese podido enviar a esa voraz virgen leona contra su ciudad natal, porque no querían rendirle honores. Eurí-

pides[74] parece haber sido de esta opinión, si bien en otro lugar[75] señala que las víctimas pensaban que había sido el subterráneo Hades quien envió la Esfinge contra los tebanos. Para ruina de Tebas, la madre de numerosos monstruos, la diosa serpiente Equidna, la había engendrado[76] después de unirse a su propio hijo, el perro Ortro.[77] La Esfinge se estableció en un monte que le debe su nombre, Ficio, y a veces se ponía sobre una columna en la plaza del mercado de los cadmeos para elegir a sus víctimas. Se la representa en esa misma posición también en la montaña. Se la ve raptar a jóvenes y estrangularlos, y así aparecía representada también en el trono de Zeus obra de Fidias.[78] Según una leyenda antigua, había raptado también a Hemón, hijo de Creonte, el joven más apuesto y delicado de toda Tebas.[79] Entonces Creonte proclamó que Yocasta y el reino serían entregados a quien lograse derrotar a la Esfinge.

No hay duda de que originalmente el héroe que quisiese matarla tenía que ir a su encuentro al monte Ficio. Un vaso nos muestra a Edipo frente a la virgen leona con el brazo levantado en el acto de golpearla con un mazo, y no con la actitud de quien está intentando resolver un enigma. De acuerdo con la tradición más conocida, los tebanos se reunían cada día y se devanaban los sesos tratando de descifrar el enigma que les había planteado la Esfinge. Si no lograban resolverlo, devoraba a uno de ellos.[80] La esfinge había recibido el enigma de las Musas,[81] pero aquí se parece más a las sirenas que a las Musas; desde luego, originalmente no era la «virgen sabia»,[82] sino más bien la tramposa que sabe un truco. En una piedra grabada del mejor periodo clásico, obtiene su saber de un rollo escrito, o bien lo lee en voz alta. La Esfinge cantaba su enigma como un oráculo:[83]

En la tierra hay un ser de dos pies, de tres pies,
de cuatro pies–, cuya voz es única.
Sólo él cambia de naturaleza entre los que frecuentan el cielo, el aire y el mar.
Cuando se apoya sobre el mayor número de pies, sus miembros tienen menos fuerza.

La Esfinge podía estar orgullosa de su enigma, que además confundía a la gente. Pues ellos ni siquiera entendían la frase grabada por un

sabio, a modo de advertencia, a la entrada del templo de Apolo en Delfos: «Conócete a ti mismo». La respuesta es: «Reconoce que eres un hombre». Varios pintores vasculares representan a Edipo sentado ante la Esfinge mientras piensa en lo que habrá querido decir con «de tres pies». Y entonces gritó:[84]

Es el hombre; pues de niño se arrastra con las cuatro extremidades, y de viejo busca un tercer pie en el bastón en que se apoya, encorvado por el peso de los años.

Cuando la Esfinge oyó esto, hizo lo que hacían las sirenas cuando alguien no sucumbía a su canto. Aunque fuesen criaturas aladas, se tiraban al mar y se suicidaban, y eso hizo también la alada virgen leona cuando se precipitó desde su roca,[85] o bien desde la columna de la acrópolis de Tebas.[86] En una pintura sobre cerámica se ve también cómo Edipo le da el golpe de gracia con su lanza.

De este modo se convirtió Edipo en el más sabio y también el más loco de los reyes del mundo. Como premio a su victoria (de acuerdo con la versión más conocida, en la que Yocasta no presencia la muerte de Layo), recibió a su propia madre por esposa y tuvo cuatro hijos con ella: dos hijos, Eteocles y Polinices, y dos hijas, Antígona e Ismene, que se harían famosos por las desgracias de la casa de los Labdácidas. Edipo, que era sabio tan sólo en apariencia, no tenía ni idea de ello. Ciertamente se reconocía a sí mismo en la extraña criatura a la que se refería la Esfinge con su enigma, pero no comprendía lo que es el hombre, ni las trampas del destino a las que el hombre, al contrario que los dioses, ha de enfrentarse. En él se cumplía el destino humano, y este destino se reveló con el tiempo. Porque no todos los que habían abandonado al niño, o quienes parecían haberlo hecho, habían muerto.

En Tebas había un único hombre verdaderamente sabio, el adivino Tiresias, cuyos ojos ciegos supieron ver a través de los errores de Edipo como antes lo habían hecho a través de los de Layo. Cuando fue obligado a hablar por el propio rey, habían pasado muchos años bajo el gobierno de la insensata pareja, la madre y el hijo, y una plaga hizo comprender a los tebanos que algo no iba bien en su Estado.[87] Tiresias, cuyo nombre significa «el que interpreta *teirea*», o sea, signos celestes, tenía

algo en común con Edipo. Se había quedado ciego de joven, igual que iba a quedarse en la madurez de la edad el héroe que había tomado a su madre por esposa. También se decía[88] que era descendiente de uno de los Espartoi, Udeo, el «hombre del suelo». Su madre se llamaba Caricló, igual que la esposa del sabio centauro Quirón, y pertenecía al séquito de Palas Atenea. Tiresias vio en su juventud lo que no hubiera debido ver. La diosa vagaba feliz por Beocia con sus caballos y se quitó la ropa para refrescarse con un baño. Se sumergió en la fuente Hipocrene, «la fuente del caballo» en el Helicón, en el silencio del mediodía y en soledad.[89] Tiresias, a quien apenas empezaba a despuntar la barba, estaba cazando en el lugar sagrado, él solo con sus perros. Movido por una sed terrible, corrió hacia la fuente, el muy desgraciado, y vio sin querer lo que no hubiese debido ver. Vio el seno y el vientre de Atenea, pero nunca más volvería a ver el sol, pues la diosa le puso las manos sobre los ojos y lo dejó ciego.[90] Por amor hacia su compañera Caricló, que se lamentaba, lo consagró como adivino, purificó sus oídos para que pudiese entender el canto de las aves y le dio un bastón de madera de cornejo con el que podría caminar como si no fuese un hombre ciego.

Otra versión de la ceguera de Tiresias tenía el mismo significado: también vio algo que no hubiese debido ver. La historia dice que cuando era un joven pastor,[91] en una encrucijada[92] en el Citerón,[93] o bien en el monte Cilene, en la región donde Hermes[94] habitaba con su bastón envuelto por la pareja de serpientes, vio dos serpientes copulando. Esta aventura, que nadie creería que fuese algo extraordinario en la vida de un pastor en Grecia, debía de tener un significado especial en los tiempos antiguos, puesto que en una época más tardía dio pie a una auténtica broma divina. Se decía que Tiresias mató a la serpiente hembra mientras copulaba,[95] y en ese instante él mismo se convirtió en mujer. Vivió como tal los siguientes siete años y conoció el amor del hombre.[96] Al cabo de siete años volvió a ver una pareja de serpientes copulando; esta vez golpeó al macho e inmediatamente se convirtió en hombre de nuevo. Por aquel tiempo, Zeus y Hera estaban discutiendo acerca de cuál de los géneros, el masculino o el femenino, obtenía mayor placer en el amor. Eligieron como juez a Tiresias, quien decretó:[97]

De diez partes, un hombre disfruta sólo de una, mientras que una mujer disfruta de las diez partes en su corazón.

Hera se enfureció con esta respuesta y lo castigó con la ceguera. A cambio, como compensación, Zeus le dio el don de la profecía y lo hizo vivir durante siete generaciones de hombres. Pero no se nos dice que este don hiciese feliz al sabio, pues, según se afirma,[97] dijo sollozando:

> Zeus padre, ojalá me hubieras dado un tiempo de vida más corto
> y un ingenio igual al de los otros hombres,
> pero ahora no me has otorgado ningún honor
> prolongando mi vida siete generaciones de hombre.

Ciego y dotado de sabiduría divina, fue obligado a vivir a través de los destinos de Cadmo y sus descendientes otras seis generaciones, y fue el único de todos los hombres que conservó su inteligencia incluso en el Más Allá. Perséfone le concedió este don.[99] Odiseo lo visitó más tarde en el reino de Hades y dejó que fuera él, que todavía llevaba su báculo dorado de adivino, el primero en beber de la sangre que llenaba el pozo sacrificial. Tiresias lo reconoció y se dirigió a él sin haber bebido la sangre,[100] y después de hacerlo, le predijo su destino futuro.

También vaticinó el destino de Edipo, que, en efecto, se cumplió tal y como Tiresias lo había profetizado.[101] Cuando el infeliz se dio cuenta de que se había convertido en esposo de su propia madre y en hermano de sus hijos, se quitó la vista.[102] Ése es el castigo para aquellos que ven lo que no les está permitido ver; del mismo modo que Tiresias había visto a la diosa, o bien a las serpientes acoplándose, también él había visto a su madre. Se decía también[103] que no se cegó a sí mismo, sino que lo hicieron los viejos compañeros de armas de Layo, que querían vengar la muerte de su señor y no sabían siquiera que Edipo era el hijo de Layo. Continuamente se intentaba dar nuevas versiones de la vieja historia. En las *Fenicias* de Eurípides, la propia Yocasta aparece como una reina anciana muchos años después de que su vergüenza se hubiese descubierto, con paso vacilante,[104] y se mata sobre los cadáveres de sus dos hijos, que se han dado muerte el uno al otro,[105] apurando así hasta el fondo el dolor de su agónica maternidad. De acuerdo con todas las

versiones precedentes de la historia, sin embargo, ella se ahorcó inmediatamente después de que su vergüenza quedase al descubierto.

El ciego Edipo desapareció de la vista de los tebanos. Para que la luz pura del sol no se viese mancillada por su presencia,[106] su familia, ya fuese Creonte[107] o sus hijos,[108] lo mantenía oculto, como si estuviese en una prisión. Fuera ya de sus cabales,[109] y presa cada vez con más frecuencia de ataques de furia, sucumbió a su condición. La historia sigue diciendo[110] que prohibió a sus hijos que volviesen a servirle en la vajilla real, y cuando el rubio Polinices, a pesar de la prohibición, le puso delante una hermosa mesa de plata, que había pertenecido al piadoso Cadmo, y luego llenó de dulce vino la copa de oro, el ciego se dio cuenta, se lo tomó como un insulto, sintió que una gran ira le penetraba el corazón y profirió contra sus dos hijos una terrible maldición: que dividiesen entre sí los bienes paternos con la espada.[111] En otra ocasión se olvidaron[112] de enviar al padre la parte que le correspondía del animal sacrificado, un trozo de la espalda, y le dieron un muslo, pero también de esto se dio cuenta Edipo; entonces arrojó la carne al suelo y volvió a maldecir a sus hijos. Rogó a Zeus y a los demás inmortales que descendieran al Hades, tras morir el uno a manos del otro.

En las *Fenicias*, Edipo sale de su palacio prisión como un espectro[113] para ver cómo se cumple su maldición. El hecho de estar prisionero en su propio palacio, en una cámara subterránea donde según una leyenda tardía[114] habría muerto, era tan sólo una forma de sus sufrimientos. En esta tragedia de Eurípides, Antígona, la mayor y más fuerte de las hermanas, se lo lleva del campo de batalla donde él ha podido acariciar por última vez los tres cuerpos amados, los cadáveres de Yocasta, Eteocles y Polinices.[115] Su destino era convertirse también en vagabundo,[116] y ella lo guió por el camino hacia Colono, la colina rocosa de Posidón, umbral de Atenas y del Más Allá, el lugar sagrado donde, de acuerdo con un oráculo délfico, había de morir.[117]

En la última tragedia de Sófocles, la obra de su vejez, el *Edipo en Colono*, hallamos a esta pareja. La hija más joven, Ismene, los alcanzará muy pronto en el camino que ellos hace tiempo habían empezado a recorrer, antes incluso de la lucha entre los hermanos. Iban por el país pidiendo limosna, pues el anciano Edipo ya no era el hombre iracundo de antaño; pedía muy poco y se contentaba con menos aún de lo que le

daban.[118] Se había convertido en el héroe sufriente que a su muerte sería el tesoro y defensor de aquellos en cuyo país hallase reposo. Eso debía ocurrir en la pequeña ciudad natal de Sófocles, en el territorio del demo de Colono, en la colina rocosa. Allí tenían su bosque inviolable las dioses de la venganza materna, las Erinias, llamadas también Euménides, «las Benevolentes», por el pueblo ateniense. Aquélla era la meta del doloroso viaje de Edipo y allí encontró la gracia.[119]

Penetró confiado en el bosquecillo prohibido. Sabía que allí tenía que esperar el anuncio de su próxima desaparición, anunciada por un terremoto, un trueno o un relámpago.[120] Confió su persona y el secreto de su tumba, que no iba ser una tumba común, puesto que a partir de entonces iba a proteger a los atenienses, al señor del país, Teseo. Éste lo hizo llamar rápidamente, en cuanto Zeus dio la primera señal con su trueno.[121] Tronaba como si el temporal no fuese a acabar nunca: truenos y más truenos, rayos y más rayos. Y entonces Edipo, el ciego, se convirtió en el guía de Teseo y de sus dos hijas, que lo habían acompañado hasta allí. Con paso seguro siguió al Guía de las almas, Hermes, a quien al parecer veía, puesto que lo llamaba por su nombre; y también a la diosa del reino de los muertos, a la que no se atrevía a llamar por su nombre.[122] Se detuvo al borde del Golfo[123] a través del cual unos escalones de bronce formaban el acceso a las raíces mismas de las rocas. Allí desembocaban los innumerables caminos que conducen al Más Allá, y allí se sentó Edipo, entre un peral silvestre hueco y una tumba de piedra; se quitó la ropa sucia y se hizo lavar y vestir por sus hijas, como se hace con un muerto. Y con sus hijas entonó un lamento de despedida cuando el trueno de Zeus subterráneo resonó. Todos se quedaron en silencio. Con un escalofrío oyeron la voz de un dios: «Eh, tú, Edipo, ¿a qué esperas para venir?».[124] Tan sólo Teseo pudo ver lo que sucedió a continuación;[125] todavía se quedó largo tiempo allí y se cubrió la cara; Edipo había desaparecido.

Probablemente Esquilo explicaba más o menos la misma historia; se decía[126] que en su *Edipo* había revelado algo que pertenecía a los Misterios de Deméter. Esos Misterios eran también los Misterios de su hija, la diosa del reino de los muertos. De acuerdo con los narradores más antiguos, Edipo no fue a Colono; el infeliz anduvo errante durante largo tiempo, después de haberse robado la luz de los ojos, por el sal-

vaje escenario de la montaña del Citerón,[127] donde había sido abandonado y donde, presa de un ataque de ira, había dado muerte involuntariamente a su padre. En aquel lugar se enseñaba también su tumba. Sus parientes, seguía la historia, deseaban enterrarlo en Tebas,[128] pero los tebanos no lo permitieron; era como si estuviese marcado por su infortunio. De modo que fueron a enterrarlo a otra región de Beocia, en Ceo. Pero en aquel lugar empezaron a ocurrir desgracias y los habitantes pensaban que la causa era la tumba de Edipo. Finalmente fue enterrado en Eteono, una ciudad también de Beocia que más tarde fue llamada Escarfea. Era de noche cuando lo enterraron en secreto, sin saber que ese lugar se hallaba en un recinto sagrado de Deméter. Cuando esto se supo, los habitantes de Eteono preguntaron al dios de Delfos qué debían hacer, y Apolo respondió: «No molestéis al suplicante de la diosa». De modo que quedó enterrado allí, y por esta razón el lugar se llama «santuario de Edipo».

En algunas pinturas vasculares se puede ver a hombres y mujeres jóvenes que se acercan al monumento. ¿A quién querían representar los artistas, a los hijos e hijas de Edipo, o bien a esos otros jóvenes, quizá recién casados, que llevaban sus ofrendas al héroe cuyos sufrimientos habían de traer bendiciones, ciertamente no a su propia familia, pero sí a los extraños que le rendían honores? La tumba, marcada con una columna, llevaba la siguiente inscripción:[129]

> Tengo malva y asfódelos por encima,
> en mi seno acojo a Edipo, hijo del rey Layo.

CAPÍTULO XI

LOS DIOSCUROS ESPARTANOS Y SUS PRIMOS

Cástor y Polideuces (más conocidos quizá por su nombre latino, Castor y Polux) son los nombres de una pareja de hermanos que todavía hoy siguen siendo el símbolo de la unión inseparable entre hermanos. No eran los únicos conocidos como *Diòs koûroi*, «hijos de Zeus»; también Tebas conocía y veneraba a unos Dioscuros entre sus héroes fundadores, unos gemelos cuyo padre era el rey de los dioses, los hijos de Antíope. Pero cuando hablamos simplemente de los Dioscuros, nos referimos a los gemelos hijos de Leda. Ya se habló de ellos y de su madre en las historias de los dioses.[1] Se les conocía también como los *Tyndaridai*, o antes incluso como los Tindáridas, por el nombre de su supuesto padre terrenal, Tindáreo, evidentemente. La designación de «hijos de Zeus» puede hallarse también tras este nombre del padre, en una lengua hablada en tiempos muy remotos en Grecia.

La historia de Cástor y Polideuces, que pertenece a las leyendas de los héroes, debe por lo tanto comenzar con el rey Tindáreo, pues estas historias tienden a presentar un árbol genealógico que conecta a los héroes entre sí por medio de madres y padres terrenales y un círculo cada vez más amplio de parientes. Se decía, pues,[2] que Gorgófone, hija de Perseo, «la que mató a la Gorgona», llamada así en memoria de la victoria de su padre, se casó primero con Perieres, uno de los hijos de Eolo, rey de Mesenia en Ecalia, como se conocía entonces a Andania, futura localidad de los Misterios. Gorgófone alumbró a Perieres dos hijos, Afareo y Leucipo, cuyo nombre significa claramente «el que tiene un caballo blanco». Se decía que ella fue la primera mujer[3] que se casó

con otro hombre tras la muerte de su primer marido. En su segundo matrimonio se convirtió en la esposa de Ébalo, quien a juzgar por su nombre era uno de los Dáctilos primitivos de Laconia, «el copulador», cuyo padre según algunos era Cinortas, «el que excita a los perros», un hermano de Hiacinto.[4] Tindáreo era hijo de Ébalo y Gorgófone o, según otra tradición que no acepta esta genealogía,[5] de una Náyade llamada Batia, «matorral».

Según esta tradición, la genealogía de los Dioscuros tenía su origen, a través de Tindáreo, en suelo laconio, lo que convenía a quien acabaría siendo rey de Esparta, así como a los Dioscuros espartanos a los que dio a luz su esposa. Esto no quiere decir que reinase sin problemas en Laconia.[6] Durante algún tiempo parece que el poder fue usurpado por su hermanastro Hipocoonte; más tarde Heracles volvería a ponerlo en el trono. Se refugió en la parte occidental de la Grecia continental. Según la mayoría de leyendas, allí reinaba Testio, descendiente de Pleurón, fundador de la ciudad homónima entre los Curetes de Etolia. Pero según otros relatos, es muy posible que Testio también hubiese fundado ciudades como Testia en Etolia y antes incluso otra Testia en Laconia.[7] Según los espartanos, Tindáreo nunca fue a visitar a Testio a Etolia, sino a la ciudad laconia de Pelana.[8] En Etolia, Testio era ya padre de una hija famosa, Altea, de quien hablaremos en la historia de Meleagro. Probablemente, su otra hija célebre era Leda, si bien se dice que la mujer de Testio Pantidia, «la que todo lo sabe», no la concibió con Testio, sino con Glauco, hijo de Sísifo.[9] No era fácil encontrar un padre y un árbol genealógico para una mujer primigenia, como debía ser, a juzgar por su nombre, Leda.

Es de sobras conocida[10] la historia de cómo Leda concibió a los Tindáridas en Laconia: Zeus la amó transformado en cisne bajo la cima del Taigeto, que con frecuencia sobrevolaban esas grandes aves blancas. En el golfo de Mesenia, frente a las costas de Laconia, se eleva la pequeña isla rocosa de Pefnos; allí vinieron al mundo los gemelos Cástor y Polideuces. Pero la isla no debía de ser el lugar donde nacieron sus hermanas Helena y Clitemnestra. Cabe recordar al respecto una pintura vascular[11] que representa a los hijos de Leda jóvenes, al tiempo que el huevo del que debía nacer Helena aparece entre ellos sobre el altar. La escena tiene lugar en el palacio real de Tindáreo, ya estuviese en Pelana

o en Esparta. Por otro lado, Pefnos es poco más que un arrecife, y sólo unos niños divinos podían nacer allí; no cabe duda de que ninguna mujer hubiese ido a esa isla rocosa para dar a luz a su hijo. Esa madre hubiese tenido que tener alas y poner huevos, al igual que las aves marinas y el doble divino de Leda, la diosa Némesis. Bajo esa forma, la hija de la Noche, da igual que la llamemos con un nombre o con el otro, había traído al mundo a sus hijos y, como veremos más adelante, sus alas no fueron olvidadas por completo.

En la Antigüedad se explicaba[12] que el *pilos*, la capa redonda que llevaban los Dioscuros,ya cabalgasen o fuesen a pie con sus caballos sujetos por las riendas, se les había quedado pegado cuando salieron del huevo. Según narraciones más tardías,[13] fue Hermes quien llevó a los niños divinos de Pefnos a Pellana. En la pequeña isla se mostraban sus estatuas de bronce, no más altas de un pie, si bien también ellos, al igual que los Cabiros, eran llamados «grandes dioses», y se decía[14] que la marea que en invierno bate las rocas nunca había podido llevarse esas estatuas. Los espartanos se contentaban con dos troncos atados juntos en forma de letra H, o con dos ánforas estilizadas, en torno a cada una de las cuales aparece en las representaciones una serpiente enroscada, para recordar a sus amados Tindáridas.

También Mesenia, el país vecino de Laconia, tenía sus gemelos divinos. Eran primos de los Dioscuros espartanos. Gorgófone había dado a luz en su primer matrimonio a Afareo, y éste se casó con Arene, hermana de su hermanastro Tindáreo.[15] Pero Afareo era tan padre de sus hijos como Tindáreo de los Dioscuros. Se decía que el verdadero padre de los gemelos a los que dio a luz Arene era Posidón.[16] Especialmente el gigantesco Idas debía de haber sido engendrado por el dios del mar. Pero Linceo, «ojo de lince», era también un ser extraordinario, pues su vista aguda penetraba en las profundidades de la tierra.[17] La historia de los Dioscuros laconios debe incluir a sus primos mesenios, pues muy pronto llegaron a las manos.

Se decía[18] que Idas era el hombre más fuerte de la tierra. Se enfrentó al mismísimo Apolo por una hermosa muchacha, Marpesa, hija del rey de Etolia Eveno,[19] de quien se decía lo mismo que de Enómao, hijo también de Ares, que sólo entregaría a su hija a quien pudiese derrotarlo en una carrera de carros. Pero Eveno ganaba siempre, decapitaba a los ad-

versarios derrotados y decoraba su palacio con las cabezas. Entonces Idas raptó a Marpesa mientras ella bailaba en un prado junto con otras vírgenes en honor de Ártemis. El prado se llamaba Ogigia, «prado de las codornices», igual que el lugar de nacimiento de la diosa. Idas había recibido de su padre Posidón los caballos más veloces, de modo que Eveno lo persiguió en vano. Cuando vio que el raptor de la muchacha escapaba con su botín hacia el río Licormas, mató a sus propios caballos y se arrojó al río, que a partir de entonces fue llamado Eveno, «el que tiene buena brida».

Después de esto, el fornido esposo estuvo a punto de perder a Marpesa de nuevo, pues apareció alguien aún más fuerte que arrebató la esposa a Idas. La muchacha se lamentó como una hembra de alción en los brazos de Apolo.[20] Esto ocurrió después de que Idas llegase a Mesenia con su botín.[21] Idas no se amilanó, sino que tendió su arco contra el dios.[22] Se decía que las flechas de Idas nunca fallaban,[23] pero Zeus no permitió que disparase su arco; envió a Hermes[24] o, de acuerdo con una pintura vascular, a su mensajera Iris, y ordenó que dejasen la elección a la muchacha. Marpesa eligió a su esposo terrenal, pues temía que cuando ella envejeciese, Apolo la abandonase. Así es como los narradores tardíos justificaron su elección,[25] sin tener en cuenta lo devastador que el abrazo de Apolo tiene que ser para una muchacha mortal. Marpesa se comportó como si hubiese estado en poder de la propia Muerte. A la hija que engendró con Idas le pusieron el sobrenombre de Alcíone, «alción»,[26] en memoria del doloroso lamento de su madre en brazos de Apolo. Era conocida también como Cleopatra, es decir, «famosa por el padre», y se convirtió en esposa de Meleagro.

El rapto de la esposa era una forma muy precisa de matrimonio, consagrada por el rapto de Perséfone en los tiempos primordiales, y resultaba particularmente habitual en Laconia. Los Dioscuros espartanos dieron ejemplo a todos los mortales. Al parecer, no sólo tenían como primos a una pareja de gemelos masculina, sino también a otra femenina, las hijas de Leucipo, el otro hermanastro de Tindáreo. Pero quizá las muchachas no tenían un padre mortal, sino que se las llamaba Leucípides en el sentido de «caballos blancos» celestiales. Se creía que Apolo era su padre,[27] y les pusieron dos nombres que se adecuaban a dos fases de la Luna, Febe, «la pura», e Hilaira, «la serena», apropiadas

para la luna nueva y la luna llena respectivamente. Al parecer, Febe fue sacerdotisa de Atenea, e Hilaira de Ártemis.[28] Más tarde tuvieron su santuario en Esparta, cerca de la casa que se consideraba morada sagrada de los Dioscuros.[29] Las Leucípides fueron raptadas del recinto sagrado de Afrodita, donde estaban jugando con sus compañeras cuando Cástor y Polideuces se las llevaron en su carro. Según la representación de un pintor ático, la diosa del amor y Zeus se hallaban presentes y dieron su consentimiento al rapto, con lo que las dos parejas divinas celebraron el matrimonio según el uso espartano.

Esto fraguó la enemistad entre las dos parejas divinas de hermanos. La leyenda dice[30] que las Leucípides habían sido prometidas originalmente a sus primos mesenios bajo juramento; pero los Dioscuros sobornaron a Leucipo con suntuosos regalos para poder raptar a sus primas. Idas y Linceo persiguieron a los raptores y les dieron alcance en la tumba de Afareo, donde la historia tuvo un final trágico. Según los narradores más antiguos,[31] la enemistad comenzó por otro motivo. Los cuatro primos hicieron una expedición para robar ganado en el territorio de los arcadios, el país que limitaba al norte con el suyo; Cástor y Polideuces llegaron desde Laconia, Idas y Linceo desde Mesenia. Regresaron con un botín abundante y encargaron a Idas el reparto. Entonces Idas dividió una vaca en cuatro partes y propuso que el primero que se comiese su cuarto recibiría la mitad del botín, y el que acabase a continuación la otra mitad. Pero el gigantesco Idas engulló el primero su cuarto y acto seguido también el de Linceo, de modo que los dos hermanos mesenios se llevaron la totalidad del ganado robado; pero les habían jugado una mala pasada a los Dioscuros.

Los hijos de Leda tomaron parte también en muchas otras aventuras, sin separarse jamás el uno del otro, Cástor como domador de caballos y Polideuces como púgil.[32] Volveremos a encontrarlos en la expedición de los Argonautas. Pero el cuadro de los Tindáridas no está completo a menos que aparezca entre ellos la figura brillante de una mujer, su hermosa hermana o incluso la Gran Diosa, la Madre de todos los dioses. Unos grabados tallados en roca en la ciudad de Acra, en Sicilia, dan testimonio de los servicios de los Dioscuros a la Gran Madre, Rea Cibeles. Sirvieron a su hermana Helena al rescatarla de la fortaleza de Afidna, en el Ática. Esto pertenece a la historia de Teseo, que había

raptado a la hija de Zeus. El final de la historia de la enemistad entre los primos y, al mismo tiempo, de la vida terrenal de los Tindáridas[33] llegó mucho después, tras las bodas de Tetis y Peleo.

Paris, animado y protegido por Afrodita y acompañado por Eneas, hijo de la propia diosa, estaba a punto de raptar de nuevo a Helena. En Esparta ya no reinaba Tindáreo, sino su yerno Menelao. Éste, de manera bastante imprudente, dejó a su hermosa esposa a solas con los huéspedes asiáticos. Al llegar a Laconia, Paris y Eneas fueron a visitar primero a los Dioscuros, guardianes siempre alerta de su hermana. Ése era el deseo de Zeus, que sin duda hizo que los hermanos se hallasen lejos de lo que iba a ocurrir en Esparta y Laconia. Al banquete que ofrecieron en honor de sus invitados asistieron también Idas y Linceo. Empezaron a hacer bromas de mal gusto y se refirieron al matrimonio por rapto de los Dioscuros como si lo hubiesen hecho tan sólo para no tener que pagar a Leucipo dote alguna por sus hijas.

«Muy bien», replicaron los Tindáridas, «lo arreglaremos ahora mismo, y le ofreceremos como presente el mejor ganado.» Y enseguida se fueron a buscar los bueyes de Idas y Linceo a Mesenia. Polideuces se adelantó para robar el ganado, mientras Cástor se escondía en una encina hueca para tender una emboscada a sus primos, que, como sospechaban, vendrían tras ellos. Así dejaron a su hermana desprotegida y expuesta a las artes seductoras del príncipe troyano, que, en ausencia de los hermanos, logró su objetivo.

Los gemelos mesenios tampoco se quedaron mucho tiempo en el banquete. De camino a casa, Linceo subió a toda prisa el Taigeto, que separa Laconia de Mesenia. Desde la cima su visión penetrante vio a Cástor escondido en el árbol. Se lo dijo a su hermano e Idas alcanzó a Cástor por sorpresa con su espada. Después del asesinato, los primos huyeron, pero Polideuces estaba cerca (según una versión de la historia, también él estaba escondido en la encina) y los persiguió. Les dio alcance cerca de la tumba de Afareo, y eso fue el final. Los mesenios arrancaron de la tierra la lápida de su padre; la espada de Polideuces hirió mortalmente a Linceo, pero la piedra ya había sido lanzada y alcanzó de lleno a aquél. Tras la piedra llegó Idas, que se abalanzó sobre su primo aturdido, pero Zeus lanzó su rayo entre los dos y fulminó al gigante.

Los cuerpos de los hijos de Afareo ardieron sin que hubiese nadie para lamentarse. Polideuces corrió hacia su hermano y lo encontró moribundo. Elevó su voz hacia Zeus e imploró a su padre que lo hiciera morir también. Zeus se le acercó y dijo:[34] «Tú eres mi hijo, pero él fue engendrado por un héroe, el marido de tu madre, con semen mortal». Y le dio a elegir a Polideuces entre vivir a partir de ese momento en el Olimpo, o bien pasar un día en la tierra con su hermano y el siguiente con Cástor en la morada celestial de los dioses. Polideuces eligió compartir la luz y la oscuridad para siempre. Por eso ahora ambos pasan un día junto a Zeus y el siguiente en su tumba heroica en Terapne, frente a Esparta, al otro lado del Eurotas, donde también se erigió un santuario para Helena. Habitan[35] en su oscura morada subterránea cuando no gozan de la luz del cielo.

Se creía[36] asimismo que vivían en el cielo como estrellas brillantes, y se les reconocía[37] en la constelación de Géminis. A menudo una estrella decora la corona de su *pilos*; muchas veces está también rodeada por la luna, como si los Dioscuros representasen los dos hemisferios del cielo, o por lo menos como si sus capas redondas lo hiciesen.[38] Para sus adoradores siempre estuvieron por encima de los demás héroes; eran deidades de los cielos, que salían como las estrellas, sin estar confinados a una tumba, sino como jinetes veloces que cabalgan por los aires e intervienen desde arriba cuando son invocados por personas en peligro: se muestran como defensores y salvadores en las dificultades de las batallas y aún más a menudo en los peligros del mar.

Cuando socorren a un barco en peligro durante las tormentas invernales, no aparecen como jinetes, sino como seres celestes alados, tal y como acostumbraban a manifestarse con frecuencia los dioses en los tiempos primitivos. Los marineros, según se explica,[39] invocan suplicantes a los hijos del gran Zeus y, subiendo a la parte más alta de la popa, les ofrecen blancos corderos. Y cuando ya el fuerte viento y las olas del mar empiezan a sumergir la nave, aparecen repentinamente los Dioscuros, lanzándose a través del éter con sus alas doradas, y enseguida calman los torbellinos de los terribles vientos y allanan las olas en el piélago del blanco mar, hermosas señales de su trabajo a favor de los marineros, quienes, al notarlo, se alegran y ponen fin a su penosa labor.

CAPÍTULO XII

MELEAGRO Y ATALANTA

La hermana de Leda, o mejor dicho, aquella que en toda Etolia era la que más merecidamente podía pasar[1] por hermana de la mujer primigenia, Altea, tomó su nombre de la malva que crece en los pantanos. Su marido era Eneo, rey de Calidón, y se llamaba así por el vino, *oinos* en griego. Los reyes con nombres similares a éste tenían también características que recordaban el Más Allá; en particular Enómao, que decoraba su palacio con las cabezas cortadas a los pretendientes de Hipodamía. Se decía que Enopión, rey de Quíos, quien embriagó al cazador Orión y después lo dejó ciego,[2] se ocultó en una cámara subterránea de bronce. Se le consideraba también hijo de Dioniso,[3] o bien de un famoso borrachín llamado Enómao.[4] Eneo no compartía estas características tan crueles, pero tenía un hermano llamado Agrio, «el salvaje», de quien se afirmaba[5] que más tarde había desposeído a Eneo de su reino; y del propio Eneo se decía que había matado a su propio hijo Toxeo, «el arquero», porque no cuidaba la viña del padre y saltaba por encima de sus fosos.

Según una de las genealogías,[6] Eneo era hijo de Etolo, epónimo de los habitantes de Etolia. A su vez, éste es hijo de Endimión y de una ninfa de las fuentes,[7] si bien en otros lugares se habla tan sólo de los amores de Endimión y Selene. El amor de la diosa Luna por un ser primigenio era al parecer una leyenda muy antigua sobre el origen del género humano. Según otra genealogía,[8] Eneo era descendiente de Deucalión, cuyo hijo Oresteo era el abuelo de Eneo. Oresteo, «el hombre de la montaña», poseía una perra de la que se decía que había engen-

drado un bastón. Oresteo enterró el bastón y muy pronto quedó claro que se trataba de la primera parra. De modo que la perra no podía ser otra que el perro del cielo, Sirio, que hace madurar las uvas. El hijo de Oresteo (Oresteo no era llamado «el hombre de la montaña» en el sentido de que viviera en las montañas, sino probablemente porque llevaba, en compañía de su perra, una vida de cazador) se llamaba Fitio, «el que planta», y su hijo se llamaba a su vez Eneo.

Según otros narradores,[9] el vino no fue conocido por los hombres hasta el reinado del rey Eneo: un macho cabrío se apartaba con frecuencia del rebaño y, cuando regresaba, parecía saciado. Un cabrero lo siguió y vio que el macho cabrío estaba en una viña, devorando su dulce fruto. Tradicionalmente el nombre del cabrero es Orista,[10] una malformación de Oresteo o bien de Orestes. Se le llama también Estáfilo, y se supone que por eso al racimo de uvas se le llama[11] *staphylé*. Eneo hizo vino con las uvas y le puso su propio nombre. El agua que se mezcló con el vino por primera vez se sacó del río Aqueloo, y los poetas nunca lo olvidaron.[12]

Pero ¿quién había enseñado a Eneo el uso apropiado de esa bebida embriagadora? Según una versión de la historia,[13] Dioniso no había entrado en la casa del rey para visitarlo a él, sino a la reina Altea. Eneo fingió que no se daba cuenta de las intenciones del dios, y abandonó la ciudad para ir a hacer un sacrificio fuera de ella. También en Atenas era costumbre hacer lo mismo; la reina, o sea, la mujer del arconte que llevaba el epíteto de *Basileus*, se apartaba de su marido mientras esperaba la visita de Dioniso. La vid y las instrucciones acerca de qué hacer con ella y con el vino fueron el regalo que la agradecida deidad otorgó a Eneo. En esta historia no se dice que el macho cabrío que devoraba las viñas fuese sacrificado, pero lo sabemos a partir de numerosas tradiciones relativas al culto de Dioniso.

Se contaba que Altea tuvo una hija fruto de sus amores con Dioniso, Deyanira, quien, a juzgar por su nombre, debía de ser una joven hostil a los hombres, y una esposa peligrosa; oiremos hablar de ella de nuevo en la historia de Heracles. Altea le dio a Eneo varios hijos varones,[14] y se decía que el más famoso de ellos era hijo de Ares, con quien Altea había yacido la misma noche que con Eneo, pues no se podía poner en duda el origen divino de Meleagro.[15] Ya desde el día de su nacimiento, otro trozo

de madera desempeñó un papel importante en la casa de Eneo, pero era muy diferente del bastón cuya bendición había sido el vino.

La historia sigue diciendo[16] que las tres Moiras se aparecieron en el momento del nacimiento de Meleagro. Entraron en la habitación en la que Altea acababa de dar a luz a su hijo. La primera de ellas, Cloto, cantó: «Será un hombre de sentimientos nobles». Láquesis, la segunda, cantó acerca del héroe en el que se convertiría; Átropo, la tercera, mirando fijamente el fuego en el que ardía un trozo de madera, cantó: «Vivirá mientras el tizón no se haya consumido por completo». Entonces Altea saltó de la cama, sacó el tizón del fuego y lo escondió en un cofre[17] en el palacio, sin que nadie supiese dónde. Al niño le pusieron por nombre Meleagro, que, en la antigua lengua griega, que todavía no contraía las vocales, significa «alguien que sólo piensa en la caza».

La divina cazadora Ártemis era una gran divinidad en el reino de Eneo, y sin embargo, una vez Eneo, el hombre del vino, se olvidó de ella.[18] Se nos dice[19] que con ocasión de una fiesta de la cosecha, él había invitado a todos los dioses, pero fue Ártemis la única a la que, durante el banquete sacrificial, no ofreció animal alguno. Esto le acarreó muchos problemas, pues la diosa se irritó y soltó un jabalí salvaje en los fértiles campos del rey. El animal era tan grande[20] que ningún cazador solo, ni siquiera Meleagro, hubiese podido matarlo. Para ello tuvieron que unirse hombres de varias ciudades y, aun así, el jabalí envió a varios de ellos a la pira funeraria. Al final Ártemis suscitó una enorme pugna entre los cazadores, y de este modo la caza del jabalí de Calidón se convirtió en el principio del castigo que la diosa iba a infligir a la casa de Eneo.

Los tíos de Meleagro, los hermanos de Altea, llegaron antes que nadie a Calidón para cazar el jabalí desde Pleurón, la ciudad cercana de los Curetes. En Etolia formaban un pueblo entero, mientras que en Creta tan sólo se llamaban Curetes[21] tres jóvenes divinos que habían bailado la danza de la guerra en torno a Zeus niño. Se decía incluso que los héroes de toda Grecia acudieron a la caza del jabalí de Calidón.[22] Ninguno de los héroes entonces vivos se quedó en casa, a excepción de Heracles, que tenía que llevar a cabo sus trabajos; más tarde se dijo[23] que en aquel momento estaba sirviendo a Ónfale. Los Dioscuros, Cástor y Polideuces, acudieron con sus primos mesenios Idas y Linceo; Teseo

vino desde Atenas; Ificles, el hermanastro de Heracles, de Tebas; Jasón, Admeto, Pirítoo, Peleo y su suegro Euritión llegaron desde Tesalia; Telamón, de Salamina; Anfiaro, de Argos; Anceo y Atalanta, de Arcadia, entre otros. Pero los dos últimos que hemos mencionado trajeron consigo la desgracia.

Anceo se la buscó él mismo. Como su nombre indica, se trataba de un luchador, capaz de romper las costillas de sus oponentes con su poderoso abrazo; tomó parte en la expedición de los Argonautas con un primo que se llamaba igual. Del otro Anceo[24] se decía que se le había vaticinado que jamás podría beber el zumo de su viña. En aquel tiempo vivía en Samos, había plantado ya una viña, y justo entonces estaba haciendo la primera vendimia. Envió a buscar a un adivino, exprimió con sus propias manos el zumo de un racimo de uvas en su copa y se la llevó a los labios. Entonces el adivino pronunció la famosa frase: «Queda mucho todavía entre la copa y los labios». Anceo todavía no se había mojado los labios cuando se oyó un grito que anunciaba que un jabalí estaba devastando su viña. Soltó la copa con el zumo de uva, salió corriendo a matar al jabalí, y éste lo mató a él. Parece que también el Anceo de Arcadia había recibido una profecía ominosa, por lo que le habían escondido sus armas en casa.[25] Se puso en camino con una piel de oso, armado tan sólo con un hacha de doble filo, y halló la muerte en los colmillos del jabalí de Calidón; desangrándose por sus numerosas heridas,[26] cayó bajo las patas del gigantesco animal. En los sarcófagos romanos, el dios de la Muerte, bajo cuyo signo tuvo lugar esta aventura, acude con un hacha de doble filo a la caza del jabalí de Calidón.

La participación de la hermosa cazadora Atalanta en esta aventura resultaría fatal para Meleagro y la casa de Eneo. La propia Ártemis tomó parte en la cacería del jabalí en la persona de Atalanta, pues seguramente nadie más hubiese podido darle muerte. Incluso como trofeo siguió siendo de su propiedad. Atalanta era cualquier cosa menos una mortal común. Más tarde nadie supo dónde la habían enterrado. Un epigramista dice simplemente que estaba «aparte».[27] Según otra historia, vivió para siempre bajo forma de animal, una leona, del mismo modo que Ártemis era «una leona para las mujeres».[28] En lo que respecta a su padre, se le llama Yaso,[29] o bien Yasión,[30] el cazador cretense,[31] o incluso Esqueneo,[32] «el hombre de los juncos». Porque los lugares en

que vivía Atalanta no se limitaban a una región del país, o como mucho a los que frecuentaba Ártemis; ahora no sólo moraba en las cimas de los montes, sino también en los pantanos: un pantano rodea Calidón, y había pantanos por todas partes en el lugar donde Esqueneo fundó una ciudad con el nombre de Esquenia, «la ciudad de los juncos».[33]

Según se decía,[34] el padre de Atalanta esperaba tener un hijo antes de que ella naciese, y al ver que el recién nacido era una niña, no supo darse cuenta de que su hija era tan buena como un hijo, y la abandonó en el monte Partenio, de acuerdo con una versión de la historia.[35] Una osa adoptó a la niña, cosa que resultaba muy apropiada para el círculo de Ártemis,[36] en el que se consideraba osas a la Gran diosa y a sus pequeños dobles, y así se las llamaba. Unos cazadores encontraron a la niña y la criaron. Según otra leyenda, Atalanta había abandonado la casa paterna por voluntad propia, para que no la obligasen a casarse,[37] y se había retirado al bosque, donde cazaba sola. En cierta ocasión tuvo una experiencia similar a la de Ártemis, cuando dos jóvenes gigantescos, hijos de Aleo,[38] la persiguieron; Atalanta fue atacada por dos centauros, y los mató a ambos con sus flechas.[39]

Al igual que Ártemis,[40] tampoco ella resultó ser inmune al amor. La belleza[41] de la rubia cazadora atraía a sus pretendientes incluso hasta dentro del bosque,[42] por más que ella les hubiese impuesto una dura condición. Atalanta era la corredora más rápida del mundo, y les proponía echar una carrera en la que estaba en juego el matrimonio o la muerte. Concedía una ligera ventaja al pretendiente y prometía rendirse ante aquel que lograse alcanzar la meta antes que ella; de lo contrario, tendría el derecho de matarlo con sus flechas.[43] No se ha conservado el número de hombres a los que mató; se presentaba a la carrera desnuda, como hacían los jóvenes, y ninguno podía resistir la tentación.[44] Pero también Hipómenes, descendiente de Posidón, era bello como Hipólito, y con un nombre similar; el del primero significa «el ímpetu del caballo», mientras que el nombre del favorito de Ártemis significa «caballo desenfrenado». El astuto Hipómenes participó con tres manzanas de oro en su mano, y eso fue lo que decidió el resultado de la carrera.

Las manzanas provenían de la corona de Dioniso, y Afrodita se las había entregado al joven.[45] Emanaba de ellas una irresistible fascinación amorosa,[46] y cuando Atalanta las vio, fue presa de una exaltación amo-

rosa.[47] Hipómenes arrojó las manzanas de oro a sus pies. ¿Se quedó Atalanta realmente fascinada por su brillo, como una ingenua muchacha? Lo cierto es que se entretuvo en recogerlas, y mientras tanto el esposo había llegado ya a la meta. Atalanta lo siguió hacia el interior de una selvática espesura,[48] en la que había un santuario oculto semejante al del Lucus Nemorensis del lago de Nemi, adonde Ártemis acudió con su amado Hipólito y adonde más tarde los cazadores llevaban como ofrenda a la diosa una rama de la que todavía colgaran manzanas.[49] El santuario en el que Atalanta se unió a Hipómenes pertenecía a la Gran Madre de los dioses,[50] quien, como sabemos, era conocida también como la Gran Ártemis.[51] Se dice que ésta castigó a los dos amantes convirtiéndolos en un león y una leona que unció a su carro; se trata de una leyenda tardía que les otorga la inmortalidad, pues en ella los amantes toman parte para siempre de los cortejos triunfales de la Madre de los dioses. Es bien sabido, o al menos eso decía la gente en aquellos tiempos, que los leones mantienen la castidad entre ellos y se acoplan tan sólo con leopardos, de manera que con su transformación Hipómenes y Atalanta fueron condenados a la castidad eterna.[52]

Con anterioridad se explicaba asimismo la propuesta de matrimonio que Atalanta recibió de su primo Melanion.[53] En ocasiones se le confunde con Hipómenes,[54] y es posible que no sin razón. Se trata de la misma historia de amor, salvo que la muchacha divina de esta versión se muestra desde el principio más amigable. El nombre del joven también parece ser más antiguo que el de Hipómenes o Hipólito; unas veces lo escriben Melanion, otras Meilanion, de modo que no es posible traducirlo con seguridad. En Atenas, en época de Aristófanes, a los niños se les decía[55] que:

> Había una vez un joven llamado Melanion que,
> escapando del matrimonio,
> se fue a vivir a las montañas.
> Cazaba liebres,
> preparaba trampas
> y tenía un perro.
> Nunca más regresó a su casa.

La historia continuaba probablemente con el momento en que Melanion veía a Atalanta en las montañas y empezaba a cortejarla ofreciéndole un cervatillo[56] como presente. La cortejó durante largo tiempo, tanto que su cortejo se hizo famoso por este motivo. En esta versión también tenía rivales,[57] pero él se imponía porque era quien más tiempo había soportado la dureza de la vida del cazador[58] por ella. Y se hablaba incluso de la unión amorosa[59] de ambos y se mencionaba el hijo que Atalanta le dio a Melanion; su nombre era Partenopeo,[60] «hijo de una virgen», quien más tarde acompañaría a los Siete contra Tebas.

Cuando Atalanta apareció en Calidón para participar en la cacería, se produjo una gran excitación entre los hombres. Eneo hospedó a todos los héroes durante nueve días,[61] pero no querían emprender una caza tan peligrosa mientras hubiese una mujer con ellos. Probablemente, el que los hombres fuesen a cazar sólo con hombres era una antigua costumbre sagrada y se trataba de la primera vez que una mujer pretendía tomar parte en su cacería. Pero Meleagro, según Eurípides, que llevó a escena la vieja historia, empezó a cortejar a Atalanta desde el primer momento en que la vio,[62] y al décimo día obligó a los héroes a comenzar la cacería.[63] Anceo era uno de los que más se oponía y cayó víctima del jabalí. No fue la única desgracia que ocurrió en esta cacería: Peleo hirió accidentalmente con su espada a su suegro Euritión, y otro cazador además de Anceo también fue muerto por el jabalí. Al final ocurrió el mayor desastre de todos.

La cacería duró seis días,[64] y al sexto Atalanta y Meleagro mataron juntos al jabalí. Ella hirió primero a la bestia con una flecha, y él le dio el golpe de gracia. Ahora tocaba dividir la carne para celebrar una gran fiesta a continuación, que era lo normal entre hombres cuando salían de caza. La cabeza y la piel del jabalí correspondían al que lo había matado,[65] pero Meleagro le cedió esas partes a Atalanta. Esto era más de lo que sus tíos, los hermanos de Altea, podían soportar. Reclamaron con insistencia los derechos de la tribu a la que representaban.[66] Estalló una pelea; le arrebataron los trofeos a Atalanta, la pelea se convirtió en una batalla y Meleagro mató a sus tíos. A Altea no tardó en llegarle la noticia de que sus hermanos habían muerto a manos de su hijo y de que la triunfante muchacha extranjera se hallaba en posesión de los trofeos.

La lucha entre Meleagro y los hermanos de su madre fue pronto re-

presentada en las pinturas. Se contaba una historia acerca de cierta guerra entre los Etolios de Calidón y los Curetes de Pleurón,[67] y cuanto más poeta épico era el narrador, más se olvidaba de que Atalanta era el origen de la pelea y nada decía del tizón, que aún no se había consumido del todo y se hallaba en posesión de Altea, la mujer de Pleurón. De acuerdo con la historia que narra el viejo Fénix[68] en la *Ilíada*, la irritada madre de Meleagro cayó de rodillas, con el pecho bañado por las lágrimas, golpeó la tierra con sus manos e invocó a los dioses del Más Allá, Hades y Perséfone, deseando así la muerte de su propio hijo.

El poeta épico continúa[69] la historia explicando que cuando Meleagro se enteró, se irritó con su madre, abandonó la batalla y fue a yacer junto a su esposa, la hermosa Cleopatra, hija de Idas y Marpesa. También en esta versión, que nada sabe de Atalanta y del tizón, sucumbía al encanto femenino. En vano le suplicaron los ancianos de Calidón[70] que fuese a hacer frente al enemigo, en vano lo hizo su padre, su madre y los hermanos. Permitió que los Curetes penetrasen en la ciudad e incluso en su casa. Sólo cuando empezaron a caer piedras sobre el techo de la habitación en la que Meleagro yacía junto a la hermosa Cleopatra, y su esposa le rogó llorando que la protegiese de la vergüenza de la esclavitud, Meleagro volvió a armarse y expulsó al enemigo de la ciudad.

Pero las Erinias habían escuchado la maldición materna en el Érebo.[71] Apolo encontró a Meleagro en la batalla con sus flechas mortales.[72] La mano del dios hizo que el poder mágico del tizón resultase nulo y superfluo. Originalmente la historia no era así. La otra versión se había explicado desde tiempo inmemorial y así la llevó a escena un antiguo poeta trágico:[73] «Él no pudo evitar su suerte funesta, porque, cuando el tronco quedó destruido, la rápida llama del tizón ardiente lo devoró; ésta fue la obra de la terrible madre, urdidora de males». Eso fue lo que hizo Altea; sacó de su cofre el tizón que con tanto cuidado había conservado y lo arrojó al fuego. Cuando se hubo convertido en cenizas, Meleagro cayó en el campo de batalla,[74] o, en la versión más antigua,[75] mientras dividían el jabalí, junto a los cadáveres de los hermanos de su madre.

Las mujeres de Calidón no dejaban de lamentarse por el héroe muerto en la flor de la vida. Y por su incesante lamento fueron convertidas en las aves a las que los hombres llaman *meleagrides*, conoci-

das también como gallinas de Guinea.[76] Cuando en una estela ática aparece un joven muerto como un cazador que sueña, en cierto sentido se trata siempre de Meleagro; su historia no es evocada en sus detalles, sino como la historia de una muerte prematura e inmerecida. En el Más Allá era el único ante cuyo fantasma incluso Heracles se asustó,[77] y cuando Meleagro le contó entre lágrimas la historia de la caza de Calidón, por primera y única vez asomaron lágrimas a los ojos del más grande de los héroes, el hijo de Zeus y de Alcmena.

LIBRO SEGUNDO

HERACLES

El héroe entre los dioses era Dioniso. Su concepción y nacimiento en el palacio del rey Cadmo de Tebas como hijo de Zeus y de la princesa Sémele fueron dignos de un verdadero héroe. De un origen tal podría haber derivado una carrera heroica si Dioniso no hubiese sido un dios, un dios que entraba a su manera, a través de su madre, en una relación más íntima con los mortales que cualquier otra divinidad, a excepción de Asclepio. Además, muchos estaban convencidos de que ese nacimiento era tan sólo uno de los tres, el que tuvo lugar entre su primer nacimiento, de Perséfone, y el tercero, del muslo de Zeus, y por ello los entendidos le llamaban «el nacido tres veces».[1] Esos otros nacimientos lo convertían en algo más que un héroe. Había nacido de Perséfone como un dios y el propio Zeus le otorgó el estatus de nuevo dios. Tal cosa sólo aconteció una vez en la historia de los dioses.

En el caso de Heracles ocurrió algo similar, pero sólo en parte. Entró en la vida mortal al ser engendrado por Zeus con una madre mortal. Tuvo que recorrer una larga vida terrenal antes de poder celebrar su subida al Olimpo, y sombras oscuras lo envolvieron antes de su gloria final. Probablemente los griegos que mejor lo sabían eran los habitantes de la isla de Cos,[2] que por la tarde quemaban una oveja, como corresponde al sacrificio a un héroe, y a la mañana siguiente le sacrificaban un toro, como le corresponde a un dios. De acuerdo con las inscripciones y restos de sacrificios encontrados en las excavaciones de su templo en Tasos, los habitantes de esta otra gran isla se comportaban de manera análoga. El historiador Heródoto creía que había encontrado

allí al mismo dios que había conocido en Fenicia entre los habitantes de Tiro.[3] Por esa razón aprobaba el uso del doble sacrificio. Pero difícilmente podía tener razón cuando intentaba separar al dios del héroe, como si fuesen personas diferentes; en tal caso deberíamos distinguir entre el Dioniso hijo de Perséfone y el Dioniso hijo de Sémele. Una vez más, aquí debemos reconocer al uno en el otro.

Al parecer,[4] inicialmente los habitantes de Sición tan sólo ofrecían sacrificios al héroe; pero muy pronto se informaron mejor y empezaron a ofrecerle ambos tipos de sacrificio. Que Heracles era un dios se lo dijo alguien capaz de juzgarlo, en concreto aquel Festo que había llegado hasta ellos como extranjero, probablemente desde Creta, y tras convertirse en rey de Sición, viajó a esa gran isla meridional para asumir su soberanía.[5] Se suponía que Festo era un hijo o nieto del propio Heracles, que, en su calidad de Dáctilo del monte Ida, tenía también un origen cretense. Había además una leyenda acerca de otro descendiente de Heracles, también un Dáctilo del monte Ida en Creta, un tal Clímenos de la ciudad cretense de Cidonia.[6] Y como Dáctilo, no como hijo de Zeus y Alcmena, según se decía,[7] llegó de Creta y organizó junto a sus hermanos la primera carrera en Olimpia, antiguo lugar de culto de Hera.

En su calidad de Dáctilo, era venerado entre los tirios, los jonios de Asia Menor,[8] los habitantes de Cos y, por supuesto, también los de la isla de Tasos. La tradición sugiere[9] que la primera mitad del sacrificio de los habitantes de Cos honoraba a Heracles el Dáctilo. El hecho de que en Cos se le venerase como dios del matrimonio[10] resultaba asimismo apropiado para un Dáctilo. Las características de Dáctilo marcaron el principio del camino que recorrió. Se le consideraba uno de los seres primigenios, fálicos y nacidos de la Tierra, uno de los hijos de la Madre de los dioses, pero uno en particular, un dios único e incomparable que servía a una diosa. Pero no tenía tanta razón el poeta Onomácrito[11] cuando lo describe como un Dáctilo servidor de Deméter. Eso se adecuaría más bien al principio de una carrera como la de Edipo, que, como sabemos, acabó en un recinto sagrado de Deméter y en el Más Allá. Heracles, en cambio, se elevó a hijo de Zeus en cuanto sirvió a Hera, la gran diosa del matrimonio.

De la divinidad de este sirviente de una diosa dan prueba los ritos que en Cos y Sición formaban una unidad, aunque en dos fases. Su re-

lación con Hera queda de manifiesto no sólo por su función de dios del matrimonio en Cos, sino también por su propio nombre, Heracles, con su significado evidente de «aquel a quien Hera dio la gloria». A continuación narraremos de qué manera obtuvo esta gloria. Él llevaba consigo el carácter divino incluso en las historias del hijo de Zeus y Alcmena, que es como había de conocerle el mundo entero. Tenía razón[12] el sabio poeta que lo había llamado *heros theós*, «héroe divino». Probablemente se contaban historias heroicas de otros dioses que lo precedieron, pero ninguno fue con tanta claridad el dios entre los héroes como Heracles.

CAPÍTULO I

LOS RELATOS TEBANOS

1. Antepasados

Puede que no resulte exagerado afirmar[1] que ningún otro dios fue tan honrado por los tebanos con procesiones y sacrificios como Heracles. Los tebanos se sentían muy orgullosos de que no sólo Dioniso sino también Heracles hubiesen nacido en su tierra. De acuerdo con los cálculos de los mitógrafos, ello sucedió durante el reinado de Creonte, tío de Edipo. También Anfitrión, el padre mortal de Heracles, era un héroe tebano, como Edipo; y también Alcmena, madre del hijo de Zeus, era venerada como una heroína beocia. Anfitrión y Alcmena descendían, según los mitógrafos, de Perseo, puesto que Heracles era conocido igualmente como héroe de Tirinto, perteneciente al reino de Argos y Micenas.

Los hijos de Perseo reinaban en tres fortalezas de la región de Argos: Micenas, Tirinto y Midea. Uno de esos hijos se llamaba Alceo (*Alkaios* o *Alkeus*). Hijo suyo era el ya mencionado Anfitrión, según los mitógrafos. Se decía que Heracles era conocido como Alcides a partir del nombre de su abuelo, pero su nombre aludía más bien al valor, *alké*, del héroe. Había también algunos que pretendían que el propio Heracles se había llamado antes Alceo,[2] o simplemente Alcides,[3] pero que más tarde el oráculo de Delfos le cambió el nombre.[4] Su madre Alcmena llevaba asimismo la palabra «valor» en su nombre. A Alcmena se le atribuía como padre a Electrión, un segundo hijo de Perseo, de modo que se referían a ella como la muchacha de Midea, por el nombre de la tercera ciudad de los Perseidas.[5] Su hijo era llamado «el tirintio» por la ciudad fortificada de Tirinto,[6] y se decía que su marido Anfitrión no se había trasladado de Tirinto a Tebas hasta después del nacimiento de

Heracles.[7] Esto ocurrió después de la muerte de Electrión. En ese momento, el tercer hijo de Perseo, Esténelo, obtuvo la soberanía de Micenas y Tirinto, y cedió la de Midea a los hijos de Pélope, Atreo y Tiestes. Después de Esténelo, su hijo Euristeo se convirtió en rey de Micenas y Tirinto,[8] y por lo tanto en tirintio y señor de Heracles,[9] aun cuando éste, según se decía en época más tardía, había nacido en Tebas. Los sucesos que condujeron al nacimiento del héroe se remontan, sin embargo, al reinado de los hijos de Perseo.

Frente a la Grecia continental, por la parte occidental, delante de la región de Acarnania, se hallan las islas de los tafios o teleboanos, aquellos «cuyo grito se escucha de lejos». Allí reinaba el rey Pterelao. Gracias a los dones de Posidón, nunca sería vencido mientras conservase un pelo de oro.[10] El dios del mar era su abuelo, y su bisabuelo por parte materna era Méstor, un hijo de Perseo. Los seis hijos de Pterelao, que eran piratas salvajes,[11] aparecieron una vez frente a Micenas y reclamaron el reino a Electrión, que tenía ocho hijos además de su hija Alcmena. Por eso Electrión expulsó a los hijos de su hermano Méstor, pero éstos le robaron su ganado y, como ocurría con bastante frecuencia en tiempos heroicos, estalló una disputa por las vacas. En la batalla cayeron siete de los hijos de Electrión (el octavo era demasiado pequeño) y cinco hijos de Pterelao. El resto de los tafios regresaron a sus barcos, que habían dejado varados en la costa occidental del Peloponeso, después de entregar el ganado al rey de la Élide, Polixeno. Anfitrión volvería a comprárselo más tarde. Electrión le había confiado su reino y su hija, pues era su sobrino, y se disponía a marchar contra los teleboanos, para vengar a sus hijos. Pero entonces ocurrió otra desgracia, de nuevo a causa de las vacas que Anfitrión había recuperado y traído de vuelta. No se han conservado los detalles, tan sólo el dato de que Anfitrión se dejó llevar por la ira.[12] ¿O fue una simple casualidad que arrojase su bastón contra una de las vacas? El bastón rebotó en el cuerno del animal y mató a Electrión. Por lo tanto, Anfitrión tuvo que emprender la campaña contra los teleboanos, y no podía tocar a Alcmena, la esposa que le había sido confiada, hasta haber vengado a sus siete hermanos. Ésa fue la condición que ella misma impuso tras la muerte del padre. La concepción de Heracles, hijo del rey de los dioses, por esta princesa virgen se estaba preparando.

Anfitrión, como sabían los narradores que situaban la concepción y nacimiento en Tebas, tenía antes que buscar una nueva patria para sí mismo y para Alcmena. Su tío Esténelo lo expulsó del reino[13] después de matar a Electrión, ya fuese como resultado de la ira o por puro azar. De modo que la joven pareja llegó a Tebas, donde Creonte purificó a Anfitrión del homicidio. Alcmena siguió siendo su esposa virgen hasta que su sed de venganza no se hubo visto satisfecha, pero eso aún tardaría. En aquel tiempo, Tebas sufría el flagelo de un zorro,[14] una peligrosa criatura que tenía su madriguera en el monte Teumeso; y como corría tan rápido que nadie lograba darle alcance, se llevaba de la ciudad todo lo que quería. Cada mes los tebanos le ofrecían un niño para que el animal dejase vivir a los demás.[15] Ni siquiera Anfitrión hubiese podido matarlo, pues estaba ocupado reuniendo un ejército para marchar contra los teleboanos. Así que tuvo que recurrir a Céfalo, el héroe ático, cuya mujer Procris había traído consigo desde Creta[16] el perro de Minos, regalo de Zeus a Europa.[17] Del mismo modo que nadie podía capturar el zorro del Teumeso, este perro tampoco dejaba escapar jamás a su presa. Siguió al zorro por la llanura de Tebas, y Zeus los convirtió a ambos en estatuas de piedra. Entonces Anfitrión se puso en camino con Céfalo, Panopeo de Fócide y Heleo, el más joven de los hijos de Perseo, para luchar contra los tafios. Tuvieron la fortuna de que Cometo, hija de Pterelao, se enamorase de uno de los capitanes, ya fuese Anfitrión o el apuesto Céfalo,[18] y robase a su padre el pelo de oro que lo hacía invencible. Con tal ayuda, Anfitrión logró vengar a los hermanos de Alcmena y regresó victorioso a su lado.

Pero la noche de bodas con su esposa virgen, la nieta de Dánae, no le estaba reservada. Zeus acudió a ella con el aspecto de Anfitrión; con un cáliz de oro en la mano y un collar semejante al que le había regalado a Europa,[19] el rey de los dioses entró en su habitación.[20] Ella le interrogó acerca de la victoria obtenida sobre los teleboanos, y el dios, que había adoptado la apariencia del marido, le informó de que la venganza se había cumplido; el cáliz era la prueba, pues se trataba de un regalo de Posidón al primer rey de los tafios.[21] El matrimonio se consumó, con Zeus en el lugar del vencedor mortal,[22] en una noche de la que se decía que duró tres veces más que una noche normal. Del mismo modo que la primera noche en la que Hermes cometió un robo, la luna

había salido dos veces,[23] también de esta noche se dijo que había salido tres veces. Por esa razón Heracles, el fruto de la noche de Zeus y Alcmena, fue llamado *triselénos*, hijo de la triple luna.[24]

Tanto si Anfitrión regresó la misma noche,[25] o bien la siguiente,[26] el caso es que Alcmena quedó embarazada de gemelos, uno hijo de Zeus y el otro de Anfitrión, llamado Ificles, «famoso por su fuerza». Pero también se decía que el vencedor no fue recibido por su esposa como él había esperado, pues ella le dijo: «Viniste ayer, me hiciste el amor y me hablaste de tus gestas»,[27] y le mostró el cáliz como prueba. Entonces Anfitrión se dio cuenta de quien había ocupado su lugar (hay quien dice que el adivino Tiresias le ayudó),[28] y no tocó a la esposa del dios.

2. El nacimiento del héroe

Siguiendo con la historia, no resulta fácil atenerse estrictamente a la antigua leyenda según la cual Hera procuró a Heracles la gloria, tal y como indica su nombre. Sin embargo, como los artistas antiguos decoraban los templos de la reina de los dioses con las gestas de Heracles, por ejemplo, en Paestum, donde desemboca el río Sele, debemos creer que Hera podía estar satisfecha con las hazañas del héroe. En los relatos tradicionales parece, no obstante, que ella era su enemiga acérrima. Este estado de cosas comenzó inmediatamente antes del nacimiento del héroe, cuando Alcmena estaba a punto de salir de cuentas. El día en que ella iba a dar a luz a Heracles, Zeus fue víctima de Ate, la insensatez, y anunció en voz alta a todos los dioses:[29] «Oídme todos, dioses y diosas, para que os manifieste lo que en el pecho mi corazón me dicta. Hoy Ilitia, la que preside los partos, sacará a luz un varón que, perteneciente a la familia de los hombres engendrados de mi sangre, reinará sobre todos sus vecinos». Pero Hera fingió no creerle y le hizo jurar solemnemente que «reinará sobre todos sus vecinos el niño que, perteneciendo a la familia de los hombres engendrados de tu sangre, caiga hoy entre los pies de una mujer». Zeus no se percató de la trampa y pronunció un gran juramento. Entonces Hera se levantó y abandonó la cima del Olimpo a toda prisa, se fue corriendo hasta Argos, donde sabía que la mujer de Esténelo, hijo de Perseo, estaba embarazada de siete meses.

Hizo que el niño naciera prematuramente y pidió a las Ilitias que detuviesen el parto de Alcmena. Después de hacer todo esto, le anunció a Zeus que aquel hombre que iba a reinar sobre todos los argivos acababa de nacer: Euristeo, hijo de Esténelo. De nada sirvió que Zeus cogiera por el pelo a Ate, la diosa de la insensatez, y la arrojase desde el Olimpo para que cayese entre la humanidad. No podía retirar su juramento.

Parece ser que, a pesar de todo, Heracles vio la luz ese mismo día, pero fue Euristeo, cuyo nombre significa «el ampliamente poderoso» –un nombre que hubiese resultado apropiado para el rey del Inframundo–, y no él, quien llegó a ser rey del reino de Argos y Micenas, mientras Heracles siguió siendo su súbdito, aun cuando, de acuerdo con esta versión, había nacido en Tebas. Ilitia se sentó en el vestíbulo del palacio en el que Alcmena yacía de parto.[30] Junto a ella estaban las tres Moiras, con las piernas cruzadas y sus manos firmemente apoyadas en ellas. En ese momento una comadreja pasó de repente por delante.[31] Asustadas, las diosas levantaron las manos y lo que estaba cerrado se abrió. Quizá no fuese una comadreja, sino «la muchacha comadreja», Galintias o Galantia (*galê* significa «comadreja»), la compañera de juegos de Alcmena, que fue quien ideó la siguiente estratagema: la joven salió de la habitación de la parturienta, fue hasta las diosas que estaban en el vestíbulo y gritó: «De acuerdo con la voluntad de Zeus, Alcmena acaba de dar a luz a un hijo, y vosotras ya no tenéis nada más que hacer aquí»; sorprendidas, las diosas abrieron sus manos, y en aquel momento Alcmena dio a luz a Heracles. En ese momento las diosas, que habían sido engañadas, transformaron a la astuta muchacha en el animal que, según se seguía creyendo mucho después, concibe a través de la oreja y pare por la boca. Hécate la tomó como su sirvienta sagrada. Heracles fundó el culto de Galintias en su casa, y los tebanos le ofrecían sacrificios cada año antes del festival del héroe. Explicaban también[32] que las víctimas del engaño no fueron las diosas, sino unas brujas malvadas que habían sido burladas por Hístoris, «la docta», una hija de Tiresias, con la falsa noticia de que Alcmena había dado luz a su hijo. La comadreja, debido a su supuesta capacidad de concebir a través de la oreja, acabaría convirtiéndose en una alegoría de la virgen María.

Heracles nació el segundo día de la luna,[33] y tras él (la noche si-

guiente, según aseguraban muchos),[34] su hermano gemelo Ificles. Era un doble de su hermano tan sólo por el nombre, un Heracles como él antes de que se hiciese famoso no sólo por su fuerza, sino también gracias a la ayuda de Hera. Casi no hay relatos sobre Ificles, a excepción de que abandonó su casa y a sus padres, como si Zeus le hubiese privado del entendimiento, y se avino voluntariamente a ser el sirviente de Euristeo.[35] Se decía que más tarde se arrepintió, pero no sabemos nada más. El compañero favorito de Heracles no fue él, sino Yolao, de quien se decía que era hijo de Ificles, y a quien los tebanos veneraban tanto como los argivos a Perseo.[36] En lo que respecta a Heracles, Zeus y Hera estaban de acuerdo;[37] Euristeo mantendría la soberanía en Tirinto y Micenas, y Heracles permanecería a su servicio hasta que hubiese llevado a cabo sus doce Trabajos, tras los cuales el hijo de Zeus habría de alcanzar la inmortalidad que le correspondía por sus hazañas.

Pero la historia empieza mucho antes de tal cosa. Existe también una leyenda que dice que Alcmena, por miedo a los celos de Hera, abandonó al pequeño Heracles inmediatamente después de su nacimiento, en un lugar que más tarde sería conocido como la llanura de Heracles.[38] Palas Atenea y Hera pasaban por allí, en apariencia por casualidad, pero no sin intención por parte de la diosa virginal, a quien la *alké*, el coraje guerrero, la unía fuertemente con el hijo de Alcmena. Atenea expresó su admiración por el fornido bebé y persuadió a Hera de que lo amamantase. Sin embargo, él chupó con tanta fuerza que la diosa no pudo soportar el dolor y apartó al niño de su seno, pero la leche de la Reina de los dioses ya lo había hecho inmortal. Atenea, muy contenta, devolvió el niño a su madre. No obstante, según otra leyenda,[39] lo que sucedió es que mientras Hera estaba dormida Hermes llevó al pequeño Heracles a su sede celestial y se lo puso en el pecho, y cuando ella lo apartó por el dolor salió un chorro de leche y se formó la Vía Láctea.

Eso ocurría en el cielo, pero en el palacio de Anfitrión sucedieron otras cosas. De acuerdo con una historia antigua,[40] fue justo después de que naciesen los gemelos; de acuerdo con una más tardía, cuando ambos tenían diez meses.[41] La imagen de un niño divino entre dos serpientes podía resultar desde hacía tiempo familiar a los tebanos, quienes veneraban a los Cabiros, si bien no en cuanto un primer acto heroico como en la historia que viene a continuación. La puerta de la habitación

de Alcmena, en la que estaban los recién nacidos envueltos en sus pañales de color azafrán, se quedó abierta. Dos serpientes, enviadas por la reina de los dioses, se colaron dentro y, con sus fauces abiertas, amenazaron con devorar a los bebés. Pero el que habría de adquirir fama gracias a Hera, el hijo de Zeus, levantó la cabeza y se batió por primera vez. Con sus dos manos agarró a las dos serpientes y las estranguló hasta que la vida abandonó sus horribles cuerpos. El miedo paralizó a las mujeres que asistían a Alcmena en su lecho, pero la madre saltó para impedir el acto violento de los dos monstruos. Los Cadmeos acudieron con sus armas, el primero de todos Anfitrión, espada en mano, pero se detuvo desconcertado por la sorpresa, el horror y la alegría, al comprobar la fuerza inaudita y el valor del niño. Enseguida hizo venir del palacio vecino al famoso adivino de Zeus, Tiresias, quien anunció a él y a todos los presentes el destino futuro del niño, los muchos animales salvajes que iba a matar en la tierra y en el mar, cómo habría de combatir junto a los dioses contra los gigantes y cuál era la recompensa que le aguardaba al final.

Nada sería más fácil que continuar ahora con la enumeración de los maestros de Heracles, como acostumbraban a hacer los narradores más tardíos,[42] quienes afirmaban que Anfitrión le había enseñado a conducir al carro, Éurito a disparar con el arco, Cástor a luchar con armas pesadas, Autólico a luchar cuerpo a cuerpo y así sucesivamente, como si Heracles no hubiese sido más que un príncipe, de origen divino evidentemente, pero no un ser divino, no uno que se parecía a los demás héroes tan sólo en apariencia, puesto que ellos jamás subieron al Olimpo, sino que, al igual que Edipo, acabaron en el seno de la Madre Tierra. Pero ni siquiera las leyendas de su vida como hijo de Anfitrión y más tarde yerno de Creonte podían mantener en secreto las muestras de su naturaleza salvaje y sobrehumana.

Debió de aprender el alfabeto de Lino, de quien se decía que fue el primero que lo introdujo en Grecia. Todo el mundo sabía que este Lino era hijo de Apolo,[43] o de la Musa Uranía,[44] y que murió muy joven de muerte violenta, y que todos los cantores y tañedores de arpa lo lloraban en los banquetes y en los bailes.[45] Una de las versiones de su muerte violenta sostiene que lo mató Cadmo, porque quería ser el primero en haber introducido la escritura entre los helenos.[46] Según otra leyenda

más tardía, Lino tenía que enseñar a Heracles el arte de escribir y de tañer el arpa, y se atrevió a castigar al incorregible niño héroe.[47] Un pintor nos ha dejado la escena en la que el joven héroe rompe la silla en la que estaba sentado sobre la cabeza del maestro. Por esta razón, se nos dice,[48] Anfitrión lo envió a los pastos con el ganado; creció entre los pastores, hasta que a los dieciocho años tenía ya una altura de cuatro codos. El fuego de sus ojos revelaba su naturaleza divina. Era infalible en el tiro con arco o lanzando la jabalina. Su ración diaria consistía en un gran trozo de asado y un cesto lleno de pan negro.[49] Vivía y dormía al aire libre.[50] Pero esto se refiere ya a la vida del héroe durante sus vagabundeos, no al tiempo pasado entre los pastores en el Citerón, donde eso hubiese sido la cosa más natural del mundo.

En el santuario de Apolo Ismenio en Tebas se mostraba un trípode que, según se decía, había sido dedicado por Anfitrión[51] en recuerdo del año en que su hijo Alceo[52] había sido el joven sacerdote coronado de laurel, un cargo anual entre los tebanos. La lucha entre Heracles y su hermano por el trípode de Delfos, por otro lado, está atestiguada en monumentos artísticos mucho más antiguos que este relato. No obstante, esta lucha fraternal se produjo mucho después en el curso de la vida del héroe y se explicará en su momento. Debemos pasar ahora a los relatos de los sucesos de su juventud, en Tebas o en las montañas circundantes. Allí debía cumplir su primera acción heroica y mostrar su naturaleza de dáctilo por vez primera.

3. Los relatos de su juventud

El Citerón, en cuyas laderas los pastores tebanos apacentaban a sus animales, era el escenario de numerosas historias de dioses y héroes. Fue allí donde Zeus y Hera se encontraron para sus bodas divinas; allí buscaron a Dioniso las hermanas de Sémele; allí fueron abandonados Anfión y Zeto, y también el niño Edipo; por allí vagaron errantes Antíope y el anciano y sufriente Edipo. Entre el Citerón y la otra montaña de los dioses en Beocia, el Helicón, se halla la ciudad de Tespias, donde más tarde Heracles, según se afirma,[53] tuvo un santuario de estilo muy antiguo como Dáctilo del Ida. Allí reinaba el rey Tespio en los días en

que el joven héroe vivía con los pastores. No está claro si el león que diezmaba sus ganados y los de Anfitrión vino del Citerón[54] o del Helicón.[55] En época histórica ya no había leones allí, pues Heracles iba a liberar el país de ese azote.

Hércules caminaba entre las montañas sin armas. Por lo que respecta a su famosa maza, sin la cual la posteridad apenas puede imaginarlo, la tradición indica[56] que arrancó del suelo del Helicón un olivo salvaje, con raíces y todo. Los pastores solían llevar esos troncos con forma de clava cuando caminaban; les servían como el arma de caza más simple, no menos que el conocido bastón curvo que arrojaban a las liebres. Más tarde Heracles consagró esta primera maza, o la segunda o la tercera (pues existen diversas versiones)[57] a Hermes *Polygios*, o más bien *Polygyios*, «el que tiene muchos miembros», señal de que un bastón tan poderoso era particularmente apropiado para un ser dactílico como lo era Hermes cuando llevaba este epíteto.

Heracles marchó a combatir con el león y llegó al palacio del rey Tespio. El rey se alegró y lo recibió con hospitalidad y también él, del mismo modo que Autólico los tuvo de Sísifo,[58] quiso tener nietos del héroe. Tenía cincuenta hijas e hizo que todas, una tras otra, yacieran con su huésped. Sólo una se resistió al héroe, y sin embargo fue la que más ligada quedó a él. Las otras tuvieron hijos, una o dos incluso gemelos;[59] estos hijos de Heracles colonizarían más tarde la isla de Cerdeña.[60] Pero aquélla, como se había resistido, se convirtió en su sacerdotisa para toda la vida,[61] la primera de las sacerdotisas vírgenes del templo de Heracles en Tespias, y las sacerdotisas vírgenes son siempre las esposas del dios al que sirven. Después también mató al león, y cubrió su cabeza y sus hombros con la piel del animal.[62] Es bien conocida esta vestidura característica, acerca de la cual existe también otra tradición[63] según la cual se trataba de la piel del león de Nemea. Pero ésa es otra historia que explicaremos más adelante.

Tras sus aventuras entre el Citerón y el Helicón, Heracles regresó a Tebas. Ahora tenía dieciocho años, o eso decían los narradores más tardíos, que no eran capaces de concebir a un héroe de los tiempos primitivos sin edad,[64] y estaba ya provisto de su clava y de su piel de león. Por el camino se encontró con unos emisarios[65] que venían de la ciudad beocia de Orcómeno, una ciudad minia donde entonces reinaba el rey Er-

gino. A su padre lo habían matado años antes los tebanos, irritados por una nimiedad, en una fiesta celebrada en honor de Posidón en Onquesto.[66] A Ergino le correspondía venganza; sitió a los tebanos y les impuso un fuerte tributo: debían enviar durante veinte años cien bueyes anuales a los minios. Esos veinte años todavía no habían transcurrido; Tebas carecía de defensas[67] y en ella gobernaba el débil Creonte. Los emisarios iban a recoger el tributo cuando Heracles se encontró con ellos, y desde luego su actitud no fue conciliadora.

La tradición no dice cómo fue el encuentro entre estos emisarios y el joven héroe, pero sí su resultado: Heracles les cortó la nariz y las orejas, se las colgó alrededor del cuello y envió este tributo a Ergino. Entonces los minios regresaron de Orcómeno para vengarse; Heracles se enfrentó completamente solo a su ejército, al menos según la versión más antigua de la historia.[68] Provisto de armas por Palas Atenea,[69] derrotó a los minios y liberó Tebas. Por su parte, Creonte le entregó a su hija Mégara por esposa,[70] y Heracles la llevó al palacio de Anfitrión al son de la flauta.[71] Nadie podía adivinar el horrible fin que tendría. Creonte le cedió además la soberanía de Tebas.[72]

Según una versión de la historia,[73] Anfitrión habría muerto en la batalla contra los minios, pero según otra siguió viviendo en su palacio con Mégara y sus nietos, cuando el héroe los dejó.[74] Más tarde los tebanos lo veneraban en su tumba heroica, junto a Yolao,[75] hijo de Ificles, su nieto y el favorito de Heracles; fue él quien, según otra tradición, condujo a los cincuenta hijos de Heracles hasta Cerdeña. En Tebas también se mostraban[76] las ruinas de su palacio, que había sido construido para él por los héroes arquitectos Agamedes y Trofonio, hijos de Ergino. Se creía incluso que la cámara nupcial de Alcmena podía encontrarse entre esas ruinas. También los beocios pretendían poseer la tumba de Alcmena en Haliarto, hasta que los espartanos, que habían conquistado la Cadmea, la abrieron y trasladaron su modesto contenido, que incluía una tablilla con caracteres micénicos inscritos, a su propia ciudad.[77] Seguramente se trataba de antiguas tumbas heroicas de época micénica que los tebanos y sus vecinos atribuían a los parientes de Heracles.

Los narradores de esta historia tenían que relacionar a Heracles de algún modo con Tirinto, después de haber expuesto unos vínculos tan

estrechos con Tebas; el héroe tenía que llegar al reino micénico del rey Euristeo, del que era súbdito. Allí dominaba la diosa conocida como Hera Argiva por el nombre de la región. Su templo, situado en una imponente meseta de la montaña situada entre Tirinto y Micenas, no pertenecía a ninguna ciudad en concreto, y tenía además otro templo en Tirinto, donde ella, y no Palas Atenea, era considerada señora del castillo. Y junto con el castillo, también el sirviente de la diosa, Heracles de Tirinto, estaba sometido a Euristeo. Ya hemos explicado lo que se contaba acerca de la estratagema con la que ella había logrado este sometimiento. Se trataba de una historia antigua, pero no tanto como la que hablaba de los vínculos entre Hera y Heracles, que posiblemente eran anteriores incluso a los que unían a la Reina y al rey de los dioses. En un tiempo en el que Zeus todavía no había obtenido por esposa a la Gran diosa de Argos, ella podía haber puesto a disposición del rey de su país a su siervo divino, al que quería dar gloria, aun sin necesidad de argucias. El rey Admeto de Tesalia tuvo un sirviente divino en la persona de Apolo,[78] y también él era un gobernante terrenal con un nombre que hubiese podido designar al rey del Inframundo.

Se dice que Euristeo hizo venir a Heracles de Tebas,[79] o que incluso el propio Heracles tenía ganas de vivir entre los muros ciclópeos de Tirinto,[80] y tuvo que pagar por ello con sus Trabajos. Las historias tebanas no han acabado todavía, pero debemos comenzar ahora las de Tirinto, o las de Micenas, pues Euristeo tenía su residencia en Micenas y allí debía regresar Heracles tras llevar a cabo cada una de las tareas asignadas por el rey, para recibir el encargo de la siguiente.

CAPÍTULO II

LOS DOCE TRABAJOS

1. El león de Nemea

En el margen septentrional de la llanura de Argos, no muy lejos de Tirinto y Micenas, se elevan unas montañas por las que pasa el camino que conduce a Corinto. La más alta, que tiene una forma característica de mesa semivolcada, es el monte Apesas, en el que Perseo hizo por primera vez un sacrificio a Zeus.[1] Las aguas de un diluvio en el que él había flotado habían alcanzado esta cima, según una antigua tradición. A los pies del monte Apesas se extiende el amplio valle de Nemea, en el que hay muchas cavernas. De hecho, allí había un monte llamado Treto, «el perforado».[2] En esta región habitaba un león y la zona montañosa resultaba peligrosa. Un dios lo había enviado allí para castigar a los habitantes del país, descendientes del hombre primigenio Foroneo. Así se nos dice en una historia muy simple,[3] e incluso esto parece excesivo. ¿Acaso no bastaba un león solo como tarea para un héroe, sin necesidad de que lo hubiesen enviado los dioses?

Los detalles de los doce Trabajos de Heracles fueron explicados y adornados desde tiempos muy antiguos por tantos poetas, conocidos y desconocidos, que no sorprende que oigamos diferentes historias acerca del origen de esta criatura salvaje. Según algunos,[4] el león era hijo de la diosa serpiente Equidna,[5] quien lo había engendrado con su propio hijo, el perro Orto; por lo tanto, el león de Nemea era hermano de la Esfinge de Tebas. Hera lo había traído del país oriental de los arimos a su propio país. Según otra versión,[6] el animal habitaba originalmente con Selene, la diosa de la Luna; ella lo apartó de su lado y fue a caer sobre el monte Apesas. De los relatos acerca de la lucha entre Heracles y este

animal prodigioso se deduce también que ningún arma podía herirlo.

Estos detalles, que no dejaban de ampliarse, podrían parecer superfluos, pero, a pesar de ello, el león al que tan sólo Heracles podía vencer tenía seguramente algo de especial. Debía simbolizar la muerte y, en concreto, el Más Allá. Los leones que los artistas antiguos colocaban sobre las tumbas nos recuerdan esta capacidad representativa, aun cuando no pretendiesen representar el león de Nemea. Al parecer, el propio Heracles, después de su victoria sobre los habitantes de Orcómeno, levantó una estatua con forma de león delante del templo de Ártemis Eukleia,[7] nombre que indica que la propia diosa, una «leona para las mujeres»,[8] es una divinidad del Más Allá. En cuanto cazador, Heracles no exterminaba tan sólo los animales comunes de la tierra, como Orión,[9] ni aparecía en su papel de señor del Más Allá como dios de la caza; al parecer, lo que cazaba era la muerte. Venció y capturó animales extraños que pertenecían a los dioses, incluso a los dioses del Inframundo. Cuando después de su victoria sobre el león de Nemea se puso la cabeza y la piel del animal sobre su propia cabeza y hombros, lo que antes asustaba de muerte a los mortales se convirtió en una promesa de salvación.

La historia sigue diciendo[10] que cuando Heracles se puso en marcha contra el león, pasó por la pequeña ciudad de Cleonas, que lindaba con el bosque de Nemea. Según narraciones más tardías, fue Molorco quien lo hospedó, un campesino pobre que trabajaba a jornal,[11] pero en la historia original se trataba probablemente de un hombre primigenio, fundador de la ciudad de Molorquia.[12] El león había matado a su hijo y ahora quería sacrificar su único carnero en honor de su huésped. Heracles le dijo que esperase treinta días; si al trigésimo día no había regresado de su combate con el león, debía sacrificarle el carnero como a un héroe, de lo contrario sería sacrificado a Zeus Salvador. Molorco le enseñó la manera de atacar al león; tenía que tratarse de una lucha cuerpo a cuerpo, aunque Heracles, según aparece en las pinturas, se sirvió de su espada y su lanza, o bien, como se afirmó más tarde,[13] asestó primero un golpe con su clava que dejó aturdida a la bestia. Se abrió paso por la fuerza hasta su madriguera, que según parece tenía dos entradas, una de las cuales había bloqueado Heracles.[14] Le llevó los treinta días hacer todo eso, no llegar de Cleonas hasta Nemea, que está bas-

tante cerca, sino presumiblemente alcanzar las profundidades donde el monstruo tenía su morada. ¿O fue simplemente el sueño en el que cayó después de estrangular al león el que duró tanto? Hay una historia acerca de este sueño,[15] y no debemos olvidar que el Sueño es hermano de la Muerte. Las esculturas de las metopas del templo de Zeus en Olimpia, que representan los Trabajos de Heracles, muestran al héroe todavía medio dormido, en recuerdo de este peligroso sueño. Cuando por fin se despertó al trigésimo día se coronó con apio salvaje, como si viniese de la tumba, pues las tumbas solían adornarse con esta planta.[16] Más tarde, los vencedores en los juegos de Nemea llevaban la misma corona de flores, y siguiendo su ejemplo, también los de los juegos Ístmicos.[17]

La historia sigue diciendo que Molorco estaba a punto de sacrificar el carnero al héroe como ofrenda fúnebre cuando Heracles apareció. Llevaba el león cargado a la espalda. De acuerdo con esta versión, el carnero fue sacrificado a Zeus Sóter, el dios que salva, pero hubiese podido ser la víctima sacrificial que Heracles recibió allí más tarde. Se quedó otra noche con Molorco y por la mañana temprano emprendió camino hacia el sur y atravesó el paso hacia Argos. Desde allí envió una mula a su huésped, pues se lo había prometido, y le rindió tantos honores como si hubiesen estado emparentados por matrimonio.[18] Llegó con el león a Micenas, al palacio de Euristeo,[19] y el rey se asustó tanto de la descomunal hazaña que le prohibió que en el futuro entrase en la ciudad con su botín. Bastaría con que se lo mostrase desde las puertas. Según esta versión, Euristeo ya había hecho que enterrasen un recipiente de bronce en el que se escondía cuando Heracles se acercaba. Se comunicaba con él tan sólo a través de su heraldo Copreo, «el hombre-estiércol».

El héroe despojó al león de su piel invulnerable cortándola con las garras de la propia fiera,[20] pero Zeus, para honrar a su hijo, subió al monstruo a los cielos, donde se convirtió en el Leo del zodiaco.[21]

2. La Hidra de Lerna

Cerca de la ciudad de Argos, hacia el sur, pero no muy lejos de Tirinto y Micenas, en una estrecha lengua de tierra que se extiende entre el monte Pontino[22] y el mar, existen verdaderos abismos llenos de agua

dulce procedente de las muchas fuentes que brotan al pie de esas montañas calcáreas. La historia de las Danaides está ligada a esas fuentes, pero los abismos que se abren debajo están ligados al destino de Dioniso, quien, tras morir a manos de Perseo, los atravesó para llegar al Inframundo y reinar allí, y más tarde, cuando lo reclamaron de nuevo, los atravesó otra vez a su regreso. El Más Allá limitaba con la tierra de Argos en las aguas profundas de Lerna. El centinela apostado en ese límite, a la entrada del reino de los muertos, era la serpiente a la que Heracles tenía que vencer después del león de Nemea.

Se decía también que esta serpiente era hija de la diosa serpiente Equidna,[23] pero que no tenía un hombre concreto, y por lo tanto se referían a ella simplemente con la palabra Hidra, que significa «serpiente de agua». Ella, la «perra asesina de Lerna» (como también se la llamaba),[24] tenía en común con su hermano mayor Cerbero (el otro monstruo del Inframundo) las muchas cabezas. Cerbero era su hermano mayor tan sólo en las genealogías,[25] pero su oficio de vigilante de los muertos permaneció en la memoria de los hombres mucho más que el de la Hidra; esta característica de la serpiente acuática de Lerna pronto fue olvidada. Es verdad que se decía que su aliento mataba a los hombres.[26] Se creía también que era posible indicar exactamente su sede, en las raíces del plátano que se yergue junto a la triple fuente Amimona.[27] En esos lugares de Grecia crecen plátanos gigantescos con raíces gigantescas y cavidades gigantescas. La gigantesca serpiente acuática, según se decía,[28] se había criado en el pantano y asolaba los rebaños y la comarca.

Del mismo modo que a Cerbero se le atribuyen unas veces tres y otras cinco cabezas,[29] resulta igualmente difícil fijar un número exacto para las cabezas de la Hidra. De cinco a doce se muestran en las pinturas, mientras los poetas hablan de nueve,[30] cincuenta[31] o incluso cien.[32] Se afirmaba también que tan sólo una cabeza, en medio de las otras ocho, era inmortal,[33] y los artistas más tardíos representan una de las cabezas de la Hidra con aspecto humano. En eso seguían una tradición muy antigua, pues la imagen de innumerables cabezas de serpiente que salen de un cuerpo normal e informe entra en la historia de Heracles procedente de una mitología muy antigua. Para los primeros pintores de Mesopotamia, que fueron los primeros en fijar su aspecto, su signi-

ficado era inequívoco. De esta manera expresaban la dificultad de lograr la victoria sobre el enemigo contra el que hacían luchar a sus héroes, y ese enemigo, como quiera que se llamase, no podía ser otra cosa que la muerte. La inutilidad de la lucha, excepto para Heracles, se expresaba también en las narraciones griegas en las que se afirmaba que allí donde se cortaba una cabeza nacían otras dos. El propio Heracles necesitaba un ayudante si quería acabar con el monstruo, y en este trabajo estuvo a su lado un joven héroe, su sobrino tebano Yolao.

De la historia de esta aventura tan sólo se ha conservado lo que sigue:[34] el héroe llegó en su carro de guerra, guiado por Yolao, a las cercanías de la muy antigua ciudad de Lerna, y halló a la serpiente infernal en su madriguera junto a la fuente Amimona. Obligó al animal a salir, disparando flechas encendidas dentro de la guarida. En cuanto el animal asomó, él lo atacó. La Hidra se enrolló en uno de sus pies. En las pinturas antiguas vemos a Heracles atacando a la serpiente no con su clava sino con una espada curvada. Pero cada vez que cortaba una cabeza nacían otras dos en su lugar. Además, allí había un cangrejo gigantesco que mordió al héroe en el pie. Tuvo que matar primero a ese guardián del lugar, y por eso llamó a Yolao para que acudiese en su ayuda. El joven héroe necesitó casi un bosque completo para cauterizar las heridas de la serpiente con tizones ardientes, a fin de que no pudiesen nacer más cabezas. Ahora Heracles podía cortar también la cabeza inmortal. La enterró en el camino que conducía de Lerna a Eleunte. Mojó sus flechas en el veneno que llenaba el cuerpo de la serpiente. El cangrejo gigante subió al cielo como la constelación vecina a Leo; fue Hera quien lo puso allí.[35] Se trata del lugar por donde, según la doctrina de los astrólogos, las almas de los hombres descienden a las regiones inferiores,[36] pues en el signo de Cáncer comienza la mitad subterránea del cielo.

Parece que los narradores no se ponen del todo de acuerdo acerca de si Heracles fue obligado por Euristeo a realizar doce Trabajos o bien a pasar doce años empeñado en sus Trabajos, para lo que bastaron sólo diez.[37] Entre los dioses, el tiempo para la purificación y el servicio era de un «año grande», es decir, ocho años normales. Así fue con Apolo,[38] según parece también con Cadmo y, de acuerdo con una versión, con el propio Heracles, pues se decía que había llevado a cabo sus primeros

diez Trabajos en ocho años y un mes.[39] Doce es el número de los meses y el de los signos del zodiaco; y ya hemos visto que el propio Heracles fijó por adelantado el tiempo requerido para enfrentarse al león de Nemea en treinta días. Podría tratarse de una concepción más antigua e incluso oriental, que se ha conservado en sus equivalentes celestiales del cangrejo y del león. El número doce se mostró tan fuerte que acabó por sustituir al número de diez Trabajos, que, sin duda, también había sido el canónico en su momento.

Euristeo, continúa la historia, no quiso reconocer dos de los doce Trabajos, empezando precisamente por la victoria sobre la serpiente de Lerna, porque Yolao había ayudado al héroe.[40] Esas excusas fueron puestas en boca de Euristeo más tarde y ni siquiera de una manera consistente; pero es un hecho que dos de los Trabajos no tenían el mismo objetivo que los dos que acabamos de contar y ocho más, es decir, la lucha contra la Muerte. El deseo de Euristeo era que Heracles sucumbiera en esta lucha; pero en ese caso el Trabajo de Lerna hubiera debido de estar entre los Trabajos que contaban.

3. La cierva de Cerinia

Dos altas cadenas montañosas separan por el oeste la región de Argos de la Arcadia, el Partenio y el Artemisio. Sus nombres (respectivamente, «montaña virgen» y «montaña de Ártemis») nos recuerdan a la gran diosa que imperaba allí. Ártemis tenía su templo en la cima del monte Artemisio, donde era venerada como Enatis, «la de Énoe» («la ciudad del vino»), por el nombre de la pequeña ciudad, la última que pertenecía a la región de Argos. Allí debía dirigirse ahora Heracles, pues Euristeo le había impuesto como tercer Trabajo[41] traer viva a Micenas la cierva con los cuernos de oro. Pertenecía a la diosa de Énoe, pero se escondía incluso de Ártemis en la rocosa colina de Cerinia en la Arcadia.[42] Pastaba por toda la región salvaje de la Arcadia y también en las montañas de la diosa cerca de Argos. Se decía que bajaba desde allí para devastar los campos de cultivo,[43] pero seguramente no era ésta la única razón por la que fue el tercer monstruo, tras el león de Nemea y la Hidra de Lerna, cazado por Heracles.

Incluso en aquel tiempo las ciervas tampoco tenían cuernos, y si una de ellas los tenía, y encima de oro, no se trataba de un animal común, sino de un ser divino. Se decía también[44] que una compañera de Ártemis, la titana Táigete, quien dio su nombre al monte Taigeto, había sido transformada en esta cierva por haber aceptado el amor de Zeus, castigo de Ártemis. Según otros,[45] de esta manera Ártemis sólo intentaba salvarla. Pero cuando Táigete hubo disfrutado de las atenciones de Zeus, consagró como expiación la cierva en la que había sido transformada a Ártemis Ortosia.[46] No resulta fácil distinguir el animal divino de la heroína y de la diosa. Cuando Ártemis fue perseguida por los atrevidos gemelos gigantes, los Alóadas, ella misma fue la cierva perseguida.[47] Una criatura divina con cuernos de oro, la cierva de Cerinia, se dejó dar caza por Heracles, y nunca mejor dicho. Lo difícil, peligroso y extraño de la cierva no era que fuese anormalmente salvaje,[48] cosa que le permitía, en opinión de muchos, ofrecer resistencia al cazador, sino el hecho de que huía y su perseguidor no podía vencer el deseo de capturar aquella extraña presa. El peligro estribaba en la persecución, que lo condujo más allá de las regiones conocidas por los cazadores, hasta otro país del que nadie había regresado jamás. Por eso Heracles tenía que capturar viva la cierva, sin abatirla, lo que hubiese resultado fácil para un arquero tan diestro; no obstante, según una versión muy tardía,[49] acabó haciéndolo. De modo que una vez más le había sido impuesta una caza nada común.

La cierva escapó primero de Énoe hasta el monte Artemisio, después más lejos, a través de toda la Arcadia, hasta el río Ladón. Como el héroe no podía matarla ni herirla, la siguió durante un año.[50] Sabemos a qué lugar lo condujo la criatura a la que perseguía por una oda de Píndaro en la que habla de la rama de olivo salvaje que Heracles llevó a Olimpia para que sirviese de corona para los vencedores, y contamos además con una antigua pintura sobre cerámica. En el poema se dice[51] que Ártemis encontró a su perseguidor en Istria; allí, en el extremo más septentrional del mar Adriático, junto a la desembocadura del río Timavo, la diosa tenía un bosquecillo sagrado en el que se decía que los ciervos vivían en paz con los lobos.[52] Era llamada Reitia por los habitantes de ese lugar, los vénetos, lo que podría ser una traducción de Ortia o bien Ortosia. Perseguida y perseguidor llegaron allí a través del

país de los Hiperbóreos,[53] el pueblo sagrado de Apolo, cuyo país era llamado por los griegos Istria, al igual que la península del Timavo. De ese país del Más Allá trajo Heracles la rama de olivo salvaje a Olimpia, que hasta entonces carecía de árboles. Una pintura vascular antigua, sin embargo, nos muestra que en su persecución llegó más allá del fin del mundo, incluso hasta el Jardín de las Hespérides. En esa representación aparece la cierva al pie del árbol de las manzanas de oro, custodiado por dos mujeres, las Hespérides. De acuerdo con esta imagen, el héroe tomó el camino de regreso, escapando así al peligro de quedarse en el Más Allá; según otros, se llevó como botín los cuernos de oro.

El Jardín de las Hespérides estaba muy lejos del río arcadio Ladón, y sin embargo limitaba con él, del mismo modo que el Inframundo limitaba con Argos en Lerna; se trataba de regiones fuera del mundo en el que vivimos, regiones que poco a poco fueron introducidas en nuestro mundo por los narradores. La serpiente que vigilaba el árbol de las manzanas de oro se llamaba Ladón, como el río.[54] La cierva quiso cruzar a nado las aguas del Ladón, por lo que, según esta versión de la historia, aún no había llegado al otro lado del mundo[55] cuando Heracles apareció y la apresó. Sólo los narradores muy tardíos creían que le había disparado una flecha. El héroe ató las patas de su presa, como muestra un grupo de estatuas del templo de Apolo en Veio, se la cargó a la espalda y viajó de regreso con ella a través de la Arcadia. Allí se encontró con la pareja de hermanos divinos, Apolo y Ártemis, el dios del Más Allá y la diosa de los territorios montañosos y pantanosos que conducen al otro mundo. Estuvo a punto de estallar una disputa entre los hermanos, hijos ambos de Zeus, como más tarde ocurrió por el trípode de Delfos. En algunas representaciones vemos que Apolo intenta arrebatar por la fuerza la cierva al héroe. Ártemis le acusó de matar a su animal sagrado, pero Heracles se excusó alegando que se había visto obligado, y le mostró que llevaba la cierva viva a Micenas, aunque, según ciertas pinturas, sólo llevaba sus cuernos. Entonces la diosa lo perdonó.

4. El jabalí del Erimanto

El lugar originalmente reservado a Ártemis para sus danzas solitarias en las crestas de las montañas, y tan apreciado por ella como el Taigeto,[56] era el monte Erimanto, situado en el ángulo noroccidental de la Arcadia, donde limita con las regiones de la Acaya y la Élide. Hasta allí fue enviado Heracles para su cuarto Trabajo, capturar al jabalí. Cuando la diosa se irritaba con un país, como en la historia de Meleagro, enviaba un jabalí salvaje que arrasaba los campos de los campesinos. Aquí no se nos dice nada parecido, sino tan sólo que los habitantes de la Psófide tenían razón en quejarse del jabalí del Erimanto.[57] Pero tampoco era ésta la razón por la que Heracles tenía que capturarlo vivo y llevarlo a Micenas; a los campesinos les hubiese bastado con que lo matase.

Una vez más, el héroe atravesó el país de Arcadia, y llegó en primer lugar a los bosques de Fóloe, el altiplano situado entre el valle del Alfeo y el Erimanto. En esta región habitaban los centauros, que tenían la misma naturaleza y las mismas costumbres que sus vecinos semi-animales, los lapitas de Tesalia. También había lapitas allí cerca, pero Heracles no tuvo nada que ver con ellos. Fue recibido con hospitalidad por el centauro Folo, que vivía en una cueva.[58] Ofreció carne asada al héroe, mientras él comía carne cruda. En una de las versiones, también estaba presente el sabio Quirón,[59] el más justo de los centauros.[60] Se había retirado ante los lapitas tesalios al Peloponeso, y ahora vivía en el cabo Malea en lugar de en el monte Pelión. ¿Fue Heracles quien pidió el vino o también formaba parte de la hospitalidad de Folo?[61] Abrió el enorme *pithos*, o tinaja, que contenía el vino que pertenecía a todos los centauros. Se decía que ese vino era un regalo de Dioniso,[62] destinado por el dios para el propio héroe;[63] se trataba de un regalo peligroso, pues evidentemente los centauros todavía no conocían su naturaleza. Las antiguas pinturas sobre vasos representan a menudo la escena en la que Heracles saca vino del enorme recipiente, que hasta entonces nadie había tocado.

El perfume del vino atrajo a los demás centauros, y su fiesta pronto se transformó en una pelea, otra escena muy apreciada por artistas y narradores. Se afirma incluso que la pelea se extendió desde las alturas

de Fóloe hasta la cueva de Quirón en el cabo Malea, pues hasta allí persiguió Heracles a los centauros con sus flechas envenenadas. Una flecha que estaba destinada a Élatos lo atravesó y alcanzó al divino Quirón. El héroe intentó curarlo en vano con las medicinas del propio Quirón; el veneno de la hidra era demasiado poderoso. Como había sido herido en la rodilla, el sabio centauro no podía ni curarse ni morir, de modo que se retiró con su herida incurable a una cueva y languideció allí hasta que pudo ofrecerse a Zeus en lugar del atormentado Prometeo.[64] Entonces Quirón murió al fin y Prometeo fue liberado. También la muerte del buen Folo fue causada por una flecha de Heracles. El Centauro extrajo el arma envenenada del cadáver de un centauro y se quedó maravillado de que una cosa tan pequeña pudiese matar a un ser tan grande; la flecha le cayó en el pie y lo mató también. Heracles enterró a su amigo y continuó camino hacia el monte Erimanto.

Allí asustó Heracles al jabalí hasta hacerlo salir de su madriguera, lo condujo hacia las cumbres nevadas, lo capturó con una trampa, se cargó el animal a la espalda y regresó con él a Micenas. Entonces tuvo lugar la escena largamente preparada que tanto gustaba representar a los pintores de cerámica. El héroe, con el jabalí salvaje a la espalda, pisa el borde del recipiente enterrado en el que Euristeo se ha escondido; tan sólo se ve la cabeza y el brazo del cobarde, pues tenía tanto miedo del jabalí como de la muerte.

5. Las aves del lago Estinfalo

En el extremo nororiental de la Arcadia, se extiende el lago pantanoso de Estinfalo. En algún momento estuvo rodeado por bosques umbríos.[65] Allí habitaba un número incalculable de aves[66] que cuando se asustaban y levantaban el vuelo oscurecían el sol.[67] En el Más Allá, las almas, tan innumerables como ellas, subían al cenagoso Aqueronte como «todas esas aves que se amontonan hacia tierra desde alta mar, cuando la estación fría las hace huir allende el ponto y las arroja a tierras soleadas...».[68] «Uno tras otro, cual ave bien alada, más raudos que la llama infatigable, los puedes ver precipitarse a la ribera del dios occidental.»[69] En estas palabras de un poeta trágico, la ribera occidental

donde se pone el dios del Sol significa el reino de los muertos. Las aves nos lo traen a la mente.

Sus imágenes decoraban el templo de Ártemis Estinfalia,[70] la soberana de esos pantanos. Había representadas también muchachas con patas de ave, que representaban a las aves de Estinfalo como las sirenas mortales del pantano. De acuerdo con la historia que nos habla de esos habitantes del pantano,[71] las aves se alimentaban de hombres y habían sido criadas por Ares.[72] Sus plumas eran tan afiladas que herían a aquellos sobre los que se dejaban caer.[73] Decir que dañaban los fértiles campos[74] es quedarse de nuevo corto. Una vez más, a Heracles se le asignó la tarea de enfrentarse a unos seres mortíferos y hacerlos huir. Tenía que expulsar a las aves del lago Estinfalo.

Para ello subió hasta una elevación en un extremo del pantano[75] y asustó a las aves haciendo mucho ruido. Según se decía,[76] utilizó un sonajero de bronce, lo cual bastó para librar el lago de las aves. En una pintura antigua vemos al héroe apuntando con una honda o bien luchando con un bastón, pero el arma que utilizó contra ellas fue sobre todo su arco.[77] Las aves que no fueron alcanzadas por sus flechas volaron hasta la Isla de Ares en el Mar Negro, donde las encontrarían más tarde los Argonautas.[78] En una metopa de Olimpia aparece Heracles mostrando su botín a Palas Atenea, quien según una narración debía de haberlo aconsejado en esta aventura. Se supone que después llevó las aves muertas hasta Micenas como prueba de su hazaña.

6. Los establos de Augias

La siguiente tarea le aguardaba a Heracles en la costa oeste del Peloponeso. Allí reinaba Augias, rey de la Élide, hijo de Helios. Su nombre significa «radiante», y se decía[79] que en sus ojos brillaban los rayos del sol. Parece ser que sus rebaños poseían las riquezas del dios del Sol, pero su reino, situado en la costa occidental, era más bien un reino del sol poniente, un reino del Inframundo, que de la región de la Élide. Euristeo envió allí al héroe,[80] y le encargó una tarea que nos trae a la memoria la otra parte del reino subterráneo, la suciedad que hay junto a sus riquezas. El estiércol del ganado inundaba los establos, y en este caso se afir-

maba también[81] que su pestilencia llenaba el país entero. Heracles tenía que limpiar el estiércol. Su tarea resultaba especialmente complicada porque estaba obligado a completar el trabajo en un solo día.

Igualmente se decía que quien le encargó la tarea no fue sólo Euristeo, sino también Augias.[82] Según una versión,[83] Augias le habría prometido parte de su reino en pago por el trabajo. Parece que, además de parte del reino, al héroe le correspondía la hija del rey, pero si el trabajo no se llevaba a cabo en un solo día, se convertiría en esclavo de Augias y se quedaría limpiando el estiércol de los establos para siempre. Entre las esposas de Heracles se menciona a una hija de Augias, llamada Epicasta.[84] Se ha perdido esa antigua versión según la cual más tarde fue traicionado y no obtuvo su mano, razón por la que más tarde luchó con Augias; otros narradores[85] afirman que Heracles no le dijo al rey que la tarea se la había impuesto Euristeo, y negoció por su cuenta y riesgo una décima parte del ganado como recompensa si lograba limpiar los establos. El testigo de este contrato era Fileo, el hijo del rey. En una metopa de Olimpia podemos admirar el vigor con el que maneja una escoba o un cepillo, pero según narradores más tardíos derrumbó las paredes que circundaban los muros del edificio e hizo que un río, o incluso dos, el Alfeo y el Peneo, atravesasen los establos. La tarea que Augias no creía posible se había llevado a término. Cuando más tarde se enteró, además, de que también Euristeo le había encargado este trabajo a Heracles, rehusó mantener su palabra. De acuerdo con esta versión, que probablemente no es la más antigua, el rey negó haberle prometido nada, y un tal Lepreo, «tiñoso», le aconsejó que encarcelase al héroe.[86] La disputa llegó a los tribunales;[87] Fileo declaró contra su padre. Augias se irritó y expulsó del país a su hijo y a Heracles antes de que la sentencia fuese pronunciad, un *casus belli* que más tarde llevaría al héroe a atacar la Élide.

De regreso a Micenas, Heracles visitó al rey Dexámeno en la ciudad de Óleno. El nombre del rey, «el que acoge», puede indicar tanto a un mortal que ofrece hospitalidad, como al rey del Inframundo, llamado también Polidectes o Polidegmon, «el que acoge a muchos». Por otro lado, Dexámeno, según todos los relatos antiguos, no era el padre de la muchacha a la que Heracles iba a rescatar y ni siquiera era humano, sino un centauro, cuya intención era raptarla.[88] Este centauro al que el

héroe iba a enfrentarse ahora se llamaba también Euritión,[89] un nombre que, al igual que Éurito, significa «buen tirador» y claramente indica un ser del reino de los muertos, un boyero de Gerión. Los artistas orientales representaban a los centauros como arqueros, y de ese modo expresaban la relación que esas criaturas salvajes y violentas mantienen con la muerte. En Grecia se decía[90] que los centauros no utilizaban el arco.

La historia dice que el centauro Euritión tampoco tenía arco. El héroe entró en el palacio del rey de Óleno en el preciso momento en que la boda de la princesa con Euritión se estaba celebrando, pues él se había impuesto como esposo por la fuerza.[91] Puede ser también que las bodas se estuviesen celebrando con un esposo adecuado, y que Euritión, que era uno de los invitados, intentase raptar a la novia.[92] El caso es que Heracles mató al centauro y salvó a la joven, pero no para casarse con ella. Tan sólo en una versión, en la que la esposa se llamaba Deyanira, Heracles, en su calidad de huésped de Dexámeno, la había poseído ya.[93] También le prometió que regresaría para llevarla consigo como esposo. En su ausencia, Euritión aprovechó para obligarla a aceptarlo por esposo; en el momento en que el centauro y sus hermanos pretendían llevarse a la esposa, aparecía Heracles, como había prometido, y una vez más se comportaba como un exterminador de centauros, al igual que ocurriera en la historia de Folo y Quirón.

En Micenas anunció que había llevado a cabo su tarea para el rey de la Élide, pero fue en vano, pues Euristeo no le creyó, y le reprochó al héroe que no lo había hecho sólo por él sino también por Augias.

7. Las yeguas del tracio Diomedes

El orden en el que fueron llevados a cabo los doce Trabajos no siempre era exactamente igual. Pero todos los narradores parecen estar de acuerdo en que el primer Trabajo de Heracles fue la lucha con el león de Nemea y en que para sus primeros seis Trabajos se le asignó en cada ocasión una región del Peloponeso de las que rodeaban Argos, el reino de Micenas y Tirinto. Sólo a partir del séptimo Trabajo Euristeo le impuso viajes cada vez más largos hacia tierras lejanas. Se explicaban mu-

chas historias, cada vez más numerosas, acerca de las aventuras que le ocurrieron durante estos viajes, más allá de cuanto le había sido ordenado. Empezando por el viaje a la Tracia, cuyo objetivo era traer las peligrosas yeguas del rey Diomedes a Micenas. Esta empresa abre ahora la segunda mitad de los doce Trabajos.

Los yeguas de Diomedes se alimentaban de carne humana, y más tarde se dijo[94] que eran las que habían despedazado a Glauco, hijo de Sísifo, en los juegos funerarios de Pelias. En realidad, resulta difícil discernir si las cuatro yeguas, a las que se les daba de comer un hombre sobre una gema –en «sangrientos pesebres», como lo expresa un poeta trágico–,[95] pertenecían a Glauco de Potnia o al rey tracio. En una antigua pintura aparecen ambos como seres alados. No cabe duda de que estaban relacionados con las Harpías, Gorgonas y Erinias, y de que se sentían más a gusto en su casa en la Tracia, la tierra del viento del norte Bóreas, que se acoplaba con yeguas,[96] que en ningún otro lugar. El rey del Inframundo también era *klytópolos*, «famoso por sus caballos»,[97] y los héroes le ofrecían caballos. De modo que cuando alguien aparece representado sentado en un trono, o bien tendido, y al mismo tiempo aparece una cabeza de caballo que mira desde una ventana, no cabe duda de que con esa pintura se pretendía honrar a un muerto. En algunos vasos sepulcrales muy antiguos, los caballos aparecen enganchados solemnemente al carro fúnebre de un héroe; en las historias de narradores más tardíos se les representa mientras hieren salvajemente a los héroes, pero se trata siempre de caballos de la Muerte, y en ese sentido debemos entender también la extraña historia de las yeguas que devoraban carne humana.

Diomedes, que poseía las yeguas de la muerte, era hijo de Ares, el dios de la guerra. Reinaba sobre la tribu tracia de los Bistones, y Euristeo envió a Heracles para que consiguiese sus caballos. El héroe atravesó Tesalia y llegó al palacio del rey Admeto en Feras; la historia fue inmortalizada por Eurípides en su obra *Alcestis*. Admeto, «el indomable», llevaba el nombre de un rey del Inframundo, y era el soberano al que Apolo tuvo que servir durante un año. El dios vigilaba los rebaños de Admeto[98] y abrevaba a sus famosas yeguas,[99] las mejores del mundo.[100] También le ayudó a conquistar a Alcestis, la más hermosa de las hijas de Pelias, rey de Yolco.[101] Pelias había puesto como condición que

los pretendientes de Alcestis[102] debían uncir juntos un león y un jabalí al carro nupcial. Apolo, que ya lo había hecho en las bodas de Cadmo y Harmonía, volvió a hacerlo para Admeto.[103] Se decía también[104] que cuando el esposo abrió la cámara nupcial la encontró llena de serpientes, probablemente por un castigo de Ártemis, a quien el rey había olvidado ofrecer un sacrificio. Puede que se trate de una alusión a un relato más antiguo según el cual Admeto y Alcestis habrían celebrado sus bodas bajo forma de serpientes, como correspondía a una pareja real del Inframundo.

Pero en esta narración, que continúa con la llegada de Heracles a Feras, Apolo prometía aplacar a Ártemis; de hecho, engañó a las Moiras, que estaban presentes en el banquete nupcial. Les sirvió vino hasta que las emborrachó,[105] y entonces les pidió un regalo nupcial. Embriagadas, las Moiras doblaron entonces la corta vida de Admeto, pero con una condición:[106] que el día en que debiese morir otra persona, ya fuese su padre, su madre o su esposa, accediera voluntariamente a dejar esta vida en su lugar. Ese día no tardó en llegar, y Eurípides nos lo describió.

Aquel día Apolo dejó la casa de Admeto, en la que había entrado Tánato, la Muerte.[107] Había venido a buscar a la reina Alcestis, puesto que nadie más, ni siquiera su anciano padre o su achacosa madre, quería morir en lugar de Admeto, tan sólo su joven esposa. Ella se está despidiendo de su esposo y de sus dos hijos pequeños, el palacio está lleno de tristeza y de lamentaciones, cuando llega Heracles.[108] El rey no le dice a su huésped quién es el muerto, sino que deja que siga bebiendo tranquilo. Ya han sacado a Alcestis para el funeral y Tánato, la Muerte, está esperando detrás del sepulcro[109] para llevarse a la reina muerta consigo. Sólo entonces el héroe se entera de lo sucedido. Sale corriendo tras el cortejo fúnebre y en un combate cuerpo a cuerpo con la Muerte logra arrebatarle su presa.[110] En el famoso diálogo en casa de Agatón, el autor trágico, que fue inmortalizado por el gran Platón,[111] se menciona una versión según la cual los dioses del Inframundo en persona dejaron salir a Alcestis, por lo mucho que les había conmovido su llegada voluntaria al Hades. Pero el viejo poeta trágico Frínico[112] describió la lucha cuerpo a cuerpo del héroe con la Muerte.

Al dejar el palacio de Admeto, Heracles viajó al del cruel Diomedes, hijo de Ares, uno de los más terribles dioses de la muerte. Se decía

que mantenía a sus yeguas atadas con cadenas de hierro y las alimentaba con la carne de desventurados extranjeros.[113] Para domarlas, Heracles les arrojó a su propio dueño y dejó que lo devorasen, y entonces se llevó los animales hasta Micenas. Se decía que Euristeo dedicó las yeguas a Hera, y que su raza duró hasta la época de Alejandro Magno.[114]

Otros narradores relacionan esta historia con la fundación de la ciudad griega de Abdera en Tracia. Según ellos, Heracles viajó hasta allí en barco, acompañado por todo un ejército de compañeros;[115] robó las yeguas a sus guardianes y las condujo desde el país de los bistones hasta el mar. Diomedes y los bistones lo persiguieron; entonces el héroe dejó los caballos al cuidado de su favorito, Abdero, y entabló batalla con sus perseguidores, poniendo en fuga a los bistones. Entretanto, Abdero cayó víctima de los caballos, que lo arrastraron hasta la muerte, o bien lo descuartizaron como era su costumbre. Heracles enterró a Abdero y fundó la ciudad de Abdera en torno a su tumba heroica.

Como podemos ver, la narración pasa así de la mitología de los héroes a los relatos de expediciones, en las que participaron muchos de ellos. Se explicaba también que Heracles, después de su hazaña tracia, se unió a los Argonautas;[116] pero no permaneció mucho tiempo con ellos, pues en cuanto atracaron en una bahía del mar de Mármara perdió a su joven acompañante, el amado Hilas, junto a la fuente de las Ninfas.[117] Mientras lo buscaba desesperadamente, la nave Argos zarpó empujada por un viento favorable.[118] Según una leyenda, Heracles llegó después a pie hasta la Cólquide y tomó parte en la conquista del Vellocino,[119] pero según otra[120] regresó a los trabajos que el destino le había obligado a realizar para Euristeo.

Resultaba mucho más propio de Heracles (en Eurípides dice que es su *daimon*, es decir, su destino personal)[121] luchar con esos tres hijos del mortífero Ares, en Tracia, Macedonia y Tesalia –nos referimos a Licaón y Cicno, además de Diomedes–, que tomar parte en la expedición de los Argonautas, que iba a hacer famoso el nombre de otro héroe, Jasón. No se ha conservado el relato de su victoria sobre Licaón, pero un continuador de Hesíodo cantó su lucha con Cicno.[122] A juzgar por su nombre, Cicno, «el cisne», debía pertenecer a los sirvientes y favoritos de Apolo. Habitaba en un bosquecillo sagrado de Apolo, en Págasas, en Tesalia,[123] y atacaba a los adoradores del dios que pasaban por allí con

sus hecatombes de camino a Delfos.[124] En este relato, por lo tanto, no era más que un sirviente de Apolo. Su padre Ares estaba físicamente presente para ayudarlo con sus aurigas Deimo y Fobo, esto es, Miedo y Espanto. Heracles luchó contra Cicno; le acompañaba en el carro Palas Atenea, que sostenía la victoria y la fama en su mano.[125] Su valiente auriga era el héroe Yolao, pero el caballo atado al carro era el divino Arión,[126] que había sido engendrado por Posidón y Deméter.[127] Heracles no lo había robado, sino que lo había recibido de regalo[128] o en préstamo,[129] y luego se lo devolvió a Adrasto.

En ocasiones se dice que el resultado de la lucha fue como sigue: Ares ayudó ciertamente a Cicno, y el rayo de Zeus tuvo que separar a los contendientes.[130] Pero según la mayoría de los narradores, Cicno murió a manos del héroe y tan sólo cuando trabaron combate Ares y Heracles[131] Zeus interpuso sus rayos entre sus dos hijos. En una antigua pintura vascular, el Viejo del Mar y Posidón, por un lado, y Apolo y Dioniso, por el otro, observan el combate desatado en torno al cadáver de Cicno y aplacado por el propio Zeus. En la narración del continuador de Hesíodo, el rey de los dioses no interviene. Atenea advierte con tiempo a Heracles de que Ares intervendrá en la lucha para ayudar a su hijo, y éste hiere al dios en el muslo con su lanza; sus aurigas se llevan al Olimpo a Ares herido. Heracles se queda con las armas de Cicno, que es sepultado más tarde por su suegro Ceix, si bien Apolo hace que el río Anauro[132] se lleve la tumba.

Cicno, al igual que su suegro Ceix y la esposa de este último, Alcíone, pertenecía más bien a las aves. *Keyx* y *alkyone* significan en griego el alción macho y hembra respectivamente. En su origen se decía que eran una pareja humana, con la que Heracles mantenía una buena amistad. Sin embargo, eran tan soberbios que se llamaban a sí mismos Zeus y Hera, y como castigo fueron transformados en aves.[133] Los narradores afirmaban también que el cisne, el ave sagrada de Apolo, del que se creía que cantaba tan sólo cuando sentía que su muerte se aproximaba,[134] era el hijo asesino del dios de la guerra. Pero no podían haber encontrado mejor oponente para él que Heracles, que se adueñó también de las yeguas homicidas de Diomedes y se las llevó a Argos.

8. El toro de Minos

De acuerdo con la mayoría de narradores, Euristeo envió primero a Heracles a Creta para traer el toro y justo después a Tracia para traer las yeguas. En apariencia, el rey Minos era el dueño del toro, pero no podía serlo, puesto que se trataba del mismo toro del que hablamos en las historias de Creta,[135] el mismo del que se enamoró Pasífae. En la narración que nos ha sido transmitida,[136] hay una sola diferencia: que el toro ya no es el amante de la reina. Salió de las olas, según dice la historia, y Minos había prometido previamente sacrificar a Posidón lo que saliera del mar.[137] Pero el animal era tan hermoso que Minos sacrificó otro en su lugar y ése lo envió a sus propios rebaños.

Hasta este punto, la historia es idéntica a la de Pasífae, tal como fue llevada a escena por Eurípides en su obra *Las Cretenses*. Allí, no obstante, el castigo de Minos consiste en la pasión morbosa por el toro que Posidón suscita en la reina.[138] Pero se mencionaba también un ulterior castigo infligido por Posidón:[139] el toro enloqueció y fue necesario que Heracles les liberara de él. Por esa razón envió Euristeo al héroe a Creta, para que trajese el toro vivo a Micenas. El propio Minos le ayudó.[140] Las pinturas antiguas muestran cómo capturó al toro, con una soga que Heracles arroja en torno a su hocico y a una de las patas delanteras del animal, o bien sin soga, cuando embiste directamente al animal. Por último, lo aturdió con su clava y se lo llevó a Micenas, donde lo dejó suelto. Durante largo tiempo el indomable animal vagó por el Peloponeso, hasta que al final cruzó el Istmo y llegó a Maratón, donde Teseo volvió a capturarlo y finalmente lo sacrificó a Apolo.[141]

Pero ésa era más bien una hazaña de Teseo. Si es verdad que en los tiempos primitivos se hablaba tan sólo de diez Trabajos de Heracles, no cabe duda de que éste y el que viene a continuación fueron añadidos más tarde.

9. El cinturón de la reina de las Amazonas

Admete, hija de Euristeo,[142] quería el cinturón de Hipólita, la reina de las Amazonas. Por ello Heracles fue enviado al Ponto, país de Asia Menor, a orillas del Mar Negro, donde las Amazonas vivían junto al

río Termodonte. Se trataba de un pueblo compuesto de mujeres guerreras. De sus hijos sólo criaban a las hembras, y se amputaban el pecho derecho para que no les molestase al disparar con el arco o al arrojar la jabalina; amamantaban a sus hijas con el pecho izquierdo. Su reina Hipólita era la más valiente de todas, y como prueba de ello su padre Ares le había dado el cinturón. Heracles se llevó consigo un ejército entero cuando se puso en marcha, y entre sus acompañantes[143] iba Teseo, de quien no diremos nada por ahora, y Telamón,[144] el héroe de los habitantes de Salamina y de Egina. Era como otra expedición de la nave Argo, e incluso se decía que todos los Argonautas tomaron parte en ella.[145] Según algunas leyendas, esta expedición provocó incluso una guerra troyana, la que Heracles lideró contra Laomedonte, rey de Troya, junto a un ejército de tirintios, Yolao y Telamón.[146]

Había una historia antigua[147] acerca del doloso Laomedonte, que poseía unos caballos famosos, regalo de Zeus.[148] Se contaba de él algo parecido a lo que se decía de Admeto. También él, «el señor de la gente» –que es lo que significa su nombre, y el rey del Inframundo gobierna sobre mucha gente–, tenía a Apolo a su servicio como pastor.[149] Y con él a Posidón, que construyó las murallas de Troya.[150] Los dioses le servían bajo forma humana[151] y competían[152] en la construcción de la ciudad, pero Laomedonte les engañó con el pago de su salario y les amenazó[153] con atarles de pies y manos para venderlos lejos e incluso con cortarles las orejas. Al parecer, lo que había prometido como recompensa, ya fuese para ambos o más probablemente para el vencedor de la competición, eran sus famosos caballos, y por esos caballos Heracles fue a Troya con seis barcos.[154]

Posidón, seguía la historia,[155] al verse engañado después de haber construido la fortaleza, envió un monstruo marino contra los troyanos, y Apolo envió la peste. Su oráculo aconsejó[156] que la hija de Laomedonte, Hesíone, fuese entregada al monstruo. Fue abandonada en la orilla con sus vestiduras reales,[157] y Laomedonte prometió a quien la rescatase los caballos divinos por los que había engañado a Posidón. Heracles se encargó de la tarea; los troyanos, con la ayuda de Palas Atenea, le construyeron un refugio en la playa para que pudiera protegerse en caso de peligro.[158] En una pintura antigua aparece representado el monstruo, un pez gigantesco con las fauces abiertas en el que penetra

el héroe, con su espada curvada en la mano derecha, para cortarle su gigantesca lengua. Hesíone lo contempla con un grandioso atuendo. Se decía también que Heracles saltó a las fauces del animal,[159] permaneció durante tres días en su estómago y volvió a reaparecer calvo.[160] Así fue como mató al monstruo.

Pero Laomedonte tampoco quiso darle sus caballos y ofendió al héroe.[161] El resultado fue la primera destrucción de Troya; las calles de la ciudad estaban vacías cuando Heracles se fue.[162] Entre sus hombres se distinguió en particular Telamón,[163] que obtuvo a Hesíone por esposa como premio.[164] Laomedonte y sus hijos fueron muertos por Heracles,[165] a excepción del más joven, pues Hesíone lo rescató de las manos del héroe tras entregarle a cambio su velo recamado en oro. Hasta entonces se nos dice[166] que el joven se llamaba Podarces, «de pies veloces», pero entonces pasó a ser Príamo, a partir de *príamai*, «lo compro». Llegó a ser rey, y en su vejez contempló la segunda caída de Troya.

Según las versiones más antiguas,[167] el viaje contra las Amazonas fue posterior a esta victoria, pero las más tardías[168] sostienen lo contrario. Para cumplir la tarea asignada por Euristeo, Heracles desembarcó con su ejército en Temiscira, en la desembocadura del río Termodonte. Las Amazonas no se mostraron hostiles a los hombres, e Hipólita estaba dispuesta a regalar su cinturón a Heracles.[169] Un pintor muestra la escena entre el héroe, que está sentado tranquilamente, y la Amazona con sus pantalones a la moda escita, que le tiende amigablemente el cinturón. ¿O es que acaso ya habían capturado[170] a su hermana Melanipa, y el cinturón era el pago por su rescate?[171] Se dice que entonces apareció Hera en persona, disfrazada como una Amazona,[172] y suscitó la desconfianza contra Heracles y sus seguidores en esa tribu femenina, al asegurar que los extranjeros pretendían raptar a Hipólita. Según esta leyenda, los héroes y las Amazonas se hicieron entonces la guerra; Heracles mató a la reina y arrebató el cinturón de su cadáver. El relieve de una metopa de Olimpia la muestra moribunda en el suelo.

De acuerdo con los narradores que sostienen que el primer héroe que luchó contra las Amazonas fue Heracles, y que Teseo era uno de sus acompañantes, a éste le correspondió como premio la amazona Antíope,[173] del mismo modo que a Telamón le había correspondido Hesíone. Según otros, Teseo hizo prisionera[174] a la reina de las Amazonas, le

arrebató el cinturón[175] y se lo entregó a Heracles. Pero también se decía que la amazona a la que Teseo raptó y con la que tuvo a su hijo Hipólito era Hipólita y no Antíope,[176] pero esta historia pertenece a las leyendas de Teseo. El cinturón fue conservado en Micenas,[177] o más bien en el templo de Hera, a la que Admete servía como sacerdotisa.[178]

También había leyendas sobre el viaje de regreso de los héroes, entre las cuales hay una muy antigua, que no está relacionada con la fácil tarea contra las Amazonas, sino con la más difícil de Troya.[179] Se decía[180] que el mismo día en que Heracles se fue de Troya, Hera hizo que Hipnos, el dios del Sueño, sumiera a Zeus en un profundo sueño. Ella misma desató una fuerte tormenta y empujó al héroe hasta la isla de Cos, lejos de todos sus amigos. Perdió cinco de sus seis barcos,[181] y los habitantes de la isla lo recibieron a pedradas.[182] Se acercó por la noche y trató con el rey Eurípilo, «el de la amplia puerta», claramente un nombre adecuado para un rey del Inframundo. Después de darle muerte,[183] tuvo que luchar con su hijo Calcodonte, «el de dientes de bronce»,[184] quien alcanzó a herirlo. Tan sólo Zeus podía rescatar a su hijo,[185] pero ¿de quién? Su nombre ya nos ha revelado al dios de la Muerte.

Los habitantes de la ciudad de Antimaquia en Cos explicaban la historia con mayor detalle.[186] Después de haber salvado tan sólo los hombres y las armas de su última nave, Heracles llegó al cabo Lacetero, donde encontró un rebaño de cabras, vigiladas por Antágoras, de quien se decía que era hermano de Calcodonte.[187] Antágoras, que quizás en su origen era Anteo, «el que encuentra», no es más que otro nombre menos evidente para la misma persona. Heracles le pidió al pastor desconocido un carnero, pero el hijo de Eurípilo le desafió a luchar. La lucha se convirtió pronto en batalla, pues los meropes, los habitantes de Cos, acudieron en ayuda de Antágoras, mientras los compañeros de Heracles defendían a su líder. Al principio se vieron superados e incluso el héroe tuvo que rendirse. Se refugió en casa de una esclava tracia y se disfrazó con ropas de mujer hasta que pudo vencer a los meropes. Vestido con variopintas ropas de mujer, celebró sus bodas con la hija del rey, Calcíope, «la de rostro de bronce». Desde entonces, el sacerdote de Heracles en Antimaquia llevaba ropas de mujer y un tocado femenino durante el sacrificio, y lo mismo hacían los novios el día de su boda. No fue ésta la última vez que Heracles se vistió de mujer; explicaremos otra

historia sobre este tema más adelante, pues cuando sirvió a la reina Ónfale lo hizo travestido; la ropa y las tareas femeninas resultan adecuadas para el sirviente de una diosa, que en las historias más antiguas probablemente ni fue perseguido por Hera ni necesitó que Zeus lo rescatase.

Al final de esta historia, según la narración de Homero,[188] el rey de los dioses se despertó y vio que su hijo estaba pasando dificultades. Hubiese arrojado a Hipnos al mar y hubiese acabado con él de no ser por que el alado dios se refugió con su madre Noche, que rinde a todos los dioses. Zeus la respetaba y no quería hacer nada que le desagradase. Pero suspendió en lo alto a Hera atada por las manos con una cadena de oro, y en los pies con sendos yunques. Ningún dios podía liberarla, y cuando uno de ellos, Hefesto, lo intentó, el Olímpico lo precipitó desde el umbral de su sede celestial a la tierra.[189] Salvó a su hijo y desde Cos lo llevó de nuevo a Argos, pastizal de caballos.

10. Los bueyes de Gerión

Heracles fue enviado hasta el extremo occidental para capturar los bueyes de Gerión. Tuvo que atravesar el Océano y llegar a la isla de Eritia,[190] la isla de la puesta del sol, donde el pastor Euritión y el perro con dos cabezas Orto, hermano de Cerbero y de la Hidra de Lerna,[191] custodiaban los bueyes en sus brumosos establos. Eran unos bueyes de color rojo escarlata,[192] que pertenecían a Gerión; Heracles debía arrebatárselos y llevarlos hasta Argos. Se decía que Gerión era hijo de Crisaor y de la oceánide Calírroe,[193] del mismo Crisaor, «el héroe con la espada de oro» que saltó junto a Pegaso del cuello de Medusa cuando fue decapitada.[194]

Un padre así resultaba apropiado para él, pues no era un pastor, sino, tal como lo muestran las representaciones artísticas, un guerrero armado con yelmo, escudo y lanza. Su nombre, Gerión o Geriones, significa «el que grita», y el grito formaba parte de la batalla.[195] Cuando Ares resulta herido y grita, es como el grito de guerra de nueve o diez mil guerreros juntos.[196] Su pastor Euritión, con su nombre de arquero, nombre que también llevaba el centauro de la aventura en el palacio de

Dexámeno, era hijo de Ares.[197] Gerión es descrito con tres cabezas,[198] pero tanto los poetas como los pintores de cerámica[199] están de acuerdo en que tenía tres cuerpos, por lo menos a partir del tronco; luchaba con seis brazos y también poseía alas,[200] de modo que podía abalanzarse sobre su víctima como las Harpías, las Erinias o algunas aves de presa. En su escudo aparecía dibujada un águila. Su ganado rojo pastaba a la puesta del sol. Él se ponía allí para vigilarlas, a lo mejor gritando y desafiando a muerte a quienquiera que quisiese combatir y arrebatarle el ganado.

Según las narraciones más antiguas, Heracles no tuvo necesidad de ir muy lejos, no más lejos de la costa occidental del Peloponeso, para embarcar en la única nave con la que se podía llegar a la isla roja de Gerión. Puede que fuese a Pilos, en la costa sudoccidental, donde reinaba Neleo, con su significativo nombre, «el despiadado»; era hijo de Posidón y Tiro, cuya historia ya hemos explicado. Algunos relatos posteriores[201] añadieron que Neleo y sus hijos, a excepción de Néstor, intentaron robarle el ganado de Gerión a Heracles cuando pasó por allí camino de regreso, y por eso el héroe le dio a Néstor la soberanía de Pilos. Pero otra versión sostenía que la puerta de la ciudad estaba cerrada cuando Heracles apareció frente a Pilos, sin ganado y, ciertamente, no para ser purificado, como se dijo más tarde,[202] pues en ese caso los dioses no se hubiesen tomado la molestia de impedirle la entrada. El nombre de Pilos, que comparte con otra ciudad en la misma costa, en la que había un santuario de Hades,[203] significaba para los narradores, que ya no tenían presente el esplendor del palacio de Néstor, las puertas del Hades, *Hadou pylai*. Una vieja historia, a la que ya se refiere Homero,[204] decía que Posidón, Hera y Hades[205] (otros poetas añaden a Ares y Apolo)[206] estaban junto a Neleo cuando Heracles asaltó Pilos; Zeus y Palas Atenea ayudaron al héroe. Éste hirió a Hera en el seno derecho con su flecha tridente y le causó una herida incurable.[207] Por tres veces alcanzó con su lanza a Ares y a la tercera le atravesó el muslo.[208] También hirió a Hades en el hombro con su flecha, «en Pilos, entre los cadáveres», como se dice expresamente.[209] Peón, el médico de los dioses, lo curó en el Olimpo.[210] Neleo y once de sus doce hijos murieron.[211]

Según otra versión quizá más antigua,[212] Heracles tan sólo trató con uno de los hijos de Neleo en Pilos, Periclímeno, «el celebérrimo». Tam-

bién a él se le daba el mismo significado que se les daba a los hijos de Eurípilo en Cos. Se decía que en realidad era hijo de Posidón y que obtuvo de su padre el don de poder adoptar formas diversas. Unas veces aparecía como águila, otras como hormiga, otras como una abeja seguida por un enjambre entero, y otras como serpiente. Como abeja se sentó en el yugo del carro de Heracles. Según una versión más tardía de la historia, con ayuda de Atenea el héroe reconoció a su enemigo en la abeja y la golpeó. Es probable que en la versión original este ser multiforme no muriera después de todo, sino que huyera bajo forma de águila.[213] A Heracles todavía le quedaba un largo camino por recorrer antes de llegar hasta donde se encontraba Gerión y su rebaño, aun cuando ya hubiese forzado la Puerta, Pilos.

Según los narradores más tardíos, su viaje lo llevó a través de las regiones de África del norte hasta las famosas «columnas de Heracles», que fueron erigidas por él entonces. Algunos afirmaban también[214] que fue en este viaje, mientras atravesaba Libia, cuando se encontró con el gigante Anteo. Anteo, como su nombre indica, era simplemente «el que encuentra», y cuando se hablaba de apariciones de fantasmas, solía decirse que alguien se había «encontrado» alguno. Deméter, en su calidad de reina de los muertos, que eran llamados *Demetreioi*, era conocida como Madre Antea,[215] y también se llamaba así, por encima de todos, Hécate, la reina de los espectros que envía[216] y que también puede «encontrar». Acerca de Anteo había dos historias diferentes. En una de ellas[217] era el rey de la ciudad de Irasa en África. Al igual que Dánao, organizó una carrera para los pretendientes de su hija más hermosa, y así fue como Alexidamo de Cirene se convirtió en su yerno. En la otra[218] era un gigante, que desafiaba a los extranjeros a luchar, como Antágoras, cuyo nombre es prácticamente igual. Era el más fuerte de todos y solía adornar el templo de su padre Posidón con las calaveras de los vencidos.

La fuerza de Anteo residía en el hecho de que también era hijo de la Tierra, y en cuanto su cuerpo tocaba el suelo, su madre le infundía aún más fuerza.[219] Heracles aceptó luchar cuerpo a cuerpo con él; ya había luchado así en Cos o en la tumba de Alcestis. No permitía que Anteo cayera al suelo, y si lo hacía, volvía a levantarlo de inmediato. De ese modo las fuerzas del gigante se agotaron, y fue vencido y muerto. Pero también el héroe acabó agotado y se echó a dormir. Entonces llegaron

los Pigmeos, esos enanos ridículos de Egipto cuyas bromas con tanta frecuencia aparecen representadas en los frescos de Pompeya, y, como afirmaba una versión muy tardía,[220] intentaron vengar a su hermano Anteo. No en vano también eran nacidos de la tierra. Para ellos, Heracles era un verdadero gigante. Prepararon su ataque contra él con máquinas de guerra como si fuesen a asaltar una fortaleza, proporcionando así el modelo para un relato mucho más tardío, que no tendría lugar en Grecia, sino en una isla nebulosa situada al otro lado del mar septentrional de los Muertos. En lo que respecta a Heracles, se despertó y con una carcajada recogió los enanos en su piel de león para llevárselos a Euristeo como una presa valiosa.

No era ésta la única narración que relacionaba a Heracles con Egipto durante su viaje al país de Gerión; está también la historia de Busiris,[221] el rey que tenía el mismo nombre que la ciudad situada en el delta del Nilo, así como de otra cercana a Menfis. En lengua egipcia, la ciudad era llamada «casa de Osiris», expresión que se corresponde aproximadamente con el significado de la palabra Busiris. Los narradores de la historia transformaron a Osiris, dios de los muertos, en el tirano Busiris. Este rey tenía la costumbre de sacrificar a los extranjeros a Zeus,[222] y él mismo devoraba su carne humana.[223] Para que el relato resultase más plausible, se decía[224] que Egipto llevaba ya nueve años de sequía, y que un adivino procedente de Chipre había interpretado un oscuro oráculo en el sentido de que cada año tenía que ser ofrecido un sacrificio humano. Busiris comenzó sacrificando al adivino. Cuando Heracles llegó a Menfis, fue capturado; él lo permitió. Se decía también[225] que fue obligado a luchar con el rey. Ya fuese luchando, o bien, como gustan de representarlo los pintores de cerámica, cuando estaba a punto de ser sacrificado en el altar, Heracles derribaba a Busiris y le daba muerte a él y a sus negros ayudantes. Pero todavía nos queda por decir algo acerca de Heracles y Anteo.

Según los narradores más tardíos, no fue en Libia sino en Mauritania, en el estrecho que separa África de Europa, donde Anteo y Heracles se encontraron. El gigante había fundado allí la ciudad de Tingis, la moderna Tánger, donde se mostraba su tumba más tarde, una colina con forma de hombre yaciendo sobre su espalda.[226] Allí el mar se abre hacia occidente con más amplitud que en Pilos, y a lo lejos, justo en-

frente, en la costa ibérica, está Cádiz. Allí erigió Heracles sus columnas con una inscripción en la que se decía que de Gades no se puede pasar hacia el oeste.[227] Más lejos aún, el Guadalquivir desemboca en el océano Atlántico. El poeta Estesícoro nos proporciona la posición de la isla de Eritia: está casi exactamente frente a ese río, llamado antiguamente Tartessos.[228] La distancia hasta Eritia no era tan larga como el camino que el Sol debía recorrer hasta llagar a la Etiopía oriental, pero la dirección era la misma.

Los narradores hacen que el viaje del héroe resulte inútil; aquí no estaba más cercano a la meta de lo que lo estuvo «en Pilos, entre los cadáveres», donde había apuntado sus flechas contra los dioses. Ahora tenía que apuntar su arco contra los dioses si quería abrirse paso a la fuerza por donde su inscripción decía que no había camino, ya fuese por un lado o por otro. La historia continúa como si viniese justo a continuación de los sucesos de Pilos. Entonces Heracles apuntó su arco contra el dios del Sol,[229] y no a causa del enorme calor;[230] Helio se asustó y le prestó al héroe su enorme copa de oro, en la que subía cada noche para llegar hasta el oeste a través del Océano.[231] Eritia, una de las Hespérides, de la que tomó su nombre[232] la isla de la puesta del sol, le envió la copa[233] y la condujo. El héroe ya había subido a bordo, cuando Océano intentó por última vez impedirle el viaje, levantando las olas y mostrándole su cara amenazante.[234] Pero cuando Heracles le apuntó con su arco, le dejó pasar.

En la isla roja, el héroe se hizo fuerte en los establos del monte Abas.[235] El perro Orto lo olió enseguida y lo atacó, pero Heracles mató al animal con su clava. Euritión acudió en ayuda del perro y murió. Otro pastor estaba apacentando sus animales no lejos de allí; se trataba del ganado de Hades, y su guardián se llamaba Menetes. Éste advirtió a Gerión del robo. Heracles conducía ya el ganado por el río Antemo, «el río de las flores», cuando Gerión le dio alcance. Con tres de sus manos blandía tres lanzas contra Heracles, y con las otras tres sostenía tres escudos para protegerse. Era como enfrentarse a Ares.[236] Heracles luchó con el monstruo de tres cuerpos y lo mató, metió el ganado consigo en la copa y puso pie rápidamente en el río Tartessos. El dios del Sol volvió a meterse en el recipiente dorado y el hijo de Zeus desapareció en un espeso bosque de laureles.[237]

Existen muchas leyendas acerca de su regreso a Argos siguiendo las costas del Mar Mediterráneo con su espléndido ganado. Por todas partes le asaltaban ladrones que codiciaban esa rara presa, y en todos los pueblos y ciudades por los que pasaba, y a causa de los cuales tenía que dar cada vez rodeos más largos, desde Mauritania[238] hasta el lejano país de los escitas,[239] los mitógrafos estaban siempre dispuestos a mencionar bodas de Heracles, con el fin de que las familias reinantes pudiesen tenerlo de antepasado. No explicaremos aquí todas sus aventuras, pues algunas no tienen nada que ver con la mitología griega de los héroes. Una de ellas, por ejemplo, hablaba de lo que Prometeo le había predicho al héroe,[240] pues el viaje a las islas Hespérides, durante el que Heracles se encontró con el Titán, no se produjo, según todas las tradiciones, después del viaje que hizo con los bueyes de Gerión. En la costa de Liguria, dos hijos de Posidón intentaron robarle los bueyes a Heracles:[241] él los mató, y por esa razón, tuvo que luchar contra todos los ligures. Heracles lanzó todas sus flechas a sus atacantes y, arrodillado todavía, se puso a buscar piedras, pero el terreno era arcilloso, y sin duda hubiese sido derrotado si Zeus no le hubiese ayudado con una lluvia de piedras.[242] Entonces pudo repeler a los ligures arrojándoles piedras. En aquel lugar surgió la pedregosa *plaine de la Crau*.

Heracles condujo su ganado a través de Tirrenia, el país de los etruscos, hasta el lugar del Tíber en el que más tarde habría de ser fundada Roma. En aquellos días, un hijo de Vulcano (así es como los habitantes de la región llamaban a Hefesto) vivía en el Aventino; se trataba de Caco, que sólo en parte tenía forma humana.[243] Hijo digno de su padre, mataba echando fuego. El poder de su padre se sentía no lejos del Aventino, en las piras donde se incineraban los cadáveres. Se decía también que Caco tenía tres cabezas,[244] como Gerión, y según la historia ardía en deseos de poseer el ganado. Robó cuatro toros y cuatro vacas a Heracles y se los llevó arrastrándolos por la cola hasta su cueva. El héroe no se hubiese dado cuenta de ello si los animales encerrados no hubiesen empezado a mugir cuando el ganado que ya se había saciado de pasto se puso en marcha. Heracles volvió tras sus pasos furioso y corrió hacia el Aventino, guiado por los mugidos del ganado. Caco se asustó y puso un bloque de piedra atado con cadenas a la puerta de la cueva. Heracles no podía atravesar una puerta así, pero arrancó una enorme

roca de la colina y la cueva se quedó sin techo. Lo que apareció allí era como el reino de los muertos.[245] Caco echó fuego contra el héroe inútilmente, pues éste le hizo su famosa llave, el «nudo de Heracles»,[246] y lo aplastó hasta matarlo. Rescató el ganado y sacó el cadáver medio humano a la luz del día. Muy cerca se le erigió un altar en agradecimiento; los romanos lo llamaban el Ara Maxima, y su culto heroico sobrevivió allí por largo tiempo.

En la punta meridional de Italia, un toro joven se escapó[247] de la manada y nadó hasta Sicilia. Se dice que la ciudad de Rhegion, Reggio en la actualidad, tomó su nombre de *rhegnynai*, «escaparse», y el país circundante recibió el nombre del joven toro (*vitulus* en la lengua de los indígenas), Vitalia originalmente y después Italia.[248] Érix, un hijo de Posidón, unió este toro a su manada; este ladrón dio su nombre al monte Erice. Cuando Heracles cruzó el estrecho más tarde, Escila también le robó unos toros,[249] pero él la mató, y desafió a Érix, que era uno de los élimos. Acordaron que el país de los élimos pasaría a pertenecer a Heracles si ganaba, y de lo contrario Érix se quedaría con todo el ganado.[250] De nuevo se trataba de una lucha cuerpo a cuerpo. Heracles venció a Érix tres veces; cuando los griegos vinieron de Esparta y se apropiaron del país, apelaron a esto.

Finalmente el héroe llegó con su ganado al istmo de Corinto. Allí le aguardaba un gran enemigo, el gigante Alcioneo.[251] Ya hablamos de él en las historias de los dioses, cuando explicamos que en la lucha entre los dioses olímpicos y los gigantes tuvieron que intervenir dos hombres, que sólo en parte eran mortales, porque únicamente así podían obtener la victoria sobre los hijos de la Tierra.[252] Esos dos eran Dioniso y Heracles, los héroes entre los dioses. Heracles luchó contra el gigante Alcioneo y lo mató. En una versión más tardía[253] se afirma que los gigantes atacaron a Heracles en su viaje a través de Italia, en los *Campi Phlegraei* cerca de Cumas, y que los dioses acudieron en su ayuda. De esa manera obtuvo la victoria sobre los gigantes y sobre Alcioneo.[254] De acuerdo con otra versión, los campos Flegreos y Palene, donde Heracles luchó con Alcioneo, estaban en la península calcídica, que se extiende frente a Macedonia, y Heracles llegó allí con sus acompañantes desde Cos. Existe todavía otra variante de la historia que también explicaremos aquí.

Alcioneo era famoso, al igual que Gerión,[255] por su ganado; parece ser que al principio era el ganado del Sol, que pastaba en Eritia, de donde lo había robado el gigante,[256] y que ésa fue la causa de la disputa entre los dioses y los gigantes.[257] Pero cuando en esta versión Heracles y sus acompañantes atacan a los gigantes se trata de otra historia. Alcioneo no se dejó coger por sorpresa, sino que destruyó con una sola piedra doce carros de guerra con sus correspondientes aurigas y guerreros.[258] La cosa cambió cuando Hipno, instigado por Palas Atenea, hizo que el gigante se durmiera. Esto aparece tan sólo en los pintores, que muestran al gigante dormido, con el dios del Sueño aleteando por encima de él, y a Heracles con su clava y su arco, acompañado por Telamón, que se le acerca desde uno de los lados, mientras la diosa aparece representada en el otro. En otras pinturas es Hermes quien ayuda al héroe, pero en cualquier caso se trata de una gigantomaquia en miniatura, ganada mediante la astucia, en la que, según esta narración, murió Alcioneo.

Puede ser que la historia hubiese tenido lugar en el Istmo; aquí el gigante no era un pastor; su presencia en la bahía de Alcioneo, el «mar de los alciones», indica más bien que se trataba de un ser similar a Cicno. Entre las muchas razones aducidas para explicar el hecho de que los alciones se lamenten en los días de invierno sin viento –de ahí que esos días se llamen[259] «de los alciones»–, destaca la siguiente: su lamento es la voz de las hijas de Alcioneo que lloran la muerte del padre a manos de Heracles. En el Istmo se mostraba la piedra que el gigante arrojó al héroe;[260] Heracles la bateó con su clava y la devolvió contra su lanzador. Después llegó a Micenas con los bueyes de Gerión, y Euristeo los sacrificó a Hera.[261]

11. Las manzanas de las Hespérides

Heracles también tuvo que ir a buscar las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides. Siguiendo las huellas de la cierva de Cerinia, ya había llegado hasta allí, y hubiese podido hacerlo desde Libia[262] o desde cualquier otro lugar durante el viaje hacia Eritia. Pero por sí solo y sin la guía y el permiso divinos eso hubiese resultado claramente imposi-

ble. La historia decía[263] que en primer lugar tuvo que ir a buscar a las hijas de Zeus y Temis en el Erídano, presumiblemente en la caverna por la que este río divino brota desde el Más Allá. Los narradores las llaman simplemente ninfas, pero también las Moiras y las Hespérides[264] eran hijas de Zeus y Temis.[265] De modo que estas diosas misteriosas eran las consejeras apropiadas. Sabían que Heracles era inmortal y que por ello no le estaba prohibida la entrada en el Jardín de las Hespérides. Le aconsejaron que fuese buscar a Nereo y que usase su fuerza para obligar al Viejo del Mar a mostrarle el camino.

No sabemos dónde lo encontró Heracles, en qué bahía del Mediterráneo, pero podría haber sido en la desembocadura del río Tartessos, puesto que también se decía que Heracles había recibido de Nereo[266] la copa de oro en la que hizo su viaje hacia Eritia, o incluso que su viaje hacia las Hespérides había comenzado en Tartessos,[267] y, finalmente, que también para este viaje se sirvió de la copa del Sol.[268] Tampoco sabemos por qué el héroe tuvo que luchar con una divinidad marina más joven, Tritón.[269] Existían leyendas acerca de los combates de Heracles con Tritón o con Nereo, muy apreciadas por los artistas de época arcaica, pero se han perdido. El Viejo del Mar tenía el don de metamorfosearse en serpiente, agua y fuego, pero el héroe lo sujetó con fuerza y logró doblegarlo. El premio a su victoria sobre Nereo fueron las indicaciones para poder llegar al Jardín de las Hespérides, y probablemente el premio del viaje en su origen era convertirse en dios.

También Esquilo, en su tragedia *Prometeo liberado*, le proporcionó a Heracles un consejero y un profeta en la persona del sufriente Titán, benefactor de la humanidad. Zeus ya tenía reservado[270] para su hijo que fuese él quien liberase a Prometeo de sus tormentos, después de que Quirón se hubiese ofrecido a sufrir eternamente en su lugar. Parece ser que el sabio Viejo del Mar indicó el camino al héroe de modo que llegase primero a las tierras cálidas del sur. Se dice también[271] que pasó por Arabia y allí mató a un hijo de Eos y Titono, Ematión, quien intentó impedirle coger las manzanas de las Hespérides.[272] Es posible que llegase entonces al sagrado Mar Rojo con sus arenas color púrpura, el mar de Etiopía que brilla como el bronce y alimenta a todos, sobre el Océano, donde Helios, el dios que todo lo ve, baña su cuerpo inmortal y sus caballos agotados en la cálida corriente de sus aguas amables.[273]

Desde allí, también los Titanes fueron al encuentro de Prometeo, cuyos tormentos habían empezado en el Cáucaso escita.[274] Allí, atado a una columna, que algunos decían que le atravesaba el cuerpo como una estaca,[275] estaba expuesto al águila que de día devoraba su hígado inmortal, un órgano destinado a crecer de nuevo cada noche. Una mañana, cuando el águila se acercaba volando, Heracles la alcanzó con sus flechas; una antigua pintura vascular describe la escena,[276] mientras que en otra aparece también Atlante por encima de Prometeo con el dragón de las Hespérides tras él.[277] En esta versión quizá no estaban situados frente a frente, como el Atlas y el Cáucaso, uno en el extremo oriental y el otro en el extremo occidental del mundo, sino uno al sur y el otro al norte. En el norte, Atlante sostiene el eje en torno al cual giran los cielos estrellados; allí se encuentra el polo custodiado por las dos Osas del cielo.[278] De modo que al parecer había varias entradas al Jardín de las Hespérides. Ematión vigilaba una de ellas situada al sur. Por esa razón Prometeo envió al héroe a buscar a Atlante, el vecino de las Hespérides, y le aconsejó que no entrase por la fuerza en el jardín, sino que le pidiese a Atlante que fuese a buscar las manzanas de oro[279] por él. Probablemente Heracles nunca hubiese podido regresar de las Hespérides, de acuerdo con la historia generalmente aceptada.

De manera, que según esta narración, a Heracles le quedaba aún un largo camino hacia el norte. Prometeo le dio indicaciones precisas;[280] era un camino directo por tierra firme, como si después de todo el héroe hubiese partido del Cáucaso y hubiese llegado primero allí, o quizás incluso hasta el extremo sur, con algún vehículo maravilloso. Además de la copa del Sol, había una leyenda relacionada con el viaje a Eritia, acerca de un barco de bronce en el que Heracles utilizó su piel de león como vela.[281] Pero también podía atravesar el mar en caso necesario.[282] De hecho, una pintura sobre cerámica nos lo muestra mientras lo hace en un carro guiado por Hermes.

Primero llegó, tal y como le había anunciado el Titán, al reino del viento del norte, y tuvo que tener mucho cuidado para que las tormentas no lo levantasen por los aires. Su camino le condujo luego a través del país de los escitas, que se alimentaban de queso hecho con leche de yegua, y al país del pueblo más justo y hospitalario de la tierra, los gabios, que no tenían que cultivar sus campos porque la tierra les pro-

porcionaba todo tipo de frutos espontáneamente. Desde allí llegó hasta los Hiperbóreos, detrás de los montes Ripeos, donde desemboca el gran río Istro (más conocido por nosotros como Danubio). En la historia de la cierva de Cerinia también llegó hasta el país de los hiperbóreos y desde allí al de las Hespérides, pero en aquella ocasión no fue intencionado.

Cabe decir que no todos los narradores le hacen dar esa enorme vuelta al héroe. Para muchos, el Jardín de las Hespérides estaba donde acababa el viaje en barco, en las aguas purpúreas que hay junto al Atlas en occidente.[283] Zeus tenía un palacio allí, y Hera su lecho nupcial, al lado de fuentes inmortales, donde la fertilidad del terreno complacía incluso a los dioses.[284] El árbol de las manzanas de oro fue el presente nupcial de la Madre Tierra a la reina de los dioses,[285] y ya se habló de él, de la serpiente y de las ninfas que lo custodiaban, en las historias de los dioses.[286] La propia Hera había puesto allí al guardián; se trataba de la serpiente Ladón, un ser que nunca cerraba sus ojos.[287] Los mitógrafos creían que era hermano de Equidna, la madre de los horribles perros Cerbero y Orto, así como de la Hidra de Lerna. También Ladón tenía muchas cabezas, como la hidra, y muchas voces.[288] Esas voces debían ser aterradoras, no suaves como las de las Hespérides, las hijas vespertinas de la noche, pues el sonido de éstos atraía más que apartaba.

Las tres Hespérides, o cuatro, o más, también eran comparadas con las diosas rapaces de la muerte, las Harpías.[289] Nunca abandonaban el jardín que se extendía en torno al árbol, y tampoco cantaban, como las sirenas, durante la travesía de los navegantes. El que llegaba allí llegaba como a la isla de los Bienaventurados; ningún mortal halló jamás la ruta. Si alguno hubiese logrado llegar y se hubiese atrevido a coger la fruta de oro, propiedad de la reina de los dioses, ello hubiese significado una doble muerte para él, o bien la alteración y la destrucción de una región sagrada y exuberante, tan lejana que quedaba fuera de las posibilidades humanas.

Atlante, el vecino de las Hespérides, era considerado un dios astuto, un Titán artero y tramposo, que fue castigado a sostener la bóveda celeste sobre sus hombros.[290] Aceptó ir a buscar las manzanas de oro, pero puso como condición que mientras tanto el héroe sostuviese los cielos. Nada se nos dice del ardid con el que obtuvo las manzanas, pero sí de

cómo quiso engañar a Heracles.[291] Cogió las manzanas de oro, pero no para dárselas al héroe, que tenía que continuar sosteniendo el cielo en su lugar. Según una antigua historia de carácter burlesco, Heracles fingió estar de acuerdo, pero le pidió un último favor a Atlante: que el Titán sujetase de nuevo el cielo sobre los hombros mientras Heracles se acomodaba un cojín en la cabeza. Y entonces el astuto Titán se convirtió en el Titán estúpido, pues depositó las manzanas en el suelo y tomó la carga del cielo. Por su parte, Heracles salió huyendo con su botín para llevárselo a Euristeo. En una metopa de Olimpia aparece con el cojín en el cuello. Aquí, Palas Atenea está ayudando al héroe, y Atlante, tranquilo y sabio, le trae las manzanas.

Pero la historia también se explicaba de la siguiente manera: Heracles entró por la fuerza en el Jardín de las Hespérides, atacó a la serpiente que lo custodiaba y la mató.[292] En una pintura lo vemos tranquilo y acompañado por las Hespérides; de acuerdo con esta versión, cumplió su tarea con el permiso y la ayuda de las diosas. Ésta es la forma más reciente de la historia, que nos ha llegado a través de las pinturas más que de los poetas. Es cierto que también se dice[293] que Ladón, la serpiente que nunca dormía, protegía las manzanas de oro también de los deseos de las Hespérides, a quienes hubiese encantado coger lo que pertenecía a Hera o, según otra tradición, a Afrodita.[294] Por eso le ayudaron a adormecer a la serpiente. El pintor ático Midias, que introduce en el Jardín de las Hespérides un ejército entero de héroes, como si fuese la expedición de los Argonautas, hace que la bruja Medea participe en el viaje con su caja de hierbas mágicas. Asteas de Pestum describe la escena con más detalle, pues introduce también a Calipso, cuya isla, situada en el ombligo del mar,[295] pertenecía al mismo reino situado más allá del fin del mundo al que pertenece el Jardín de las Hespérides. En la escena, ella le está ofreciendo a la serpiente una copa para que beba, y ésta la lame apenas, sin darse cuenta de que al otro lado una Hespéride le está robando una fruta, ni de que Heracles ya tiene una manzana y dos Hespérides se están comiendo otras. Según otro pintor ático que representa el *Omphalos*, el ombligo de la tierra, en el vaso[296] la bebida mágica era vino. En esta cerámica aparece una enorme crátera, la serpiente está ya domada, las tres Hespérides se han convertido en ménades, el dios Pan las observa desde el fondo, Yolao está también

presente y Heracles aparece en el centro de la pintura mientras una Nice alada le pone una corona, pues la victoria le pertenece. En un tercer pintor ático, la serpiente no aparece, pues ya la han matado. Las Hespérides rodean a Heracles y a otros dos héroes más jóvenes; detrás de su hombro aparece Eros, que coge las manzanas. Reina el amor. Todo lo contrario a lo que encontramos en el poeta Apolonio,[297] que hace que los Argonautas lleguen al Jardín de las Hespérides al día siguiente de que hayan matado a la serpiente. Las diosas se están lamentando con grandes gritos y en su pena se transforman en árboles: un álamo, un olmo y un sauce.

Hay otra escena que tampoco se les ha escapado a los artistas, o mejor dicho, que tan sólo ellos han representado: Heracles devolviendo las manzanas de oro robadas a los dioses, Zeus y Hera. Se nos dice[298] que simplemente le mostró las manzanas a Euristeo, pero al parecer[299] el rey de Micenas no quiso aceptar el botín y se lo regaló al héroe. No hubiese sido posible conservarlas, pues las manzanas de las Hespérides eran propiedad de los dioses, más sagradas aún que los tesoros de sus templos. Si alguien le hubiera preguntado a un narrador qué se hizo de ellas, la única respuesta posible hubiese sido que habían regresado a sus legítimos dueños.

12. El perro de Hades

Muchos narradores seguían un orden en el que la captura de Cerbero ocupaba el penúltimo lugar y el relato de las manzanas de las Hespérides, semejante a una apoteosis, cerraba la lista. Pero no todos lo hacían,[300] puesto que la última prueba de la divinidad del héroe, el último intento de enviarlo al encuentro con la muerte, era el trabajo de bajar a los Infiernos para capturar al perro de Hades. Euristeo no pudo encontrar un trabajo más difícil, como reconoció más tarde la sombra que representaba a Heracles en el reino de los muertos.[301] Por si fuera poco, esta tarea implicaba de nuevo la violación de un reino sagrado. Y la casa de Hades, dentro de sus bien delimitados confines, había sido un reino sagrado desde la época de la división del mundo entre los tres dioses supremos. Violarla era un acto inaudito, al que ni siquiera un héroe po-

día atreverse, y mucho menos un héroe corriente. Los héroes estaban trágicamente ligados a Hades, a excepción tan sólo del héroe divino, el victorioso combatiente contra la muerte. Pero ni siquiera él salió incólume de esta lucha, como se verá más adelante.

Los habitantes de Eleusis contaban[302] que Heracles, para no ofender a los dioses del Inframundo, se había hecho iniciar en los Misterios; de esa manera podía ir a visitarlos como uno de los suyos. Pero había dado muerte a numerosos enemigos y estaba contaminado por su sangre; de manera muy especial, tenía que ser purificado por la muerte de los centauros. Se decía también[303] que en aquel tiempo, cuando Eleusis todavía no pertenecía a Atenas, ningún extranjero podía ser iniciado. Por esa razón Heracles había tenido que ser adoptado por un eleusino llamado *Pylios*, o lo que es lo mismo, «procedente de Pilos» o «de la puerta del Hades», y así se convirtió en el hijo de Pilio. Esta historia no hace más que explicar con otras palabras lo que el héroe iba a obtener como iniciado. Eumolpo el hierofante, el más alto sacerdote de los Misterios, se encargó de purificarlo; había recibido la iniciación secreta de la fundadora y primera iniciada del rito en persona, la gran diosa Deméter.[304] Las ceremonias de purificación por las que tuvo que pasar Heracles no eran en absoluto secretas; mucho después del inicio de estas historias, aparecen representadas, por ejemplo, en un sarcófago y en una urna de mármol encontrados en las cercanías de Roma. Allí aparece Heracles sentado en un trono, con la cabeza cubierta por un velo, mientras deja que se lleven a cabo las ceremonias sagradas que habrán de devolverle la pureza a los ojos de dioses y hombres. Detrás de él resulta visible la patrona y fundadora de los Misterios, sentada sobre el cesto cerrado que contenía los objetos sagrados utilizados en el culto. En una de las dos representaciones, Heracles, purificado ahora, lleva las vestiduras de un iniciado y ya se está haciendo amigo de la serpiente de la diosa. Las iniciaciones en sí mismas no podían ser mostradas a ojos profanos, y mucho menos explicadas a los no iniciados.

Por otro lado, parece que ciertos versos del poeta Euforión[305] hacían referencia al hecho de que Euristeo había acompañado con sus maldiciones a Heracles todo el camino que pasa a través del Istmo hasta el Ténaro, en el extremo meridional del Peloponeso. Tenía un miedo atroz de que el héroe regresase vivo de nuevo, incluso del Inframundo. Por

esa razón Ártemis, para quien el extremo más meridional de la península era sagrada –pues allí se encontraba la entrada al Más Allá–, tuvo que matarlo y él mismo llevó la piedra de Ascálafo a los infiernos. No cabe duda de que estas maldiciones se basaban en el relato de Eleusis, pero éste no era el más antiguo.

Originariamente, Heracles no se desvió por Eleusis para llegar de Tirinto al Ténaro. La manera en que esta historia se narraba en una antigua *Bajada de Heracles al Hades* nos la revelan las pocas huellas que han quedado en las narraciones más tardías y en la descripción que nos ofrece Virgilio de la visita de Eneas a los infiernos. En el Ténaro, una caverna conducía hasta el reino de los muertos; Heracles entró por allí, pero no como un iniciado sino espada en mano.[306] En otros momentos, durante este trabajo, intentó utilizar su espada, pero de nada le sirvió, pues según parece contra los dioses de los muertos y los fantasmas tan sólo sirve la lucha cuerpo a cuerpo o las piedras. La áspera, enorme fuerza de Caronte, el viejo barquero de los muertos, es alabada por el poeta latino,[307] pero seguramente no en referencia a Eneas, que se le acerca de un modo sagrado con la rama dorada. Por otro lado, no hubiese sido difícil que Caronte y Heracles entablasen pelea, pero el barquero debía estar tan asustado por el héroe[308] que le permitió embarcar en su vieja balsa, formada por cortezas de árboles cosidas juntas.[309] La débil embarcación estuvo a punto de hundirse bajo el peso de Heracles,[310] cosa que ya había sucedido con la nave Argos, el bien construido navío de los Argonautas.[311] Más tarde Caronte no estuvo contento de haberlo dejado subir a bordo,[312] puesto que, según dice la historia, tuvo que pasarse un año encadenado como castigo por ello.[313]

De ese modo el héroe atravesó las aguas del Hades. La corriente pantanosa era fundamentalmente la misma que la del río Aqueronte, que forma al noroeste de Grecia el lago Aquerusio, un lago pantanoso semejante al de Estinfalo. Se decía que especialmente el Aqueronte en el Epiro y el Estix en la Arcadia desembocaban en el Más Allá.[314] En la orilla lejana del territorio pantanoso, Cerbero aguardaba a los recién llegados, como un buen perro guardián, sabedor de a quiénes debía incluir en los rebaños de Hades y a quiénes debía mantener apartados. Incluso saludaba con la cola a los que pensaba retener, pero si daban muestra alguna de querer regresar, los devoraba.[315] Era un animal que

comía carne cruda[316] y ladraba con un timbre metálico. Amenazaba con devorarlo todo cuando abría sus tres,[317] o incluso cincuenta,[318] bocas.[319] No sin razón se le atribuía como hermana a la Hidra de Lerna.[320] Los artistas muestran que también formaban parte de su cuerpo serpientes mordedoras, ya fuese en su cola o bien saliendo de su cuerpo. Pero cuando Cerbero vio a Heracles, se fue raudo y tembloroso hasta su dueño, el rey del Inframundo, y se escondió debajo del trono de Hades.[321]

También las almas de los muertos huían ante el héroe;[322] la de Meleagro fue la única que no lo hizo. No hacía mucho que había muerto y, como se había visto obligado a dejar a su hermana Deyanira sin casar en la casa paterna, le suplicó a Heracles que la tomara por esposa.[323] Se decía que salió al encuentro de su futuro cuñado con su armadura resplandeciente y que Heracles apuntó su arco contra él. Pero Meleagro le explicó que los fantasmas ni pueden ser heridos ni pueden herir.[324] Entonces Heracles temió que de nuevo Hera hubiese enviado a ese héroe resplandeciente contra él; pero cuando Meleagro le contó su triste historia, las lágrimas asomaron a los ojos del hijo de Zeus por primera y única vez. Fue él mismo quien preguntó a Meleagro si no había dejado alguna hermana en la casa de su padre Eneo, pues con gusto se casaría con ella.[325] «Dejé a Deyanira en casa en la flor de su juventud, ajena todavía a los encantos de la dorada Afrodita», respondió Meleagro. De modo que Heracles eligió en el Hades una esposa infausta.

Entonces la cabeza de Gorgona le encontró. Más tarde Odiseo tuvo que retirarse ante la horrible aparición sin haberla visto;[326] por su parte, Heracles blandió su espada.[327] Pero sabía (se creía que esta vez le había advertido Hermes) que el rostro espeluznante del reino de las sombras no era más que una vana apariencia. Quizá lo que atacó fue la imagen de Medusa. No fue la única vez que atacaba las ordenanzas de Hades, tan inflexible en apariencia. Ascálafo, un demonio al servicio de Hades, yacía debajo de una piedra en el Inframundo, como si estuviese en una tumba, en castigo por haber delatado a Perséfone.[328] Heracles levantó la piedra y liberó al demonio. Ascálafo fue transformado entonces en lechuza por Deméter, quien no le perdonaba lo que había hecho. Heracles quiso ofrecer sangre caliente a todas las almas, de modo que sacrificó uno de los bueyes de Hades. Su boyero era el mismo Menetes que había informado a Gerión de la presencia del héroe: Menetes el hijo

de Queutónimo, «el que oculta su nombre».[329] Éste desafió al héroe a un combate cuerpo a cuerpo, Heracles lo abrazó tan fuerte que le rompió las costillas, y si lo dejó marchar fue por complacer a Perséfone.

De este modo se abrió camino hasta el trono del rey y la reina del Inframundo. Conocemos la continuación de la historia original gracias a una pintura sobre cerámica. Heracles levantó una piedra contra los reyes; Hades dio un salto y corrió en una dirección, su perro en la otra, pero Perséfone se quedó donde estaba, cara a cara con el héroe. Los narradores más tardíos afirmaban[330] que la reina recibió con amabilidad al hijo de Zeus; después de todo, era su hermano. Ello resultaba aún más verosímil si Heracles ya había sido iniciado en Eleusis cuando bajó al reino de los muertos.[331] La historia sigue diciendo[332] que el rey del Hades en persona le dio permiso para que se llevara al perro si lograba capturarlo sin ayuda de armas, vestido tan sólo con su coraza y la piel del león. Según esta versión, Heracles regresó entonces a la puerta del Hades junto al Aqueronte, donde hacía guardia Cerbero, y lo cogió por el cuello hasta que lo tuvo dominado. El animal intentó morderlo con su cola, pero al final se dejó encadenar, y el héroe pudo sacar así al perro de Hades.

Cerca de la puerta vio a dos prisioneros, Teseo y Pirítoo, que habían sido castigados por intentar raptar a la reina del Inframundo.[333] Explicaremos esta historia más adelante. Los dos héroes estaban sentados sobre una piedra,[334] condenados a permanecer allí eternamente.[335] Le tendieron sus brazos cuando pasaba, pues el resto de su cuerpo estaba paralizado. Heracles pudo al menos liberar a Teseo de su inmovilidad. Lo cogió por la mano y lo trajo de nuevo a la vida; quiso hacer lo mismo por Pirítoo, pero la tierra tembló y tuvo que abandonarlo.[336]

Heracles volvió a ver la luz del sol en Trecén, frente a Atenas, en el extremo oriental de Argos,[337] o bien cerca de Hermíone,[338] en la parte meridional de la misma península. Desde allí, siempre con Cerbero encadenado, tomó el camino hacia Tirinto y Micenas. Del hocico espumeante del tembloroso perro[339] caían gotas en abundancia. Arrastrándose por detrás, las serpientes silbaban a uno y otro lado bajo el vientre hirsuto del monstruo. Sus ojos brillaban con luces azules y echaban chispas como cuando el herrero golpea el hierro y el yunque resuena con los golpes, pero llegó vivo desde el Hades hasta Tirinto, como con-

clusión del último Trabajo propuesto por el hostil Euristeo. En un cruce de caminos cerca de Midea, las mujeres y los niños lo vieron aterrados con sus propios ojos.

Un antiguo pintor de vasos ha perpetuado la escena del rey de Micenas huyendo del monstruo encadenado, que quiere saltarle encima, hacia su *pithos* subterráneo, como ya hizo al ver el jabalí del Erimanto. En una de las versiones, el propio Heracles devolvió el perro a Hades;[340] en otra, la bestia se le escapó en la fuente que hay entre Micenas y el templo de Hera, que a partir de entonces fue conocido como *eleutheron hydor*, «el agua de la libertad».[341] Heracles regresó del reino de los muertos profundamente cambiado y recibió un apelativo relacionado con el nombre de Caronte; en Beocia era venerado como «Carope».[342]

CAPÍTULO III

HAZAÑAS Y PADECIMIENTOS POSTERIORES A LOS DOCE TRABAJOS

1. Kallínikos

Después de regresar del Más Allá, Heracles se ganó con justicia su epíteto más famoso, *Kallínikos*, «glorioso vencedor». La victoria más gloriosa entre las victorias era sin duda la que había obtenido sobre la muerte, y Heracles fue el único entre todos los dioses y héroes al que llamaron *Kallínikos*.[1] Se volvió habitual entre la gente común, y no sólo en la antigüedad tardía, escribir sobre la puerta:[2]

> Aquí habita el glorioso vencedor, Heracles,
> hijo de Zeus; que no entre ningún mal.

Con la palabra «mal» se referían sobre todo a la muerte, que con frecuencia la gente evitaba nombrar o escribir sobre su propia puerta. Heracles era el único que podía apartar este mal cuando ya había entrado en la casa, casi siempre demasiado tarde y por casualidad. Y qué estúpida la Muerte, que creía que el héroe había llegado antes que ella.

Se decía que el primer altar a Heracles *Kallínikos*,[3] o Heracles *Alexíkakos*, otro nombre que tenía un significado semejante al anterior, «Heracles el que aleja el mal»,[4] fue dedicado por Telamón tras la captura de Troya, cuando él mismo se vio amenazado de muerte por el celoso Heracles; lo salvó el haber apelado a esta característica del héroe. Y la victoria sobre Troya nos lleva ahora a tratar la historia de las expediciones victoriosas de Heracles. Los dorios en especial insistían en que el héroe había ayudado en tres ocasiones a su viejo rey Egimio,[5] bajo cuyo reinado todavía no habían emigrado al Peloponeso; la pri-

mera vez contra los lapitas, la siguiente contra los dríopes y por último contra el rey Amíntor de Ormenio, todos ellos habitantes de Tesalia y Tracia, en las cercanías del infausto monte Eta. También en Esparta, donde no vivían todavía los dorios, había sido Heracles quien derrotó al hermano de Tindáreo, Hipocoonte, y sus veinte hijos y devolvió su trono hereditario al padre terrenal de los Dioscuros.[6]

Heracles tenía que hacer también una expedición por cuenta propia para castigar a Augias, quien le había engañado en lo referente a su salario por haber limpiado los establos. El rey de la Élide fue ayudado por los gemelos que Molíone, la esposa de Áctor, le había dado a Posidón. Áctor era el hermano de Augias, y los gemelos eran llamados Actóridas por el nombre de su padre terrenal, y Moliónidas por el de su madre.[7] Estos hijos de Posidón, Éurito y Ctéato,[8] habían nacido de un huevo, al igual que los Dioscuros tebanos; el huevo era de plata,[9] y los dos hermanos eran aún más inseparables que Cástor y Polideuces. Cuando uno de ellos llevaba las riendas de los caballos que tiraban del carro, el otro los arreaba con el látigo.[10] Se decía[11] que eran gemelos en un sentido especial, una pareja de hermanos que habían crecido juntos y que le dieron más trabajo a Heracles que los establos de Augias.

Un viejo proverbio[12] decía que ni siquiera Heracles puede vencer a dos, y los hijos maravillosos del dios derrotaron a su ejército cuando estaba emboscado en la Élide.[13] Se decía que su hermanastro Ificles murió en esa batalla.[14] Según la leyenda, Heracles cayó enfermo durante esa campaña[15] (pronto volveremos a hablar de esta enfermedad, que no hacía más que aumentar su deseo de venganza). En aquel momento estaba vigente un armisticio con los Actóridas, pero cuando éstos se enteraron de la enfermedad de Heracles, rompieron la tregua y la guerra sangrante continuó, hasta que se vio interrumpida por la festividad de los Juegos Ístmicos. Los gemelos se fueron a los Juegos, pero Heracles los atacó a traición en Cleonas; sólo así pudieron ser derrotados y cayeron a manos del héroe,[16] pero esa victoria no le reportó renombre. De esta manera tan lamentable la guerra contra el astuto Augias y sus aliados sobrehumanos llegó a su fin. En vano intentó Molíone vengar a sus hijos muertos con sus maldiciones.[17] En la Élide, Heracles puso en el trono de su padre a Fileo, el hijo de Augias que una vez había testificado a su favor.[18]

Entonces procedió a la refundación de los Juegos Olímpicos y se convirtió en el promotor de las victorias más bellas de la antigüedad.[19] El vencedor en Olimpia recibía la corona hecha con las ramas del olivo que Heracles había traído consigo desde el país de los Hiperbóreos.[20] Heracles también había traído otro árbol sagrado desde el Aqueronte y lo había plantado en Olimpia, un álamo;[21] solamente con la madera de este árbol se podía encender el fuego para los sacrificios a Zeus en Olimpia. Heracles también construyó un gran altar para los sacrificios heroicos en honor de Pélope,[22] erigió otros doce altares para los doce dioses[23] y celebró por primera vez los Juegos Olímpicos de la manera en que se celebrarían siempre a partir de entonces. Se añade[24] que logró la victoria en todas las pruebas. ¿Quién se hubiese atrevido a competir en serio con él, el *Kallínikos*?

2. El loco

Durante el tiempo que pasó al servicio de Euristeo, Heracles estuvo lejos de la familia que había fundado en Tebas. Sus historias pertenecen propiamente a las leyendas tebanas, y muchos narradores las situaban antes de los doce Trabajos y llegaban a afirmar que Heracles tuvo que servir en Tirinto como castigo por haber matado a sus hijos.[25] Pero la tradición beocia, que afirma que Heracles regresó del reino de los muertos como Carope –es decir, terriblemente cambiado–, parece dar la razón a Eurípides, que llevó esta historia trágica a escena y la sitúa inmediatamente después del regreso del Inframundo.

Los tebanos sabían de ocho hijos que Mégara le había dado a Heracles.[26] Los veneraban en sus tumbas como jóvenes héroes y los llamaban *Chalkoarai*, «aquellos sobre los que recae una maldición de bronce», pero no les gustaba explicar la manera en que los infelices hallaron la muerte a manos de su propio padre. De acuerdo con Eurípides, eran sólo tres, pero algo tenían que ver con ello las limitaciones de la escena. En su *Heracles* introduce a un cierto rey Licos, al igual que en su *Antíope*, pero en esta ocasión se trata del hijo del otro Licos, que lo acusa y desea aniquilar a la familia del héroe, a su anciano suegro Anfitrión, a su esposa Mégara y a los tres hijos. Saben que Heracles ha

bajado al Inframundo y, como todavía no ha regresado, debe de pertenecer a los muertos. Ni siquiera Anfitrión y Mégara ven otra salida a su desesperada situación que la de morir junto con los niños. Los tres pequeños están ya vestidos como para ser enterrados[27] cuando llega Heracles, de vuelta del Más Allá. Todavía no ha ido a ver a Euristeo, ha dejado a Cerbero en Hermíone,[28] en el recinto sagrado de Deméter Ctonia, Deméter de los Infiernos, y se ha ido corriendo a Tebas. Pero en cierto sentido está confuso. No reconoce de inmediato a Anfitrión, o bien se le olvida su nombre.[29] Amenaza con masacrar a los ingratos cadmeos.[30] Junto a Mégara y los niños, a los que pronto se suma Anfitrión, recibe en el palacio a Licos y a sus esbirros, que no saben nada de su regreso y acaban muertos al instante. Pero la locura ya está en la casa. Eurípides la representa en escena en la persona de Lisa, la «locura», enviada por Hera y acompañada por Iris. Heracles se vuelve loco y cree que se halla en casa de Euristeo y que sus propios hijos son los hijos del otro. Los persigue, mata a uno con su clava y a los otros dos con sus flechas, dispara también contra Mégara y hubiese matado incluso a Anfitrión si Palas Atenea no hubiese arrojado contra su pecho la «piedra de la moderación», el *líthos sophronistér*.[31] El golpe lo derriba, hace que caiga en un sueño profundo y cuando por fin logra despertarse no recuerda nada de lo que ha hecho.

El propio Eurípides alude a la forma primitiva de la leyenda cuando hace que Heracles hable de un fuego purificador.[32] En la historia original, pare ce que encendía un fuego así cuando regresaba a casa. El pintor Asteas lo representa mientras lleva al primer hijo hacia el fuego, y se observa que ya ha arrojado los muebles y los enseres de la casa a las llamas. Al fondo, como en un plano superior del palacio, Yolao, Alcmena y Manía, «locura», lo observan; Mégara está huyendo por la puerta sin dejar de lamentarse. De hecho, se decía que Heracles arrojó a sus hijos al fuego.[33] Según otra leyenda[34] cuando recobró el sentido casó a Mégara con Yolao y abandonó Tebas para siempre, para fundar una familia en otro lugar, pues Heracles no raptaba a las mujeres como Teseo, el hijo de Posidón; no lo hizo ni siquiera en el caso de Auge, una historia extraña que explicaremos cuando hablemos de su hijo Télefo. Incluso después de esta desgracia siguió siendo el servidor de Hera.

Sin embargo, al hablar de las nuevas peticiones de matrimonio del

héroe, los narradores han tenido que posponer el momento en que ardía para él el fuego purificador, que originalmente le estaba destinado, pero en el que arrojó primero a sus hijos. Una petición de matrimonio que al final se convirtió en el rapto de una muchacha y lo implicó en el delito de matar a su huésped, llevó a Heracles vivo todavía a la pira.

3. El pecador

Heracles no obtuvo gloria alguna por haber matado en una emboscada a los dos hermanos Moliónidas cuando se dirigían hacia los Juegos Ístmicos, pero ello fue consecuencia del engaño que había consumado contra el héroe Augias, el tío de los gemelos divinos. Todo eso estaba relacionado con la historia de los establos del rey de la Élide y también con la de su hija, que había sido prometida a Heracles. Existe una cierta semejanza entre esta historia y la de Heracles con Éurito, señor de la fortaleza de Ecalia, que causó primero el asesinato del huésped y después el rapto de la joven.

Nadie sabe dónde estaba exactamente la ciudad de Éurito. Cinco ciudades de Grecia, llamadas Ecalia, pretendían ser la original: una estaba en Mesenia, las otras en Tesalia, Etolia, Eubea y Tracia. Puede que tengan razón los que en el nombre Ecalia (*Oichalia*) ven la palabra *oichómenoi*, los «difuntos». Éurito significa «buen arquero», aquel que tiene su arco y da en el blanco, como Apolo, el *rhytōr toxôn*.[35] Era hijo de Melante o Melaneo, «el negro».[36] También se decía[37] que había desafiado al propio Apolo a un concurso de arco y que el dios lo mató. Los narradores que presentan a Éurito como otro Apolo dicen que el dios en persona le había dado su arco[38] y le había instruido en su manejo;[39] de este modo expresan su estrecha relación con el dios. En cualquier caso, se decía que Apolo era su abuelo.[40] Éurito le dejó el arco que había recibido de él a su hijo Ífito,[41] quien a su vez se lo regaló a Odiseo cuando se encontraron durante la desastrosa búsqueda de las yeguas de su padre en Mesenia.[42] La muerte de los pretendientes de Penélope fue causada por el regalo del dios[43] durante una fiesta en honor de Apolo, como explicaremos más adelante.

Al igual que otros reyes crueles, todos ellos el doble del dios de la

muerte, Éurito anunció que entregaría por esposa a su hija, la hermosa Yole, que tenía nombre de flor (su forma más antigua es «Viola», o lo que es lo mismo, Violeta), a quien lograse derrotarlo en su especialidad.[44] De él se decía, al igual que de Enómao, que estaba enamorado de su hija y quería reservarla para sí mismo,[45] razón por la que puso como condición la victoria en el concurso de arco. Después de recuperarse de su locura y de separarse de Mégara, Heracles llegó a Ecalia para participar en el concurso. Más tarde se dijo[46] que él mismo había sido instruido en el tiro con arco por Éurito, mientras otros le atribuían un maestro escita,[47] o bien cretense, Radamantis,[48] quien según otra tradición[49] fue a Beocia y tomó por esposa a Alcmena después de la muerte de Anfitrión. Ningún otro era un oponente tan apropiado como Heracles para el «arquero invencible». ¿Qué otro nombre podía convenirle a Éurito si no?

Los detalles del concurso de arco en Ecalia se conservan tan sólo gracias a los pintores vasculares, y ni siquiera ellos se ponen de acuerdo. En una ocasión vemos que cuatro flechas han dado ya en el blanco, pero Heracles, que en todas las versiones ganaba el concurso, mata también a dos hijos de Éurito, Ífito entre ellos. Ahora apunta con su arco a la joven, como si también quisiese enviar al Hades el premio del concurso; Éurito y un hermano de la joven intentan impedir que el héroe dispare. De acuerdo con todas las narraciones, aunque ganó el concurso se negaron a entregarle el premio; ahora, sin embargo, se ven obligados a entregarle a Yole. En la otra parte del vaso aparece ésta representada sobre un lecho, mientras Dioniso entra en la casa y la novia le ciñe al vencedor una corona de flores. En otra pintura, Yole aparece entre los hombres acostados, Heracles a un lado, y su padre y hermanos al otro. Otros pintores representan a los hijos de Éurito atacando a Heracles, a quien habían despojado de su arco y su clava durante un banquete. Tan sólo se ha conservado[50] el insultante discurso con el que Éurito y los hermanos de Yole se excusan por haber faltado a su palabra. En él le reprochan al héroe la muerte de sus hijos, cometida mientras estuvo loco, y tras desarmarlo y debilitarlo con el vino lo expulsan de una manera ultrajante de la casa.[51]

Ésta fue la causa de la conquista de Ecalia, que, al igual que la expedición punitiva contra Augias, era la consecuencia inevitable del en-

gaño y de la humillación. Ífito, el hijo mayor de Éurito, tuvo la mala suerte de caer a manos de Heracles con anterioridad. Durante la búsqueda de las doce yeguas[52] que todavía estaban amamantando a sus potros, Ífito llegó a Tirinto, sede de Heracles. Éste se hallaba en posesión de las yeguas (ya fuese porque las había cogido él mismo en represalia[53] o bien porque Autólico se las había robado a Éurito para él),[54] pero el héroe seguía maquinando mayores planes de venganza.[55] Recibió al hijo de Éurito con hospitalidad, e incluso lo invitó como si nada hubiese ocurrido,[56] pero luego no respetó ni la mirada vigilante de los dioses ni la mesa que había servido a su huésped, y mató a Ífito.[57] El acto criminal es descrito de varias maneras, pero todos los narradores están de acuerdo[58] en que Heracles llevó a su huésped hasta lo más alto de las murallas ciclópeas de Tirinto y lo arrojó desde una de las torres.

Más tarde se dijo[59] que Heracles había tenido dos ataques de locura, el primero cuando mató a sus hijos y el segundo cuando mató a su huésped. Tanto el crimen como la locura requerían que el autor fuese purificado y absuelto. Heracles encontró quien lo purificara en Amiclas, cerca de Esparta; se llamaba Deífobo y era hijo de Hipólito, pero nada más se nos dice acerca de esta purificación,[60] que, sin embargo, daba pie a que los narradores introdujesen aquí la historia de otra enemistad que hacía de Heracles un pecador aún peor. Se trata de la lucha que se desató entre Heracles y uno que superaba incluso al gran Éurito,[61] el más letal de los arqueros. La historia decía que el héroe entró por la fuerza en el santuario de Apolo en Delfos e intentó robar el objeto más sagrado que allí se custodiaba, el trípode con su caldero.

Durante el cumplimiento de sus doce Trabajos, Apolo se le había opuesto en dos ocasiones. Había ayudado a su hermana cuando Heracles se adentró demasiado en el reino de Ártemis para capturar a la cierva de Cerinia. Y, junto a los demás dioses, había defendido Pilos, la puerta por la que Heracles logró pasar al otro mundo. Pero ahora tenían que defender su propio templo contra Heracles, que irrumpió en aquel sanctasanctórum para apoderarse del objeto más sagrado de cuantos poseía su hermano. Este delito hubiese sido la hazaña más grande de Heracles, teniendo en cuenta que Apolo era el nombre supremo del enemigo con el que combatía continuamente, superior a todos los demás nombres. Sin embargo, esta aventura supuso el límite de sus gestas;

casi un triste epílogo para aquellos que recordaban que las flechas del dios irritado eran capaces de sembrar la muerte entre hombres y animales.[62]

El robo del trípode se explicó más tarde[63] afirmando que Heracles pretendía fundar su propio oráculo con el objeto sagrado y que se lo llevó hasta Feneo en la Arcadia; por eso Apolo todavía guardaba rencor a la gente del lugar mil años después. Se decía[64] que la lucha entre los dos hijos de Zeus se debió al hecho de que Heracles quería consultar el oráculo de Delfos por algún motivo y la Pitia le respondió que el dios no se hallaba presente y no quiso darle respuesta alguna. Según otra versión, el héroe acudió a Delfos en busca de la purificación y fue rechazado.[65] La muerte de Ífito era motivo suficiente para denegarle a Heracles el oráculo si entraba en el templo, pues los homicidas eran expulsados del santuario,[66] aunque podían obtener consejo acerca de la expiación a través de un tercero.

A los artistas les encantaba inmortalizar la escena de cuando la batalla se hallaba en su apogeo, pues en ella no veían más que una pelea entre hermanos, un juego entre dioses. Lo hicieron en el propio Delfos, y los tebanos llegaron incluso a acuñar en sus monedas la imagen de Heracles huyendo con el trípode tras su sacrilegio. Aquí retoman el hilo de la narración escultores y pintores. El héroe ya ha dejado el templo y parece que haya recorrido una cierta distancia con el trípode cuando Apolo, acompañado por Ártemis, le da alcance. Atenea participa en el robo tomando el partido del héroe. Las diosas intentan sujetarlo o separar a los dos; el dios sujeta el objeto sagrado por una pata, mientras Heracles alza su clava. Si las diosas no son capaces, tan sólo Zeus puede poner fin a la lucha entre sus hijos; se decía que lanzó su rayo entre ambos combatientes.[67] Entonces se separaron e hicieron las paces. Puede que esto ocurriese muy lejos de Delfos, en Giteo, que se halla en la costa de Laconia, pues se decía que esta ciudad había sido fundada en común por los dos tras su reconciliación.[68]

Después de esto, Heracles tenía que expiar sus crímenes, según algunos[69] también su sacrilegio, pero en cualquier caso la muerte de su huésped. Tal era el deseo de Zeus[70] y así lo anunció Apolo.[71] De acuerdo con una de las versiones,[72] tenía que pagar el precio de la sangre a los hermanos de Ífito en lugar de a su padre; esto parece indicar que ya ha-

bía matado a Éurito en el concurso de arco en Ecalia, y que eran los hermanos los que se habían negado a entregarle a Yole y lo habían echado de allí con el corazón lleno de deseos de venganza. Y ahora tenía que expiar su crimen sirviendo como esclavo durante tres años. Hermes lo condujo al mercado de esclavos y lo vendió por tres talentos;[73] la reina lidia que lo compró se llamaba Ónfale.

4. El sirviente de las mujeres

No todos los narradores de la historia creían que el periodo de servidumbre de Heracles en el palacio de Ónfale, la reina de las sandalias de oro,[74] requiriese una explicación especial; era suficiente la naturaleza dactílica del sirviente de Hera. El periodo pasado como esclavo de las mujeres en aquella tierra rica en oro donde una vez reinó Tántalo solía ponerse en relación con otras aventuras del héroe; por ejemplo, éste hubiese podido abandonar a los Argonautas por culpa de la hermosa reina.[75] Fueron quizá los propios lidios o los griegos que habitaban a su alrededor quienes dijeron[76] que el hacha de doble filo, el distintivo de los reyes lidios anteriores a Candaules, era un regalo de Heracles a Ónfale; el héroe le había arrebatado esa arma sagrada a Hipólita, la reina de las Amazonas, y la había llevado consigo a Sardes. También era muy antigua la leyenda atribuida a los habitantes de la isla de Cos, que está muy cerca de la costa de Asia; allí adoraban a Heracles como divinidad del matrimonio,[77] vestían a los novios con ropas de mujer y afirmaban[78] que Heracles había sido el primero en hacerlo en la morada de una esclava tracia. Precisamente ahora le tocaba hacer lo mismo con Ónfale.

Según otro relato,[79] la antepasada de los reyes lidios con su doble hacha, que eran descendientes de Heracles, era una esclava, hija de Yárdano. Yárdano es el nombre de un río en Lidia[80] al que se le atribuía como hija a Ónfale, destinada a fundar una dinastía con Heracles.[81] Su nombre es la forma femenina de *omphalos*, «ombligo», y resulta plausible que las esclavas llevaran ese nombre. Así como el dios fluvial Yárdano aparece como su padre, el dios de los montes Tmolo aparece como su primer marido,[82] y en todas las versiones ella es la señora y Heracles el siervo. Lo que los narradores griegos expresaban eufemísticamente

con el término «esclava» o «viuda» era la cosa más natural del mundo en Lidia, donde las muchachas no vivían como vírgenes sino como cortesanas.[83] Lo hacían para casarse; de esa manera reunían su dote y podían acordar su propio matrimonio con total libertad.[84] Además, *omphalos* no sólo indica el ombligo del cuerpo humano, sino también un objeto de culto de piedra, el ombligo de la tierra, que estaba también relacionado con el culto de una diosa, Themis en Delfos y Afrodita en Pafos.

Es cierto que ninguna tradición se refiere a Ónfale como diosa; los narradores, todos ellos griegos, nos la presentan más bien[85] como una mujer lasciva, aunque no exista ninguna diferencia entre el comportamiento de Heracles con ella y el de los esposos de Cos en su boda. Se afirma con frecuencia, y los pintores tardíos así lo representan, que el héroe se había puesto ropas femeninas para complacer a su señora; por regla general se los representa como los vestidos y adornos de la propia Ónfale. Pero hay algo de ceremonioso en ello cuando, en un relato tardío,[86] Heracles sostiene la sombrilla dorada sobre la cabeza de la reina mientras se dirigen a las viñas del Tmolo para la fiesta de Dioniso. Después, la víspera del festival, de manera casta y contenida, se intercambian la ropas: él se viste con el traje delicado y costoso de Ónfale y ella se pone la piel del león y coge la clava.

Fueron también los narradores más tardíos quienes convirtieron el servicio de Heracles a una mujer en un trabajo propio de mujeres, o bien en una tarea semejante a las que le fueron impuestas cuando estaba al servicio de Euristeo. Le pusieron un huso en la mano y le hicieron devanar la lana junto a las esclavas.[87] De las innumerables hazañas atribuidas a Heracles, se elegían aquellas que podían parecer más insignificantes en comparación con los doce grandes Trabajos, y se presentaban como si fuesen tareas asignadas a su siervo por la reina lidia.[88] Algunos explicaban un relato[89] acerca de una serpiente que todo lo devastaba en el río lidio Sangario y a la que Heracles mató como hiciera con la Hidra de Lerna; por esa razón habría sido situado entre las constelaciones como Ofiuco, el hombre que sostiene una serpiente.

Una de las tareas que supuestamente realizó por orden de Ónfale fue la captura de los Cercopes.[90] Su nombre significa «hombres con cola», y podían tener aspecto de Cabiros o bien de mono. Los narradores antiguos los definen como:[91]

Mentirosos y tramposos, maliciosos,
impostores; vagaban por el mundo
y asaltaban a los hombres.

Se trataba de una pareja de hermanos llamados Olo y Euríbates. El nombre de Euríbates adquirió el significado de «estafador».[92] Se decía que los dos venían de Ecalia (y ya sabemos lo que podía significar ese lugar), vagaban por caminos secundarios y asaltaban a los beocios. Se les conocía también por otros nombres, que nos indican que eran de hecho unos hermanos Cabiros. Uno de los hermanos se llamaba Acmón,[93] o lo que es lo mismo, «yunque», y Acmón y Pásalo, «yunque» y «clavo», eran también los nombres de los Cercopes,[94] y se creía que su madre era Tía, «la divina», hija de Océano,[95] o bien una Titana en otras versiones,[96] y uno de los nombres de la Gran Madre divina.

En Asia Menor los Cercopes habitaban en la región de Éfeso;[97] en territorio griego su guarida estaba en las Termópilas, la parte más estrecha del paso a través de «las puertas calientes»[98] (que es lo que significa su nombre), cuyas fuentes curativas, según una creencia tardía, hizo brotar Palas Atenea para el fatigado Heracles.[99] Era un lugar propicio para los ladrones, pero a causa de las fuentes calientes también lo era para los Cabiros. Allí se quedó dormido Heracles durante uno de sus muchos viajes. La madre de los Cercopes les había prevenido contra el *melampygos*, «el hombre del trasero negro»,[100] pero el héroe estaba durmiendo boca arriba con sus armas al lado.[101] Los hermanos intentaron arrebatárselas, pero Heracles no estaba tan profundamente dormido; se despertó y los capturó a ambos valiéndose tan sólo de sus manos, ató juntos a aquellos seres tan absurdos, los colgó por los pies en los extremos de un palo y se los llevó cargados como si fuesen dos fardos. Boca abajo, a espaldas del héroe, los dos, que al principio estaban muy asustados, se echaron a reír alegremente al ver que la premonición de su madre se verificaba. Sorprendido, Heracles les preguntó el porqué de su risa, y acabó riéndose él también. Como premio, los liberó de sus ataduras. Otro relato decía que más tarde Zeus los convirtió en monos y los envió a poblar las Pitecusas, las islas de los Monos, Isquia.[102] En la Italia meridional se representaba una farsa sobre el tema, que se ha conservado también en una pintura vascular, donde aparece Heracles lle-

vándole al rey Euristeo los Cercopes como monos, en una jaula doble, y divirtiéndose a su costa.

Otra tarea, al parecer también asignada por Ónfale, consistió en trabajar para Sileo, el ladrón que poseía una viña. «Ladrón» resulta una traducción muy indulgente para su nombre, pues *syleus* es alguien que te despoja de todo, hasta dejarte desnudo, y después lo vende todo, incluida la persona. En esta historia, Sileo hizo trabajar al extranjero como esclavo en su viña.[103] Pero tenía un hermano llamado Diceo, «el justo»,[104] y una hija llamada Jenódice, «la que trata con justicia a los extranjeros»;[105] según parece, el único que se comportaba de manera indigna con los extranjeros que acertaban a pasar por allí era Sileo. Los narradores no se ponen de acuerdo al indicar el lugar donde esto sucedía, pues existía una llanura de Sileo en Macedonia,[106] pero aquellos que atribuían a Ónfale el haber enviado a Heracles a matar al ladrón se refieren a Sileo como a un habitante de Lidia.[107]

Según Eurípides, que llevó esta historia a escena en el drama satírico *Sileo*, era Hermes quien vendía el héroe al ladrón. No resultaba fácil, porque Heracles no tenía en absoluto aspecto de esclavo,[108] y ¿quién iba a comprar para su casa[109] a un tipo que daba miedo sólo con verlo? Sus ojos llameantes eran como los de un toro que ve a un león. No necesitaba abrir la boca[110] para que quedase claro que no era alguien que recibiese órdenes, sino que las impartía. Sólo Sileo fue lo suficientemente osado para comprar este esclavo al mensajero de los dioses, y después de comprarlo lo envió a su viña a cavar entre las vides. Eso es lo que Heracles estaba esperando, tener una azada en la mano. Ya podía escapar Jenódice con la clava y la piel del león que había robado al héroe –aparece así representada en una pintura vascular, y los narradores más tardíos afirmaban que fue castigada junto con su padre–,[111] que el héroe era más hábil que cualquier otro en el manejo de la azada.

Empezó arrancando todas las vides, incluyendo las raíces,[112] se las llevó entonces a la casa de Sileo y encendió un gran fuego para cocer pan y asar la carne. Sacrificó el mejor toro a Zeus,[113] forzó la puerta de la cantina y abrió el mejor vino. Arrancó la puerta de la casa de sus goznes y la utilizó como mesa, y para apagar el fuego desvió un río por el jardín. Entonces empezó el banquete. Cuando Sileo se presentó de improviso, irritado porque estaba acabando con sus posesiones, Heracles

lo invitó a sentarse también a la mesa.[114] Entonces el hombre engañado, ciego de ira, empezó a proferir blasfemias y no escapó a la muerte. De alguna manera, la clava apareció de nuevo en la mano del héroe.[115] Ordenó a Jenódice que se secara las lágrimas y la metió en la casa, pero ciertamente no para castigarla.

Según una versión más tardía, su historia de amor tuvo lugar en la casa de Diceo en el monte Pelión.[116] Tras la muerte de su hermano, éste, que había pasado a ser el padre adoptivo de la joven, ofreció hospitalidad a Heracles y Jenódice se convirtió en su esposa. Cuando el héroe se fue, ella murió de pena, pero Heracles no había abandonado a su amada esposa para siempre y regresó a su lado. La halló muerta sobre la pira funeraria y quiso morir en el fuego por amor a ella, pero lo contuvieron y sobre la tumba de Jenódice se erigió un santuario a Heracles.

El escenario de la siguiente hazaña del héroe fue el país de Frigia, que limita con Lidia. Pero en ningún lugar se dice que fuese llevada a cabo por orden de Ónfale. No obstante, esta acción se incluye en las aventuras de Heracles en Asia, tanto como su servidumbre en el palacio de la reina de Lidia. Se trata de la historia del segador frigio Litierses, quien también segaba las cabezas de los hombres. La canción que acompaña a los segadores en su trabajo se llamaba también *litierses* en varias regiones de Grecia,[117] por el nombre del segador que la había cantado por vez primera.[118] No cabe duda de que originalmente la canción explicaba cómo debía llevarse a cabo la siega, si bien más tarde este detalle fue olvidado o bien suprimido por cantores más delicados. Litierses vivía en Célenas, «el lugar oscuro», y obligaba a los extranjeros que pasaban por allí a competir con él en el uso de la guadaña.[119] De acuerdo con la forma más suave de la historia, que era la que sin duda se oía en la mayoría de las canciones de segadores, flagelaba a los que derrotaba. Pero también se decía[120] que solía decapitar a los que vencía (y todos caían ante el segador divino), y que ataba sus cadáveres con las espigas. Se le atribuía al rey Midas[121] como padre, pero ningún rey terrenal recoge una cosecha así, tan sólo el señor del Inframundo.

Además, a Litierses se le consideraba un enorme glotón.[122] Sólo de pan consumía al día tres veces la carga de un asno y llamaba a su copa, en la que cabía el contenido de tres ánforas, una «medida pequeña». Esto aparece en un drama satírico que narraba[123] cómo Dafnis, el deli-

cado pastor enamorado, cayó en las garras de este ogro frigio y a punto estuvo de convertirse en su víctima. Pero, tal y como se nos asegura,[124] a Litierses no le molestaba que otros comieran con él y agasajaba a sus víctimas. Heracles se presentó en el banquete y aceptó el desafío del rey para ver quién era mejor segando. Se fueron a las fértiles orillas del río Meandro, donde las espigas alcanzaban la altura de un hombre. Al final el héroe segó la cabeza de Litierses y arrojó como un disco su cuerpo decapitado al río.[125]

Se decía además[126] que Heracles sanó gracias a las fuentes calientes de los ríos lidios Hilo y Aqueles, que es un afluente del anterior. Las Ninfas, hijas de Aqueles, lo bañaron en el agua caliente, y por esa razón puso por nombre a uno de sus hijos, el que engendró con Deyanira, Hilo, y a otro que tuvo con Ónfale, Aqueles.

5. El salvador de Hera y Deyanira

Heracles fue de un modo muy claro el sirviente de las mujeres con Ónfale; pero era también un sirviente de mujeres en su aspecto salvador: a Hesíone la salvó del monstruo marino, a Alcestis de la Muerte, a la hija de Dexámeno del Centauro. En todos estos rescates aparecía también como sirviente de Hera. Se contaba que había salvado a la reina de los dioses en persona de una tesitura semejante.

Tuvo que ser un narrador extraordinario el que transmitió este relato a los artistas, que son los únicos que lo han representado y preservado, pues no se dejó engañar por la supuesta enemistad que según los poetas existía entre Hera y Heracles. En las metopas del templo de Hera en Paestum, junto a la desembocadura del río Sele, al igual que en un vaso ático, puede verse lo que sucedió. Los agresores no fueron los centauros, sino los impúdicos silenos. También en el cielo, en las representaciones griegas del zodiaco, un sileno ocupa el lugar del centauro arquero. En cierta ocasión en que viajaba por la tierra,[127] los silenos detuvieron a la diosa en su camino. Heracles apareció de repente para rescatarla. El pintor ático añade también a Hermes como escolta de la reina de los dioses, pero el verdadero salvador, aquel en el que Hera se refugia, es el héroe que lleva el nombre de la diosa en el suyo propio,

que aparece representado en la metopa con la espada y en el vaso con su clava.

De la misma manera Heracles se convirtió en el salvador de Deyanira. Éste era uno de los varios nombres atribuidos también a la hija de Dexámeno, que por poco cae víctima de los centauros. Pero la verdadera Deyanira era hija de Eneo o, como afirman otros autores,[128] del mismísimo Dioniso, que había visitado a la reina Altea en Calidón. A juzgar por su nombre, debía de ser hostil a los hombres y no sólo una virgen guerrera.[129] Debía de haber dudado mucho antes de casarse, y por esa razón su hermano Meleagro imploró a Heracles en el Hades que la tomase por esposa, pues parecían dignos uno de otro.

Cuando el héroe se puso en camino hacia Etolia, donde Eneo era rey de Pleurón y Calidón, entre los ríos Aqueloo y Eveno, desde hacía tiempo un poderoso pretendiente la molestaba, cortejándola bajo formas diversas.[130] Se trataba del dios fluvial Aqueloo, y la cortejaba bajo forma de toro, serpiente o bien como un hombre con cabeza de toro, cual un segundo Minotauro.[131] Los artistas antiguos lo representaban como un toro con cuernos y barba, o incluso como un centauro taurino, menos cuando querían expresar su parecido con Tritón, el centauro del mar.[132] Su relación con el reino de los muertos queda patente a partir de los relatos que lo relacionan con las sirenas, tanto los más antiguos,[133] según los cuales Tritón era su padre, como los más recientes,[134] en los que las sirenas nacen de las gotas de sangre que cayeron cuando Heracles le rompió un cuerno.

Pues éste fue el resultado de todo ello.[135] Deyanira miraba desde lo alto de la orilla del río,[136] demasiado asustada como para ver combatir a sus dos pretendientes.[137] Se trataba de una verdadera competición, un *agón*, cuyo premio era la esposa.[138] Los narradores más tardíos le dieron gran importancia al hecho de que Heracles hubiese conquistado a la esposa junto con el cuerno de Aqueloo, que comparaban con el cuerno de Amaltea, el inagotable cuerno de la abundancia que el héroe lleva en numerosas representaciones artísticas en lugar de su clava, o que recibe de Dioniso.[139] Se decía también[140] que Heracles devolvió a Aqueloo su cuerno a cambio del de Amaltea. De modo que el dios fluvial se retiró derrotado, no sin haber perdido un don precioso.

Con esta victoria sobre un dios comenzaba, pero no acababa, la his-

toria del retorno a casa de Deyanira. En la historia de Meleagro ya nos referimos al anciano rey Eneo.[141] Era un soberano benévolo, hospitalario y, a juzgar por su nombre, un doble del dios del vino; pero así como el malvado y desenfrenado Sileo tenía en Diceo un hermano justo, también Eneo tenía un hermano salvaje. Los padres de esta pareja de hermanos tan distintos eran Portaón,[142] «el saqueador», y Éurite.[143] Además de Meleagro, entre los hijos de Eneo figuran también Toxeo, «el arquero», Tireo, «el portero», y Clímeno, «el famoso», todos ellos portadores de nombres propios de Hades. Si alguien quería abandonar el reino de Eneo en dirección oeste, a pesar de que el país ya se encontraba situado al oeste, debía atravesar el Aqueloo; los que se dirigían hacia el este debían atravesar el Eveno. En este río, que anteriormente se llamaba Licormo,[144] Heracles y Deyanira se encontraron con el centauro Neso, cuando el héroe acompañaba a casa a la joven esposa. También se llamaba Neso un dios fluvial, uno de los hijos de Océano.[145] Este centauro hacía las veces de barquero y ayudaba a la gente a atravesar el río en su lomo, exigiendo a cambio el correspondiente pago.[146]

Neso afirmaba que había recibido el oficio de barquero de los dioses como recompensa por su justicia,[147] y no le pidió a Heracles otra compensación que la de transportar a la joven esposa primero. En cuanto tuvo a Deyanira sobre su espalda comenzó a molestarla. Las pinturas vasculares nos muestran al héroe corriendo tras él; unas veces el centauro lleva todavía a lomos a su víctima y otras Heracles ya la ha rescatado, pero o bien lo atravesó con su espada, o bien lo golpeó con su clava. Entonces tuvo que llevarla al otro lado del río él mismo, lo que sin duda hizo, si bien esta parte de la historia no se ha conservado. Una de las versiones dice que Neso no molestó a Deyanira hasta haber alcanzado la orilla opuesta.[148] El poeta Arquíloco describe cómo la joven esposa, al percatarse de las intenciones del centauro, se deshace en lamentos y pide ayuda a su esposo.[149] Heracles tuvo que hacer gala de su habilidad como arquero; su flecha alcanzó al violador desde la otra orilla y salvó a su esposa.

Sófocles, que llevó a escena la historia de Deyanira en su tragedia *Las Traquinias*, hace que sea la propia heroína quien explique la desgracia que ocurrió en el Eveno. Al parecer, cosa que ya se decía también en otras versiones,[150] Heracles cruzó sin problemas el río. Deyanira sintió

la mano molesta de Neso cuando estaban a medio cruzar.[151] Empezó a gritar y el hijo de Zeus, que acababa de ganar la orilla, se giró y disparó una flecha que atravesó el pecho del centauro. Antes de morir todavía tuvo tiempo para engañar a la esposa de Heracles. Deseaba, dijo el muy taimado, hacerle un último favor. La sangre que manaba de su herida envenenada tenía poderes mágicos, y por eso ella tenía que recogerla. Evidentemente, como es habitual entre los viajeros griegos, Deyanira llevaba consigo una pequeña botella para el agua. El artero centauro le dijo que Heracles no se enamoraría de ninguna otra mujer si llevaba una túnica impregnada en la sangre de Neso. Deyanira siguió este consejo fatal, recogió la sangre de Neso cuando éste alcanzó la orilla moribundo y la conservó en su casa, oculta en un caldero de bronce.[152]

Así fue el regreso de Deyanira a casa. De acuerdo con la mayoría de los narradores, ciertamente no con todos, esto sucedió poco después del regreso del héroe del otro mundo, antes de sufrir la ofensa de Ecalia y convertirse en esclavo de Ónfale como expiación por la muerte de Ífito. De este modo Deyanira, al igual que Mégara antes que ella, se convirtió en una esposa a la que le toca esperar, y le dio a su marido varios hijos además de Hilo.[153]

6. El final de la vida terrenal de Heracles

La ofensa recibida en Ecalia todavía no había sido vengada, de modo que Heracles dejó a Deyanira en el palacio de su huésped amigo Ceix en Traquis. Se había retirado allí con su familia después del asesinato de su huésped en Tirinto,[154] en la región que rodea el monte Eta. Condujo un ejército[155] contra la ciudad amurallada de Éurito[156] y tomó Ecalia. Heracles mató al soberano y a sus hijos y se llevó a Yole como botín. Los que querían relacionar su historia con la de Deyanira afirmaban[157] que Heracles la quería de concubina y la prefería a su esposa. Pero no se ha conservado ninguna historia de amor entre el héroe y Yole. Sea como fuere, el sirviente de las mujeres se convirtió en el raptor de una mujer, preparando así su final.

Deyanira creyó que había llegado el momento de utilizar el regalo de Neso. El centauro le había dado su sangre para destruir a Heracles; ha-

bía previsto que se presentaría la oportunidad. Su regalo y el engaño de Deyanira constituyeron el presente del centauro. También se decía que un oráculo[158] le había anunciado a Heracles que su muerte no sería causada por ningún ser viviente, sino por un habitante del Más Allá. Sin sospechar nada, aceptó la espléndida túnica envenenada que Deyanira, también sin sospechar, le había enviado para que se la pusiera cuando hiciera el sacrificio de agradecimiento a Zeus.[159] Pero cuando el vestido empezó a quemarle la carne y vio que no podía sacarse la tela envenenada de encima,[160] reconoció la señal premonitoria[161] y mandó que le preparasen de inmediato una pira en el monte Eta.

Más tarde se afirmó que había tomado esta decisión por consejo de Apolo.[162] En su desgracia, causada por el presente de Neso, había hecho que consultasen al oráculo de Delfos, y la respuesta había sido que debía dirigirse completamente armado a la cima del Eta para hacerse preparar allí una gran pira; Zeus se ocuparía del resto. Pero incluso en esta versión, Heracles preparó su pira por decisión propia. En *Las Traquinias* se nos dice que antes de tomar esta decisión tuvo un enorme ataque de cólera. Los dolores que sentía, unidos a ese mal que afecta a los héroes, hicieron explotar su ira, que en realidad no se halla muy lejos de la locura. Arrojó al mar desde el Ceneo,[163] un monte en el noroeste de la isla de Eubea, donde quería hacer el sacrificio a Zeus, al mensajero que le había traído la túnica mortal.[164] Llevaron a Heracles de regreso a Tracia y el sufriente quería vengarse de Deyanira, pero ella, al enterarse del resultado de su acción, ya se había quitado la vida con una espada.[165] Ahora que Heracles tenía clara también la causa de sus males (la argucia del centauro), comunicó sus últimos deseos a Hilo, el mayor de los hijos que había tenido con Deyanira. El primero era[166] la construcción de la pira, y el segundo[167] el matrimonio de Yole con Hilo, matrimonio que no iba a presenciar.

Después hizo que lo llevaran al prado de Zeus en la cima del Eta,[168] donde nunca se segaba la hierba.[169] A partir del momento en que la pira de Heracles ardió por vez primera, rodeada por un recinto de piedras que conservó las cenizas hasta nuestros días y que volvía a encenderse el día de la fiesta del héroe, el lugar fue llamado Frigia, «lugar quemado».[170] Una leyenda[171] decía que el río Diro, llamado ahora Gorgopótamo, brotó entonces de la montaña para apagar el gigantesco fuego

en el que se consumía el cuerpo de Heracles. En vano brotó el río, pues la voluntad de Heracles era ser quemado. De acuerdo con su deseo, Hilo había construido la pira, pero se había negado a prenderle fuego.[172] El sufriente Heracles se sentó sobre la enorme pila de madera y esperó a que algún amigo o algún caminante atravesase el monte Eta camino a Delfos. Pasó por allí Filoctetes, el hijo de Peante,[173] quien un día, afectado por los mismos dolores, habría de gritar las mismas palabras:[174] «¡Enciende el fuego, buen hombre, enciéndelo!». Otros afirman[175] que fue el propio Peante, que andaba buscando sus ovejas descarriadas por la montaña, quien prendió fuego a la pira. El premio fue grande, ni más ni menos que el arco de Heracles.[176] Él mismo se lo regaló, como recompensa por el acto que lo liberaba, a Filoctetes o a su padre Peante, de quien lo habría heredado el hijo. Troya sólo podría ser conquistada por medio de este arco.

Pero el fuego que se ascendía en ese lugar no era motivo de tristeza. Siempre que los griegos lo encendían en memoria de Heracles[177] se trataba de una fiesta alegre, en la que reinaba una atmósfera de amor en recuerdo del gran Dáctilo.[178] En las llamas purificadoras, sus miembros se volvieron divinos;[179] no era cierto que, como muchos suponían, el cuerpo mortal del dios se hubiese consumido como el cadáver de un ser mortal.[180] Una historia decía[181] que desde la pira ardiente subió a los cielos en una nube, entre un retumbar de truenos. Cuando los suyos fueron a buscar sus huesos entre las cenizas, como era habitual tras una cremación,[182] no hallaron nada.[183] Un maestro de la pintura vascular, y probablemente antes que él el autor de un drama satírico, inmortalizaron la búsqueda de los huesos de Heracles. Son unos sátiros quienes llevan a cabo esa búsqueda, y se echan hacia atrás asustados cuando encuentran en la pira, que todavía no está extinguida del todo, la armadura del héroe vacía. Mientras tanto Heracles, que ha rejuvenecido y es casi un muchacho, supera la cima del Eta montado con Palas Atenea en su cuadriga. Los astrólogos sabían[184] que pasó a través de la puerta del cielo que se encuentra en Escorpio, al lado de Sagitario, el centauro que fue transportado a los cielos.

Numerosos artistas representaron la subida al cielo de Heracles. La pintura más hermosa es la que aparece en un ánfora ática antigua, colocada junto al lecho sagrado erigido en honor de Hera en el templo

subterráneo de Pestum y emparedada allí. En ella, Heracles sube al carro con Atenea en presencia de la pareja de hermanos que en su momento fueron sus antagonistas, Apolo y Ártemis. Hermes está preparado para conducirlo. La vasija no hubiera estado allí con esa pintura si no se hubiese creído que la reina de los dioses se congratulaba con la ascensión del héroe al Olimpo. A partir de ese momento pasaba a formar parte de la comunidad de los dioses; el pintor Sosias lo muestra exclamando «Querido Zeus» ante esa deslumbrante asamblea. Entonces Atenea lo conduce a la presencia de Zeus, y Hera, sentada en el trono al lado de Zeus, lo recibe.

Los que creían que de veras existía una enemistad entre Hera y Heracles hablaban de reconciliación;[185] según ellos, Zeus la convenció[186] para que oficiase la ceremonia de un segundo nacimiento de Heracles. La diosa adoptó la postura de una mujer de parto, lo acogió en su cuerpo sagrado y lo dejó caer al suelo por entre sus ropas. De acuerdo con una de las versiones que se explicaban en Italia y que no podemos recoger aquí (ya que en Grecia no hubiesen resultado demasiado plausibles), la diosa le ofreció su pecho para que mamase. La escena aparecía representada en el dorso de un espejo etrusco. De esa manera Heracles se convirtió en el hijo de Hera.

En su calidad de Hera Teleia, la gran diosa del matrimonio,[187] ella misma le ofreció a Heracles su hija Hebe. Ambos, el hijo adoptivo de Hera y su doble más joven,[188] celebraron sus bodas junto a los dioses Olímpicos en su montaña.[189] El yerno de Hera gobierna aquí en su palacio de oro.[190] Los poetas cantaban al respecto:[191] «Ahora es un dios, atrás quedan el sufrimiento y los trabajos; vive donde viven los demás habitantes del Olimpo, inmortal, sin envejecer, en compañía de Hebe, hija de Zeus y Hera». El fantasma del Heracles terrenal –pues ni el héroe que había recorrido el mundo ni sus hazañas cayeron en el olvido–, su *eídolon*, se fue al Hades y allí lo encontró Odiseo. En torno suyo había un estrépito de cadáveres, como el de los pájaros que huyen asustados en todas direcciones. Y allí estaba él, semejante a la oscura noche, sosteniendo su arco preparado, con una flecha en el nervio, y mirando alrededor de forma aterradora como el que está a punto de disparar.[192] También se le podía ver en el cielo en una postura semejante, pues, según se creía, la constelación de Hércules Engonasin,[193] arrodi-

llado sobre su pierna derecha y siempre esforzado,[194] era un monumento colocado allí por Zeus en memoria de las fatigas de su hijo.

En lo que respecta a los suyos, sus fatigas en la tierra resultaron inútiles. Aunque muchos reyes y muchos pueblos pretendían ser sus descendientes,[195] y aunque muchos mitógrafos se afanaron en narrar historias de descendencia, confundiendo así a la posteridad, Heracles, por su propia naturaleza, no fue fundador de dinastías ni héroe ancestral de ningún clan. Por su causa, los hijos que tuvo con Mégara, su esposa tebana, hallaron la muerte en el fuego, al igual que él mismo después, y subió a su pira en el palacio hospitalario de Ceix, pues ni siquiera poseía un palacio propio cuando abandonó la tierra. Se explicaban historias diversas acerca de los hijos habidos con Deyanira, pero todas coincidían al decir que los descendientes de Heracles habían desaparecido por completo del Peloponeso. Tan sólo así podían los mitógrafos hablar de un regreso de los Heraclidas y ponerlo en relación con la llegada de los dorios a Esparta.[196]

Según todas las versiones, los hijos de Heracles huyeron de Euristeo, que los había amenazado de muerte después de la apoteosis de su padre.[197] Ceix no podía protegerlos contra el poder del rey de Micenas, y les ordenó que se fueran.[198] Así, vagaron errantes de ciudad en ciudad, hasta llegar a Tebas según una de las versiones. Los que defendían la versión según la cual Yolao no había muerto en Cerdeña, adonde había emigrado con los hijos que Heracles había tenido con las hijas de Tespio, sino que yacía enterrado en la tumba de su abuelo Anfitrión, hacían que, ya de viejo, fuese a buscar a Euristeo y le cortase la cabeza.[199] Existía incluso una historia en la que se afirmaba que Yolao había muerto ya y que salió de su tumba para castigar a Euristeo. Luego se murió de nuevo.[200]

Según otra versión,[201] siguió siendo el defensor de los hijos de Heracles, como siempre lo había sido desde el principio, y huyó con ellos desde Argos hasta el Ática. Los atenienses los acogieron a todos y opusieron resistencia a Euristeo, que se presentó con un gran ejército. Hilo combatió al lado de Yolao y fue él quien cortó la cabeza al rey de Micenas.[202] De acuerdo con otra versión de la historia,[203] el anciano héroe Yolao imploró a Hebe y a Zeus que le permitiesen recuperar su juventud, aunque sólo fuese por un día. Doce estrellas brillaron por encima

de su carro y la gente gritó: «¡Hebe y Heracles!». Lo envolvieron en una nube y Yolao reapareció de entre la niebla rejuvenecido, capturó al rey de Micenas y se lo llevó vivo a Alcmena, que no quiso perdonarlo, de modo que Euristeo halló así su muerte.

En cambio, en Atenas[204] se decía que había tenido que morir una virgen para obtener la victoria, pues Perséfone exigía ese sacrificio. Esto, como veremos más adelante, era algo que sucedía a menudo en Atenas. Las descendientes femeninas de Heracles habían llegado a Atenas con la anciana Alcmena buscando refugio, y una de ellas, digna hija de Heracles,[205] se ofreció voluntaria para el sacrificio. En el lugar donde fue sacrificada brotó una fuente, que conservó su nombre para el futuro.[206] Como se llamaba Macaria, «la bienaventurada», la fuente de Maratón fue llamada «la fuente de la bienaventuranza».

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO I

CÉCROPE, ERECTEO Y TESEO

Cuando los atenienses querían ser llamados con el nombre de su héroe epónimo eran Cecrópidas, los descendientes, o más bien los parientes, de Cécrope; pues aunque llevaban ese nombre, eran de la opinión de que no descendían de un ser masculino primigenio, sino directamente del suelo blanco y rojizo del Ática, que en los tiempos primitivos engendraba hombres en lugar de animales salvajes.[1] Cécrope, de acuerdo con la forma original de su nombre, que era Cércope, «hombre con cola»,[2] era mitad serpiente y mitad humano.[3] Serpiente porque había nacido de la tierra, pero en parte también tenía forma humana, por lo que era *diphyés*, «de naturaleza doble». Nacido de la tierra y criado por la diosa virgen Palas Atenea, la hija de su padre, y formado de acuerdo con su mente, la imagen del ateniense primitivo se concretó por vez primera en Cécrope. Se decía que había descubierto, por decirlo de algún modo, el origen doble de los seres humanos,[4] que son procreados no sólo por una madre, sino también por un padre. Estableció la institución del matrimonio entre el hombre y la mujer,[5] que quedó bajo la protección de la diosa Atenea. En esto consistió su obra de fundador, digna de un padre primigenio, al que, aun cuando no era personalmente el antepasado de los atenienses, ellos le debían su descendencia patrilineal. Los historiadores,[6] que no contribuyeron demasiado a la comprensión de su origen a partir de la tierra, pretendían explicar su apelativo, *diphyés*, como si en él se reflejaran las dos líneas de descendencia admitidas en el tiempo de Cécrope, eso si no llegaban a concebirlo como un ser primigenio bisexual.[7]

Su reino era representado como el de un rey humano; los atenienses creían que el acto de fundación propiamente dicho consistía en la *synoíkisis* o *synoikismós*, que se conmemoraba en el festival de los Sinecia, es decir, la reunión de las gentes que vivían repartidas a lo largo de la costa del Ática formando una gran comunidad. Este logro se le atribuía ya a Cécrope,[8] y también se decía que le puso a la ciudadela ateniense, esa Acrópolis que había de hacerse tan famosa, su propio nombre.[9] En ningún lugar se dice, sin embargo, que él mismo la construyera; más bien se deduce de las leyendas acerca de sus hijas[10] que Palas Atenea se ocupó de convertir la Acrópolis en una fortaleza inexpugnable con sus propias manos. Con este propósito trajo una roca aún más grande desde Palene, pero, irritada por la desobediencia de las hijas de Cécrope, la arrojó al lugar donde sigue todavía hoy con el nombre de Licabeto. Pero se dice[11] que desde la época de Cécrope existía un *laós*, un pueblo, y no una simple multitud, pues cuando organizó la primera gran asamblea hizo que todo el mundo trajese una piedra, *láas*, y la arrojase al centro. De este modo pudo contar a los primeros habitantes del Ática, que eran veinte mil. También se relacionaba con su nombre[12] la costumbre de sepultar a los muertos en la tierra, como si de este modo fuesen depositados en el seno de la Gran Madre. Sobre las tumbas se sembraba trigo, de modo que la tierra no se convertía en un cementerio, sino que era restituida a los vivos. Durante el banquete funerario se ponían coronas en las cabezas y se cantaban canciones en honor de los difuntos; en esa ocasión no se permitía decir mentiras.

Ésas eran las leyes atribuidas a Cécrope, el rey primigenio. Si bien no era un ser humano, sino medio humano y medio divino, y nunca dejó de ser el héroe protector y señor de los atenienses,[13] se considera que con él comenzó en el Ática una vida digna para los hombres. Los que acentúan el hecho de que Cécrope instituyó el matrimonio se veían obligados a añadir[14] que con anterioridad a él los hombres y las mujeres llevaban una vida promiscua. Durante largo tiempo se mantuvo la tradición de otro estatus de las mujeres, diverso al de la Atenas de época histórica, cuando se hallaban excluidas de la vida pública. Podemos ver esto en la forma más tardía de la historia acerca de cómo Palas Atenea tomó posesión del país. Según esta versión de la famosa historia,[15] el olivo brotó de la tierra por primera vez durante el reinado de Cécrope,

y al mismo tiempo apareció también una fuente. El rey consultó entonces al oráculo de Delfos y la respuesta fue que el olivo significaba la diosa Atenea y el agua el dios Posidón, y que los ciudadanos debían decidir el nombre de quién de los dos iban a ponerle a su ciudad. En aquellos días las mujeres todavía podían votar, y derrotaron a los hombres por un solo voto; de ese modo Atenea salió victoriosa y la ciudad recibió el nombre de Atenas. En numerosos relatos se dice que Posidón se enfadó e inundó las costas. Para aplacarlo, las mujeres tuvieron que renunciar a sus derechos anteriores, y a partir de entonces los niños dejaron de identificarse por el nombre de sus madres para pasar a llevar el de sus padres.

El relato original del acontecimiento más importante que tuvo lugar bajo el reinado de Cécrope resultaba bastante diferente. Los atenienses, y no eran los únicos entre los griegos, sabían muy bien que sus dioses no habían gobernado en todas las regiones de Grecia desde tiempo inmemorial y ni siquiera todos de igual modo. En Argos[16] se decía que Hera y Posidón se habían disputado el país. El hombre primigenio local Foroneo y los dioses fluviales de Argos juzgaron el caso y le asignaron el país a la diosa. Evidentemente, Hera había sido la señora del país desde tiempos antiguos, y Posidón llegó más tarde. Pero entonces él privaba a menudo de agua a los argivos, y todavía ahora el Ínaco sigue siendo por lo general un río de escaso caudal. Foroneo es conocido por su especial devoción hacia Hera y por ser su protegido.[17] La posición de Cécrope con respecto a Atenea era similar, y resulta difícil determinar qué historia imita a la otra o si ambas coexistían ya desde buen principio.

Palas Atenea y Posidón, continúa la antigua historia, discutieron a causa del suelo del Ática. En su disputa, la diosa hizo salir el primer olivo de la roca sobre la que habría de erigirse su templo. El dios golpeó en el mismo lugar con su tridente y en el rocoso terreno brotó una fuente de agua salada, que más tarde fue conocida como «el mar de Erecteo».[18] El Erecteion, el santuario de la patrona de la ciudad, Atenea Polias, debía contener los dos símbolos del poder divino, el olivo y la fuente salada. Pero en aquellos tiempos primitivos Cécrope, rey del país (pues según esta versión era el único ser viviente en la tierra), tenía que decidir quién era el ganador. Decidió que[19] el agua salada se encontraba

por dondequiera que uno mirara desde la tierra seca, pero el olivo que acababa de nacer en el Ática era único.[20] De manera que asignó el país y la ciudad a Atenea como premio a su victoria. No obstante, algunos atenienses creían que un acontecimiento tan importante como la adquisición de su tierra natal por Atenea no resultaba lo suficientemente glorioso si un simple ser terrenal como Cécrope era quien había tomado la decisión, de modo que lo presentaban simplemente como testigo, no como juez. Así es como Fidias representó la disputa en medio del frontón occidental del Partenón. Cécrope aparece contemplando la escena desde una esquina. En una pintura vascular se le representa tan sólo por medio de una serpiente enroscada alrededor del olivo. En esta versión de la historia, los jueces eran los doce grandes dioses.[21] En realidad tendrían que haber sido sólo diez, puesto que Atenea y Posidón formaban parte de ellos. Una vez más, los narradores no se ponen de acuerdo acerca de si la disputa comenzó en presencia de los dioses[22] o éstos aparecieron tan sólo para decidirla. Sólo en este último caso hubiesen tenido necesidad del testigo que, siendo como era el único ser vivo en la tierra, pudiese testificar que Palas había sido la primera en crear el olivo.[23] Pero parece que fue Posidón quien originó la disputa,[24] pues también aquí había sido el último en llegar. Los votos de los dioses se repartieron por igual entre ambos, y Zeus otorgó su voto de calidad a su hija.[25] Cécrope fue el primero en llamarlo Hypatos, «excelso»;[26] asimismo, erigió el primer altar y consagró la primera estatua de Palas.[27]

Esta relación tan íntima entre Cécrope y la diosa fue eterna. Se trataba de una relación secreta de la que poco o nada se decía. Pero conocemos su doble relación con Aglauro, otro epíteto de Atenea,[28] un sobrenombre que se le daba en ciertas ceremonias sombrías consideradas también mistéricas.[29] En su origen, probablemente el epíteto era Agraulo,[30] «la que habita en los campos», y el nombre Aglauro. Era la esposa de Cécrope,[31] pero también una de sus tres hijas[32] se llamaba así, y esto prueba la doble relación. Aglauro, madre de las tres hijas de Cécrope,[33] también le dio un hijo, llamado Erisictón, «protector del país». No ha llegado hasta nosotros la manera en que lo protegía; tan sólo sabemos que murió sin descendencia.[34] Al parecer, se trata de una figura similar a Sosípolis, «el salvador de la ciudad» de Olimpia.[35] Sosípolis

tampoco era un héroe, sino un niño divino en forma de serpiente que protegía esa región. Acerca de las hijas de Cécrope se nos dice[36] que Atenea les había entregado en custodia un niño de forma similar a la de él, encerrado en un cesto. Se trataba del pequeño Erictonio. La historia es conocida: una de ellas, o quizá dos, movidas por la curiosidad, miraron dentro del cesto, mostrándose así indignas de ser las guardianas del misterioso niño.

En cierto modo, Cécrope se repetía a sí mismo bajo ambos nombres, Erisictón y Erictonio. El lugar que se mostraba como su tumba no era una tumba, sino un signo más de su íntima relación con Atenea. Se hallaba en el interior del recinto más sagrado para la diosa, donde también estaba el olivo. Cuando el Erecteion, ese magnífico edificio que todavía hoy puede admirarse, fue construido sobre ese lugar, tuvieron que colocar estatuas de mujeres jóvenes, en lugar de columnas, para sujetar el techo de la supuesta tumba, el Cecropión. Sin duda, Cécrope se hallaba presente bajo la forma de la serpiente que era venerada en el mismo edificio como «guardiana de la diosa».[37] Pero los historiadores áticos, deseosos de proporcionar una lista de reyes para su país, hicieron revivir, por así decirlo, a Cécrope en Erictonio, el segundo ateniense primigenio de cuyo extraño nacimiento se habló en los mitos relativos a Atenea.[38] Situaban a Erictonio en tercer lugar detrás del rey primigenio y le atribuían la institución de las fiestas Panateneas[39] y de otras fiestas importantes de Atenas. Se supone que construyó el ya mencionado[40] santuario de Atenea Polias, consagró en su interior la estatua de madera de la diosa[41] y fue enterrado allí. No se trata de relatos mitológicos genuinos, como lo eran los relativos a su nacimiento engendrado por Hefesto y a lo que le ocurrió en el cesto redondo. Parece más bien que su significativo nombre, que claramente indica a un ser ctonio, un ser del Inframundo, no denotaba originariamente a un gobernante o un rey de nuestro mundo de aquí arriba, sino al niño misterioso que era venerado en los Misterios y raramente mencionado en los relatos. El héroe nacido de la tierra de quien se habla más abiertamente (en Homero leemos que Atenea lo crió[42] y que lo alojó como compañero en su casa,[43] en el templo que tomó de él su nombre, Erecteion)[44] se llamaba Erecteo.

Los atenienses tomaron su nombre de Cecrópidas de un ser primigenio, pero debían el de Erecteidas a su rey y héroe.[45] El nombre Erec-

teo, en su forma Ericteo,[46] contiene los mismos elementos que el compuesto Erictonio, sólo que con la desinencia de los antiguos nombres propios. La tradición según la cual Hefesto habría engendrado un hijo con la diosa Tierra se refería a él de un modo tan explícito como a Erictonio,[47] y su relación con Atenea era igual de estrecha e íntima. De Erictonio se decía abiertamente que de niño era una serpiente, no que estuviese custodiado por serpientes;[48] cuando lo sumaron a la lista de los reyes atenienses recibió una forma totalmente humana. En lo que respecta a Erecteo, en su historia ya no se menciona la forma de serpiente. En cambio, se narraba un enfrentamiento trágico con Posidón, del que al final salió derrotado; desapareció en el seno de la tierra[49] a golpes de tridente. Esta historia era muy diferente de aquella según la cual el tridente del dios del mar simplemente hizo brotar la fuente sagrada del terreno rocoso de la Acrópolis. Explicaba que Posidón, quien en la familia de los Olímpicos era tío de la hija de Zeus, irrumpió al final en el recinto sagrado de esta última. De todos modos, podía ser venerado en el templo común de la diosa y de su compañero con muchos nombres (Erecteo era su nombre como héroe), sólo con asumir el mismo nombre, como Posidón Erecteo.[50] Cuando los atenienses corrían el peligro de olvidar al viejo héroe que vivía bajo tierra junto al poderoso dios del mar, un oráculo les recordó que debían hacer sacrificios también a Erecteo en el altar de Posidón en el Erecteion.[51] El nombre y el culto común eran la prueba de su reconciliación, y el reconocimiento por parte del dios de que el héroe seguía siendo merecedor de residir en aquel santuario.

Sin embargo, durante largo tiempo se continuó narrando la lucha que Erecteo mantuvo al menos con los hijos de Posidón, que habían llegado del norte y que permanecieron en la memoria de los atenienses como tracios. Uno de ellos era Imárado,[52] hijo de Eumolpo o, de acuerdo con la descripción de la lucha que hace Eurípides en su tragedia *Erecteo*, el propio Eumolpo.[53] Más adelante volveremos a hablar de Eumolpo, «el buen cantor», el héroe de los habitantes de Eleusis y el antepasado de sus hierofantes. Pero solía ponerse en conexión con esta lucha (no es posible determinar si Eurípides fue el primero en establecer esta relación) el recuerdo de las vírgenes atenienses que, al igual que la hija de Deméter, debían ser sacrificadas al dios del Inframundo, de

cuyo heroísmo se narraban historias y que recibían culto como heroínas en Atenas.

El lugar donde se celebraba este culto no era menos sagrado que el Erecteion o el Teseion en Atenas, y, al igual que éstos, también era un *heróon*. Se llamaba Leocorion[54] o Leokoreion,[55] es decir, el santuario de las *Leokoroi*, «las vírgenes del pueblo», en otras palabras, las vírgenes sacrificadas para el pueblo. Más tarde se afirmó que un tal Leo (en el Ática su nombre sonaba exactamente como *leós*, pueblo) había sacrificado a sus tres hijas para salvar a los atenienses. Sus nombres, Praxítea, Teope y Eubule,[56] podrían haber sido también nombres de diosas del Inframundo. La misma historia se contaba a propósito de las Hiacíntides, las cuatro hijas de Hiacinto, de quien más tarde se dijo que era espartano;[57] sabemos que Hiacinto tenía un culto en Amiclas, cerca de Esparta. Al parecer, las Hiacíntides fueron sacrificadas para salvar a los atenienses cuando el rey Minos sitió la ciudad y el pueblo sufría por la peste y el hambre. El nombre más simple con el que eran veneradas todas las víctimas voluntarias era *Parthenoi*, y no estaba muy claro a qué «vírgenes» se referían con él. A Aglauro, que en ciertas ceremonias secretas y sombrías era la doble de Atenea, se la mencionaba[58] como la primera en haberse sacrificado por su patria. Junto a ella, que era hija de Cécrope, aparecían las hijas de Erecteo,[59] y una en especial, Ctonia, «la del Inframundo».[60]

Sin evidencias de la historia no mitológica nunca será posible establecer si alguna vez las mujeres en Atenas tuvieron que morir como sus heroínas, las cuales, en cierto sentido, resultan idénticas a Perséfone. Con frecuencia son citadas como ejemplo de patriotismo, desde que Eurípides las puso en escena. Cuando Eumolpo atacó Atenas con un enorme ejército tracio, según se decía en la tragedia,[61] el rey Erecteo consultó el oráculo de Delfos y la respuesta que recibió fue que tenía que sacrificar a una hija para obtener la victoria. Tenía tres hijas, y su esposa Praxítea, «la que exige el sacrificio», se mostró a favor de hacer la ofrenda.[62] Los padres no sabían que las tres jóvenes habían jurado[63] que todas morirían si una de ellas moría. De este modo se extinguió la familia de Erecteo. Una de las hijas fue sacrificada, y las demás se suicidaron. Erecteo salió victorioso de la batalla; de acuerdo con la descripción de Eurípides,[64] dio muerte a Eumolpo pero él tampoco sobre-

vivió, pues, por deseo de Posidón, Zeus lo fulminó con su rayo.[65] Al final de la tragedia aparecía Atenea para anunciar a los espectadores que las hijas de Erecteo habían sido transformadas en la constelación de las Híades.[66]

Los historiadores que se preocupaban por la lista de los reyes atenienses le atribuyeron a Erecteo, aparte de las hijas, varios hijos varones, cuyo número la tradición eleva a seis. El primero de ellos era un segundo Cécrope,[67] de quien era nieto Egeo, el padre mortal de Teseo. A Posidón se le consideraba el padre divino de este famosísimo héroe ateniense, a quien se veneraba como el verdadero fundador de su ciudad. Pero también Egeo, a juzgar por su nombre, tenía algo que ver con el mar homónimo. Aix, «la cabra», era un apelativo de las olas,[68] y quizá sea por esta razón por la que los hombres llamaban también Egeón[69] a Briareo, el dios de cien brazos más antiguo de ese mar, y Egeo a ese doble de Posidón en su aspecto de padre de Teseo. Ahora, después de dos hijos de la Tierra, Cécrope y Erecteo, un hijo del dios del mar asumía el papel de héroe fundador en la historia de los tiempos primordiales del estado ateniense.

Desde lo alto de la Acrópolis, mirando hacia el sur,[70] se divisa en lontananza, entre los montes de la costa del Peloponeso, la pequeña ciudad de Trecén. Cuando Egeo subió al trono de Atenas, reinaba allí Piteo, el hijo de Pélope e Hipodamía.[71] Su hija se llamaba Etra, como el cielo sereno y sin nubes. El héroe Belerofonte había pedido su mano;[72] pero ella habría de convertirse en la madre de un héroe, no en su esposa, y por su hijo sería conocida. Además, su padre Piteo ni siquiera se oponía a que ella permaneciese en la casa, como si fuese una princesa virgen, y a que le diese allí un heredero.

Frente a Trecén había una pequeña isla, tan cerca de la costa[73] que se podía llegar perfectamente a pie hasta ella. Al principio se llamaba Esferia, «de forma esférica», pero después, tras el matrimonio sagrado de Etra, pasó a ser conocida como Hiera, «la sagrada», pues a partir de entonces pasó a ser sagrada para Atenea. Etra había dedicado el templo que había allí a Atenea Apaturia, porque la diosa la había convencido para que fuera hasta la isla por medio del engaño (*apáte*). Pero el epíteto Apaturia designaba más bien a Atenea bajo su aspecto de acogedora de vírgenes, como futuras madres, en una vida común gobernada

por los hombres. Por esa razón las vírgenes de Trecén acostumbraban a dedicar sus cinturones en ese templo antes de su boda. La historia decía[74] que en aquella ocasión Etra fue engañada por Atenea en sueños. Soñó que tenía que hacer un sacrificio en Esferia al espíritu del muerto Esfero, el auriga de Pélope. Este auriga es conocido también con el nombre de Mírtilo, pero la esfera, *sphaira*, también indicaba, al igual que el mirto, la unión de los amantes. Se suponía que la tumba del auriga que había conducido a Hipodamía a su boda se hallaba en la isla. Cuando Etra despertó de su sueño, cruzó hasta allí, donde encontró a su novio divino, Posidón.

Según otra versión,[75] este encuentro tuvo lugar en el templo de la propia Atenea, la misma noche en que Piteo había hecho que Etra durmiese con Egeo.[76] Egeo había tenido ya dos esposas, pero ninguno de sus matrimonios le había dado hijos,[77] de manera que peregrinó a Delfos y allí recibió el siguiente oráculo: «No desates el odre de vino antes de haber llegado a la ciudad de Atenas».[78] Egeo no entendió el significado de estas palabras y, en lugar de dirigirse directamente a su casa, dio un largo rodeo hasta llegar al palacio de Piteo, que tenía reputación de sabio[79] y, por lo tanto, era el más adecuado para entender la respuesta del dios. Si Egeo hubiese regresado a Atenas, hubiese tenido el hijo que tanto deseaba; pero Piteo quería que su hija fuese la madre de ese hijo largo tiempo esperado. No es posible determinar si emborrachó a Egeo para engañarlo[80] o si simplemente lo convenció,[81] pero antes de que éste se pusiese en camino, Piteo le hizo pasar una noche con Etra. Cuando el héroe, que tenía el nombre de un dios del mar, se despertó al lado de la joven que tenía el nombre de la luz del cielo, le dejó su espada y sus sandalias. Colocó sobre estos dos signos de reconocimiento[82] una enorme piedra y le dio instrucciones a Etra. Si daba a luz a un hijo y este hijo resultaba ser tan fuerte que era capaz de apartar la piedra, debía coger la espada y las sandalias y dirigirse con ellas hasta Atenas. De ese modo Egeo reconocería a su hijo. Con estas palabras dejó a la joven mujer en Trecén, que acabaría siendo la primera patria de Teseo.

Más tarde se mostraba en el pequeño puerto de Trecén, Celenderis, el lugar donde había nacido, que a partir de entonces fue llamado *Genéthlion*, «lugar de nacimiento».[83] En una versión antigua, Piteo no desempeñaba el papel de sabio y protector, pues era Egeo quien le había

dado instrucciones a Etra para que no revelase quién era el padre de su hijo.[84] La mayor parte de los narradores describen la infancia de Teseo en el palacio de Piteo como la de un príncipe. Cuando tenía siete años,[85] Heracles visitó al rey en Trecén y durante la comida se quitó la piel de león. Todos los hijos de los nobles estaban invitados al banquete de Piteo, pero cuando vieron la piel salieron corriendo, a excepción tan sólo de Teseo. Los niños creyeron que allí había un león, y el pequeño héroe también lo pensó; arrebató un hacha a uno de los sirvientes y pretendía matar al animal. Superada ya la edad infantil, fue en peregrinaje hasta Delfos, para ofrecer su pelo a Apolo. Pero no se dejó cortar todos sus cabellos infantiles, tan sólo los rizos de la frente, dando lugar así a un estilo de peinado llamado «a lo Teseo».[86] Al alcanzar la edad de dieciséis años,[87] levantó la piedra bajo la que se hallaban la espada y las sandalias de su padre y se las puso.

Debían de quedarle bien, pues ésta era una de las pruebas anunciadas. No bastaba sólo con la espada, también las sandalias de Egeo, con las que ahora se pondría en camino hacia Atenas, tenían que ajustársele. En las narraciones más antiguas, sin duda era un héroe de naturaleza semejante a la de Egeo y Posidón, y aunque poetas y artistas pugnaban por describir su juventud, también había imágenes de su persona en las que aparecía con barba.[88] En una pintura vascular aparece el valiente joven imberbe (ésta era la imagen más común de él) blandiendo por primera vez la espada, que probablemente acaba de conseguir, contra Etra que lo acaricia. ¿Acaso fue Piteo y no su madre quien le reveló el secreto de la roca? ¿Intentó ella evitar que hiciera el peligroso viaje a través del Istmo desde Corinto hasta Atenas? Allí la muerte amenazaba bajo formas diversas, semejantes a las que había derrotado Heracles. Más tarde se dijo que en aquella época Heracles estaba con Ónfale, por lo que el joven héroe debía llevar a cabo su misión en la Hélade.

El primer individuo peligroso con el que se encontró en la ciudad vecina de Epidauro fue Perifetes,[89] «el ampliamente conocido», un nombre adecuado también para el señor del Inframundo. Su sobrenombre era Corinetes, «el hombre de la clava».[90] Era hijo de Hefesto y de Anticlea, pero la tradición no dice[91] si se trataba de la misma Anticlea hija de Sísifo que luego daría a luz a Odiseo. Había recibido la clava de hierro de su padre, de quien también había heredado unos pies débiles. Se

apostaba a la espera de que pasase algún viajero y lo golpeaba, hasta que pereció bajo los golpes de Teseo, quien a partir de entonces llevó la clava[92] con la que aparece representado en numerosas pinturas.

En Céncreas, uno de los dos puertos de Corinto,[93] donde el camino tuerce hacia el Istmo, le aguardaba un segundo peligro. Se trataba de Sinis, «el ladrón», un hijo de Posidón,[94] el dios al que estaba consagrada esa región de pinares, o bien de Polipemón, «el causante de muchos males»[95] (otro posible nombre de Hades), y de Silea, «la saqueadora». Su sobrenombre era *Pityokámptes*, «el doblador de pinos»,[96] porque solía atar a los caminantes a dos pinos doblados que luego soltaba, descuartizando así a los infelices.[97] Éstos incluso tenían que ayudarle, sosteniendo un pino mientras él doblaba el otro. Esto fue lo que hizo Teseo, pero Sinis halló la muerte a su propia manera. Su hija debía de ser[98] una muchacha extraordinariamente bella y alta, llamada Perigune, «la que está en torno al jardín». Huyó de Teseo, se escondió bajo los espárragos y las pimpinelas y conjuró a las plantas de su jardín para que acudiesen en socorro de su señora. El héroe la persuadió con hermosas palabras para que se fuese con él y Perigune se convirtió así en la antepasada de una familia en la que se veneraban aquellas plantas.

En suelo corintio se hallaba la localidad de Cromión,[99] que debía su nombre a una variedad de cebolla, el *krommyon*. Allí vivía una anciana con una cerda llamada Fea, «la gris» o «la oscura», por su señora.[100] Seguramente su nombre aludía al color de los fantasmas, por lo que la cerda podía muy bien ser una criatura del Inframundo, además de letal.[101] Teseo tuvo que combatir contra la cerda con lanza y espada o, como hacían los primeros héroes, arrojándole piedras. Las pinturas vasculares nos muestran a la anciana, que en una ocasión es llamada Cromio, implorando por la vida de su animal.

En la parte más peligrosa del camino que conduce desde el istmo Geraneo, a los pies de la «Montaña de las grullas», hasta Atenas a través del territorio de Mégara, tenía su sede el mortífero señor de esta región calcárea (*skíron* en griego), con la que tan bien se adecuaba su nombre, Escirón. En tiempos antiguos esta ruta era un camino de mulas. A la derecha se eleva todavía hoy la pared rocosa de la montaña; por la izquierda hay un precipicio y, al fondo, las aguas en las que se decía[102] que nadaba una tortuga marina, una criatura de Hades que cogía

a los hombres y los devoraba. Si el camino de arriba resultaba impracticable, cosa que ocurría con frecuencia incluso en tiempos históricos, los viajeros tenían que bajar hasta el mar y continuar el camino por la estrecha playa; eso si no tenían que vadear o incluso nadar, hasta llegar al lugar por donde podían subir de nuevo hasta el camino de mulas. Si hacía mal tiempo, este tramo resultaba peligroso, y era siempre como una puerta del Hades, incluso sin necesidad de la tortuga y de que Teseo hubiese despeñado allí a Escirón.

Escirón se apostaba en lo alto de una roca y obligaba a los que pasaban por allí a lavarle los pies;[103] se supone que ése era el peaje por dejarlos pasar. Cuando el caminante se inclinaba para realizar este humilde servicio, Escirón lo arrojaba al mar de una patada para alimentar a la tortuga, pero Teseo le arrojó la palangana a la cabeza –así al menos es como lo muestran los pintores, y sin duda también los autores de comedia–,[104] y arrojó al propio Escirón al agua, para que el asesino sirviera de pasto a la tortuga.[105] Son muy pocas las obras de arte que muestran al héroe a lomos de la tortuga; en una metopa de Pestum aparece sin barba, pero una pintura antigua lo representa como un hombre barbudo –como, de hecho, lo representaban a menudo– que se ve llevado de esta manera de una roca a otra. Esto se correspondía con un relato ampliamente difundido en su momento, pero que ningún poeta nos ha transmitido.

En cambio, en Mégara sostenían[106] que Escirón no era un bandolero, sino que simplemente castigaba a los ladrones y era amigo de los hombres honestos, y que era yerno de Cicreo y suegro de Éaco. Cicreo era el Cécrope de los habitantes de Salamina, la isla situada enfrente; había nacido de la tierra y era mitad hombre, mitad serpiente.[107] En la batalla de Salamina apareció en los barcos de los griegos bajo forma de serpiente,[108] signo de esa victoria a la que él también contribuía, y bajo forma de serpiente era el servidor del templo de Hera en Eleusis.[109] Éaco, el yerno de Escirón según la tradición megarense, hijo de Zeus y de la que dio nombre a la isla de Egina,[110] tenía las llaves del Inframundo.[111] Todos los lugares mencionados (la región calcárea de Mégara, Eleusis y Egina) se divisan desde Salamina, y resulta normal que ambos héroes, Cicreo y Éaco,[112] mantuviesen relaciones familiares con un dios del Inframundo como era Escirón.

Al llegar al territorio de Eleusis, Teseo encontró a un ser que, a juzgar por el nombre que llevaba en los relatos más antiguos, podía parecerse a Cécrope o a Cicreo por su forma de serpiente, pues se llamaba Cerción, «el hombre con cola». De acuerdo con la versión más conocida, era un apasionado de la lucha cuerpo a cuerpo,[113] como muchos de los enemigos con los que había tenido que combatir Heracles. Al igual que ellos, Cerción obligaba a los caminantes a luchar con él y durante la lucha los mataba. En el camino que conduce de Mégara a Eleusis se mostraba el lugar donde llevaba a cabo su juego mortal.[114] Teseo lo levantó por los aires como Heracles había hecho con Anteo, y lo arrojó al suelo con tanta fuerza que se partió en pedazos.[115] Más tarde se dijo[116] que Teseo había inventado la lucha grecorromana y que logró derrotar a Cerción no tanto por su fuerza como por su habilidad.

La sexta figura bajo la cual la muerte salió al paso de Teseo en su camino hacia Atenas tenía varios nombres, pero el más conocido es Procrustes, «el que estira».[117] En efecto, estiraba a la gente a golpes, del mismo modo que el herrero estira el hierro con su martillo. Según otros, Procrustes era simplemente un sobrenombre,[118] al igual que su sinónimo Procoptas,[119] y se llamaba en realidad Damastes, «el que encoge».[120] Aquí había una alusión al martillo, como en el nombre del dáctilo Damnameneo.[121] Afirmaba que el martillo había pertenecido anteriormente al mismo Polipemón, «el causante de muchos males»,[122] al que, como acabamos de señalar, se consideraba padre del bandido Sinis, e incluso algunos lo tenían por padre de Escirón[123] y hasta de Procrustes,[124] suponiendo que este último no se llamase también Polipemón.[125] Y muy probablemente había un dios del Inframundo con un martillo, parecido al que conocemos a partir del arte etrusco, en las mentes de aquellos que afirmaban[126] que su morada se hallaba en el bosque de higueras salvajes (*erineós*) en el que, según el relato elusino, Hades había raptado a Perséfone.

Otros afirmaban también[127] que este herrero mortífero vivía en el monte Coridalo, por el que pasaba la Vía Sagrada que unía Atenas con Eleusis. Allí trabajaba Procrustes con sus instrumentos,[128] entre los que, sin embargo, no había un yunque normal, sino una cama excavada en la roca o bien fabricada por un herrero en la que hacía tender a los caminantes para trabajar sobre ellos con su martillo. La cama resultaba siem-

pre demasiado grande y él tenía que estirar a los que yacían en ella. Más tarde, los que no se fijaban en el significado de los nombres Procrustes, Procoptas y Damastes, dijeron[129] que tenía dos camas, una grande y otra pequeña, y que hacía que las personas de baja estatura se tendiesen en la cama grande y las más altas en la pequeña, en cuyo caso les cortaba las partes sobresalientes de sus miembros.[130] Teseo le dio a probar su propia medicina,[131] y tras haber librado todo el camino de sus peligros mortales[132] llegó a Atenas por la Vía Sagrada.

Su reputación lo había precedido. En el lugar por donde la Vía Sagrada cruzaba el río Cefiso lo recibió el clan del héroe Fítalo,[133] «el que planta». En una ocasión Fítalo había ofrecido hospitalidad a la diosa Deméter, y en agradecimiento ésta le regaló la primera higuera.[134] Sus descendientes, los Fitálidas, sometieron a Teseo a la ceremonia de purificación que tanta falta le hacía después de tantas muertes necesarias.[135] Presentaron el sacrificio de la purificación en el altar de Zeus Meiliquio, el Zeus del Inframundo, a quien estaba consagrada la higuera. De esta manera Teseo emergió por vez primera de la esfera de la muerte, aunque de inmediato volvió a verse amenazado. Era el octavo día del mes de Crono, al que los atenienses dieron más tarde el nombre Hecatombeon.[136] El octavo día pertenecía a Posidón,[137] de modo que la llegada de Teseo coincidió con el día consagrado a su padre. La amenaza le llegó de parte de la maga Medea, de acuerdo con los narradores que afirmaban que el padre terrenal del héroe, el rey Egeo, ya estaba casado con ella.

Ella ya sabía de antemano que el huésped que se acercaba era el heredero del trono,[138] y sus malas artes hicieron que Egeo, después de todo lo que había oído contar acerca de Teseo, le cogiera un gran miedo[139] y se dejara persuadir por su esposa para ofrecer una copa envenenada a su huésped. En Atenas éste era un método de ejecución; ¿acaso fue introducido entonces por Medea? El recibimiento del huésped tuvo lugar en el templo de Apolo Delfinio, que según se decía[140] se hallaba en el lugar donde antes había estado el palacio de Egeo. Una versión tardía afirma[141] que el templo de Apolo estaba todavía en construcción, que los operarios se habían subido a los muros que ya estaban acabados y que en ese momento traían la cubierta del techo en un carro tirado por bueyes. Según esta versión, Teseo todavía no tenía barba

y llevaba puesta una larga túnica jonia, que parecía un vestido de mujer, y los cabellos trenzados. Desde lo alto, los hombres le gritaron: «¿Cómo puede ir así, tan sola, una muchacha madura para el matrimonio?». Entonces Teseo desunció los bueyes, cogió el carro lleno de los materiales para el techo y se lo arrojó a los trabajadores. Otros narradores, incluyendo a los pintores, añadían que el joven fue enviado primero a luchar contra el toro de Maratón, y que esa recepción con la copa envenenada tuvo lugar a su regreso victorioso.[142]

La fama que había precedido a Teseo lo presentaba como un hombre en la flor de su juventud acompañado por dos sirvientes.[143] Sobre sus cabellos rojizos llevaba un gorro parecido al de los espartanos y sobre su cuerpo una túnica roja y una suave capa de lana. En sus ojos resplandecía un fuego semejante al del herrero divino en la isla de Lemnos y se mostraba dispuesto a luchar. De esa manera había buscado el camino hacia Atenas, y así entró y se encontró con que se estaba celebrando un banquete sacrificial, en el que le esperaba la copa envenenada. Su padre se la ofreció,[144] pero él desenvainó su espada con la empuñadura de marfil, como si fuese a cortar un pedazo de carne[145] de la víctima sacrificada, aunque en realidad lo hizo para que Egeo pudiese reconocerlo. Incluso le tendió la espada al anciano mientras cogía la copa.[146] «¡Detente, hijo mío!», gritó Egeo[147] cuando sus ojos se detuvieron en las sandalias,[148] «¡no bebas!» Y de un golpe hizo caer la copa de la mano del joven.[149] El lugar donde se derramó el veneno en el suelo fue acotado en el Delfinion, y Medea desapareció del país.[150] Su historia, a la que originariamente no pertenecía esta invención, será explicada con detalle en breve.

La tradición también habla de enemigos de Teseo nativos del Ática.[151] Se trataba de Palante y sus cincuenta hijos, que aspiraban a gobernar toda la región después de la muerte de Egeo. Habitaban en Palene, en el declive meridional del Pentélico, y eran un pueblo salvaje de gigantes.[152] Se creía que Palante era hijo de Pandión y hermano de Egeo. Sus hijos marcharon en son de guerra contra Teseo y se dividieron en dos ejércitos. Uno fingió que iba a atacar al héroe desde Esfeto, mientras el otro le tendía una emboscada en Gargueto, pero un hombre de Agno, el mismo Leo cuyas hijas eran famosas por haberse sacrificado, le contó a Teseo la estratagema. Era el heraldo de los Palántidas de Gargueto;

unos murieron a manos del héroe y los demás se dispersaron. Desde entonces existió una enemistad entre los habitantes de Palene y los de Agno (todos éstos son nombres de pueblos del Ática cuya ubicación raras veces llega a conocerse y siempre por mero azar). Se decía que Teseo mató a Palante[153] y a todos sus hijos,[154] o quizás a uno solo durante la cacería de un jabalí salvaje,[155] y que también tuvo que expiar por ello con un exilio voluntario.[156] Por eso se retiró durante un año a Trecén; pero esto debió de ocurrir mucho tiempo después.

Puede ser que los narradores supusiesen que los Palántidas tendieron su emboscada a Teseo cuando éste se dirigía hacia Maratón para luchar contra el toro, pues ese camino conduce bajo el declive septentrional del monte Himeto hasta la llanura de Maratón, que estaba siendo devastada por esa bestia salvaje. De acuerdo con la versión más conocida,[157] Egeo, que había recuperado a su hijo de una manera tan inesperada, trató de mantenerlo casi encerrado a fin de que no se expusiese al peligro que suponía una nueva aventura. La serie de sus hazañas, que pueden ser comparadas con las de Heracles, ya había sido completada por el héroe; ahora venían las que pusieron de relieve sobre todo su carácter: tres empresas arriesgadas para raptar mujeres después de la captura del toro de Maratón y la guerra contra las Amazonas. Más tarde se dijo que el toro era el mismo que había traído Heracles de Creta hasta Argos y que después había soltado,[158] pero es posible que esta aventura, al igual que la lucha contra las Amazonas, se le atribuyese primero a Teseo y sólo después a Heracles. El detalle del fuego que escupía el toro debe de ser atribuido por completo a los narradores tardíos de la historia.[159] La lucha contra un toro requería una especial habilidad, exactamente la misma habilidad de la que hacían gala los jóvenes cretenses en tiempos del rey Minos. Para Teseo era como una preparación para la lucha contra un toro mucho más peligroso, el que habitaba en el laberinto de Cnosos.

Una mañana temprano abandonó a hurtadillas el palacio de Egeo. El cielo estaba transparente como un cristal,[160] como sólo puede estarlo en el Ática. Por la tarde las nubes cubrieron el monte Parnaso y los rayos iluminaron el Himeto, que Teseo había dejado a sus espaldas. En el lugar donde se vio sorprendido por la tormenta se erigió más tarde un santuario, semejante a la tumba de una heroína. Los campesinos vene-

raban allí con mucho afecto a una habitante del Inframundo cuyo nombre era Hécale, aunque también la llamaban afectuosamente Hecalina.[161] En algún momento debió de haber sido una gran diosa y particularmente amiga del rey de los cielos, al igual que Hécate,[162] como es más conocido su nombre. Se decía[163] que era una anciana hospitalaria, cuya cabaña nunca estaba cerrada para los caminantes. Aquella noche de tormenta su huésped fue el joven Teseo, que a la mañana siguiente continuó alegremente su camino y encontró el toro. Lo cogió por los cuernos,[164] con la mano derecha sujetó un asta, mientras con la izquierda agarraba por el hocico al animal, que no dejaba de bramar, y de esta manera logró hacerlo caer al suelo.[165] Después lo obligó a seguirlo[166] y de este modo el héroe condujo al famoso toro hasta Atenas atado con una cuerda. Mucha gente pasaba y se detuvo en el camino, y él les gritó:[167] «Quedaos, estad alegres, pero que el más rápido de vosotros vaya a llevarle a mi padre Egeo el mensaje de que Teseo ha regresado y trae consigo vivo el toro de la ciudad de Maratón, rica en agua». Todos se quedaron allí y cantaron el peán, mientras cubrían al joven con las hojas de los árboles. De esa manera su victoria fue celebrada por todas partes. Pero Teseo se apresuró a regresar a la cabaña de Hécale y llegó justo cuando estaban preparando a la anciana para su funeral.[168] Le dio sepultura con grandes honores y fundó el demo Hécale[169] y el culto de Zeus Hecalesio, o por lo menos más tarde se le atribuían ambas fundaciones. El toro lo sacrificó a Apolo Delfinio.

Si Androgeo, hijo de Minos, cayó víctima del toro, como tantos otros antes que él, esto ocurrió antes de la llegada de Teseo.[170] Se decía[171] que los atenienses tuvieron algo de culpa, pues Egeo había enviado al príncipe extranjero al encuentro de la salvaje criatura.[172] Otros narradores sostenían que fue asesinado en el Ática, cuando iba de camino hacia Tebas para asistir a los juegos funerarios del rey Layo.[173] Pero en este caso podemos suponer que el príncipe cretense había querido demostrar su habilidad contra el famoso toro. Minos se hallaba entonces en la isla de Paros,[174] haciendo un sacrificio a las Cárites cuando recibió la noticia del infortunio de su hijo. Se arrancó la corona de la frente e hizo callar las flautas; desde entonces los habitantes de Paros celebran sus sacrificios a las Cárites sin coronas ni música de flauta. La muerte de Androgeo habría de acarrear desgracias a los atenienses.

Conocemos la desgracia de Minos por las historias de los dioses,[175] pero también por el relato de la aventura cretense de Heracles, el amor de la reina Pasífae por el hermoso toro y el nacimiento del Minotauro con cabeza de toro que se escondía en la maravillosa construcción de Dédalo, una prisión con muchos meandros llamada Laberinto. En aquella época Minos era el rey del mar[176] y marchó con su armada contra Atenas para vengar a su hijo y pedir sacrificios para el hijo de Pasífae. Primero conquistó Mégara, donde reinaba Niso, otro hermano de Egeo. Un mechón de cabellos rojos le daba la inmortalidad a este hijo de Pandión.[177] Si su hija Escila no se hubiese enamorado del rey extranjero y le hubiese cortado ese mechón, nunca hubiese podido ser derrotado. Minos no le mostró ningún agradecimiento; hizo que la atasen a su barco y la arrastró por el mar, y mientras tanto Niso se convirtió en un águila marina,[178] Escila también fue transformada en un ave llamada *ciris*. Los habitantes de aquellas costas sabrían muy bien a qué ave se refería ese nombre, pero nosotros tan sólo sabemos que desde entonces un ave persigue siempre a la otra. Minos continuó su marcha contra Atenas.

Los atenienses sucumbieron, ya fuese por el poder de Minos, por los castigos divinos,[179] la peste y el hambre, o bien por el crimen cometido contra Androgeo; en cualquier caso, aceptaron pagar un terrible tributo. A partir de entonces cada nueve años tenían que enviar a Creta siete hombres jóvenes y siete vírgenes, que desaparecían en el Laberinto víctimas del Minotauro. Cuando Teseo venció al toro de Maratón habían pasado ocho años y estaban a punto de seleccionar el tercer grupo de víctimas que serían enviadas a Cnosos. Los demás fueron escogidos al azar, pero Teseo fue con ellos por propia voluntad,[180] como uno de los catorce o quizá como el decimoquinto.[181] Por supuesto, había quien afirmaba que también él había sido elegido al azar.[182] La versión más antigua, sin embargo, sugiere que navegó en su propio barco, o bien en uno que pertenecía a su padre Egeo, hasta Creta como si fuese una aventura; seguramente esta historia es una de las últimas que hace que Minos vaya personalmente hasta Atenas para elegir a las víctimas, incluyendo a Teseo, y se las lleve después en su propio barco hasta Cnosos.[183]

Narradores y pintores creían incluso que podían dar los nombres de los siete jóvenes y de las siete muchachas.[184] La primera de ellas era Eribea, conocida también bajo el nombre de Peribea,[185] que más tarde,

como esposa de Telamón, sería madre de Áyax de Salamina.[186] En la versión según la cual el rey de Creta acudió en persona a buscar su luctuoso tributo, Minos se enamoró de la hermosa muchacha[187] durante el viaje y le acarició la blanca mejilla con su mano como si fuese su esclava. Eribea gritó y llamó a Teseo, que vio lo que ocurría; negros bajo las cejas giraron sus ojos, un cruel dolor le desgarró el corazón, y dijo: «Hijo del poderosísimo Zeus, ya no gobiernas dentro de tu pecho el ánimo; retén, héroe, tu dominante violencia. Lo que el destino todopoderoso que viene de los dioses nos ha asignado y hace inclinar la balanza de la Justicia, esta suerte nuestra prefijada cumpliremos, cuando llegue. Pero tú contén tu terrible propósito. Si a ti, como el más poderoso de los mortales, una mujer noble te dio a luz, cuando participó del lecho de Zeus bajo las cumbres del Ida, la hija de amable nombre de Fénice, con todo también a mí la hija del rico Piteo me dio a luz, cuando yació con el marino Posidón, y le dieron las Nereidas coronadas de violetas un velo de oro. Por eso te exhorto, caudillo de los cnosios, a que reprimas tu insolencia, causa de muchos lamentos; pues ya no me importaría ver la amable luz inmortal de la Aurora una vez que a algunos de los otros jóvenes tú hubieras sometido contra su voluntad. Antes mostraremos la fuerza de nuestras manos; y lo que haya de suceder, la divinidad lo decidirá».

Así habló el héroe. Se asombraron los marineros ante la orgullosa audacia de aquel joven que irritó el corazón del yerno del Sol, de modo que tramó otro plan. Dirigió una plegaria a Zeus y le pidió que confirmase con un rayo que de verdad era su padre. A Posidón, en cambio, le pidió como señal que el joven recuperase el anillo que acababa de arrojar al mar; entonces sabrían si su padre atendería la súplica. Zeus escuchó esa plegaria inaudita y concedió a su hijo un honor excepcional: confirmó su paternidad enviando un rayo. Ahora era el turno de Posidón y de Teseo. El corazón del joven no tembló; se subió a la bien trabada cubierta, saltó y lo acogió de buen grado el recinto marino. El hijo de Zeus se sintió secretamente sobrecogido, pero dejó que el barco siguiera adelante veloz, empujado por el viento del norte. Se estremeció el grupo de jóvenes atenienses después de que el héroe saltase al mar, y sus ojos brillantes como lirios vertían lágrimas, pues esperaban un resultado fatal.

Según el poeta Baquílides, cuya narración acabamos de citar de manera casi literal, unos delfines llevaron a Teseo hasta la mansión de su padre. Los pintores, que probablemente imitaban alguna pintura famosa, mostraban a Tritón, hijo de Posidón y Anfitrite, recibiendo a su hermano menor. Éste acompañó al joven con manos afectuosas hasta el palacio situado en las profundidades marinas. El rey del mar lo recibió en su sillón, la reina en su trono; allí tuvo miedo[188] al ver a las Nereidas, pues de sus espléndidos miembros brillaba un resplandor como de fuego. Anfitrite lo vistió con una túnica purpúrea, y en sus ensortijados cabellos colocó una impecable corona de rosas que le había regalado como presente de bodas la diosa del amor. Los jóvenes gritaban de alegría cuando Teseo emergió junto a la nave con vestiduras reales. No estaba ni siquiera mojado, y le entregó a Minos el anillo de oro;[189] el rey se quedó anonadado.

Como ya se ha dicho, también se explicaba que el héroe emprendió su viaje a Cnosos a bordo del barco de su padre. De acuerdo con esta versión,[190] partió con velas negras, pero el rey le había dado también otras de color blanco o incluso rojo[191] para que las izasen si Teseo regresaba victorioso. En todas las narraciones, no sólo en la que acabamos de explicar, quien recibía al joven héroe en Cnosos era una delicada figura femenina, si es que no era una diosa como Anfitrite. Esa recepción no era más que el preludio, o quizás el eco tardío, de su acogida por parte de Ariadna. Ésta, nieta de Helios y de Zeus, hija de Pasífae, la hija del dios del Sol, y de Minos, sintió pena por Teseo, como se dice con claridad,[192] cuando se ofreció voluntario para adentrarse el primero en la oscuridad del Laberinto. Ariadna fue conocida tan sólo bajo este nombre, que en la lengua griega de Creta significa «extremadamente pura», *ari-hagne*, pero allí también la llamaban Aridela, es decir, «extremadamente brillante».[193] Bajo estos dos nombres fue originariamente una gran diosa, «pura» como diosa del Inframundo y «brillante» como diosa del cielo.

Ya nos referimos a ella en las historias de los dioses[194] cuando, a causa de su notoria pasión por Teseo, tuvimos que incluirla entre sus infieles amantes divinas. Por amor al joven ateniense traicionó a su propio hermano,[195] el Minotauro, el monstruo con cuerpo de hombre y cabeza de toro, que llevaba también el nombre de un ser celeste, Asterio[196] o As-

terion.[197] Por esta razón se la incluyó entre las grandes pecadoras,[198] al lado de otra nieta del Sol, Medea, que también mató a su propio hermano. Pero en realidad fue infiel a Dioniso, pues de otro modo el dios no hubiese llamado a Ártemis contra ella.[199] Al parecer, esta historia resultaba más familiar a los narradores antiguos que a los que les sucedieron, que hablaban más bien de la traición de Teseo. Según parece, el héroe le juró a Ariadna que la llevaría a su casa como esposa, y de este modo la convenció para que le ayudara.[200] Pero no se ha conservado el relato de cómo Teseo conquistó el corazón de la princesa. En una versión bastante más tardía, ella lo contempla mientras compite con alguien llamado Tauro, es decir «toro», un rival humano de Minos por Pasífae. Pero la tradición según la cual las mujeres cretenses asistían a los juegos de hombres[201] se remonta a tiempos muy antiguos.

En ningún lugar se nos dice cómo Teseo logró mantener una conversación privada con Ariadna para recibir de ella el humilde presente que iba a garantizarle un regreso seguro del Laberinto. Ella estaba hilando, así aparece en una representación muy antigua, cuando el joven, rogando y acariciándola, le tendió su mano. No cabe duda de que fue un acto de astucia por su parte entregarle el huso con el hilo; ¿o acaso se trataba de un ovillo ya hecho, como se observa en una antigua pintura vascular? Ariadna no tuvo que esperar para que el maestro Dédalo le enseñase el truco, como pretendían los narradores más tardíos.[202] La astuta muchacha le indicó al héroe que atase el extremo del hilo en lo alto de la entrada del Laberinto y que nunca lo soltase de su mano. El Laberinto no era laberíntico, en el sentido de que quien entraba podía llegar hasta sus lugares más recónditos, pero tenía que regresar por el mismo camino, y ahí es donde radicaba la dificultad. Más tarde, cuando su constructor, el mismo Dédalo de Atenas, fue encerrado allí junto a su hijo Ícaro, tuvo que fabricar unas alas de plumas y cera para poder huir, y así inventó el arte de volar. Es de sobras conocida la historia de cómo Ícaro voló demasiado cerca del Sol, sus alas se fundieron y cayó al mar que, según se dice, fue llamado Icario por él.[203] Tan sólo se salvó el anciano artista.

En el lugar más recóndito del Laberinto dormía el Minotauro. Teseo tenía que cogerlo por el pelo de sus cejas y sacrificárselo a Posidón. Pintores y narradores cuentan[204] que la enamorada Ariadna acompañó

al héroe y le alumbró el oscuro camino con su corona. ¿O es que acaso le dio a Teseo su diadema en lugar del hilo? Eso hubiese sido un acto de infidelidad imperdonable, pues según un relato había obtenido la corona como premio a su virginidad.[205] Pero los narradores y los pintores vasculares no parecen pensar que eso fuese un acto reprobable, sino simplemente que la corona era el adorno más conocido de Ariadna, sin importar de cuál de sus esposos provenía, si de Dioniso o de Teseo. Teseo podía haberle regalado la que le había dado Anfitrite, pues también en aquel caso la corona de Ariadna acabó brillando en los cielos, dado que fue colocada por el dios entre las constelaciones. Teseo hirió de muerte al Minotauro en el Laberinto; una antigua pintura nos muestra el resultado del duelo con el monstruo de cabeza de toro, que recibe aquí el nombre de Taurominion. El héroe aferra con una mano a su oponente, mientras sostiene una espada en la otra, y el ser medio animal una piedra. También se decía[206] que Teseo no llevaba ningún arma, sino que luchó a puñetazos con su oponente y lo estranguló con sus manos. Pero con frecuencia lleva una clava o un palo. De este modo apareció victorioso a la puerta de ese edificio del Inframundo, arrastrando incluso al hombre-toro muerto. Los jóvenes atenienses lo reciben con alegría, y uno de ellos le besa la mano salvadora.

Embarcó en su nave con Ariadna. Se llevó también a los jóvenes y las muchachas, y, según se dice, previamente había hundido los barcos cretenses.[207] Era de noche cuando emprendieron el viaje de regreso,[208] y si esa misma noche llegaron a la isla de Día, donde el héroe se separó de Ariadna y ella se reunió con Dioniso, no podía tratarse de Naxos, aunque se dice que en aquel tiempo se llamaba Día,[209] sino de la Día que está situada a la entrada de la bahía de Amniso, una pequeña isla no lejos de Creta. Según una tradición antigua,[210] fue aquí donde Ártemis mató con sus flechas a la hija infiel de Minos en presencia de Dioniso. Por otro lado, los chipriotas creían[211] que Ariadna había muerto en su isla al dar a luz, mientras que otros afirmaban[212] que el infiel Teseo la había dejado abandonada en Creta y ella se había ahorcado. Sin duda eran historias inventadas, porque en los lugares donde se le hacían sacrificios en su calidad de diosa del Inframundo, se mostraba su tumba. Por ejemplo en Argos,[213] en el templo de Dioniso en Creta, junto al templo de Afrodita Celeste, o en Chipre, donde también se la veneraba bajo su aspecto

celestial, como Ariadna Afrodita.[214] Pero el hecho mismo de no ser simplemente una diosa ctónica o una princesa mortal, para la que el maestro artesano Dédalo había construido una hermosa sala de baile[215] y a la que consideraban la «señora del Laberinto»,[216] Ariadna se lo debía a Dioniso. Independientemente de si la subida a los cielos con el dios tuvo lugar en la Día cretense o, como pretendían sus habitantes, en la isla de Naxos, y de si esto ocurrió después de que Teseo demostrase su infidelidad o antes de que nada hubiese pasado, esta historia fue la única que la posteridad tomó en consideración.

Mientras pasaban la noche en Día, de acuerdo con una de las versiones de la historia de la ascensión de Ariadna,[217] apareció Dioniso y le robó la hermosa esposa al héroe. En una cerámica tarentina vemos a Teseo espada en mano, como para defenderse, que se retira hacia su barco, mientras el dios acaricia el pecho de Ariadna dormida. Según otra variante,[218] que cuenta además con su correspondiente pintura vascular,[219] fueron dos las divinidades que aparecieron en la isla de Día, Dioniso y Palas Atenea. Los dos juntos convencieron a Teseo para que prosiguiera su viaje sin Ariadna. Según una tercera versión,[220] el dios se le apareció en sueños al héroe y lo amenazó para que le cediese a Ariadna. Teseo se despertó asustado y la abandonó mientras estaba profundamente dormida, tal y como se describe habitualmente la escena.[221] Esa misma noche Dioniso la condujo hasta el monte Drío en Naxos;[222] aquí desapareció primero él y después la joven. En los relatos más tardíos, el dios aparece con todo su séquito, despierta a la joven dormida y se la lleva en un cortejo nupcial dionisíaco. Fue él, según se decía,[223] quien envió el olvido a Teseo, que continuó su navegación ajeno por completo a la esposa que dejaba en aquella isla rocosa y solitaria.[224] Ella no se quedó del todo sola, pues la acompañaba su nodriza Corina, «brote del árbol», cuya tumba se mostraba en Naxos.[225] En tal caso, Día sería la pequeña isla que hay frente a Naxos, a la que es posible llegar por un rompeolas para admirar el imponente marco de mármol de la puerta de un templo.

Teseo continuó su viaje con los jóvenes atenienses hasta Delos, donde bailó con ellos la danza de la grulla, una representación de los rodeos y salidas del Laberinto,[226] hizo un sacrificio a Apolo y consagró la estatua de Afrodita que Ariadna, que la había traído consigo como su

alter ego, le había regalado. En Delos se la veneraba como Hagne Afrodita. De acuerdo con una pintura arcaica, en esta fiesta que celebraba la liberación, no era la estatua sino Ariadna con su nodriza quienes se hallaban presentes. Teseo conducía el baile y tocaba la lira. A partir de entonces[227] los atenienses veneraron a la pareja divina, Dioniso y Ariadna, en recuerdo de la llegada de sus hijos e hijas a Falero, en la costa, regreso que coincidió con la vendimia. Pero en la fiesta también se conmemoraba un suceso aciago. En su alegría,[228] o quizás en su dolor por la pérdida de Ariadna,[229] Teseo o su timonel se olvidaron de cambiar las velas. Egeo vio desde la Acrópolis la misma vela negra que llevaba la nave al partir y se arrojó desde las rocas. De esa manera Teseo se convirtió en rey de Atenas, y aquel mar sobre el que planea la figura de Ariadna, diosa y heroína, pasó a llamarse a partir de entonces Egeo.

Si las historias acerca de la infidelidad de Teseo pudieron mantenerse, fue simplemente porque al hijo de Posidón se le consideraba un gran seductor de mujeres.[230] Se decía que[231] abandonó a Ariadna porque lo devoraba la pasión por Egle, la hija de Panopeo. Egle, «resplandor», es el nombre de una muchacha luminosa como Fedra, «la brillante», la hermana de Ariadna, a quien Deucalión, el hijo de Minos, entregó a Teseo por esposa después de firmar una alianza con él,[232] eso si este último no la había raptado junto con Ariadna, como pretende una antigua leyenda. Tales nombres se corresponden con el aspecto luminoso de Ariadna como Aridela. En este caso se podría decir que Ariadna fue abandonada por Aridela. Es posible que la hija de Panopeo fuese una diosa en los tiempos primitivos, idéntica a aquella Egle a la que en Orcómeno, que no está lejos de la fortaleza de Panopeo, se consideraba madre de las Cárites y esposa de Helios,[233] y que también llevaba el sobrenombre de Corónide, «la muchacha cuervo». También se llamaba Egle y tenía el sobrenombre de Corónide[234] la amante infiel con la que Apolo engendró a Asclepio. Asimismo, Egle[235] y Corónide[236] son los nombres de dos de las nodrizas de Dioniso, al igual que la propia Ariadna.[237] Por último, en una pintura vascular aparece Teseo raptando a Corone (el nombre aparece escrito de esta manera junto a la muchacha), mientras otras dos amantes famosas del héroe, Helena y la amazona Antíope, intentan impedirlo. El pintor escribió debajo: «Apenas la vio, huyó con ella».

Ningún narrador consiguió fijar el orden en el que tuvieron lugar esos raptos de mujeres de modo que resultase canónico. Una antigua tradición afirmaba[238] que Teseo había raptado primero a Helena y después a Ariadna. Contra esto, más tarde se calculó[239] que el héroe debía de tener cincuenta años cuando fue el primero en raptar a la hermosa hija de Zeus y casarse con ella. Su amigo Pirítoo también tomó parte en el rapto de Helena; la lucha entre los lapitas y los centauros comenzó en sus bodas, celebradas en Tesalia. Si las dos historias, la de las bodas y la del rapto, no se explicaban de manera independiente sino conjunta, como parte de la vida de una pareja de héroes, y si además añadimos la aventura más temeraria de ambos –su intento de raptar a la reina del Hades–, entonces sus aventuras más audaces, cuyo objetivo eran las dos hijas de Zeus, Helena y Perséfone, debieron de tener lugar cuando ambos amigos estaban ya algo entrados en años. Con el tiempo se convirtieron en los Cástor y Polideuces de los atenienses, como si hubiesen estado relacionados con Helena desde tiempo inmemorial, y no fuesen famosos tan sólo por ser sus raptores; como si no hubiesen ido a buscarla a Esparta para conducirla hasta Afidna, sino como si la isla Helena, que se halla en la parte occidental del cabo Sunion, hubiese recibido ese nombre por una historia menos conocida acerca del nacimiento de una hija de Némesis. Es posible que esa versión antigua de la leyenda acerca del nacimiento de la hija de Némesis, que era venerada en Ramnunte, en la misma costa, afirmase que ésta había dado a luz a su hija Helena en la isla Helena. Por la manera en que se nos presenta la tradición, la historia tesalia del rey de los lapitas, Pirítoo, debe ser explicada aquí.

Pirítoo ocupa un lugar en la lista de hijos de Zeus.[240] Día, la esposa de Ixión, una heroína que a juzgar por su nombre debe de tener alguna relación con el cielo,[241] se lo dio al rey de los cielos.[242] Por ese motivo más tarde[243] se supuso que era hijo de Ixión y hermano de los centauros, que son los descendientes de ese pecador.[244] Se supone que Zeus lo engendró bajo forma de caballo,[245] como Crono a Quirón. La tribu de los lapitas era fuerte, casi una raza de titanes, y Pirítoo era su rey. Ceneo, hijo de Élato, «el hombre de los abetos»,[246] el mismo nombre que llevaba el centauro que mató Heracles, pertenecía a la misma familia. Pero al principio Ceneo fue la hija de Élato y se llamaba Cenis, «nueva». De su amante

Posidón obtuvo el favor de convertirse en hombre y ser invulnerable.[247] Por eso los centauros lo golpearon con troncos de abeto y acabaron por enterrarlo vivo.[248] No se doblegó ni siquiera ante los golpes,[249] y en el Hades recuperó su anterior forma femenina.[250]

Eso ocurrió después de que esas criaturas salvajes y bestiales hubiesen probado el vino en las bodas de Pirítoo e Hipodamía.[251] Esta característica de los centauros es conocida a partir de la historia de Heracles. Hipodamía es llamada también Deidamía[252] o Iscómaca,[253] «la que combate con fuerza», mientras que en sus otros nombres se expresa la idea de «domar». Al parecer se trata de una figura digna de veneración, como lo era la de la esposa de Pélope en Pisa, que, a juzgar por su nombre, también era una «domadora de caballos». Según la tradición más antigua, transmitida con mucha reticencia, el centauro Euritión acudió solo al palacio de Pirítoo, donde los lapitas estaban celebrando la boda, y se comportó de una manera escandalosa debido al estado de embriaguez que le había provocado el vino. Le cortaron las orejas y la nariz y lo echaron de allí; éste fue el motivo de la guerra entre los centauros y los lapitas.[254] Más tarde se explicó[255] con todo lujo de detalles que los centauros que habían sido invitados a la fiesta atacaron a las mujeres, que Éurito (otra forma de su nombre) agredió a la novia, que la batalla, al principio con las copas de vino tan sólo, empezó entonces y que se produjo una carnicería. También Teseo tomó parte en ella, siendo el primero en acudir en ayuda de la esposa,[256] así como en la guerra que vino después.[257] Según se dice, la guerra acabó con la expulsión de los centauros de la región de Pelión, el día en que Hipodamía dio a luz a su hijo Polipetes.[258]

Sin embargo, la historia de la amistad entre Teseo y Pirítoo no se desarrolló en Tesalia, sino en el territorio del Ática, a excepción de cuando ambos abandonaron la región para sus aventuras comunes. Los habitantes del Ática, en especial los del demo de los Pirítidas, veneraban a Pirítoo como si fuese su propio héroe. No hay ninguna tradición explícita a propósito de cómo llegó hasta allí antes de conocer a Teseo; su nombre nos indica que podría haber sido un «vagabundo». Le había llegado la fama de la fuerza y el valor de Teseo,[259] y sintió la necesidad de ponerlos a prueba. Uno de los rebaños de Teseo estaba pastando cerca de Maratón; Pirítoo llegó y se los llevó. Teseo cogió sus armas y

fue tras el ladrón. Cuando éste se dio cuenta, se detuvo y se dio la vuelta para hacerle frente. Se miraron el uno al otro con admiración, observando la belleza y el coraje del otro, y desistieron de luchar. Pirítoo fue el primero en tender su mano, y le pidió a Teseo que le juzgase por el robo del ganado, prometiendo pagar la multa que le fuese impuesta. El otro le condonó la multa y le ofreció su amistad y su alianza. Confirmaron el pacto con un juramento en Colono. Más tarde se mostraba en la roca la cavidad utilizada como recipiente para mezclar el vino con el que brindaron por su alianza.[260] Según uno de los relatos,[261] Pirítoo invitó entonces a Teseo para que fuese a Tesalia y asistiese a su boda, y no fue hasta mucho después cuando se preocuparon del matrimonio de Helena. Según otro,[262] como eran hijos de Zeus y Posidón, decidieron tomar a las hijas de Zeus por esposas.

Helena contaba entonces doce años,[263] o quizá menos,[264] dependiendo de si había nacido de Leda fecundada por Zeus en Laconia o de la diosa Némesis en el Ática. Desde Afidna, la ciudad de Teseo, se divisa más abajo el valle de Ramnunte, en el que la hija de la Noche, la madre divina de Helena, tenía su santuario. Más tarde se dijo[265] que Teseo había pedido la mano de la joven a Tindáreo y que le hubiera encantado tener a los Dioscuros de cuñados.[266] Sólo después de haber fracasado en su intento de conseguir a Helena apaciblemente la raptó mientras bailaba en el templo de Ártemis Ortia,[267] aunque esto también pudo ocurrir en Ramnunte, o en el vecino templo de Ártemis en Brauron. Pero en realidad no nos ha llegado nada al respecto, a excepción del rapto de Esparta. Los Dioscuros persiguieron hasta Tegea a los raptores, que decidieron echar a suertes cuál de los dos se casaría con Helena.[268] Ganó Teseo y se llevó a la joven a la casa de su madre Etra en Afidna. Cástor y Polideuco rescataron a Helena de Afidna e hicieron prisionera a Etra.[269] Todavía servía en Troya a Helena,[270] quien, habiendo sido raptada por segunda vez, esperaba inútilmente que sus hermanos apareciesen para liberarla de nuevo.[271] Tuvo una hija con Teseo, aquella Ifigenia que más tarde fue considerada hija de Agamenón y Clitemnestra,[272] puesto que Helena, después de dar a luz en Argos, se la entregó a su hermana. Según una tradición,[273] el destino de esta niña seguiría ligado al Ática, puesto que al parecer no fue sacrificada en Áulide sino en Brauron.

Afidna no fue defendida contra los Dioscuros por Teseo, sino por el héroe epónimo del lugar, Afidno, que incluso alcanzó a herir a Cástor en el muslo derecho.[274] Por su parte, Teseo se había visto obligado a abandonar a su joven esposa, a quien mantenía prisionera y oculta en Afidna, para seguir a Pirítoo en un viaje mucho más peligroso, el rapto de otra hija de Zeus para él.[275] También podría haber sido idea suya desde el principio, pues sería algo propio del seductor de Ariadna, y sólo después, a causa de la maldad de la acción, le fue atribuida a Pirítoo. El viaje conducía al Más Allá, por lo que los relatos más tardíos sustituyeron el Epiro por el país de los tesprotios[276] o de los molosos,[277] y afirmaron que Perséfone era la esposa. Estos dos temerarios aventureros pretendían llevarse[278] a la reina del Inframundo de la habitación que compartía con el rey del Hades. Entraron por la puerta del infierno que estaba en el Ténaro[279] (un poeta latino pone en boca de Teseo su descripción),[280] justo por donde Heracles iba a entrar poco después.

Se decía[281] que no encontraron a Caronte con su barca en el amarradero habitual del Aqueronte. La continuación de la historia se ha perdido y no es posible saber cómo lograron convencer al barquero de los muertos para que los llevase y les permitiese subir con vida a la barca de las almas.[282] Probablemente no se sirvieron de la fuerza, pues esto le correspondía a Heracles, sino de la astucia, ya que también el señor del Inframundo los capturó después por medio de la astucia. Les ordenó que se sentasen en dos tronos[283] excavados en la roca[284] junto a la entrada de su palacio.[285] Debían permanecer sentados allí mientras iba a buscarles unos presentes, pero se trataba de la Silla del Olvido, de Lete.[286] Estaban sentados como si estuviesen encadenados,[287] pues el olvido de sí mismos los había paralizado. Tan sólo fueron capaces de tenderle la mano a Heracles cuando éste pasó a su lado.[288] Los grilletes de Lete son descritos como si se tratase de serpientes,[289] o de centenares de cadenas,[290] o como si ambos hombres hubiesen crecido dentro de sus asientos.[291] Una versión cómica[292] explicaba que Teseo se dejó parte de su trasero pegado cuando Heracles lo arrancó de allí; por esa razón sus descendientes, los jóvenes atenienses, tuvieron siempre las caderas muy poco carnosas. Por las historias de Heracles sabemos que tan sólo Teseo pudo ser despertado y rescatado. Probablemente en los relatos antiguos aparecía joven aún, y se afirmaba incluso que Pirítoo había re-

gresado con él.[293] Pero el castigo de Teseo continuó tras su muerte; tuvo que sentarse eternamente en su asiento de roca,[294] mientras a su amigo le aguardaba un castigo semejante al del pecador Ixión,[295] que intentó seducir a la diosa del cielo, o al de Tántalo antes que ellos.

A Teseo le aguardaba una larga vida todavía, aunque de un modo explícito tan sólo se dice que el rapto de Helena precedió a la aventura cretense, y no que fuese también antes de la invasión del Hades. No se ha conservado una versión según la cual habría vuelto a entrar allí vivo por segunda vez e incluso (si bien las generaciones posteriores no quisieron creerlo)[296] habría liberado a Pirítoo; pero también hubo quien[297] negó que hubiese podido escapar del Hades. Es famoso su regreso del Laberinto, pero él no podía considerar suya para siempre a la reina, como tampoco pudo hacer con Perséfone. Los Dioscuros le habían quitado a Helena, igual que Dioniso había hecho con Ariadna; no le quedaba nada más que la soberanía de Atenas, desde que Egeo, al ver la vela negra, se arrojara desde la Acrópolis o, como afirmaba alguien que pretendía tener un conocimiento más detallado,[298] al mar que lleva su nombre. La acción más famosa de Teseo como fundador fue la reunión de todos los pueblos diseminados por el Ática en la ciudad de Atenas. Gracias a él se originó una *politeia* común, es decir, una vida común en un Estado.[299] El escenario de esta hazaña era toda la región del Ática, y desde entonces se celebró en el festival de los Sinecia. La misma acción se le había atribuido a Cécrope, pero no como reunión de comunidades ya existentes, sino como una reunión de habitantes autóctonos primigenios. Se dice[300] que Teseo fue el primero en dar su nombre en plural a la ciudad, *Athenai*, y que convirtió las Panateneas, que según se creía habían sido instituidas por Erictonio, en el festival de «todos los atenienses», no sólo de los habitantes de la ciudad, sino también de los del campo. Los narradores le hicieron participar en casi todas las empresas comunes a los héroes de su tiempo; tanto es así que la frase «No sin Teseo»[301] se hizo proverbial, al igual que «Llegó otro Heracles»,[302] puesto que no necesitaba a nadie que le ayudase.

De este modo, acompañó a Heracles en su campaña contra las Amazonas. De esta aventura se trajo a la esposa guerrera con la que engendró a Hipólito. La empresa era más digna de Teseo que de Heracles. La reina de las Amazonas con la que trató Heracles se llamaba Hipólita, el

mismo nombre que con frecuencia se le da a la madre de Hipólito, nombre que posiblemente la relacionaba ya desde el principio con este hijo. La noticia de que fue Teseo quien robó el cinturón de Hipólita para entregárselo al héroe más viejo y más grande se encuentra también en las leyendas relativas a Heracles. Los narradores tienen cierta dificultad en distinguir las Amazonas de Heracles de las de Teseo. Los que sostenían que Teseo había recibido su amazona del hijo de Zeus como regalo honorífico se referían a ella como la reina de las Amazonas y le daban el nombre lunar de Antiopea o Antíope, nombre que también llevaba la madre de los Dioscuros tebanos. En los relatos relativos a Teseo, la figura de la amazona se asociaba a la de Helena, Perséfone y Ariadna, todas ellas parecidas entre sí, y al parecer ésta era la figura que los narradores imaginaban bajo nombres diversos.

De hecho, se nos presenta como una Helena asiática, raptada en oriente y traída a occidente; por ella se luchó en suelo griego, al igual que en Troya, en oriente, se luchó por la hija de Leda. La historia de las Danaides era la de la llegada a Grecia procedentes de oriente de unas jóvenes semejantes a las Amazonas. Pero únicamente los atenienses explicaban la historia de que las auténticas Amazonas habían venido desde Asia Menor con todo su ejército para poner sitio a la Acrópolis. Mostraban a los extranjeros unas tumbas extrañas que supuestamente pertenecían a las Amazonas: en Atenas la tumba de Antíope[303] y en Mégara la de Hipólita.[304] Se creía que esta última se podía reconocer porque tenía la misma forma de media luna que el escudo de las Amazonas. La guerra contra las Amazonas en la que Teseo tuvo que defender su propia ciudad fue precedida por el rapto de la amazona, de modo que lo más probable es que en el relato original el raptor fuese Teseo y no Heracles.

Una leyenda decía[305] que Heracles había asediado en vano Temiscira, la ciudad de las Amazonas, y que no pudo tomarla hasta que Antíope se enamoró de Teseo y traicionó a su propio pueblo. Pero, según una versión más conocida,[306] Teseo fue a raptar a la amazona acompañado por Pirítoo, como cuando fueron a raptar a Helena. En una pintura sobre cerámica aparece Antíope en brazos de Teseo, mientras su amigo permanece a su lado para protegerlo. Ya en Atenas, la amazona le dio un hijo. Según la mayoría de los relatos, este hijo era Hipólito; pero según uno más arcaico se trataba de Demofonte, el mismo que más tarde par-

ticiparía en la guerra de Troya y rescataría a su abuela Etra de la ciudad en llamas.[307] Demofonte y su hermano Acamante son considerados también hijos de Fedra, esposa de Teseo desde que firmó la paz con los cretenses. Antíope, o comoquiera que se llamase la reina de las Amazonas, vivió hasta entonces con su raptor, como hizo Helena con Paris en Troya.

Ya fuese para liberar a su reina[308] o bien para vengar la ofensa que Teseo les había infligido al tomar una segunda esposa,[309] el caso es que apareció el ejército de las Amazonas. Llegó desde el norte, desde las costas del Mar Negro, siguiendo un camino tortuoso, porque las Amazonas no eran un pueblo marinero sino de jinetes.[310] También podría tratarse de una simple rebelión de las mujeres guerreras comandada por una ofendida Antíope. El ala izquierda de su ejército[311] se situó en el Areópago, en el lugar donde más tarde se erigió un santuario heroico en honor de las Amazonas, el Amazonion, mientras el ala derecha tomaba posiciones en la Pnix. Desde allí se lanzaron contra la Acrópolis, pero un ejército ateniense las atacó por la espalda desde la colina de las Musas, y de ese modo, tras cuatro meses de asedio, se vieron obligadas a firmar la paz. Para los atenienses esto era historia verdadera. Dos grandes pinturas murales mostraban la batalla con las Amazonas una en el Teseion, el santuario de Teseo (no el que fue llamado así más tarde),[312] y la otra en la *Stoa Poikíle*, «el pórtico variopinto».[313] Los pintores vasculares también solían representar escenas concretas, por no hablar de los escultores, que tantos edificios, y no sólo en Atenas, decoraron con bajorrelieves que representaban a Amazonas luchando o moribundas.

Se decía también[314] que Heracles acudió en ayuda de su amigo y que Pentesilea, otra amazona famosa que más tarde combatió en Troya y murió a manos de Aquiles, tomó parte en esta batalla. Según esta versión, Pentesilea mató a su señora por accidente,[315] pero otros afirman que lo hizo el propio Teseo, o quizá sus compañeros, cuando estalló la rebelión de las Amazonas y la reina amenazó a los huéspedes que asistían en el palacio a la boda de Fedra.[316] Por último, existía también la siguiente leyenda acerca de la muerte de Antíope:[317] mientras combatía al lado de Teseo contra sus compañeras, que querían recuperarla por la fuerza, fue alcanzada por la flecha de la amazona Molpadia, «la cantante», e inmediatamente fue vengada por el héroe. Los atenienses erigieron un monumento sepulcral para Molpadia como habían hecho con

Antíope, o por lo menos creían que dos antiguas estelas sepulcrales de la ciudad estaban dedicadas a ambas Amazonas.

Al héroe sólo le quedaba ahora la segunda princesa cretense, Fedra, y el hijo de la amazona, el hermoso y extraño joven Hipólito. La gran divinidad a la que las Amazonas veneraban por encima de todas las demás era Ártemis, si bien tomaban como modelo la crueldad de la diosa venerada en el Mar Negro, más que la pureza de la Ártemis griega. De acuerdo con su nombre, Hipólito debía de ser semejante a un caballo salvaje desbocado, igual que las Amazonas parecían yeguas descontroladas y por ello llevaban nombres como Hipólita, o aquella Hipo que según una tradición fundó el templo de Ártemis en Efeso,[318] pero más tarde fue castigada por la diosa por haber dejado de participar en los bailes de las vírgenes ante su altar. Hipólito, como joven cazador de Trecén, no servía a nadie más que a Ártemis; había crecido allí, en el país de su abuelo Piteo, y fue allí donde[319] Fedra se enamoró de su hijastro, que era bello como una muchacha.

Eurípides llevó a escena en dos ocasiones la historia de este amor desgraciado, y una de las dos tragedias se ha conservado. Existía en Atenas,[320] en la parte más alta de la ladera sur de la Acrópolis, un pequeño santuario de Afrodita «para Hipólito», y se decía[321] que lo había fundado Fedra, pues desde allí podía mirar con ojos enamorados la costa de Trecén. De acuerdo con esta versión,[322] vio por primera vez al joven cuando éste, iniciado en varios ritos incluyendo los de Orfeo,[323] llegó a Atenas para participar en los Misterios de Eleusis. Durante mucho tiempo ella se contuvo frente a Hipólito, que no sospechaba su secreto, hasta que se vio obligada a acompañar a Teseo a Trecén. Por su parte,[324] los trecenos poseían en el santuario de Hipólito un templo de «Afrodita espía», y contaban que desde aquel lugar la enamorada Fedra solía mirar hacia el estadio, que más tarde recibió el nombre de Hipólito, donde el joven se ejercitaba desnudo. Allí estaba también el mirto cuyas hojas pinchaba con la aguja de su pelo cuando sentía un ataque de pasión. Afrodita puso todo su empeño, pero tan sólo la hermosa reina sucumbió, no así el joven. Él no quería saber nada de Afrodita, pues tan sólo le interesaba Ártemis.[325] Cuando supo del amor que Fedra sentía por él, rechazó a la orgullosa mujer.

Y así se repitió la historia de Belerofonte, una historia que no sólo

se contaba entre los griegos. El amor despechado de la reina, que se le había ofrecido en su pasión, se convirtió en odio y miedo. Fedra se quejó a Teseo de que Hipólito había intentado seducirla. En la forma más simple de la historia,[326] le mostró la puerta forzada de su habitación y sus ropas rasgadas. Su marido la creyó, maldijo a su hijo y lo expulsó de su reino; y como su padre Posidón le había prometido concederle tres deseos,[327] deseó la muerte de Hipólito. Mientras el joven conducía sus nobles corceles por la costa del golfo Sarónico en dirección a Epidauro, para desde allí seguir hasta Argos,[328] se produjo un terremoto acompañado de un maremoto. Una enorme ola cubrió el Istmo, un toro salió de las aguas e hizo enloquecer de terror a los caballos de Hipólito; éstos se desbocaron, haciendo que su conductor perdiese el control del carro, y lo arrastraron hasta la muerte. Pero los habitantes de Trecén negaban que Hipólito hubiese muerto de esa manera. Ni siquiera mostraban su tumba,[329] cosa que sí hacían los atenienses,[330] aunque sabían dónde estaba; en cambio, enseñaban el olivo salvaje que había cerca del templo de Ártemis Saronia y contaban[331] que Hipólito se había enredado en aquel lugar con las riendas de sus caballos y que había acabado colgado del encorvado árbol. Este tipo de muerte ocurría con frecuencia en la esfera de Ártemis. También Fedra se ahorcó, y se decía[332] que en el Hades no dejaba de columpiarse, mofándose de su muerte.

Las jóvenes de Trecén lloraban a Hipólito en el hermoso santuario que Diomedes fundó en su honor;[333] solían hacerlo la víspera de su propia boda,[334] y le ofrecían como sacrificio un mechón de sus cabellos, símbolo del amor apasionado de la mujer. Por todo ello Hipólito no estaba muerto. No era uno de esos héroes desaparecidos para siempre, pues Ártemis rescató a su predilecto de la muerte. Por amor a ella,[335] Asclepio, que vivía muy cerca en Epidauro, lo trajo de nuevo a la vida[336] con sus hierbas medicinales. Los habitantes de Trecén lo reconocían en el cielo en la constelación del Auriga,[337] pero los habitantes de las colinas Albanas en Italia, cerca de Roma, sabían que el dios Virbio, que se escondía en un bosquecillo consagrado a Diana cerca de Aricia, en los oscuros bosques en torno al lago de Nemi, no era otro que Hipólito, a quien Ártemis había transportado hasta allí.[338] Por esa razón no se permitía entrar con caballos en los recintos sagrados, pues esos animales recordaban a los hombres la muerte del dios resucitado.

En lo que respecta a la muerte de Teseo, las versiones no concuerdan. Él, que había acogido a Edipo para que el héroe tebano pudiese reposar en el suelo del Ática, y que había ayudado a los Heraclidas a liberarse de una vez por todas de Euristeo, el enemigo de su padre que los acosaba, tuvo que abandonar el Ática para yacer en una tumba lejana, en la isla de Esciro, hasta que muchos siglos después[339] sus huesos fueron encontrados. También había quien pretendía que nunca regresó del Inframundo, adonde había ido con Pirítoo para raptar a Perséfone. Y otros, que también situaban el viaje al Hades al final de su vida, hablaban[340] de un bisnieto de Erecteo, el primer demagogo, que habría sublevado al pueblo contra él mientras se hallaba en el reino de los muertos. Aparentemente, por esta razón viajó a Esciro, donde el rey Licomedes lo precipitó desde una alta roca al mar;[341] una muerte sufrida en un país lejano, sin motivo y que originalmente no permitía la existencia de ninguna tumba y, por lo tanto, de ningún lugar para el culto heroico; era como si se lo hubiese tragado la tierra. Su santuario, el Teseion que se encuentra cerca de la subida a la Acrópolis, se convirtió en su tumba sólo cuando en el año 473 a.C. sus supuestos huesos fueron traídos desde Esciro.

CAPÍTULO II

JASÓN Y MEDEA

El héroe que fue a buscar el Vellocino de Oro pertenecía a la misma familia que Frixo, el hijo de Atamante al que el carnero de oro había llevado hasta la Cólquide, en el Cáucaso. Además de Atamante, padre de Frixo, también Salmoneo y Creteo eran hijos de Eolo, de quien descendía este gran linaje. Tiro, la hija de Salmoneo, antepasada de la progenie de la que hablaremos ahora, le dio a Posidón los gemelos Neleo y Pelias, y más tarde varios hijos a su tío Creteo, el mayor de los cuales era Esón, quien fundó la ciudad homónima de Tesalia. Su hijo Jasón fue el héroe del Vellocino de Oro. Cuando Frixo, primo de su padre, murió en la Cólquide como yerno de Eetes, el Vellocino quedó en poder del hijo de Helios, ese mismo Eetes. De él habría de recobrarlo la familia.

Las ciudades de Esón y Yolco, esta última fundada por Creteo, estaban situadas cerca la una de la otra en la amplia ensenada de Tesalia, en el golfo de Págasas, conocido hoy en día como el golfo de Volo. En Yolco reinaba el hijastro de Creteo, Pelias, hijo de Posidón y hermanastro de Esón, pues su madre común era, como ya se ha dicho, Tiro. Todos los hermanos habían tenido hijos, Acasto era hijo de Pelias; Neleo, que reinaba en el extremo meridional del Peloponeso, tuvo doce hijos, uno de los cuales era Néstor. Sus hermanastros Esón, Feres y Amitaón también tuvieron hijos: Amitaón es el padre de Melampo el adivino, que curó a las hijas de Preto; Feres, de Admeto, el protegido de Apolo y esposo de Alcestis, y Esón, como acabamos de decir, de Jasón. La madre de este último, que fue la figura más famosa de toda la

saga, es conocida, o mejor dicho, se oculta bajo varios nombres, como Polimede,[1] considerada[2] hija de Autólico, o como Alcímeda, una hija de Minia,[3] por mencionar sólo dos. Jasón fue criado por el sabio centauro Quirón,[4] cuya morada, en el monte Pelión, se eleva por encima de ambas ciudades, Esón y Yolco. Se dice que fue esta criatura divina y selvática la primera en llamar al niño Iason,[5] nombre que quería significar algo que sana o aporta salud.[6]

Su nombre nos dice que Jasón tenía seguramente algo en común con Yasio o Yasión, el protegido de Deméter.[7] Sin embargo, era un favorito de Hera, no de la madre de Perséfone.[8] Se cuenta que una vez las dos grandes diosas hermanas vagaban por la tierra, Deméter buscando a su hija, Hera porque estaba enfadada y había abandonado a Zeus, o bien porque estaba regresando a su lado. Fue entonces cuando el lascivo sileno la atacó, como sabemos por la historia de Heracles. Jasón se encontró con ella estando de caza, del mismo modo que el cazador cretense Yasio o Yasión había encontrado a Deméter, pero este encuentro tuvo lugar junto a un río que bajaba muy crecido, ya fuese el Anauro[9] tesalio o el Enipeo,[10] o cualquier otro río.[11] Jasón no reconoció a la diosa en la anciana cuya figura había asumido Hera, pero se la subió a hombros y cruzó el río cargado con ella. Se decía[12] que al hacerlo perdió una sandalia, y por lo tanto se presentó con una sola al sacrificio[13] que estaba ofreciendo Pelias a su padre Posidón y a los demás dioses, a excepción de su reina,[14] en Yolco. Como sabemos por la historia de Tiro, Pelias no veneraba a Hera. Ése era otro motivo por el que debía ser castigado.

En todas las versiones, Jasón perdía una sandalia, y la aparición del *monosandalos*, el hombre con una sola sandalia, era un mal augurio, y no sólo en la historia de este héroe. La persona en cuestión, aunque fuese un dios, como Dioniso, daba siempre la impresión de venir de otro mundo, posiblemente del Inframundo, y de haber dejado la otra sandalia como prenda y prueba de que seguía teniendo un pie allí. Además, Pelias había recibido del oráculo la predicción de que moriría a manos del hombre con una sola sandalia.[15] Pero cuando invitó a toda la ciudad de Yolco a su sacrificio, el héroe estaba en el campo, al otro lado del Anauro. Los que no lo representaban como un cazador,[16] sino como un campesino, aseguraban que había dejado su arado junto al Anauro,

que cruzó el río descalzo y se olvidó de atarse la sandalia izquierda de nuevo. Según otros, la perdió en el río.[17] De modo que cuando se presentó así ante Pelias, éste se acordó enseguida del oráculo. Ese día no dijo nada, pero al día siguiente mandó buscar a Jasón y le preguntó qué hubiese hecho él en el caso de que alguien le hubiese predicho que un conciudadano suyo lo mataría. «Lo hubiese enviado a buscar el Vellocino de Oro», respondió Jasón, y Pelias replicó: «Vete a buscarlo entonces».

Según otra versión,[18] Pelias había recibido dos oráculos. El primero le advertía de que hallaría la muerte a manos de un descendiente de Eolo, pero según el otro debía guardarse sobre todo de «aquel que llegara desde su escarpado refugio hasta Yolco con una sola sandalia». Con el tiempo llegó el hombre que suscitaba terror y maravilla. Llevaba dos lanzas e iba vestido a la manera de los habitantes de la vecina península de Magnesia. Una piel de pantera le cubría los hombros para protegerlo de la lluvia. Nunca se había cortado el pelo, que brillaba a lo largo de su espalda. Se detuvo en el ágora de Yolco, entre la muchedumbre, como si quisiera poner a prueba su propio autodominio. Nadie lo conocía y todos se preguntaban quién podría ser; pensaron en Apolo, en Ares, en los Alóadas y en Ticio, pero luego apartaron esos pensamientos. Entre tanto, mientras la gente seguía conversando, llegó el rey Pelias en su carro tirado por mulas. Sus ojos se fijaron en la sandalia que extrañamente el joven llevaba tan sólo en el pie derecho. Disimuló su terror y preguntó al extranjero cuál era su patria y quiénes sus padres.

Él respondió amable y cortés: «Traigo conmigo las enseñanzas de Quirón, pues vengo de su cueva, donde vivía con Caricló y Filira, su esposa y su madre, donde las virginales hijas del centauro me criaron. He cumplido los veinte años y jamás les he hecho o dicho nada inconveniente, y vengo ahora a mi patria para recuperar la antigua dignidad de mi padre, que antiguamente Zeus entregó al príncipe Eolo y a sus descendientes, y hoy usurpa un hombre injusto.»

Dijo esto y más con gran franqueza, pues no adivinaba ante quién se encontraba. Según este relato, Pelias había usurpado la soberanía que pertenecía al padre de Jasón, que, temiendo por la vida del niño, lo envió a escondidas con Quirón, mientras fingía llorarlo como si hubiese

muerto nada más nacer. El joven preguntó el camino hacia la casa de su padre Esón y pronunció el nombre que el sabio centauro le había dado.

Por lo tanto, esta historia da por supuesto que le correspondía reinar en Yolco a Esón, el hijo mayor de Creteo, y no a Pelias, a quien Tiro alumbró para Posidón antes de su matrimonio con Creteo. La historia sigue diciendo que Esón recibió a su hijo con lágrimas en los ojos.[19] Sus hermanos y los hijos de éstos llegaron para saludar a su sobrino y primo; Feres y Admeto desde Feras, en Tesalia, Amitaón y Melampo desde Mesenia. Jasón lo festejó con ellos durante cinco días con sus noches en la casa de su padre, pero al sexto día les comunicó su intención de exigir a Pelias la restitución del reino. Todos se levantaron de inmediato y lo acompañaron al palacio de Pelias, donde el héroe se dirigió al rey con gentileza y sabiduría. Apeló a su común ascendencia materna y le propuso una partición pacífica; Pelias podía conservar los rebaños y las tierras que le había quitado a Esón, pero debía devolver el cetro y el trono que le correspondían al hijo de Creteo. También Pelias respondió con tranquilidad; lo haría de buen grado, pero lo atormentaba una petición de los poderes subterráneos. Él ya era demasiado viejo para satisfacerla, pero Jasón se hallaba en la plenitud de sus fuerzas. Según Pelias, Frixo se le había aparecido en sueños y le había pedido que alguien fuese al palacio de Eetes para traer de vuelta su alma y el Vellocino de Oro. Consultó entonces el oráculo de Delfos, que se mostró de acuerdo con que enviasen una nave. Éste era el precio que Jasón debía pagar por la soberanía, y lo confirmó con un juramento.

Una antigua historia decía[20] que por la noche los rayos del Sol reposaban en las doradas salas de Eetes. Desde luego, no se consideraba un lugar para los hombres la morada de Eetes a orillas del Fasis, que según los testimonios de los marineros fluía desde el Cáucaso hasta el Mar Negro. El nombre de la ciudad era Ea y de él había tomado el suyo Eetes. También se llamaba Ea un país identificado con la Cólquide del Cáucaso, pero probablemente significaba Tierra de la Mañana, de Eos. Este apartado país de la Aurora era el lugar apropiado para un difunto de sangre real que aspiraba a convertirse en dios (pues no cabe duda de que Pelias mentía con la historia de su sueño, o bien expresaba ideas de una época posterior). Debía ser un lugar para seres inmortales y divinos. Sabemos[21] que Eetes era hijo de Helios y de la consorte del Sol,

Perse[22] o Perseis,[23] y hermano de la reina cretense Pasífae y de Circe, cuya isla Eea pertenecía a Ea, independientemente de si estaba situada al este o al oeste de ese país al que iban a dormir los rayos del Sol y en el que despertaban de nuevo. Debemos imaginar el palacio de Eetes como la casa del Sol, pero al mismo tiempo una casa de la invisibilidad, de Hades. Allí se guardaba el Vellocino de Oro, bien custodiado por un dragón gigantesco. Jasón tenía que emprender una aventura semejante a la de Perseo, y luchar con un dragón igual que Cadmo. Del mismo modo que Cadmo había encontrado a Harmonía y Perseo a Andrómeda, también él debía encontrar una esposa a la que no había ido a buscar y que le ayudaría como Ariadna había ayudado a Teseo; una segunda nieta del Sol que lo acompañaría hasta el mundo de los hombres, pero no para una felicidad duradera.

De acuerdo con todas las versiones, Jasón tan sólo asumió aquello que en cierto modo había provocado, la tarea de traer de regreso el Vellocino de Oro de aquella casa situada fuera del mundo mortal. Se decía que esa tarea había caído como una maldición sobre la raza de Eolo, desde que Atamante quiso sacrificar a su hijo Frixo y lo obligó a huir al reino del otro mundo de Eetes.[24] En cierto sentido, el sacrificio del hijo «de pelo rizado» del rey se llevó así a cabo, la ira de Zeus se desató contra el sacrificante y se hizo necesaria una expiación. Consecuencia de todo ello fue la reunión de los compañeros que iban a ir con Jasón. Si quería llegar hasta el país de Eetes y regresar de nuevo, necesitaba una nave extraordinariamente veloz y una tripulación de compañeros dispuestos a morir. Esta nave, que fue tan admirada[25] como si hubiese sido la primera en construirse,[26] fue hecha con la ayuda de la diosa Atenea[27] o directamente por ella.[28] La llamaron «Veloz», *Argo*,[29] y su constructor terrenal fue Argos. Talaron pinos en el Pelión[30] y los bajaron hasta la bahía de Págasas.[31] La nave construida con esos pinos tenía en las narraciones más antiguas el don del habla,[32] porque, según se afirmó más tarde,[33] en su construcción también se había utilizado madera de las encinas de Dodona. La primera tripulación estaba compuesta por minias,[34] los habitantes de algunas ciudades de los países en los que había reinado Atamante (hijo de Minia en una tradición).[35] Esas ciudades eran Orcómeno en Beocia y Minia en Tesalia. En Orcómeno los minias veneraban a Zeus Lafistio, a quien debía ser sacrificado Fri-

xo. Embarcaron con Jasón en la nave Argo y, cuando el viento ya no empujaba sus velas, remaron hasta la lejana Ea.

La nave debía de ser particularmente veloz a causa del viaje de regreso. Lo poco que podemos decir de la historia más antigua de los Argonautas, los marineros de la nave Argo, como se les llamó entonces, se lo cuenta Circe a Odiseo,[36] y sin darle muchos detalles, pues no quería revelar el secreto de la ruta. Odiseo se hallaba entonces en la isla de Eea, en la vía de regreso del reino de los muertos, y, en la historia más antigua de los Argonautas, probablemente la puerta rocosa que conducía al Más Allá resultaba peligrosa tan sólo para los que regresaban. Circe revela el nombre con el que esta puerta era conocida entre los hombres y la llama *Planktaí*, «las rocas errantes». Le cuenta además que las palomas que llevaban la ambrosía al padre Zeus evitaban volar alrededor de aquellas rocas, pues siempre perdían alguna del grupo y el padre tenía que enviar otra para mantener su número. No resulta difícil imaginar que lo hacía para que el grupo de palomas siguiese siendo como lo vemos en el cielo, en las Pléyades. El país del que provenían las palomas con la ambrosía tan sólo puede ser comparado con el Jardín de las Hespérides. Pero la última paloma siempre caía víctima de las rocas móviles cuando estas chocaban entre sí. Por esa razón se las conocía como Plégades[37] o Simplégades,[38] y de un modo menos correcto como *Planktaí*.[39] Aparte de las palomas, tan sólo la nave Argo, amada por todos y guiada por Hera, logró pasar incólume a través de ellas en su viaje de regreso desde el país de Eetes. Así lo afirma la maga,[40] a quien encontraron los Argonautas en su viaje de regreso.

Tal y como nos describen el viaje los poetas tardíos, y en especial Apolonio de Rodas, en la expedición no sólo participaron minias sino también héroes de toda Grecia, como en la caza del jabalí del Calidón. Según se dice,[41] cuando Pelias le encargó esta tarea tan complicada, comparable a toda una serie de empresas difíciles,[42] y después de que Argos (quienquiera que fuese su padre)[43] acabara de construir la nave Argo con la ayuda de Atenea, envió heraldos para reclutarlos. De acuerdo con la tradición más conocida,[44] la nave había sido construida para cincuenta remeros, de modo que ése era el número mínimo de los hombres que debían reunirse para esa aventura. Comenzaremos nombrando a Tifis, el timonel beocio, que probablemente ya estaba rela-

cionado con la nave Argo en el tiempo en que a bordo solamente llevaba minias. Estaba destinado a morir, aunque había sido la propia Atenea quien lo había inducido a participar en la empresa;[45] Jasón lo perdió durante el viaje, igual que Eneas perdió a Palinuro.[46] De los hijos de los dioses, los primeros en llegar a Yolco fueron los de Zeus:[47] Heracles, Cástor y Polideuces. A continuación llegaron los hijos de Posidón: Eufemo de Ténaro y Periclímeno de Pilos, considerado también hijo de Neleo; Nauplio, el hijo de Amimone,[48] y los gemelos mesenios Idas y Linceo.[49] De la estirpe de Apolo acudió Orfeo,[50] y con él también el cantor Filamón,[51] hijo de Apolo,[52] tomó parte en el viaje. Los hijos de Hermes eran los gemelos[53] Equión y Érito, y el heraldo de los Argonautas, Etálides.[54] A continuación llegó Augias, rey de Élide, que, como sabemos por las historias de Heracles, era hijo de Helios,[55] y los hijos de Bóreas, Zetes y Calais; también dos adivinos, Idmón, otro hijo de Apolo,[56] y Mopso, que había sido discípulo de Apolo,[57] además de Peleo y Telamón,[58] hijos de Éaco y nietos de Zeus, Admeto,[59] primo de Jasón, e incluso Acasto, hijo de Pelias, de quien se dice que acudió en contra de la voluntad de su padre.[60]

Hasta aquí hemos hecho la lista de los hijos de dioses, y eso que no hemos nombrado a todos cuantos podían alegar ser de descendencia divina. Al final incluso Meleagro y Atalanta[61] fueron añadidos a esta magnífica compañía, como también Teseo y Pirítoo;[62] esta partida de héroes que ahora sustituía a los minias anónimos u olvidados era la más numerosa con anterioridad a la guerra de Troya. En las narraciones tardías de esta expedición se presta atención a numerosos nombres famosos. Las aventuras separadas de cada héroe, sin embargo, no tienen importancia en la historia de Jasón; sólo la tienen los sucesos que incumben a la nave Argo y a los Argonautas. Si bien es cierto que corrieron muchos peligros, en las versiones conocidas de la historia no llegaron a ir más allá del mundo de los mortales; no entraron en el mundo del Más Allá, simplemente hicieron un viaje desde Yolco hasta las costas del Mar Negro. No obstante, el viaje comenzó con la construcción de un altar y la ofrenda de un sacrificio[63] a Apolo Embasio, el dios de las embarcaciones, y fue inaugurado por Orfeo,[64] que conocía mejor que ningún mortal el camino hacia el Inframundo y el que conducía de regreso al mundo de los vivos. La noche previa a la partida

cantó acerca del principio de las cosas y de los dioses. Se trataba de la preparación para un viaje particularmente sagrado.

De hecho, la empresa adquirió, ya en la primera isla a la que llegaron los Argonautas, un carácter extraño, aunque no del todo apolíneo. Sobre esa isla había caído una maldición, el crimen de Lemnos, el mayor que conoció Grecia incluso en tiempos más tardíos.[65] Aparentemente, las mujeres de la gran isla de Lemnos albergaban los mismos sentimientos hostiles hacia los hombres que las hijas de Dánao y las Amazonas. No le tributaron los honores apropiados a Afrodita,[66] y por esta razón fueron castigadas por la diosa con un olor nada afrodisíaco. En consecuencia, sus maridos se apartaron de ellas, adoptaron las costumbres de las gentes de la costa tracia[67] y empezaron a raptar a las muchachas tracias para vivir con ellas. Entonces la furia amazónica de las mujeres de Lemnos se desató contra los hombres y sus concubinas. Conspiraron entre ellas y exterminaron no sólo a los pecadores, sino a todos los machos de la isla, padres, maridos e hijos. Hipsípila, que era ahora la reina de Lemnos, salvó a un único varón, a su padre el rey Toante, «el ágil», un hijo de Dioniso. Lo metió en un cesto, como hicieron con Perseo y, de acuerdo con la leyenda que explicaban los habitantes de Prasias,[68] con el propio Dioniso. Junto con Toante, también abandonaron Lemnos[69] los Cabiros, las divinidades masculinas de la isla. Las mujeres reinaron entonces solas, pero ya no pudieron tener maridos.

Éste fue el primer gran crimen en Lemnos, la masacre de los hombres y sus consecuencias. Más tarde se habló de otro,[70] la matanza de las concubinas áticas de los habitantes de Lemnos, pero ésta no pertenece a esta historia. Jasón y sus Argonautas pusieron remedio a este asunto, y aquí es donde aparece el carácter apolíneo. Dos grandes autores trágicos, Esquilo y Sófocles, llevaron a escena la historia de su llegada.[71] Se decía que un temporal les obligó a atracar la nave; las mujeres de Lemnos corrieron armadas hacia la costa[72] y mantuvieron apartados a los hombres hasta que Jasón e Hipsípila llegaron a un acuerdo que debía aplacar a Afrodita. El acuerdo no se debió a Heracles, que se mantuvo apartado de las mujeres de Lemnos,[73] sino al héroe que iba en busca del Vellocino de Oro y encontró aquí el amor de una joven de sangre real gracias al deseo que las mujeres tenían de amor. Instituyeron unos jue-

gos; los Argonautas vencedores recibieron unas vestiduras espléndidas y celebraron así su unión.[74] Ergino tenía el cabello prematuramente canoso y las mujeres se burlaron de él cuando participó en la carrera con armadura de bronce, pero ganó y entonces demostró que la juventud y las canas pueden ir juntas.[75] En el gran banquete nupcial reaparecieron en la isla los Cabiros y llenaron las jarras de vino.[76] El banquete en Lemnos duró varios días[77] (según una narración tardía, meses o incluso años).[78] La cólera de Afrodita se aplacó,[79] e Hipsípila, que había de convertirse en una heroína trágica gracias a Eurípides por culpa de su abandono, no le guardó rencor a Jasón cuando éste se vio obligado a zarpar de nuevo.[80] Le dio dos hijos, Eveno[81] y el pequeño Toante.[82] También las demás mujeres de Lemnos tuvieron hijos y la isla fue repoblada de nuevo con personas de ambos sexos.

Samotracia no está lejos de Lemnos, y sus habitantes afirmaron más tarde[83] que Jasón y los Dioscuros, Heracles y Orfeo, fueron iniciados en sus Misterios y participaron en la epifanía de los Grandes Dioses. Por eso estos héroes siempre fueron afortunados en sus viajes y campañas. Mostraban también las copas que habían dedicado[84] los Argonautas después de desembarcar en la isla y ser iniciados.[85] El viaje también debía ser santificado de esa manera.

No se ha conservado ningún relato antiguo acerca de cómo los Argonautas navegaron a través del Helesponto y de su aventura en la fuente del Oso, Artaquia, quizás en el mismo lugar donde Odiseo y sus acompañantes fueron atacados con piedras por los gigantescos Lestrigones.[86] Los habitantes de la ciudad de Cícico, que más tarde surgió en el mismo lugar de la Propóntide (el mar de Mármara, como se denominó después), explicaban que unos hijos de la Tierra con seis brazos vivían no lejos de allí, en la isla, o mejor dicho, península del Oso, sobre la que se elevaba el monte Díndimo.[87] Los Doliones no sufrieron por su culpa, puesto que eran descendientes de Posidón. Su rey, Cícico, un joven de la edad de Jasón, había sido advertido de que debía dar un recibimiento hospitalario a una compañía de héroes, si alguna vez lo visitaban. Estaba en medio de su luna de miel con Clite, «la famosa», hija del rey de Percote, cuando llegaron los Argonautas. Pero se apresuró a salir a su encuentro y les ofreció hospitalidad. Cuando los héroes fueron a escalar el monte Díndimo, los gigantes atacaron la nave Argo,

pero Heracles estaba allí; él mató a la mayoría, y los Argonautas que habían regresado al resto. Así comenzó la desgracia que los héroes causaron a los Doliones.

Los Argonautas abandonaron de inmediato el puerto con la nave Argo y no se dieron cuenta de que durante la noche el viento los había arrastrado hasta un punto de la costa que más tarde sería conocido como la Roca Sagrada, pero en el sentido más funesto de la palabra «sagrada». En la oscuridad no reconocieron a los Doliones ni los Doliones a ellos, y creyendo que se trataba de enemigos que los atacaban, fueron a su encuentro con actitud hostil. El rey Cícico abandonó otra vez a su joven esposa y nunca regresó. Cayó al igual que muchos de sus hombres a manos de los Argonautas. Cuando se hizo de día y los supuestos enemigos se reconocieron, los Argonautas fueron los primeros en lamentarse por los caídos, y su lamento duró tres días. Las ninfas se lamentaban por la joven esposa, que se ahorcó cuando recibió la noticia de la muerte de su marido. La fuente Clite surgió de sus copiosas lágrimas. Después de esto soplaron vientos contrarios durante doce días, que impidieron a los Argonautas proseguir su viaje. Al duodécimo día, el adivino Mopso prestó atención al llanto del alción y lo entendió. Aconsejó entonces a Jasón que aplacase a la Gran Madre de los dioses. Los héroes escalaron el Díndimo de nuevo y encontraron en los bosques una vid salvaje extraordinariamente grande. El carpintero Argos, que había construido la nave Argo, talló en ella una estatua de Rea, la diosa a la que estaba consagrada la vid.[88] Recibió el nombre de Dindimene por esta montaña y por otras con el mismo nombre.

Mientras proseguían su viaje, los Argonautas perdieron en el país de Misia, junto a la fuente de las ninfas,[89] al bello Hilas y con él a Heracles, que regresó a sus Trabajos[90] después de haber buscado largamente al amado muchacho. En el país de los bebricos, conocido más tarde como Bitinia, en el mar de Mármara, Polideuco demostró que era el mejor en el pugilato. Derrotó al señor de aquella región, propietario de la fuente de la que los héroes querían coger agua. Se llamaba Amico y era hijo de Posidón y de la ninfa de Bitinia Melia.[91] Al parecer, Polideuco no lo mató,[92] pero le obligó a jurar por su padre que nunca más molestaría a los extranjeros que pasasen por allí. Según esta versión, para entonces los Argonautas ya habían dejado atrás el Bósforo, pero en la historia

más conocida, antes de alcanzar este estrecho, atracaron la nave una vez más en la costa europea frente a Bitinia, en el país de los tinios de Tracia.

Los narradores atribuyeron a este pueblo el palacio de Fineo, que originariamente estaba situado donde comenzaba el reino de la oscuridad. Por esta razón ya Perseo había ido a ver a Fineo, que quería tomar a su sobrina Andrómeda por esposa, como hizo Hades con Perséfone. Los mitógrafos lo consideran descendiente de Agenor,[93] al mismo nivel casi que Cadmo, ya fuese como hijo o como nieto, si es que no lo hacían hermano de Agenor e hijo de Belo,[94] o simplemente hijo de Posidón.[95] Los narradores más antiguos, como cierto pintor ático, probablemente le atribuían por esposa a Ericto; su nombre indica que Fineo era a un tiempo esposo de la reina del Inframundo y de la hija de Bóreas, pues ambas eran conocidas con el nombre de Ctonia, una forma más clara de Ericto. Sin embargo, en las narraciones que han llegado hasta nosotros, Fineo es más la víctima que el señor del Inframundo, que lo atormenta de diversas maneras, con la ceguera y con las Harpías. A pesar de su ceguera, y dado que vivía justo al lado y debía soportar los horrores del reino de los muertos, conocía más que ningún otro la manera de entrar de modo que hubiese alguna posibilidad de regreso. Los hombres que fuesen capaces de ello habrían de liberarlo de sus tormentos.

Por esa razón se le representa como un adivino que posee el don de verlo todo y ha elegido para sí una vida larga y para sus ojos la ceguera.[96] Se afirmaba que la ceguera habría sido el castigo por esta elección arrogante, o bien por haber indicado previamente a Frixo el camino hacia el otro mundo. Según otros narradores (puesto que todos querían justificar de alguna manera la ceguera de Fineo unida a su aguda vista en la oscuridad del reino de los muertos), Apolo le había concedido su don profético, mientras que Zeus le infligió la ceguera y la pesada vejez;[97] el rey de los dioses se había ofendido porque Fineo había revelado a los hombres el futuro, hasta los tiempos más lejanos. Se dice que Helios envió las Harpías contra él porque[98] renunció de un modo presuntuoso a ver los rayos del sol. Aparecían siempre que la comida de Fineo estaba servida y se la quitaban de las manos y de la boca. Lo que dejaban tenía un olor tan fétido que nadie podía acercarse siquiera.[99]

En una famosa pintura sobre cerámica en la que el nombre de la mujer sentada en la cabecera del lecho podía leerse en su momento también como Ericto, se le representa ciego, con las mejillas hundidas, como un cadáver, y así es como lo describen los narradores.[100] Las Harpías estaban allí de nuevo, quitándole la comida, pero entonces él oyó llegar a los héroes, de los que sabía por la predicción de Zeus que habrían de devolverle el gozo de la comida. Como una sombra sin vida, se levantó de su lecho, apoyándose sobre su bastón, y con pies temblorosos caminó a tientas junto a la pared hasta la puerta. Sus miembros temblaban mientras caminaba, por la debilidad y la edad. La suciedad formaba una costra dura en su cuerpo reseco, en el que tan sólo la piel mantenía juntos los huesos. Logró salir de la sala, pero sus rodillas no pudieron llevarlo más lejos; una nube de color rojo oscuro lo envolvió y el suelo pareció escaparse de debajo de sus pies. Cayó al suelo desvanecido. Los Argonautas se agolparon a su alrededor maravillados. El anciano recuperó apenas el aliento para saludar a los héroes, de los que sabía todo, y para hablarles de lo que le concernía a él. Sus dos cuñados, los hijos de Bóreas, Calais y Zetes, que venían con los Argonautas, habían de liberarle de las Harpías.

Los gemelos lo hicieron después de que Fineo les jurase que no suscitarían por ello la ira de ningún dios, prueba de que las Harpías no habían sido enviadas por algún dios a la morada de Fineo que lindaba con el otro mundo, que para los Argonautas comenzaba allí. Los héroes más jóvenes pusieron delante del cadavérico anciano el que había de ser el último banquete de las Harpías. Éstas se precipitaron sobre la comida dando chillidos y los hombres gritaron, pero los alados hijos de Bóreas se levantaron espada en mano y persiguieron por el aire a las aves rapaces, que en un momento se lo habían tragado todo, dejando tan sólo su fétido hedor. Como sabemos por las historias de los dioses,[101] la persecución continuó por el mar, hasta llegar a unas islas que a raíz de este suceso fueron conocidas como las Estrófades, las islas del Regreso. Perseguidores y perseguidas dieron la vuelta aquí cuando Iris, la alada mensajera de Zeus, detuvo a los hermanos y les juró que las Harpías nunca más volverían a molestar a Fineo. No podían morir, puesto que pertenecían al orden de la naturaleza, pero eligieron como morada las profundidades de la tierra bajo la isla de Minos, Creta.[102]

Durante toda la noche, hasta que regresaron Calais y Zetes, los Argonautas estuvieron festejando con Fineo, que les instruyó entonces, como hizo Circe con Odiseo, acerca del camino que debían seguir para pasar de un mundo al otro. No cabe duda de que originariamente Fineo explicaba a los Argonautas el camino de regreso y no el de llegada. Siguiendo el consejo del adivino ciego, tenían que imitar a las palomas de Zeus, que traían la ambrosía desde el otro mundo a los dioses del Olimpo en nuestro mundo. Para ello tenían que dejar volar una paloma por entre las «rocas azul oscuro», que estaban en el Bósforo, pero originariamente en la entrada del mundo del Más Allá; si la paloma lograba pasar, también ellos lo harían. Las rocas se unieron para aplastar al ave que pasaba volando, luego volvieron a separarse y, del mismo modo que cada vez lograban atrapar tan sólo a una de las palomas de Zeus, también esta vez habían atrapado unas pocas plumas de la cola de la paloma que los Argonautas, siguiendo el consejo de Fineo, habían traído consigo. La nave Argo pasó como una flecha entre las rocas que acababan de separarse. Perdieron tan sólo los adornos extremos de la popa, pero por lo demás la nave quedó intacta. A partir de entonces las rocas permanecieron tan juntas como más tarde se afirmó, con una cierta exageración, que lo estaban las del Bósforo; en realidad, el estrecho se va ampliando hacia el Mar Negro. Originalmente este camino hacia el otro mundo se cerró, quizá definitivamente, después de que alguien lograra atravesarlo en su viaje de regreso, pero de acuerdo con la historia que se explicaba entonces, las rocas se separaron para siempre cuando Jasón pasó por ellas con Medea.[103] Incluso el narrador más tardío, el poeta Apolonio, hace que cuando la nave Argo logra pasar intacta, los héroes se digan unos a otros que se han salvado del Hades.[104]

De acuerdo con la profecía de Fineo, después de escapar de las «rocas azul oscuro» llegarían a la «roca negra», y de la «roca negra» a un «promontorio del Aqueronte»,[105] donde un camino empinado conducía hacia el Hades y el río Aqueronte desembocaba en el mar. Fineo no había pronunciado el nombre del rey Lico, «el lobo», que recibió a los Argonautas con hospitalidad.[106] Pero aunque ese país parecía tan amigable, perdieron a dos de sus compañeros, que hallaron allí la muerte: Idmón el adivino y Tifis el timonel. Llegaron también a la isla abandonada de Tinias,[107] «la isla de los atunes», que se halla frente a la costa de

Asia Menor, donde Bitinia linda con el país de los mariandinos, el pueblo de Lico, y allí encontraron a Apolo.

La tradición también dice[108] que la diosa Atenea apartó las «rocas azul oscuro» con su mano izquierda, mientras empujaba la nave Argo con la derecha. Pero los Argonautas llegaron a una pequeña bahía de esta isla desierta al amanecer, la hora en que el dios de la Noche se convierte en el dios del Día, momento en que se muestra por completo. El hijo de Leto regresaba de Licia y tenía prisa por llegar al país de los Hiperbóreos, o eso se decía.[109] Sus bucles dorados, arracimados a uno y otro lado de sus mejillas, se agitaban a su paso. En la mano izquierda llevaba su arco de plata, y a la espalda colgaba de su hombro derecho la aljaba. La isla entera temblaba bajo sus pies y altas olas se abatían sobre la playa. Un incontenible pasmo se apoderó de los Argonautas, y ninguno de ellos se atrevió a mirar de frente hacia los hermosos ojos del dios. Se quedaron quietos bajando la mirada hacia el suelo, pero él marchó por el aire hacia el alta mar. Cuando largo rato después Orfeo recuperó la voz, les dijo a los héroes: «¡Ea! Vamos a llamar sagrada a esta isla en honor de Apolo Matutino, puesto que se nos ha aparecido a todos en el alba. Y le sacrificaremos lo que tenemos, levantando un altar en la costa. Si luego nos concede un regreso sin daños, también entonces le ofreceremos muslos de cornúpetas cabras. Ahora de este modo os invito a congraciarle, con grasa y libaciones. ¡Pero senos benévolo, soberano, sé benévolo, tú que te nos has mostrado!».

Apolo envió a los héroes buena suerte en la caza, de manera que pudieron hacerle un sacrificio abundante. Le dieron el apelativo de Heoo, «Apolo de la Mañana», y cantaron para él el peán y bailaron ante él. Orfeo comenzó su canto con un himno al niño divino que había matado la serpiente en el Parnaso, y como colofón de la fiesta se juraron fidelidad con las manos sobre el animal sacrificado. Dedicaron un santuario a Homonia, la Concordia, santuario que todavía existía mucho más tarde. Al tercer día los Argonautas abandonaron la isla de Tinias.

Fineo les había anticipado las costas y los pueblos, empezando por los mariandinos, que visitarían y los que pasarían de largo antes de remontar con su nave el amplio río Fasis en la Cólquide para llegar a Ea, sede del rey Eetes. En la tumba de Esténelo,[110] que luchó contra las Amazonas con Heracles y cayó en la costa, no lejos del Aqueronte y del

río dionisíaco Calícoro,[111] los Argonautas ofrecieron un sacrificio. Perséfone permitió que el fantasma del héroe se apareciera sobre su tumba completamente armado y viera a los hombres con los que había vivido. En Sínope[112] otros tres compañeros de Heracles que se habían quedado allí encontraron a los Argonautas. En el país de las Amazonas, donde vierte su curso el Termodonte, Jasón acampó también, pero no entablaron batalla con los habitantes porque Zeus envió un viento favorable a tiempo.[113] Los héroes costearon el país de los pobres cálibes, que trabajaban el hierro envueltos en hollín negruzco;[114] pasaron asimismo junto al de los tibarenos y los mosinecos, dos pueblos invertidos, pues entre los tibarenos los hombres gemían echados en la cama mientras las mujeres daban a luz a sus hijos,[115] y los mosinecos hacían al aire libre todo lo que entre los demás se hace en privado, incluyendo el acto sexual, mientras hacían en privado lo que los demás hacen en público.[116]

Siguiendo el consejo de Fineo, los Argonautas desembarcaron en la isla de Ares, donde se habían establecido las aves del lago Estinfalo cuando fueron expulsadas de Grecia por Heracles. Golpearon a los héroes con sus afiladas plumas, que dejaban caer sobre ellos. Los Argonautas se dieron cuenta mientras se acercaban a la isla,[117] y los héroes se dividieron: la mitad se quedó remando mientras la otra mitad formaba una especie de techo sobre la nave con los escudos, y con las armas hacía un gran estrépito, que logró que las mortíferas aves huyeran asustadas. De ese modo los cuatro hijos de Frixo –Argo, Citisoro, Frontis y Melas–, que se habían salvado de un naufragio agarrándose a unos maderos, pudieron llegar juntos a la isla de Ares. Era la voluntad de su padre muerto que emprendieran el viaje hacia Orcómeno en Beocia para tomar posesión de los tesoros de su abuelo Atamante. Y como Atamante y Creteo, el abuelo de Jasón, eran hermanos, ahora podían resultar útiles a su primo; de modo que regresaron a Ea con los Argonautas para presentar a los héroes a su abuelo materno, el rey Eetes.

La isla en que los Argonautas costearon después de esta aventura[118] se llamaba isla de Fílira, pero no por el tilo, que se llama igual, sino por la amante de Crono,[119] una hija de Océano que le alumbró al más sabio de los centauros, Quirón. Rea, la madre de los dioses, sorprendió a los amantes, y el padre de los dioses saltó como un caballo del abrazo de la ninfa.[120] También ella huyó avergonzada al monte Pelión en Tesalia,

y el centauro nació allí. Esto ocurrió en los días de los titanes, cuando Zeus todavía era un niño y vivía escondido en una cueva de Creta. Desde esta isla que una vez había pertenecido a Crono, los Argonautas avistaron pronto el Cáucaso. Vieron el águila del rey de los dioses, que se abría camino hacia las cimas más altas batiendo sus alas con más fuerza que las aves comunes; oyeron también el lamento del atormentado titán al que el águila devoraba el hígado. El salvador de Prometeo todavía no había aparecido cuando la nave Argo embocó el río Fasis a los pies del Cáucaso.

Para los narradores más antiguos, los hijos de Frixo apenas desempeñaban un papel en la historia de los Argonautas; de hecho, ya habían regresado a la patria de su padre mucho antes. Pero según el poeta Apolonio, al que hemos seguido hasta aquí, irritaron al hijo de Helios, en lugar de aplacarlo, cuando presentaron a Jasón, con dos de sus compañeros, en el palacio de Eetes. Según se dice,[121] sabía por su padre que el peligro le vendría de parientes de su sangre, pero no sospechaba ni de su hijo Apsirto, a quien los habitantes de la Cólquide daban el sobrenombre solar de Faetón,[122] ni de su hija Medea, sino tan sólo de los hijos de Frixo y Calcíope, que aparecían ahora con esos extraños guerreros. Según los narradores más antiguos, Eetes no tenía dos hijas –Calcíope, «la de cara de bronce», y Medea, «la de los buenos consejos» sino tan sólo esta última, nacida de su esposa Idía, «la sabia»,[123] o bien, para darle otro nombre lunar, Neera, «la nueva».[124] En todas las versiones, el señor de Ea era suspicaz y tenía mal carácter, mientras que su hija Medea, llena de una magia útil y funesta a un tiempo, y encantada a su vez por el amor que sentía hacia Jasón, tenía un rostro hermoso que pronto se marchitaría.

En la tradición más antigua, Jasón se presentaba ante el rey del país de Ea sin intermediarios, y reclamaba que el Vellocino de Oro le fuese devuelto a su familia. Probablemente la nave Argo tampoco permanecía escondida entre los juncos del Fasis, como afirma Apolonio de Rodas. En su conocido poema,[125] el joven, radiante como Sirio, es visto por la princesa a través del velo de plata que la cubre.[126] La respuesta del rey consistió en arrojar al joven a las fauces de la gigantesca serpiente que custodiaba el Vellocino de Oro. Se decía también que el Vellocino estaba en un espeso bosque colgado de las fauces de un dragón capaz de

tragarse la nave Argo entera con sus cincuenta remeros.[127] Este espeso bosque se llamaba el bosquecillo de Ares, y en todas las narraciones significaba, al igual que en el relato tebano de Cadmo y Harmonía, un lugar de muerte, reservado a Hades. Y cuando el Vellocino no pendía de las fauces del monstruo, estaba colgado, extendido entre las ramas de una encina,[128] donde lo custodiaba una serpiente, o bien, tal y como nos muestra una pintura vascular, sobre una roca en torno a la cual estaba enroscada la serpiente.

Otro pintor de vasos nos muestra cómo logró salir Jasón de las fauces de la gigantesca serpiente. Se hallaba en el mismo estado que Heracles cuando éste reapareció de la guarida del león de Nemea, cosa que era normal para un mortal en el caso de que el Inframundo lo restituyese al mundo de los vivos. Cuelga desvanecido de las fauces del dragón. En el árbol puede verse el Vellocino, y la presencia de la diosa Atenea con su lechuza demuestra que el héroe no está muerto. Regresó del estómago del monstruo medio muerto del cansancio y necesitó una salvadora que lo despertase de ese estado de embriaguez mortal. En esta pintura es Atenea quien lo hace; en otros lugares es Medea, que aparece representada en alguna pintura vascular siguiendo al héroe con sus hierbas mágicas. El punto más difícil para los narradores tardíos era esta muerte aparente que en cierto modo sufría Jasón y gracias a la cual lograba conquistar el Vellocino de Oro.

Preferían explicar que Eetes sometió a Jasón a tres pruebas,[129] y que superó las tres gracias a la ayuda de Medea.[130] Incluso en esta versión más tardía de la historia, originariamente la primera prueba consistía en dar muerte al dragón. La segunda en competir con Eetes con el arado, y ésta es la que pasó a ocupar el primer lugar. Hefesto le había regalado al hijo de Helios dos bueyes que escupían fuego con las pezuñas y el hocico de bronce, y un arado de acero de una sola pieza.[131] Con esto Eetes podía abrir unos surcos profundos y ahora le tocaba hacer lo mismo a Jasón. Arrojó su manto al suelo,[132] sus miembros estaban protegidos contra el fuego por una pomada que le había dado Medea. De este modo logró uncir los maravillosos animales al yugo y aró el surco que le había sido asignado.

A esta prueba se le añadió otra.[133] Después del concurso de arado, el héroe tenía que sembrar los dientes del dragón muerto y matar a los gi-

gantescos guerreros que brotarían de ellos. Los que sitúan la muerte del dragón en tercer lugar afirman[134] que Palas Atenea había conservado la mitad de los dientes que Cadmo sembró en Tebas y que se los había entregado a Eetes para la ocasión. De modo que a Jasón no le quedó otro remedio que imitar a Cadmo[135] y arrojar una enorme piedra entre los hombres nacidos de la tierra, que empezaron a matarse entre sí. Al resto los mató él con sus Argonautas.

Pero según todas las narraciones –tanto la antigua y significativa historia en la que Jasón robaba el Vellocino de Oro de la oscuridad de la muerte, del estómago de la serpiente, como las inútiles invenciones tardías acerca de las tres pruebas–, las gestas habrían resultado vanas si los héroes no hubiesen conseguido escapar de la vigilancia de Eetes, que quería acabar con ellos. El oscuro hijo de Helios y su morada eran como Hades y su casa. En una de las narraciones más antiguas se decía[136] que el Vellocino de Oro estaba en el palacio de Eetes. Cuando Jasón hubo superado la prueba (en este caso probablemente se trataba tan sólo del concurso de arado), el rey invitó a los Argonautas a un banquete. Su intención era incendiar la nave Argo mientras los héroes estaban entretenidos. Pero cuando estaba a punto de hacerlo, Afrodita suscitó en Eetes el deseo de hacer el amor con su esposa Eurílite.[137] El rey se acostó al lado de su reina y entonces el profeta Idmón instó a los Argonautas a que escapasen, y el ruido de sus pasos fue la señal para Medea, que también se levantó y huyó con Jasón.

El poeta Apolonio lo describe de otra manera.[138] Medea se levantó mientras Eetes deliberaba con sus consejeros acerca de cómo destruir a los Argonautas, después de que Jasón hubiese superado las dos pruebas, la del arado y el combate con los gigantes nacidos de la tierra. La Titana de la noche,[139] la diosa de la Luna, vio a la princesa huir en la noche como si fuese ella misma; Medea,[140] como doble de la Luna, llamó a Jasón desde la nave Argo, y penetraron en el bosquecillo de Ares, donde la gigantesca serpiente custodiaba el Vellocino. Con un ramo recién cortado de enebro, que previamente había sumergido en una poción mágica, Medea salpicó mientras cantaba los ojos del dragón. El monstruo se quedó dormido y Jasón cogió el Vellocino de la encina. De acuerdo con esta versión, no mató a la serpiente, sino que huyó sin dejar de mirar hacia atrás hasta que la joven le dio alcance. Como la doncella que

sobre su sedoso vestido recoge el reflejo brillante de la luna llena que se alza por encima del techo de su habitación, y su corazón se llena de alegría al observar el hermoso resplandor, así de alegre alzó Jasón en sus manos el gran Vellocino, y sobre sus rubias mejillas y su frente, al reflejo de las lanas, se extendía un rubor semejante a una llama.[141] Según una narración más antigua,[142] hicieron el amor de inmediato, en las orillas del Fasis, pero en el conocido poema posterior Medea seguía a los Argonautas durante un tiempo como la esposa virgen de Jasón, hasta que celebraron sus bodas en la isla de los Feacios.

En más de una ocasión Apolonio nos describe la visita de Medea a Hécate. Ella era la sacerdotisa experta de la diosa de la Noche, que gobernaba la entrada al Hades e incluso el propio reino de los muertos, en secreta identidad con Perséfone, y llevaba el nombre de Brimo la noctámbula, la subterránea señora de los muertos.[143] Algunos mitógrafos[144] afirmaban que Hécate era la madre de las dos magas: Circe, considerada hermana de Eetes, y Medea. Ésta habló con Jasón por primera vez en el templo de Hécate,[145] donde sacó el ungüento de su ceñidor[146] y se lo entregó al héroe, para que pudiera protegerse del fuego que escupían los toros. Se trataba del «ungüento prometeico»,[147] el jugo de una flor nacida en las cumbres del Cáucaso de la sangre del atormentado Titán. La planta era de la altura de un codo, semejante en color al azafrán de Córico, pero con la raíz de color carne. La tierra rugió y tembló cuando la arrancaron del suelo. En la desembocadura del Halis en Paflagonia, en el tercer día de su huida con Jasón, Medea hizo por segunda vez[148] un sacrificio a Hécate. El poeta no osa describir este rito siniestro.

Otros han descrito el acto horrible[149] que Medea cometió para apartar a Eetes y a los colcos de la persecución. Este crimen horrible era comparable al de Tántalo o al desmembramiento del infante Dioniso, hijo de Perséfone, por los titanes,[150] sólo que aquí la intención no era que los miembros sirviesen de comida, sino que fuesen reunificados. Ya se ha dicho que Medea tenía un hermano llamado Apsirto o Faetón,[151] cuya madre se llamaba Asterodea,[152] «la del camino de estrellas», nombre de la diosa lunar.[153] De acuerdo con los narradores más antiguos,[154] Apsirto era un niño pequeño, semejante quizás a las estrellas que caen siempre del cielo. Medea lo sacó de su cuna y se lo llevó con ella a bordo de la nave Argo. Se decía[155] también que había matado a su

hermano antes de salir de casa, en el palacio de Eetes, sin esperar siquiera a que la persecución hubiese comenzado. Pues éste era el objetivo del sacrificio del niño; lo cortó en pedazos y arrojó sus miembros a los pies de sus perseguidores, o bien al río Fasis. En el tiempo que Eetes necesitaría para ponerlos todos juntos de nuevo, los Argonautas estarían ya lejos de su alcance.

Para Apolonio, Apsirto era un hijo adulto de Eetes. Mientras la nave Argo atravesaba el Mar Negro desde la desembocadura del Halis y penetraba en el curso del río Istro (el Danubio, que según se creía tenía otra desembocadura en el Adriático), Apsirto les tomó la delantera por otro brazo del río. Había una leyenda acerca de una isla del Istro en el Mar Jonio, que es la continuación del Adriático, en la que había un templo de Ártemis.[156] Probablemente se referían al santuario de la diosa en Istria, adonde se supone que llegó también Heracles mientras perseguía a la cierva de Cerinia. Aquí los Argonautas se hallaban rodeados por un ejército de colcos, comandados por Apsirto. Otra flota de colcos estaba rodeando Grecia para llegar desde el otro lado del Mar Jonio. Medea sería abandonada a su suerte en el templo de Ártemis y el ejército de héroes continuaría su camino con el Vellocino de Oro sin ser molestado; éste fue el pacto con el que Medea tendió una emboscada a su hermano. Jasón lo sacrificó como a un toro junto al templo.[157] El ejército de los colcos se dispersó y la nave Argo abandonó el Adriático para adentrarse de nuevo en un mar griego, el Jonio, cargada no sólo con el Vellocino de Oro sino también con la pareja manchada de la sangre del asesinato. Mientras pasaba junto a Corcira la Negra, la moderna isla de Corfú, en grave peligro por llevar a bordo a esos dos pecadores,[158] la nave alzó la voz[159] y exhortó a los héroes a dirigirse a la morada de la maga Circe, que podía purificar a Jasón y Medea del asesinato de Apsirto.

De modo que los Argonautas pusieron rumbo al norte rodeando la península Apenina, que según se creía era una isla que limitaba al norte con dos grandes ríos, el Erídano (el Po en la actualidad) y el Ródano. Los Argonautas remontaron uno de los ríos hasta llegar al otro, del que se decía que además del Erídano tenía otros dos afluyentes, uno que desembocaba en el Océano y otro en el Mar Tirreno.[160] Estuvieron a punto de pasar de largo el brazo que les llevaba hacia el Tirreno, pero,

en el poema de Apolonio, Hera los detuvo justo a tiempo. En esta versión, Circe no vive en el este, sino en el oeste; para ser más precisos, allí donde se eleva el monte Circeo, que en la actualidad ya no se yergue sobre una isla, sino sobre una península en la costa tirrena. Reconoció a su sobrina por el brillo dorado de sus ojos, característico de todos los hijos y nietos del dios del Sol,[161] y purificó a la pareja[162] sosteniendo sobre ellos una cría de cerdo y rezando a Zeus, el dios purificador, con las manos empapadas en la sangre del animal. Pero después Circe expulsó a Medea de su casa, porque había traicionado a su padre.[163]

A excepción de Jasón, ninguno de los Argonautas entró en la morada de Circe, y pudieron pasar de largo por las rocas de las sirenas porque Orfeo cubrió las voces de su peligroso canto con una canción alegre. Tetis y las Nereidas ayudaron a la nave Argo a pasar[164] por entre Escila y Caribdis y por entre las *Planktaí*, que esta versión distingue de las Simplégades, las «rocas azul oscuro» del Bósforo. Los héroes vieron los rebaños de Helios, oyeron sus mugidos en Trinacria[165] y, tras dejar atrás Sicilia, pronto llegaron a la isla de los Feacios.[166] Su nombre, Macris o Drepane, «hoz», indica que se trataba de Corfú. Inmediatamente después del de los Argonautas, llegó el otro ejército de los colcos y exigió al rey Alcínoo que les entregase a Medea, que había suplicado la protección de la reina Arete; de este modo, la historia en esta forma tardía se entrelazaba con las aventuras de Odiseo, que, de acuerdo con la secuencia de las historias de los héroes, vendrían después.

Se dice[167] que entonces Alcínoo decidió que devolvería la princesa de la Cólquide a su padre tan sólo en el caso de que todavía no fuese la esposa de Jasón. Arete se enteró de esta decisión en una conversación nocturna con el rey, y se la comunicó en secreto a los Argonautas. Esa misma noche celebraron la boda en la cueva de Macris, la ninfa de la isla. Allí fue preparado el tálamo nupcial, cubierto con el gran Vellocino.[168] Hera, que protegía a Jasón, dio su consentimiento al matrimonio y, en cuanto que diosa del matrimonio, en el futuro habría de proteger también a Medea; envió un coro entero de ninfas a la boda, con flores variopintas sobre sus blancos pechos. El esplendor del Vellocino de Oro, que los iluminaba, alimentó el fuego del deseo en sus ojos, pero les daba vergüenza tocarlo con sus manos. Los héroes, coronados, can-

taron el himno nupcial bajo los acordes de la lira de Orfeo. Medea y Jasón tuvieron que imaginar que su boda no se celebraba en una cueva, sino en su casa de Yolco, en el palacio de Esón, como hubiese debido ser.

Pero estaban lejos todavía de llegar a la patria de Jasón. Las tormentas arrastraron la nave Argo durante nueve días y nueve noches[169] desde Drepane hasta Libia, a las aguas poco profundas y peligrosas del golfo de Sirtes, donde no les quedó otro remedio que desembarcar y atravesar el desierto. Allí, en el calor del mediodía, tres mujeres divinas que parecían espectros,[170] las hijas de Libia,[171] se le aparecieron a Jasón y le aconsejaron que se granjease la benevolencia de su madre, que había llevado su peso en su propio cuerpo, rindiéndole un servicio semejante. Entonces[172] los Argonautas se cargaron a hombros la nave Argo y la transportaron durante doce días con sus noches a través del desierto. Durante este tiempo sufrieron de manera terrible los tormentos de la sed, y cuando por fin depositaron su peso en la superficie del lago Tritonis, corrieron a buscar una fuente. De este modo los Argonautas alcanzaron el suelo sagrado[173] donde, hasta la víspera, la serpiente Ladón había estado custodiando las manzanas de las Hespérides; pues Heracles había pasado por allí y había matado al dragón el día antes. Y se había llevado las manzanas. Ante los ojos de los héroes, las Hespérides, que no dejaban de lamentarse, fueron transformadas en tres árboles, pero recuperaron su forma de nuevo y les mostraron la fuente[174] que de una patada había hecho brotar del suelo Heracles.[175] Los hombres ya no podían dar alcance al hijo de Zeus; tan sólo Linceo tuvo la impresión de verlo recorrer el país, pero muy a lo lejos.[176]

Tampoco hubiesen podido encontrar el camino para salir del lago Tritonis a mar abierto de no haber encontrado a Tritón, primero bajo forma humana[177] y después como un dios con cola de animal marino. Bajo forma humana ofreció a los Argonautas un puñado de tierra que el héroe Eufemo, hijo de Posidón, aceptó agradecido. Con su aspecto verdadero, dirigió e impulsó hacia el mar la nave Argo. Los héroes sólo lograron desembarcar en Creta después de que Medea, valiéndose de sus artes mágicas, abatiese a Talos, el hombre de bronce,[178] que cada día daba tres vueltas a la enorme isla. Con mirada hostil encantó los ojos del gigante;[179] con la arista de una roca se hirió sin querer el talón, donde

estaba escondida su vena vulnerable, y sin dejar de sangrar cayó con gran estrépito al suelo. Entonces los Argonautas, al igual que previamente habían construido altares a Posidón y a su hijo Tritón,[180] erigieron ahora un santuario a Atenea Minoica.[181]

Finalmente, en medio de la noche profunda, llegaron a las islas griegas, que habían abandonado un día al atravesar una puerta del Hades, las «rocas azul oscuro», mientras navegaban por el Helesponto y el Bósforo. La noche era tan oscura, tan fea y tétrica, que los Argonautas no sabían si estaban navegando por el Hades o sobre las aguas.[182] Jasón alzó las manos e invocó a Febo con fuerte voz. Entonces el dios se apareció de nuevo en una isla solitaria, como había hecho antes, cuando los héroes pasaron a través de las «rocas azul oscuro». En su anterior epifanía, en la isla de Tinias, el arco de plata de Apolo brillaba en su mano izquierda;[183] ahora levantaba en su mano derecha el arco de oro[184] y se detuvo sobre una de las rocas Melantias, que posiblemente fueron llamadas así más tarde, por un hombre llamado Melas, «el negro».[185] Gracias al resplandor del dios, los Argonautas divisaron un pequeño islote y ya amanecía cuando atracaron en él. En un espeso bosquecillo de la isla construyeron un altar y le dieron a Apolo el sobrenombre de Egletes, por el resplandor, *aígle*, con el que se había aparecido; llamaron a la isla Anafe, un nombre que a oídos griegos sonaba como el término utilizado para decir «encender un fuego», *anápto*. A partir de entonces se celebró allí una fiesta en honor de Apolo Egletes.[186]

Después de la fiesta, cuando los héroes estaban a punto de dejar Anafe, Eufemo recordó un sueño que había tenido esa misma noche, y se lo contó a Jasón. Había soñado con el puñado de tierra[187] que le había regalado Tritón y que todavía conservaba. En el sueño la tenía sobre el pecho y le parecía que estaba empapada en su leche; pero de repente la tierra se convertía en una muchacha y él se unía a ella. Entonces lamentaba lo que había hecho, pues él mismo la había criado con su leche, pero la joven lo consolaba y se presentaba como la hija de Tritón y de la diosa Libia. Le pidió que la dejase habitar en el mar junto a las hijas de Nereo cerca de Anafe, prometiéndole que más tarde volvería a los rayos del sol para acoger a sus descendientes. Siguiendo el consejo de Jasón, Eufemo arrojó el puñado de tierra al mar, y surgió entonces de las profundidades la isla Calista, «la más hermosa de todas», más

tarde conocida como Tera, «el terreno de caza», y habitada por los descendientes de Eufemo.

Ésta era la historia que explicaban los habitantes de Tera, la moderna Santorini. También los eginetas tenían una leyenda acerca de la llegada de los Argonautas a su isla;[188] para no perder un viento favorable, hicieron una carrera a ver quién llegaba antes llevando agua hasta la nave Argo, y de ese modo instituyeron el festival de las Hidroforias.[189] Pero la gran historia de Jasón y Medea, que ya no era la historia de los Argonautas, puesto que ésta concluía con la llegada de la nave Argo al golfo de Págasas, iba a dar un nuevo giro en Yolco. Vemos ahora el elemento común y las diferencias entre la suerte de Jasón y la de Teseo. Ambos héroes entraron en una región del Inframundo; ambos fueron gentilmente ayudados por una joven divina en esa región: Teseo por Ariadna, «la señora del Laberinto», que traicionó a su padre por él y mató a su hermano, y Jasón por Medea, que hizo otro tanto. También Ariadna había emprendido el camino hacia la patria del héroe, pero volvieron a llevársela. Medea, que al igual que Ariadna tenía su casa en el mundo que hay más allá del nuestro y pertenecía a la familia de Helios, entró con Jasón en su patria, y los hombres pronto pudieron descubrir el poder de una señora del Más Allá.

Se decía que tenía la capacidad de hacer renacer y rejuvenecer por medio de la muerte y el desmembramiento, algo parecido a lo que se afirmaba que habían hecho los Titanes con Dioniso.[190] Se trataba de una acción tétrica, característica del mundo subterráneo, que en el culto se cumplía con el sacrificio de una víctima, en los primeros tiempos probablemente de un modo público y más tarde en secreto. Medea ya había sacrificado a su hermano de esta manera, pero debió de parecer aún más horrible cuando los trozos de la víctima desmembrada, que representaban al dios, eran exhibidos en un caldero siguiendo un elaborado ritual.[191] No obstante, podían consolarse con la idea de que el mismo Sol se metía cada noche en un caldero (en ocasiones los poetas lo llaman la «copa dorada»), viajaba en él a través del Océano y volvía a salir rejuvenecido por la mañana.[192] Conocemos ya la historia de cómo Helios le prestó su caldero a Heracles para que pudiese ir al encuentro de Gerión. Los relatos acerca del caldero mágico de Medea guardan relación con la serie de recuerdos en torno a este recipiente, que en el culto sirve

Cadmo lucha con el dragón. Cara A de una crátera de cáliz de figuras rojas hallada en Sant'Agata de' Goti (Campania), *ca.* 350-340 a.C., procedente de Paestum. Museo del Louvre, París.

Perseo es perseguido por las Gorgonas tras la muerte
de su hermana Medusa. Técnica de figuras negras procedente de Etruria,
ca. 580 a.C. Dino, pintor de la Gorgona (vaso epónimo).
Museo del Louvre, París.

Belerofonte a lomos de Pegaso. Escena pintada en la base de un epinetron ático, *ca.* 425-420 a.C. Museo Arqueológico Nacional de Atenas, Grecia.

Edipo (a la derecha), la esfinge (en el centro) y Hermes (a la izquierda).
Estamno ático de figuras rojas, *ca*. 440 a.C.
Museo del Louvre, París.

Heracles en un banquete. Pintor de Berlín. Cara A de una crátera ática de campana de figuras rojas, *ca.* 500-490 a.C., procedente de Atenas.
Museo del Louvre, París.

Heracles lucha con la Hidra de Lerna. Hidria de Caere, figuras negras, *ca.* 525 a.C.
Pintor de las águilas.
Getty Villa, Malibu, Estados Unidos.

Heracles y Gerión. Cara B de un ánfora de figuras negras, *ca.* 540 a.C., procedente de Vulci. Pintor de Múnich 1379 (vaso epónimo).
Staatliche Antikensammlungen, Múnich, Alemania.

Heracles, Cerbero y Euristeo. Cara A de una hidria de Caere, figuras negras, *ca.* 525 a.C., procedente de Etruria (?). Pintor de las águilas.
Museo del Louvre, París.

Heracles y el centauro Neso (?). Cara A de una olpe apulia de figuras rojas, *ca*. 420 a.C., procedente de Italia. Pintor de Sísifo.
Museo del Louvre, París.

Hermes (a la izquierda) y Atenea (a la derecha) dan la bienvenida a Heracles al Olimpo. Enócoe de figuras negras, *ca.* 520 a. C. Nicóstenes (ceramista), Pintor del Louvre F 117. Museo del Louvre, París.

Teseo y Anfitrite bajo la mirada de Atenea. Interior de una copa ática de figuras rojas, *ca.* 500-490 a. C., procedente de Cerveteri (antigua Caere), Lacio. Cerámica de Eufronio (firmada), pintada por Onésimo. Museo del Louvre, París.

Teseo y Sinis. Tondo de una kílix ática de figuras rojas, *ca.* 490-480 a.C.
Pintada por Elpínico.
Staatliche Antikensammlungen, Múnich.

Atenea contempla la victoria de Teseo sobre el Minotauro.
Copa ática de figuras rojas, *ca.* 430 a.C. Pintada por Aison.
Museo Arqueológico Nacional de España, Madrid.

Un centauro intenta raptar a Hipodamía mientras Pirítoo
y Teseo tratan de impedírselo. Detalle de una crátera apulia de cáliz de figuras rojas,
ca. 350-340 a.C., procedente de Anzi.
Museo Británico de Londres.

Las hazañas de Teseo: en el centro el Minotauro; alrededor, en el sentido de las agujas del reloj, Cerción, Procrustes, Escirón, el toro de Maratón, Sinis, la cerda.
Kílix ática de figuras rojas, *ca.* 440-430 a. C., procedente de Vulci.
Atribuida al pintor de Codro.
Museo Británico de Londres.

Jasón entrega el Vellocino de oro a Pelias. Cara A de una crátera apulia de cáliz de figuras rojas, *ca.* 340 a.C. Pintor de los Infiernos. Museo del Louvre, París.

Jasón en la boca de la serpiente guardiana del Toisón de oro. Obra de Douris.
Museo Gregoriano Etrusco del Vaticano.

Peleo rapta a Tetis. Interior de una kílix ática de figuras rojas, *ca.* 490 a.C. Duris, procedente de Vulci, Etruria.
Gabinete de medallas de la Biblioteca Nacional de Francia, París.

Una Nereida trae al afligido Aquiles sus nuevas armas. Cara A de una crátera de volutas ática de figuras rojas, *ca.* 460 a.C., procedente de Corneto (antigua *Tarquinii*), Lacio. Museo del Louvre, París.

Aquiles mata a Pentesilea. Tondo de una kílix ática de figuras rojas, *ca.* 470-460 a.C., procedente de Vulci. Pintor de Pentesilea (vaso epónimo).
Staatliche Antikensammlungen, Múnich.

Aquiles da muerte a un prisionero troyano delante de Charum
(demonio etrusco de la muerte, relacionado con el Caronte griego).
Cara A de una crátera etrusca de cáliz de figuras rojas,
finales del s. IV a.C.-principios del siglo III a.C. Sin atribución.
Gabinete de medallas de la Biblioteca Nacional de Francia, París.

Aquiles vigila el cadáver de Héctor. Tondo de una copa ática de figuras rojas, *ca.* 490-480 a.C. Cerámica de Hierón (firmada), pintada por Macrón. Museo del Louvre, París.

Aquiles cura a Patroclo herido de flecha.
Tondo de una kílix ática de figuras rojas, *ca.* 500 a.C., procedente de Vulci.
Altes Museum, Berlín.

La llamada «pietà de Memnón»: Eos levanta el cuerpo de su hijo Memnón. Inscripción «kalós». Interior de una copa ática de figuras rojas, *ca.* 490-480 a.C., procedente de Capua, Italia. Cerámica de Calíades, firmada por el pintor Duris. Museo del Louvre, París.

para el sacrificio, pero para los poetas resulta mágico, pues de él salió una vez Pélope vivo, y sin duda antes que él algún niño divino.[193]

Cuando Jasón y los Argonautas llegaron a Yolco, su padre Esón había envejecido tanto que ni siquiera pudo participar en el gran banquete con el que los demás padres y madres y el pueblo en general recibieron a los héroes.[194] Según se afirma, ésa fue la primera ocasión en que Medea dio muestras de su arte, con el que, de acuerdo con poetas y narradores, también rejuveneció a Jasón más tarde.[195] Es posible también que Pelias ya estuviese muerto cuando los héroes llegaron, y que su hijo Acasto, que había hecho el viaje con Jasón, llegase justo a tiempo para organizar los juegos funerarios que tantas veces representaron pintores[196] y poetas.[197] Antes de dispersarse, los Argonautas participaron también en ellos. Asimismo se decía que Pelias vivía aún, pero era muy anciano y tenía necesidad de rejuvenecer. Ante él Medea puso otra cara, pues no era posible que Pelias después de haber llevado a la muerte a Esón, a su esposa y a un hermano pequeño de Jasón, como asegura esta versión,[198] consiguiese también el Vellocino de Oro. Además, según el oráculo acerca del hombre con una sandalia, Jasón y Medea habían de causar la destrucción de Pelias.[199] La extranjera convenció a las hijas del rey de que con sus artes mágicas lograría devolverle la juventud a su padre. Tan sólo una de las hijas de Pelias (según otra versión, eran cinco),[200] Alcestis, se negó a confiar en Medea, y fue la única que, de acuerdo con las representaciones artísticas de la escena, se alejó de allí. Las otras cuatro, o puede que fuesen sólo dos,[201] se dejaron engañar cuando la maga descuartizó un carnero viejo y, después de hervir los pedazos en un caldero, sacó de él un cordero. Ellas descuartizaron a su padre y lo hirvieron, pero él nunca volvió a la vida.

Después de este acto de venganza, Jasón dejó el reino de Yolco a Acasto y partió con su esposa hacia el lugar donde la nieta del Sol tenía, en la propia Grecia, una patria ancestral, de la que era reina y podía compartir su trono con su esposo.[202] De todas las ciudades de la tierra firme, Corinto pertenecía de una manera especial a Helios. Los corintios veneraban al dios del Sol como el más alto de todos los dioses. Su lugar sagrado era la elevada cima del Acrocorinto,[203] que el dios había cedido a la diosa Afrodita.[204] Su esposa llevaba el nombre de Antíope, como la madre de los Dioscuros tebanos, a quien se considera en

otros lugares esposa de Zeus. Tuvo a Eetes con Helios,[205] y también a Aleo, que apenas se distinguía del padre de los Alóadas[206] y recibió como regalo del dios del Sol el país que se extendía junto al río Asopo. En la división, a Eetes le correspondió Corinto; su gobernador se llamaba Buno por una colina del Acrocorinto. A esa altura, pero no tan alto como el templo de Afrodita Urania, estaba el templo de Hera Acrea[207] o, para llamarla con el título que le daban los corintios, Bunea.[208] Los corintios enviaban allí para el servicio del templo a tantos niños como los atenienses enviaban al Laberinto de Cnossos, siete niños y siete niñas,[209] que debían pasar un año entero en el santuario, como si estuviesen exiliados o muertos. Se les lloraba como si estuviesen muertos y se les ofrecían sacrificios como si se tratase de dioses ctónicos irritados.

Se decía que Medea fundó el templo de Afrodita en la cima más alta.[210] Pero su templo allí era el templo de Hera, del mismo modo que en Eea era el de Hécate. Se contaba[211] que Zeus quería ser su esposo, pero que como ella se mantuvo fiel a Hera, la diosa le prometió la inmortalidad para sus hijos. Los hijos e hijas de los corintios participaban de esta inmortalidad en el santuario de Hera. Si a pesar de eso los hijos de Medea, de acuerdo con la tradición más conocida, habían de morir y los siete niños y las siete niñas tenían que sufrir una forma atenuada de muerte, con toda probabilidad la causa estribaba simplemente en el curso del mes lunar, en el que catorce días están consagrados al orto y otros catorce a la puesta. En cuanto Medea daba a luz a un hijo, según una versión que le atribuía parte de culpa, lo enviaba al santuario de Hera, donde los mantenía ocultos con la esperanza de que llegaran a ser inmortales.[212] No sabemos lo que hacía con los niños, pero sí que cometió un error fatal y Jasón la sorprendió en esta acción innominada, algo parecido a lo que le ocurrió a Deméter en Eleusis cuando quiso hacer inmortal a Demofonte,[213] y a Tetis cuando intentó hacer el mismo experimento con el niño Aquiles.[214] Jasón no comprendió las explicaciones de Medea ni quiso perdonarla, y regresó a Yolco. Entonces Medea también abandonó Corinto y, según otras leyendas más tardías, Sísifo, a quien amaba, recibió el reino de ella.[215]

También se decía[216] que fueron los corintios, que no soportaban el gobierno de la maga extranjera, quienes mataron a sus siete hijos y siete

hijas. O puede que fuesen los parientes del rey Creonte, segundo sucesor de Belerofonte,[217] quienes lo hicieron para vengarse, porque Medea había matado al rey. También sembraron el rumor de que ella era la asesina de sus propios hijos. Ésta debía de ser una forma antigua de la tradición relativa a la muerte aparente de los catorce niños. Ponía de relieve un aspecto diverso del carácter de Medea, ya demostrado, en el curso de esta historia, en lo que respecta a Eetes y Apsirto, a Pelias y a sus hijas, y que Eurípides dio a conocer a todo el mundo en su tragedia *Medea*. En ella, Medea, ofendida en su amor y en su dignidad como reina y esposa, Medea la representante de la diosa Hera, aparecía en escena como una mujer mortal,[218] que sufre la suerte común de las mujeres[219] y encima la ingratitud y la injusticia más grande que se le pueda hacer a una salvadora.[220]

Los corintios tenían una leyenda acerca de la fuente Glauce, que brota de un enorme bloque de piedra, no lejos del ágora de la ciudad. Según ellos, la Ninfa que le daba nombre era una princesa que se arrojó a sus aguas para liberarse de los tormentos que el regalo de Medea le causaba, pues fue por ella por la que Jasón abandonó a la hija de Eetes en Corinto. Irritada, la maga envió entonces a la nueva esposa el regalo que la destruyó. Se lo habían llevado los dos hijos que había tenido con Jasón, Mérmero y Feres. Según esta leyenda, fueron lapidados por los corintios (había unos monumentos en su honor cerca de la fuente), pero Eurípides insiste en que murieron a manos de su madre y alude a ofensas mayores que la elección de una segunda esposa y el repudio de Medea.[221]

Según este autor, Creonte, el padre de la esposa –este nombre de rey, «gobernante», se halla siempre a disposición de poetas y narradores–, expulsó del país a la mujer de la Cólquide. Ésta fue la gota que colmó el vaso de su humillación.[222] Jasón aparecía su lado, pero no como corregente de una reina descendiente del Sol, sino como un prófugo servil, que quería sacar provecho del matrimonio con la hija del rey.[223] Entonces apareció un rey de verdad, Egeo de Atenas, que todavía no tenía hijos y se dirigía desde Delfos a visitar a Piteo en Trecén.[224] Y con él surgió la promesa para Medea de un nuevo hogar[225] en el Ática, la sede terrenal de los dioses.[226] Nada puede aplacar ahora la ira de la mujer de sangre real nacida en Eea, tierra de titanes.[227] Jasón se va a quedar sin hi-

jos. Astutamente, Medea le pide permiso para enviar unos regalos a la esposa por medio de sus hijos.[228] Los dos niños rubios[229] entregan la túnica encantada y la corona de oro, que hacen que la princesa y su padre mueran abrasados y más tarde sean asesinados por su propia madre para que también su padre, Jasón, sea golpeado y aniquilado por el sino como se merece.

La asesina aparecía con los cadáveres de los niños en el carro que su padre Helios le había regalado:[230] un carro tirado por dragones, igual que el de Triptólemo, que regresó del reino de Perséfone en él. Pero el carro de Medea aparece representado en las pinturas vasculares conducido por unas serpientes aún más formidables. En una de las pinturas lo conduce un demonio del Inframundo llamado Estro, «locura frenética», que tiene serpientes en lugar de cabellos. Medea se llevó a los niños muertos con ella al recinto sagrado de Hera Acrea y los enterró allí con sus propias manos para que en el futuro compartiesen la veneración mística.[231] A Jasón le profetizó que la muerte lo alcanzaría en el lugar donde había dedicado la nave Argo a la diosa. Se decía que esto ocurrió en el Istmo, en el santuario de Posidón.[232] El héroe se echó allí a la sombra de un barco varado, entonces cayó una viga y lo mató;[233] o quizá murió en el templo de Hera, donde había dedicado la enseña de la nave Argo a la diosa.

Medea era inmortal.[234] Vivió con Egeo hasta que llegó Teseo y se hizo cargo del poder del rey de Atenas. Ella no pudo evitarlo. Con Egeo había engendrado a Medo[235] y, según se decía, huyó con su hijo hacia oriente, donde se convirtió a través de él en la epónima de los medos. Estas y otras leyendas que nos llevarían lejos de Grecia están relacionadas con otras más antiguas que hablaban de otra llegada de la nieta del Sol, la última. En los Campos Elisios[236] o, si preferimos utilizar el otro nombre del lugar donde Cadmo y Harmonía vivieron para siempre, en las Islas de los Bienaventurados,[237] Medea se unió en matrimonio con Aquiles para siempre. Allí donde se creía que habían llegado los Argonautas, incluso en Armenia y en Media,[238] se erigieron santuarios para Jasón. Pero en Grecia su fama tuvo que dejar paso a la de ese héroe más joven que acabamos de mencionar y que en aquel tiempo todavía estaba siendo criado por las ninfas en la cueva de Quirón.[239]

CAPÍTULO III

ORFEO Y EURÍDICE

No podríamos imaginar la nave Argo sin Orfeo, el maravilloso cantor y tañedor de lira. Los artistas antiguos lo representaban ya como uno de los Argonautas. Si alguien podía resultar útil a aquel grupo de hombres que querían abrirse camino hacia el otro mundo, ése era él. Orfeo era famoso precisamente porque había sido capaz de emprender el peligroso viaje hacia el Inframundo, y además lo había hecho solo. En las historias de los dioses y de los héroes él no era el primero del que se narraban milagros realizados con su canto y con el sonido de su lira (ambos formaban un solo arte). Se sabe que el inventor de la lira fue Hermes y que fue el primero en cantar acompañado por el sonido de sus cuerdas.[1] Él regaló la lira a un dios y a un héroe: el dios era su hermano Apolo y el héroe otro hermano suyo, Anfión, que más tarde se enemistó con Apolo. De Orfeo se nos dice que cuando cantaba, bandadas enteras de pájaros revoloteaban en torno a su cabeza, y los peces saltaban desde las profundidades oscuras del mar para verlo, tal era la fascinación de su canto.[2] Lo vemos viajando, lira en mano, en la nave Argo. Y cuando además se nos dice que su canto tenía el poder de poner en movimiento piedras y árboles,[3] recordamos las murallas de Tebas que Anfión levantó con su lira. Pero la empresa que Orfeo fue el único en llevar a cabo fue la de someter con su canto todo lo salvaje, incluidos los poderes salvajes del Inframundo, para abrirse así camino hasta Perséfone. Esto lo sitúa en las filas de los héroes griegos, junto a Perseo y Heracles, Teseo y Jasón.

Su culto se mantuvo vivo gracias a una amplia comunidad que se

creía en posesión de unos libros que contenían revelaciones de Orfeo, relatos de su viaje al Inframundo y de todo lo que había aprendido allí, y de lo que más tarde enseñó e instituyó. En la mentalidad popular, se sentía más ligado a la comunidad de sus discípulos y seguidores que a ninguna otra estirpe o familia. Aparte de ellos, sus leyendas y también los lugares de su culto lo relacionaban con la región del Olimpo en particular, y sólo más tarde se habló de regiones más septentrionales. Todos los relatos dicen que era hijo de una Musa, de Calíope según la mayoría.[4] A su hijo[5] y discípulo[6] se le daba el nombre de Museo; o quizás un cierto Museo, «el hombre de las musas», fue considerado hijo de aquel que se había ganado el llevar tal nombre. Y en cuanto «músico», con toda probabilidad también era apolíneo al principio.[7] Apolo podía ser considerado su padre divino,[8] pues de ese modo su naturaleza apolínea se enfatizaba doblemente, a través de la madre y del padre. Pero los que pretendían saber más acerca de su origen y nacimiento llamaban a su padre Eagro.[9] Poco importa saber que un río al norte del Olimpo se llamaba así,[10] del mismo modo que Marsias era también el nombre de un río y al mismo tiempo el de un habitante salvaje de los bosques que se enfrentó a Apolo. Eagro significa «cazador solitario», o sea, el que va a cazar solo. Orfeo creció en Pieria,[11] el país de las Musas olímpicas. Se decía que Apolo fue su maestro;[12] el dios lo instruyó con la misma lira que Hermes le había dado y que él a su vez regaló a Orfeo. En las cañadas boscosas del Olimpo,[13] el joven reunía a su alrededor, con la música de su lira y de su canto, a los árboles y los animales salvajes. El hijo de Calíope se mostraba así como el doble de Apolo, el dios ante cuya música se sometieron los animales salvajes, linces, leones y ciervos, mientras vigilaba los rebaños de Admeto.[14] Si el nombre del cantor no apareciese expresamente nombrado o escrito en las pinturas que representan a Orfeo tañendo su lira, no siempre sabríamos a cuál de los dos hace referencia la escena representada.

Según la mayoría de los narradores, el salvaje territorio de Tracia comenzaba allí, en las faldas del Olimpo, aunque Pieria formaba parte todavía de Macedonia. En los poemas se cantaba[15] una Pieria tracia y Orfeo aparecía como el rey del lugar, afirmando que los árboles lo habían seguido desde la verdadera Pieria; de modo que se le consideraba un tracio. Los pintores vasculares de época más tardía creyeron estas le-

yendas, mientras que los de época arcaica se atenían al relato verdadero, sin el cual ni la historia de Orfeo ni el propio héroe hubiesen tenido significado alguno. Se le representa como un heleno entre los tracios, y por eso no lleva un nombre extranjero del todo. «Orfeo» hubiese sonado diferente en labios tracios. Sin duda, no era tan fácilmente comprensible como Eagro, que tampoco puede ser un nombre tracio. Pero quizá no estuviese fuera de lugar ni careciese de intención el hecho de que más tarde un discípulo del cantor describiese la túnica oscura con la que Orfeo hizo un sacrificio a Hécate para los Argonautas con una palabra[16] derivada del término *órphne*, «oscuridad». Orfeo estaba relacionado con la oscuridad tanto por su viaje al Inframundo como, más tarde, por la celebración de sus Misterios de noche, como convenía.

La pasión por Eurídice condujo al hijo de la Musa hasta el otro mundo. En esto era diferente a Teseo y Jasón, por no hablar de Perseo y Heracles, pues éstos no hicieron su viaje por amor a una mujer, ni mortal ni divina. Sin embargo, Orfeo tiene en común con Teseo el hecho de que Eurídice, al igual que Ariadna, no pudo seguir al amado hasta su patria ni pertenecerle por largo tiempo. De hecho, se decía que ella era ya la esposa del cantor, pero que Orfeo tenía un rival divino, como le ocurría a Teseo con Dioniso, y que por culpa de este rival Eurídice bajó tan pronto al reino de los muertos.

A juzgar por sus nombres –pues la tradición también atribuía a la heroína de este famoso relato dos nombres, igual que Ariadna era conocida también como Aridela–, podría haber sido incluso la reina del Inframundo. Eurídice significa «la que gobierna un vasto territorio», un nombre que originariamente pertenecía tan sólo a la reina del Inframundo, pero que más tarde llevaron algunas distinguidas mortales. No se sabe bien si su segundo nombre era Agríope, «de rostro salvaje»,[17] o bien Argíope, «de rostro resplandeciente», como la madre del cantor Támiris.[18] A favor de Agríope está el hecho de que más tarde algunos discípulos de Orfeo,[19] que afirmaban que Museo era el hijo de su maestro, le atribuían como madre a Selene, la diosa Luna. Parece que, para los narradores, la amada esposa de Orfeo era semejante a la luna, aunque la considerasen víctima, y no reina, del Inframundo. Es cierto que Perséfone era víctima y reina a la vez, pues había sido raptada por Hades, y cuando habitaba la morada de su marido llegó Orfeo hasta ella, movido por su amor hacia Eurídice.

Tal y como se nos narra,[20] la historia comenzó en Tesalia, donde una mujer fiel, Alcestis, esposa del rey Admeto, acababa de ser rescatada de las garras de la Muerte. Ya conocemos la aventura que le sucedió a Heracles cuando iba a encontrarse con el tracio Diomedes. Como había hecho antes Apolo en el palacio de Admeto,[21] también Aristeo llevaba una vida de pastor en el hermoso valle de Tempe, a los pies del Olimpo; la ninfa Cirene se lo había dado al hijo de Leto, como un pequeño Zeus y un segundo Apolo sagrado.[22] Como se sabe, el mayor orgullo de Aristeo eran sus abejas. Su nombre significaba que era «el mejor» del mundo. De modo que el Zeus «melífico» de los muertos, Zeus Meiliquio, que solía recibir el culto de los vivos bajo forma de serpiente, no era otro que Aristeo, aunque en ninguna leyenda se mencionen sus abejas explícitamente. Este apicultor divino tendió una trampa a la recién casada[23] Eurídice; ella huyó y en su huida halló la muerte, pues una serpiente la mordió en el tobillo.[24] Sus compañeras, las Dríades, la lloraban por los montes, en el interior de Tracia.[25] Cuando Orfeo llegó, Hades ya se había llevado a su joven esposa. Fue en su búsqueda con su doloroso canto por toda Grecia hasta llegar al Ténaro, el extremo más meridional del Peloponeso.

Confiándose a su lira,[26] emprendió el oscuro camino que conduce al reino de los muertos,[27] por el que muy pocos hombres vivos le habían precedido: los dos amigos Teseo y Pirítoo, así como Heracles cuando subió a Cerbero a la tierra. Caronte se acordaba muy bien de ellos,[28] pero la lira también lo encantó a él. Según se dice,[29] abandonó su barco para seguir a Orfeo y escucharle cantar, ante el rey y la reina del Hades, una maravillosa canción. Mientras Orfeo cantaba, Cerbero no ladraba, la rueda de Ixión se detuvo, el hígado de Ticio dejó de ser devorado, las hijas de Dánao interrumpieron su inútil tarea de transportar agua, Sísifo se sentó sobre su piedra, Tántalo se olvidó de su hambre y de su sed, las Erinias estaban sobrecogidas y los jueces de los muertos sollozaban.[30] La ingente multitud de almas que se habían reunido alrededor de Orfeo también sollozaban; pero Eurídice todavía no estaba allí, pues era una de las ánimas acabadas de llegar y avanzaba lentamente con su tobillo herido.[31] Un pintor de la Magna Grecia, donde los vasos encontrados en las tumbas presentan con frecuencia escenas del Hades, la muestra mientras avanza guiada por el amor, bajo forma de Eros

alado. También aparece Perséfone, que, conmovida por el canto, llama a Eurídice con un gesto amable. El cantor aparece entre ambas figuras; sostiene la mano de su amada, pero en ninguna de estas pinturas está mirando a ninguna de las dos.

Ésta era la ley de las potencias infernales; nadie podía mirarlos. Los sacrificios a las divinidades de los muertos se hacían con la cara girada; ninguna mirada, tan sólo la voz estaba permitida en el reino de los muertos. Ésta podía obrar milagros, pero no podía conjurar la muerte, prerrogativa de los dioses de ese reino del otro mundo. La ley del Hades era la ley de Perséfone,[32] y no hacía más que confirmarse cuando los vivientes se intentaban oponer a ella. Sólo cuando la ley fue violada se llevó a su término natural. Eurídice podía seguir a su amado esposo; esto es lo que obtuvo Orfeo con su canto, pero éste no podía volverse a mirarla por el arduo camino que conducía de la muerte a la vida. Entonces, ¿por qué lo hizo el cantor? ¿Cuál fue la razón, si no la enorme, la definitiva separación que divide a los muertos de los vivos? ¿Fue un acto de locura?[33] ¿Deseaba besarla?[34] ¿O simplemente quería asegurarse de que lo seguía?[35] La escena aparece representada en un relieve ático muy apreciado en el que no aparecen dos figuras sino tres; Orfeo se vuelve para mirar a Eurídice, que con su mano izquierda toca levemente su hombro como despidiéndose, pero Hermes, el guía de las almas, la tiene ya aferrada por la derecha. Al igual que la desaparición de Edipo en el umbral del Hades fue anunciada por el trueno de Zeus, también esta vez, cuando Eurídice fue llamada al reino de los muertos,[36] el trueno resonó tres veces.

En vano trató Orfeo de correr tras ella cuando desapareció para regresar al Hades. Caronte se negó a dejarlo pasar.[37] Los paralelismos trazados en la antigüedad[38] entre Orfeo y Dioniso eran excesivos. El dios rescató del Hades a su madre Sémele, pero Orfeo no pudo hacer lo mismo. La sombra que a partir de entonces cayó sobre su naturaleza apolínea era dionisíaca. Orfeo no pertenecía a un dios más que a otro. De todos modos, no se convirtió en el oponente o en la víctima de Dioniso, sino en el oponente y víctima de los salvajes excesos de las mujeres tracias, el resultado exagerado de su culto al dios del vino. Según se decía, Orfeo permaneció siete meses en una caverna, bajo una enorme roca, en la desembocadura del río macedonio Estrimón,[39] después de

pasar, como añaden algunos,[40] siete días junto al río del Inframundo sin probar bocado. Se mantuvo apartado de las mujeres y nunca más quiso volverse a casar.[41] En ese periodo, como muestran las pinturas vasculares, hombres de Tracia, salvajes habitantes de los bosques, se le acercaban;[42] o bien sátiros, jóvenes y muchachos, como se observa en un bajorrelieve de época más tardía. No eran niños, pues no habían alcanzado edad suficiente para los grados superiores de la iniciación, sino adolescentes. Orfeo los educaba en la abstinencia de la carne, de acuerdo con la «vida órfica», les cantaba el origen de las cosas y de los dioses, y los iniciaba en los Misterios que había aprendido de la reina del Inframundo. Más tarde se dijo[43] que Zeus lo fulminó con su rayo porque por medio de sus Misterios enseñaba a los hombres.

Pero la historia más antigua explicaba que lo habían matado las mujeres tracias, que estaban ofendidas con Orfeo porque hacía ya tres años que se abstenía del amor con las mujeres.[44] Tan sólo buscaba la compañía de jóvenes, y, según se decía,[45] fue él quien introdujo el amor homoerótico en Tracia. En esto se parecía a Apolo, que siempre estaba rodeado de hombres y no de mujeres, como en el caso del hijo de Sémele. En la tragedia titulada *Básaras*, el nombre tracio de las Bacantes, Esquilo hacía que se levantase de noche para escalar el monte Pangeo y adorar a Apolo a la luz del sol naciente.[46] También las ménades tracias subían allí en tropel impulsadas por su dios,[47] para celebrar sus festivales nocturnos en honor de Dioniso. No podrían conocer el secreto que Esquilo parece haber revelado en otra tragedia de la misma trilogía, *Muchachos*, en la que hace que el coro invoque al mismo Apolo como *Kisseús* y *Bakcheús*, o sea, «coronado de hiedra» y «bacante».[48] Quizás Orfeo, en opinión del poeta, había llegado demasiado lejos en su culto particular y exclusivo después de su regreso del reino de los muertos y al principio de su encono contra los dioses del Inframundo, entre los que reinaba Dioniso como Hades y Zeus subterráneo. Mientras vagaba por el Pangeo, el cantor se topó con la ceremonia secreta de las Bacantes tracias.[49] Ellas lo reconocieron con claridad, sin caer en el error en el que cayeron las mujeres tebanas cuando confundieron a Penteo con un león, y descuartizaron al hijo de la Musa.

Por otro lado, un narrador[50] conocía un gran edificio, reservado para las iniciaciones místéricas, situado en la ciudad de Libetra en Macedo-

nia, parecido probablemente al que se ha excavado en Samotracia. En determinados días, los hombres de Tracia y Macedonia acudían allí al encuentro de Orfeo. Solían depositar sus armas ante las puertas del edificio. Las mujeres, irritadas, cogieron las armas, mataron a los hombres que les salieron al paso, y arrojaron al mar, miembro a miembro, el cuerpo despedazado del sacerdote de la iniciación, Orfeo. De acuerdo con esta versión, la cabeza de Orfeo llegó flotando hasta la desembocadura del río Meles en Esmirna, donde se decía que más tarde nació del dios fluvial Homero, el poeta de la guerra de Troya. Allí recogieron la cabeza y construyeron un santuario heroico dedicado a Orfeo, y más tarde un templo en el que ninguna mujer tenía permitida la entrada.

Según otro relato,[51] Orfeo vagó por toda la Tracia, como harían más tarde los sacerdotes órficos en Grecia, y los hombres se le unían. Al principio las mujeres no se atrevían a atacarlo, pero un día se armaron de valor gracias al vino, y desde entonces los tracios van bebidos a la batalla. Algunas pinturas vasculares nos muestran cómo las mujeres tracias borrachas atacaron al delicado cantor con lanzas, enormes piedras y todo aquello que tenían al alcance de la mano. Él tan sólo tenía su lira, con la que trató en vano de defenderse mientras caía al suelo. Los fragmentos de su cuerpo fueron dispersados en todas las direcciones.[52] Se decía que las Musas los recogieron y enterraron a su amado en Libetra. Su lira, que después de Apolo y Orfeo nadie era digno de poseer, fue colocada por Zeus entre las constelaciones como Lira.

Existía una leyenda independiente acerca de su cabeza y su lira.[53] Las asesinas decapitaron a Orfeo, clavaron su cabeza en la lira y la arrojaron así al mar, o quizás al Hebro tracio,[54] en el que la cabeza flotaba sin dejar de cantar y la lira seguía sonando.[55] La corriente del río arrastró hasta el mar la cabeza que cantaba y la corriente marina la arrastró hasta la isla de Lesbos, que desde entonces se convirtió en la más rica en cantos y en el dulce tañido de la lira. La cabeza fue enterrada en el santuario de Dioniso, y la lira se conservó en el templo de Apolo.[56] Esto se adecuaba al destino dionisíaco y a la naturaleza apolínea de Orfeo. Mucho después se narraba[57] una leyenda acerca de su oráculo en Lesbos, y algunas hermosas pinturas vasculares atestiguan que los jóvenes recibían revelaciones de la cabeza del cantor hasta que Apolo en persona la hizo callar.[58]

En el lugar donde Orfeo yacía enterrado, anidaban los ruiseñores y cantaban allí de un modo más dulce y más fuerte que en cualquier otro lugar.[59] Había dos tumbas de Orfeo a los pies del Olimpo, en Macedonia: una en Libetra[60] y otra en Díon,[61] la ciudad de Zeus, adonde tuvieron que transportar los huesos cuando la primera tumba se abrió al derrumbarse sus columnas. Las columnas y la urna fueron derribadas accidentalmente por una multitud que se había reunido para escuchar con sus propios oídos el milagro: un pastor se había quedado dormido a mediodía en la tumba y en sueños empezó a cantar con voz dulce y fuerte los versos de Orfeo, como si fuese su voz inmortal la que resonaba desde el reino de los muertos.[62]

CAPÍTULO IV

TEREO, EUMOLPO Y CÉFALO

Tanto en las leyendas como sobre la escena, Tereo aparece como un tracio genuino. Está relacionado con la familia real de los atenienses a través de sus dos esposas, Procne y Filomela, del mismo modo que Eumolpo, otro tracio, lo estaba a través de su madre Quíone, o Céfalo, el favorito de Eos, a través de Procris, su esposa infiel. Las historias de estos tres héroes y de sus esposas nos llevan de nuevo al Ática o a sus alrededores, antes de retomar el hilo de los importantes acontecimientos que tuvieron lugar en Tebas y Micenas.

Se supone que Tereo reinaba no lejos de la frontera del Ática, en Daulis,[1] a los pies del Parnaso. Por lo tanto, tampoco él debe de haber sido un tracio exactamente. Tan sólo en una versión tardía[2] se dice que llegó por mar a visitar a su suegro, el rey Pandión de Atenas. Pertenecía más bien a esos tracios que, al igual que sus descendientes de época moderna, los albaneses, se establecieron en el salvaje país montañoso de Grecia central y a los que los atenienses aludían en su historia primitiva. Más tarde se enseñaba la tumba de Tereo en Mégara,[3] donde no se hablaba, como en otros lugares, de su transformación en abubilla o halcón. Tan sólo se decía que la abubilla fue vista por primera vez en aquella región. La metamorfosis por la que la trágica historia del héroe se convertía en una de tantas historias de aves quizá no se refería ni siquiera a él, sino a sus esposas o incluso, antes que a ellas, a la esposa de Zeto, hija de Pandáreo, llamada Aedón, que como se sabe significa «ruiseñor». En una antigua pintura las esposas de Tereo no se llaman Procne y Filomela, sino Ruiseñor y Golondrina, Aedón y Quelidón.

Tereo, rey de Tracia e hijo de Ares,[4] recibió la mano de Procne de Pandión. Ella era una de las dos hijas del rey de Atenas, nieta de Erictonio. Tereo se vio así recompensado por la ayuda que había prestado en la guerra contra el rey de Tebas, Lábdaco. Procne le dio un hijo, Itis, que fue digno de lástima muy pronto y para siempre. Pues el tracio regresó no mucho después a Atenas para llevarse también a la hermana de Procne, Filomela, «la que ama los rebaños» –un nombre apropiado para una golondrina, que acostumbra a anidar en los establos, pero también para la diosa infernal Hécate, que ama también los establos y el ganado.[5]

La historia de Filomela es en verdad digna del Inframundo. Tereo llevó a Atenas la falsa noticia de la muerte de Procne[6] para poderse casar también con la otra princesa, y cuando se hubo apoderado de ella, anunció la noticia de su muerte a Procne.[7] Esto era del todo falso, pero también era lo que los mortales mal informados, que no sabían que se había convertido en reina del Hades, creían a propósito de Perséfone. También de ella podría decirse lo mismo que de Filomela, que había sido violentada y se había quedado muda como un cadáver. Exactamente lo mismo que se decía en Italia acerca de una diosa del mundo subterráneo,[8] sólo que en orden inverso: Lara, que solía irse de la lengua como una golondrina, se quedó muda para siempre y tuvo que seguir a Mercurio, que es como los romanos llamaban a Hermes, hasta el bosquecillo subterráneo de los muertos. Por el camino, en contra de su voluntad, el Guía de las almas la hizo madre de los Lares.

Filomela se convirtió en la víctima del rey oscuro, esposo de su hermana, en un establo escondido en las profundidades de un bosque.[9] Tereo arrastró allí a su cuñada y, para evitar que ella contase la violencia sufrida, le cortó la lengua. La mantuvo prisionera en aquel establo del bosque primordial, y Procne debía dar por muerta a su hermana, pero Filomela era hábil tejiendo, y en su prisión del bosque se las arregló para bordar en una tela imágenes de su desgraciada historia y enviársela a Procne. La reina comprendió así el crimen que había cometido Tereo. Era la época de las fiestas nocturnas del dios del vino; Procne gozaba por los bosques con las Bacantes e hizo entrar a Filomela en el grupo. Entonces las dos hermanas le hicieron al infante Itis lo mismo que las hijas de Minia hicieron a su pequeño hijo cuando Dioniso provocó en ellas un ataque de locura.[10] No lo despedazaron sino que lo cortaron

en trozos, y ello lo hicieron con un propósito, pues pusieron a hervir los trozos en un caldero. Algo así ocurrió también en la historia de Dioniso,[11] por no mencionar los terribles crímenes de Medea. Procne hizo como si invitase a su esposo a un banquete sagrado secreto,[12] pero se trataba del banquete de los Titanes al que había sido invitado Zeus,[13] el banquete de Tántalo al que todos los dioses estaban invitados. Tereo comió y sólo se dio cuenta de lo que había comido cuando Filomela le arrojó la cabeza de su hijo. Entonces desenvainó su espada y persiguió a las dos mujeres, y las habría matado si Zeus no los hubiese convertido a los tres en pájaros. Sin embargo, esta historia de la metamorfosis no resulta muy precisa, puesto que los narradores no se ponen de acuerdo en si Tereo se transformó en halcón o en abubilla, o en si Filomela, que en las versiones más antiguas era una golondrina, lloraba la muerte de Itis como un ruiseñor,[14] que es lo que hace Procne de acuerdo con la mayoría de relatos.

Ya hemos mencionado al tracio Eumolpo en relación con Erecteo, el sucesor de Pandión en la lista de reyes. De él descendía la familia más ilustre de Eleusis, la que siempre les proporcionaba el supremo sacerdote de los Misterios, el hierofante, o «el que revela las cosas sagradas». Se trataba de los Eumólpidas, que sin duda al principio eran todos *eúmolpoi*, «buenos cantores», pues todos tenían que saber cantar bien, visto que conducían las ceremonias secretas que se celebraban en las noches sagradas. Al principio *Eúmolpo* no era un nombre propio, sino el título ceremonial que adoptaba el sacerdote de los Misterios junto con el oficio, pues durante ese periodo no tenía nombre,[15] ya que había arrojado el antiguo nombre al mar,[16] con cuyas profundidades mantenía una relación especial el primer Eumolpo de Tracia, como veremos cuando expliquemos su historia.

Se trata casi de la misma historia de Tereo, sólo que no se narraba el trágico final ni los narradores aludían a la transformación de Eumolpo en ave. Sin embargo, en una pintura vascular de época clásica, en la que aparece decorando el colgante de su padre Posidón, se ve un cisne a sus pies, para los antiguos un ave canora, y para los atenienses un ave tracia, que tenía su hábitat en la desembocadura del Estrimón. Es posible que, como en el caso de Tereo, aquellos que consideraban tracio a Eumolpo no pensasen en el país septentrional, sino en la región de Mé-

gara que limita con Eleusis al sur. Existían leyendas en torno al Lago Eschatiotis,[17] el «lago del último confín», que se extendía más allá del Istmo y en el que muchos soldados de Eumolpo, que había acudido en ayuda de los eleusinos contra los atenienses, desaparecieron mientras se bañaban.

La madre de Eumolpo, Quíone, «blanca como la nieve», tanto podía proceder de este Lago Eschatiotis y el mar que queda entre el Istmo, Salamina y Mégara, como del mar Tracio en el norte lejano. A través de ella el cantor sacerdotal estaba conectado con la familia real de Atenas. Bóreas, el dios que se revela en el viento del norte,[18] raptó a Oritía, hija de Erecteo y sobrina de Procne y Filomela, junto al Iliso.[19] A juzgar por su nombre, Oritía, «la que va furiosa por las montañas», era una bacante como sus tías; le dio al dios del viento sus hijos alados, Calais y Cetes, que participaron en el viaje de la nave Argo, y Quíone, con la que Posidón celebró uno de sus innumerables matrimonios.[20] A escondidas alumbró a Eumolpo al dios del mar y arrojó el niño al mar. Se decía que su padre lo recogió y se lo llevó a Etiopía. El lugar donde el niño fue criado nos lo revela el nombre de su madrina, Bentesicime, «la que habita en las profundidades que las olas». Allí, en el reino de las aguas, tuvo lugar una historia semejante a la de Tereo. Al llegar a la edad adulta, el muchacho tomó por esposa a una hija de Bentesicime, de quien nació su hijo Ísmaro o Imárado (ambos nombres son tracios), quien habría de morir combatiendo en las filas de los eleusinos contra Erecteo.[21] Pero se decía que Eumolpo osó intentar imponer por la fuerza sus atenciones a la hermana de su esposa.[22] No se nos dice cómo acabó este matrimonio de un marido con dos esposas, la unión de un héroe con dos heroínas, que probablemente eran diosas al principio. Estos sucesos tuvieron lugar en las profundidades del mar, en un mundo subterráneo que Eumolpo se vio obligado a abandonar en compañía de su hijo por culpa de su audacia. Gracias a Deméter, fue uno de los primeros en participar en los Misterios,[23] que él y sus descendientes en Eleusis debían hacer accesibles a los iniciados.

Procris, «la elegida entre todas», era el nombre de una hija de Erecteo, hermana de Oritía, y por lo tanto sobrina también de Procne y Filomela. De todas las mujeres de la familia real era la que más se parecía a la diosa de la Luna. También Selene no sólo amó a Endimión, sino

que se dejó seducir por Pan; los cambios son característicos de la luna. El marido con el que Procris jugó a intercambiar amor e infidelidad era «la hermosa cabeza», Céfalo, del griego *kephale*, «cabeza»; una comunidad del Ática también se llamaba así. Conocemos el nombre y la apariencia del joven por las historias de los dioses.[24] Se le nombraba incluso entre los reyes de Atenas.[25] Tórico, donde reinaba de acuerdo con la mayoría de relatos, está en la costa este del país, cerca del extremo sur de la península, y de todos los puertos del Ática era el que quedaba más directamente situado frente a Creta; más aún que Prasias, desde donde se iba a Delos y Naxos para proseguir viaje desde allí hasta Creta. En los montes del interior se hallaba el territorio de caza de Céfalo y Procris.

Pues no sólo Céfalo era un apasionado de la caza,[26] sino también Procris era una experta cazadora. Poseía una jabalina que nunca erraba el blanco,[27] y también el veloz perro inmortal cuya historia ya se ha explicado en relación con el zorro de Teumeso, en el capítulo dedicado a Heracles. La historia de su primera infidelidad está relacionada con su corona de oro. Se decía que el héroe Pteleón, el fundador de Ptelea, «el país de los olmos», en el Ática, la sedujo regalándole esta corona. Céfalo la sorprendió con su amante extranjero. Según otra versión, el propio Céfalo se habría disfrazado del extranjero. Dejó sola a su joven esposa pretextando su amor por la caza[28] o bien un homicidio que la obligaba a esperar durante ocho años hasta que él pudiese volver a tocarla.[29] De acuerdo con este relato, él mismo se presentó con el adorno de oro, y presentaba un aspecto tan hermoso que Procris no lo reconoció y se dejó seducir por él. O puede que viniese de noche,[30] después de haberse hecho anunciar por un mensajero con mucho oro, e indujese a Procris a la aventura. Sólo en el lecho reveló su identidad a la esposa engañada. Procris se levantó de un salto, avergonzada y ofendida, y se refugió con Minos en su gran isla.

Regresó desde allí después de haber curado al rey de Creta y haber recibido en pago por sus servicios la jabalina y el perro. La enfermedad del rey Minos consistía, al menos tal y como la describen los relatos más tardíos, en que no podía acercase a ninguna mujer, pues al abrazarlas salían animales de su cuerpo: serpientes, escorpiones y milpiés. Estos narradores tardíos no se ponen de acuerdo acerca del origen de

la enfermedad, ni si la provocó Pasífae, que con esta magia maligna[31] pretendía evitar los líos amorosos de su esposo, o si tenía otra causa, ni tampoco en los remedios utilizados por Procris. Pasífae no era considerada tan sólo una reina infeliz, sino también una diosa inmortal. Conocemos muy bien el monstruo al que dio a luz. Sobre este tema había una antigua y misteriosa leyenda cretense que para bien o para mal ponía en relación la ausencia de Procris del Ática con diversas artes mágicas propias de las mujeres lunares.

Cuando Procris regresó al Ática, seguía enamorada de Céfalo y estaba celosa de los amoríos que hubiese podido tener durante sus largas ausencias, en particular cuando iba a cazar. Se decía[32] que quiso entonces poner a prueba a su marido y que, disfrazada a su vez de extranjera, hizo caer en la tentación al hermoso joven. Según esta historia, Procris no reveló su identidad a Céfalo hasta que éste hubo sucumbido a la tentación. De este modo el avergonzado fue él, pero después su amante esposa le regaló la jabalina y el perro. Según otros narradores,[33] Céfalo hirió accidentalmente a la celosa cazadora con su jabalina de caza cuando Procris lo estaba siguiendo y se escondió entre unos arbustos. Él creía haber matado a un animal oculto entre las plantas. Tanto si murió como si siguió con vida, pues un ser lunar puede reunir ambas cosas en su propia persona, lo cierto es que Céfalo le fue arrebatado. En la historia de los dioses ya vimos cómo Eos, la diosa de la aurora, cuyos celos eran responsables de la locura de Céfalo según los narradores tardíos,[34] se enamoró de su belleza y lo raptó.

CAPÍTULO V

ANFIARAO Y LOS HÉROES DE LA GUERRA DE TEBAS

En Tebas se cumplió la maldición de Edipo sobre sus dos hijos: Eteocles, «el hombre de la verdadera fama», y Polinices, «el hombre de los muchos combates». Muchos reyes y personalidades destacadas llevaban en época antigua este nombre, pero no todos los narradores y los poetas trágicos tuvieron siempre presente que originariamente tan sólo Eteocles podía ser el hermano bueno y Polinices el malo. Sófocles comprendió[1] que los hermanos deseaban al principio ceder toda la soberanía a su tío Creonte, porque temían la maldición que pesaba sobre la familia de Edipo. Más tarde, el deseo de poder y de combates se apoderó de ellos. En primer lugar reinó Polinices, que era el mayor, y al parecer lo hizo junto a Creonte, pues Edipo les acusa de haberlo enviado al exilio.[2] Pero parece que después Polinices reinaba solo y que Eteocles, el hermano más joven, lo expulsó a él.[3]

Eurípides lo entendió de manera diferente.[4] Según él, los hermanos acordaron que reinarían por turnos, un año cada uno, mientras el otro se exiliaba voluntariamente. Eteocles, el mayor, fue el primero en reinar, mientras Polinices, el menor, permanecía exiliado. Al acabar el año, Eteocles no quiso abandonar el trono y exilió a Polinices para siempre. Entonces Polinices buscó ayuda contra su hermano en Argos. La versión más antigua parece ser la que sigue Esquilo en su tragedia *Los Siete contra Tebas*, donde convierte a Polinices, que hace honor a su nombre, pues siempre fue belicoso desde niño, en el opuesto de Eteocles.[5] En esta antigua versión, los presentes de boda que Cadmo recibió de las diosas y con los que adornó a Harmonía, el vestido de Atenea y el collar de Afrodita, desempeñaban un papel fatal.

Según decía la historia, a Polinices se le dio a elegir entre el reino de Tebas y los tesoros de la herencia de Cadmo a condición de que aceptara reinar en otra ciudad.[6] Polinices quiso tener las dos cosas, o mejor dicho, destruir a su hermano a cualquier precio, de modo que eligió los tesoros y se dirigió con ellos a Argos, donde reinaba Adrasto, «el que no huye ante nada». Permítansenos ahora unas cuantas palabras acerca de cómo Adrasto obtuvo la soberanía.

Después de haber matado involuntariamente a su abuelo Acrisio, Perseo le cedió Argos a su tío abuelo Preto y aceptó Tirinto a cambio. Conocemos la historia de las dos o tres hijas de Preto por las leyendas acerca de Dioniso:[7] como no quisieron aceptar los ritos sagrados del dios, la locura se apoderó de ellas. Las curó el adivino Melampo, hijo de Amitaón y primo de Jasón, a cambio de dos tercios del reino de Argos. Un tercio le correspondió a Megapentes, el hijo de Preto, un tercio se lo quedó Melampo y el tercero se lo cedió a su hermano Biante. En todos los relatos, Melampo era el ayudante de su hermano. Ahora veremos de qué manera obtuvo Melampo para su hermano Biante a la hermosa hija de Neleo, Pero, por esposa. Melampo, sin embargo, era más un adivino y un seguidor del culto de Dioniso, cuyos ritos fálicos, según se decía, introdujo entre los griegos,[8] que el gobernante de una ciudad. Mantenía estrechas relaciones con el puerto de Egostena en la falda sur del Citerón, donde más tarde se enseñaba su tumba y se celebraba un festival anual en su honor.[9] En Argos reinaron Biante y sus descendientes; primero su hijo Tálao y a continuación Adrasto, hijo de Tálao. Antes de que Polinices llegase a Argos, Adrasto recibió un extraño oráculo; debía casar a sus hijas con un león y un jabalí.

La misma noche que Polinices, llegó a Argos otro exiliado, Tideo, hermanastro del desdichado Meleagro de Etolia; por voluntad de Zeus, Gorge, la hija de Eneo, lo había engendrado con su propio padre.[10] Este héroe siniestro, con un origen tan curioso, asesinó a sus primos en el palacio, pues al parecer conspiraban contra la vida de Eneo.[11] Fue el más salvaje de todos los guerreros de la antigüedad. Adrasto yacía insomne en su lecho, dándole vueltas en la cabeza al extraño oráculo,[12] cuando llegó hasta sus oídos un entrechocar de armas en el vestíbulo de su palacio. Los dos exiliados estaban luchando ante su puerta por un refugio donde pasar la noche. Adrasto salió por la puerta y de repente

comprendió el oráculo; los dos eran como un jabalí y un león.[13] Los narradores tardíos quisieron ponérselo más fácil y añadieron[14] que los combatientes llevaban como distintivo sobre su escudo un jabalí y un león, o incluso[15] que Polinices iba cubierto con la piel de un león y Tideo con la de un jabalí. Desde luego, Adrasto no necesitaba nada de eso; nada más ver a los dos héroes, comprendió de qué se trataba, y le dio a Tideo en matrimonio a su hija Deípila (de este matrimonio nació Diomedes, el terrible campeón de la guerra troyana), y a Polinices su otra hija, llamada Argía. Además, les prometió a los dos que les devolvería su patria, y que empezaría por Tebas.

¿Le llevaría Polinices los tesoros de Harmonía como presente nupcial a la «joven de Argos», Argía? Lo cierto es que se sirvió del collar para reunir un ejército con el que marchar contra la ciudad de su padre y de su madre. Se necesitaban siete caudillos contra las siete puertas de Tebas, y Anfiarao, el cuñado de Adrasto y uno de sus enemigos más poderosos, que incluso lo había expulsado de Argos durante un tiempo, no podía faltar.[16] Por sus sufrimientos, Adrasto iba a recibir más tarde en Sición unos honores semejantes a los que se le rendían a Dioniso en otros lugares.[17] Anfiarao, hijo de Oícles, era descendiente de Melampo al igual que Adrasto lo era de Biante. También se decía[18] que el padre de Adrasto, Tálao, «el sufrido», fue muerto por Anfiarao, «el doblemente semejante a Ares», cuando éste destronó a Adrasto. Pero Adrasto siguió siendo el más fuerte; recuperó Argos y los dos enemigos se reconciliaron. Dejaron la decisión en manos de una mujer, pues eligieron como árbitro a Erifila, la esposa de Anfiarao, hija de Tálao según la mayoría de los relatos.[19] Volvemos a encontrar la antigua tríada, una mujer y dos hombres. Ahora, a través de ella, ambos héroes estaban atados por lazos matrimoniales. Por muy grande que fuese la disputa entre ambos,[20] prometieron a Erifila que acatarían su decisión. La disputa se debía simplemente al hecho de que Anfiarao no quería tomar parte en la guerra que Adrasto estaba preparando contra Tebas. Anfiarao trató de disuadirlo,[21] pues aunque era un gran guerrero, tenía también ese don de los seres relacionados con el Inframundo (a lo mejor era ésta la razón por la que le llamaban «el doblemente semejante a Ares») y podía ver el futuro, de modo que sabía que moriría en la guerra contra Tebas.

Ahora también Erifila iba a mostrar la naturaleza infernal que la hizo

famosa.[22] Anfiarao no sólo se había negado a marchar contra Tebas, sino que de acuerdo con los narradores tardíos,[23] también se había escondido, y únicamente su mujer sabía dónde. De modo que Polinices recurrió a ella. Una pintura sobre cerámica muy famosa lo muestra mientras habla con la hermosa Erifila, vestido de caminante. Una grulla, que es de la familia del cisne, aparece entre ambos; ha sacado el collar de Harmonía de su cofre y está tentando a la joven esposa con él. Ésta traicionó a su marido y le obligó a obedecer a Adrasto. Anfiarao, que por algo era adivino, estaba también al tanto de la traición; marchó a la guerra, pero ordenó a sus hijos que matasen a su madre si no regresaba.

Anfiarao no sólo había previsto su propia muerte, sino también la del resto de los siete caudillos reunidos. Amenazó también a Adrasto con la muerte,[24] pero éste, según todas las versiones, no se presentó ante las puertas de Tebas. Según una leyenda, escapó a la muerte con la ropa des-garrada,[25] porque su caballo Arión, regalo de Heracles,[26] lo salvó. Le aguardaban aún más sufrimientos de los que no se nos habla. Había una historia[27] en la que él y su hijo Hipónoo, siguiendo el consejo de Apolo, se arrojaban de manera voluntaria a la pira funeraria, como Heracles. Pero esta historia se ha perdido, al igual que los poemas épicos que describían con detalle la campaña contra Tebas. No obstante, podemos ver que la expedición de los Siete fue la campaña más inútil y trágica que se emprendió jamás. Su único resultado fue que Polinices y Eteocles lograron destruirse mutuamente y las siete puertas repelieron todos los ataques.

Después de Polinices, Tideo fue el más insistente instigador de esta guerra.[28] De acuerdo con una narración antigua,[29] llegó a Tebas como embajador, precediendo al gran ejército. El mensaje que debía entregar a Eteocles y a los cadmeos es fácil de adivinar: tenían que entregar la soberanía a Polinices. Zeus protegió al embajador y Palas Atenea cuidó a Tideo con especial afecto.[30] Era éste de baja estatura, pero desafió a luchar a los jóvenes guerreros de Tebas uno tras otro y los derrotó a todos con facilidad. Entonces los cadmeos enviaron cincuenta hombres para que le tendieran una emboscada en su camino de regreso. Los mató a todos a excepción de uno, y si éste pudo escapar fue porque los dioses lo salvaron con una señal.

Cuando el grueso del ejército se puso en marcha[31] se vio que todos los presagios de los dioses habían sido premonitorios. Entre ellos se

contaba la historia de un niño cuyos sufrimientos dieron origen a la fundación de los famosos Juegos de Nemea, del mismo modo que los sufrimientos del niño Palemón originaron los Juegos Ístmicos.[32] Hasta nosotros tan sólo han llegado epítetos y no nombres propios de este niño; se le llamaba Ofeltes,[33] «el servicial», o Arquémoro, «el comienzo del destino», y, según se decía, Anfiarao le puso este nombre porque su muerte supuso el inicio del desastre. Probablemente era el hijo de un rey, y tenía una nodriza de nombre famoso, Hipsípila, «la de la puerta alta», a la que Eurípides identificó con la reina de Lemnos, la hija de un hijo de Dioniso, Toante, con el argumento de que la habían traído a Nemea como esclava desde aquella isla distante, y los narradores posteriores siguieron al poeta trágico.[34]

Su nombre era digno de la reina del Inframundo. A Hipsípila le había sido confiado el hijo del rey de Nemea. Existía una leyenda acerca de un oráculo que había prohibido que el niño fuese depositado en el suelo antes de que pudiese caminar.[35] El ejército de los Siete marchaba a través del valle de Nemea; los hombres estaban buscando una fuente y preguntaron a la nodriza, que casualmente pasaba por allí con el niño. Confundida, depositó al niño en el suelo, en el lugar donde crecía una planta vigorosa y floreciente; era apio salvaje, con el que se solía coronar a los muertos, en alusión sin duda a una condición floreciente después de la muerte. Hipsípila corrió delante de los héroes para mostrarles la fuente, que desde entonces se llamó Adrastea.[36] Mientras tanto, el niño fue devorado casi por completo por una enorme serpiente que vigilaba el lugar.[37] Los héroes mataron a la serpiente, enterraron al niño e instituyeron en su honor los juegos funerarios que en lo sucesivo se repetirían cada dos años como los Juegos Nemeos.

Los Siete caudillos llegaron por fin ante las siete puertas. De acuerdo con Esquilo,[38] sus nombres eran: Tideo, Capaneo, Eteoclo, Hipomedonte, Partenopeo, Anfiarao y Polinices; en Eurípides son los mismos a excepción de Eteoclo, pues según él Adrasto, el único superviviente, también tomó parte.[39] En su tragedia *Los Siete contra Tebas*, Esquilo también da los nombres de los héroes tebanos que Eteocles seleccionó para enfrentarse a los atacantes, pero sin duda alguna los Siete que estaban fuera alcanzaron mayor fama, en especial los que murieron de un modo peculiar durante el ataque. Capaneo, nieto de Megapentes el hijo

de Preto, creyó que podría asaltar las murallas con una escalera,[40] y fue el primero y único héroe de los griegos que logró subirse a una, pues en su locura desafió a Zeus y gritó[41] que para él sus rayos eran como cálidos rayos de sol. Con un solo rayo Zeus lo derribó de su escalera.

También la muerte de Tideo sirvió de terrible ejemplo. Melanipo, «el del corcel negro», hijo de Ástaco, «la langosta», de quien se decía que descendía de los Espartoi,[42] aunque es posible que fuese más bien un héroe posidónico, alcanzó con su lanza el vientre del favorito de Atenea.[43] La tradición no deja claro si él mismo fue luego mortalmente herido por Tideo o por Anfiarao, que acudió en su rescate. Su enemigo estaba ya agonizante y Atenea se acercaba para ofrecer a su protegido la bebida de la inmortalidad, cuando Tideo, sangrando y rabiando por su herida, le gritó a Anfiarao que le arrojase la cabeza de su oponente.[44] El adivino sabía cuáles iban a ser las consecuencias, pero odiaba al instigador de la guerra y le arrojó la cabeza cortada de Melanipo.[45] Como un animal de presa, con su último aliento, Tideo sorbió el cerebro de su enemigo.[46] Atenea se dio la vuelta y lo dejó morir.

Anfiarao vio entonces a Periclímeno, «el famosísimo», que venía a su encuentro; era un hijo de Posidón, y su nombre hubiese resultado apropiado también para Hades. Él era quien acababa de dar muerte a Partenopeo, hijo de Atalanta, arrojándole una piedra desde las almenas.[47] El adivino huyó de él en su carro, y el hijo de Posidón lo persiguió. Los narradores no se ponen de acuerdo acerca de hasta dónde llegó la persecución, pues existían muchas localidades en las cercanías de Tebas, e incluso algunas más lejanas, que pretendían tener a Anfiarao como héroe habitante de las profundidades de la tierra. Para evitarle la vergüenza de que un enemigo lo hiriese en la espalda, Zeus abrió con su rayo la tierra, que se tragó al adivino con carro y todo.[48] Pero ¿dónde ocurrió esto? Los habitantes de Oropos, una pequeña ciudad portuaria situada en la costa norte del Ática, en la frontera con Beocia, afirmaban que esto sucedió en su territorio, en un agradable valle cerrado como una garganta donde más tarde se erigió un santuario dedicado a Anfiarao, un Anfiareion. Allí tuvo a partir de entonces su sede oracular el gran guerrero y adivino, que también era venerado como un dios sanador ctónico, un segundo Asclepio.

En su caso, resulta muy acertado el proverbio que encontraremos

más tarde en la historia de Télefo: «El que hiere también cura». También su hijo, que tenía el belicoso nombre de Anfíloco, «el de la doble emboscada», se convirtió en un héroe sanador después de su muerte.[49] El otro hijo, Alcmeón, vengó la muerte del padre en su madre. Según una versión más tardía, Erifila volvió a dejarse corromper por Tersandro, el hijo de Polinices, que la sobornó con el vestido de Harmonía para que persuadiese a su hijo y éste fuese a la guerra con los Epígonos, los hijos de los Siete, que marcharon de nuevo contra Tebas. Alcmeón mató a Erifila, pero los dones fatales permanecieron en su familia y al final también él fue asesinado por su culpa.[50]

Por la historia de Edipo sabemos que los hermanos Eteocles y Polinices se enfrentaron y murieron el uno a manos del otro, y también lo sabemos por la tragedia de Sófocles que lleva por título el nombre de la hija mayor de Edipo, la augusta virgen Antígona, que enterró a su hermano exiliado en contra del edicto de Creonte y tuvo que morir por ello. Existía asimismo una leyenda acerca del entierro de los Siete (o mejor dicho, de los seis que quedaban por enterrar, porque en cualquier caso la pira de Anfiarao quedó vacante)[51] que decía[52] que los tebanos se negaron en redondo a devolver los cadáveres de los muertos a sus madres para que pudiesen darles sepultura, y que fue Teseo quien, conmovido por los ruegos de Adrasto y de las madres, llevó los cadáveres a Eleusis y al Citerón con la ayuda del ejército; Eurípides llevó esta historia a escena en su tragedia *Las Suplicantes* (*Hikétides*).[53] En la antigüedad se creía que seis imponentes tumbas primitivas que se hallaban en las cercanías de Eleusis contenían los huesos de los más destacados héroes de la guerra tebana.[54] Hoy en día se cree que esas tumbas han sido redescubiertas.

Lo que no lograron los padres lo consiguieron sus hijos, los Epígonos. Diez años más tarde marcharon contra Tebas, cuyo trono ocupaba entonces Laodamante, hijo de Eteocles.[55] En esta guerra Tebas fue conquistada por primera vez y, como se llegó a afirmar, destruida. De los siete nuevos caudillos, tan sólo Egialeo, hijo de Adrasto, cayó, al contrario que su padre, que fue el único que se salvó en la primera guerra tebana.[56] Muchos de ellos combatirían muy pronto bajo las murallas de Troya, donde también el hijo de Tideo, Diomedes, había de alcanzar renombre.

CAPÍTULO VI

ATREO Y SU DINASTÍA

Dos hijos de Pélope, Atreo y Tiestes, mantenían unos lazos muy estrechos con su madre Hipodamía. Tras el asesinato de Crisipo, los tres se refugiaron en la alta fortaleza de Midea, en el reino de los descendientes de Perseo, junto al rey Esténelo.[1] Sin duda alguna, los tres emprendieron la huida después del horrible acto cometido contra su hermano menor. La casa de Perseo se extinguió en Micenas con Euristeo, cuando Hilo le dio muerte en castigo por los sufrimientos de Heracles y de sus descendientes, pero a los Heraclidas no se les permitió regresar de inmediato al Peloponeso. Varios presagios enviados por los dioses los detuvieron.[2] Atreo asumió en ese momento la soberanía de Micenas[3] y condujo un ejército de peloponesios, incluyendo a algunos habitantes de Tegea, contra los Heraclidas. Hilo, el hijo de Heracles, cayó en el duelo que le enfrentó a Équemo, rey de Tegea. Los Heraclidas se retiraron entonces a Tricorito, en el Ática, y hasta que no hubieron pasado cincuenta años no pudieron regresar a su patria.[4] En vano acudieron Polinices y Tideo a Micenas en busca de ayuda para la guerra contra Tebas, en la que Argos había de ser desangrada; Zeus impidió que los habitantes de Micenas participasen por medio de aterradores presagios.[5] Por tanto, los últimos cincuenta años de la mitología heroica griega antes del regreso de los Heraclidas fueron reservados para la casa de Atreo y sus hazañas, la más importante de las cuales fue la guerra de Troya.

El cetro de Grecia, que correspondería sobre la Tierra al de Zeus sobre el Olimpo, no había sido ostentado por Perseo, ni por ningún so-

berano de Tebas, ni siquiera por Heracles, que en ambos lugares, tanto en Tebas como en Micenas, fue súbdito de un rey. El primero en obtener ese cetro fue Pélope, que emergió del caldero sacrificial de su padre Tántalo; Homero dice[6] que Hefesto lo fabricó y se lo dio a Zeus; el rey de los dioses se lo regaló a Hermes, Hermes a Pélope y Pélope a Atreo. Después lo fueron heredando los reyes de Micenas; Tiestes lo heredó de Atreo y Agamenón de Tiestes. Los dos hermanos heredaron algo más de su padre[7] la maldición de Pélope por el asesinato de su hijo favorito Crisipo, un asesinato cuya historia se ha perdido pero que, en cierto sentido, pone en relación el descuartizamiento de Pélope y el de los hijos de Tiestes. En esta casa había otra posesión fatal, el carnero de oro[8] del que dependía, no menos que del cetro de Zeus, la soberanía. El Vellocino de Oro de Jasón parece ser una alusión a este animal maravilloso y al mismo tiempo su modelo en otro ciclo de leyendas.

En la historia de Pélope, Enómao sacrificó un carnero con el vellón de color claro en sustitución de la víctima, y el futuro gobernante escapó así a la muerte. El sacrificio tuvo lugar frente a la estatua de la diosa a la que los griegos llamaban Ártemis y que estaba acostumbrada a recibir sacrificios humanos en el Mar Negro. Después de la muerte del héroe, sus huesos al menos fueron colocados en el santuario de Ártemis. En la historia de Frixo, el carnero que lo salvó de morir en el altar tenía el toisón de oro que más tarde Jasón tuvo que ir a buscar al Mar Negro para obtener la soberanía de Yolco. No ha llegado hasta nosotros de qué manera tenía que ser sacrificado Frixo, pero sabemos por las historias de los dioses[9] que su madrastra Ino arrojó a dos hijos de Atamante, sus propios hijos, al caldero del sacrificio. Del caldero de Medea en Yolco emergió un carnero rejuvenecido. Es probable que existiese una antigua leyenda oriental en la que un carnero joven, o bien un cordero de oro, precursor del futuro símbolo de Cristo, el hijo del rey del cielo, padecía en lugar del futuro gobernante los sufrimientos de un dios cortado en pedazos y cocido en el caldero. En Micenas la posesión del carnero era la prueba de la legitimidad del rey.

Cuando comienza para nosotros la historia del reinado de Atreo y de su hermano Tiestes,[10] vivían todavía en Midea, pero su madre Hipodamía ya no estaba con ellos. Era otra figura de mujer fatal la que los unía, del mismo modo que Erifila había unido a Adrasto con Anfiarao.

Su nombre era Aérope, «la que tiene la cara blanca como la niebla», y según se decía era nieta de Minos y esposa de Atreo, pero traicionó a su marido con Tiestes. Ella tenía el cordero de oro guardado en un cesto, claramente su toisón, y se lo entregó en secreto a su amante. Los narradores afirmaban que el cordero pertenecía como animal sacrificial a Ártemis y adornaban la historia de la siguiente manera: en cierta ocasión Atreo prometió ofrecer a la diosa la mejor cabeza de su ganado, pero cuando vio su vellón de oro no lo hizo. Quiso quedárselo y escondió su tesoro en un cesto. Otros pretendían[11] que Hermes, el padre del desafortunado Mirtilo, el auriga al que Pélope debía su victoria sobre Enómao, puso al animal maravilloso entre los rebaños de Atreo para vengar la muerte de su hijo en la familia del vencedor. Un pastor había llevado el cordero a Atreo, y de esa manera, gracias a la infidelidad de Aérope, acabó en manos de Tiestes. Todo esto sucedió mientras estaban todavía en Midea.

Cuando los habitantes de Micenas recibieron un oráculo[12] que les ordenaba elegir como rey a un hijo de Pélope, mandaron a buscar a Atreo y Tiestes. Se produjo una disputa acerca de cuál de los dos debía ser rey, y Tiestes propuso astutamente que eligiesen a aquel que tuviese en su poder un toisón de oro. Atreo, que creía tenerlo, aceptó y entonces Tiestes sacó el toisón y se convirtió en rey de Micenas. Atreo tuvo que exiliarse,[13] pero Zeus no podía permitirlo. Alteró el curso de los astros e hizo que el Sol saliese por el oeste y se pusiese por el este.[14] Al ver esto, los habitantes de Micenas se dieron cuenta de que habían hecho la elección equivocada, y de este modo Atreo expulsó a su hermano,[15] y Tiestes comenzó su vida errante de desterrado. Pero tampoco el otro se sentía muy seguro de su soberanía, pues al parecer Tiestes, que había conseguido el toisón de oro gracias a Aérope, tenía más derechos sobre él que su hermano. Su nombre significa «el hombre del sacrificio», aunque los narradores más tardíos supiesen muy poco acerca de ese sacrificio. En virtud de esto había sido consagrado rey y ahora esta consagración debía ser anulada. Por lo tanto, Atreo concibió su plan más horrible.

Los narradores tardíos tuvieron serias dificultades para justificar tanto horror. Afirmaban[16] que ello no ocurrió hasta que Atreo hubo descubierto la infidelidad de su mujer, y que entonces volvió a llamar a

Tiestes, con el pretexto de una reconciliación, para vengarse de él. Según las versiones más antiguas, sin embargo, puede que Tiestes no hubiese sido desterrado siquiera y que Atreo hubiese preparado ese horrible banquete para su hermano inmediatamente después de subir al trono. Como resultado, el mundo gobernado desde Micenas por esta dinastía se sumió en un completo desorden. Atreo hizo lo mismo que se contaba de su abuelo Tántalo, salvo que no mató a su propio hijo. En su lugar, mató a los hijos de Tiestes e invitó a su hermano y a nadie más[17] a comer las vísceras asadas y la carne hervida.[18] Procne y Filomela habían hecho una invitación similar a Tereo. Entre los pueblos de oriente era un castigo terrible,[19] la profanación de un acto sagrado, que en Grecia había pervivido en la forma del hervido y asado de una cabra, la víctima sacrificial sustitutiva en los Misterios de Dioniso.[20] Este sacrificio ya había sido profanado por Tántalo y ahora era profanado en mayor medida aún por Atreo, de modo que Tiestes, al comerlo, debería ser a su vez profanado y destruido por completo. Cuando Tiestes se dio cuenta de lo que acababa de comer,[21] cayó de espaldas, vomitó la comida, derribó la mesa de una patada y lanzó una maldición sobre su familia para que cayeran de la misma manera. Se decía[22] también que el Sol invirtió el curso de su carro.

Atreo tuvo dos hijos con Aérope: Agamenón y Menelao. Tras la muerte de sus hijos, a Tiestes sólo le quedaba una hija. Eso es lo que decían la mayoría de narradores, y tan sólo aquellos que no querían explicar la historia del nacimiento de Egisto[23] inventaron que el vengador ya había nacido y que, cuando era todavía un lactante, Tiestes se lo había llevado consigo al exilio. Existen dos versiones de una tradición sin duda muy antigua acerca del nacimiento del vengador. Es evidente que esa tradición aludía al hecho de que el vengador era el fruto de una unión infernal, la unión del padre de los niños asesinados con su propia hija, como las bodas legendarias de Zeus con Perséfone.[24] Según una de las versiones, Tiestes recibió del oráculo de Delfos la orden de engendrar al vengador de esa manera.[25] Se había refugiado en el palacio del rey Tesproto en los confines del Inframundo.[26] Allí mantuvo relaciones con su hija Pelopia, que se mostró muy piadosa con su padre por cuanto concibió de él al vengador.[27] En la otra versión le ocurría más o menos lo mismo que a Auge, la sacerdotisa de Atenea en Tegea,[28]

que concibió a Télefo de Heracles, una historia que será narrada en breve. Pelopia vivía en Sición, y Tiestes llegó una noche en la que se le estaba ofreciendo un sacrificio a Atenea.[29] Su hija conducía el coro de las vírgenes, y mientras bailaba resbaló y manchó su vestido con la sangre de la víctima. Dejó entonces a las muchachas y se dirigió al río para lavar la mancha de sangre del vestido. Se desnudó y Tiestes, que se había escondido entre unos arbustos, la asaltó con la cabeza cubierta por un velo. De esa manera ella tuvo un hijo, al que abandonó. Una cabra amamantó al niño, que por ello recibió el nombre de Egisto.[30] Al llegar a la edad adulta, se enteró de quién era su padre, mató a Atreo y volvió a sentar de nuevo a Tiestes en el trono de Micenas.[31]

Mucho más tarde se mostraba la tumba de Atreo en Micenas[32] y la de Tiestes en el camino que conduce a Argos. Estaba coronada con un carnero de piedra.[33] Muchas tumbas antiguas tienen una decoración similar, pero si se afirmaba que esta tumba en particular pertenecía a Tiestes, ello quería decir sin duda que éste y no Atreo era el rey que fue elegido porque tenía el toisón de oro. Según otra leyenda,[34] Tiestes fue expulsado por Agamenón y Menelao y enviado a la isla de Citera. No todos los narradores se ponen de acuerdo en cuanto a si eran los hijos de Atreo, pues algunos afirman que se trata de sus nietos y que son los hijos de Plístenes,[35] a quien los mitógrafos incluyeron en el árbol genealógico de la familia de los Pelópidas, si bien no siempre concuerdan en el lugar que ocupa. Los hermanos que habían de continuar la dinastía crecieron en el exilio. Tindáreo, rey de Esparta, los condujo más tarde de nuevo a su patria en Micenas. Al verlos, Tiestes se refugió en el altar de Hera,[36] salvando así la vida. Agamenón se convirtió en el gran rey de Micenas, y Menelao heredó de Tindáreo la soberanía de Esparta. Esta soberanía no había de resultar afortunada, pero la maldición más terrible recayó sobre el hermano mayor, que empuñó el cetro de Pélope después de Tiestes.

CAPÍTULO VII

ANTECEDENTES DE LA GUERRA DE TROYA

Ni siquiera a los héroes más antiguos de Grecia les faltó la protección y el favor de las grandes diosas. Palas Atenea, hija de Zeus, ayudó a los hijos de Zeus. Fue ella quien lo dispuso todo para que Teseo fuese engendrado por Posidón; a su manera, Hera ayudó a Heracles y a Jasón a conquistar la gloria. Como madre de los gemelos divinos, una diosa celestial que aparece bajo varios nombres (Antíope, Melanipa, Tiro y Leda son los más conocidos) asumió el papel de mujer primigenia, por no hablar de las jóvenes divinas como Harmonía, Ariadna o Medea, de las que tomó el aspecto para mantener relaciones con los mortales. Pero fue tan sólo al principio de aquella Era Heroica en la que la historia del mundo comenzó de manera mitológica, en los días en que la tierra sufría bajo el peso de una humanidad que se había vuelto demasiado numerosa,[1] cuando algunas grandes diosas fueron condenadas a engendrar hijos con los mortales. De esa manera el género humano debía alcanzar su apogeo. Podría decirse que la historia de los héroes entra aquí en el «tiempo», en el sentido que le damos nosotros; todo lo sucedido anteriormente era «tiempo primordial», o bien «tiempo» confundido todavía con el «tiempo primordial».

En la costa asiática del mar griego, Afrodita, la diosa del amor, se unió con el pastor troyano Anquises,[2] sobrino de aquel Laomedonte al que castigó Heracles, y engendró con él a Eneas, si bien no lo crió ella misma, sino que se lo confió a las Ninfas del monte Ida.[3] Se decía que el hijo de Afrodita se asemejaba en su aspecto a los dioses,[4] y en Troya era a quien más protegían los dioses celestiales,[5] pues tan sólo a él se le

reservó un lugar en la historia futura de la humanidad. Los romanos veneraban en él al fundador de su nación, al creador de su imperio, que había de conquistar todas las costas del Mediterráneo y más incluso. Su madre y Febo Apolo lo salvaron en su combate con Diomedes,[6] Posidón lo libró de la derrota que estaba a punto de sufrir a manos de Aquiles.[7] Por el bando griego, Aquiles era el hijo de una diosa. Ya conocemos la leyenda del nacimiento de Eneas por las historias de los dioses. Ahora contaremos cómo se produjo el nacimiento de Aquiles.

Por las historias de los dioses[8] sabemos que, además de la titánide Tetis, Eurínome y Anfitrite, también la nereida Tetis era una de las grandes diosas marinas griegas. Antes de que se convirtiese en la madre de Aquiles, Zeus y Posidón se la habían disputado. Si ella le hubiese dado un hijo a uno de estos dos grandes dioses, éste hubiera llegado a ser aún más poderoso que el padre y en lugar de las guerras de Tebas o de Troya, que causaron el debilitamiento del género humano dentro y fuera de Grecia, hubiese surgido una nueva era de soberanía divina bajo el gobierno de un nuevo rey de los dioses. Temis, la madre de las Horas, que ni defraudan ni engañan, sino que conducen los tiempos a su sazón en el momento oportuno, conocía el cambio que amenazaba el gobierno del mundo. Advirtió a los hermanos rivales[9] y, siguiendo su consejo,[10] Zeus decidió obligar a la diosa marina a contraer matrimonio con un mortal.[11] Otros narradores antiguos añadieron que Hera había elegido para ella un marido especialmente caro a los dioses, pues Hera había criado[12] a Tetis y ésta a su vez, por amor a Hera, había escapado del matrimonio con Zeus,[13] seguramente hacia su propio elemento, el mar. Allí el rey de los dioses se encontró de improviso frente a Posidón, y se hubiese trabado un combate entre ambos hermanos allí mismo si la palabra de Temis no los hubiese aplacado.

El esposo elegido para la diosa marina vivía en Tesalia, en el Pelión, con el centauro Quirón.[14] No sabemos si su nombre guardaba relación con esta imponente montaña o bien con el terreno arcilloso, *pelós*, o si *Peleo* significaba otra cosa que se nos escapa. Éaco, hijo de Zeus y de la diosa insular Egina, por amor a la cual el rey de los dioses había transformado unas hormigas en hombres,[15] los Mirmidones, engendró a Peleo con Endeis, «la que vive en enemistad», la hija del infernal Escirón al que Teseo dio muerte. Otros afirmaban que los Mirmidones, que for-

maban el ejército que acompañó a Aquiles a Troya, eran un pueblo que residía en Tesalia y no inmigrantes llegados al país con Peleo.[16] Sostenían[17] también que Quirón era el padre de Endeis y que Zeus había traído a su hijo desde Egina hasta Tesalia y lo había establecido como rey en el Pelión.[18] Por lo demás, la piedad de Éaco era famosa.[19] Se decía que había liberado a toda Grecia de la esterilidad que sufría a causa de Pélope, el cual, fingiendo amistad, mató al rey Estinfalo y dispersó sus miembros por todo el país –de nuevo la historia de un sacrificio sacrílego, como los que con tanta frecuencia hemos venido mencionando–. Éaco recibió honores no sólo de Zeus sino también del rey del Inframundo; de hecho, sabemos que recibió las llaves del Hades.

Probablemente Peleo no fuese su único hijo. Se decía que Telamón, el que «porta» o «soporta», el padre de Áyax de Salamina, no era sólo amigo sino también hermano de Peleo.[20] Los dos habrían tenido un hermanastro en la persona de Foco, «el hombre foca», a quien Éaco engendró con Psámate, «la joven de arena», una hija de Nereo que intentó escapar de él adoptando el aspecto de una foca.[21] Este Foco fue muerto, ya fuese por accidente o a propósito, por los hermanos.[22] En Egina se mostraba su tumba cerca del santuario de su padre, el guardián de las llaves de Hades.[23] La historia sigue diciendo que entonces Telamón emigró a la isla de Salamina y Peleo a Tesalia. Allí se refugió en el palacio del rey de Ftía, que tenía nombre de centauro, Euritión. Fue purificado por él y además, como yerno del rey, recibió un tercio del país.[24] En aquella época Peleo no atravesaba como quien dice un buen momento y atraía la mala suerte. Fue con Euritión a la caza del jabalí del Calidón y mató involuntariamente a su suegro, como sabemos por el relato de esta desafortunada aventura.[25] En lugar de regresar a Ftía, tuvo que huir a Yolco, donde fue purificado por Acasto, el hijo de Pelias. En su calidad de púgil, Peleo participó en los juegos funerarios en honor de Pelias,[26] un tema cantado por muchos poetas. A los artistas les gustaba especialmente describir su lucha con la hermosa Atalanta, un espectáculo excitante en el que fueron tomadas todas las precauciones necesarias para que la lucha no deviniese en combate amoroso, pues Peleo también era apuesto y no resulta sorprendente que su belleza le resultase a sí mismo tan dañina como la de Belerofonte o la de Hipólito. La esposa de Acasto se enamoró del púgil, y como el héroe no la correspondió

intentó causarle la ruina. De acuerdo con los narradores más tardíos, que recopilaron todas estas historias acerca de Peleo, la primera víctima de sus calumnias fue la hija de Euritión en Ftía, que creyó que su marido la había abandonado y se ahorcó.[27]

Acasto creyó a su esposa, como los maridos hacen siempre en este tipo de relatos antiguos, y actuó en consecuencia. Como era su huésped, él no podía dar muerte personalmente al invitado que acababa de purificar, pero lo envió a cazar todos los animales salvajes del Pelión; al principio no iba solo, sino que tenía que competir con otros cazadores. También éste parece ser un relato antiguo, en el que se establecía el principio de ofrecer únicamente las lenguas de los animales cazados a las divinidades de la caza Ártemis Agrótera y Apolo Agreo.[28] La historia decía[29] que los demás cazadores se llevaron los animales que había matado Peleo y reclamaron el premio de la victoria. Mientras tanto, el héroe se había quedado dormido en el Pelión, pero al final llegó con las lenguas en su zurrón y pudo demostrar así su superioridad.[30] Acasto intentó destruir al héroe, que dormía en un establo, apoderándose primero de su cuchillo.[31] No se han conservado los detalles, tan sólo sabemos que los dioses le habían regalado a Peleo este cuchillo, obra de Dédalo, como premio a su virtud[32] y que cuando Acasto tuvo en sus manos ese objeto maravilloso no supo hacer nada mejor con él[33] que rezar y esconderlo en el estiércol,[34] para que el héroe no pudiese defenderse de los centauros que pululaban por los alrededores. Al parecer se trataba de un cuchillo mágico, y se atribuía su fabricación a las artes de Dédalo porque no podía ser utilizado contra su dueño. Quirón lo buscó bajo el estiércol y se lo devolvió al héroe. El mensaje de los dioses que le llegó a Peleo en esta cueva[35] decía que él, el más piadoso de los mortales, debía celebrar su matrimonio con Tetis.

Después de las uniones de Zeus y de las bodas de Cadmo y Harmonía, las nupcias celebradas en esta ocasión fueron las más importantes de todas las que se relatan en las historias de los dioses y de los héroes. Pero a Peleo no le resultó tan fácil, según dan a entender poetas posteriores,[36] sacar a la diosa marina del palacio de Nereo para llevarla primero a la cueva de Quirón[37] y luego a Ftía, la fértil tierra donde una vez había reinado Euritión.[38] Tuvieron que esperar hasta una noche de plenilunio,[39] propicia para los matrimonios.[40] Cuando había luna llena,

Tetis acostumbraba a visitar la costa de las sepias, la playa que había a los pies de la empinada ladera del Pelión, donde bailaba con sus hermanas en torno al altar en el que las hijas de Nereo recibían sus ofrendas. La diosa de argénteos pies[41] emergió de las olas del mismo modo que en el principio de los tiempos Febe salía de su lago, situado en la ladera oeste de la misma montaña.[42] El héroe tuvo que agarrarla con fuerza y mantenerla bien sujeta entre sus brazos.[43] No se trataba de una simple lucha cuerpo a cuerpo como con Atalanta, sino de un combate por amor. La esposa reacia desplegó todas las artes de transformación de las antiguas divinidades marinas. Se transformó en fuego y en agua,[44] le mostró unos dientes afilados como los de un león[45] y trató de defenderse de su abrazo adoptando forma de serpiente.[46] Al final se rindió asumiendo la forma del pez más delicado de todos, el que daba su nombre a esa costa, la *Sepias Akté*.[47] De las bocas de los luchadores no escapó un solo sonido.[48]

Por la mañana los dioses acudieron al banquete nupcial. De acuerdo con una antigua tradición griega, confirmada tan sólo por esta historia, los parientes llevaban sus regalos a la joven pareja el día siguiente a la noche de bodas, como si fuese una continuación de la fiesta. Recibía el nombre de *Epaúlia*,[49] porque en tiempos remotos el esposo y la esposa probablemente habrían dormido juntos por primera vez en un *aúlion*, una cabaña en el campo. Parece que el antiguo pintor vascular Clitias pretendía mostrar a Tetis de buena mañana en un lugar así: en una cabaña redonda de adobe que, no obstante, el pintor ha adornado en su dibujo con columnas y un frontón para darle un toque de nobleza. El primero en saludarlos fue Quirón. A su lado entró Iris, la mensajera, y condujo a las diosas y dioses. Hestia, Deméter y la esposa de Quirón, Caricló, llegaron las primeras; inmediatamente después, Dioniso y las tres Horas, luego Zeus y Hera con las Musas, que cantaron en la fiesta, según se afirma en otro lugar.[50] Los siguieron otras parejas de dioses: Posidón y Anfitrite, Afrodita y Ares, Apolo y Ártemis, Nereo y Dóride, Hermes y su madre Maya, y antes que ellos las Moiras, que eran cuatro y quizá pretendían, al igual que las Musas, cantar en el banquete[51] y predecir el nacimiento de su glorioso hijo. También Océano estaba presente, y, por supuesto, con él llegó la titánide Tetis; ellos formaban la pareja de abuelos, mientras que Zeus podría haber asistido en

calidad de abuelo de Peleo. Las Cárites tampoco faltaron, pues sin ellas no hubiese sido una boda de verdad.[52] Como regalo nupcial, Dioniso trajo un ánfora de vino cargada a la espalda; tanto el artista como los espectadores que contemplaban su obra sabían que este regalo acabaría teniendo un significado trágico. Se decía[53] que Posidón le regaló entonces a Peleo los caballos inmortales, Balio y Janto, Moteado y Rubio, que acompañaron a Aquiles a Troya y demostraron ser profetas de desgracias. Fue entonces cuando Quirón presentó la lanza de fresno que en manos del hijo de Peleo, cuyo nacimiento en cierto modo solemnizaba esta boda, también iba a tener una resonancia trágica;[54] a menos que fuera el propio Peleo quien se fabricó la lanza y, con ella en la mano, marchó contra Yolco y conquistó la ciudad.[55]

Pero esto ocurrió bastante después. Los dioses no sólo vinieron a saludar y traer sus regalos, sino también para asistir a la fiesta,[56] pues en aquellos días inmortales y mortales a menudo celebraban banquetes juntos.[57] Las bodas de Tetis y Peleo fueron la última ocasión en que lo hicieron. Todos los dioses estaban allí reunidos, pues Zeus los había invitado a todos a excepción evidentemente (o al menos así podría parecer) de la diosa Eris, Discordia.[58] Es muy probable que previamente lo hubiese consultado con la sabia diosa Temis,[59] que le había prevenido contra su boda con Tetis, que hubiese causado su ruina. ¿O fue acaso una gran diosa marina la que se lo aconsejó? De acuerdo con otra tradición,[60] fue Momo, el Sarcasmo, quien se lo sugirió. Cuando la Tierra se quejaba del peso que debía soportar porque estaba superpoblada, Momo criticó a Zeus porque se proponía destruir a la humanidad con sus rayos o con un diluvio, y le aconsejó que en lugar de ello engendrase a Helena y diese a Tetis en matrimonio a Peleo, con todas las consecuencias que iban a traer estos dos acontecimientos, incluyendo su corolario final, que consistió en la desaparición de la raza de los héroes.[61] Sin embargo, Eris debía asistir al banquete nupcial, y al verse rechazada arrojó entre los presentes una manzana[62] que llegaría a alcanzar tanta fama para la posteridad como aquella otra de la que hablan los hebreos.

Ahora bien, tanto si la manzana de Eris procedía del Jardín de las Hespérides, como pretende un poeta de época muy tardía,[63] como si era simplemente de oro,[64] cosa que resultaba apropiada tratándose de diosas, lo cierto es que estaba destinada a la más bella con una palabra gra-

bada,[65] o quizá pronunciada[66] o tal vez ni siquiera expresada, pero que todo el mundo sobreentendía: «Para la más bella». Ahora bien, *Kallíste*, «la más bella», era en la boca de los mortales un nombre divino que, por encima de todas las demás diosas, le correspondía a Ártemis.[67] Entonces las tres diosas más importantes, Hera, Atenea y Afrodita, quisieron coger ese regalo portador de desgracias. Estalló una disputa que, zanjada por un mortal, acarrearía el debilitamiento de la raza humana, la destrucción de Troya y la disolución del imperio de Micenas. El rey de los dioses en persona designó al joven al que le correspondía tomar la decisión.[68] Hermes debía llevarle la manzana y acompañar a las tres diosas a través del mar, mientras Peleo marchaba con su lanza y sus caballos inmortales contra Yolco para castigar a Acasto y su esposa, y más tarde hacía su entrada en Ftía con Tetis y su botín.[69] De acuerdo con narradores más tardíos,[70] habitaba[71] en las ciudades de Farsalo y Tetideo, «santuario de Tetis». Peleo, esposo mortal de una diosa que, como veremos a continuación, no permaneció con él en todas las tradiciones, reinó allí.

Al otro lado del Helesponto se levantaba el monte Ida, y a los pies de esta montaña de los dioses, en una colina situada a las orillas del río Escamandro (en el lenguaje de los dioses era Janto,[72] «el rubio»), se hallaba la ciudad fortificada de Troya. Posidón y Apolo la habían construido para Laomedonte, y Heracles y Telamón, el hermano o amigo de Peleo, la destruyeron por primera vez; ya hemos contado la historia. Ahora reinaba allí Príamo, el único hijo de Laomedonte al que Heracles dejó con vida.[73] Originariamente se llamaba Podarces, «de pies veloces», pero ya sabemos cómo adquirió su famoso nombre. Su hermana Hesíone lo rescató de Heracles con su velo recamado en oro. Ella misma siguió a Telamón a Salamina y le dio un hijo llamado Teucro, que más tarde participaría en la guerra de Troya con su hermanastro Áyax.[74] Su deseo de que Troya resurgiese bajo el reinado de su hermano menor[75] se había visto cumplido. En la fortaleza reconstruida, Príamo fundó la familia real más numerosa que se conozca en las leyendas de los héroes. Su esposa y sus concubinas le dieron cincuenta hijos, por no hablar de sus hijas; ése es el número que le da a Aquiles[76] cuando ya la mayoría de ellos habían caído. En realidad, *Príamos* significa casi lo mismo que *pérramos*, es decir, «rey».[77] Por otro lado, su reina Hécuba

llevaba un nombre divino, pues así es como debía pronunciarse en la lengua frigia el nombre de la diosa a la que los campesinos del Ática llamaban Hécale. Detrás de estas dos ancianas de la leyenda se eleva la extraordinaria figura de la gran diosa Hécate. Se decía que el padre de Hécate era el río Sangario o, si era un mortal, un tal Ciseo, «el portador de hiedra».[78] Ella no murió como mueren las mujeres, sino que se transformó en perra – una perra fantasma con mirada de fuego–[79] y se arrojó al mar,[80] de una manera digna de la «diosa poderosa» de la que la perra marina Escila era un nombre.[81]

Justo después del nacimiento de su primer hijo, Héctor, «el protector», que iba a lograr mantener a los griegos apartados de Troya, Hécuba,[82] embarazada por segunda vez,[83] soñó que daba a luz una antorcha encendida, cuyo fuego se extendía por toda la ciudad. En el sueño de la reina, una Erinia dotada de cien brazos y que llevaba fuego abatía la ciudad de Troya, como dice el poeta.[84] Entre los adivinos que tenían que explicar el sueño, estaba también Herófila, «cara a Hera», la primera y más vieja de las Sibilas, sacerdotisa de Apolo Esminteo.[85] También Casandra, hija de Príamo, era una adivina que debía su don profético a Apolo, pero como había rechazado el amor del dios, nadie creía sus palabras.[86] Casandra pretendía que matasen al hijo que Hécuba llevaba en su vientre,[87] y por esa razón Príamo hizo que llevasen al niño al monte Ida y lo abandonasen allí.[88] Era el reino de la Señora de los Animales, de quien sabemos[89] que amaba la figura de osa. Al niño le ocurrió lo mismo que a Atalanta, pues una osa lo amamantó durante cinco días.[90] Los pastores que lo encontraron[91] lo llamaron primero Paris,[92] pero más tarde le dieron el nombre de Alejandro, «el que defiende a los hombres»,[93] nombres ambos que se adecuaban al hijo de un rey ya desde buen principio. ¿Sería acaso originariamente su ama de cría Enone, la Ninfa con nombre dionisíaco, una hija de un dios fluvial, a la que los narradores tardíos conocen[94] tan sólo como esposa de Paris en la época en la que él era un pastor? Independientemente de la figura y del nombre que tuviese, lo cierto es que una habitante divina del monte Ida mantuvo al niño con vida.

Por orden de Zeus, Hermes acompañó a las tres diosas hasta este príncipe troyano para que fuese él quien decidiese a cuál de ellas le correspondía la manzana. Tenía que decir cuál era la más bella, según

cuentan los poetas antiguos y los narradores, que con esas palabras no pretenden aludir tan sólo al atractivo erótico, sino a lo mejor de lo que el mundo contiene. Porque no era necesario ni el hijo de un rey, ni un pastorcillo para decidir que Afrodita era la que poseía el mayor atractivo erótico en el Cielo, en la Tierra y en el Mar. Tenía razón aquel filósofo que dijo[95] que Paris tenía que elegir entre la disciplina guerrera, una vida dedicada al amor y la soberanía; el primero era el regalo de Atenea, el último el de Hera. Ante él tenía tres formas de la belleza divina, y las representantes de estas formas llevaban el esplendor de esa belleza. Las tres eran bellas, pero para realzar su belleza se lavaron en las fuentes abundantes en agua del Ida.[96] No obstante, en los relatos antiguos, ni siquiera Afrodita se desvestía, pues en esas versiones no se trataba de resaltar la belleza de un cuerpo. La diosa del amor hizo que las Cárites y las Horas le confeccionasen un espléndido vestido con todos los colores de la primavera, se hizo coronar además con flores fragantes y fue conducida a presencia de Paris acompañada de cantos.[97] A pesar de ello, cuando las diosas aparecieron ante el pastor, los cabellos se le erizaron[98] como si hubiese visto fantasmas. Hubiese querido escapar. Entonces las diosas le ofrecieron sus dones:[99] Atenea la victoria y el heroísmo, Hera el gobierno de Asia y Europa, Afrodita la posesión de Helena, hija de Zeus.

Cuando Paris hubo hecho su elección, humilló a las otras dos diosas.[100] En su locura, se causó daño a sí mismo sin necesidad y sucumbió a su locura amorosa sin ni siquiera haber visto a la bella hermana de los Dioscuros. La fama de su belleza llenaba en aquel tiempo el mundo entero. Teseo ya la había raptado, pero sus hermanos la habían rescatado de Afidna y ahora vivía en Laconia, hasta donde viajó Paris. Tuvieron que construirle la nave[101] y entonces seguramente tuvo lugar la escena que un pintor vascular parece contarnos. Antes que nada, Afrodita condujo al príncipe de vuelta a casa de sus padres. También se decía que el propio Paris estaba ocupado talando pinos en el Ida para construir un barco que iba a causar infinitamente más desgracia que aquel otro que una vez bajó hasta el mar desde el monte Pelión.[102]

Allí, en Tesalia, Tetis le dio un hijo a Peleo y después, de acuerdo con la mayoría de relatos, regresó a las profundidades del mar,[103] aunque quizá no para siempre; en ese caso hubiese dividido su existencia

divina entre el palacio de Peleo y el de Nereo. Es cierto que algunos narradores afirmaban que ella se había unido al héroe tan sólo una vez,[104] como Afrodita a Anquises en la conocida historia de los dioses.[105] De acuerdo con esta versión, Aquiles habría nacido en las profundidades marinas y su madre lo habría depositado en la orilla, a la que más tarde él acudía con frecuencia para invocarla.[106] Su nombre Aquiles, en realidad Aquileo, se halla estrechamente relacionado con nombres de divinidades fluviales, seres que habitan en las profundidades como Aqueloo y Aqueles. Había también una leyenda acerca de un cambio de nombre,[107] pues parece que al principio se llamaba Ligirón, «de voz clara». Se inventaron varias razones para justificar algo que era perfectamente natural: el hecho de que Tetis prefiriese su propio elemento al fértil suelo de Ftía. Se dice que Peleo la ofendió,[108] o que ella había intentado probar si sus hijos (pues, según estos narradores tardíos, tuvo varios) eran inmortales arrojándolos a un caldero lleno de agua;[109] o bien que pretendía hacerlos inmortales metiéndolos en el fuego, como hizo Deméter con Demofonte.[110] Todos murieron en el intento a excepción de Aquiles, que fue rescatado por Peleo, pero Tetis se irritó, como Medea, al ser sorprendida mientras realizaba sus actividades secretas.[111] Todas éstas son meras repeticiones de relatos de sobra conocidos que originariamente muy poco tenían que ver con Aquiles. Más antigua parece la historia de que la diosa sumergió a su hijo en la laguna del Hades, Estigia,[112] de modo que Aquiles se volvió invulnerable, a excepción del talón por donde su madre lo había sujetado. Después, la diosa abandonó también al hijo al que casi había hecho inmortal. Peleo llevó al niño, que aún no hablaba, a Quirón, y el centauro lo crió en su cueva con entrañas de leones y jabalíes y con médulas de osos.[113] A los seis años de edad empezó a cazar animales salvajes;[114] gracias a Quirón aprendió a tener hábitos sencillos,[115] y de él aprendió el arte de curar.[116] Más tarde se creía que Quirón también había enseñado a tocar instrumentos de cuerda a Aquiles, e incluso se representaba la escena.[117]

CAPÍTULO VIII

LOS HÉROES DE LA GUERRA DE TROYA

Los antiguos narradores nunca consiguieron unir todas las historias independientes de la mitología de los héroes para formar un solo relato largo sin caer en contradicciones. En concreto, nunca quedaba claro si las cosas ocurrían simultáneamente, antes o después. Todo el mundo sabía que los dos hijos de Atreo, Agamenón y Menelao, eligieron por esposas a las dos hijas más peligrosas de la casa de Tindáreo, que había traído a los hermanos a su patria, Clitemnestra y Helena. Pero ¿qué ocurrió después? Del mismo modo que Helena ya había sido raptada una vez antes de casarse con Menelao, también Clitemnestra había tenido otro marido antes de Agamenón. Probablemente se trataba de un hijo de Tiestes,[1] llamado Tántalo por su bisabuelo. Agamenón debió de sentir una pasión irrefrenable por la esposa de su primo, y fue entonces cuando su naturaleza dominante que no conocía límites, su carácter, que hacía que pareciese un Zeus terrenal y que en su juventud hubiese tenido incluso rasgos titánicos, se puso de manifiesto por vez primera. Mató a Tántalo, arrancó a su hijo del pecho de su madre, lo estrelló en el suelo y se llevó a la joven por la fuerza.[2] Esta temprana y pasional unión con Clitemnestra, a quien no se consideraba hija de Zeus, explica por qué Agamenón, después de que los Dioscuros rescatasen a Helena, pidió la mano de la joven para su hermano Menelao; pues el gran rey de Micenas no podía permanecer ajeno a esta petición, sino que debía salir victorioso.

De modo que todo esto ocurrió en la época en que Agamenón ya había ocupado el lugar de Tiestes en el trono de Micenas. Sin embargo,

la afirmación[3] de que la única causa de que Aquiles no derrotase en aquella oportunidad a Menelao es que todavía era un niño bajo la tutela de Quirón, o los chismorreos de Helena en Eurípides,[4] en el sentido de que el hijo de Tetis había sido uno de sus pretendientes, no encajarían en la cronología. Si, cuando fue raptada por Paris, Helena dejó atrás una hija pequeña,[5] que quizá tenía nueve años,[6] entonces su matrimonio tuvo que haberse celebrado antes que las bodas de Peleo y Tetis. El significado de la costumbre de hacer que todos los pretendientes del país acudiesen juntos a pedir la mano de la princesa no era tanto darle a la muchacha la oportunidad de elegir como ofrecer a los pretendientes la posibilidad de mostrar todo el esplendor y poder de que eran capaces. Podían hacerlo incluso sin tener que presentarse en persona.

Se trataba de una especie de competición por la bella y famosa hija, viva imagen de la dorada Afrodita,[7] que Leda, hija de Océano como mínimo –pues de acuerdo con un relato lo era–,[8] les había dado a Zeus y a Tindáreo. Además de su padre terrenal,[9] también podían ejercer el papel de juez sus hermanos los Dioscuros.[10] Se decía[11] que todos los héroes que habrían de combatir en Troya a causa de Helena tomaron parte de una manera u otra en la petición de mano; es decir, los que no eran simplemente pequeños reyes o acompañantes de reyes, «héroes» tan sólo en el sentido de «hombres nobles», sino que estaban destinados a tener su propia historia y a recibir una especial veneración tras su muerte. Se trataba de figuras sobre las que recaía la sombra de un destino que no podía ser intercambiado con nadie más. Quien quiera conocerlos debe esperar a conocer su destino.

Ya hemos dicho que Agamenón se sumó a los pretendientes, pero que lo hizo en representación de su hermano menor. Pues también por Menelao habría de conducir el ejército de los griegos contra Troya, y después de nueve años de guerra estuvo a punto de convertirse en la causa de una completa derrota, precisamente porque era así como siempre se había mostrado: un rey de los pies a la cabeza,[12] con los ojos y la cabeza de Zeus, con la cintura de Ares y con el pecho de Posidón, apuesto y majestuoso.[13] Pero siempre estaba funestamente unido a una mujer; ante Troya fue Criseida, hija de Crises, sacerdote de Apolo, la concubina por la que ofendió al dios.[14] En aquel momento sentía por esa mujer tal pasión que la prefería a Clitemnestra,[15] que mientras tanto[16]

conspiraba en Micenas con el vengador, el hijo de Tiestes, nacido de una unión subterránea con Pelopia. Era una historia ideal para la escena trágica: el gran rey trucidado como un toro[17] por el amante de su esposa. La imagen del toro y la vaca que Casandra, la profetisa traída a Argos por Agamenón, ve en la pareja real,[18] no era en absoluto, en los tiempos más antiguos, indigna de una pareja como Zeus y Hera. En Esparta, el reino de su hermano Menelao, había un altar de Zeus Agamenón,[19] como si después de su muerte el héroe se hubiese identificado con el rey de los dioses. La tierra protectora ha preservado el lugar donde se celebraba su culto, a las afueras de Micenas, donde también Perseo tenía su culto, junto a un antiguo puente en el camino que conducía a la ciudad.

Odiseo aparece mencionado como el primer pretendiente,[20] o uno de los primeros.[21] No acudió en persona y tampoco envió regalo alguno, puesto que sabía muy bien que Menelao saldría victorioso; el rey de la pequeña isla de Ítaca no podía competir con el hermano del gran rey de Argos y Micenas. Se limitó a aconsejar a distancia a los Dioscuros por medio de mensajeros.[22] Se dice que fue suyo el consejo[23] de que Tindáreo hiciese jurar a todos los pretendientes que prestarían su ayuda si el que fuera elegido esposo recibiera agravios de alguien a causa del matrimonio. Porque cuando llegaron para pedir la mano, todos albergaban sentimientos homicidas contra los demás.[24] De manera que todos prestaron juramento junto a un caballo sacrificado.[25] Ésta era una de las razones –la otra era la capacidad de liderazgo de Agamenón– por la que los antiguos pretendientes tomaron parte en la expedición contra Troya para ayudar a Menelao.

Odiseo prefirió casarse con Penélope antes que con Helena; era la hija de Icario, un hermano de Tindáreo, y acabaría convirtiéndose en el símbolo de la fidelidad eterna.[26] Su nombre contenía la palabra *penelops*, «pato»,[27] un ave cuya imagen aparece representada con frecuencia en la cerámica que se ha encontrado en las tumbas y simboliza una diosa benévola y protectora. La forma humana de la esposa de Odiseo pertenece en cambio a la poesía heroica, cuyos límites deberemos tocar continuamente, si bien no los ultrapasaremos, a menos que resulte inevitable para avanzar en nuestra exposición de la mitología heroica.

Ya se sabe que Odiseo se muestra como el más astuto de todos los

hombres, aunque no lo sea tanto –lo veremos enseguida– como para escapar a la guerra dolorosa y calamitosa que al final iba a separarlo de Penélope y que acabaría derivando para él en su legendario viaje lleno de aventuras. A pesar de todo, era digno de su abuelo, el maestro de los ladrones Autólico, que, según una antigua leyenda ya explicada, había hecho que su hija Anticlea se uniera al rey de los granujas, Sísifo, para que entre ambos le engendraran un nieto así. Cuando Odiseo nació en el palacio de Laertes, como hijo del cual pasaba entre los héroes de la guerra de Troya, Autólico era huésped de su yerno y de su hija. Colocaron al recién nacido sobre las rodillas de su abuelo y le pidieron que buscase un nombre para el niño.[28] Entonces el viejo ladrón replicó: «Ya que me ha acompañado hasta aquí el odio de tantos hombres, se llamará Odiseo». El término griego para «odiado» es *odyssómenos*, y así es como el poeta de la *Odisea* explica el nombre de su héroe, aun cuando en su obra no resulte una figura tan odiada como lo es en otros relatos que no proceden de Homero. Por él sabemos que en aquellos días los nombres tenían que tener un significado, tanto entre los griegos como entre otros pueblos.

A través de Autólico, hijo de Hermes, Odiseo descendía de este dios. Pero al mismo tiempo era uno de aquellos héroes que estaban bajo la especial protección de la diosa Atenea.[29] Según se dice,[30] nació en el recinto del templo de Atenea Alalcomenea en Beocia, y por esa razón, añade la historia, en Ítaca hay una ciudad llamada también Alalcómenas. Independientemente de si provenía de uno u otro lugar sagrado de Alalcómenas, lo cierto es que la diosa lo tomó a su cuidado desde el momento de su nacimiento. Durante la guerra de Troya mantuvo estrechas relaciones con otro protegido de Palas Atenea, Diomedes, que aparece citado inmediatamente después de Odiseo entre los pretendientes de Helena.[31] Con él cometió actos sanguinarios, y no tan sólo los que eran esenciales para la captura de Troya. Éstos hicieron que mucha gente lo odiase, por no mencionar el odio que sentía Áyax hacia Odiseo. Hablaremos de todo esto más adelante.

Entre los Siete que marcharon contra Tebas, el padre de Diomedes, Tideo, era el favorito de Atenea, pero, como se recordará, se trataba de un favorito horrible e indigno. Por eso la diosa transfirió su amor materno al hijo de Tideo, que, como ya se ha dicho, participó en la des-

trucción de Tebas por parte de los Epígonos y reinó en Argos como yerno de Adrasto. Su carácter no era mucho más afable que el de su padre; era más bien un segundo Ares, ligado a Atenea. Bajo las murallas de Troya fue el guerrero más fuerte después de Aquiles, e incluso se mostró superior a Ares. Ayudado por Atenea, hirió con su lanza al dios de la guerra, que cayó con un alarido como el que profieren nueve mil o diez mil hombres en el combate.[32] Antes había herido ya a Afrodita, que salvó a su hijo Eneas de él.[33] De todos los que luchaban, Atenea tan sólo le quitó a él la niebla que tapaba sus ojos para que pudiese reconocer a los dioses en el tumulto de la batalla.[34]

Pero el castigo para este apasionado guerrero, que abandonó a su hermosa esposa por su sangriento oficio, ya estaba dispuesto. Egialea, la sagaz hija de Adrasto, no pasó demasiado tiempo llorando de noche en una cama solitaria, hasta el punto de despertar de su sueño a toda la casa.[35] Pronto buscó consuelo entre los jóvenes de Argos.[36] Tanto si Diomedes regresó a casa[37] y fue expulsado por los amantes de su mujer,[38] como si evitó pasar por Argos[39] y se dirigió directamente al sur de Italia, lo cierto es que[40] la rubia diosa con ojos de lechuza lo convirtió en un dios inmortal que recibía su culto en la Magna Grecia,[41] especialmente en una de sus pequeñas islas, conocida hoy como Le Tremiti, situada frente al monte Gargano. La isla debía llevar su nombre, mientras que sus compañeros, convertidos en pardelas, eran conocidos como «las aves de Diomedes» en los pantanos que se extienden a los pies del Gargano.[42] Parece que en lo alto de este monte, donde hoy en día se venera a san Miguel Arcángel, tenía su sede oracular Calcante, el adivino que acompañó a los griegos a Troya.[43]

También el futuro enemigo de Odiseo, Áyax hijo de Telamón, figuraba entre los pretendientes de Helena.[44] No podía prometer mucho desde su pequeña isla de Salamina, pero ofreció, y le pareció una gran ofrenda,[45] hacer una razia y reunir todos los rebaños de Trecén, Epidauro, Egina, Mégara, Corinto, Hermíone, Maseta y Ásine. Y con su larga lanza hubiese sido capaz de hacerlo. Irrumpió como Ares en la batalla sin la presencia protectora de la diosa Atenea.[46] En su aspecto y proezas guerreras era inferior tan sólo a Aquiles.[47] De estatura gigantesca,[48] con su escudo alto como una torre,[49] capaz de cubrirlos por completo a su hermanastro Teucro y a él mismo,[50] el único que no lle-

vaba coraza, participó en la guerra de Troya como los héroes de antaño y, como en su caso, las piedras eran una de sus armas.[51] Los narradores posteriores lo consideraban invulnerable, al igual que a Aquiles,[52] y afirmaban que fue Heracles quien le puso su nombre.[53] El hijo de Zeus visitó a Telamón para que se sumase a su expedición contra Troya en el preciso momento en que éste y sus acompañantes estaban sentados a la mesa. Sosteniendo la copa dorada en su mano, Heracles rogó a su padre y le pidió que concediese a su anfitrión, el esposo de la hermosa Eribea, un hijo audaz cuyo cuerpo fuese tan invulnerable como su propia piel de león y con un coraje acorde. Zeus hizo que su águila volase hacia ellos como aprobación de sus palabras, y entonces Heracles exclamó, como si fuese un adivino: «Tendrás el hijo que pides, Telamón, y le llamarás por el nombre del águila [*aietós*], Áyax.»

Según otra versión,[54] Heracles envolvió al pequeño Áyax en su piel de león y lo hizo invulnerable, todo él a excepción de las axilas, que no fueron tocadas por la piel. Áyax resultaba invulnerable por su naturaleza desenfrenada, que no conocía límites ni en su rapacidad ni en su generosidad. En los juegos funerarios en honor de Aquiles, las cosas se pusieron feas: Tetis había ofrecido como premio la armadura de su hijo, que había sido fabricada por Hefesto, para el héroe que hubiese hecho mayores méritos en la guerra contra Troya.[55] Se trataba de una decisión difícil, pues habían de elegir entre Odiseo y Áyax.[56] Cuando, de acuerdo con la voluntad de Palas Atenea,[57] la decisión fue favorable al astuto y no al fuerte, Áyax enloqueció y se suicidó.[58] Él fue un ejemplo truculento del castigo que los dioses reservan para la arrogancia, que a nosotros nos parece más infantil que culpable y que no era tan característica de ningún héroe como de este gigante con su larga lanza y su escudo alto como una torre.[59] También en el Hades seguía enfadado con Odiseo y se negó a responder a sus palabras conciliadoras.[60] Pero los habitantes de Salamina le construyeron un altar en el ágora, donde erigieron una estatua suya de ébano, y los atenienses se unieron a ellos en su culto.[61] Antes de la batalla de Salamina, todos los griegos rezaron a Áyax y a su padre.[62]

Se supone que otro héroe con el mismo nombre, Áyax hijo de Oileo, de la Lócride oriental, al norte de Beocia, era también uno de los pretendientes de Helena.[63] Áyax de Salamina era tan amigo de él en

Troya que, aunque el segundo era mucho menor en estatura,[64] aparecían como una pareja de héroes, los dos Ayantes, como dos leones que capturan la misma cabra[65] o como dos bueyes que tiran del mismo arado;[66] los dos eran insaciables de combate.[67] El hijo de Oileo, que era más bajo, poseía unos pies ligeros para perseguir al enemigo,[68] y se comportó de manera impía con los dioses. Cuando cayó Troya y Casandra se refugió junto a la estatua en la que las mujeres troyanas veneraban a Atenea, Áyax se la llevó con violencia. Ella se aferró a la imagen de la diosa con tanta fuerza que ésta cayó al suelo,[69] pero el salvaje Áyax no le prestó atención. Aun en el caso de que no sea verdad[70] que violase a la desgraciada adivina ni que la imagen, al ver este sacrilegio, levantase sus ojos hacia el cielo,[71] ello se debería tan sólo a que los propios griegos se lo impidieron y lo lapidaron.[72]

Áyax, que no se ocupaba en absoluto de los dioses, lo negó con un juramento[73] y Casandra tuvo que seguir a Agamenón, si bien la cólera de Atenea los persiguió a ambos, y muy en especial a Áyax.[74] La flota en la que estos dos contumaces héroes pretendían regresar a casa, pues Agamenón había tomado a Casandra, se vio atrapada por una tempestad en el cabo Cafareo, en el extremo sudoccidental de la isla de Eubea.[75] El barco de Áyax se hundió, pero Posidón le permitió alcanzar a nado un islote vecino.[76] Se aferró con fuerza a la roca y gritó que se había salvado contra la voluntad de los dioses. Entonces el dios del mar golpeó la roca y Áyax se ahogó. Sin embargo, los habitantes de Opunte, en la Lócride, rendían honores al héroe,[77] probablemente bajo la forma de una gran serpiente que, como explica un narrador tardío, solía seguirle como un perro cuando estaba vivo.[78] Para expiar su pecado, los locrios[79] tuvieron que enviar durante mil años,[80] o incluso más,[81] a Ilión, el país que una vez fue de Príamo,[82] a las muchachas destinadas a llevar a cabo los trabajos más pesados para la diosa Atenea.

Se dice[83] que también Macaón y Podalirio, los hijos de Asclepio, los dos héroes médicos de la guerra de Troya, pretendían a Helena. El peor momento de la guerra para los griegos[84] fue cuando Macaón, el médico portentoso, resultó herido por una flecha de Paris. De Idomeneo, nieto de Minos, se decía con total claridad que acudió en persona a la petición de mano y no envió mensajeros ni nada por el estilo.[85] Pero también él estaba destinado a alcanzar la gloria, aunque no como marido de He-

lena, sino por sus hazañas guerreras a los pies de Troya, así como por el destino que le aguardaba a su regreso. También él se vio envuelto en una gran tempestad en su viaje de vuelta. Asustado ante el peligro, prometió sacrificar a Posidón el primer ser vivo que encontrase;[86] pero el primero que acudió a recibirlo en su patria fue su propio hijo. Según otra versión, se trataba de su hija.[87] Los narradores tardíos no dicen si llegó a sacrificar a su hijo; es posible que se negara a hacerlo. Fue expulsado por su propio pueblo y tuvo que emigrar a la Magna Grecia, donde tomó posesión del extremo más meridional del país, al sur de Otranto.

Helena entregó a Menelao la corona que estaba reservada al yerno de Zeus.[88] El lugar conquistado por el hermano de Agamenón en la historia de los héroes no hubiese ido más allá que el de uno de los antiguos reyes de Asia Menor coronado por la gracia de una diosa, si la divinidad, bajo la forma de Helena y por voluntad de Zeus y de la madre Némesis, no lo hubiese elegido por esposo. Frente a Esparta, en la orilla este del río Eurotas, se elevaba desde tiempos muy antiguos el santuario de la diosa Helena, que, según decía la historia, se aparecía allí en persona cuando se trataba de volver hermosa a una joven fea.[89] Pero Menelao estaba destinado, tras haber sido promovido por Helena[90] a dios, a ser transportado todavía con vida al Elisio,[91] si bien ambos eran venerados en Terapne en sus supuestas tumbas.[92] No iba ser nombrado como el último de los héroes de Troya,[93] sino que sería recordado en todos los tiempos por su carácter afable,[94] como convenía al compañero, más obediente que exigente, de su divina consorte. Aun cuando el nombre Menelao, «el que espera al pueblo», resulte apropiado para un dios del Inframundo, se trataba de un dios de los muertos afable. Era rubio, con los ojos azules y las mejillas cubiertas de un bozo juvenil, y tenía unos pies bonitos.[95] Helena le dio una sola hija, una especie de doble suya más joven, como Hebe lo era de Hera y la propia Helena de Leda o Némesis. Según una antigua tradición,[96] los dioses no le concedieron más hijos a Helena después de que hubiese dado a luz a la hermosa Hermíone.

Este matrimonio se hubiese podido comparar al de Tetis y Peleo, si por voluntad de Zeus, y en este caso también de Afrodita, no hubiese aparecido Paris, el nuevo elegido. Esto ocurrió diez años después de la petición de mano de Helena. Recordamos de la historia de los Dioscu-

ros espartanos que el príncipe troyano, que llegó a Laconia acompañado por Eneas, el hijo de la diosa del amor, fue recibido por Cástor y Polideuces. Pero esto no ocurrió en Esparta, sino en Amiclas.[97] Sabemos además que los Dioscuros se alejaron muy pronto del lugar por culpa de la pelea con sus primos de Mesenia. Menelao recibió en Esparta a los extranjeros. Al décimo día[98] (diez es el número más significativo de esta historia), se vio obligado a viajar a Creta, pues había hospedado con frecuencia a Idomeneo, nieto de Minos.[99] Helena se rindió ante el poder de Afrodita como cualquier reina mortal, tal y como lo describe el gran Homero.[100] Por la noche siguió a Paris, llevándose muchos tesoros del palacio real.[101] La pareja se unió en la «Isla Rocosa», Cránae,[102] que podría ser cualquiera de las innumerables islas del mar Egeo. Era como si se repetiese la historia de Ariadna, sólo que en este caso Paris hacía los papeles de Teseo y Dioniso a la vez. Celebraron sus bodas en Troya.[103]

Iris, la mensajera de los dioses, le llevó la noticia a Menelao, que se hallaba en Creta.[104] Éste se dirigió al palacio de su hermano en Micenas,[105] y buscó también el consejo del rey Néstor en Pilos,[106] el único hijo superviviente de Neleo, pues Heracles había dado muerte a los demás; al parecer, el consejo de Néstor, que para entonces era ya anciano y sabio, fue que se dirigiese acompañado por Odiseo al palacio de Peleo para que éste convenciese a su hijo Aquiles de partir hacia Troya.[107] El destino del hijo de Tetis estaba ligado al de Troya; las Moiras debieron de cantarlo con palabras nobles pero lóbregas en las bodas de sus progenitores. Toda Grecia parecía conocer su destino, aunque no tan bien como su madre divina. Pero Aquiles no estaba ligado por el juramento de los pretendientes para tomar parte en la guerra. Agamenón envió mensajeros[108] a los antiguos pretendientes para recordarles su juramento y advertirles de que ningún rey de Grecia podría estar seguro de su esposa si no castigaban al seductor. Aun así, necesitó diez años[109] para reunirlos a todos con sus hombres y sus naves en Áulide, desde donde zarparían hacia Troya.

Odiseo fue lo suficientemente astuto –el único,[110] exceptuando a Peleo, que conocía por Tetis el destino de su hijo, y por esa razón no quería enviarlo allí–[111] para evitar la llamada. Se decía[112] que un oráculo le había predicho que no podría regresar con los suyos hasta pasados

veinte años. Y en efecto, la guerra de Troya duró diez años y las peregrinaciones de Odiseo otros diez. De manera que cuando Agamenón llegó a Ítaca acompañado por un gran séquito, del que formaba parte no sólo Menelao sino también Palamedes, hijo de Nauplio y de la danaide Amimone,[113] el ingenioso Odiseo se comportó como si estuviera loco. No mucho antes se había casado con Penélope. Tenían un hijo pequeño a quien habrían de llamar muy pronto, y con razón, Telémaco, pues fue entonces cuando se decidió que su padre iba a convertirse en «el que combate lejos». Actuando como si no estuviese en sus cabales, Odiseo unció juntos un asno y un buey a un arado y se puso un sombrero en la cabeza[114] que para nada convenía a un rey y le hacía parecer ridículo, como un Cabiro o un Hefesto.

Palamedes, el héroe «de la destreza manual y de los trucos», *palámai*, se dio cuenta. Dejó al pequeño Telémaco en el suelo frente al labriego loco y le dijo:[115] «Ven, únete a nosotros». Odiseo no pudo hacer otra cosa que aceptar, pues de lo contrario hubiese debido pasar por encima de su hijo, pero enseguida mostró su lado odioso a Palamedes. Éste iba a pasar a la posteridad no sólo como un gran inventor, el creador de las letras,[116] de los dados numerados y de los números,[117] sino también como el primer hombre condenado de manera injusta. Los griegos lo lapidaron bajo las murallas de Troya después de que Odiseo escondiese oro y una supuesta carta de Príamo en su tienda.[118]

En Homero no se cuenta nada de esto, como tampoco se nos explica que Aquiles había sido enviado a un lugar seguro por Tetis,[119] antes de que Néstor y Odiseo pudieran llevárselo. Ésta envió al niño, que por entonces tenía nueve años,[120] al palacio del rey Licomedes en la isla de Esciro, donde Teseo halló su inmerecida muerte; de acuerdo con su nombre, el rey tenía los «pensamientos de un lobo». En Homero,[121] Aquiles llama al rey de Esciro Enieo, un nombre que significa «buen guerrero»; en otros lugares se afirma que este Enieo era el hijo de Dioniso y Ariadna.[122] En la isla de Esciro, a Aquiles le ocurrió lo mismo que a Dioniso en el palacio de Atamante:[123] fue criado allí como una niña. Vivía con las hijas del rey y le llamaban Pirra, «pelirroja», por el color de su pelo.[124]

Se corrió la voz de que Aquiles estaba escondido en el palacio de Licomedes. El rey de Esciro estaba seguro de que el niño no sería encon-

trado, y envió un mensaje a los reyes reunidos por Agamenón: «Venid a buscarlo». Odiseo apareció en el palacio de Licomedes cargado de vestidos de mujer que quería regalar a las hijas del rey. De ese modo se le permitió entrar en el *parthénon*, las habitaciones de las muchachas.[125] Bajo las ropas había escondido un escudo y una lanza. Mientras Odiseo mostraba los vestidos a las muchachas, tocó una trompeta como si llamase a la batalla. Aquiles cogió rápidamente las armas y de ese modo fue descubierto. Pero para entonces la princesa Deidamía, «la que obliga a los enemigos», ya estaba embarazada del héroe.[126] Dio a luz a un hijo del que Aquiles se sentía orgulloso,[127] el futuro guerrero de doble nombre, Pirro, «pelirrojo», o Neoptólemo, «el renovador de la guerra». Más tarde, Odiseo también tuvo que ir a buscarlo a Esciro,[128] para que los griegos pudiesen conquistar Troya.

De acuerdo con Homero,[129] Aquiles salió corriendo del palacio de su padre para ir al encuentro de Odiseo y Néstor, y condujo de la mano a estos dos guerreros heroicos sin que Peleo tuviese corazón para impedírselo. Le dio a su hijo sus caballos inmortales, regalo de Posidón, a los que Hera había dotado de voz humana[130] para que advirtiesen a su joven dueño o le predijeran su temprana muerte, así como su potente lanza, cuyo mango había sido cortado el día de sus bodas con Tetis.

CAPÍTULO IX

IFIGENIA Y SU HERMANO Y HERMANAS

Cuando Agamenón se dirigió a Áulide, donde se habían reunido los reyes aliados, para conducir el ejército de los griegos contra Troya, dejó en la ciudad con su infausta esposa Clitemnestra tres hijas y un hijo prometedor,[1] el pequeño Orestes. De acuerdo con Homero, las hijas se llamaban Crisótemis, Laódica e Ifianasa,[2] pero las dos que llegarían a ser famosas sobre todo gracias a los autores trágicos son conocidas bajo nombres diferentes: Electra en lugar de Laódica, e Ifigenia en lugar de Ifianasa.[3] Es cierto que no todos los poetas consideraban que Ifigenia e Ifianasa fuesen dos nombres de la misma heroína,[4] pero también lo es que servían para dirigirse al mismo ser divino, que no siempre había pertenecido a la familia de Agamenón. Ifianasa significa «la que gobierna con la fuerza», e Ifigenia quizá «la que gobierna con fuerza los nacimientos»; e Ifigenia era también uno de los apelativos de Ártemis.[5] Con ella, además de Helena, aparecía otra personificación de la multiforme diosa de la Luna, mucho más severa, semejante a Ártemis y no a Afrodita, en íntima relación con la casa de Atreo.

Por las historias de Teseo sabemos que a Ifigenia se la consideraba hija de Helena, quien la habría dado a luz después de ser rescatada de Afidna y habría entregado la criatura a su hermana para que la criase. De acuerdo con la historia que viene a continuación, Ifigenia era la primogénita y la hija más hermosa de Agamenón y Clitemnestra. Mientras el ejército y la flota se reunían en Áulide para emprender la travesía –de hecho, era la segunda vez que se reunían, de acuerdo con el poeta chipriota que cantó los acontecimientos que precedieron a la guerra de

Troya y los sucesos acaecidos hasta los que se recogen en la *Ilíada*, y que interpola la leyenda de Télefo antes de la de Ifigenia–, el gran rey y caudillo de los griegos ofendió a la diosa Ártemis.[6] La amplia bahía en la que esperaban las naves se halla al parecer entre Hiria y Áulide –las dos localidades que Homero nombra en primer lugar–,[7] frente a Eubea, en Beocia, en una región donde ahora ya no quedan bosques, pero donde en aquel tiempo había, además del templo de la diosa,[8] un bosquecillo consagrado a Ártemis.[9] Allí cometió Agamenón su pecado y allí debía ser expiado.

No resulta fácil repetir la historia de la ofensa de Agamenón, puesto que los narradores más tardíos la han abreviado y simplificado mucho,[10] si no transformado del todo,[11] y los tragediógrafos apenas hacen alusión a ella. Parece ser que en aquella ocasión el tiempo desfavorable para emprender la travesía duraba ya demasiado. Por eso Agamenón prometió sacrificar a la diosa lo más hermoso que le hubiese nacido aquel año.[12] Según parece, Ártemis se mostró de acuerdo; pero ocurrió que el rey encontró por casualidad,[13] en el bosque sagrado de la diosa, un ciervo cornudo de piel moteada.[14] ¿Deseaba la diosa que le sacrificase este hermoso animal? Una palabra imprudente escapó de la boca del rey:[15] «Ni la misma Ártemis...».[16] Probablemente quiso decir:[17] «Ni siquiera Ártemis, aunque quisiese, podría salvar a este animal», pues de inmediato mató al ciervo[18] en el bosque sagrado. ¡Si en su enorme soberbia al menos no hubiese dudado del poder de la diosa!

De modo que el buen tiempo cesó de nuevo, o bien porque se levantó un temporal,[19] o bien porque el viento cesó por completo.[20] Consultaron a Calcante, el adivino del ejército, que dijo[21] que la hija mayor de Agamenón debía ser sacrificada para aplacar la ira de la diosa ofendida. Ése era el único modo de resarcirla por el malhadado sacrificio del animal.[22] ¿Pero cómo iba Clitemnestra a aceptar el sacrificio de su hija? Según se cuenta, fue Odiseo quien inventó la mentira:[23] Ifigenia debía acudir a Áulide para casarse con Aquiles. Matrimonio y muerte, como en el lamento de la hija de Edipo,[24] eran siempre pensamientos asociados desde que Hades raptara a Perséfone. Enviaron una embajada a Clitemnestra, con Odiseo de portavoz,[25] y ella misma acompañó a su hija a la boda.[26]

Ifigenia no fue arrastrada por sus rubios cabellos al sacrificio.[27] Una

pintura mural en Pompeya nos muestra a Odiseo y Diomedes mientras la llevan en brazos[28] al altar. El vestido color azafrán[29] que solían llevar las jóvenes que servían a Ártemis en Brauron[30] le resbala y su pecho queda expuesto al cuchillo.[31] Agamenón se dio la vuelta y se cubrió el rostro. Ella extendió sus brazos hacia la diosa. Mientras tanto, Calcante, el sacerdote de los sacrificios, vio lo que estaba a punto de suceder. Ártemis observaba la escena y dio prueba de su capacidad de salvar, puesta en duda por Agamenón. En el preciso momento del sacrificio,[32] sustituyó a la joven por una cierva y se la llevó a través de los aires hasta la península de la Táuride –llamada hoy en día Crimea– para que fuese su sacerdotisa entre los bárbaros. Se le sacrificaban víctimas humanas, sobre todo los griegos que desembarcaban en aquellas costas. La sacerdotisa debía apoderarse de ellos en nombre de la diosa,[33] llamada allí Partenos –es decir, «la virgen»–, o incluso Ifigenia,[34] que gozaba de este culto tan inhumano. De este modo Ifigenia, en cuanto que heroína al servicio de Ártemis y *alter ego* de la diosa,[35] había de encontrar de nuevo su patria griega en suelo ático, en Brauron.

Los griegos creían que habían sacrificado a Ifigenia,[36] y fue inútil que Clitemnestra pensase lo contrario, si es que lo pensaba. Su orgullo maternal había sido ofendido por el engaño y por la pérdida de su hija, y su naturaleza salvaje se enconó contra su marido. Por eso se produjeron los sucesos cruentos en el palacio de Agamenón tras su regreso de la guerra, de los que su hija mayor había de enterarse mucho más tarde. Agamenón fue degollado como un buey, según se cuenta en la *Odisea*, pero no en su propio palacio sino en la casa de Egisto, quien le había ofrecido un recibimiento hospitalario.[37] Nunca se imaginó que hacía tiempo que su esposa se había trasladado a la casa del vengador que la había seducido.[38] La única persona que hubiese podido advertirle, Casandra, murió a manos de Clitemnestra, cuyo primer asesinato fue así el de la concubina de su esposo.[39] La despiadada mujer[40] llevó a cabo una venganza largamente planeada (de acuerdo con Esquilo, ocurrió en el palacio de Agamenón), y golpeó dos o incluso tres veces con un hacha[41] al gran rey, cuando éste tropezó con la toalla al salir del baño y no podía defenderse. Ella misma describe la escena[42] en la tragedia que lleva por título *Agamenón*. Su plan de venganza podría haber incluido también la muerte del futuro vengador, su propio hijo, Orestes.

Como sabemos por la historia de Cadmo, Electra, la hermana que llevaba el nombre de una gran diosa a la que conocemos por la historia de Cadme, protegió a Orestes como una segunda Palas Atenea, y lo puso a salvo, lejos del alcance de Egisto.[43] Orestes era digno de su nombre, «el hombre de la montaña», mientras se criaba en la Fócide y también después, cuando tras el asesinato de su madre vagó errante perseguido por las Erinias. La Fócide incluye el alto país montañoso que se extiende en torno a Delfos. Allí, a los pies del Parnaso, en la ciudad de Crisa, el niño fue recibido por el anciano Estrofio, huésped[44] y pariente[45] de su padre, y encontró en su hijo Píades al amigo del alma que le acompañaría en sus peregrinaciones. Se criaron juntos, dos jóvenes caros a Apolo, protegidos por el dios del oráculo, en cuyas cercanías vivían. Que Orestes consultase al oráculo[46] si debía vengar el asesinato de su padre resultaba más lógico que las consultas hechas por otros héroes al dios de Delfos. Llegado a la edad adulta, sin duda hubiese vengado a su padre por propia iniciativa, pero ¿podía un hijo tomar venganza por la muerte de su padre en su propia madre? ¿Quién hubiese asumido la responsabilidad? De acuerdo con una antigua leyenda, Apolo le regaló al joven un arco con el que defenderse de las Erinias, los espíritus vengadores de su madre.[47] La respuesta del dios no dejó lugar a dudas.

Hacía siete años que Egisto reinaba en Argos y Micenas. Al octavo, Orestes regresó de la Fócide pasando por Atenas.[48] Al parecer llegó a la ciudad real de sus padres bajo la protección de Palas Atenea, digna hija de su padre, que en la familia de Agamenón estaba representada por Electra. Homero no se detiene en los detalles y evita la descripción de la venganza que el hijo llevó a cabo sobre su madre y el amante de ésta. Nosotros seguiremos su ejemplo y no el de los poetas trágicos que representan, cada uno a su manera, la escena del asesinato: Esquilo en *Las Coéforas*, es decir, «las portadoras de libaciones»; Sófocles y Eurípides en sendas tragedias tituladas ambas *Electra*. Estas obras pueden servir de guía en esta acción cruenta. El día en que Orestes organizó el banquete funerario por su horrible madre y el cobarde Egisto, también llegó a Argos Menelao, que regresaba con Helena de sus peregrinaciones después de la guerra de Troya y continuó su viaje por tierra hacia Esparta.[49] Orestes se hallaba lejos todavía de hallar descanso en una tumba heroica en la Arcadia.[50]

Dos de los grandes autores trágicos nos describen su persecución por parte de las Erinias: Esquilo en sus *Euménides* y Eurípides en la tragedia *Orestes*. De poco le sirvieron al perseguido el arco que Apolo le había regalado y las flechas con las que el propio dios había apuntado en su templo délfico contra las diosas primigenias que vengaban los matricidios.[51] Tampoco la corte suprema, ante la que Apolo reclamó la responsabilidad para sí mismo y Atenea votó a favor de Orestes,[52] absolvió al matricida, pues por una tradición universal quedaron empatados a votos. Las peregrinaciones de Orestes no habían terminado todavía. No todas las Erinias lo dejaron en paz, sino que muchas de ellas continuaron persiguiéndolo.[53] Entonces se postró en el suelo ante el altar del dios de Delfos y suplicó que le diese un último consejo, pues de lo contrario no hubiese podido seguir viviendo.[54]

De este modo Orestes recibió la orden de ir hasta la tierra de los tauros, para recuperar la imagen de Ártemis que había caído del cielo.[55] Ifigenia servía ante esta imagen, y el dios, sin decirlo, había enviado a Orestes y a Pílades a su encuentro. Cuando llegaron, los dos jóvenes griegos debían ser sacrificados por ella. Entonces vino el reconocimiento y la salvación de todos, el robo de la imagen y el regreso a casa de la sacerdotisa, una historia para poetas antiguos y modernos. Entre los antiguos, Eurípides llevó la historia a escena; tras él, un autor moderno representó de una manera aún más digna, como nos parece hoy en día, la apenas veladamente divina figura de Ifigenia.

CAPÍTULO X

TÉLEFO

De Áulide no sólo partió la guerra de Troya. Las secuelas del sacrificio de Ifigenia nos llevarían muy lejos en el tiempo. La primera expedición de los griegos se volvió una campaña involuntaria, cuya descripción nos llevará hacia sucesos anteriores. La historia decía que la flota griega no estuvo lista para partir hasta dos años después del rapto de Helena,[1] pero que por error no desembarcaron en Frigia, en el reino de Príamo, sino bastante más al sur, en la región costera de Misia, que era llamada Teutrania por el rey Teutrante.[2] Aquí los griegos encontraron como enemigos a unos compatriotas que querían detener su avance. Su principal oponente era un héroe que según los narradores había llegado allí desde la Arcadia, pero cuyo culto, tanto en la montaña arcadia del Partenio como en Asia Menor, parece remontarse a leyendas muy antiguas. No sólo se le representaba como hijo de Heracles, sino como el hijo que más se parecía a su padre.[3] Se llamaba Télefo, o más exactamente –pues al parecer se entendía y se usaba así– Telefanes, «el que resplandece a distancia».

En la mayor parte de las versiones, su madre se llama Auge, un término utilizado habitualmente con el significado de «luz». No cabe duda de que también se la llamaba así en aquella antigua historia[4] en la que Heracles, que se dirigía hacia el palacio de Laomedonte, se encontraba con ella, seguramente en la casa del rey Teutrante, que es quien acoge a la madre de Télefo en todas las versiones. Según esta leyenda, Télefo, hijo de Heracles, habría nacido en Asia Menor, y por lo tanto no habría emigrado allí desde Arcadia.[5] En la propia Arcadia circulaba una his-

toria sagrada ligada al templo de Atenea Alea y al recinto sagrado de Télefo en el Partenio, en la que se narraba la concepción y nacimiento del héroe. Alea, el epíteto de Atenea en Tegea, significa el calor que cura y que es buscado con ahínco en el sur durante las estaciones frías y húmedas del año. Por esa razón también el padre de Auge[6] y fundador del templo[7] se llamaba Aleo. Se suponía que Auge era la sacerdotisa de Atenea en Tegea.[8] Era más bien su *alter ego*, a excepción de un detalle: que dio a luz; por esa razón en Tegea se la representaba como «Auge arrodillada», pues era ésa la postura en la que las mujeres trabajaban antiguamente.[9]

La historia de cómo había concebido a su hijo era sagrada, porque estaba relacionada con un templo, pero no por ello resultaba menos oscura, pues narraba la historia de la violación de Pelopia por su propio padre. El hecho difícilmente ocurrió durante la luna llena de la noche de bodas en la que Aquiles fue concebido, aunque los narradores aludan a una danza coral nocturna.[10] Ese tipo de danzas se celebraban en honor de Atenea durante la luna nueva. Ése era también el momento en el que las muchachas lavaban sus vestidos, vestidos manchados de sangre de acuerdo con la historia de Pelopia, y se afirma sin lugar a dudas que Auge fue sorprendida por Heracles junto a la fuente del templo de Atenea Alea.[11] En una pintura pompeyana aparece representada mientras está lavando sus vestidos. Para excusar a Heracles, se decía que estaba borracho.[12] Venía entonces de Esparta,[13] donde había vuelto a sentar en el trono a Tindáreo,[14] y lo que ocurrió era extraño en la vida de ese siervo de las mujeres; como si fuese un instrumento del poder divino que deseaba este nacimiento, se convirtió en violador.

Según una tradición, Auge escondió el niño al que había dado a luz en secreto en el recinto sagrado de Atenea;[15] pero a la diosa no le gustó y envió señales de advertencia. Aleo descubrió el secreto, abandonó a Télefo en el Partenio y envió a Auge al otro lado del mar con Nauplio, hijo de Posidón.[16] De esa manera o incluso en un arca, como aparece representada en una moneda de Elea, ciudad portuaria de Teutrania, llegó al palacio del rey Teutrante. Télefo fue amamantado por una cierva en el monte Partenio, que según otra versión era su lugar de nacimiento.[17] La cierva tenía cuernos,[18] igual que la cierva maravillosa de Ártemis. La gran diosa, que probablemente allí arriba era llamada Par-

tenos y abajo, en la llanura de Tegea, Alea, protegió al niño y quizá deseó incluso su nacimiento. Heracles regresó y se sorprendió ante el niño maravilloso, que había encontrado un compañero en el monte Partenio en la persona de Partenopeo, el hijo de Atalanta.[19]

Ésta es la versión más amable del nacimiento, embellecida por poetas y pintores, y seguía al relato mucho más sombrío de su concepción. El niño, un hijo de Heracles que se parecía a su padre, fue alimentado por la cierva y se convirtió en un héroe errante. Su suerte no fue muy diferente a la de otros héroes errantes. Creció entre los pastores[20] del rey Córito en la Arcadia, y el rey en persona lo adoptó como hijo.[21] Córito también era un epíteto de Apolo como dios sanador,[22] del que más tarde Télefo tendría gran necesidad. En cuanto alcanzó la edad adulta, Télefo mató a sus tíos, los hermanos de Auge, y por eso se quedó mudo,[23] pues según la ley los homicidas debían perder la voz.[24] El oráculo ordenó a Télefo[25] marchar hasta «los misios más extremos».[26] Sin decir una palabra, viajó a través del mar hasta Teutrania. Se decía también que Partenopeo lo acompañó.[27] El rey Teutrante estaba siendo oprimido por un enemigo, y los dos héroes, en especial Télefo, lo libraron de él. Evidentemente, Teutrante lo purificó del asesinato, pero ¿recuperó acaso su voz? ¿Estaba mudo de verdad o lo hacía a propósito? Le ocurrió casi lo mismo que a Edipo;[28] Teutrante le entregó por esposa a Auge, a la que había adoptado como hija, y ya se habían acostado juntos cuando una enorme serpiente apareció entre ambos. En ese momento, si no antes, Télefo recuperó el habla y la madre reconoció a su hijo.

Según todas las narraciones, Télefo sucedió a Teutrante en el trono. A su esposa se la llama de diversas maneras: Argíope, «de cara blanca», o[29] Híera, «sagrada», una imponente figura de Amazona que habría de caer en la gran batalla contra los griegos en la llanura de Caico.[30] Su hijo se llamaba Eurípilo, «el de la amplia puerta», caudillo de los ceteos,[31] un pueblo que más tarde fue completamente olvidado[32] por los griegos, y que probablemente formaban los supervivientes del imperio de los hititas. Entre los hijos de Télefo se mencionan también Tarcón y Tirseno, héroes fundadores de los etruscos, que se establecieron en Italia,[33] y, por último, Ciparisos,[34] el favorito de Apolo que fue metamorfoseado en ciprés.[35] Télefo, el héroe arcadio ligado también a Asia Menor, qui-

zás un héroe de los tiempos remotos en los que los griegos pertenecían todavía al imperio hitita, presentó batalla a los griegos que, convencidos de hallarse ya en la Tróade, estaban asolando Teutrania.

El campo de batalla se encontraba en la llanura que se extiende en la desembocadura del río Caico.[36] Télefo hizo retroceder a los recién llegados hasta sus naves,[37] y tan sólo Aquiles y Patroclo pudieron oponerle resistencia.[38] Peleo había enviado a Patroclo como un compañero de mayor edad[39] que debía servir a Aquiles.[40] Pero desde que este compañero dio muestras de su valor, el joven héroe nunca más se separó de él en el campo de batalla, pues Patroclo, que hubiera debido ocuparse de Aquiles, era un imprudente y fue herido por Télefo. Una pintura sobre cerámica de Sosias lo muestra mientras es vendado por Aquiles, de quien ha aprendido a curar las heridas.[41] Télefo fue rechazado por Aquiles; en su huida se enredó con un sarmiento de las viñas que cubrían la llanura del Caico,[42] de modo que Aquiles le infligió una herida profunda en la parte superior del muslo, que no se curaba.

De todos modos, su enfrentamiento con los griegos no fue en vano. Éstos regresaron de nuevo a Argos[43] y tardaron en reunirse de nuevo en Áulide; pero para Télefo empezó en ese momento el viaje más doloroso, a la búsqueda del hombre que lo había herido. El oráculo de Apolo en Patara,[44] en Licia, le había predicho que «lo que lo había herido lo curaría».[45] Tenía que buscar a Aquiles para que éste lo curase, una historia que atrajo más la atención de los poetas trágicos que las precedentes aventuras de Télefo. Eurípides lo muestra en escena disfrazado de mendigo, tocado con el gorro de fieltro misio,[46] en medio de los reyes griegos.[47] Su elocuencia y los métodos utilizados para alcanzar su objetivo no formaban parte de la historia antigua. Aquiles, que había curado a Patroclo, lo sanó; pero también se decía que la curación no había de producirla el héroe que lo había herido, sino el arma que había causado la herida.[48] El remedio fue rascado de la punta de la famosa lanza[49] y esparcido sobre la herida. Curado y reconciliado con los griegos, Télefo pudo regresar a su patria, si no es que los condujo él mismo hasta Troya.[50]

No fue a él sino a su hijo Eurípilo, que le había sucedido en el trono,[51] a quien Príamo envió una embajada pidiendo ayuda. Al principio Eurípilo no se atrevía a acudir a la llamada por su madre; enton-

ces Príamo le envió una vid de oro,[52] probablemente para expiar la herida que Télefo se había hecho al enredarse en la viña, y de ese modo el hijo partió para la guerra. Desde luego, su madre no era aquella Híera que había caído combatiendo contra los griegos. Más tarde a Télefo se le hicieron ofrendas heroicas en Pérgamo. Quien participase en estas ofrendas no podía entrar en el templo de Asclepio sin antes bañarse.[53] Sin embargo, en los himnos que se cantaban en el templo del dios sanador, en el Asclepeion, se celebraba primero a Télefo.[54] Estaba prohibido nombrar a Eurípilo en el santuario porque había matado bajo los muros de Troya al héroe médico Macaón.

CAPÍTULO XI

PROTESILAO Y LAODAMÍA

Transcurrieron ocho años desde la primera salida de los griegos hasta que volvieron a reunirse en Áulide[1] dispuestos a partir de nuevo. Sabían que les aguardaban no menos de nueve años de guerra, pues hacía dos o tres días que habían llegado a Áulide cuando apareció el gran portento que Homero describe en la *Ilíada*.[2] Estaban preparando una hecatombe con las mejores cien vacas en unos altares cercanos a una cristalina fuente que, como tantas en Grecia, manaba bajo un bello plátano. Muchos siglos después, en el templo de Ártemis se mostraba un trozo de la madera de aquel árbol.[3] Durante el sacrificio apareció una serpiente de lomo rojo intenso. Emergió de debajo del altar y se lanzó al plátano, que tenía en su rama más alta un nido de gorriones lleno de polluelos. La serpiente devoró primero las ocho crías y al final la madre. A su vez, el monstruo fue petrificado por Zeus. Estaba claro que esto no era un suceso normal, y el adivino Calcante lo interpretó de la siguiente manera: la guerra duraría nueve años y Troya no caería hasta el décimo.

Troya, conocida también como Ilio o Ilión, se mostró pronto como un lugar de muerte para los griegos, donde tantos años de su vida y tantas vidas habrían de ser consumidos por completo. Con su arco de plata,[4] Apolo en su aspecto más mortal defendía la ciudad. Troya se encontraba bajo la protección de aquel arco, tanto si era el propio dios o bien una mano mortal guiada por él quien disparaba las flechas de la muerte. De poco servían entonces lanzas y espadas, ni siquiera escudos y corazas. Tan sólo un arco se le podía oponer. Como se recordará, cuando Heracles se hallaba ya en la pira regaló su arco, con el que tan-

tas veces había combatido contra la muerte, a un peregrino que pasaba por el monte Eta; poco importa si se trataba de Peante o de Filoctetes, del padre o del hijo. En cualquier caso, fue a parar a manos de un nativo de Tesalia, en las cercanías de Ftía, donde había reinado Euritión y Peleo tras él. Filoctetes se presentó en Áulide con este arco, pues el «que ama poseer» (esto es lo que significa su nombre) nunca se separaba de esta posesión. Pronto se separaría de los suyos, todos ellos excelentes arqueros,[5] que lo acompañaban en siete naves, y todavía durante largo tiempo su arco no resultaría útil para los griegos que partían hacia Troya.

A cierta distancia de Troya, cerca de Lemnos,[6] hay un islote que gozó de notoriedad[7] por un tiempo; allí se mostraba el altar que Filoctetes había hecho famoso, las armas del héroe y la figura en bronce de una serpiente. Este islote se llamaba Nea, o sea, «nueva»,[8] un nombre muy apropiado para una isla volcánica que podría volver a desaparecer con facilidad, cosa que al final acabó sucediendo según se afirma.[9] Para los narradores antiguos se llamaba Crisa, «la dorada», por la dorada compañera de culto del dios con el arco de plata, que también podía manifestarse con un arco de oro.[10] Apolo vivía en la isla como señor y protector;[11] allí tenía su altar, al que nueve años más tarde los griegos habrían de enviar una hecatombe para expiar sus pecados.[12] En esa ocasión, cuando desembarcaron por vez primera en Crisa, traspasando así los confines que limitaban el territorio de la gran Troya, fueron conducidos al parecer por Filoctetes para que hiciesen a la diosa un sacrificio que resultaba absolutamente necesario para la conquista de Ilión.[13] El altar[14] fue construido por Jasón (en los relatos tardíos, Filoctetes era uno de los Argonautas),[15] o bien por Heracles, que pasó por allí cuando se dirigía al encuentro de Laomedonte.[16]

Tanto si fue Filoctetes quien los condujo hasta el altar como si los griegos decidieron visitar el santuario por propia voluntad, la diosa hizo algo tan portentoso que comparado con ello lo sucedido en Áulide no era más que una pálida imitación. De entre todos los que se acercaban, su serpiente sagrada, la guardiana del templo,[17] atacó precisamente a quien llevaba el arco de Heracles. Le mordió en el pie,[18] causándole una herida purulenta cuyo hedor repugnaba a todos los griegos.[19] Sus compañeros llevaron al herido hasta Lemnos y lo abandonaron allí con su

arco. Filoctetes fue la primera víctima; la segunda, que sí murió, se produjo cuando los griegos pisaron suelo troyano por primera vez. Es posible que esta segunda víctima fuese un primo de Filoctetes, hijo de Ificlo, que según una tradición[20] era hermano de Peante.

Ificlo habitaba en Fílacas, otra vez en las cercanías de Ftía, y era hijo de Fílaco, «el guardián», conocido por sus rebaños.[21] Ificlo, cuyo nombre significa «famoso por su fuerza», no tenía hijos, pues no podía engendrarlos. Entonces el adivino Melampo –al que conocemos por haber curado a las hijas de Preto y ser su heredero–[22] llegó a Fílacas para robar las vacas de Fílaco, con las que pretendía pedir la mano de la hermosa Pero, hija de Neleo, para su hermano Biante. Sin embargo, fue sorprendido antes de poder llevar a cabo su plan. Con todo, como era capaz de entender incluso el lenguaje de las termitas de las vigas de madera, logró, para sorpresa de Fílaco y de sus hombres, librarse de la cárcel en la que estaba a punto de caer. No obstante, el precio de su libertad y de las vacas robadas fue la curación de Ificlo. Melampo hizo que sacrificasen dos toros y con su carne atrajo a las aves rapaces. Con ellas llegó volando también un buitre viejo que hizo que Melampo comprendiese la razón de la debilidad de Ificlo. Cuando era un niño, su padre estaba castrando carneros y dejó el cuchillo junto a él. El niño salió corriendo asustado y su padre, furioso, clavó el cuchillo en una encina sagrada. Con el tiempo la corteza lo cubrió. El adivino hizo que arrancasen el cuchillo del árbol, lo rascó y le dio a beber la herrumbre a Ificlo.

De ese modo se curó Ificlo. En primer lugar engendró a Podarces, «de pies veloces», a quien puso este nombre porque podía correr tan rápido por los campos de trigo que no doblaba una sola espiga.[23] Su segundo hijo, y el mejor, fue Protesilao,[24] cuyo nombre expresaba el deseo de estar en primera línea, de ser «el primero que libera a los guerreros». Fue el primero en saltar a la orilla cuando las naves alcanzaron la costa de Troya. Un troyano desconocido lo mató y él dejó atrás una esposa joven y una casa a medio acabar.[25] En aquellos días también la guerra[26] era una consumación, entendida como el cumplimiento perfecto del sacrificio o de la iniciación que ponía al iniciado en estrecha asociación con los poderes subterráneos, una *teleté*. Más tarde se dijo[27] que Protesilao había dado a Ilio su primera iniciación, y los griegos le erigieron un túmulo particularmente alto en Eleunte, al otro lado del

Helesponto. Desde lo alto podía verse Troya,[28] y en su interior el héroe era venerado como en un templo.[29] Se creía[30] que los olmos que crecían en torno a este *heróon*[31] se secaban cuando estaban tan altos que sus copas podían ver la ciudad hostil, y que luego volvían a crecer.

Pero los dioses del Inframundo le tenían reservado un gran favor a Protesilao. Su mujer se había quedado insatisfecha por ese matrimonio apenas comenzado; ni siquiera los honores más elevados que podía recibir un héroe caído podían compensarla por la pérdida de su marido. En realidad había sido la esposa de Protesilao un solo día;[32] se llamaba Polidora, hija de Meleagro,[33] o por utilizar el nombre que hicieron famoso los poetas antiguos y modernos,[34] Laodamía, hija de Acasto. Como Laodamía, llevaba un nombre propio de la reina del Inframundo, «la que gobierna al pueblo». Como Polidora, «rica en dones», su nombre resultaba más bien dionisíaco. Lo que hizo era digno también de la casa de su abuelo Eneo, que en cierta ocasión fue visitado por Dioniso. De la casa a medio acabar de Protesilao regresó a la casa del abuelo, y no a la de Acasto, como afirman otros,[35] donde debía casarse por segunda vez.[36] Pero ella prefería los ritos nocturnos de Dioniso, ceremonias secretas que aparecen representadas en los sarcófagos de época tardía. Sin embargo, su suerte quiso que no fuese Dioniso sino su propio marido quien apareciese desde el Inframundo, y ella se unió a él para siempre.

Los dioses del Inframundo le concedieron esta gracia a Protesilao: le permitieron regresar un día entero,[37] o quizá tan sólo tres horas,[38] junto a su esposa, no como una sombra sino con toda su vitalidad, como si no hubiese muerto.[39] Existían leyendas acerca de una imagen de su marido que ella misma se las había ingeniado para fabricar y con la que estaba conversando cuando Hermes le trajo a Protesilao.[40] Una representación en un sarcófago muestra esta cabeza en una especie de capilla para objetos sagrados dionisíacos. Ella le estaba haciendo a la imagen una ofrenda de frutas[41] en un cesto de grano, como podemos ver en otro sarcófago. Ahora, ella volvía a pertenecer a su marido, y cuando Protesilao desapareció también ella murió. Murió en sus brazos,[42] o bien se suicidó.[43] Fue incinerada junto con la imagen y los objetos dionisíacos.[44] En Fílacas, la ciudad natal de Protesilao, se celebraban carreras en su honor.[45] En el Helesponto recibía ofrendas de uvas y otras frutas, y en primavera, de leche.[46]

CAPÍTULO XII

AQUILES Y LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA DE TROYA

Su madre era reacia a dejar partir a Aquiles hacia Ilión. Agamenón y sus aliados habían hecho todo lo posible por convencerlo para que participase en la guerra y por persuadir a Peleo de que enviase a su hijo con ellos. Conocían la ascendencia de Aquiles y sabían que era el único hijo de una diosa que había entre ellos. Por otro lado, Tetis podía prever con claridad el destino de su hijo, que no quedaría impune si mataba a Héctor, el baluarte de la ciudad protegida por Apolo. Pero ¿quién hubiese sido capaz de impedir que se lanzase a la empresa hacia la que le impulsaba su gran ánimo? Su destino era diferente al del «héroe divino» Heracles. Aquiles, el más bello de los héroes reunidos ante Troya,[1] destinado a «una vida efímera»,[2] que merecía más que cualquier otro ser llamado el «héroe mortal», mantuvo ante la muerte, y al traerse a sí mismo la muerte, su forma semidivina y la oscura sombra que lleva consigo.

El Juicio de Paris y sus inútiles palabras ofensivas hicieron que desde el principio dos diosas se colocasen al lado de los atacantes, aunque no hubiesen sido las protectoras de héroes griegos: Atenea y Hera. Los que querían conquistar Troya no eran mortales completamente expuestos a las flechas de Apolo, sino héroes con sus propios destinos. Tenían carta blanca en la lucha contra los guerreros que se les enfrentaban; el dios no guiaba la mano de cada uno de ellos. De acuerdo con los narradores antiguos, ni siquiera aquel Cicno que intentó impedir que los griegos desembarcasen en el estrecho que se extiende entre la tierra firme y Ténedos,[3] o más tarde en la orilla,[4] era hijo de Apolo, como

tampoco lo era el otro Cicno que murió a manos de Heracles cuando éste regresaba del palacio de Diomedes en Tracia. Tan sólo de un tercer Cicno se dice en las narraciones más tardías[5] que era hijo de Apolo, y de un cuarto, rey de Liguria y pariente de Faetón, que fue transformado en cisne[6] mientras lloraba la muerte del hijo de Helios; ello no impide que haya existido una historia muy antigua y hoy perdida en la que se hablaba de un único Cicno, un hijo de Apolo llamado «cisne» y muy probablemente de origen tracio.

El Cicno que fue el primero en atacar a los griegos debía de ser un aliado tracio de Príamo; se decía que era hijo de Posidón y de la ninfa Cálice, «cáliz». El niño estaba rodeado de cisnes cuando unos pescadores lo encontraron en la orilla.[7] Cuando salió al encuentro de Aquiles, que había saltado a tierra detrás de Protesilao, no presentaba un aspecto humano, sino aterrador, todo él blanco[8] e invulnerable.[9] Amenazó al hijo de Tetis[10] dando latigazos con una correa de cuero, y Aquiles derribó a esta figura primigenia con una piedra,[11] un gesto largamente cantado por los poetas.[12] Cicno lanzó un grito[13] como el que dan los cisnes en la hora de su muerte; cuando los troyanos lo vieron caer se retiraron detrás de las murallas y el asedio comenzó.[14] Las mujeres de la ciudad salían tan sólo para ir a una determinada fuente, situada frente a las famosas Puertas Esceas, cerca del templo de Apolo Timbreo, llamado así por la perfumada ajedrea, *thymbra*.[15] Iban a buscar agua acompañadas por un joven montado a caballo, y esto llevó a Aquiles a cometer un acto horrible, que los poetas de época más tardía apenas mencionan, pero que los artistas antiguos solían representar sobre los vasos funerarios, en los frontones de los templos, en las armas o en las paredes de los sepulcros. Esta acción conservó para siempre el carácter de sacrificio ofrecido a una divinidad terrible.

¿De qué otro modo se hubiese podido explicar el hecho de que Aquiles se agazapase detrás del pozo,[16] no con el propósito de capturar a las mujeres, sino de matar al joven sobre el cercano altar del dios? En Grecia los jóvenes pertenecían a Apolo, pero no como víctimas sacrificiales. Solían traerle carneros por sí mismos. Pero ya sabemos que con frecuencia la causa de la muerte de jóvenes hermosos como Hiacinto[17] o Cipariso[18] fue la impetuosidad del dios. Parece como si Aquiles hubiese querido aplacar al Apolo letal de los troyanos con este sacrificio

humano. Dejó que escaparan las mujeres y las muchachas –una de las cuales era hija de Príamo y Hécuba, Polixena–, y se lanzó sobre el joven que huía, que no era más que un niño; se trataba de Troilo, un hermano de Polixena y quizás incluso hijo de Apolo, a quien Hécuba concibió del dios.[19] La tradición nos dice[20] que su muerte era un requisito necesario para la captura de Ilión. En aquella ocasión quedó bien patente que Aquiles merecía su epíteto de «pies ligeros».[21] Dio alcance al joven que huía al galope en su enorme caballo, lo cogió por el pelo y lo arrastró hasta el altar de Apolo Timbreo, sobre el que, de acuerdo con el testimonio de una antigua representación artística, solían ofrecérsele gallos. En ese momento los hermanos de Troilo, con Héctor a la cabeza, acudieron corriendo en su ayuda, pero no pudieron impedir el sacrificio; los pintores vasculares nos muestran el tronco decapitado del joven yaciendo sobre el altar mientras Aquiles arroja la cabeza de su víctima a los troyanos. La afición de Troilo por los caballos[22] era demasiado prematura, como inútil el cruel acercamiento de Aquiles a Apolo Timbreo.

Los nueve años predichos pasaron mientras Aquiles saqueaba la región que rodeaba Troya y conquistaba varias ciudades. Incluso hizo una expedición hasta la gran isla de Lesbos, de donde se trajo a varias mujeres de valor como botín. Le regaló casi todas a Agamenón,[23] pero se guardó para sí a la hermosa Diomede,[24] aunque sólo pudiera aspirar a un segundo lugar después de Briseida, la hija de Brises.[25] El nombre que llevaba el padre de Briseida era un epíteto de Dioniso en Lemnos y probablemente también en Misia, donde Brises era su sacerdote.[26] Briseida era parecida a la dorada Afrodita;[27] Aquiles se la había llevado como botín de Lirneso en Misia,[28] la ciudad de su esposo Mines, a quien había matado en el campo de batalla junto a sus tres hermanos.[29] Estaba dispuesta a seguirlo a Ftía como su esposa.[30]

En la misma expedición,[31] durante la conquista de la ciudad fortificada de Teba, situada a los pies del boscoso Placo, también Criseida, hija de Crises, cayó en manos griegas.[32] En esta Teba habitaba Eetión, padre de la esposa de Héctor, Andrómaca, que tenía nombre de amazona, «la que combate contra los hombres». Eetión murió combatiendo contra Aquiles y fue enterrado con todos los honores que merece un héroe.[33] El mismo día y también a manos de Aquiles,[34] cayeron siete

hermanos de Andrómaca. Hizo prisionera a la madre de Andrómaca, que gobernaba en Teba como reina,[35] pero la liberó tras el pago de un rescate. La hija de Crises, sacerdote de Apolo en Crisa, le fue asignada a Agamenón cuando se dividieron el botín.[36] Era la única que se podía comparar a Briseida como concubina. De nada sirvió que Crises viniese más tarde (sin duda tuvo que pasar un tiempo hasta que la noticia de la captura de su hija llegase a su remota isla), vestido de sacerdote,[37] a pedirle al rey que le devolviese a su hija a cambio de un gran rescate. Ya sabemos que Agamenón no era un hombre que se separase con facilidad de una mujer. Expulsó al sacerdote de mala manera[38] y de este modo atrajo la ira del dios sobre la armada griega, como si procediese de la infausta isla Crisa.

Las flechas del arco de plata de Apolo[39] causaron la peste, primero entre las mulas y los perros de los griegos, y después entre los propios griegos. Éste fue el origen de la disputa que se produjo entre Agamenón, que se había visto obligado a devolver a la hija de Crises, y Aquiles, a quien el rey despojó de Briseida para compensar la pérdida de Criseida. El hijo de Tetis se retiró furioso del combate (por la *Ilíada* conocemos la historia de todos esos días tristes con sus noches amargas en el décimo año de la guerra) y hubiese regresado a su patria con sus mirmidones si Patroclo, a quien en un momento de debilidad había prestado su propia armadura, no hubiese sido tan insolente como para intentar escalar las murallas de Troya, donde hacía guardia Apolo.[40] Hasta en tres ocasiones logró Patroclo alcanzar las almenas, y otras tres lo rechazó el dios. Y cuando atacó otras tres veces y dio muerte a nueve troyanos cada vez,[41] Apolo lo golpeó con su mano, de modo que se le cayó la armadura de Aquiles. De los mortales fue Euforbo, hijo de Panto, el sacerdote de Apolo en Troya,[42] quien primero lo alcanzó con su pica, y Héctor llegó el tercero y le dio el golpe de gracia con su lanza.[43]

Aquiles le había prestado su armadura a su amigo a condición de que no se sintiese tentado de atacar Ilión sin él, pues Apolo amaba demasiado a los troyanos.[44] Pero sucedió lo que Tetis le había predicho a su hijo,[45] y ahora, cuando olvidando su ira estaba a punto de atacar de inmediato a Héctor para vengar a Patroclo, Tetis le hizo otra profecía: «Enseguida, después del de Héctor, tu hado está dispuesto».[46] «¡Enseguida quede yo muerto!», fue su respuesta.[47] De este modo aceptó su

muerte. Para él no significó nada el haber recuperado a la hermosa hija de Brises y que Agamenón le hubiese jurado solemnemente que no la había tocado.[48] Homero nos ofrece una detallada descripción de las hermosas armas que Hefesto, a petición de Tetis,[49] forjó para Aquiles; éste, apenas las hubo recibido, se acordó del cadáver de su amigo y le pidió a su madre que lo protegiese de las moscas.[50]

A Héctor le hubiese resultado imposible resistir su ataque, de manera que era natural que saliese huyendo del rabioso Aquiles, a quien ni siquiera los dioses hubiesen podido detener.[51] Palas Atenea, la enemiga de los troyanos y protectora de Aquiles, observaba el duelo que tan desigual se había vuelto. Apolo se le apareció entonces a Héctor por última vez,[52] pero los ojos del moribundo vieron al dios que regresaba en el futuro para vengarlo.[53] A Aquiles no le asustaba ninguna profecía, y estaba a punto de pasar por encima del cadáver de Héctor para conducir el ataque contra Troya de inmediato cuando se detuvo en medio de su encendido discurso.[54] El recuerdo del cadáver insepulto de su amigo lo interrumpió. Todavía tenía que hacer la ofrenda funeraria más cruel, el sacrificio de doce jóvenes troyanos sobre la pira funeraria de Patroclo,[55] y dejarse ablandar por el anciano Príamo, que se atrevió a adentrarse en campo griego por la noche para ir a ver quién había dado muerte a tantos hijos suyos. Aquiles le entregó el maltrecho cadáver de su enemigo Héctor para que fuese enterrado con honores de héroe.[56]

Le aguardaban otras batallas, que Homero ya no canta, contra los aliados de los troyanos, enemigos famosos que acudieron a combatir contra él tras la muerte de Héctor y asumieron la defensa de Troya. También vino la amazona Pentesilea. Se decía que ella era quien había matado accidentalmente a la madre de Hipólito, Hipólita o comoquiera que se llamase la reina de las Amazonas. Ya se habló de esto en la historia de Teseo. Príamo tuvo que purificar a la hija de Ares de este homicidio,[57] aunque en su juventud el anciano rey había combatido contra las Amazonas a orillas del río Sangario;[58] se trató de una batalla que enfrentó a grandes ejércitos por ambos lados. Según se decía,[59] estas mujeres guerreras tenían que distinguirse en la batalla contra los hombres antes de poder elegir un esposo, y por esa razón la virgen Pentesilea se dirigía con sus acompañantes hacia los muros de Troya, y apareció durante los funerales de Héctor con un ejército de Amazonas.[60]

Aquiles le había concedido a Príamo once días de tregua para que enterrase a su hijo.[61] Había llegado ya el duodécimo día y el héroe apenas se había recuperado de su profunda tristeza. Entonces la hermosa Pentesilea, en cuyo nombre aparece el término *pénthos*, «luto», lo atacó, y parecía una reencarnación de la reina del Inframundo. Aquiles no se dio cuenta de lo hermosa y digna de reemplazar a la hija de Brises que era (aunque se parecía más a Ártemis que a Afrodita),[62] hasta que le hubo atravesado el pecho[63] con su lanza y ella apenas podía levantarse del suelo.[64] Se le cayeron las armas y el yelmo dejó su noble cabeza al descubierto.[65] En la pintura de un gran pintor de vasos, que toma su nombre de Pentesilea, Aquiles hunde su espada en el corazón de la Amazona como si se tratase de un niño desarmado.

Aquiles devolvió a los troyanos el cuerpo de Pentesilea para que le diesen sepultura. Tan inesperado como ella, llegó desde el país de los etíopes con su armadura obra de Hefesto el apuesto Memnón,[66] hijo de la diosa Eos, para liberar Troya.[67] Y al igual que la Amazona, también el joven héroe procedente de oriente cayó derrotado por Aquiles en un famoso duelo,[68] pues en él se enfrentaron dos hijos de diosa. Se hizo necesario entonces que Zeus sostuviese su balanza de oro en la mano,[69] como había hecho anteriormente,[70] cuando los destinos de Aquiles y Héctor todavía no estaban decididos. Algunos pintores vasculares pusieron en cada plato de la balanza una criatura alada, la muerte, la *ker*, de los dos héroes.[71] Pero al mismo tiempo se trataba de una *psychostasía*,[72] el pesaje de las almas cuya posesión significaba la vida.[73] En la tragedia de Esquilo que llevaba este título, probablemente aparecían dos figuras de jóvenes alados, uno de los cuales pronto iba a «abandonar la virilidad y la juventud llorando su hado».[74] La *ker* de Memnón hizo que su plato se inclinase por el peso, y la diosa de la aurora tuvo que llorar a su hijo muerto.[75]

En el *Pesaje de las almas* de Esquilo, ella, a la que tanto le gustaba raptar a muchachos jóvenes,[76] se lleva el hermoso cadáver porque al final Zeus le permitió hacer inmortal a su hijo.[77] Sin embargo, en la desembocadura del Esepo, en el mar de Mármara,[78] se mostraba el túmulo de Memnón, al que acudían todos los años los «pájaros de Memnón», combatientes o lo que quiera que fuesen, y luchaban hasta sangrar en honor del héroe.[79] También se creía que uno de los dos colosos que hay

en Tebas, en Egipto, que emitía sonidos cuando aparecía la aurora, era su estatua.

> Resuena, hijo de Leto, pues aquí está Memnón,
> una parte de ti mismo tocada por los rayos de la aurora.

Eso decían los versos de un poeta tardío que fueron inscritos en su gigantesca pierna.[80] Resulta difícil determinar a quién se refieren estos versos, si a Apolo o a Memnón, al que se considera parte del dios y que sin duda se había mostrado originariamente como un joven dios del sol ante Troya.

Aún más exaltado por la victoria lograda sobre este hijo de una diosa que por la derrota de Héctor, Aquiles rechazó de un modo irresistible a los troyanos hacia su ciudad,[81] y se abrió camino a través de las puertas Esceas mientras perseguía al enemigo que huía. Allí fue alcanzado desde atrás en un tobillo[82] por la flecha que Paris disparó con mano segura, pues Apolo se la guiaba.[83] ¿Acaso le estaba esperando ya Paris, como se afirma en este antiguo relato, en el santuario de Apolo Timbreo, muy cerca de la puerta de la ciudad, algo que ya había hecho Odiseo en otras ocasiones?[84] ¿Es posible que éste sea el origen del relato antiguo[85] que sitúa la muerte de Aquiles precisamente en aquel lugar? Aquiles cayó ante las puertas Esceas, tal y como había visto y predicho Héctor moribundo.[86] Al ser alcanzado en el tobillo derecho, el héroe se dio la vuelta una vez más y entonces una segunda flecha le alcanzó en el pecho. Así es como lo representan los antiguos pintores vasculares. Áyax de Salamina se cargó el cadáver a la espalda y se lo llevó del campo de batalla bajo una lluvia de proyectiles,[87] mientras Odiseo lo protegía de los ataques de los troyanos.[88] A punto estuvo el cadáver de Aquiles de caer en manos del enemigo. Glauco de Licia, nieto de Belerofonte, ya le había pasado una correa por el talón cuando fue muerto por Áyax.[89] La lucha por el cadáver duró todo el día, hasta que Zeus le puso fin con un temporal.[90]

Tetis se acercó a las andas sobre las que yacía su hijo acompañada por todas las diosas marinas.[91] En la lejanía se oían los gritos de lamento de las Nereidas, y todos los griegos hubiesen salido huyendo despavoridos si Néstor no los hubiese detenido explicándoles el significado de

aquellos sonidos. Las Musas vinieron con las hijas de Nereo y cantaron un lamento funerario.[92] Los lamentos fúnebres de inmortales y mortales en torno al cadáver duraron diecisiete días; el decimoctavo, Aquiles, vestido como un dios y rociado de aceites y miel, fue colocado sobre su pira. Se sacrificaron ovejas y bueyes y los guerreros iban y venían en continuo movimiento a pie y en carro, con gran estrépito de armas cuando pasaban alrededor de la enorme hoguera. Por la mañana, cuando las llamas ya se habían extinguido, recogieron los huesos y los metieron junto con vino y ungüentos en una urna de oro, regalo de Dioniso en las bodas de Peleo y Tetis, en la que también pusieron los huesos de Patroclo, como habían deseado los dos amigos.[93] Todo el ejército consagrado[94] levantó un túmulo sobre la tumba en un promontorio de la costa, a la entrada del Helesponto, tan alto que en lo sucesivo los navegantes podrían verlo desde gran distancia. Allí se erigió el gigantesco monumento, en el cabo Sigeo, donde la posteridad siguió venerándolo con ofrendas funerarias,[95] y fue coronado por Alejandro Magno.[96]

Ésa fue la muerte que Aquiles aceptó. Casi todos los poetas omiten el sacrificio de Polixena, quien había huido cuando Aquiles persiguió a Troilo, sobre la tumba de Aquiles después de la conquista de Troya.[97] Más tarde se dijo que el héroe se apareció sobre su propia tumba y pidió como parte del botín el sacrificio de la hija de Príamo y Hécuba.[98] Los poetas prefieren contarnos que Tetis sacó a su hijo de la pira, como Eos había hecho con el cadáver del suyo, y se lo llevó a Leuca, la «Isla Blanca».[99] Se trataba de una especie de inmortalidad, si bien no la misma que la que gozaban los dioses o Heracles en el Olimpo. Se buscó esta lejana isla blanca en el Ponto Euxino, el Mar Negro,[100] y algunos creyeron encontrarla en uno de los pequeños islotes que se encuentran en el estuario del Danubio, o incluso en la isla de Borístenes, en el estuario del río Dnieper, donde los colonos griegos construyeron un templo[101] dedicado a Aquiles Pontarco, «señor del Ponto»,[102] y, como corresponde al culto de un héroe, mostraban allí su tumba.[103]

Se decía que se unió aquí a la gran señora del Ponto, Medea.[104] Pero según otra versión,[105] Ifigenia no regresó a su patria con Orestes, sino que se fue a vivir con Aquiles como esposa con el nombre de la diosa Orsíloca[106] u Orsiloquea, «la que incita al ataque», que era también un nombre de la Virgen taúrica. Por último, algunos sostenían[107] que He-

lena se casó con Aquiles en Leuca. Según estos autores, Tetis, ya bajo los muros de Ilión y con la ayuda de Afrodita, la había conducido hasta él, que deseaba al menos ver de cerca a la más hermosa de las mujeres, por cuya causa combatía.[108] Fiel a su carácter, sin embargo, vivía en el Hades como una sombra entre las sombras.[109] No dejó que Odiseo le consolara de la realidad de la muerte. «Preferiría estar sobre la tierra y servir en casa de un hombre pobre, aunque no tuviera gran hacienda, que ser el soberano de todos los cadáveres, de los muertos.» Ésas fueron sus palabras mientras paseaba entre los asfódelos, y sólo se alegraba por lo que Odiseo le contó acerca de su hijo: que en la guerra de Troya había seguido los pasos de su padre.

Después de todo, la sagrada ciudad de Troya debía caer algún día. Héctor lo sabía,[110] y los griegos también ardían en deseos de saber por medio de adivinos y de oráculos cuándo podrían conquistarla por fin. Llegó a decirse incluso que habían tenido que llevar los huesos de Pélope desde Olimpia hasta Troya;[111] pero había otras condiciones más serias que todavía no se habían cumplido, como traer a Filoctetes desde Lemnos con el arco de Heracles[112] y a Neoptólemo, el hijo de Aquiles, desde Esciro.[113] Esta segunda condición era más fácil de cumplir. Odiseo navegó hacia Esciro[114] y, ya fuese por su poder de convicción o por el del viejo Fénix, que lo acompañaba y había sido amigo y consejero de Aquiles,[115] o bien por la aparición en sueños del propio Aquiles,[116] lo cierto es que Neoptólemo vistió pronto la armadura de su padre en las batallas en torno a Troya, pues Odiseo, que previamente se la había quitado a Áyax, se la entregó.[117] Más difícil resultaba el caso de Filoctetes, que no estaba dispuesto a perdonar a los griegos por haberlo abandonado en Lemnos con su herida purulenta. Fue precisa toda la astucia y violencia del hombre de Ítaca, el hijo de Sísifo. Diomedes lo ayudó,[118] si bien en el *Filoctetes* de Sófocles es Neoptólemo quien lo acompaña. ¡Un sinfín de lamentaciones del héroe enfermo y traicionado llena esta tragedia! Pero al final, tras la aparición de Heracles,[119] que convenció a Filoctetes para que los acompañase, y después de que las artes de los hijos de Asclepio le hubiesen curado la herida,[120] una flecha disparada por su arco fatal alcanzó a Paris en el duelo.[121] Cayó así el desafortunado príncipe, el que gracias a Afrodita poseía a la hija de Zeus, Helena, y con su caída comenzó la ruina de Troya.

En Ilión se conservaba una imagen divina que había caído del cielo. Ilo, el padre de Laomedonte, la encontró una mañana frente a su tienda: Zeus la había arrojado allí como señal de aprobación para la fundación de la ciudad.[122] La figura era un Paladio, o sea, una representación de Palas; pero según una leyenda acerca de la juventud[123] de Palas Atenea, no se trataba de la diosa, sino de su compañera Palas, a la que Atenea habría dado muerte accidentalmente. Esta estatua arcaica medía tres codos de altura; tenía los pies juntos, con una lanza levantada en la mano derecha y una rueca con un huso en la izquierda, como una diosa de la muerte y del destino.[124] Se hicieron numerosas copias de esta imagen en diferentes tamaños,[125] de modo que nadie supiese cuál era la original, pues la existencia de la ciudad dependía de la posesión del Paladio; si alguna vez caía en manos del enemigo, también Ilión caería. Odiseo y Diomedes se encargaron de cumplir con el requisito y robar el Paladio.

Para empezar, Odiseo disfrazado como un mendigo y desfigurado con heridas,[126] se coló en la ciudad él solo. Tenía que encontrar el camino a través de las calles y de los muchos apartamentos del palacio real hasta el santuario oculto donde se conservaban la figura y sus réplicas. Casi sin quererlo y sin ser reconocido llegó hasta Helena. Después de la muerte de Paris la habían entregado en matrimonio a otro hijo de Príamo, Deífobo, nombre guerrero que significa «el que asusta al enemigo», quien muy pronto iba a tener que pagar su breve felicidad. Helena reconoció al mendigo[127] y sintió nostalgia de su patria, de su hija y del marido abandonado.[128] Le juró a Odiseo que no lo traicionaría, y gracias a sus indicaciones[129] pudieron robar el Paladio auténtico, que resultó ser el más pequeño de todos.[130] Por la noche Odiseo regresó con Diomedes.[131] Tuvieron que escalar las murallas de la ciudad,[132] colarse en el palacio por las cloacas[133] y matar a los centinelas.[134] Se contaba que regresaron al campamento de los griegos con el Paladio, pero ya no como amigos.[135]

Según parece, ya antes de cumplir esta condición había comenzado la construcción del caballo gigantesco;[136] se trataba de una astucia de Odiseo,[137] inspirado por Palas Atenea,[138] y al mismo tiempo una ofrenda que debía resarcirla del robo del Paladio. Atenea también llevaba el epíteto de Hipia, es decir, «reina de los caballos»,[139] y acostumbraba a ejercitarse con sus caballos.[140] Ya sabemos que Belerofonte le debía el don

del freno y el haber podido domar a Pegaso.[141] Se decía que el caballo de madera que se estaba construyendo llevaba la siguiente inscripción: «Los griegos dedican a Atenea este testimonio de reconocimiento por el regreso a casa».[142] Fue construido de tal manera que si los troyanos querían introducir esta ofrenda votiva en su ciudad,[143] tenían que derribar el dintel de la mismísima Puerta Escea. Supuestamente, ésta era otra condición para la conquista de la ciudad,[144] la remoción de las gigantescas piedras que los narradores más antiguos imaginaban semejantes a las que todavía hoy se pueden admirar sobre la puerta de la muralla de Micenas. Odiseo se introdujo en el vientre del caballo[145] con un grupo de guerreros escogidos; el resto del ejército quemó las tiendas[146] y desapareció con la flota detrás de la isla de Ténedos.

A excepción de Casandra, cuyas profecías nadie creía,[147] tan sólo una persona intentó evitar que, llevados por la alegría y la locura, los troyanos, destinados a ser aniquilados, hiciesen lo que se esperaba de ellos. Se trataba de Laocoonte, que había sido elegido a suertes como sacerdote de Posidón,[148] pero, como afirmaban más tarde algunos expertos en las antigüedades de Troya,[149] en realidad era un sacerdote de Apolo Timbreo, el cual odiaba a Laocoonte porque éste había hecho el amor con su mujer y engendrado a sus hijos en su santuario, el de un dios mortífero.[150] Laocoonte clavó su lanza en una de las tablas del caballo y después, cuando estaba a punto de ofrecer, acompañado por sus dos hijos, el sacrificio de un toro al dios marino, aparecieron dos enormes serpientes desde las islas cercanas[151] –una de las cuales era Crisa– y devoraron a los dos niños, luego mataron al padre y por último se retiraron a los pies de la estatua de Atenea que se veneraba en la ciudadela.[152] De este modo quedó de manifiesto que las dos deidades, el dios que protegía Ilión y la diosa enemiga de los troyanos, se habían unido para destruir la ciudad. Según una tradición,[153] fue entonces cuando Eneas se retiró al monte Ida con su gente, sin esperar a que la ciudad fuese pasto de las llamas. La suerte de Laocoonte, sin embargo, iba a ser inmortalizada por grandes escultores como ejemplo de oposición absurda a los deseos de los dioses, en unas esculturas que fueron dedicadas en un templo de Atenea.

Los troyanos estaban ciegos; estuvieron celebrando fiestas[154] hasta que cayeron rendidos por el sueño.[155] Mientras tanto, en el interior del

caballo, los grandes guerreros se secaban las lágrimas y temblaban,[156] pues Helena todavía los sometió a una prueba más terrible.[157] No se nos dice si esto ocurrió cuando el caballo de madera estaba todavía fuera de la ciudad o después de que lo hubiesen metido en la ciudadela con gran esfuerzo. Por supuesto, Helena conocía la estratagema por Odiseo. Acompañada por Deífobo, rodeó por tres veces la máquina de guerra y llamó por sus nombres a los caudillos de los griegos imitando las voces de sus esposas. Menelao, Diomedes y los hombres más jóvenes habrían salido del caballo si Odiseo no los hubiese retenido a la fuerza. Pero Neoptólemo no era de ésos, ni tampoco de los que temblaban.[158] Odiseo también tuvo que retenerlo, pero sólo porque apenas podía esperar la señal acordada, que anunciaba el regreso de la flota y el comienzo del ataque.

Él fue el héroe de aquella noche sangrienta, un *heros* de verdad, porque con el nombre de Pirro iba a convertirse en el antepasado de los reyes de la estirpe de los molosos[159] en el Epiro, y recibiría una tumba heroica en Delfos;[160] pero se trataba de una fama cuestionable, pues pagó con su muerte en el mismo santuario del dios purificador por lo que había hecho en Troya.[161] Esa última noche en Troya había matado al anciano rey Príamo, a quien Aquiles había respetado la vida, en el altar de Zeus que había en su palacio.[162] Lo mismo hizo con el hijo de Héctor, a quien el padre había puesto por nombre Escamandrio, como si el niño fuese un regalo del dios fluvial Escamandro, pero los troyanos llamaban Astianacte, «señor de la ciudad», porque su padre protegía su ciudad.[163] Pirro arrancó al niño del pecho de su nodriza y lo precipitó desde lo alto de las murallas, mientras se llevaba hacia las naves su botín de esclavas, incluyendo a Andrómaca, que era la más valiosa.[164] De ese modo se cumplieron las sombrías profecías del propio Héctor[165] y de la infeliz madre de su hijo.[166] La casa de Príamo se extinguió.

En medio de tanta crueldad, Helena esperaba al marido abandonado. Odiseo condujo a Menelao hasta ella, que se encontraba en las habitaciones de Deífobo, sin duda en el gran palacio real,[167] cerca del santuario del Paladio, cuyo camino ya conocía. Menelao se precipitó sobre ella, la causa de esa larga guerra y de aquella terrible noche, con la espada desenvainada. ¿Era necesario que ella se refugiase en el santuario, como sugieren los artistas y poetas que elaboraron más tarde la escena,

introduciendo a Afrodita como su salvadora o incluso situando el encuentro en el templo?[168] Helena se descubrió el pecho como si quisiese recibir el golpe, pero la espada cayó al suelo.[169] Los dos se besaron.[170] ¿Murió Deífobo a manos de Menelao antes o después? Se apresuraron a regresar a sus naves,[171] y a partir de ese momento el marido de Helena ya no pensó en otra cosa que no fuese emprender lo antes posible el viaje de regreso con la esposa divina que acababa de recobrar.[172]

Comenzó ahora el regreso de los héroes de la guerra de Troya. Sabemos que Agamenón acabó en manos de sus asesinos, que Áyax el locrio perdió la vida en un naufragio, que Diomedes e Idomeneo acabaron sus vidas exiliados en la costa meridional de Italia. Tan sólo unos cuantos, como el anciano Néstor de Pilos, tuvieron un regreso afortunado. Helena y Menelao lograron llegar por fin a su palacio en Esparta, donde diez años después de su reunión recibieron a Telémaco, el hijo de Odiseo, que había partido en busca de su padre, pues aún no había regresado a su patria.[173] Pero tampoco hacía demasiado que ellos mismos habían regresado, después de andar errantes durante ocho años.[174] Tras naufragar en Festo,[175] en la costa sur de Creta, donde perdieron cincuenta y cinco de sus sesenta naves,[176] su viaje los condujo contra su voluntad hasta Chipre, Fenicia, Egipto y Libia.[177] Desde la pequeña isla arenosa de Faro, donde Menelao tuvo la fortuna –como sabemos por la historia de los dioses–[178] de atrapar al viejo del mar, y de que éste le aconsejase, Proteo les envió de regreso al Nilo para que repitiesen el fallido sacrificio a Zeus y a todos los dioses.[179] Más tarde se dijo que Menelao recuperó a su auténtica esposa, la verdadera hija de Zeus, en Faro y en Egipto, donde ella lo había estado esperando desde que fue raptada.[180] Hera, ofendida, habría puesto una imagen viviente de Helena en los brazos de Paris y habría hecho que Hermes llevase a Helena junto a Proteo.[181] Por una vana apariencia o por una elección absurda, la sangre corrió a raudales en Troya.

Por la historia de los dioses conocemos muchas de las aventuras vividas por Odiseo en su viaje de regreso.[182] Este hombre infeliz, que en absoluto fue recompensado por su astucia en tiempos de guerra, vagó continuamente por abismos y precipicios, siempre cercano a la muerte, que con frecuencia se le presentaba bajo las formas espantosas de seres divinos primigenios. Le sucedió casi lo mismo que a Heracles, y al fi-

nal logró regresar a casa desde el Inframundo tras diez años de vagar errante, después de peligrosos encuentros con la Muerte bajo sus muchas formas. Pero logró escapar a este gran enemigo, soportando muchas fatigas y trabajos, no como un héroe victorioso, sino como un anciano mendigo náufrago. Un cuerpo anciano ocultaba al héroe que había en él, y tan sólo la diosa Atenea podía restituirle su esplendor.[183] Había dejado su poderoso arco en el palacio, y nadie a excepción de él mismo podía montarlo. Una noche de luna nueva,[184] durante la fiesta de Apolo,[185] el del arco de plata, se halló Ulises de nuevo en su palacio y pudo tomar su arco, como hacían los hombres ese día en honor del dios.[186] Odiseo dio en el blanco, y después disparó contra los arrogantes pretendientes que asediaban a su esposa y volvió a ser una vez más el señor de su palacio y de su isla.

La muerte le llegó desde el mar, por manos del hijo que había tenido con Circe, Telégono, «nacido lejos». Desembarcó en Ítaca[187] buscando a su padre, cuando Odiseo creía haber escapado ya a todos los peligros. Le llevaron la noticia de que un ladrón había venido a robar sus rebaños y fue corriendo a la costa para castigarlo, pero murió alcanzado por la lanza de Telégono, un arma cuya punta estaba formada por el aguijón de un pez raya.[188] El hijo reconoció a su padre demasiado tarde, no así a su hermanastro Telémaco. Los dos hijos llevaron a Odiseo muerto y a la siempre joven Penélope al palacio de Circe.[189] Allí, en Eea, la isla mágica que, como sabemos por la historia de los Argonautas, podría tratarse del promontorio que se levanta en el mar Tirreno, el monte Circeo, digna sede de una hija del Sol, vivieron como dos parejas, Telégono con Penélope y Telémaco con Circe.

TABLAS GENEALÓGICAS

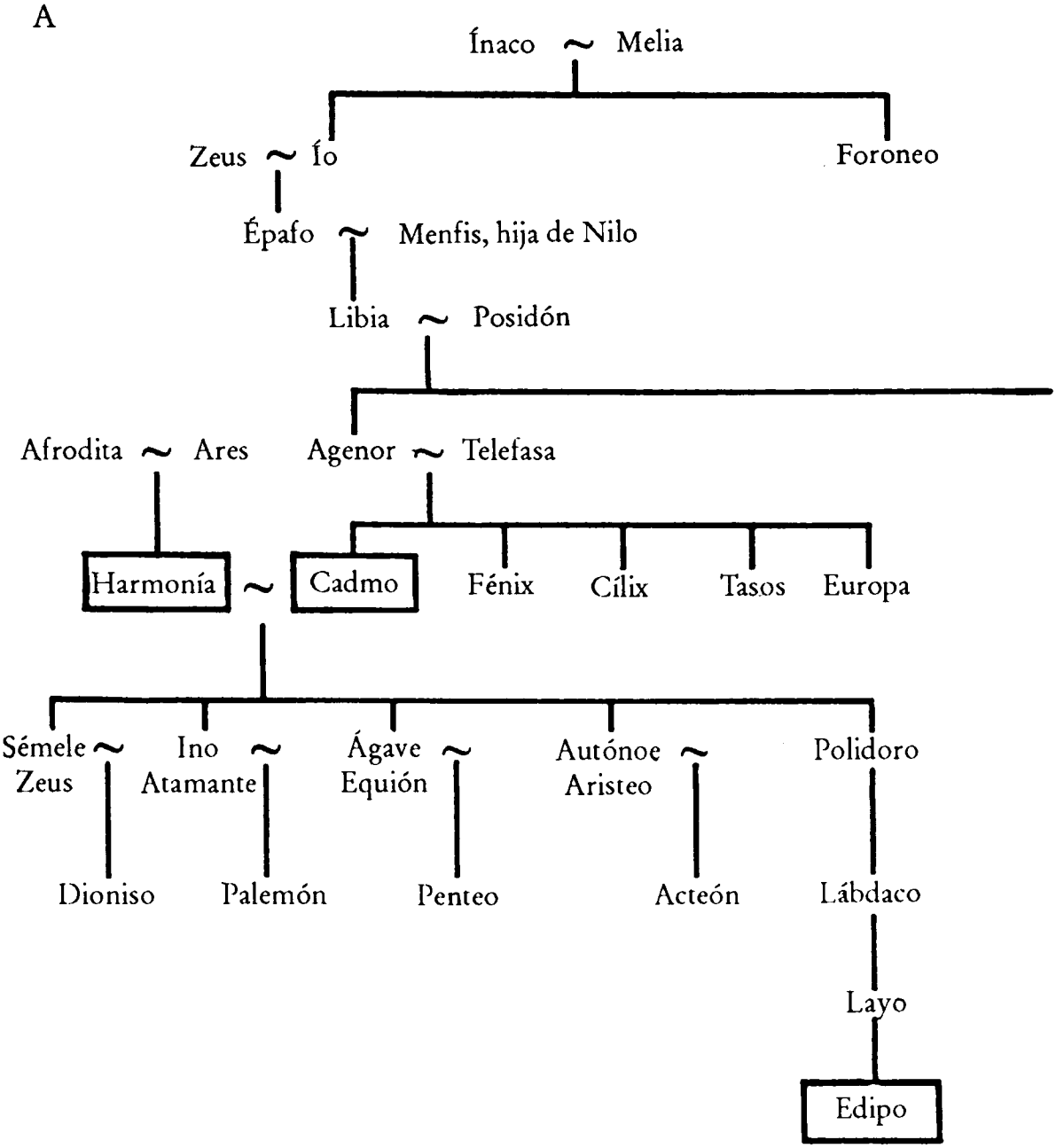
Concordancia

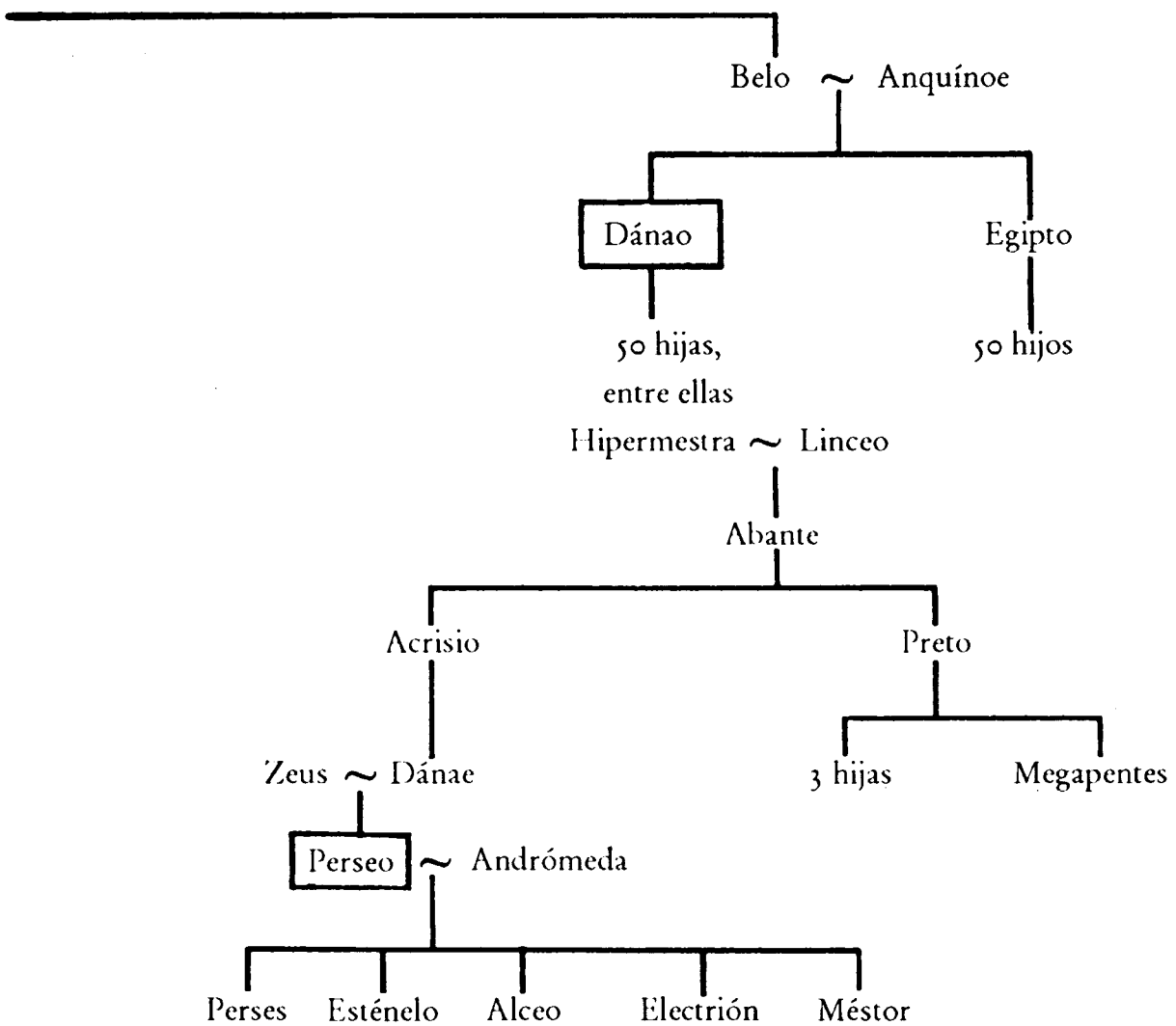
□ Cuando aparece este signo en torno al nombre de un héroe o heroína indica que el personaje en cuestión es tratado con mayor detalle en el texto

~ matrimonio u otro tipo de unión sexual

LIBRO I	Tabla genealógica	LIBRO II	Tabla genealógica	LIBRO III	Tabla genealógica
I	A		H	I	I, L
II	B			II	C
III	A			IV	I
IV	A			V	C
V	B			VI	K
VI	B			VII	E
VII	C			VIII	E, G, K
VIII	C			IX	K
IX	C			XII	E
X	D				

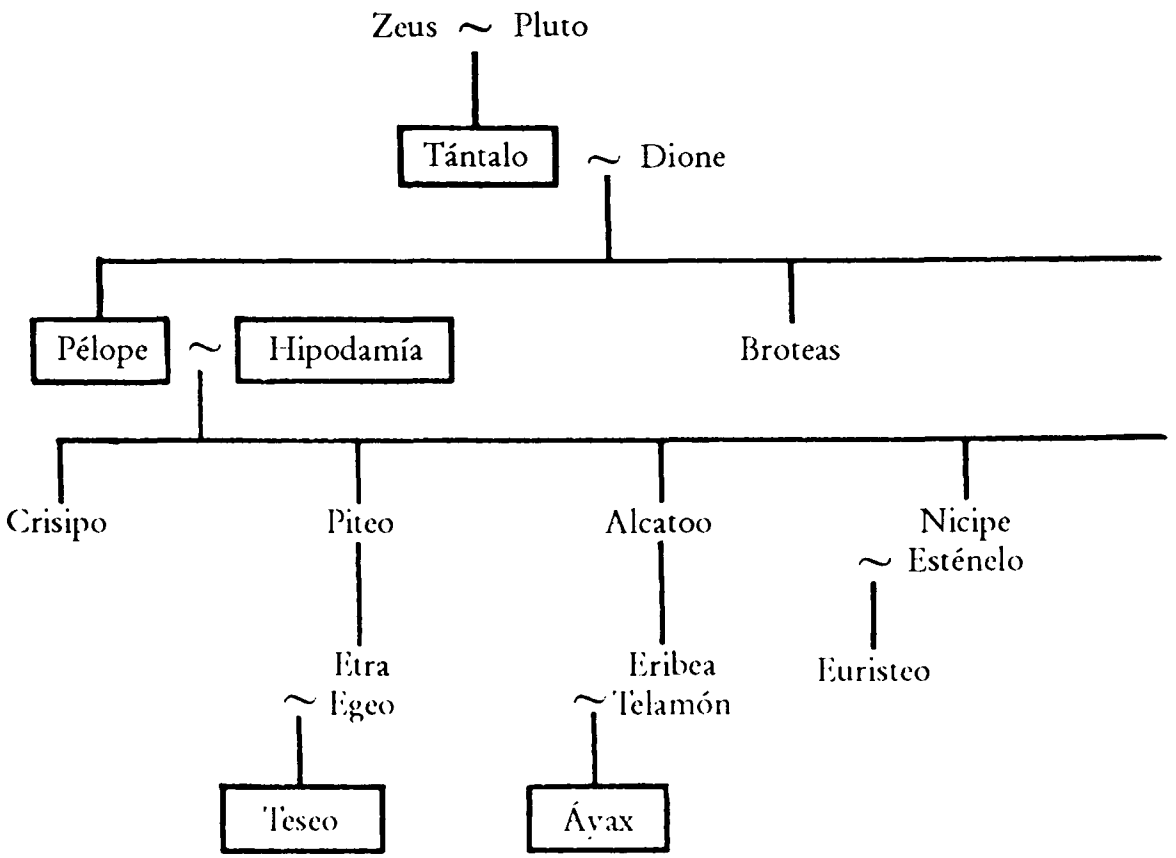
A

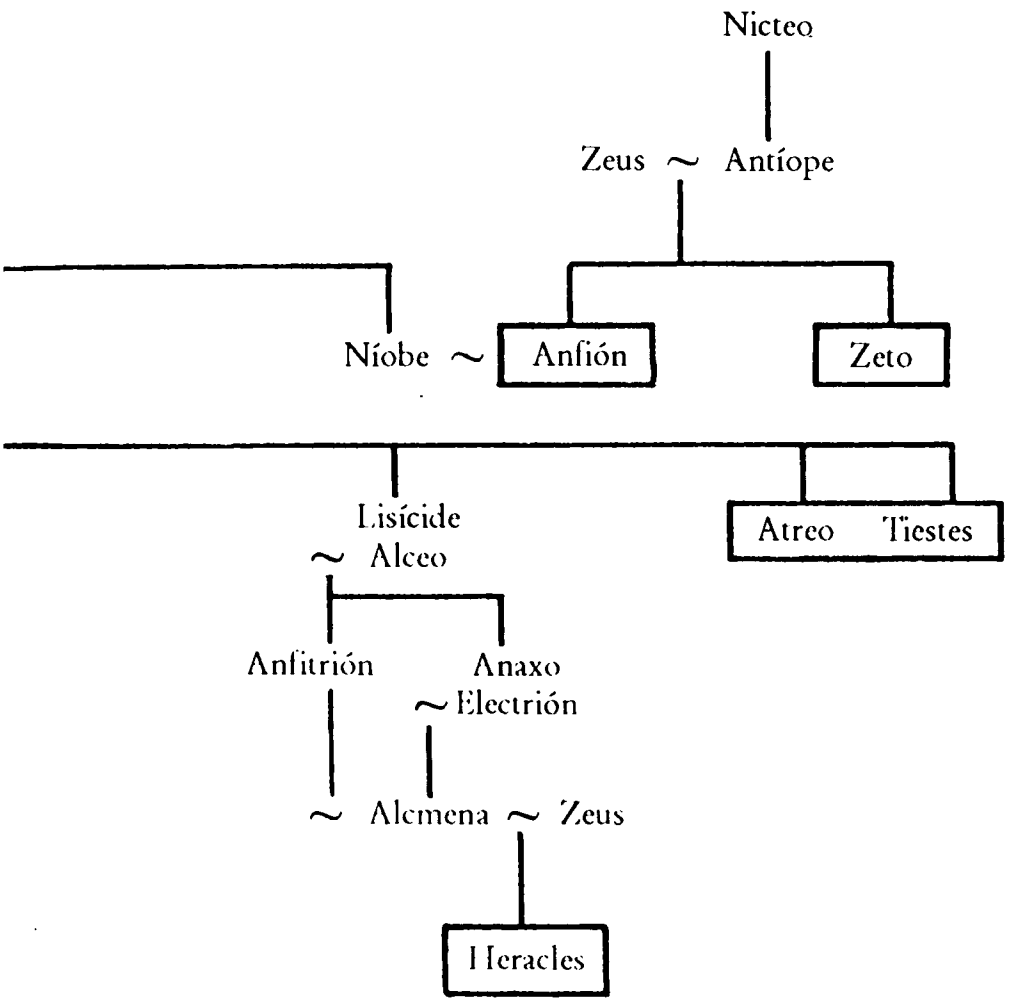

Ínaco ~ Melia
Zeus ~ Ío
Foroneo
Épafo ~ Menfis, hija de Nilo
Libia ~ Posidón
Afrodita ~ Ares
Agenor ~ Telefasa
Harmonía ~ Cadmo
Fénix
Cílix
Tasos
Europa
Sémele ~ Zeus
Ino ~ Atamante
Ágave ~ Equión
Autónoe ~ Aristeo
Polidoro
Dioniso
Palemón
Penteo
Acteón
Lábdaco
Layo
Edipo



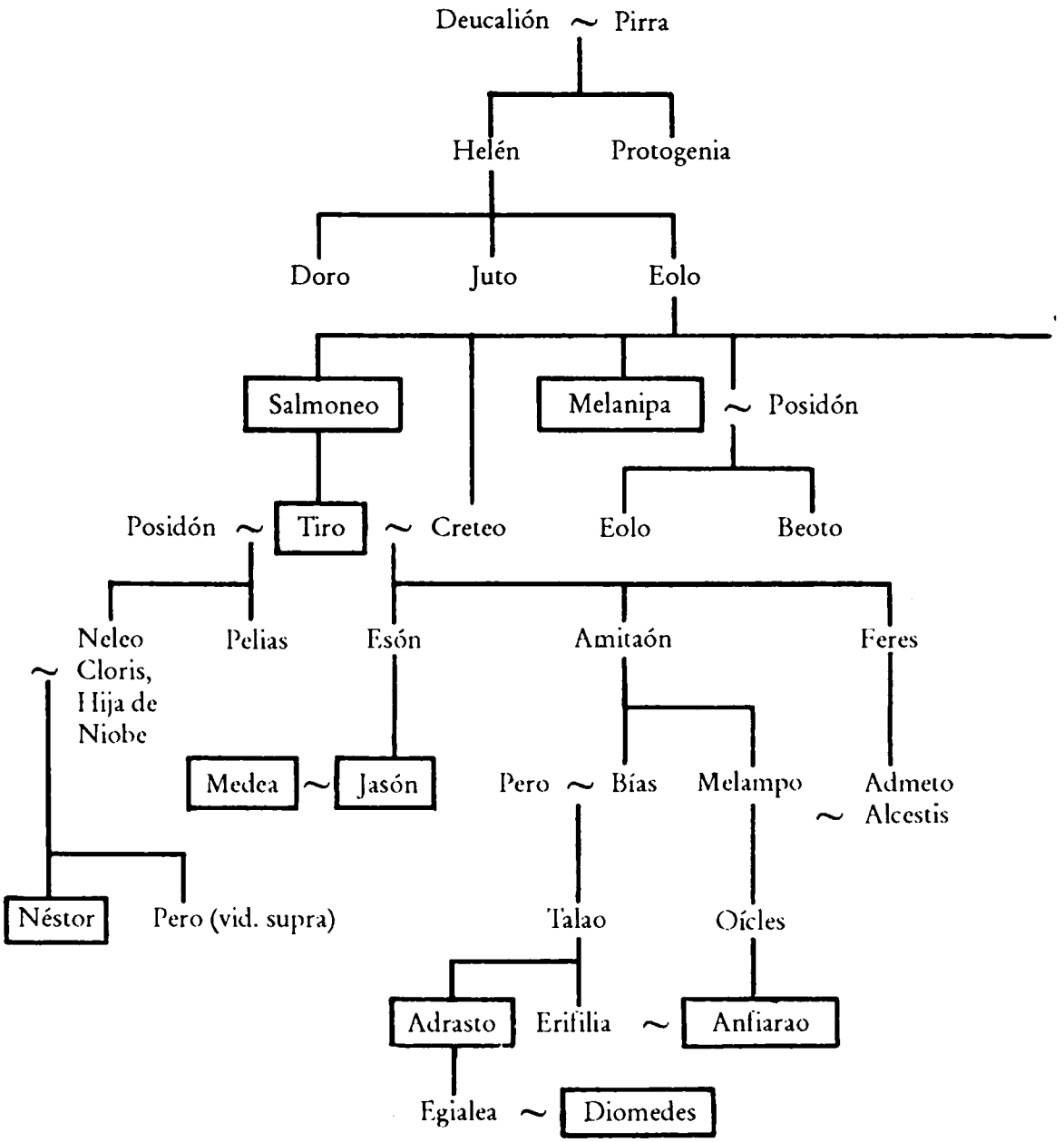
(véanse genealogías B y H)

B

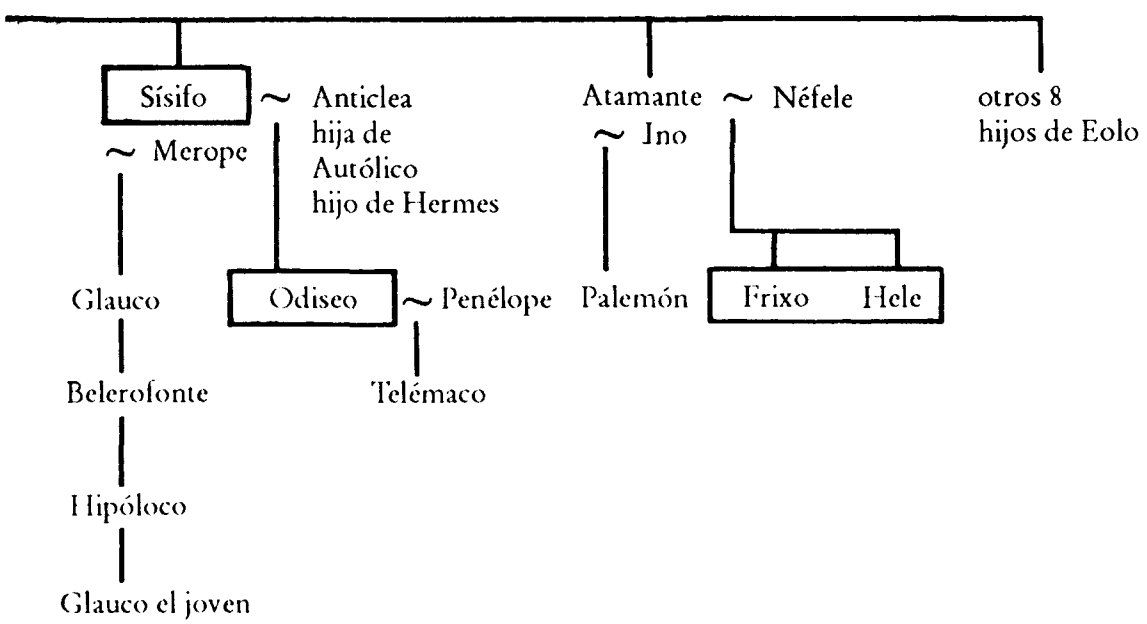

Zeus ~ Pluto
Tántalo
~ Dione
Pélope
~
Hipodamía
Broteas
Crisipo
Piteo
Alcatoo
Nicipe
~ Esténelo
Etra
~ Egeo
Eribea
~ Telamón
Euristeo
Teseo
Áyax

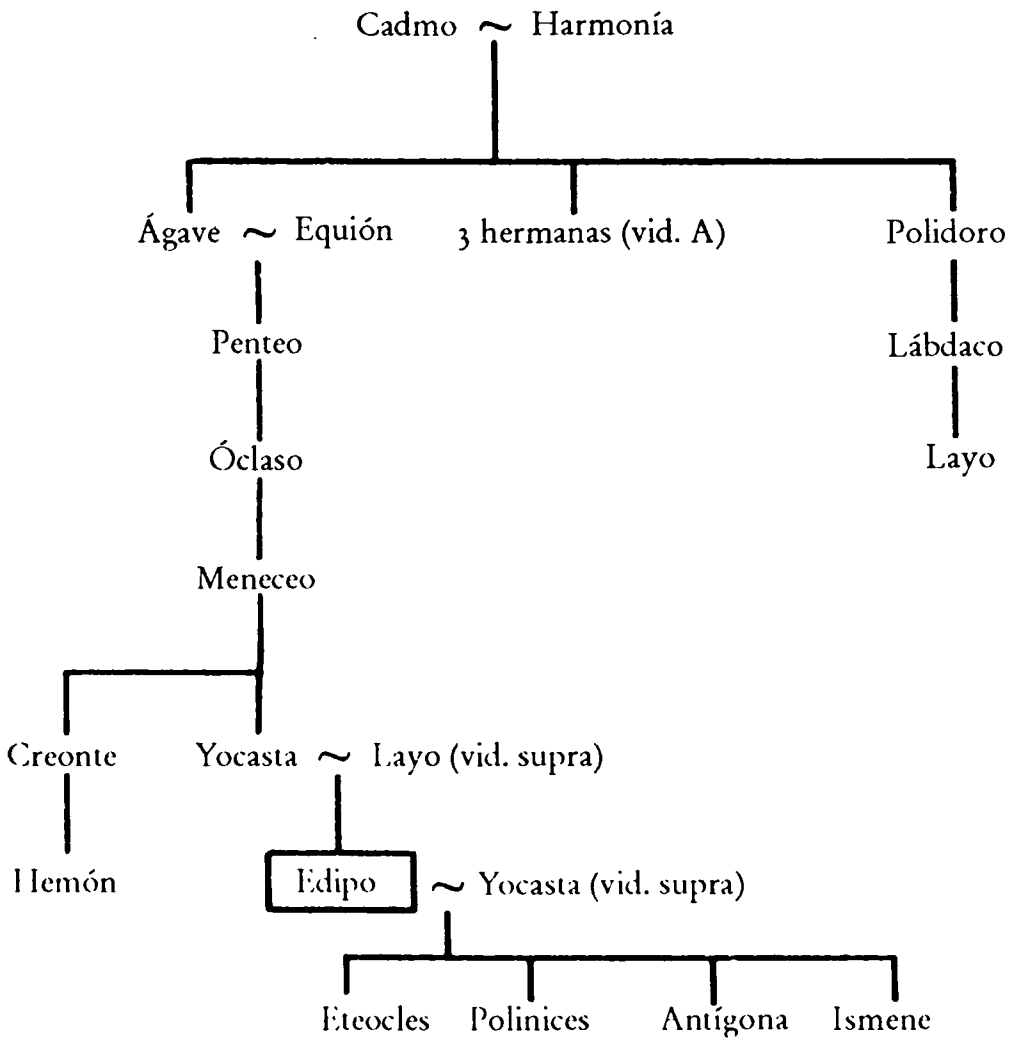

Nicteo
Zeus ~ Antíope
Níobe ~ Anfión
Zeto
Lisícide
~ Alceo
Atreo Tiestes
Anfitrión
Anaxo
~ Electrión
~ Alcmena ~ Zeus
Heracles

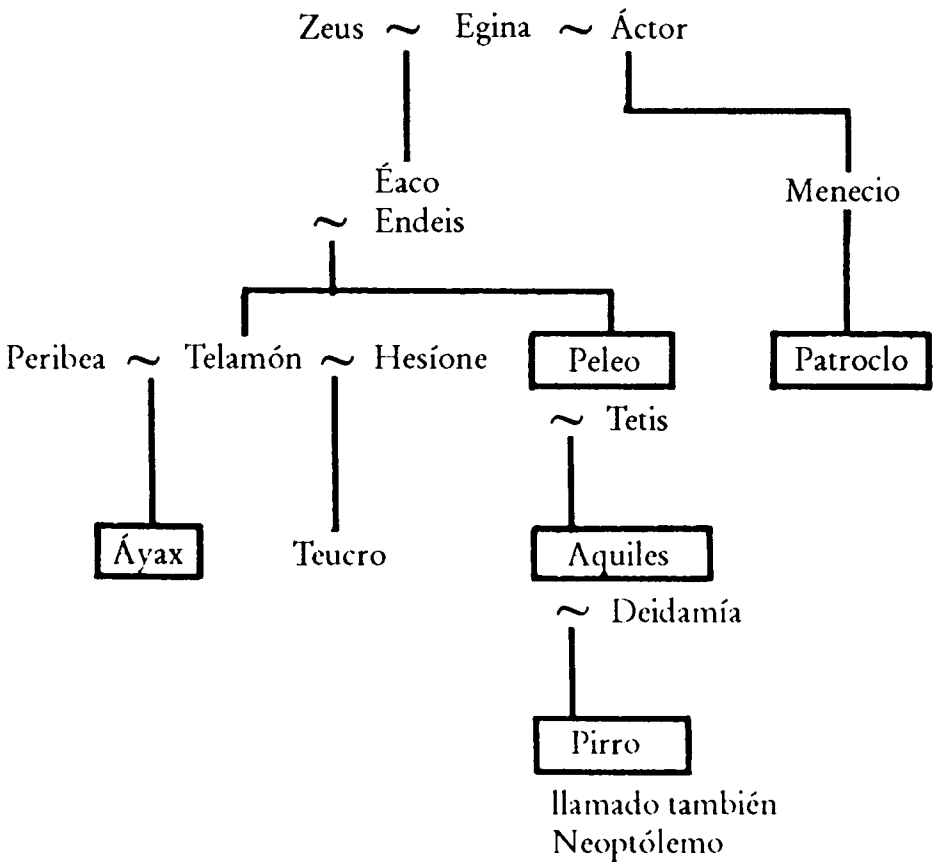
C


Deucalión ~ Pirra
Helén
Protogenia
Doro
Juto
Eolo
Salmoneo
Melanipa
~ Posidón
Posidón ~ Tiro
~ Creteo
Eolo
Beoto
Neleo
~ Cloris,
Hija de
Niobe
Pelias
Esón
Amitaón
Feres
Medea
~ Jasón
Pero ~ Bías
Melampo
Admeto
~ Alcestis
Néstor
Pero (vid. supra)
Talao
Oícles
Adrasto
Erifilia ~ Anfiarao
Egialea ~ Diomedes

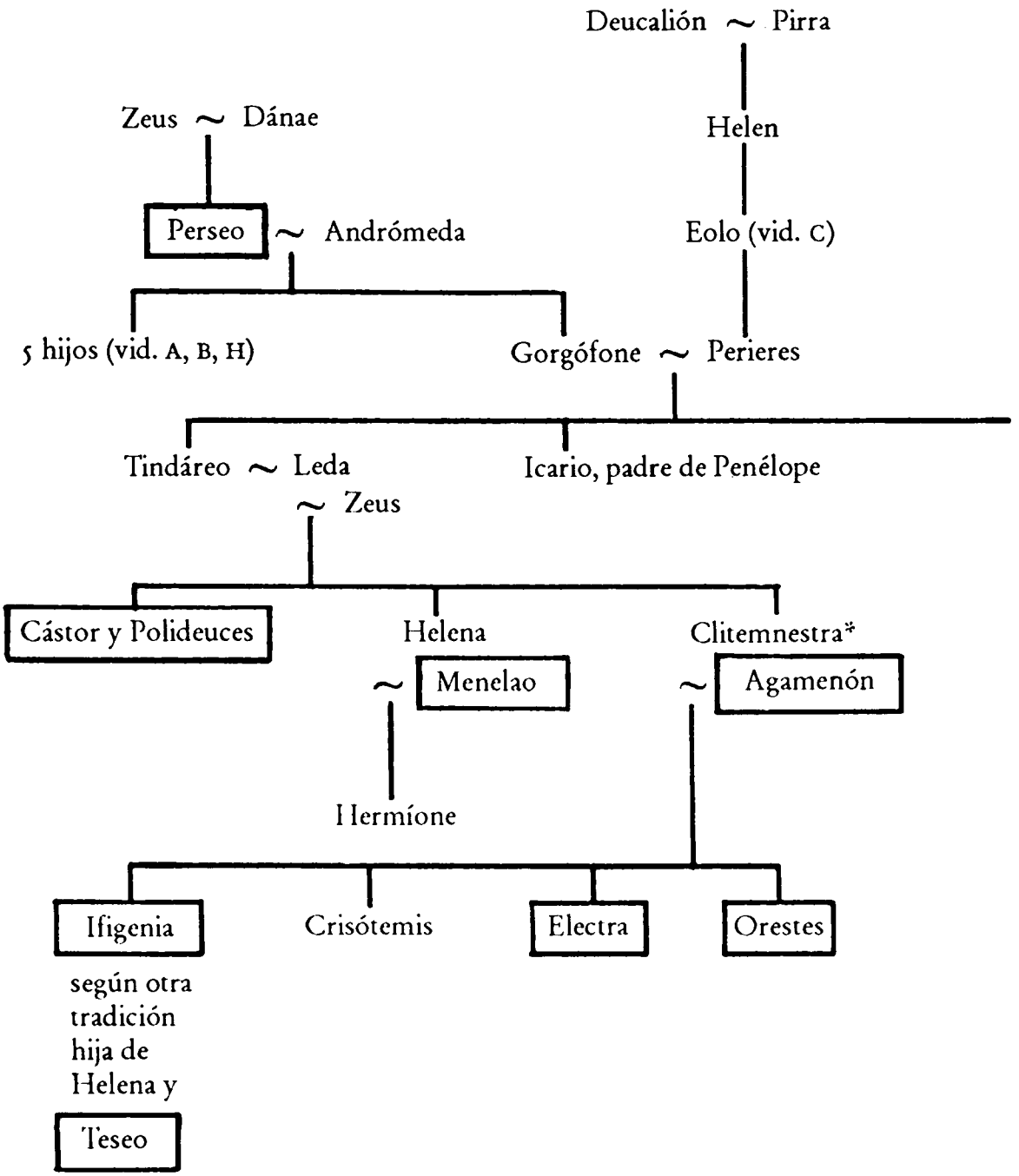
LIBRO PRIMERO, I, III, IV
LIBRO TERCERO, II, V

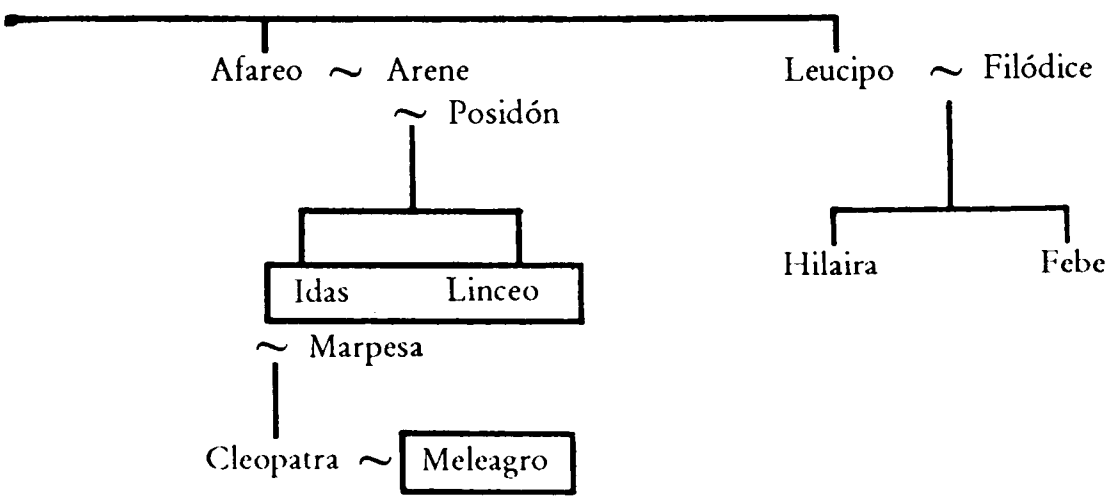



Cadmo ~ Harmonía
Ágave ~ Equión
3 hermanas (vid. A)
Polidoro
Penteo
Lábdaco
Óclaso
Layo
Meneceo
Creonte
Yocasta ~ Layo (vid. supra)
Hemón
Edipo
~ Yocasta (vid. supra)
Eteocles
Polinices
Antígona
Ismene

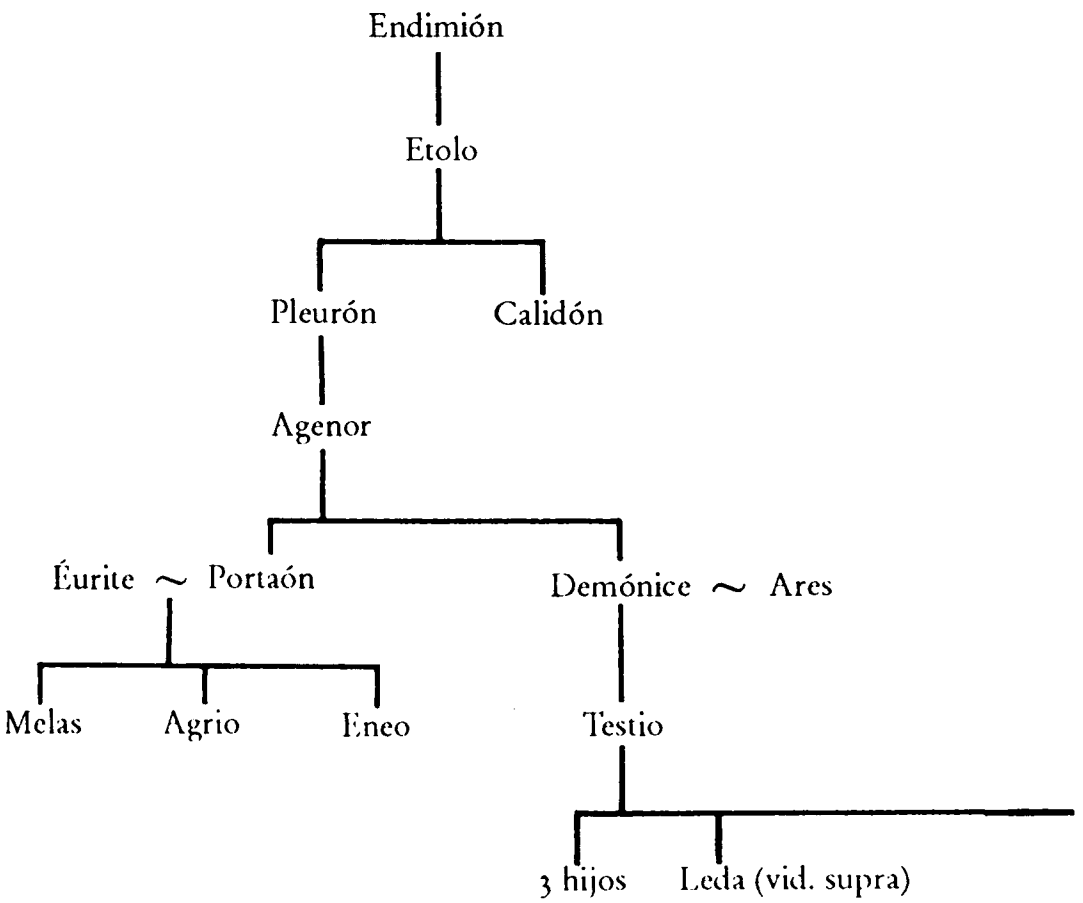

Zeus ~ Egina ~ Áctor
Éaco
~ Endeis
Menecio
Peribea ~ Telamón ~ Hesíone
Peleo
Patroclo
~ Tetis
Áyax
Teucro
Aquiles
~ Deidamía
Pirro
llamado también
Neoptólemo

F

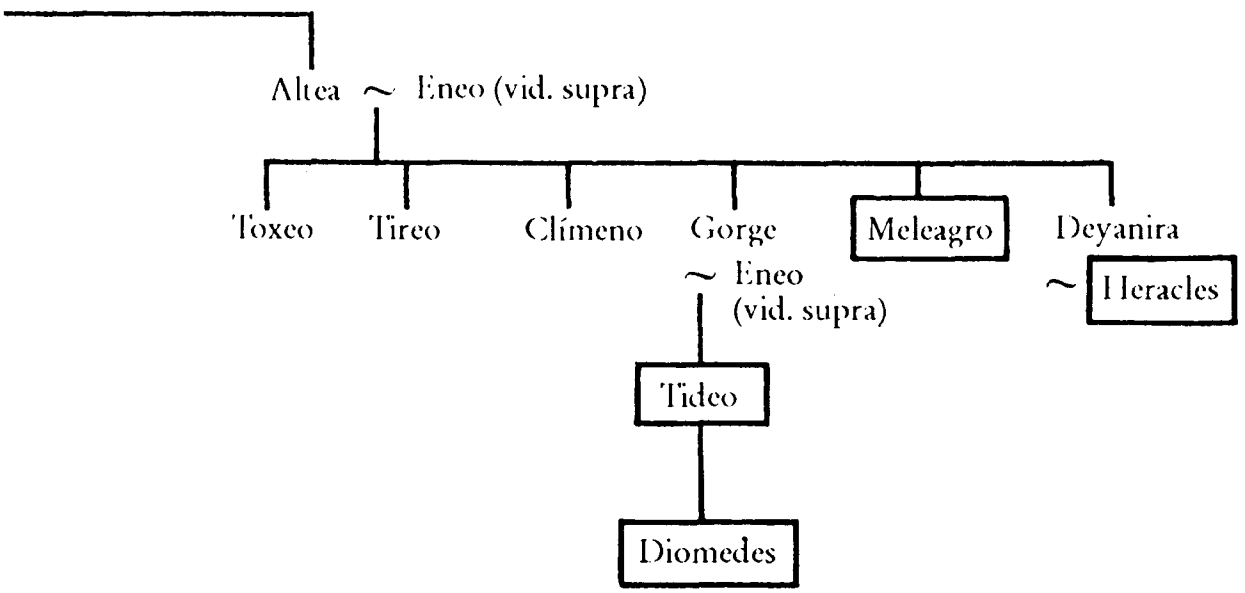

Deucalión ~ Pirra
Helen
Eolo (vid. C)
Zeus ~ Dánae
Perseo ~ Andrómeda
5 hijos (vid. A, B, H)
Gorgófone ~ Perieres
Tindáreo ~ Leda
~ Zeus
Icario, padre de Penélope
Cástor y Polideuces
Helena
~ Menelao
Clitemnestra*
~ Agamenón
Hermíone
Ifigenia
según otra tradición hija de Helena y Teseo
Crisótemis
Electra
Orestes


Afareo ~ Arene
~ Posidón
Idas
Linceo
~ Marpesa
Cleopatra ~ Meleagro
Leucipo ~ Filódice
Hilaira
Febe

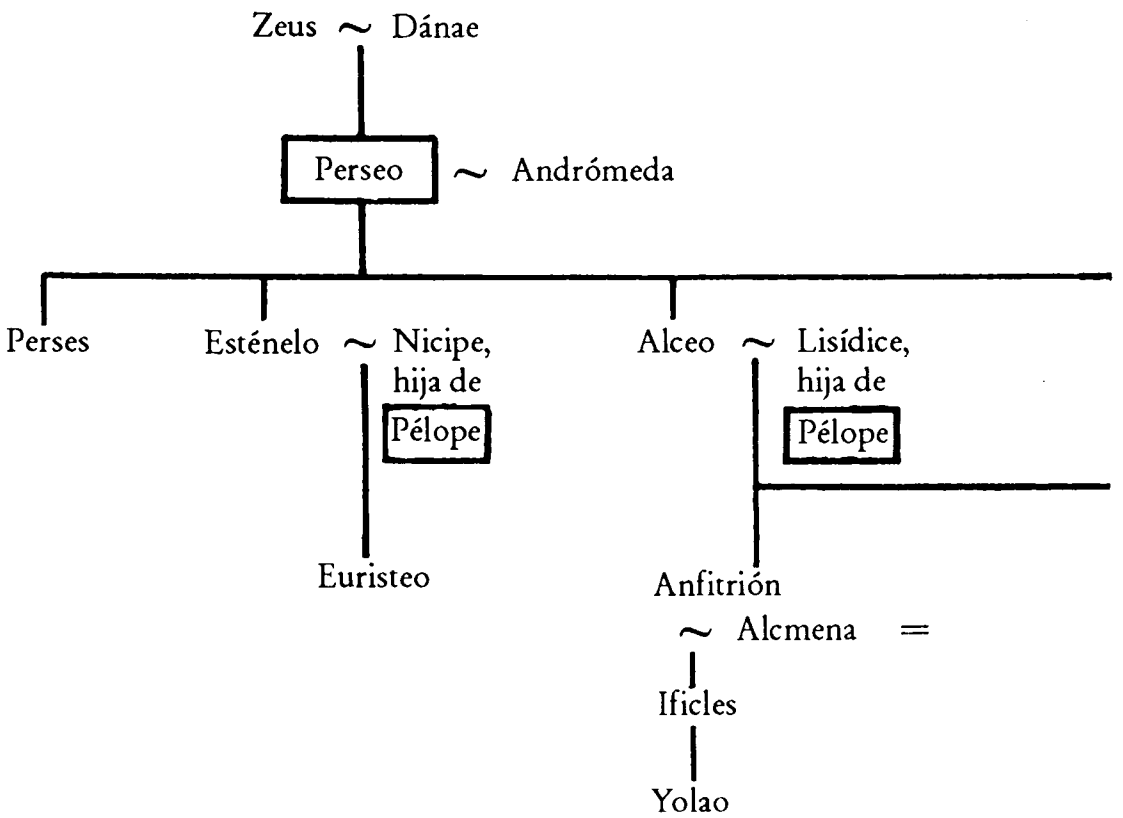
G

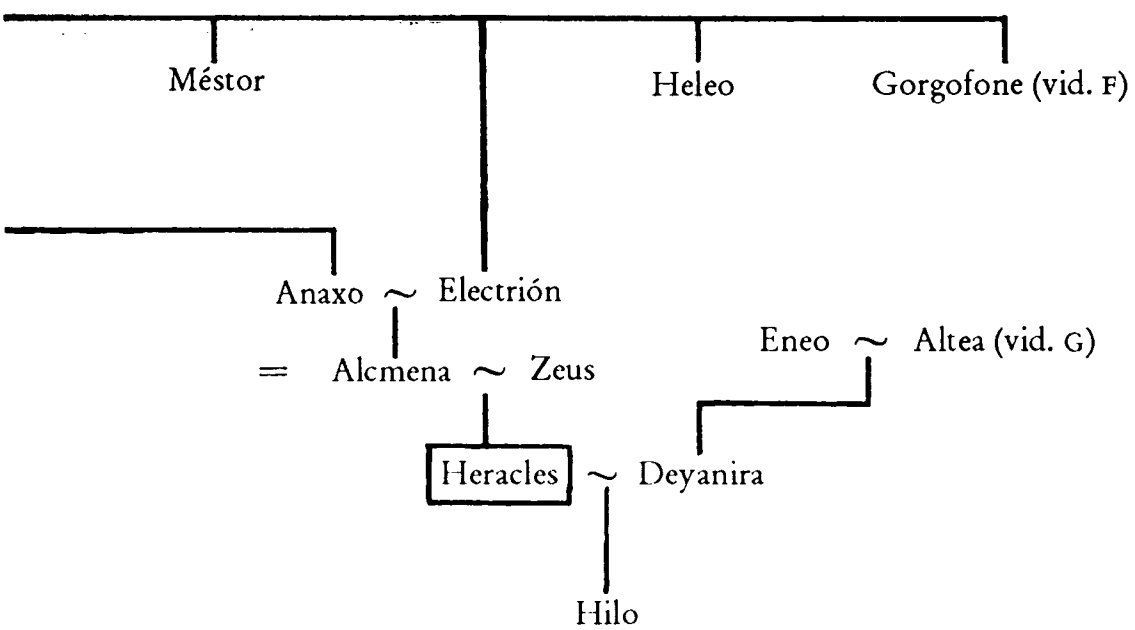

Endimión
Etolo
Pleurón
Calidón
Agenor
Éurite ~ Portaón
Demónice ~ Ares
Melas
Agrio
Eneo
Testio
3 hijos
Leda (vid. supra)

LIBRO PRIMERO, XII
LIBRO TERCERO, VIII

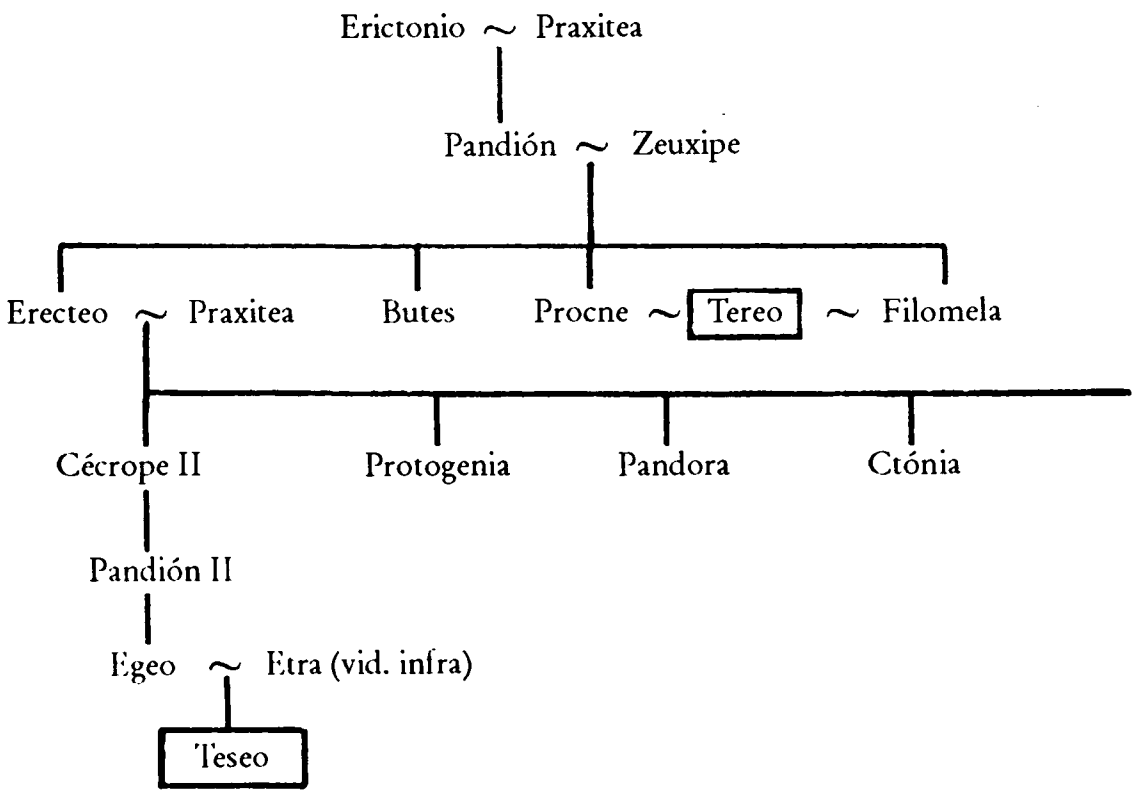


H

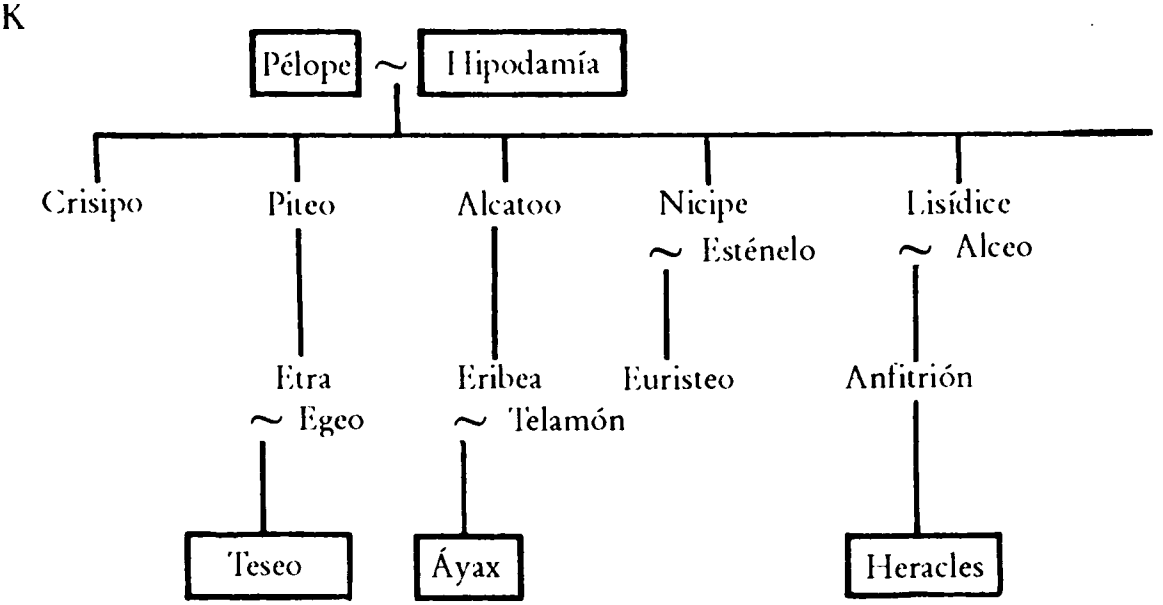

Zeus ~ Dánae
Perseo
~ Andrómeda
Perses
Esténelo
~ Nicipe, hija de
Pélope
Euristeo
Alceo
~ Lisídice, hija de
Pélope
Anfitrión
~ Alcmena =
Ificles
Yolao


Méstor
Heleo
Gorgofone (vid. F)
Anaxo ~ Electrión
= Alcmena ~ Zeus
Eneo ~ Altea (vid. G)
Heracles ~ Deyanira
Hilo

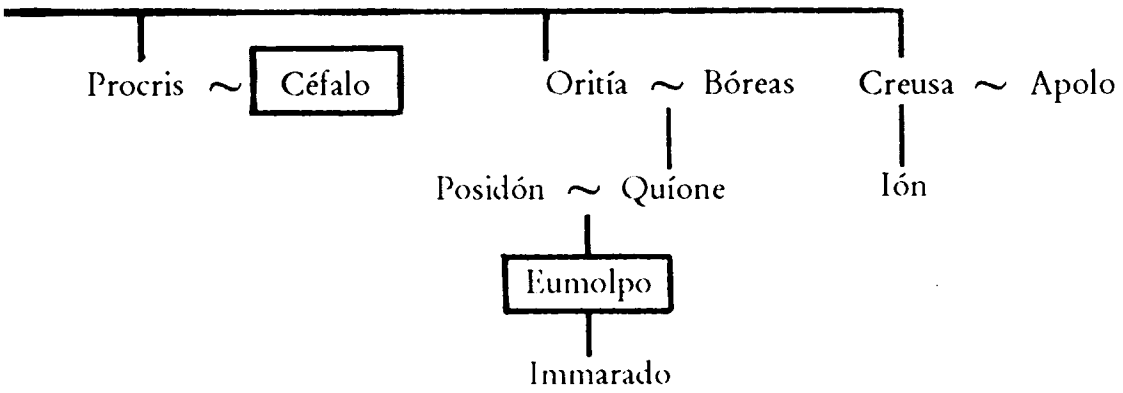
I


Erictonio ~ Praxitea
Pandión ~ Zeuxipe
Erecteo ~ Praxitea
Butes
Procne ~ Tereo ~ Filomela
Cécrope II
Protogenia
Pandora
Ctónia
Pandión II
Egeo ~ Etra (vid. infra)
Teseo

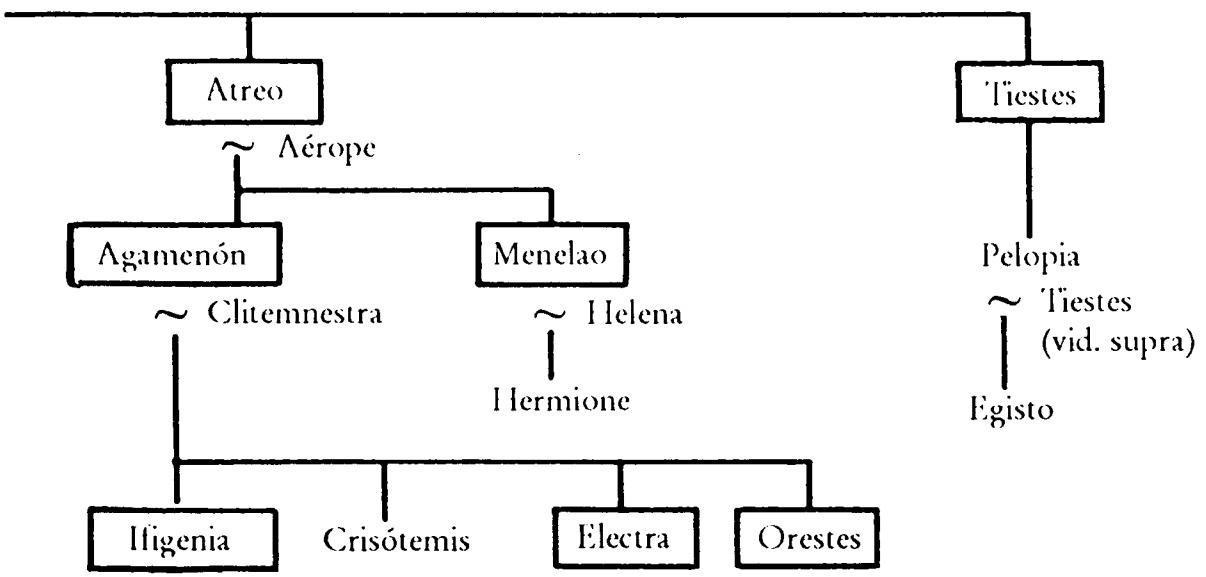
K


Pélope ~ Hipodamía
Crisipo
Piteo
Alcatoo
Nicipe ~ Esténelo
Lisídice ~ Alceo
Etra ~ Egeo
Eribea ~ Telamón
Euristeo
Anfitrión
Teseo
Áyax
Heracles

LIBRO TERCERO, I, IV



LIBRO TERCERO, VI, VIII, IX



L

LISTA DE LOS REYES DE ATENAS HASTA LA GUERRA DE TROYA

CÉCROPE

CRÁNAO («ROCOSO»)

ANFICTIÓN («EL QUE MORA ENTORNO»)

ERICTONIO

PANDIÓN

ERECTEO

CÉCROPE II

PANDIÓN II

EGEO

TESEO

MENESTEO, LÍDER DE LOS ATENIENSES EN LA GUERRA DE TROYA

NOTAS DE LA INTRODUCCIÓN

1. De acuerdo con los principios expuestos en mi libro *Umgang mit Göttlichem,* Gotinga 1955.

2. W. F. Otto, *Die Götter Griechenlands*, Frankfurt am Main 1947, p. 183.

3. Véase André Jolles, *Einfache Formen*, Halle (Saale) 1930, p. 238.

4. *Op. cit.*, p. 82.

5. Plutarco, *De genio Socratis*, 557e.

6. Kerényi, *Apollon,* Düsseldorf 1953, p. 162; Spengler en la revista *Die Welt als Geschichte*, Stuttgart 1935, p. 197.

7. Véase Kerényi, *Griechische Miniaturen*, Zúrich 1957, p. 109; T. B. L. Webster en la revista *Classica et Mediaevalia*, Copenhague 1956, p. 149.

8. Véase Kerényi en A. Randa, *Handbuch der Weltgeschichte I*, Olten y Friburgo 1954, 64. Acerca de los descubrimientos arqueológicos, cf. G. E. Mylonas en *Studies Robinson,* 1951, p. 64.

9. Carlyle, *On Heroes and Hero-Worship*, *Lecture* I.

10. Plutarco, *Quaest. Graec.*, 36.

11. *The Gods of the Greeks*, p. 257. En lo que atañe a Asclepio, véase mi *Asklepios,* Nueva York y Londres 1959, p. xix.

12. Plutarco, *op. cit.*, 12.

13. *The Gods of the Greeks*, p. 259.

14. Schol. Townl. a *Ilíada*, 14, 319.

15. Plutarco, *De Iside et Osiride,* 364 ss.

16. Frs. 15, 60 y 61 Diels.

17. *The Gods of the Greeks*, p. 253, con ilustración.

18. Cf. Todd-Wace, *A Catalogue of the Sparta Museum*, Oxford 1906, p. 102 y láminas 1-3 y 10.

19. Publicación a cargo de Ch. A. Christu en preparación.

20. Aristófanes, *Eccles.* 1031; *Athenische Mitteilungen*, 1893, pp. 165, 184.

21. Cf. *Dramatische Gottesgeburt in der griechischen Religion*, *Eranos Jahrbuch*, Zúrich 1951, p. 13.

22. Cf la revista *Maia*, Florencia 1951, p. 12.

23. W. F. Otto, *Dionysos*, Frankfurt am Main 1939, p. 62.

24. Schol. a Apolonio de Rodas, 1, 916.

25. Cf. Hesiquio s.vv. kevrsai kovyai, temei`n, kei`rai, gamh`sai, tomadas en cuenta por primera vez por N. Fréret en 1761. Acerca de la forma, cf. E. Schwyzer, *Griechische Grammatik*, vol. I, p. 516, n. 6; acerca de su significado, cf. V. Magnien en *Mélanges Cumont*, p. 319.

26. Pausanias 9, 12, 4, de acuerdo con el texto de los manuscritos.

C.: *Carmina*
Epi.: *Epistulae*
Hsch.: *Hesychius lexicographus*
Hy.: *Hygini Fabulae*
Hy. A.: *Hygini Astronomica*
Hyp.: *Hyperides*
hyp.: *hypothesis*

Ib.: *Ibycus*
ICo.: Paton, Hicks *The Inscriptions de Cos*
IG.: *Inscriptiones Graecae*
Il.: *Homeri Ilias*
Io.: *Iosephus Historicus*
BI: *Bellum Iudaicum*
Is.: *Isocrates Orator*
Iust.: *Iustinus Historicus*

La. Inst.: *Lactantii Institutiones*
Li.: *Libanii Orationes*
Li. N.: *Libanii Narrationes*
Li. Pr.: *Libanii Progymnasmata*
Lic.: *Licymnius Lyricus*
Lu.: *Lucianus*
Am.: *Amores*
Ba.: *Bacchus*
Charid.: *Charidemus*
Cy.: *Cynicus*
DD.: *Dialogi Deorum*
DMar.: *Dialogi Marini*
DMo.: *Dialogi Mortuorum*
Ind.: *Adversus Indoctum*
ITr.: *Iuppiter Tragoedus*
Lex.: *Lexiphanes*
Ph.: *Philopseudes*
Sa.: *De Saltatione*
SyrD.: *De Syria Dea*
Ly.: *Lycophro*
Lycurg.: *Lycurgus Orator*

Ma.: *Macrobius*
S.: *Saturnalia*
So.: *Somnium Scipionis*
Mal. Chr.: *Malalas Chronographus*
Me.: *Menander Comicus*
Mi.: *Mimnermus*
Mo.: *Moschus Bucolicus*
Mo. Chor. Pr.: *Mosis Chorenensis Progymnasmata in Eusebii Chronicae* ed. Mai
MVat.: *Mythographus Vaticanus*

N. Al.: *Nicandri Alexipharmaca*
N. D.: *Nonni Dionysiaca*
N. N.: *Nonnus commentator Gregorii Nazianzeni*
N. Pr.: *Nicolai Progymnasmata*
N. Th.: *Nicandri Theriaca*

Od.: *Homeri Odyssea*
Op.: *Hesiodi Opera et Dies*
Opp.: *Oppiani Halieutica*
Or.: Kern, *Orphicorum Fragmenta*
Or. A.: *Orphei Argonautica*
Or. H.: *Orphei Hymni*
Ori. C.: *Origenes contra Celsum*
Ov.: *Ovidius*
AA: *Ars Amatoria*
Am.: *Amores*
F.: *Fasti*
Ib.: *Ibis*
M.: *Metamorphoses*

Pa.: *Pausanias Periegeta*
Pac.: *Pacuvius Tragicus*
Par.: *Parthenius Mythographus*
Ph.: *Philostratus Sophista*
Her.: *Heroicus*
IM.: *Imagines*
VA: *Vita Apollonii*
Pha.: *Phanocles Elegiacus*
Phi.: *Philemo Comicus*
Philo: *Philo Iudaeus*
Ph. iun.: *Philostratus iunior*
Phot.: *Photii Lexicon*

Phot. B.: *Photii Bibliotheca*
Phr.: *Phrynichus Tragicus*
Pi.: *Pindarus*
I.: *Isthmia*
N.: *Nemea*
O.: *Olympia*
P.: *Pythia*
Pl.: *Plato*
Ax.: *Axiochus*
Epi.: *Epinomis*
Ethd.: *Euthydemus*
Ethph.: *Euthyphro*
Le.: *Leges*
Mx.: *Menexenus*
Phd.: *Phaedo*
Phdr.: *Phaedrus*
Pr.: *Protagoras*
Sy.: *Symposium*
Ti.: *Timaeus*
Pla.: *Plautus Comicus*
Am.: *Amphitruo*
B.: *Bacchides*
Ru.: *Rudens*
Pli. NH: *Plinii Naturalis Historia*
Plu.: *Plutarchi Moralia*
Plu. Ro.: *Plutarchi Romulus*
Plu. Ser.: *Plutarchi Sertorius*
Plu. Ti.: *Plutarchi Timoleon*
Plu. Th.: *Plutarchi Theseus*
PMag.: Preisendanz, *Papyri Magici Graeci*
PO.: *Oxyrhynchus Papyri*
Pol.: *Pollux Grammaticus*
Po. M.: *Pomponius Mela Geographus*
Pr. Chr.: *Procli Chrestomathia; quae ad Homerum pertinent* ed. Allen, *caetera* ed. Bekker
Prop.: *Propertius*
PSI: *Papiri della Società Italiana*

Q. S.: *Quintus Smyrnaeus*

Rh. Gr.: Spengel, *Rhetores Graeci*
s.: *scholium in (Servius vel Probus in Vergilium)*
S.: *Sophocles*
Ai.: *Aiax*
An.: *Antigon*
E.: *Electra*
OC: *Oedipus Coloneus*
OT: *Oedipus Tyrannus*
Ph.: *Philoctetes*
Tr.: *Trachiniae*
Sa.: *Sappho*
Scy.: *Scythinus Lyricus*
Se.: *Seneca Tragicus*
HF: *Hercules Furens*
HOe: *Hercules Oetaeus*
Thy.: *Thyestes*
Tr.: *Troades*
SEmp.: *Sextus Empiricus Philosophus*
Si.: *Simonides Lyricus*
Sol.: *Solinus Historicus*
Sosi.: *Sositheus Tragicus*
St. By.: *Stephanus Byzantinus Lexicographus*
Ste.: *Stesichorus Lyricus*
Str.: *Strabo Geographus*
St. Th.: *Statii Thebais*
Su.: *Suidas Lexicographus*
Sup. E.: *Supplementum Euripideum* ed. Arnim
Syll.: *Dittenberger, Sylloge Inscriptionum Graecarum ed. 3.*

Terp.: *Terpander Lyricus*
Tert. Val.: *Tertullianus contra Valerianos*
Th.: *Hesiodi Theogonia*
The.: *Theocritus*
Thgn.: *Theognis*
Thu.: *Thucydides*
Tz.: *Tzetzes*
Chil.: *Chiliades*
Co.: *de Comoedia*
Ly.: *ad Lycophronem*

Posthom.: *Posthomerica*

Va. LL: *Varro De Lingua Latina*
Ve.: *Vergilius*
A.: *Aeneis*
Cu.: *Culex*
E.: *Eclogae*
G.: *Georgica*
V. Fl.: *Valerii Flacci Argonautica*

Zen.: *Zenobius Paroemiographus*

NOTAS

LIBRO PRIMERO

NOTAS DEL CAPÍTULO I

1. GG 112 (99)
2. s. Pi. P. 3. 153
3. GG 254 (228)
4. GG 28 (24)
5. Hdt. 2. 51. 2
6. Lu. Charid. 9
7. Ap. 3. 1. 1
8. Il 14. 321
9. s. E. Rh. 29
10. Ap. 3. 1. 1
11. D. S. 5. 48. 2
    s. E. Ph. 7
    s. A. Rh. 1. 916
12. D. S. 5. 49. 1
13. s. E. Ph. 7
14. D. S. 5. 49. 1
15. s. Il. 2. 494
    Ov. M. 2. 8
16. Ap. 3. 4. 1
17. Hdt. 4. 147. 5
    s. Ly. 1206
18. s. E. Ph. 638
19. s. Ca. Io. 3
20. Pa. 9. 12. 2
21. s. Il. 2. 494
22. Ov. M. 3. 26
23. s. S. An. 126
24. Phot. B. 2. 277. 6
25. Pa. 9. 5. 1
26. s. A. Rh. 3. 1178
27. E. Ph. 663
28. s. E. Ph. 662
29. E. Ph. 667
30. s. E. Ph. 670
31. s. A. Rh. 3. 1178
32. E. Ph. 939
33. Ari. Po. 16
    Hy. 72
34. Ap. 3. 4. 2
35. s. A. Rh. 1. 916
36. N. D. 3-4
37. GG 72 (63)
38. Pa. 9. 16. 4
39. Ap. 3. 4. 2
40. Pi. P. 3. 90
    Ap. 1. 4.
    s. Il. 2. 494
41. N. D. 5. 120
42. Ap. 1. 9. 15
43. Thgn. 15
    E. B. 881; 901
44. Pi. P. 3. 91
    Ca. fr. 11. 4
45. s. Il. 2. 494
    Pa. 3. 18. 12
46. Ap. 3. 4. 2.
47. s. Pi. P. 3. 167
    Ap. 3. 4. 2
48. GG 109 (96)
49. GG 257 (226)
50. GG 262 (230)
51. GG 146 (124)
52. GG 264 (233)
53. Pa. 9. 5. 3
54. E. B. 1333
55. E. B. 1330; 1334
56. St. B.
57. s. V. Ae. 1. 243
58. Ca. fr. 11. 4
59. E. B. 1338
60. Pi. O. 2. 77
61. Ap. 3. 5. 4

NOTAS DEL CAPÍTULO II

1. E. Ph. 822
2. GG 153 (135)
3. GG 204 (184)
4. Ca. De. 80
5. s. Ly. 1211
6. PO. 1241. IV. 6
7. s. Pi. P. 9. 5
8. Pa. 9. 10. 5
9. Od. 11. 260-5
10. Pa. 2. 6. 1
11. s. Pi. O. 13. 74
12. s. A. Rh. 4. 1090
13. Pa. 2. 6. 2
14. St. B.
15. Hsch.
16. E. HF 29
17. Pa. 1. 38. 9
18. Sup. E. p. 11
19. E. fr. 1023
    Ph. Im. 1. 10
20. Hor. Epi. 1. 18. 41
21. Pac. fr. XIII
22. Pa. 9. 17. 6
23. Pa. 9. 5. 7
24. GG 222 (196)
25. s. E. Ph. 159
26. Hy. 9
27. Pa. 9. 17. 4
28. Pa. 9. 17. 6
29. Pa. 10. 31. 10

NOTAS DEL CAPÍTULO III

1. GG 222 (196)
2. Ap. 2. 1. 4
3. s. A. Rh. 3. 1186
4. s. E. He. 886
5. Ap. 2. 1. 4
6. s. Il. 1. 42
7. Ath. 651 ss.
8. Cl. Str. 4. 19. 120. 4
9. A. Su. 250
10. Pa. 2. 19. 3
11. Ap. 2. 1. 5
12. Pa. 2. 19. 6
13. A. fr. 44
14. Pa. 2. 25. 4
15. Ap. 2. 1. 5
16. Pi. P. 9. 112
17. s. E. He. 886
18. Pl. Ax. 371e
19. Hy. 169
20. Pa. 2. 15. 5
21. Ap. 2. 1. 4
22. Pa. 2. 38. 2
23. Str. 8. 6. 8

NOTAS DEL CAPÍTULO IV

1. Ap. 2. 2. 1
2. Pa. 2. 25. 7
3. Pa. 2. 16. 2
4. Ap. 2. 2. 1
5. Str. 8. 6. 11
6. GG 253
7. s. Il. 14. 319
8. s. A. Rh. 4. 1091
9. S. An. 944
10. Si. 27
11. PSI. 1209
12. PO. 2161. I. 23
13. s. A. Rh. 4. 1091
14. s. A. Rh. 4. 1515
15. h. C. 9 et 17
16. Pi. P. 12. 15
17. Hy. 63
18. GG 129 (114)
19. Ap. 2. 4. 2
20. s. A. Rh. 4. 1515
21. GG 185 (164)
22. s. A. Rh. 4. 1515
23. Art. 4. 63
24. Er. C. 22
25. N. D. 25. 32
26. Et. Gud. 462
27. Th. 275
28. GG 45 (40)
29. A. Pr. 796
30. Ov. M. 4. 778
31. A. Pr. 791
32. Hy. A. 1. 12
33. N. D. 31. 17
34. Er. C. 22
35. A. fr. 261
36. GG 49 (43)
37. s. A. Rh. 4. 1515
38. Ap. 2. 4. 2
39. Lu. DMo. 14. 2
40. Ap. 2. 4. 3
41. Ov. Am. 3. 11. 24
42. He. Sc. 220
43. Pi. P. 10. 31
44. Pa. 4. 35. 9
    Str. 16. 2. 28
    Io. Bl. 3. 9. 3
45. Ar. R. 52
46. E. fr. 125
47. E. fr. 132
48. Ap. 2. 4. 3
49. Ov. M. 5. 180
50. Er. C. 15-17; 22
51. Ap. 2. 4. 3
52. s. Pi. P. 72
53. s. A. Rh. 4. 1515
54. Ap. 2. 4. 4
55. s. A. Rh. 4. 1091
56. Hy. 244
57. Ap. 2. 4. 4
58. Pa. 2. 16. 4
59. Od. 2. 120
    s. N. Al. 103
60. s. Il. 15. 302
61. Pa. 2. 16. 3
62. A. Pe. 79
63. s. Il. 14. 319
64. Pa. 2. 20. 4
65. Pa. 2. 22. 1
66. N. D. 47. 666
67. Pa. 2. 23. 7
    N. D. 47. 714
68. Pa. 2. 23. 8
69. s. Il. 14. 319
70. Plu. 364f
71. GG 259 (228)
72. Pa. 2. 18. 1

NOTAS DEL CAPÍTULO V

1. GG 222 (196)
2. Pa. 3. 22. 4; s. E. Or. 5
3. Pa. 5. 13. 7; 8. 17. 3
4. Pa. 7. 24. 13
5. Pa. 2. 22. 3
6. Pa. 2. 22. 2
7. St. By.
8. Aristid. 15
9. E. Or. 5
10. s. E. Or. 5
11. s. Pi. O. 41
12. N. D. 48. 730
13. Hy. 83
14. A. fr. 158
15. St. By.
16. Him. E. 3. 11
17. Pl. Ethph. 11 e
18. Apost. 16. 16

19. GG 159 (141)
20. E. Or. 9
21. E. Or. 8
22. Plu. 607f
23. Pi. O. 1. 38
24. E. IT 386
25. Se. Th. 144
26. GG 254 (224)
27. s. Ly. 152
28. E. Hel. 389
29. Pi. O. 1. 48
30. s. Ve. G. 3-7
31. Or. 36
32. B. fr. 42
33. s. Pi. O. 1. 40
34. Pi. O. 1. 26
35. Ap. ep. 2. 3
36. Pi. O. 1. 27
37. s. Ly. 152
38. s. Ly. 152
39. Ari. Po. 16
40. Pi. O. 1. 43
41. Pi. O. 1. 47
42. Pi. O. 1. 65
43. E. Or. 10
44. Ov. AA 2. 606
45. D. S. 4. 74. 2
46. Pi. O. 1. 60
47. GG 109 (96)
48. GG 210 (186)
49. ALib. 36
50. Eus. Chr. 2 p. 40
51. s. Il. 20. 234
52. Ath. 281 b
53. s. Od. 11. 582
54. s. E. Or. 982
55. E. Or. 7 cum s.
56. N. D. 18. 32; 35. 295
57. E. Or. 982 cum s.
58. GG 159 (141)
59. GG 135 (119)
60. Od. 11. 582
61. Pa. 10. 31. 12

NOTAS DEL CAPÍTULO VI

1. Il. 2. 101
2. s. Il. 2. 104
3. GG 202 (178)
4. s. A. Rh. 1. 752
5. Pi. O. 10. 49
6. Ap. ep. 2. 4
7. Hy. 253
8. Pa. 5. 22. 6
9. Ly. 166
10. s. A. Rh. 1. 752
11. Ap. ep. 2. 5
12. D. S. 4. 73. 5
13. Pi. O. 1. 79
14. s. Pi. O. 1. 127
15. Pi. O. 1. 67
16. Pi. O. 1. 71
17. Ci. TD 2. 27. 67
18. Pa. 5. 13. 7
19. Pa. 8. 14. 10
20. Pa. 8. 14. 11
21. s. Ve. G. 3. 7
22. Hy. 84
23. GG 173 (153)
24. s. S. E. 504
25. S. fr. 433
26. Hy. 84
27. D. S. 4. 73. 4
28. s. A. Rh. 1. 752
29. Ap. ep. 9. 2. 7
30. E. IT 823
31. S. E. 504;
E. Or. 987; 1547
32. Ap. ep. 9. 2. 8
33. Pa. 8. 14. 12
34. Pa. 5. 20. 6
35. GG 84 (74)
36. Pa. 5. 7. 10
37. Pi. O. 1. 94
38. B. 7. 53
39. Pi. O. 1. 93
40. Pa. 6. 22. 1
41. Pa. 5. 13. 2
42. Pa. 5. 13. 3
43. s. Pi. O. 1. 149
44. Pa. 5. 10. 6
45. Pa. 5. 16. 4
46. Pi. O. 1. 89
47. s. E. Or. 4
48. s. Il. 2. 105
49. Pa. 6. 20. 7

NOTAS DEL CAPÍTULO VII

1. GG 228 (201)
2. Ap. 1. 7. 2
3. Od. 10. 2
4. GG 206 (182)
5. Er. C. 1. 18
6. Ov. M. 2. 639
7. GG 144 (127)
8. GG 221 (196)
9. E. fr. 481. 15
10. Hy. A. 1. 18
11. GG 185 (163)
12. Rh. Gr. 7. 1313. 6
13. GG 16 (14)
14. D. H. Op. p. 346. 19
15. Hor. C. 1. 2. 17
16. s. Ly. 722
17. Od. 11. 238
18. s. Ar. Ly. 139
19. s. Il. 10. 334
20. Ae. VH 12. 42
21. Ap. 1. 9. 8
22. S. fr. 648 Pearson
23. D. S. 6. 6. 5
24. Pi. P. 4. 136
25. Pol. 4. 141
26. S. fr. 598
27. s. E. Or. 1691
28. Ap. 1. 9. 8
29. Od. 19. 109
30. Pi. I. 5. 14

31. Ap. 1. 9. 7
32. Ve. A. 6. 586
E. fr. 14
33. Hy. 61
D. S. 4. 68. 2
34. V. Fl. 1. 665
35. s. Ve. A. 6. 585
36. Ap. 1. 9. 7
37. Od. 10. 608
38. Ap. 1. 9. 9
39. Ap. 1. 9. 9
40. GG 138 (122)
41. GG 261 (230)

NOTAS DEL CAPÍTULO VIII

1. Il. 6. 146
2. Hy. 60
3. Il. 6. 153
4. GG 163 (145)
5. Ap. 1. 9. 3
6. s. Ly. 174
7. GG 210 (186)
8. Pa. 2. 5. 1
9. s. Il. 6. 153
10. Thgn. 703
11. GG 250 (220)
12. A. fr. 220
13. Hy. 200
s. Od. 19. 432
14. Od. 19. 396
15. He. fr. 136
16. Hy. 201
17. Tz. Ly. 344
18. Polyae. 6. 52
19. s. S. Ai. 190
20. A. fr. 175
S. Ai. 189
S. Ph. 417
S. fr. 142
E. Cy. 104
IA 524
Ly. 344; 1030
21. s. Ve. G. 3. 267
22. A. fr. 39
23. s. Il. 6. 153
24. Pa. 2. 2. 2
25. Pa. 2. 1. 3
26. GG 265 (234)
27. Od. 11. 593
28. Hy. 157
29. GG 42 (37)
30. GG 44
31. Ap. 1. 9. 3
32. GG 50 (44)
33. GG 112 (98)
34. s. Il. 155
35. St. By. Mylasa
36. Str. 8. 6. 21
37. GG 105 (42)
38. St. Th. 4. 61
39. s. Il. 155
40. Pi. O. 13. 63
41. GG 111 (98)
42. Pa. 2. 4. 1
43. Pi. O. 13. 86
44. GG 138 (122)
45. Ap. 2. 3. 1
46. Pa. 10. 30. 5
s. Od. 11. 326
47. Il. 6. 160
48. s. Il. 6. 170
49. Il. 16. 328
50. GG 111 (98)
51. s. Il. 16. 328
52. Il. 6. 181
Th. 319
53. Ap. 2. 3. 2
54. s. Il. 6. 200
55. GG 110 (97)
56. E. fr. 664
57. s. Ar. Pax 141
58. Pi. I. 7. 45
59. E. fr. 285
60. E. fr. 286
61. E. fr. 306-8
62. Pi. I. 7. 44
63. Il. 6. 201
64. Th. 286
65. s. Il. 6. 155
66. Pi. O. 13. 92

NOTAS DEL CAPÍTULO IX

1. GG 264 (233)
2. Str. 9. 5. 8
3. Ap. 1. 9. 1
4. s. Ar. N. 357
5. GG 159 (141)
6. GG 264 (233)
7. Hy. 2
8. s. Pi. P. 4. 288
9. Hdt. 7. 197. 2
s. A. Rh. 2. 654
10. GG 183 (162)
11. Pa. 9. 34. 5
12. s. A. Pe. 71
13. s. Ly. 22
14. s. A. Rh. 1. 256
15. A. Rh. 2. 1151

NOTAS DEL CAPÍTULO X

1. Pa. 9. 16. 5
2. GG 257 (226)
3. Pa. 9. 12. 4
4. E. B. 11
5. E. Ph. 651 c. s.
6. s. E. Ph. 8
7. Ap. 3. 5. 5
8. GG 105 (92)
9. Od. 19. 518
10. GG 62 (55)
11. Od. 19. 522
12. s. Od. 19. 518
13. Pa. 9. 5. 9
14. Ap. 3. 5. 5
15. Th. 1. 9. 2
16. Ath. 603 a
17. Ae. NA 6. 15
    V. H. 13. 5
18. Ap. 3. 5. 5
19. Hy. 85
20. Plu. 750 b
    D. S. 4. 64. 2
21. hyp. E. Ph.
22. s. E. Ph. 1760
23. Plu. 313 e
24. s. Il. 2. 105
25. s. E. Ph. 1760
26. s. E. Ph. 1010
27. A. Se. 745
28. A. Se. 750; 802; 842
29. A. Se. 756
30. A. fr. 122
31. A. Se. 691
32. s. E. Ph. 1760
33. s. E. Ph. 1760
34. A. fr. 173
35. E. Ph. 14
36. E. Ph. 18
37. E. Ph. 22
38. E. Ph. 38
39. S. OT 713
40. hyp. S. OT III
41. DM. PY 40 Palmer
42. Ar. R. 1190
43. s. E. Ph. 1760
44. hyp. E. Ph. I 104
45. E. Ph. 26
46. E. Ph. 32
47. s. E. Ph. 26
48. GG 263 (232)
49. s. E. Ph. 26; 28
    Hy. 66
50. s. E. Ph. 26
51. Pa. 2. 6. 6
    FGH 90. 8
52. Ath. 296 b
53. Hy. 66
54. s. E. Ph. 1760
    S. OT 775
55. E. Ph. 24
56. S. OT 1157
57. S. OT 1022
58. S. OT 774
59. E. Ph. 40
60. E. Ph. 41
61. E. Ph. 42
62. S. OT 809
63. Hy. 67
64. S. OT 811
65. E. Ph. 44
66. S. OT 806
67. Et. Gen.
68. FGH 90. 8
69. Od. 11. 271
70. Pa. 9. 5. 11
    s. E. Ph. 1760
71. s. E. Ph. 53
72. Il. 23. 675
73. FGH 90. 8
74. s. E. Ph. 934; 1031
75. E. Ph. 810
76. Th. 326
77. GG 52 (46)
78. Pa. 5. 11. 2
79. s. E. Ph. 1760
80. s. E. Ph. 45
81. Ap. 3. 5. 8
82. E. Ph. 48
83. s. E. Ph. 50
84. s. E. Ph. 50
85. D. S. 4. 64. 4
86. Ap. 3. 5. 8
87. S. OT 60
88. Ap. 3. 6. 7
89. Ca. LP 70
90. Ap. 3. 6. 7
91. Hy. 75
92. ALib. 17
93. s. Ly. 683
94. Ap. 3. 6. 7
95. s. Od. 10. 494
96. Ov. M. 326
97. s. Od. 10. 494
98. s. Ly. 372
99. Od. 10. 493
100. Od. 11. 91
101. S. OT 372
102. A. Se. 783
    Se. OT 1270
103. s. E. Ph. 61
104. E. Ph. 303
105. E. Ph. 1457
106. S. OT 1426
107. S. OT 1429
108. E. Ph. 63
109. A. Se. 709; 725; 781
110. Ath. 465 e
111. A. Se. 727; 788; 815
    E. Ph. 66
112. s. S. OC 1375
113. E. Ph. 1543
114. MVat. 2. 230
115. E. Ph. 1693
116. S. OT 420
117. E. Ph. 1705
118. S. OC 3
119. S. OC 88
120. S. OC 95
121. S. OC 1456
122. S. OC 1548
123. S. OC 1590
124. S. OC 1621
125. S. OC 1644
126. s. Ari. EN 1111 a 7
127. S. OT 421
128. s. S. OC 91
129. EGr. 1135

NOTAS DEL CAPÍTULO XI

1. GG 107 (94)
2. Pa. 4. 2. 4
3. Pa. 2. 21. 7
4. Pa. 3. 1. 4
5. Ap. 3. 10. 4
6. Ap. 3. 10. 5
7. Mal Chr. IV O 100
8. Pa. 3. 1. 4
9. s. A. Rh. 1. 146
10. h. Ho. 33. 4
11. GG Pl. IV a
12. s. Ly. 506
13. Pa. 3. 26. 2
14. Pa. 3. 26. 3
15. Pa. 4. 2. 4; 7
16. s. Il. 9. 557
17. Ap. 3. 10. 3
18. Il. 9. 558
19. s. Il. 9. 557
20. Il. 9. 564
21. Ap. 1. 7. 9
22. Il. 9. 559
23. MVat. 1. 77
24. s. Il. 9. 557
25. Ap. 1. 7. 9
26. Il. 9. 562
27. Pa. 3. 16. 1
28. Hy. 80. 1
29. Pa. 3. 16. 1-3
30. The. 22. 137
31. Ap. 3. 11. 2
32. Od. 11. 300
33. Pr. Chr. 103. 13
    Ly. 535-52
    s. Ly. 536-52
    Pi. N. 10. 55
    s. Pi. N. 10. 114
    Ap. 3. 11. 2
34. Pi. N. 10. 79
35. Od. 11. 301
36. E. Hel. 140
37. Er. C. 10
38. SEmp. 9. 37
39. h. Ho. 33. 8

NOTAS DEL CAPÍTULO XII

1. Ap. 1. 8. 1
2. GG 202 (178)
3. He. fr. 120
4. N. D. 43. 60
5. Hy. 175
6. Ap. 1. 7. 7
7. Ap. 1. 7. 6
8. Ath. 35 ab
9. Ap. 1. 8. 1
10. MVat. 1. 87
11. s. Ve. G. 1. 9
12. Ve. G. 1. 9
13. Hy. 129
14. He. fr. 135
15. Hy. 171
16. Hy. 171
17. Ap. 1. 8. 2
18. Il. 9. 533
19. Il. 9. 544
20. Il. 9. 547
21. GG 84 (73)
22. Ap. 1. 8. 2
23. Ap. 2. 6. 3
24. s. A. Rh. 1. 188
    s. Ly. 488
25. A. Rh. 1. 169
    E. fr. 530. 5
26. Pa. 8. 45. 7
27. Ari. fr. 640. 44
28. Il. 21. 482
29. Thgn. 1288
30. Ae. VH 13. 1
31. GG 113 (99)
32. He. fr. 20; 21
33. Pa. 8. 35. 10
34. Ap. 3. 9. 2
35. Ae. VH 13. 1
36. GG 146 (129)
37. Thgn. 1291
38. GG 153 (136)
39. Ca. Di. 221
40. GG 204 (180)
41. Thgn. 1291
42. Ov. M. 10. 560
43. Hy. 185
44. Ov. M. 10. 578
45. s. The. 2. 120
46. The. 2. 120
47. The. 3. 42
48. Ov. M. 10. 687
49. Gra. Cy. 490
50. Ov. M. 10. 686
51. GG 89 (78)
52. s. Ve. A. 3. 113
53. Ap. 3. 9. 2
54. Ap. 3. 9. 2
55. Ar. Ly. 781
56. Pa. 5. 19. 2
57. Prop. 1. 1. 9
58. Xe. Cyn. 1. 7
59. Ov. AA 3. 775
60. Ap. 3. 9. 2
61. Ap. 1. 8. 2
62. E. fr. 520
63. Ap. 1. 8. 2
64. B. 5. 113
65. Il. 9. 548
66. Ap. 1. 8. 2
67. Ap. 1. 8. 2
68. Il. 9. 549
    Pa. 10. 31. 3
69. Il. 9. 566
70. Il. 9. 553
71. Il. 9. 571
72. Pa. 10. 31. 3
73. Pa. 10. 31. 4
74. ALib. 2
75. Ap. 1. 8. 3
76. Ae. NA 4. 42
77. B. 5. 89

LIBRO SEGUNDO

NOTAS DE HERACLES

1. GG 272 (240)
2. Syll. 1027
3. Hdt. 2. 44. 3-5
4. Pa. 2. 10. 1
5. Pa. 2. 6. 6-7
6. Pa. 6. 21. 6
7. Pa. 5. 7. 7
8. Pa. 9. 27. 8
9. Ci. ND 3. 42
10. Plu. 304 c-e
11. Pa. 8. 31. 3
12. Pi. N. 3. 22

NOTAS DEL CAPÍTULO I

1. Is. 5. 32
2. D. S. 4. 10. 1
3. Pi. fr. 301
4. Ae. VH 2. 32
5. The. 24. 1
6. s. St. Th. 4. 147
7. D. S. 4. 10. 2
8. E. HF 388
9. E. Al. 481; 491
10. s. Ly. 932
11. s. A. Rh. 1. 747
12. He. Sc. 12
13. Ap. 2. 4. 6
14. Pa. 19. 1. 1
15. Ap. 2. 4. 7
16. GG 109 (96)
17. ALib. 41
18. s. Ly. 932
19. GG 109 (96)
20. s. Od. 11. 266
    Pa. 5. 18. 2
    Pla. Am. 760
21. Ath. 498 c
22. Ap. 2. 4. 8
23. GG 164 (146)
24. APal. 9. 441
25. s. Od. 11. 266
26. Ap. 2. 4. 8
27. Hy. 29
28. Ap. 2. 4. 8
29. Il. 19. 100
30. s. Il. 19. 119
    ALib. 19
    Ov. M. 9. 397
31. Ae. NA 12. 5
32. Pa. 9. 11. 3
33. Hsch. tetradi
34. The. 24. 2
35. He. Sc. 89
36. Pi. I. 5. 32
37. D. S. 4. 9. 5
38. D. S. 4. 9. 6
39. Hy. A. 2. 43
    Er. C. 44
    Ach. Intr. 24
40. Pi. N. 1. 33
41. The. 24. 1
42. Ap. 2. 4. 9
43. Pa. 1. 43. 7
44. Su.
45. s. Il. 18. 570
46. Zen. 4. 45
47. Ap. 2. 4. 9
    D. S. 3. 67. 2
48. Ap. 2. 4. 9
49. The. 24. 37
50. Plu. 271 b
51. Pa. 9. 10. 4
52. IG. 14. 1293 B
53. Pa. 9. 27. 8
54. Ap. 2. 4. 9
55. s. The. 13. 6
56. The. 25. 207
57. Pa. 2. 31. 10
    Ap. 2. 4. 11
58. Ap. 2. 4. 10
59. Pa. 9. 27. 7
60. D. S. 4. 29. 3
61. Pa. 9. 27. 6
62. Ap. 2. 4. 10
63. Pi. I. 6. 47
64. Ap. 2. 4. 9
65. Ap. 2. 4. 11
66. Pa. 9. 37. 1
67. D. S. 4. 10. 4
68. E. HF 220
69. Ap. 2. 4. 11
70. Od. 11. 269
71. E. HF 11
72. D. S. 4. 10. 6
73. Ap. 2. 4. 11
74. E. HF 1
75. Pi. P. 9. 81
76. Pa. 9. 11. 1
77. Plu. 577 f
78. GG 138 (122)
79. D. S. 4. 10. 6
80. E. HF 16

NOTAS DEL CAPÍTULO II

1. Pa. 2. 15. 3
2. D. S. 4. 11. 3
3. The. 25. 200
4. The. 326
5. GG 51 (45)
6. Ep. fr. 2 Diels
7. Pa. 9. 17. 2
8. Il. 21. 483
9. GG 209 (177)
10. Ca. fr. 54-59
11. Ap. 2. 5. 1
12. St. B.

13. The. 25. 256
14. D. S. 4. 11. 4
15. s. Ve. G. 3. 19 Keil
16. Plu. Ti. 26
17. Plu. 676f
18. Ca. fr. 59. 18
19. Ap. 2. 5. 1
20. The. 25. 277
21. Er. C. 12
22. Pa. 2. 36. 8
23. Th. 313
24. E. HF 420
25. Th. 311
26. Hy. 30
27. Pa. 2. 37. 4
28. Ap. 2. 5. 2
29. GG 51 (45)
30. Al. fr. 118 Bergk
31. S. fr. 203 Bergk
32. E. HF 1190
33. Ap. 2. 6. 2
34. Ap. 2. 5. 2
35. Er. C. 11
36. Ma. So. 1. 12. 2
37. Ap. 2. 4. 12
38. GG 138 (122)
39. Ap. 2. 5. 11
40. Ap. 2. 5. 3
41. Ap. 2. 5. 5
42. Ca. Di. 109
43. E. HF 377
44. E. Hel 382
45. s. Pi. O. 3. 53
46. Pi. O. 3. 30
47. GG 154 (136)
48. Hy. 30
49. E. HF 378
50. Ap. 2. 5. 3
51. Pi. O. 3. 26
52. Str. 5. 1. 9
53. Pi. O. 3. 31
54. GG 53 (46)
55. Ap. 2. 5. 3
56. Od. 6. 103
57. FGH 1. 6
58. Ap. 2. 5. 4
59. The. 7. 149 c. s.
60. GG 160 (146)
61. Ap. 2. 5. 4
62. s. The. 7. 149
63. D. S. 4. 12. 3
64. Ap. 2. 5. 4
65. Ap. 2. 5. 6
66. D. S. 4. 13. 2
67. Se. HF 243
68. Ve. A. 6. 311
69. S. OT 175
70. Pa. 8. 22. 7
71. Pa. 8. 22. 4
72. s. Ve. A. 8. 299
73. A. Rh. 2. 1036
74. D. S. 4. 13. 2
75. Ap. 2. 5. 6
76. Pa. 8. 22. 4
D. S. 4. 13. 2
77. Ap. 2. 5. 6
78. A. Rh. 2. 10. 30
79. s. A. Rh. 1. 172
80. Ap. 2. 4. 5
D. S. 4. 13. 3
81. Pa. 5. 1. 9
s. Ve. A. 8. 299
82. Ap. 2. 5. 5
83. Pa. 5. 1. 9
84. Ap. 2. 7. 8
85. Ap. 2. 5. 5
86. Ath. 412 a
87. Ap. 2. 5. 5
88. s. Ca. De. 102
89. Ap. 2. 5. 3
90. Er. C. 28
91. Ap. 2. 5. 5
92. D. S. 4. 33. 1
93. Hy. 33
94. s. Ve. G. 3. 267
95. E. HF 382
96. GG 206 (182)
97. Il. 11. 445
98. Se. HF 451
99. s. Pi. P. 4. 126
100. Il. 2. 763
101. Il. 2. 715
102. Ap. 1. 9. 15
103. Ap. 1. 9. 15
104. Ap. 1. 9. 15
105. GG 33 (28)
106. Ap. 1. 9. 15
107. E. Al. 24
108. E. Al. 476
109. E. Al. 1142
110. Pl. Sy. 179b
111. E. Al. 1140
112. Frag. 2 Nauck
113. D. S. 4. 15. 3
114. D. S. 4. 15. 4
115. Ap. 2. 5. 8
116. D. S. 4. 15. 4
117. GG 179 (159)
118. A. Rh. 1. 1275
119. The. 13. 75
120. A. Rh. 1. 1317
121. E. Al. 499
122. He. Sc. 319
123. He. Sc. 70
124. E. HF 591
He. Sc. 479
125. He. Sc. 338
126. He. Sc. 120
127. GG 185 (163)
128. s. Il. 23. 347
129. Pa. 8. 25. 10
130. Ap. 2. 5. 11
131. Hy. 31
132. He. Sc. 477
133. Ap. 1. 7. 4
134. Pl. Phd. 84e
135. GG 110 (97)
136. Ap. 2. 5. 7
137. BKT 5. 2. 73. 24
Ap. 2. 5. 7
138. BKT 5. 2. 73. 26
139. Ap. 2. 5. 7
140. D. S. 4. 13. 4
141. Plu. Th. 14
142. Ap. 2. 5. 9
143. E. HF 409
144. Pi. N. 3. 38
145. s. Pi. N. 3. 64
146. Pi. I. 6. 28
147. Pi. N. 3. 37
148. Il. 5. 266
149. Il. 21. 448
150. Il. 21. 448
151. Ov. M. 11. 203
152. Il. 7. 453
153. Il. 21. 453
154. Il. 5. 640
155. s. Il. 20. 146
Ap. 2. 5. 9
s. Ly. 34

156. D. S. 4. 42. 3
157. s. Ly. 34
158. Il. 20. 145
159. s. Il. 20. 146
160. s. Ly. 34
161. Il. 5. 650
162. Il. 5. 642
163. S. Ai. 435
164. S. Ai. 1301
Xe. Cy. 1. 9
D. S. 4. 32. 5
Ap. 2. 6. 4
165. Ap. 2. 6. 4
166. Ly. 337 c. s.
Ap. 2. 6. 4
167. Pi. N. 3. 38
168. Ap. 2. 5. 9
169. Ap. 2. 5. 9
170. D. S. 4. 16. 4
171. A. Rh. 2. 966
172. Ap. 2. 5. 9
173. Plu. Th. 12a
174. Ath. 557a
175. Ly. 1329
176. Ap. ep. 1. 16; 5. 2
St. Th. 12. 534
177. E. HF 416
178. IG. 14. 1293 D
179. Il. 15. 30
180. Il. 14. 250
181. Plu. 304c
182. Ap. 2. 6. 7
183. s. Il. 14. 78
184. Hsch.
185. Ap. 2. 7. 1
186. Plu. 304c
187. s. The. 7. 5
188. Il. 14. 256; 15. 18
189. GG 156 (138)
190. Th. 293
191. Th. 309
192. Ap. 2. 5. 10
193. Th. 287
194. GG 50 (44)
195. Il. 6. 328
196. Il. 5. 859
197. s. Th. 293
198. Th. 287
199. Ve. A. 6. 289
200. s. Th. 287
201. Is. 6. 19
202. s. Il. 11. 690
203. Pa. 6. 25. 3
204. Il. 5. 392
205. s. Il. 11. 690
206. Pi. O. 9. 31
207. Il. 5. 394
208. He. Sc. 359
209. Il. 5. 397
210. GG 143 (126)
211. Il. 11. 690
212. s. A. Rh. 1. 159
s. Il. 2. 336
213. Hy. 10
214. D. S. 4. 17. 4
215. Or. H. 41
216. Hsch.
217. Pi. P. 9. 105
218. Pi. I. 56
219. Ap. 2. 5. 11
220. Ph. Im. 2. 22
221. D. S. 4. 18. 1
222. s. A. Rh. 4. 1396
223. s. Lu. ITr. 21
224. Ap. 2. 5. 11
225. D. Chr. 8. 32
226. Po. M. 1. 26; 10. 105
227. Pi. N. 3. 21; 4. 69
s. Pi. O. 3. 79
228. Str. 3. 2. 11
229. Ath. 470c
230. Ap. 2. 5. 10
231. GG 191 (164)
232. Ath. 470f
233. s. A. Rh. 4. 1399
234. Ath. 470d
235. Ap. 2. 5. 10
236. A. fr. 74
237. Ath. 469e
238. Plu. Ser. 9
239. Hdt. 4. 8
240. A. fr. 199
241. Ap. 2. 5. 10
242. Str. 4. 1. 7
Po. M. 2. 78
243. Ve. A. 8. 194
244. Prop. 5. 9. 10
245. Ve. A. 8. 243
246. Ve. A. 8. 260
247. D. H. AR 1. 35. 2
248. Ap. 2. 5. 10
249. GG 38 (33)
250. Pa. 3. 35. 2
251. s. Pi. N. 4. 43
252. GG 24 (26)
253. D. S. 4. 21. 5
254. Cla. RP 3. 184
255. Pi. I. 6. 32
256. Ap. 5. 6. 1
257. s. Pi. I. 6. 32
258. Pi. N. 4. 25
259. Su.
260. s. Pi. N. 4. 25
261. Ap. 2. 5. 10
262. Ap. 2. 5. 11
263. s. A. Rh. 4. 1396
264. GG 32 (28)
265. GG 54 (48)
266. Ath. 469 d
267. s. A. Rh. 4. 1396
268. Ap. 2. 5. 11
269. GG 187 (166)
270. Th. 529
271. Ap. 2. 5. 11
272. s. Il. 11. 1
273. A. fr. 192
274. GG 220 (195)
275. Th. 522
276. GG Pl. XI b
277. GG Pl. XI a
278. E. fr. 594
279. Ap. 2. 5. 11
280. A. fr. 195-8
281. s. Ve. A. 8. 299
282. Se. HF 324; 535
283. E. Hi. 742
284. E. Hi. 748
285. s. A. Rh. 4. 1396
286. GG 53 (47)
287. Hy. A. 2. 6
288. Ap. 2. 5. 11
289. Ep. Fr. 11 Diels
290. Od. 1. 52
291. s. A. Rh. 4. 1396
292. Hy. A. 2. 6
293. Er. C. 2. 3
294. s. Ve. A. 4. 484
295. Od. 1. 50
296. GG Pl. 11 b
297. A. Rh. 4. 1396

298. s. A. Rh. 4. 1396
299. Ap. 2. 5. 11
300. Ap. 2. 5. 12
301. Od. 11. 603
302. Ap. 2. 5. 12
303. Ap. 2. 5. 12
s. Il. 8. 368
304. h. C. 475
305. Euph. fr. 95
306. Ve. A. 6. 260
307. Ve. A. 6. 304
308. s. Ve. A. 6. 392
309. Ve. A. 6. 413
310. Se. HF 775
311. St. Th. 5. 401
312. Ve. A. 6. 392
313. s. Ve. A. 6. 392
314. GG 34 (30)
315. Th. 770
316. Th. 311
317. Th. 312
318. S. Tr. 1098
319. Ve. A. 6. 421
320. Th. 313
321. Ve. A. 6. 396
322. Ap. 2. 5. 12
323. s. Il. 21. 194
324. B. 5. 71
325. B. 5. 172
326. Od. 11. 633
327. Ap. 2. 5. 12
328. GG 126 (111)
329. Ap. 2. 5. 12
330. D. S. 4. 26. 1
331. E. HF 613
332. Ap. 2. 5. 12
333. Ap. 2. 5. 12
334. s. A. Rh. 101
335. Ve. A. 6. 617
336. Ap. 2. 5. 12
337. Pa. 2. 31. 2
338. Pa. 2. 35. 10
339. Euph. fr. 62
340. Ap. 11. 5. 12
341. Hsch.
342. Pa. 9. 34. 5

NOTAS DEL CAPÍTULO III

1. Archil. 119
2. Diog. Ep. 36
3. Ap. 2. 6. 4
4. Ly. 469
5. Ap. 2. 7. 7
6. Ap. 2. 7. 4
7. GG 153 (136)
8. Il. 2. 620
9. Ib. 2
10. Il. 23. 641
11. s. Il. 23. 641
12. Pl. Phd. 89c c. s.
13. Pi. O. 10. 33
14. Pa. 8. 14. 9
15. Ap. 2. 7. 2
16. Pi. O. 10. 26
17. Pa. 5. 2. 2
18. Ap. 2. 7. 2
19. Pi. O. 2. 3
20. Pi. O. 8. 3; 11
21. Pa. 5. 14. 2
22. Pa. 5. 13. 2
23. Ap. 2. 7. 2
24. D. S. 4. 14. 1
25. Ap. 2. 4. 12
26. Pi. 1. 4. 69
27. E. HF 526
28. E. HF 615
29. E. HF 575
30. E. HF 572
31. Pa. 9. 11. 2
32. E. HF 937
33. s. Pi. I. 4. 104
34. Ap. 2. 6. 1
D. S. 4. 31. 1
35. Ar. Th. 108
36. s. S. Tr. 354
Pa. 4. 33. 5
37. Od. 8. 224
38. A. Rh. 1. 88
39. s. Il. 5. 392
40. Pa. 4. 2. 2
41. Od. 21. 32
42. Od. 21. 15
43. Od. 21. 258
44. Ap. 2. 6. 1
45. s. S. Tr. 354
46. The. 24. 107
47. s. The. 13. 56
48. s. Ly. 50; 458
49. Ap. 3. 12
50. Ap. 2. 6. 1
D. S. 4. 31. 2
51. S. Tr. 268
52. Od. 21. 22
53. D. S. 4. 31. 2
54. s. Od. 21. 22
55. Od. 21. 26
56. Ap. 2. 6. 3
57. Od. 21. 28
58. Ap. 2. 6. 2
D. S. 4. 31. 3
59. s. Pi. I. 4. 104
60. Ap. 2. 6. 2
61. Od. 8. 226
62. Il. 1. 53
63. Plu. 557 d
64. s. Pi. O. 9. 43
65. Ap. 2. 6. 2
Hy. 32
s. Ve. A. 8. 299
66. Pa. 10. 13. 8
67. Ap. 2. 6. 2
68. Pa. 3. 21. 8
69. Hy. 32
s. Ve. A. 8. 299
70. s. Ve. A. 8. 299
S. Tr. 275
71. Ap. 2. 6. 3
72. D. S. 4. 31. 6
73. s. Od. 21. 22
74. Lu. DD. 23. 2
75. s. A. Rh. 1. 1289
76. Plu. 301f
77. ICo. 36 c
78. Plu. 304c
79. Hdt. 1. 7. 4
80. St. By.
81. D. S. 4. 31. 5
82. Ap. 2. 6. 3

83. D. S. 4. 31. 5
84. Hdt. 1. 93. 4
85. Ath. 516a
86. Ov. F. 2. 305
87. Ov. Her. 9. 73
88. D. S. 4. 31. 5
89. Hy. A. 2. 14
90. Ap. 2. 6. 3
91. Su.
92. Su.
93. GG 85 (74)
94. Eud. 72
95. s. Ly. 9
96. GG 21 (18)
97. Ap. 2. 6. 3
98. Hdt. 7. 216
99. s. Ar. N. 1050
100. Su.
101. Eud. 72
102. App. BC 5. 69
103. Ap. 2. 6. 3
104. FGH 26. 1. 17
105. Ap. 2. 6. 3 cum Tz. Chil. 2. 434
106. Hdt. 7. 115
107. Ap. 2. 6. 3 cum Tz. Chil. 2. 432
108. E. fr. 688
109. E. fr. 689
110. E. fr. 690
111. Ap. 2. 6. 3
112. Tz. Com. 3. 27
113. Philo II 461 M.
114. E. fr. 691
115. E. fr. 693
116. FGH 26. 1. 17
117. s. The. 10. 4
118. The. 10. 4
119. Pol. 4. 54
120. Su.
121. s. The. 10. 4
122. Ath. 415 b
123. s. Ve. E. 8. 68
124. Sosi. fr. 2. 1
125. Sosi. fr. 3
126. s. Il. 24. 616
127. GG 159 (141) Lám. VIa
128. Ap. 1. 8. 1
129. Ap. 1. 8. 1
130. S. Tr. 18
131. S. Tr. 10
132. GG il. en p. 57 (50)
133. CG 56 (49)
134. GG 56 (50)
135. s. Il. 21. 194
136. S. Tr. 523
137. S. Tr. 21
138. S. Tr. 26; 516 N. D. 43. 13
139. Ov. M. 9. 85
140. Ap. 2. 7. 5
141. S. Tr. 569
142. Il. 16. 115
143. Ap. 1. 7. 10
144. Str. 10. 2. 5
145. Th. 341
146. S. Tr. 559
147. Ap. 2. 7. 6
148. D. S. 4. 35. 4
149. D. Ch. 60. 1
150. Ap. 2. 7. 6
151. S. Tr. 565
152. S. Tr. 556
153. He. fr. 135. 19 cum PO. 2075. 9
154. S. Tr. 38
155. S. Tr. 259
156. S. Tr. 354
157. S. Tr. 360
158. S. Tr. 1160
159. S. Tr. 750
160. Ap. 2. 7. 7
161. S. Tr. 1157
162. D. S. 4. 37. 3
163. S. Tr. 735
164. S. Tr. 780
165. S. Tr. 930
166. S. Tr. 1191
167. S. Tr. 1219
168. S. Tr. 1255
169. S. Tr. 200
170. Ca. Di. 159
171. Hdt. 7. 198
172. S. Tr. 1214
173. D. S. 4. 38. 4
174. S. Ph. 801
175. Ap. 2. 7. 7
176. S. Ph. 802
177. Lu. Am. 54
178. Lu. Am. 1
179. Ca. Di. 159
180. Li. 36. 30
181. Ap. 2. 7. 7
182. Il. 23. 252
183. D. S. 4. 38. 5
184. s. Ve. G. 1. 34
185. Ap. 2. 7. 7
186. D. S. 4. 39. 2
187. Pi. N. 10. 118
188. GG 98 (87)
189. Th. 950
190. Pi. I. 4. 67
191. PO. 2075. 16
192. Od. 11. 601
193. Er. C. 4
194. Arat. 63
195. Aristid. 40. 16
196. Hdt. 6. 52. 1
197. E. Her. 12
198. FGH 1. 30
199. Pi. P. 9. 80
200. s. Pi. P. 9. 137
201. E. Her. 6
202. Ap. 2. 8. 1
203. E. Her. 851
204. E. Her. 403
205. E. Her. 41
206. Pa. 1. 32. 6

LIBRO TERCERO

NOTAS DEL CAPÍTULO I

1. GG 210 (185)
2. GG 124 (109)
3. Ap. 3. 14. 1
   s. Ar. Ve. 438
4. s. Ar. Pl. 773
5. Ath. 555 c
6. FHG 2. 319
   Iust. 2. 6. 7
7. Su.
8. Str. 9. 20
9. Pli. NH 7. 194
10. GG 124 (110)
11. s. Pi. O. 9. 68
12. Ci. Le. 2. 63
13. Ar. Ve. 438
14. Ath. 555 c
15. Aug. CD 18. 9
16. Pa. 2. 15. 5
17. GG 222 (196)
18. Ap. 3. 14. 1
19. s. Il. 17. 54
20. Hdt. 5. 82
21. Ap. 3. 14. 1
22. Ov. M. 6. 72
23. Ap. 3. 14. 1
24. Ap. 3. 14. 2
25. Su.
26. Pa. 8. 2. 3
27. Eus. PE 10. 9. 22
28. Su.
29. Athenag. 1
30. GG 124 (110)
31. Ap. 3. 14. 2
32. GG 124 (110)
33. E. Ion 496
34. Ap. 3. 14. 2
35. Pa. 6. 20. 2-5
36. GG 125 (110)
37. Hdt. 8. 41. 2
    Ar. Ly. 759
38. GG 123 (109)
39. Ap. 3. 14. 6
40. Hy. A. 2. 13
41. Ap. 3. 14. 6
42. Ap. 3. 14. 7
43. Il. 2. 547
44. Od. 5. 8
45. E. Me. 824
46. IG. 12. 444. 24
47. Plu. 843 b
48. E. Ion 23
49. E. Ion 281
50. Athenag. 1
51. Pa. 1. 26. 5
52. Pa. 1. 5. 2
53. Thu. 2. 15. 1
54. Str. 9. 1. 17
55. Thu. 1. 20. 2
56. Ae. VH 12. 28
57. Ap. 3. 15. 8
58. FGH 328. 105
59. Su.
60. Hy. 46
61. Lycurg. 98
62. E. fr. 360
63. Ap. 3. 15. 4
64. Ap. 3. 15. 5
65. Hy. 46
66. E. fr. 357
67. Ap. 3. 15. 5
68. Art. 2. 12
69. GG 24 (21)
70. E. Hi. 30
    D. S. 4. 62. 2
71. E. Me. 683
72. Pa. 2. 31. 9
73. Pa. 2. 33. 1
74. Pa. 2. 33. 1
75. Hy. 37
76. Ap. 3. 15. 7
77. Ap. 3. 15. 6
78. Ap. 3. 15. 6
    Plu. Th. 2c
79. s. E. Hi. 11
80. Ap. 3. 15. 7
81. Plu. Th. 2c
82. Ap. 3. 15. 7
83. Pa. 2. 32. 9
84. Ap. 3. 15. 7
85. Pa. 1. 27. 7
86. Plu. Th. 2e
87. Pa. 1. 27. 8
88. Lu. Cy. 14
89. Ap. 3. 16. 1
90. Plu. Th. 4b
91. Ap. 3. 16. 1
92. Plu. Th. 4b
93. Pa. 2. 1. 3
94. B. 18. 20
95. Ap. 3. 16. 2
96. Str. 9. 1. 4
97. Pa. 2. 1. 3
98. Plu. Th. 4c
99. Pa. 2. 1. 3
100. Ap. ep. 1. 1
101. B. 18. 23
102. Pa. 1. 44. 8
103. Ap. ep. 1. 2
104. CG 114
105. s. E. Hi. 979
106. Plu. Th. 4f
107. Ly. 111
108. Pa. 1. 36. 1
109. Str. 9. 1. 9
110. GG 210 (186)
111. Ap. 3. 12. 6
112. Pl. Ap. 41
113. D. S. 4. 59. 5
114. Pa. 1. 39. 3
115. Ap. ep. 1. 3
116. Pa. 1. 39. 3
117. Hy. 38
118. D. S. 4. 59. 5
119. B. 18. 28
120. Ap. ep. 1. 4
121. GG 85 (74)
122. B. 18. 27
123. s. Ve. G. 1. 399
124. Ov. Ib. 407
125. Pa. 1. 38. 5
126. Pa. 1. 38. 5
127. D. S. 4. 59. 5
128. S. fr. 19
129. Ap. ep. 1. 4
130. D. S. 4. 59. 5
131. Plu. Th. 5b
132. Ap. ep. 1. 5
133. Plu. Th. 5c

134. Pa. 1. 37. 2
135. Pa. 1. 37. 4
136. Plu. Th. 5d
137. Plu. Th. 17d
138. Plu. Th. 5d
139. B. 18. 30
140. Plu. Th. 5d
141. Pa. 1. 19. 1
142. Ap. ep. 1. 5
143. B. 18. 46
144. Ov. M. 7. 420
145. Plu. Th. 5e
146. Ap. ep. 1. 6
147. Ca. fr. 233
148. s. Il. 11. 741
149. Plu. Th. 5e
150. Ap. ep. 1. 6
151. Plu. Th. 5f
152. S. fr. 872
153. Hy. 244
154. Ap. ep. 1. 11
155. s. E. Hi. 35
156. E. Hi. 35
157. Ca. Di. 10. 21
158. Pa. 1. 27. 10
159. s. Ve. A. 6. 20
160. Ca. fr. 238. 15
161. Plu. Th. 6b
162. Th. 411
163. Ca. fr. 231
164. Ca. fr. 258
165. APal. 16. 105. 3
166. Ca. fr. 259
167. Ca. fr. 260. 4
168. Ca. fr. 262
169. Ca. Di. 11. 5
170. Plu. Th. 6b
171. Plu. Th. 6c
172. Ap. 3. 15. 7
173. Ap. 3. 15. 7
D. S. 4. 60. 5
174. Ap. 3. 15. 7
175. GG 110 (97)
176. Ap. 3. 15. 8
177. Ap. 3. 15. 8
178. Ov. M. 8. 145
179. Plu. Th. 6c
180. Plu. Th. 7c
181. B. 17. 2
182. Ap. ep. 1. 7
183. Plu. Th. 7c
184. s. Ve. A. 6. 21
185. Pa. 1. 17. 3
186. D. S. 4. 72. 7
187. B. 17. 8
188. B. 17. 102
189. Hy. A. 2. 5
190. Plu. Th. 7d
191. Si. fr. 33
192. s. Ve. G. 1. 222
193. Hsch.
194. GG 269 (237)
195. Hy. 42
196. Ap. 3. 1. 4
197. Pa. 2. 31. 1
198. Hy. 255
199. Od. 11. 323
200. Ap. ep. 1. 8
201. Plu. Th. 8b
202. s. Od. 11. 322
203. Ap. ep. 1. 11
Ov. M. 8. 188
204. Hy. A. 2. 5
205. s. Ve. G. 222
206. s. Pi. N. 5. 89
207. Plu. Th. 8a
208. D. S. 4. 61. 5
209. D. S. 4. 61. 5
210. Od. 11. 322
211. Plu. Th. 9a
212. Plu. Th. 8f
213. Pa. 2. 23. 7
214. Plu. Th. 9c
215. Il. 18. 591
216. DM. KN 205 Palmer
217. D. S. 4. 61. 5
218. Pr. Chr. p. 322 Bek.
219. Lám. XVIb
220. D. S. 5. 51. 4
221. Hy. 43
222. D. S. 5. 51. 4
223. s. The. 2. 45
224. The. 2. 46
225. Plu. Th. 9c
226. Plu. Th. 9d
227. Plu. Th. 10d
228. Plu. Th. 9e
229. Ap. ep. 1. 10
230. Plu. Th. 13e
Plu. Ro. 38e
Ath. 557a
231. Plu. Th. 8f
232. D. S. 4. 62. 1
233. Pa. 9. 35. 5
234. IG. 4^2 1. 128. 43
235. N. D. 14. 221
236. D. S. 5. 52. 2
237. GG 271 (238)
238. Ath. 557a
239. Plu. Th. 14e
240. Hy. 155
241. GG 154 (141)
242. Il. 14. 317
243. Hy. 14. 6
244. GG 160 (142)
245. s. Il. 1. 263
246. He. fr. 200
247. s. Il. 1. 264
248. A. Rh. 1. 59
249. Pi. fr. 150. 5
250. Ve. A. 6. 449
251. Ap. ep. 1. 21
252. Plu. Th. 14c
253. Prop. 2. 2. 9
254. Od. 21. 295
255. Ov. M. 12. 210
256. Ov. M. 12. 227
257. Il. 1. 265
Plu. Th. 14d
258. Il. 2. 742
259. Plu. Th. 14b
260. S. OC 1539
261. Plu. Th. 14c
262. s. Il. 3. 144
Pi. fr. 227
263. Ap. ep. 1. 23
264. D. S. 4. 63. 2
s. Ly. 513
265. Is. ic. 19
266. Pa. 1. 41. 5
267. Plu. Th. 14f
268. Plu. Th. 15a
D. S. 4. 63. 3
269. Pa. 5. 17. 6
270. Il. 3. 143
271. Il. 3. 236
272. Pa. 2. 21. 6
273. s. Ar. Ly. 645
274. s. Il. 3. 242
275. s. A. Rh. 1. 101

276. Pa. 1. 17. 4
277. Plu. Th. 15a
278. Ve. A. 6. 397
279. Hy. 79
280. Se. HF 662
281. Pa. 10. 28. 2
282. Ve. A. 6. 393
283. Ap. ep. 1. 24
284. Pa. 10. 29. 9
285. Ap. 2. 5. 12
286. Ap. ep. 1. 24
287. Hor. C. 4. 7. 27
288. Ap. 2. 5. 12
289. Ap. ep. 1. 24
290. Hor. C. 3. 4. 79
291. Pa. 10. 29. 9
292. s. Ar. Eq. 1368
293. Hy. 79
294. Ve. A. 6. 617
295. Ve. A. 6. 601
296. Hor. C. 4. 7. 28
297. D. S. 4. 6. 4
298. Hy. 43
299. Thu. 2. 15
Plu. Th. 10f
300. Plu. Th. 11a
301. Plu. Th. 13f
302. Plu. Th. 14a
303. Pa. 1. 2. 1
304. Pa. 1. 41. 7
305. Pa. 1. 2. 1
306. Plu. Th. 12a
Pa. 1. 2. 1
307. Q. S. 13. 496
308. Ap. ep. 1. 16
309. Plu. Th. 13a
310. Ar. Ly. 679
311. Plu. Th. 13a
312. Pa. 1. 17. 2
313. Pa. 1. 15. 2
314. Plu. Th. 13d
315. Ap. ep. 5. 2
316. Ap. ep. 1. 17
317. D. S. 4. 28. 4
Pa. 1. 2. 1
Plu. Th. 13b
318. Ca. Di. 239; 266
319. D. S. 4. 62. 2
320. IG. 1^2. 310. 280
321. E. Hi. 31
322. E. Hi. 24
323. E. Hi. 953
324. Pa. 2. 32. 3
325. E. Hi. 72
326. Ap. ep. 1. 18
327. E. Hi. 888
328. E. Hi. 1197
329. Pa. 2. 32. 1
330. Pa. 1. 22. 1
331. Pa. 2. 32. 10
332. Pa. 10. 29. 3
333. Pa. 2. 32. 1
334. E. Hi. 1425
335. Ve. A. 7. 769
336. Pa. 2. 27. 4
337. Pa. 2. 32. 1
338. Ve. A. 7. 774
339. Plu. Th. 17b
340. Plu. Th. 15b
341. Plu. Th. 16f

NOTAS DEL CAPÍTULO II

1. He. fr. 18
2. Ap. 1. 9. 16
3. A. Rh. 1. 232
4. He. fr. 19
Pi. N. 3. 54
5. Pi. P. 4. 119
6. A. Rh. 1. 554
7. GG 113 (99)
8. Od. 12. 72
9. A. Rh. 3. 67
10. V. Fl. 1. 83
11. Hy. 13
12. Hy. 13
13. Hy. 12
14. A. Rh. 1. 12
15. A. Rh. 1. 5
16. s. Pi. P. 4. 133
17. Ap. 1. 9. 16
18. Pi. P. 4. 71
19. Pi. P. 4. 120
20. Mi. 11. 5
21. GG 194 (171)
22. Od. 10. 139
23. Th. 957
24. A. Rh. 2. 1194
3. 191; 337
25. Acc. M. fr. I
26. s. A. Rh. 1. 4
27. A. Rh. 1. 19
28. A. Rh. 1. 551; 721
29. s. E. Me. 1
D. S. 4. 41. 3
30. E. Me. 3
31. Hy. A. 2. 37
32. Ly. 1319
Ca. fr. 16
33. Ap. 1. 9. 16
34. Pi. P. 4
35. s. A. Rh. 1. 230
36. Od. 12, 59
37. A. Rh. 2. 596
38. s. A. Rh. 2. 596
39. A. Rh. 4. 786
40. Od. 13. 70
41. Pi. P. 4. 169
42. Th. 995
43. A. Rh. 112
Ap. 1. 9. 16
V. Fl. 1. 124
44. Ap. 1. 9. 6
45. A. Rh. 1. 109
46. A. Rh. 2. 854
47. Pi. P. 4. 171
48. A. Rh. 1. 137
49. A. Rh. 1. 151
50. Pi. P. 4. 176
51. s. A. Rh. 1. 23
52. s. Od. 19. 432
53. Pi. P. 4. 178
54. A. Rh. 1. 54
55. A. Rh. 1. 142
56. A. Rh. 1. 172
57. A. Rh. 1. 65
58. A. Rh. 1. 93-4
59. A. Rh. 1. 49
60. A. Rh. 1. 323

61. Ap. 1. 9. 16
62. Hy. 14
63. A. Rh. 1. 359
64. A. Rh. 1. 494
65. A. Ch. 631
66. Ap. 1. 9. 17
67. s. Il. 7. 468
68. Pa. 3. 24. 3
69. Phot.
70. Hdt. 6. 138. 4
71. s. A. Rh. 1. 769
72. A. Rh. 1. 635
73. A. Rh. 1. 855
74. Pi. P. 4. 253
75. Pi. O. 4. 30
76. A. fr. 96
77. A. Rh. 1. 861
78. V. Fl. 2. 367
St. Th. 5. 460
Ov. H. 6. 56
79. A. Rh. 1. 850
80. A. Rh. 1. 886
81. Il. 7. 468
82. hyp. Pi. N.
83. D. S. 5. 49. 6
84. D. S. 4. 49. 8
85. A. Rh. 1. 917
86. Od. 10. 108
87. A. Rh. 1. 936
88. s. A. Rh. 1. 1117
89. A. Rh. 1. 1221
GG 179 (159)
90. A. Rh. 1. 1317
91. A. Rh. 2. 1
92. Thc. 22. 27
93. s. A. Rh. 2. 178
94. s. A. Su. 317
95. Ap. 1. 9. 21
96. s. A. Rh. 2. 178
97. A. Rh. 2. 180
98. s. Od. 12. 69
99. A. Rh. 2. 191
100. A. Rh. 2. 194
101. GG 63 (56)
102. A. Rh. 2. 299
103. E. Me. 432
104. A. Rh. 2. 609
105. A. Rh. 2. 345
106. A. Rh. 2. 752
107. A. Rh. 2. 673
108. A. Rh. 2. 598
109. A. Rh. 2. 674
110. A. Rh. 2. 911
111. A. Rh. 2. 904
112. A. Rh. 2. 946
113. A. Rh. 2. 970
114. A. Rh. 2. 1007
115. A. Rh. 2. 1011
116. A. Rh. 2. 1018
117. A. Rh. 2. 1030
118. A. Rh. 2. 1231
119. GG 160 (142)
120. A. Rh. 2. 1235
121. A. Rh. 3. 598
122. A. Rh. 3. 245
123. Th. 960
124. s. A. Rh. 3. 240
125. A. Rh. 3. 957
126. A. Rh. 3. 445; 834
127. Pi. P. 4. 244
128. A. Rh. 2. 465
129. s. Ve. G. 2. 140
130. Enn. fr. sc. 274
131. A. Rh. 2. 270
Pi. P. 4. 224
132. Pi. P. 4. 232
133. Ap. 1. 9. 23
134. A. Rh. 3. 1182
135. A. Rh. 3. 1365
136. s. A. Rh. 4. 87
137. s. A. Rh. 4. 86
138. A. Rh. 4. 11
139. A. Rh. 4. 54
140. A. Rh. 4. 57
141. A. Rh. 4. 167
142. s. A. Rh. 4. 1053
143. A. Rh. 3. 862
144. D. S. 4. 45
145. A. Rh. 3. 1025
146. A. Rh. 3. 1013
147. A. Rh. 3. 845
148. A. Rh. 4. 245
149. Ap. 1. 9. 24
150. GG 254 (224)
151. s. A. Rh. 3. 1236
152. A. Rh. 3. 242
153. Pa. 5. 1. 3
154. s. A. Rh. 4. 223
155. E. Me. 1334
156. A. Rh. 4. 331
157. A. Rh. 4. 466
158. A. Rh. 4. 571
159. A. Rh. 4. 581
160. A. Rh. 4. 631
161. A. Rh. 4. 727
162. A. Rh. 4. 702
163. A. Rh. 4. 745
164. A. Rh. 4. 930
165. A. Rh. 4. 965
166. A. Rh. 4. 982
167. A. Rh. 4. 1104
168. A. Rh. 4. 1141
169. A. Rh. 4. 1234
170. A. Rh. 4. 1309
171. A. Rh. 4. 1324
172. A. Rh. 4. 1384
173. A. Rh. 4. 1396
174. A. Rh. 4. 1428
175. A. Rh. 4. 1446
176. A. Rh. 4. 1478
177. A. Rh. 4. 1551
178. GG 110 (96)
179. A. Rh. 4. 1670
180. A. Rh. 4. 1621
181. A. Rh. 4. 1691
182. A. Rh. 4. 1699
183. A. Rh. 2. 678
184. A. Rh. 4. 1709
185. s. A. Rh. 4. 1707
186. A. Rh. 4. 1730
187. A. Rh. 4. 1733
188. A. Rh. 4. 1765
189. Ca. fr. 198
190. GG 254 (224)
191. GG 254 (224)
192. GG 191 (169)
193. GG il. en lám. 265 (233)
194. Ov. M. 7. 159
195. s. Ar. Equ. 1321
s. Ly. 1315
196. Pa. 3. 18. 16
5. 17. 9
197. Ath. 172d
198. Ap. 1. 9. 27
199. Pi. P. 4. 250
200. Hy. 24
201. Pa. 8. 11. 3
202. s. E. Me. 9; 19
203. Pa. 2. 1. 6

204. Pa. 2. 4. 6
205. s. Pi. O. 13. 74
206. GG 153 (136)
207. s. E. Me. 264
208. Pa. 2. 4. 6
209. GG 206
210. s. Pi. O. 13. 32
211. s. Pi. O. 13. 74
212. Pa. 2. 3. 11
213. GG 236 (208)
214. A. Rh. 4. 869
215. s. Pi. O. 13. 74
216. s. E. Me. 264
217. s. E. Me. 19
218. E. Me. 383
219. E. Me. 230
220. E. Me. 476
221. Pa. 2. 3. 6
222. E. Me. 271
223. E. Me. 551
224. E. Me. 663
225. E. Me. 725
226. E. Me. 824
227. A. Rh. 4. 131
228. E. Me. 947
229. E. Me. 1141
230. E. Me. 1321
231. E. Me. 1382
232. Ap. 1. 9. 28
233. s. E. Me. 1387
234. s. E. Me. 9
235. Ap. 1. 9. 28
236. A. Rh. 4. 814 c. s
237. Ap. ep. 5. 5
238. Str. 1. 2. 39
239. A. Rh. 4. 812

NOTAS DEL CAPÍTULO III

1. GG 185 (164)
2. Si. 27
3. Ap. 1. 3. 2
   E. IA 1212
   E. B. 562
4. Ap. 1. 3. 2
   A. Rh. 1. 23
   Or. H. 24. 12
5. D. S. 4. 25. 1
6. Su.
7. Ov. M. 11. 8
8. s. Pi. P. 4. 313
9. Pi. fr. 126. 9
10. s. Ve. A. 6. 645
11. Ti. Pers. 234
12. Hy. A. 2. 7
13. E. B. 560
14. E. Al. 579
15. A. Rh. 1. 34
16. Or. A. 965
17. Ath. 597 b
18. Ap. 1. 3. 3
19. s. Ve. A. 6. 667
20. Ve. G. 4. 317
21. GG 138 (122)
22. GG 142 (126)
23. Ve. G. 4. 460
24. Ov. M. 10. 8
25. Ve. G. 4. 460
26. Or. A. 42
    Ve. A. 6. 120
27. Or. A. 41
    Ve. G. 4. 457
28. Ve. A. 6. 892 c. s
29. Se. HOe 1072
30. Ve. G. 4. 471
    Hor. C. 21
    Ov. M. 10. 40
    Se. HOe 1067
    Se. HF 578
31. Ov. M. 10. 49
32. Ve. G. 4. 487
33. Ve. G. 4. 488
34. Ve. Cu. 299
35. Ov. M. 10. 56
36. Ve. G. 4. 493
37. Ve. G. 4. 502
38. D. S. 4. 25. 4
39. Ve. G. 4. 507
40. Ov. M. 10. 73
41. Ve. G. 4. 516
42. Hor. AP 391
43. Pa. 9. 30. 5
44. Ov. M. 10. 78
45. Ov. M. 10. 83
    Pha. fr. 1. 9
46. Er. C. 3. 26. 8
47. Hor. C. 3. 26. 8
48. Ma. S. 1. 18
49. Ve. G. 4. 521
50. FGH 26. 45
51. Pa. 9. 30. 5
52. Er. C. 24
53. Pha. fr. 1. 11
54. Ve. G. 4. 524
55. Ov. M. 11. 52
56. Ph. Her. 5. 3
57. Lu. Ind. 109
58. Ph. VA 4. 14
59. Pa. 9. 30. 6
60. Pa. 9. 30. 9
61. Pa. 9. 30. 7
62. Pa. 9. 30. 10

NOTAS DEL CAPÍTULO IV

1. Thu. 2. 29
2. Ov. M. 6. 444
3. Pa. 1. 41. 8
4. Ap. 3. 14. 8
5. Th. 444
6. Ap. 3. 14. 8
7. Ov. M. 6. 565
8. Ov. F. 2. 607
9. Ov. M. 6. 521
10. GG 260 (229)
11. GG 254 (224)
12. Ov. M. 6. 648
13. GG 254 (224)
14. Hy. 45
15. Lu. Lex. 10

16. CIA 3. 900
17. Et. M.
18. GG 205 (181)
19. Pl. Phdr. 229b
20. Ap. 3. 15. 4
21. Pa. 1. 38. 3
22. Ap. 3. 15. 4
23. h. C. 476
24. GG 200 (179)
25. Hy. 48
26. Hy. 189
27. Ap. 3. 15. 1
28. ALib. 41
29. s. Od. 11. 321
30. ALib. 41
31. Ap. 3. 15. 1
32. ALib. 41
33. Ap. 3. 15. 1
34. Ov. M. 7. 713

NOTAS DEL CAPÍTULO V

1. S. OC 367
2. S. OC 770; 1356
3. S. OC 375
4. E. Ph. 71
5. A. Se. 664
6. s. E. Ph. 71
7. GG 261 (229)
8. Hdt. 2. 49. 2
9. Pa. 1. 44. 5
10. Ap. 1. 8. 5
11. Ap. 1. 8. 5
12. PO. 852 V 8. 9
13. E. Ph. 420
    E. Su. 146
14. Ap. 3. 6. 1
15. Hy. 69
16. Pi. N. 9. 13
17. Hdt. 5. 67. 5
18. s. Pi. N. 9. 30
19. s. Od. 11. 326
20. s. Pi. N. 9. 30
21. Ap. 3. 6. 2
22. Od. 11. 326
23. s. Ve. A. 6. 445
    s. St. Th. 3. 274
24. E. Su. 158
25. Pa. 8. 25. 8
26. s. Il. 23. 346
27. Hy. 242
28. A. Se. 572
29. Il. 4. 348; 5. 803
30. Il. 5. 802
31. Pi. N. 9. 18
32. Pa. 8. 48. 2
    GG 265 (234)
33. Ap. 3. 6. 4
34. hyp. Pi. N.
35. Hy. 74
36. Pa. 2. 15. 3
37. Hy. 74
38. A. Se. 375
39. E. Ph. 1104
40. E. Ph. 1179
41. A. Se. 430
42. A. Se. 412
43. Ap. 3. 6. 8
44. s. Pi. N. 10. 12
45. Ap. 3. 6. 8
46. s. Il. 5. 126
47. E. Ph. 1156
48. Pi. N. 9. 24
49. Pa. 1. 34. 3
50. Ap. 3. 7. 5
51. Pi. O. 5. 15
52. E. Su. 16
53. Plu. Th. 14a
54. Pa. 1. 39. 2
55. Ap. 3. 7. 3
56. Hy. 71

NOTAS DEL CAPÍTULO VI

1. Pa. 6. 20. 7
   Ap. 2. 4. 6
2. Ap. 2. 8. 2
3. D. S. 4. 58. 2
4. D. S. 4. 58. 5
5. Il. 4. 381
6. Il. 2. 101
7. s. Il. 2. 105
8. Se. Th. 233 et 226
9. GG 264 (232)
10. Ap. ep. 2. 10
11. s. E. Or. 995
12. Ap. ep. 2. 11
13. s. E. Or. 998
    Se. Th. 237
14. E. El. 726
15. A. A. 1583
16. Ap. ep. 2. 13
17. A. A. 1595
18. Se. Thy. 765
19. Hdt. 1. 119. 3
20. Ari. Pr. an. 3. 43
21. A. A. 1598
22. Hy. 88
23. A. A. 1605
24. GG 252 (221)
25. s. E. Or. 15
26. Hy. 88
27. Hy. 254
28. Mo. Chor. Pr. p. 294
29. Hy. 88
30. Hy. 87
31. Ap. ep. 2. 14
32. Pa. 2. 16. 6
33. Pa. 2. 18. 1
34. Tz. Ch. 1. 461
35. He. fr. 98
36. Tz. Ch. 1. 460

NOTAS DEL CAPÍTULO VII

1. GG 225 (199)
2. GG 77 (67)
3. h. Ve. 256
4. h. Ve. 279
5. Il. 20. 92
   Il. 20. 347
6. Il. 5. 309; 344
7. Il. 20. 318
8. GG 224 (198)
9. Pi. I. 8. 37
10. Pi. I. 8. 39
11. Il. 18. 433
12. Il. 24. 60
13. He. fr. 80
14. Pi. I. 8. 41
15. GG 210 (186)
16. Str. 9. 5. 9
17. s. Il. 16. 14
18. s. Ve. A. 4. 420
19. Ap. 3. 12. 6
20. Ap. 3. 12. 6
21. Th. 1004
22. D. S. 4. 72. 6
23. Pa. 2. 29. 9
24. Ap. 3. 13. 1
25. Ap. 3. 13. 2
26. Hy. 273
27. Ap. 3. 13. 3
28. Pa. 1. 41. 3
    s. A. Rh. 1. 517
29. Ap. 3. 13. 3
30. Ap. 3. 13. 3
31. Pi. N. 4. 59
32. s. Ar. N. 1063
33. He. fr. 79
34. Ap. 3. 13. 3
35. Pi. I. 8. 45
36. Cat. 64. 20
37. Al. 74. 7
38. He. fr. 81
39. Pi. I. 8. 48
40. E. IA 716
41. Il. 1. 538
42. GG 143 (126)
43. Pi. N. 3. 35
44. S. fr. 154
45. Pi. N. 4. 62
46. Pa. 5. 18. 5
47. s. E. An. 1265
48. S. fr. 561
49. Hsch.
50. Pi. N. 5. 22
51. Cat. 64. 305
52. GG 160 (141)
53. Ap. 3. 13. 5
54. Il. 19. 390
55. Pi. N. 3. 33
56. s. Il. 16. 140
57. He. fr. 82
58. Hy. 92
59. Pr. Chr. 102. 13
60. s. Il. 1. 5
61. Ap. ep. 3. 1
62. Hy. 92
63. Col. 59
64. s. Ve. A. 1. 27
65. s. Ly. 93
66. Hy. 92
67. GG 146 (128)
68. Pr. Chr. 102. 16
69. He. fr. 81
70. s. Pi. N. 4. 81
71. Et. M.
72. Il. 20. 74
73. Ap. 2. 6. 4
74. Ap. 3. 12. 7
75. s. Ly. 337
76. Il. 24. 495
77. Hsch.
78. Ap. 3. 12. 5
79. E. He. 1265
80. E. He. 1259
81. GG 37 (32)
82. Il. 24. 730 c. s.
83. Ap. 3. 12. 5
84. Pi. fr. 43. 11
85. Pa. 10. 12. 5
86. Hy. 93
87. E. An. 296
88. E. Tr. 921
89. GG 146 (129)
90. Ap. 3. 12. 5
91. s. Il. 3. 325
92. s. E. An. 293
93. Ap. 3. 12. 5
94. Ap. 3. 12. 6
    Par. 4
    FGH 23
    Ov. H. 5
95. s. E. An. 276
96. E. An. 284
    Hel. 676
97. Ath. 682e
98. Ov. H. 15. 67
99. E. Tr. 925
    IA 1304
    Ap. ep. 3. 2
    Hy. 92
100. Il. 24. 29
101. Il. 5. 62
102. E. Hel. 631
103. Ar. N. 1068
104. s. Ly. 178
105. h. Ve. 291
106. Il. 348
107. Ap. 3. 13. 6
108. s. A. Rh. 4. 816
109. s. A. Rh. 4. 816
110. A. Rh. 4. 869
111. s. Ar. N. 1068
112. s. Ve. A. 6. 57
     Hy. 107
113. Ap. 3. 13. 6
114. Pi. N. 3. 49
115. E. IA 927
116. Il. 11. 832
117. Ov. AA 1. 11

NOTAS DEL CAPÍTULO VIII

1. Pa. 2. 22. 3
2. E. IA 1150
3. He. fr. 96. 51
4. E. Hel. 109
5. Il. 3. 175
6. Ap. ep. 3. 3
7. He. fr. 94. 5
8. He. fr. 92
9. s. Il. 2. 339
10. He. fr. 94. 13
11. Ap. 3. 10. 8
12. Il. 2. 478
13. Il. 3. 169
14. Il. 1. 28
15. Il. 1. 113
16. Od. 3. 272
17. Od. 11. 411
18. A. A. 1125
19. s. Ly. 1123
20. Ap. 3. 10. 8
21. He. fr. 94. 21
22. He. fr. 94. 26
23. Ap. 3. 10. 9
24. E. IA. 54
25. Pa. 3. 20. 9
26. Ap. 3. 10. 9
27. s. Pi. O. 9. 79
28. Od. 19. 403
29. Il. 10. 244; 279
30. Plu. 301d
31. Ap. 3. 10. 8
32. Il. 5. 860
33. Il. 5. 311
34. Il. 5. 127
35. Il. 5. 412
36. s. Il. 5. 412
37. Od. 3. 180
38. s. Il. 5. 412
39. s. Ve. A. 8. 9
40. Pi. N. 10. 7
41. s. Pi. N. 82
42. Pli. NH 10. 126
43. Str. 6. 3. 9
44. Ap. 3. 10. 8
45. He. fr. 96. 5
46. Il. 7. 208
47. Il. 17. 279
48. Il. 3. 229
49. Il. 7. 219
50. Il. 8. 331
51. Il. 7. 208
    14. 410
52. s. Pi. I. 6. 67
53. Pi. I. 6. 35
54. s. Il. 23. 821
55. Od. 11. 546
    Ap. ep. 5. 5
56. s. Ar. Eq. 1056
    Plu. 337e
57. Od. 11. 547
58. Pi. N. 7. 25
    s. Il. 11. 515
59. S. Ai. 127
60. Od. 11. 563
61. Pa. 1. 35. 3
62. Hdt. 8. 64
63. Ap. 3. 10. 8
    Hy. 81
64. Il. 2. 528
65. Il. 13. 198
66. Il. 13. 703
67. Il. 12. 335
68. Il. 14. 521
69. Pr. Chr. 108. 3 4
    E. Tr. 70
70. E. Tr. 324; 453
71. Ap. ep. 5. 22
72. Pr. Chr. 108. 4
73. Pa. 10. 26. 3
74. E. Tr. 77
    Ve. A. 1. 39
75. E. Tr. 99
76. Od. 4. 500
77. s. Pi. O. 166
78. Ph. H. 8. 1
79. s. Ly. 1159
80. Ap. ep. 6. 20
81. s. Ly. 1159
82. Plu. 557 d
83. Ap. 3. 10. 8
84. Il. 11. 508
85. He. fr. 96. 16
86. s. Ve. A. 3. 121
    11. 264
87. MVat. 1. 195
88. Hy. 78
89. Hdt. 6. 61. 4
90. Is. 10. 62
91. Od. 4. 563
92. Pa. 3. 19. 9
93. Il. 4. 181
94. Ph. Im. 2. 7. 2
95. s. Il. 4. 147
96. Od. 4. 12
97. Se. Tr. 70
98. Ap. ep. 3. 3
99. Il. 3. 232
100. Il. 3. 173; 420
101. Ap. ep. 3. 3
102. Il. 3. 445
103. Pr. Chr. 103. 12
104. Pr. Chr. 103. 17
105. Ap. ep. 3. 6
106. Pr. Chr. 103. 20
107. Il. 11. 769
108. Ap. ep. 3. 6
109. s. Il. 9. 668
110. A. A. 841
111. Hy. 96
112. Hy. 95
113. Od. 24. 115
114. Hy. 95. 2
115. Hy. 277
116. Alcid. 22
117. S. fr. 399; 438
118. Ap. ep. 3. 8
119. Hy. 96
120. Ap. 3. 13. 8
121. Il. 9. 668
122. s. Il. 9. 668
123. GG 264 (233)
124. Hy. 96
125. s. Il. 9. 668
126. E. fr. 682
127. Il. 19. 326
128. Od. 11. 508
129. Il. 11. 777
130. Il. 19. 407

NOTAS DEL CAPÍTULO IX

1. Il. 9. 143
2. Il. 9. 145
3. s. Il. 9. 145
4. S. E. 157
5. Pa. 2. 35. 1
   Hsch.
6. Pr. Chr. 104. 12
   Ap. ep. 3. 21
7. Il. 2. 496
8. Pa. 9. 19. 6
9. S. E. 566
   E. IA 185
10. Ap. ep. 3. 21
11. s. Il. 1. 108
    s. E. Or. 658
    Pr. Chr. 104. 13
12. E. IT 20
13. S. E. 567
14. S. E. 568
15. S. E. 569
16. Ap. ep. 3. 21
17. Ap. ep. 3. 21 Sabb.
18. S. E. 568
19. A. A. 192
    Pr. Chr. 104. 15
20. S. E. 564
    E. IT 15
21. E. IT 17; 209
22. S. E. 571
23. Hy. 98
24. S. An. 899
25. S. fr. 284
26. E. IA 610
27. A. IA 1366
28. E. IT 27
29. A. A. 239
30. Ar. Ly. 645
31. E. IA 1579
32. E. IT 26
33. E. IT 40
34. Hdt. 4. 103
35. E. IT 1462
36. Ae. NA 7. 39
37. Od. 4. 529
    11. 410
38. Od. 3. 172
39. Od. 11. 422
40. Pi. P. 11. 22
41. Se. Ag. 897
42. A. A. 1377
43. S. E. 12
    A. A. 881
44. Pi. P. 11. 34
45. E. IT 918
46. Ap. ep. 6. 24
47. s. E. Or. 268
48. Od. 3. 307
49. Od. 3. 311
50. Ap. ep. 6. 28
51. A. Eu. 179
52. A. Eu. 738
53. E. IT 970
54. E. IT 973
55. E. IT 977
    Ap. ep. 6. 26

NOTAS DEL CAPÍTULO X

1. Ap. ep. 3. 18
2. Str. 13. 1. 69
3. Pa. 10. 28. 8
4. PO. XI. 1359
5. Pa. 1. 4. 6
6. Ap. 2. 7. 4
7. Pa. 8. 4. 8
8. Ap. 3. 9. 1
9. Pa. 8. 48. 7
10. Mo. Chor. Pr. p. 294
11. Pa. 8. 47. 4
12. E. fr. 265
    Alcid. 15
13. D. S. 4. 33. 7
14. Ap. 2. 7. 3
15. Ap. 3. 9. 1
16. Ap. 2. 7. 4
17. E. fr. 696. 4
18. Ae. VH 7. 39
19. Hy. 99
20. Ap. 3. 89. 1
21. D. S. 4. 33. 11
22. Pa. 4. 34. 7
23. Hy. 244
24. A. E. 488
25. Ari. Po. 24
26. s. E. Rh. 251
27. Hy. 100
28. Ae. NA 3. 47
29. D. S. 4. 33. 12
30. Ph. Her. 3. 34
31. Od. 11. 521
32. Str. 13. 1. 69
33. s. Ly. 1249
34. s. Ve. A. 3. 680
35. GG 140 (124)
36. Pa. 9. 5. 14
37. Pi. O. 9. 72 c. s.
38. Pi. O. 9. 71
39. Il. 11. 787
40. Il. 23. 90
41. Il. 11. 831
42. Pi. I. 8. 54
    Ap. ep. 17
43. s. Il. 1. 59
44. E. fr. 700
    Pa. 9. 41. 1
45. s. The. 12. 25
46. Ar. Ach. 439
47. E. fr. 697; 698
48. Hy. 101
49. E. fr. 724
50. Pr. Chr. 104. 11
51. s. Od. 11. 520
52. s. E. Or. 1391
53. Pa. 5. 13. 3
54. Pa. 3. 26. 10

NOTAS DEL CAPÍTULO XI

1. Ap. ep. 3. 18
2. Il. 2. 303
3. Pa. 9. 19. 7
4. Il. 1. 49
5. Il. 2. 720
6. S. fr. 353
7. App. M. 1. 77
8. St. B.
9. Pa. 8. 33. 4
10. A. Rh. 4. 1709
11. Il. 1. 37
12. Il. 1. 430
13. D. Chr. 59. 9
14. Ph. iun. 17
15. V. Fl. 1. 391
16. s. S. Ph. 194
17. S. Ph. 1327
18. Hy. 102
19. Ap. ep. 3. 27
    Pr. Chr. 104. 22
20. s. Il. 2. 695
21. Ap. 1. 9. 12
22. GG 261 (230)
23. He. fr. 117
24. Il. 2. 701
25. Il. 2. 701
26. Batr. 303
27. APal. 7. 385. 1
28. APal. 7. 385. 9
29. Hdt. 9. 116
30. Pli. NH 16. 23
31. Ph. Her. 3. 1
32. s. Aristid. p. 671
33. Pa. 4. 2. 7
34. Cat. 68. 74
35. Hy. 104
36. Eu. Il. 325. 29
37. s. Aristid. p. 671
38. Hy. 103
39. Lu. DMo. 23. 3
40. Ap. ep. 3. 30
41. Hy. 104
42. s. Ve. A. 6. 447
43. Ap. ep. 3. 30
44. Hy. 104
45. s. Pi. I. 1. 83
46. Ph Her. 3. 6

NOTAS DEL CAPÍTULO XII

1. Il. 2. 674
2. Il. 1. 352
3. s. Pi. O. 2. 147 Thom.
4. Ap. ep. 3. 31
5. ALib. 12
6. Hy. 154
7. s. Ly. 237
8. s. The. 16. 49
9. S. fr. 500 Pearson
10. S. fr. 460
11. Ap. ep. 3. 31
12. Pi. O. 2. 83
    I. 5. 39
13. S. fr. 499 Pearson
14. Ap. ep. 3. 31
15. s. Ve. A. 3. 85
16. Ap. ep. 3. 32
17. GG 139 (123)
18. GG 140 (124)
19. Ap. 3. 12. 5
20. Pla. B. 953
21. Il. 1. 58
22. Il. 24. 257
23. Il. 9. 129
24. Il. 9. 664
25. Il. 1. 392
26. Hy. 106
27. Il. 19. 282
28. Il. 2. 690
29. Il. 19. 291
30. Il. 19. 298
31. Il. 2. 691
32. Il. 1. 366
33. Il. 6. 414
34. Il. 6. 422
35. Il. 1. 425
36. Il. 1. 368
37. Il. 1. 14
38. Il. 1. 25
39. Il. 1. 49
40. Il. 16. 700
41. Il. 16. 785
42. Ve. A. 2. 319
43. Il. 16. 850
44. Il. 16. 96
45. Il. 18. 8
46. Il. 18. 96
47. Il. 18. 98
48. Il. 19. 258
49. Il. 18. 478
50. Il. 19. 21
51. Il. 22. 136
52. Il. 22. 203
53. Il. 22. 359
54. Il. 22. 385
55. Il. 23. 175
56. Il. 24. 560
57. Ap. ep. 5. 1
58. Il. 3. 189
59. Tz. Posthom. 14
60. s. Il. 3. 189
61. Il. 24. 670
62. Q. S. 1. 664
63. Q. S. 1. 594
64. Pa. 5. 11. 6
65. Prop. 3. 11. 15
66. Od. 11. 522
67. Pr. Chr. 106. 1
68. Pi. O. 2. 83
69. GG 32 (28)
70. Il. 22. 209
71. GG 33 (24)
72. Plu. 17 a
73. Il. 22. 161
74. Il. 16. 857
75. GG 200 (177); lám. VIII b
76. Pol. 4. 130
77. Pr. Chr. 106. 6
78. Pa. 10. 31. 6
79. Ae. NA 5. 1
80. EGr. 987
81. Pr. Chr. 106. 7
82. Ap. ep. 5. 3
83. Ve. A. 6. 57

84. E. Rh. 508
85. s. Ve. A. 3. 85
86. Il. 22. 359
87. s. Ar. E. 1056
88. Ap. ep. 5. 4
89. Ap. ep. 5. 4
90. Od. 24. 47
91. Od. 24. 47
92. Od. 24. 60
93. Il. 23. 91; 244
94. Od. 24. 81
95. Str. 13. 1. 32
96. Arr. A. 1. 12. 1
97. Pr. Chr. 108. 7
98. E. Hec. 37
99. Pr. Chr. 106. 14
100. Pi. N. 4. 49
E. An. 1262
101. CIG 2. 2076
102. D. Chr. 36. 9
103. Pli. NH 4. 83
104. A. Rh. 4. 814 c. s.
105. ALib. 27
106. Am. M. 22. 8. 34
107. Pa. 3. 19. 13
108. Pr. Chr. 105. 9
109. Od. 11. 467
110. Il. 6. 448
111. Ap. ep. 5. 10
112. Ap. ep. 5. 8
113. Ap. ep. 5. 10
114. Od. 11. 509
115. Ap. ep. 5. 11
116. Pr. Chr. 106. 30
117. Pr. Chr. 106. 30
118. Ap. ep. 5. 8
119. S. Ph. 1408
120. Pr. Chr. 106. 26
Ap. ep. 5. 8
121. Ap. ep. 5. 8
122. Ap. 3. 12. 3
123. GG 122 (107)
124. Ap. 3. 12. 3
125. FGH 26. 34. 2
126. Od. 4. 244
127. Od. 4. 250
128. Od. 4. 261
129. Ap. ep. 5. 13
130. FGH 26. 34. 2
131. Pr. Chr. 107. 7
132. FGH 26. 34. 3
133. s. Ar. Ve. 351
134. s. Ve. A. 2. 166
135. FGH 26. 34. 4
136. Pr. Chr. 107. 2
137. Ap. ep. 5. 14
138. Od. 8. 493
139. Pa. 1. 30. 4
5. 15. 6
140. Ca. LP 2
141. Pi. O. 13. 65
142. Ap. ep. 5. 15
143. Od. 8. 509
144. Pla. B. 953
145. Ap. ep. 5. 15
146. Od. 8. 501
147. Ap. ep. 5. 17
148. Ve. A. 2. 201
149. s. Ve. A. 2. 201
150. Hy. 135
151. Ap. ep. 5. 18
152. Ve. A. 2. 227
153. Pr. Chr. 107. 25
154. Pr. Chr. 107. 22
155. Ap. ep. 5. 19
156. Od. 11. 527
157. Od. 4. 274
158. Od. 11. 530
159. Ap. ep. 6. 12
160. Pa. 10. 24. 6
161. Pi. N. 7. 40
fr. 40. 112
Pa. 4. 17. 4
162. Ap. ep. 5. 21
163. Il. 6. 402
164. s. Ly 1268
165. Il. 6. 455
166. Il. 24. 735
167. Od. 8. 517
168. s. E. An. 631
169. Ar. L. 155 c. s.
170. E. An. 630
171. Pr. Chr. 108. 1
172. Od. 3. 141
173. Od. 4. 1
174. Od. 4. 82
175. Od. 3. 299
176. Il. 2. 587
177. Od. 4. 83
178. GG 43 (38)
179. Od. 4. 772
180. Ste. 11
181. E. Hel. 31
182. GG 37, 59, 206, 247 (32, 52, 182, 218)
183. Od. 23. 156
184. Od. 14. 162
19. 306
185. Od. 21. 258
s. Od. 20. 155
186. Od. 21. 259
187. Ap. ep. 7. 36
188. Ly. 796
189. Pr. Chr. 109. 23

ÍNDICE DE NOMBRES Y EPÍTETOS

Las letras A-L hacen referencia a las tablas genealógicas

Abdón, 120, 301
Abdero, 154
Acamante, 261
Acasto, 265, 271, 289, 321, 322, 325, 353
Acmón, 216
Acrisio, 78, 79, 87, 113, 308; A
Acteón, 66; A
Áctor, Actóridas, 207; E
Admite, 184, 187
Admito, 65, 106, 145, 166, 180, 181, 185, 265, 268, 271, 294, 296; C
Adraste, 183, 308, 309, 310, 311, 313, 315, 333; C
Aérope, 316, 317; K
Afareo, 75, 135, 137, 139, 140, 141, 335; F
Afidno, 258
Afrodita, 59, 64, 66, 67, 75, 97, 109, 139, 140, 146, 199, 203, 215, 252, 253, 254, 262, 272, 273, 282, 289, 307, 319, 323, 325, 327, 328, 330, 333, 336, 337, 340, 356, 359, 362, 366; A; Urania, 290
Agamedes, 262
Agamenón, 42, 95, 257, 315, 317, 318, 329, 330, 331, 335, 336, 337, 338, 339, 340, 341, 342, 343, 354, 356, 357, 358, 366; F, K
Ágave, 66, 121; A, D
Agenor, 61, 62, 73, 275; A, G
Aglauro, 234, 237
Agraulo, 237
Agrio, 96, 142; G
Agríope, 295
Alalcomenea, 332
Alalcomeneo, 90
Alcátoo, B, K
Alceo, 88, 156, 163; A, B, H, K
Alcestis, 65, 180, 181, 190, 219, 265, 289, 296; C
Alcides, 156
Alcíone, 138, 183
Alcioneo, 194, 195
Alcmena, 42, 150, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 165, 209, 211, 227; B, H
Alea, 346, 347
Alejandro (Paris), 326
Alejandro Magno, 36, 182, 361
Aleo, 146, 290, 346
Alexidamo, 190
Alexíkakos, 206
Alóadas, 267, 290
Altea, 136, 142, 143, 144, 148, 149, 220; G, H
Amaltea, 220
Ámico, 274
Amimone, 271, 338
Amíntor, 207
Amisodoro, 113
Amitaón, 106, 265, 268, 308; C
Anaxo, B, H
Anceo, 145, 148
Androgeo, 247, 248
Andrómana, 356, 365; 33
Andrómeda, 85, 86, 87, 88, 269, 275; 7; A, F, H

Anfiarao, 307, 309, 310, 311, 312, 313, 315; C
Anfictión, L
Anfíloco, 313
Anfión, 68, 69, 70, 71, 72, 90, 95, 100, 119, 120, 163, 293; B
Anfitrión, 100, 156, 157, 158, 159, 161, 162, 163, 164, 165, 208, 209, 211, 226, 334; B, H, K,
Anfitrite, 250, 252, 320, 323; 54
Anquínoe A
Anquises, 319, 328
Antágoras, 187, 190
Antea, 78, 112, 113, 114, 190
Anteo, 187, 190, 191, 243
Anticlea, 109, 240, 332; 9; C
Antífona, 129, 132, 313; D
Antíope, tebana, 69, 70, 71, 72, 119, 120, 135, 163, 319; Amazona, 186, 187, 254, 260, 261, 262; esposa del Sol, 289
Antiopea (Amazona), 260
Apaturia, Atenea, 238
Apolo, 48, 60, 65, 69, 72, 75, 87, 99, 106, 107, 108, 112, 117, 122, 126, 129, 134, 137, 138, 149, 162, 163, 166, 171, 174, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 189, 210, 212, 213, 223, 225, 240, 244, 247, 253, 254, 265, 267, 271, 275, 278, 287, 293, 294, 296, 298, 299, 310, 320, 322, 323, 325, 326, 330, 343, 344, 347, 348, 350, 351, 354, 355, 356, 357, 358, 360, 364, 367; 16, 27, 38; I; Agreo, 322; Apsirto, 280, 283, 284, 291; Córito, 347; Delfinio, 244, 247; Egletes, 287; Embasio, 271; Esminteo, 326; Ismenio, 69, 163; Licio, 75; Timbreo, 355, 356, 360, 364
Aqueles, 219, 328
Aqueloo, 220, 328
Aquileo (Aquiles), 328, 290, 292, 320, 321, 324, 328, 330, 333, 334, 337, 338, 339, 341, 346, 348, 354, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 365; 70, 72, 73, 75; E
Arene, 137; F
Ares, 59, 62, 64, 65, 67, 96, 98, 99, 108, 118, 137, 143, 177, 180, 181, 182, 183, 185, 188, 189, 192, 267, 302, 309, 323, 330, 333, 358; A, G
Arete, 285
Argía, 309
Argifonte, 111
Argíope, 61, 295, 347
Argo, 37, 185, 269, 270, 271, 273, 274, 277, 278, 279, 280, 281, 282, 283, 284, 285, 286, 288, 292, 293, 304
Argos, constructor de la nave Argo; 269, 270, 274; hijo de Frixo; 279 Panoptes,
Ariadna, 65, 88, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 258, 259, 260, 269, 288, 295, 319, 337, 338; 56; Ariadna Afrodita, 65, 253
Aridela, 250, 254, 295
Arión, 183, 210
Aristeo, 296; A
Arquémoro, 311
Ártemis, 72, 98, 99, 138, 139, 144, 145, 146, 147, 168, 172, 173, 174, 175, 177, 181, 202, 212, 213, 225, 251, 252, 257, 262, 263, 284, 315, 216, 322, 325, 340, 341, 342, 344, 346, 350, 359; 38, 69; Agrótera, 322; Estinfalia, 177; Eukleia, 168; Cordada, 99; Ortia, 173, 257; Ortosia, 173; Sajonia, 263
Ascálafo, 202, 203
Asclepio, 48, 102, 153, 254, 263, 312, 335, 349, 362
Asopo, 69, 107
Ástaco, 312
Asterio o Asterion, 250
Asterodea, 312
Astianacte, 365
Astimedusa, 127
Atalanta, 142, 145, 146, 147, 148, 149, 312, 321, 323, 326, 347
Atamante, 116, 117, 118,

265, 269, 279, 315, 338; A, C
Ate, 159, 160
Atenea, Palas, 64, 76, 81, 82, 83, 84, 86, 87, 90, 112, 130, 139, 161, 165, 166, 177, 183, 185, 189, 190, 195, 199, 209, 213, 216, 224, 225, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 253, 270, 271, 278, 281, 282, 307, 310, 312, 317, 318, 319, 325, 327, 332, 333, 334, 335, 343, 344, 346, 354, 358, 363, 364, 367; 16, 18, 27, 46, 47, 52, 56, 75; Alalcomenea, 332; Alea, 346; Apaturia; 238; Hipia; 112, 363; Minoica, 287; Polias, 233, 235
Atlante, 197, 198, 199
Atreo, Atridas, 41, 42, 44, 90, 95, 100, 120, 121, 157, 314, 315, 316, 317, 318, 329, 340; B, K
Átropo, 144
Auge, 209, 317, 345, 346, 347
Augias, 177, 178, 179, 207, 210, 211, 271
Autólico, 108, 109, 162, 164, 212, 266, 332; C
Autónoe, 66; A
Axíero, 53
Axiókersa, 53
Axiókerso, 53
Áyax, hijo de Oileo, 334, 366
Áyax, hijo de Telamón, 249, 321, 325, 332, 333, 334, 335, 360, 362; 75; B, E, K,

Ba'al , 73
Bakcheús , 298
Balio, 324
Batia, 136
Bélero, 111, 112
Belerofón, Belerofonte, 33, 78, 84, 106, 107, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 238, 262, 291, 321, 360, 363; 12; C
Belo, 73, 74, 275; A
Bentesicime, 304
Beoto, 63, 101, 10; C
Berecintia, Gran Madre, 91
Biante, 308, 309, 352; C
Bóreas, Boréadas, 102, 180, 271, 275, 276, 304; 61; I
Briareo, 238
Brimo, 283
Briseida, 356, 357
Brises, 356, 358, 359
Broteas, 90; B
Bougenés, 49, 51
Busiris, 191
Butes, I

Caanto, 68, 69, 72
Cabiros, 46, 53, 60, 69, 137, 161, 215, 216, 272, 273
Caco, 193, 194
Cadmilo, Casmilo, 53, 60
Cadmo, 33, 52, 53, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 95, 107, 116, 119, 131, 132, 153, 162, 171, 181, 269, 275, 281, 282, 292, 307, 308, 322, 343; I; A, D
Caeto, 68
Calais, 271, 276, 277, 304
Calcante, 333, 341, 342, 350
Calcíope, hija de Eetes; 118, 280; hija de Antágoras, 187
Calcodonte, 187
Cálice, 95, 355
Calidón, 142; G
Calíope, 394
Calipso, 199
Calírroe, 188
Candaules, 214
Capaneo, 311
Caribdis, 285
Caricló, madre de Tiresias; 130; esposa de Quirón; 130, 267, 323; 67
Cárites, 68, 247, 254, 324, 327
Caronte, 202, 205, 258, 296, 297
Carope, 205, 208
Casandra, 326, 331, 335, 342, 364; 69
Casiopea, 85, 86
Cástor, 70, 135, 136, 139, 140, 141, 144, 162, 207, 255, 257, 258, 271, 337; 16, 17; F
Cástor y Pólux, véase Cástor y Polideuco
Cécrope II; I, L, 231, 232,

233, 234, 235, 237, 238, 242, 243, 259
Cécrope, Cecrópidas, 231; 47; I, L
Céfalo, 158, 301, 305, 306; I
Cefeo, 85, 86
Ceix, 183, 222, 226
Ceneo, 255
Cenis, 255
Centauro, 102, 103, 116, 130, 175, 176, 178, 179, 188, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 255, 256, 266, 267, 268, 280, 320, 321, 328
Centauros, véase Kentauroi
Cerbero, 170, 188, 198, 200, 202, 203, 204, 209, 296; 39
Cerción, 243; 50
Cercotes, 215, 216, 217; 40
Chalkoarai, 208
Cícico, 273, 274
Cíclopes, véase Kyklopes
Cicno, hijo de Ares; 182, 183; hijo de Posidón; hijo de Apolo; rey de Liguria, 182, 183, 195, 354, 355
Cicreo, 242, 243
Cílix, 60, 61; A
Cinortas, 136
Cipariso, 347, 355
Circe, 118, 269, 270, 277, 283, 284, 285, 367
Ciris, 248
Ciseo, padre de Hécabe, 326
Citisoro, 279
Cleopatra, 138, 149; F
Clímeno, de Cidonia; de Calidón, 221; G
Clite, 273
Clitemnestra, 136, 257, 329, 330, 340, 341, 342; F, K
Cloris, 100, 106; C
Cloto, 92, 114
Cometo, 158
Copreo, 169
Coria, 88
Corina, 253
Corinetes, 240
Córito, 347
Corone, 254; 57
Corónide, madre de Asclepio, 48; esposa de Helios, 254
Cránao, L
Crenea, 1
Creonte, nombre de varios reyes, 122, 127, 128, 156, 158, 162, 165, 291, 307, 313; D
Creteo, 106, 265, 268, 279; C
Creusa, I
Crisaor, hijo de Medusa, 84, 111, 188; otro nombre de Belerofonte, 111, 112
Criseida, 330, 356, 357
Crisa, 351
Crises, 330, 356, 357
Crisipo, 100, 120, 121, 122, 123, 124, 127, 314, 315; B, K
Crisótemis, 340; F, K
Cristo, 315
Crono, 91, 96, 99, 126, 244, 255, 279, 280
Ctéato, 207
Ctonia, hija de Bóreas, 275; hija de Erecteo, 209, 237, 275
Ctonio, 64, 235

Dafnis, 218
Daktyloi, Dáctilos, 46, 99, 124, 136; Dáctilo del monte Ida, 154, 164
Damastes, 243, 244
Damnameneo, 243
Dánae, 78, 79, 80, 81, 82, 87, 158; 3; A, F, H,
Danaides, hijas de Dánao, 74, 75, 76, 78, 81, 170, 260
Dánao, 60, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 81, 106, 190, 272, 296; A
Dárdano, 61
Dédalo, 248, 251, 253, 322
Deidamía, esposa de Pirítoo, 256; madre de Neoptólemo, 339; E
Deífobo, de Amielas, 212; de Troya, 363, 326, 366
Deimo, 183
Deípila, 309
Delfine, 112
Deméter, 46, 61, 92, 119, 133, 134, 154, 183, 190, 201, 203, 209, 236, 244, 266, 290, 304, 323, 328; 67; Deméter Ctonia, 209
Demofón, Demofonte, hijo de Teseo, 260, 261; de Eleusis, 290, 328
Demonice, G

Deucalión, hijo de Prometeo, 101, 142; hijo de Minos, 254; C, F
Dexámeno, 178, 179, 189, 219, 220
Deyanira, 243, 179, 203, 219, 220, 221, 222, 223, 226; 43; G, H,
Día, 255
Diana, 263
Diceo, 217, 218, 221
Dictis, 81, 82, 86, 87; 3
Diomede, 356
Diomedes, tracio, 179, 180, 181, 182, 183, 296, 355; hijo de Tideo, 263, 309, 313, 320, 332, 333, 342, 362, 363, 365, 366; C, G
Dione, 91
Dioniso, 46, 48, 49, 50, 51, 52, 59, 60, 65, 66, 67, 71, 72, 79, 85, 87, 88, 91, 92, 113, 116, 119, 127, 142, 143, 146, 153, 156, 163, 170, 175, 183, 194, 211, 215, 220, 251, 252, 253, 254, 259, 266, 272, 283, 288, 295, 297, 298, 299, 302, 303, 308, 309, 311, 317, 323, 324, 337, 338, 353, 356, 361; 46, 56, 67; A; Dioniso Cadmo; 53, 59, 119
Dioscuros, 68, 69, 88, 90, 102, 119, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 144, 207, 257, 258, 259, 260, 273, 289, 327, 329 330, 331, 337
Diòs koûroi, 135
Dirce, 70, 71, 72
Dóride, 323
Doro, C
Dríades, 296

Éaco, 107, 242, 271, 320, 321; E
Eagro, 294, 295
Ébalo, 136
Edipo, 36, 119, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 154, 156, 162, 163, 264, 297, 307, 313, 341, 347; 14-16; A, D
Eetes, 118, 265, 268, 269, 270, 278, 279, 280, 281, 282, 283, 284, 290, 291
Eetión, de Samotracia, 61; padre de Andrómana, 356
Egeo, 238, 239, 240, 244, 245, 246, 247, 248, 254, 259, 291, 292, 337; B, I, K, L
Egeón, 238
Egialea, 333; C
Egialeo, 313
Egimio, 206
Egina, 107, 320, E
Egipto, Egiptíadas, 73, 74, 75, 191; A
Egisto, 318, 342, 343; K
Egle, 254
Egletes, 287
Élato, centauro, 176; padre de Cenis-Ceneo, 255
Electra, madre de Cadmo, 61, 65; hija de Agamenón, 340, 343; F, K
Electrión, 88, 156, 157, 158; A, B, H
Electriona, 61
Enatis, 172
Endeis, 320, 321; E
Endimión, 142, 304; G
Eneas, 140, 202, 271, 319, 320, 333, 337, 364; 16
Eneo, 96, 142, 143, 144, 145, 148, 203, 220, 221, 308, 353; G, H
Enipeo, 103, 104, 266
Enómao, 82, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 137, 142, 211, 315, 316
Enone, 326
Enopión, 96, 142
Enieo, 338
Eolo Hipótada, 101
Eolo, 101, 102, 103, 106, 107, 112, 116, 135, 265, 267, 269; C, F
Eos, 115, 196, 268, 301, 306, 359, 361
Épafo, 60
Epicasta (Yocasta); 121, 126, 127; hija de Augias, 178
Epimeteo, 101
Epopeo, 69, 70
Équemo, 314
Equidna, 128, 167, 170, 198
Equión, Espartos, 64, 121; hijo de Hermes, 271; A, D

Erecteo, Erecteidas, 231, 233, 235, 236, 237, 238, 264, 303, 304; I, L
Ergino, rey de Orcómeno; 165; Argonauta, 273
Eribea, 248, 249, 334; B, E, K
Ericto, 275, 276; 60
Erictonio, 235, 236, 259, 302; I, L
Erifila, 309, 310, 313, 315; 66; C
Erinias, 127, 133, 149, 180, 189, 296, 343, 344
Erisictón, 234, 235
Eris, 324
Érito, 271
Eros, 200, 296
Escamandrio, 365
Escila, monstruo marino, 194, 285, 326; hija de Niso, 248 Esciron, 241, 242, 243, 320; 48
Esfinge, 122, 127, 128, 129, 167; 15, 16
Esón, 106, 265, 268, 286, 289; C
Esqueneo, 145, 146
Estáfilo, 143
Estenebea, 113, 114
Esténelo, 157, 158, 160, 278, 314; A, B, H, K
Estérope, 100, 101
Estinfalo, 321
Estro, 292
Estrofio, 343
Eukleia, 168
Etálides, 271
Eteocles, 129, 132, 307, 310, 311, 313; D
Eteoclo, 311
Etolo, 142; G
Etra, 238, 239, 240, 257, 261; B, I, K
Eubule, 237
Eufemo, 271, 286, 287, 288
Euforbo, pastor que encuentra a Edipo; 124, 14; troyano, 357
Euménides, 133, 344
Eumolpo, 201, 236, 237, 301, 303, 304; I
Euríbates, 216
Eurídice, 293, 295, 296, 297
Eurigania, 127
Eurílite, 282
Eurimede, 111
Eurimedonte, 111
Eurínome, hija de Océano, 68, 320; madre de Belerofonte, 111
Eurípilo, de Cos, 187, 190; hijo de Télefo, 347, 348, 349
Euristeo, 100, 157, 160, 161, 166, 169, 171, 172, 176, 177, 178, 179, 180, 182, 184, 186, 191, 195, 199, 200, 201, 205, 208, 209, 215, 217, 226, 227, 264, 314; 28; B, H, K
Éurite, 221; G
Euritión, suegro de Peleo, 145, 148, 321, 322, 351; Centauro; 179, 256; pastor de Gerionés, 188, 192,
Éurito, padre de Yole; 162, 179, 210, 211, 212, 214, 222; Centauro; 256; hermano de Ctéato, 207
Europa, 60, 61, 66, 72, 114, 158, 191, 327; A
Eveno, padre de Marpesa; 137, 138; hijo de Jasón, 273

Faetón, hijo de Helios, 114, 355; Apsirto, 280, 283
Fea, 241; 48
Feacios, 283, 285
Febe, hija de Leucipo, 138, 139; Titana, 323; F
Febo, véase Apolo
Fedra, 254, 261, 262, 263
Fénix, hijo de Agenor; 61; tutor de Aquiles, 149, 362; A
Feres, padre de Admeto; 106, 265, 268; hijo de Medea, 291; C
Festos, 154
Fílaco, 352
Filamón, 271
Filódice, F
Fileo, 178, 207
Filira, 267
Filoctetes, 224, 351, 352, 362
Filomela, 301, 302, 303, 304, 317; I
Fineo, tío de Andrómeda; 86, 275; adivino, 275, 276, 277, 278, 279; 60
Fítalo, 244
Fitio, 143
Fix, 127
Fobo, 183

Foco, epónimo de la Fócide; 72; hijo de Telamón, 321
Folo, 100, 175, 176, 179; 29
Foráneo, 73, 76, 90, 167, 233; A
Forcis, 83, 84
Frixo, 116, 117, 118, 265, 268, 269, 275, 279, 280, 315; 13; C
Frontis, 279

Galintias, 160
Ganímedes, 92, 93, 120
Gelanor, 75
Gerapso, Geropso, 20
Geras, 24
Geriones, 35, 188
Gigantes, 162, 173, 194, 195, 245, 273, 282
Glauce, 291
Glauco el joven, 107, 360; 75; C; el viejo; 107, 110, 111, 136, 180; C; de Creta, 112
Gorge, 308; G
Gorgófone, 88, 135, 136, 137; F, H
Gorgona(s), 82, 83, 84, 86, 87, 88, 135, 203; 56
Gracias, véase Cárites
Grayas, 83, 86

Hades, véase también Inframundo, Más Allá, Muertos
Halias, 88
Harmonía, 33, 52, 53, 59, 61, 62, 64, 65, 66, 67, 68, 119, 181, 269, 281, 292, 307, 309, 310, 313, 319, 322; A, D
Harpías, 96, 110, 120, 180, 189, 198, 275, 276; 61
Harpina, 96
Hebe, 225, 226, 227, 336; 46
Hécale, Hecalina, 247, 326
Hécate, 160, 190, 247, 283, 290, 295, 302, 326
Héctor, 326, 354, 356, 357, 358, 359, 360, 362, 365; 69
Hécuba, 325, 326, 356, 361; 69
Hefesto, 46, 66, 95, 188, 193, 235, 236, 240, 281, 315, 334, 338, 358, 359
Hele, 116, 117, 118; C
Helena; 136, 139, 140, 141, 254, 255, 257, 259, 260, 261, 324, 327, 329, 330, 331, 332, 333, 334, 335, 336, 337, 340, 343, 345, 362, 363, 365, 366; 57, 76; F, K
Helén; 101, 102; C, F
Heleo, 158; H
Helios, 69, 118, 177, 196, 250, 254, 265, 268, 271, 275, 280, 281, 282, 285, 288, 289, 290, 292, 355; 34
Hemón, 128; D
Heoo, 278
Hera, 225, 233, 242, 266, 270, 285, 290, 291, 318, 319, 320, 323, 325, 326, 327, 331, 336, 339, 354, 366; 18; Hera Acrea, 290, 292; Bunea, 290; Teleia, 225
Heracles, 35, 38, 42, 46, 47, 74, 75, 85, 88, 96, 99, 106, 107, 136, 143, 144, 145, 150, 153, 154, 155, 156, 157, 159-197, 199-227, 240, 243, 246, 248, 255, 256, 258-261, 266, 271-274, 278, 279, 281, 284, 286, 288, 293, 295, 296, 305, 310, 314, 315, 318, 319, 325, 334, 337, 345, 346, 347, 350, 351, 354, 361, 362, 366; 18-40, 44-46, 59; B, G, H, K; Heracles Kallínikos; 206
Hermes, 46, 60, 70, 71, 72, 76, 82, 83, 92, 95, 97, 99, 107, 108, 111, 125, 130, 133, 137, 137, 138, 158, 161, 164, 195, 197, 203, 214, 217, 219, 225, 271, 293, 294, 297, 302, 315, 316, 323, 325, 326, 332, 353, 366; 68; C
Hermíone, 336; F, K
Herófila, 326
Hesíone, 185, 186, 219, 325; E
Hespérides, 83, 174, 192, 193, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 270, 286, 324; 22, 26, 37, 38
Hestia, 323
Hiacinto, Hiacíntides, 136, 237

Híades, 238
Híera, 347, 349
Hilaira, 138, 139; F
Hilas, 182, 274
Hilo, 219, 222, 223, 224, 226, 314; H
Himeneo, 98
Hipe, Hipo, hija de Quirón, 102; Amazona, 262
Hiperénor, 64
Hipermestra, 75, 76, 78; A
Hipia, 112, 363
Hipno, 195
Hipocoonte, 136, 207
Hipodamía, hija de Enómao, 82, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 120, 121, 124, 142, 238, 239, 314, 315; esposa de Pirítoo, 256; 8; B, K
Hipólita, 184, 185, 186, 187, 214, 259, 260, 262, 358; 58
Hipólito, hijo de Teseo, 146, 147, 187, 259, 260, 262, 263, 321, 358; hijo de Deífobo de Argos, 212
Hipóloco, C
Hipomedonte, 311
Hipómenes, 146, 147
Hipónoo, otro nombre de Belerefonte, 111; hijo de Adraste, 310
Hipsípila, 272, 273, 311
Hístoris, 160
Homero, 37, 38, 41, 43, 48, 50, 107, 109, 110, 125, 127, 188, 189, 235, 299, 315, 332, 337, 338, 339, 340, 341, 343, 350, 358
Homonia, 278
Horas, 68, 320, 323, 327, 353
Hypatos, 234

Icario, 331
Ícaro, 251
Idas, 137, 138, 139, 140, 144, 149, 271; F
Idía, 280
Idmón, 271, 277, 282
Idomeneo, 335, 337, 366
Ifianasa, 340
Ificles, 145, 159, 161, 165, 207
Ificlo, 352; H
Ifigenia, 257, 340, 341, 342, 344, 345, 361; 71; F, K
Ífito, 210, 211, 212, 213, 222
Ilirio, 67
Ilitia, 159, 160
Ilo, padre de Laomedonte, 363
Imárado, 236, 304
Ínaco, 59, 73, 75, 76, 87; A
Ino, 59, 66, 116, 117, 118, 315; 13; A, C
Ío, 30, 59, 61, 72, 73; A
Ión, I
Iris, 138, 209, 276, 323, 337; 56, 67
Iscómaca, 256
Ísmaro, 304
Ismene, 129, 132, D
Ismeno, 68, 69
Ítilo, 120
Itis, 120, 302, 303
Ixión, 91, 93, 116, 255, 259, 296

Jasón, Iason, Iasón, 106, 118, 145, 182, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 274, 277, 279, 280, 281, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 295, 308, 315, 319, 351, 62, 63, 65; C
Jenódice, 217, 218
Juto, C

Kallinikos, 206, 208
Kallíste, 325
Kentauroi, Centauros, 100, 116, 146, 175, 176, 179, 201, 219, 220, 255, 256, 279, 322; 29; véase también Quirón
Kisseus, epíteto de Apolo, 298
Kyklopes, Cíclopes, 78, 79, 113

Lábdaco, Labdácidas, 66, 119, 120, 123, 302; A, D; véase también Layo
Ladón (serpiente), 174, 198, 199, 286
Laertes, 109, 110, 332
Laocoonte, 364
Laodamante, 313
Laodamía, hija de Belerofonte, 114; esposa de Protesilao, 350, 353,
Laódica, 340
Laomedonte, 120, 185, 186, 319, 325, 345, 351, 363

Láquesis, 144
Lara, 302
Lares, 302
Layo, 66, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 129, 131 134, 247; A, D
Leda, 70, 135, 136, 137, 139, 142, 257, 260, 319, 330, 336; 17; F, G
Leo, 169, 171, 237, 245
Lepreo, 178
Lestrigones, 273
Lete, 258
Leto, 278, 296, 360
Leucipo, Leucípides, 135, 138, 139, 140; F
Leucotea, 59, 116
Libia, 73, 286, 287; A
Licaón, 182
Lico de Tebas, 70, 71, 120; rey de los mariandinos, 277, 288
Licomedes, 40, 264, 338, 339
Ligirón, 328
Linceo, esposo de Hipermestra, 75; hijo de Posidón, 137, 139, 140, 144, 271, 286; A, F
Lino, 162, 163
Lirceo, 75, 76, 78
Lisa, 209
Lisídice, 100; B, H, K
Litierses, 218, 219

Macaón, 335, 349
Macaria, 227
Macris, 285
Manía, 209; 40
María, la Virgen, 160
Marpesa, 137, 138, 149; F
Marsias, 294
Maya, 70, 232
Medea, 280, 281, 282, 283, 284, 285, 286, 288, 289, 290, 291, 292, 303, 315, 319, 328, 361; 63; C
Medo, 292
Medusa, 82, 84, 85, 86, 111, 112, 188, 203; 5, 6
Megapentes, 79, 87, 88, 113, 308, 311; A
Mégara, 165, 208, 209, 211, 222, 226
Melampo, 106, 265, 268, 308, 309, 352; C
Melampygos, 216
Melaneo, 210
Malanion, 147, 148
Melanipa, hija de Eolo, 101, 102, 103, 319
Amazona, 186; C
Melanipo, 312
Melantias, 287; G
Melas, padre de Éurito, hijo de Frixo, 279; epónimo de las Rocas, 287
Meleagro, 136, 138, 142, 143, 144, 145, 148, 149, 150, 175, 203, 220, 221, 271, 308, 353; F, G
Melia, 68, 69, 72, 73, 274; A
Melicertes, 59, 110, 116
Memnón, 359, 360
Meneceo, 122; D
Menecio, E
Menelao, 140, 317, 318, 329, 330, 331, 336, 337, 338, 343, 365, 366; 76; F, K
Menesteo, L
Menetes, 192, 203
Menfis, 191; A
Mercurio, 302
Mérmero, 291
Mérope, 93
Mérope, esposa de Sísifo, 108, 110; esposa de Pólibo, 125, C
Méstor, 157; A, H
Micena, 87
Midas, 218
Mines, 356
Minia, 266, 269, 302
Minos, 69, 112, 113, 114, 158, 184, 237, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 276, 305, 316, 335, 337
Minotauro, 220, 248, 250, 251, 252; 55
Mirtilo, 316; 8
Mnemósine, 43, 44, 68
Moira, Moiras, 83, 92, 144, 160, 181, 196, 323, 337
Molíone y los Moliónidas, 207, 210
Molorco, 168, 169
Molpadia, 261
Momo, 324
Mopso, 271, 274
Musas, 65, 66, 68, 120, 128, 261, 294, 299, 323, 361
Museo, 294, 295

Nauplio, 77, 81, 271, 338, 346
Náyades, ninfas de las

fuentes, 83; 4
Neera, 280
Néfele, 116, 117; C
Neleo, 104, 105, 106, 189, 265, 271, 308, 337, 352; C
Némesis, 137, 255, 257, 336; 8
Neoptólemo, 339, 362, 365; 74; E
Nereidas, 85, 249, 250, 285, 360; 23
Nereo, 196, 287, 321, 322, 323, 328, 361; 22
Neso, 221, 222, 223; 43
Néstor, 42, 43, 100, 106, 189, 265, 337, 338, 339, 360, 366; C
Nice, 200
Nicipe, 100; B, H, K
Nicteo, 69, 70, 120; B
Nilo, 73; A
Ninfas, 83, 87, 182, 196, 198, 219, 274, 285, 292, 319; 1, 5
Níobe; B, C, 72, 73, 74, 90, 100, 106, 119; B, C
Niso, 248

Océano, 68, 69, 83, 188, 192, 216, 221, 323
Óclaso, D
Ocno, 2
Odiseo, 51, 105, 109, 110, 131, 203, 210, 225, 240, 270, 273, 277, 285, 331, 332, 334, 337, 338, 339, 341, 342, 360, 362, 363, 364, 365, 366, 367; 74; C
Ofeltes, 311
Ofiuco, 215
Ógigo, 63
Oícles, 309; C
Oidyphallos, 124
Olo, 216
Ónfale, 144, 188, 214, 215, 217, 218, 219, 222, 240
Oresteo, 142, 143
Orestes; 71; F, K, 143, 340, 342, 343, 344, 361; 71; F, K
Orfeo, 262, 271, 273, 278, 285, 286, 293, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 300; 64, 65
Orión, 46, 96, 142, 168
Orista, 143
Omitía, 304; I
Orsíloca, 361
Ortia, 173, 257
Orto, 167, 188, 192, 198
Ortosia, 173
Osiris, 290, 191

Palante, Palantidas, 245
Palas, compañera de Atenea, 363
Palas Atenea, véase Atenea
Palectón, 74
Palemón, 116, 311; A, C
Palinuro, 271
Pan, 199, 305
Pandáreo, 93, 120, 301
Pandión, 245, 248, 301, 302, 303
Pandión II, I, L
Pandora, I
Panopeo, 158, 254
Panto, 357
Pantidia, 136
Paris, 140, 261, 326, 327, 330, 335, 336, 337, 354, 360, 362, 363, 366; 68, 69, 75
Partenopeo, 148, 311, 312, 347
Parthenoi, 237
Pártenos, 342
Pásalo, 216
Pasifae, 118, 184, 248, 250, 251, 269, 306
Patroclo, 348, 357, 361; E
Peante, 224, 351
Pegaso, 84, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 188, 364
Pelagonte, 62, 63
Pelargo, 98
Pelasgo, 74
Peleo, 40, 65, 140, 145, 148, 271, 320, 321, 322, 324, 325, 327, 328, 330, 336, 337, 339, 348, 351, 361; 67, 70; C
Pelias, 65, 104, 105, 106, 110, 180, 265, 266, 267, 268, 270, 271, 289, 291, 321; C
Pélope, Pelópidas, 90, 91, 92, 95, 97, 98, 99, 100, 114, 117, 120, 121, 123, 124, 157, 208, 238, 239, 256, 289, 314, 315, 316, 318, 321, 362; 8; B, H, K
Pelopia, 317, 318, 331, 346; K
Peloro, 64
Penélope, 105, 210, 331, 332, 338, 367; C, F
Penteo, 70, 79, 87, 121,

298; A, D
Pentesilea, 261, 358, 359; 73
Peón, 189
Peribea, esposa de Pólibo, 125; virgen ateniense, 248
Periclímeno de Pilos, 189, 271; de Tebas, 312
Perieres, 135; F
Perifante, 98
Perifetes, 240
Perigune, 241
Pero, 308, 352; C
Perse, 269
Perséfone, 48, 50, 53, 61, 96, 108, 131, 138, 149, 153, 154, 203, 204, 227, 237, 243, 255, 258, 259, 260, 264, 266, 275, 279, 283, 292, 293, 295, 297, 302, 317, 341
Perseis, 269
Perseo, 33, 36, 40, 42, 49, 75, 78, 79, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 107, 111, 112, 124, 135, 156, 157, 158, 160, 161, 167, 170, 269, 272, 275, 293, 295, 308, 314, 331; 3, 5, 6, 7; A, F, H
Perses, 88; A, H
Pigmeos, 191
Píades, 343, 344; 71
Pylaóchos, 49
Pylártes, 49
Pylios, Pilio, 201
Pínaco, 119
Pirítoo, 100, 145, 204, 255, 256, 257, 258, 259, 260, 264, 271, 296; 57
Pirra, esposa de Deucalión, 101; nombre de Pirro disfrazado, 338
Pirro, 339, 365; E
Piteo, 238, 239, 240, 249, 262, 291; B, K
Pitia, 123, 213
Pityokámptes, 241
Plístenes, 318
Pleurón, 136, 149; G
Pléyades, 270
Pluto, 91; B
Podalirio, 335
Podarces, nombre anterior de Príamo, 186, 325; hijo de Ificlo, 352
Pólibo, 125, 127
Polidectes, 81, 82, 86, 178
Polidegmon, 81, 178
Polideuco, 70, 257, 274; 16, 17; F
Polidora, 353
Polidoro, 66, 119; A, D
Poliido, 112, 113
Polimede, 266
Polinices, 129, 132, 307, 308, 309, 310, 311, 313, 314; 66; D
Polipemón, 241, 243
Polipotes, 256
Polixena, 356, 361; 72
Polixeno, 157
Polygyios, 164
Portaón, 221; G
Porteo vease Portaón
Posidón, 59, 73, 76, 77, 81, 82, 84, 85, 92, 96, 97, 98, 101, 102, 103, 104, 105, 111, 112, 114, 117, 118, 132, 137, 138, 146, 157, 158, 165, 183, 184, 185, 189, 190, 193, 194, 207, 209, 233, 234, 236, 238, 239, 240, 241, 244, 249, 250, 251, 256, 257, 263, 265, 266, 268, 271, 273, 274, 275, 286, 287, 292, 303, 304, 312, 319, 320, 323, 324, 325, 330, 335, 336, 339, 346, 355, 364: 53; A, C, F, I; Posidón Erecteo, 236
Praxítea, 237
Preto, 78, 79, 87, 106, 112, 113, 114, 265, 308, 312, 352; A
Príamo, 186, 325, 326, 335, 338, 345, 348, 349, 355, 356, 358, 359, 361, 363, 365; 69
Procoptas, 243, 244
Procris, 158, 301, 304, 305, 306; I
Procrustes, 243, 244; 51
Progne, 120, 301, 302, 303, 304, 317; A
Prometeo, 46, 92, 93, 101, 176, 193, 196, 197, 280
Proteo, 366
Protesilao, 350, 352, 353, 355
Protogenia, C, I
Psámate, 321
Psila, 96
Pterelao, 157, 158

Quelidón, 301
Queutónimo, 204

Quilón, 50
Quimera, 113, 114
Quíone, 108, 301, 304; I
Quirón, 102, 103, 130, 175, 176, 179, 196, 255, 266, 267, 279, 292, 320, 321, 322, 323, 324, 328, 330; 67, 70

Radamantis, 114, 211
Rea, Rea Cibeles, 92, 139, 274, 279
Reitia, 173
Rómulo y Remo, 103

Salmoneo, 101, 103, 104, 105, 106, 116, 265; 10; C
san Miguel, arcángel, 333
Sarpedón, 114
Sátiro(s), 69, 70, 76, 77
Selene, 142, 167, 195, 304
Sémele, 48, 49, 51, 52, 59, 66, 89, 119, 153, 154, 163, 297, 298; A
Sibila(s), 326
Sidero, 104, 105
Silea, 241
Sileno(s), 81, 219, 266
Sileo, 217, 221
Sinis, 241, 243; 48
Sirena(s), 88, 128, 129, 177, 198, 220, 285
Sirio, 143, 280
Sísifo, 33, 101, 107, 108, 109, 110, 111, 116, 136, 164, 180, 240, 290, 296, 332, 362; 11; C
Sosípolis, 234

Táigete, 173
Tálao, 308, 309
Talos, 286
Támiris, 295
Tánato, 108, 181; 24
Tántalo, 72, 90, 91, 92, 93, 97, 101, 120, 214, 259, 283, 296, 303, 315, 317, 329; B
Tarcón, 347
Tasos, 61; A
Tauro, 72, 251
Taurominion, 252; 55
Telamón, 145, 185, 186, 195, 206, 249, 271, 321, 325, 333, 334; B, E, K
Telefanes, 345
Telefasa, 61; A
Télefo, 209, 313, 318, 341, 345, 346, 347, 348, 349
Telégono, 367
Telémaco, 338, 366, 367; C
Temis, 68, 196, 320, 324
Ténero, 69
Tereo, 120, 301, 302, 303, 304, 317; I
Tersandro, 313
Teseo, 40, 74, 113, 133, 139, 144, 184, 185, 186, 187, 204, 209, 231, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249. 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 269, 271, 288, 292, 293, 295, 296, 313, 319, 320, 327, 337, 338, 340, 358; 48-59; B, F, I, K, L
Tespio, 164, 226
Tesproto, 317
Testio, 136; G
Tetis, (titánide), 65, 68, 140, 285, 290, 320, 322, 323, 324, 325, 327, 328, 330, 334, 336, 337, 338, 339, 354, 355, 357, 358, 360, 361, 362; 67; E
Teucro, 325, 333; E
Teutrante, 345, 346, 347
Tebe, 1
Teope, 237
Tía, 216
Ticio, 93, 267, 296
Tideo, 308, 309, 310, 311, 312, 313, 314, 332; G
Tiestes, 90, 95, 100, 120, 121, 157, 314, 315, 316, 317, 318, 329, 331; B, K
Tifis, 270, 277
Tifón, 60
Tindáreo, 135, 136, 137, 138, 140, 207, 257, 318, 329, 330, 331, 346; 17; F
Tindáridas, véase Dioscuros
Tireo, 221; G
Tiresias, 122, 129, 130, 131, 159, 160, 162
Tiro, 87, 101, 103, 104, 105, 106, 107, 154, 189, 265, 266, 268, 319; C
Tirseno, 347
Titán(es), Titana(s), 46, 60, 91, 193, 196, 197,

198, 199, 255, 280, 283, 288, 291, 303 320, 323
Titono, 196
Tmolo, 214
Toante, padre de Hipsípila, 272, 311; hijo de ésta última y de Jasón, 272, 273
Toxeo, 142, 221; G
Triptólemo, 292
Tritón, 196, 220, 250, 286, 287; 53
Trofonio, 165
Troilo, 356, 361; 72

Udeo, 64, 130
Urania, 290
Urano, 126

Virbio, 263
Vulcano, 193

Yárdano, 214
Yasión, 61, 145, 266
Yóbates, 113; 12
Yocasta, 122, 123, 124, 127, 128, 129, 131, 132; D
Yolao, 161, 165, 171, 172, 183, 185, 199, 209, 226, 227, H
Yole, 211, 214, 222, 223

Zagreo, 108
Zetes, 271, 276, 277
Zeto, 68, 69, 70, 71, 72, 119, 120, 163, 301; B
Zeus, 48, 59, 60, 61, 65-72, 76, 78-81, 88, 91, 92, 93, 95, 98-101, 102, 105, 107, 108, 111, 114, 116, 117, 119, 20, 123, 128, 130-133, 135, 136, 138-141, 144, 150, 153-156, 158-163, 166, 169, 173, 174, 176, 183, 185, 187-189, 191, 192, 193, 196, 198, 200, 203, 204, 206, 208, 213, 216, 217, 222, 223, 225, 226, 234, 236, 242, 244, 249, 250, 255, 257, 258, 260, 266, 267, 269, 270, 271, 275, 276, 277, 279, 280, 285, 290, 296, 297, 298, 299, 300, 303, 308, 310, 312, 314, 315, 316, 317, 319, 320, 321, 322, 323, 324, 326, 327, 329, 330, 331, 334, 336, 350, 359, 360, 362, 363, 365, 366; 38; A, B, E, F, H; Zeus Agamenón, 331; Fixio, 118; Hecalesio, 247; Herceo, 98; Lafistio, 117, 269; Meiliquio, 244, 296; Sóter, 169
Zeuxipa, I

Imaginatio vera

Como sucede con su obra clásica sobre los dioses griegos, Karl Kerényi escribió este libro convencido de que había llegado el momento de hacer una mitología para adultos, pues hasta entonces sólo existían grandes manuales para especialistas en estudios clásicos, historia de las religiones, etnología, o bien libros de mitos clásicos para niños, remodelados y falseados de acuerdo con determinados puntos de vista educativos. Kerényi destinó este libro a todos aquellos adultos cuyo interés fundamental fuera el estudio del ser humano desde cualquier rama del conocimiento, ya que para él la mitología puede ser también un testimonio del pensamiento humanista moderno. Por esta razón dedicó esta obra a los poetas del futuro.

Con gran sentido literario y profundidad mitológica, Karl Kerényi nos ofrece en este libro un magnífico fresco completo de todas las figuras del mundo heroico de los griegos: Cadmo y Harmonía, Dánao y sus hijas, Perseo, Hipodamía y Pélope, Tántalo, los Dioscuros, Heracles, Sísifo, Belerofonte, Frixo y Hele, Edipo, Meleagro, Atalanta, Jasón, Orfeo, Eurídice, Medea, Ifigenia, Aquiles...

«Una obra inmensamente útil y estimulante.»
«Sunday Times»

«Un libro extremadamente valioso.»
«The Listener»

«Se puede decir con énfasis que es el libro
que muchas personas han estado esperando
durante mucho tiempo.»
Stephen Spender

Incluye 24 fotografías en color sobre motivos de la cerámica griega

Húngaro de nacimiento y nacionalizado suizo después de la II Guerra Mundial, Karl Kerényi fue uno de los máximos exponentes de la mitología griega y las lenguas clásicas. Enseñó en Pécs en 1936 y en Szeged a partir de 1941. Gran amigo de Jung y de Thomas Mann, escribió un buen número de obras fundamentales, entre las cuales este libro ocupa un lugar destacado.

9 788493 651060

www.atalantaweb.com